

AUTOR Y SERIE SUPERVENTAS DE "THE NEW YORK TIMES"

# JIM BUTCHER



# CAMBIOS

UNA NOVELA DE "THE DRESDEN FILES"

Lectulandia

Hace tiempo, Susan Rodriguez fue la amante de Harry Dresden... Hasta que los enemigos del mago la atacaron y la sumieron en una lucha entre su propia humanidad y la sed de sangre de los vampiros de la Corte Roja. Susan se marchó a Sudamérica, donde podría luchar contra su don salvaje y contra aquellos que la maldijeron al otorgárselo

Ahora, Arianna Ortega, duquesa de la Corte Roja, ha descubierto un secreto que Susan ha guardado durante mucho tiempo y planea usarlo contra Harry. Puede que esta vez, para prevalecer, el mago no tenga otra elección que dejarse llevar por la rabiosa furia de su propio poder oscuro aún dormido. Porque Harry ahora no lucha para salvar al mundo...

Lucha para salvar a su hija.

Lectulandia

Jim Butcher

# Cambios

Harry Dresden - 12

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2018

Título original: *Changes (The Dresden files - 12)*

Jim Butcher, 2010

Traducción: Ana Navalón

Diseño de cubierta: Esther Sanz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

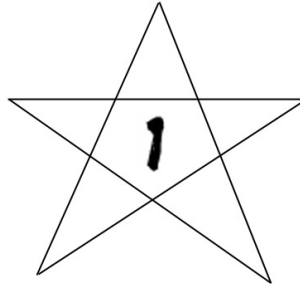
---

Para Bob  
Que duermas bien.

## AGRADECIMIENTOS

*Me gustaría darle las gracias a Anne Sowards, mi maravillosa editora, a mi agente, Jenn Jackson, y a los pobres e incautos lectores cero. Me he enfrentado a ese tipo de problemas que un escritor solo puede imaginar, y todos me habéis sido de gran ayuda. Con un poco de suerte, encontraré la manera de devolveros el tiempo y el esfuerzo que me habéis dedicado.*

*Y, como siempre, gracias a Shannon y a JJ, que me quieren incluso cuando me pierdo dentro mi propia cabeza durante días*



Respondí al teléfono y Susan Rodriguez dijo:

—Se han llevado a nuestra hija.

Me quedé ahí sentado durante un buen rato, tragué saliva y dije:

—Mmm... ¿Qué?

—Me has oído, Harry —dijo Susan con amabilidad.

—Oh —respondí—. Mmm.

—La línea no es segura —dijo—. Llegaré a la ciudad esta noche. Entonces podremos hablar.

—Sí... —dije—. Vale.

—Harry... —continuó ella—. No... Nunca quise... —Se le cortó la voz con un suspiro de impaciencia. Escuché una voz en el auricular que sonaba desde lejos, diciendo algo en español—. Tendremos tiempo para eso luego. Han abierto el embarque del avión. Tengo que irme. Nos vemos en unas doce horas.

—Vale —dije—. Estaré... Estaré aquí.

Dudó, como si fuera a decir algo más, pero colgó.

Me quedé ahí sentado con el teléfono en la oreja. Después de un rato, empezó a hacer el típico doble tono de ocupado.

Nuestra hija.

Había dicho nuestra hija.

Colgué el teléfono. O lo intenté. Se me cayó de la base. El auricular hizo ruido contra el suelo.

Ratón, mi enorme y peludo perro gris, se levantó de su lugar habitual de echarse la siesta, en la diminuta cocinilla de mi sótano, y vino trotando hacia mí para sentarse a mis pies, mirándome con sus oscuros y preocupados ojos perrunos. Después de un rato, dio un pequeño resoplido, luego cogió cuidadosamente el teléfono con la boca y lo colocó en la base. Volvió a mirarme, preocupado.

—Yo... —Me detuve, intentando hacerme a la idea—. Yo... podría tener una hija.

Ratón hizo un ruido impreciso y agudo.

—Sí. ¿Cómo te crees que me siento? —Miré fijamente a la pared. Luego me puse en pie y cogí mi abrigo—. Yo... creo que necesito un trago —dije. Asentí con la cabeza, mirando a la nada—. Sí. Algo así... Sí.

Ratón hizo un ruido de consternación y se levantó.

—Claro —le dije—. Puedes venir. Demonios, quizás puedas traerme a casa en coche o algo.

Toqué un montón la bocina de camino a McAnally's. Me daba igual. Conseguí llegar sin chocarme con nadie. Eso es lo importante, ¿no? Dejé mi magullado y fiel Volkswagen escarabajo en el pequeño aparcamiento junto al *pub* de Mac. Me dirigí hacia el interior.

Ratón ladró.

Miré por encima del hombro. Me había dejado la puerta abierta. El perrazo la cerró con el hocico.

—Gracias —dije.

Entramos en el *pub*.

El *pub* de Mac es como *Cheers* después de un leve apocalipsis. Hay trece pilares de madera repartidos sin ningún orden por la habitación, sujetando el techo. Todos están tallados con escenas de cuentos de hadas del Viejo Mundo, algunas son divertidas, otras son más siniestras. Hay trece ventiladores que giran perezosamente en la estancia y la irregular barra de madera pulida tiene trece taburetes. Hay trece mesas en la habitación, colocadas sin seguir ningún patrón específico.

—Hay demasiados treces aquí —me dije a mí mismo.

Eran las dos y media de la tarde. No había nadie en el *pub*, salvo el perro y yo... Oh, y Mac. Mac es un hombre de estatura y constitución medias, con unas muñecas gruesas y huesudas y una coronilla suave y brillante que nunca muestra señales de que le crezca el pelo. Podría tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta y, como siempre, llevaba un delantal blanco sin manchas.

Ratón miró atentamente a Mac durante unos segundos. Luego se sentó bruscamente en la entrada, en lo alto de las escalerillas, se dio una vuelta y se quedó quieto junto a la puerta, con la barbilla entre las patas.

Mac nos miró.

—Harry.

Me arrastré hasta la barra.

Mac me sacó una botella de una de sus cervezas artesanales, pero sacudí la cabeza.

—Mmm, me gustaría decir «Un *whiskey*, Mac», pero no sé si tienes *whiskey*. Necesito algo fuerte, creo.

Mac levantó las cejas y parpadeó.

Tendrías que conocerlo. Prácticamente estaba gritando.

Pero me puso un vaso pequeño de un líquido ligeramente dorado y me lo bebí. Ardía. Jadeé un poco y di un golpecito con el dedo al lado del vaso.



Mac volvió a llenarlo, frunciendo el ceño.

Me bebí el segundo vaso más despacio. Seguía doliendo al bajar. El dolor me dio algo en lo que centrarme. Los pensamientos empezaron a coagularse a su alrededor y luego se cristalizaron en una forma definida.

Susan me había llamado. Estaba de camino.

Y teníamos una hija.

Y nunca me lo había dicho.

Susan había sido reportera en un periódico de la prensa amarilla que cubría noticias sobrenaturales. La mayoría de la gente que trabajaba ahí creía que publicaban ficción, pero Susan se había enterado de la existencia del mundo sobrenatural por sí misma y nuestros caminos y espadas verbales se habían cruzado un par de veces antes de acabar juntos. No habíamos estado muchísimo tiempo... Algo menos de dos años. Ambos éramos jóvenes y nos hacíamos felices el uno al otro.

Quizás yo tendría que haber tenido más luces. Si no te quedas a un lado e ignoras el mundo que te rodea, tarde o temprano acabas haciendo enemigos. Uno de los míos, una vampira llamada Bianca, secuestró a Susan y la infectó con la sed de sangre de la Corte Roja. Susan no se había convertido del todo... Pero si alguna vez perdía el control sobre sí misma, si alguna vez se alimentaba de la sangre de otro, lo haría.

Me dejó, temerosa de que si no lo hacía, yo sería la muerte que la convertiría en un monstruo y se puso a recorrer el mundo para encontrar un modo de salir adelante.

Me dije a mí mismo que tenía una buena razón para hacerlo, pero la razón y los corazones rotos no hablan el mismo idioma. En realidad, nunca me perdoné a mí mismo por lo que le había sucedido. Supongo que la razón y la culpa tampoco hablan el mismo idioma.

Probablemente era algo bueno que me hubiera quedado en *shock*, pues podía sentir emociones que se mezclaban en algún lugar de mi interior, haciendo acopio de poder igual que una tormenta mar adentro. No podía verlas. Solo podía sentir sus efectos, pero era suficiente para saber que fuera lo que fuera lo que estaba surgiendo en mi interior, era potente. Violento. Peligroso. La rabia sin sentido mataba gente todos los días. En mi caso, podría ser peor.

Soy un mago profesional.

Puedo hacer que sucedan muchas más cosas que la mayoría de la gente.

La magia y las emociones están ligadas de una forma inextricable. He estado en una batalla antes y he sentido el terror y la rabia de ese tipo de lugar, donde solo pensar con claridad en los problemas más simples es una lucha. He usado mi magia en ese tipo de circunstancias volátiles... y un par de veces la vi descontrolarse como resultado. Cuando la mayoría de la gente pierde el control de su rabia, alguien sale herido. Quizás incluso alguien muere. Cuando le ocurre a un mago, las compañías de seguros acaban en bancarrota y después se reconstruyen.

Lo que se mezclaba en mí en aquel momento hizo que esos sentimientos anteriores de la rabia de batalla parecieran gatitos anémicos.

—Tengo que hablar con alguien —me escuché decir a mí mismo en voz baja—. Alguien con algo de objetividad, perspectiva. Tengo que aclararme las ideas antes de que las cosas se vayan al infierno.

Mac se apoyó en la barra y me miró.

Envolví el vaso con la mano y dije en voz baja:

—¿Te acuerdas de Susan Rodriguez?

Asintió con la cabeza.

—Dice que alguien se ha llevado a nuestra hija. Dice que llegará esta noche.

Mac cogió aire y lo soltó lentamente. Agarró la botella y se puso un chupito. Se lo bebió de un trago.

—La quería —dije—. Quizás aún la quiero. Y no me lo dijo.

Asintió con la cabeza.

—Podría estar mintiendo.

Gruñó.

—Me han usado antes. Y soy un tonto con las tías.

—Sí —dijo.

Lo miré a los ojos. Sonrió ligeramente.

—Tendrá... ¿Seis? ¿Siete? —Sacudí la cabeza—. Ni siquiera puedo hacer las cuentas ahora mismo.

Mac frunció los labios.

—Es duro.

Me terminé el segundo vaso. Algunos de los bordes afilados se habían desgastado. Mac tocó con un dedo la botella y me miró. Sacudí la cabeza.

—Podría estar mintiéndome —dije en voz baja—. Si no... entonces...

Mac cerró los ojos por un momento y asintió con la cabeza.

—Entonces hay una niña en peligro —dije. Sentí cómo se me tensaba la mandíbula y la tormenta que había en mi interior amenazaba con estallar. La contuve—. Mi niña.

Volvió a asentir con la cabeza.

—No sé si te lo he dicho alguna vez —dije—. Yo era huérfano.

Mac me contempló en silencio.

—Hubo veces en las que... era algo malo. Cuando quería que alguien viniera a salvarme. Lo deseé con tantas fuerzas. Soñé con... con no estar solo. Y cuando al fin vino alguien, resultó ser el mayor monstruo de todos. —Sacudí la cabeza—. No dejaré que eso le pase a mi hija.

Mac apoyó los brazos en la barra y me miró atentamente y dijo, con una voz grave de barítono:

—Tienes que tener mucho cuidado, Harry.

Lo miré, estupefacto. Había... usado gramática.

—Algo así te pondrá a prueba como nada más lo hará —dijo Mac—. Vas a averiguar quién eres, Harry. Vas a averiguar qué principios vas a defender a muerte... y qué líneas vas a cruzar. —Me quitó el vaso vacío y dijo—: Te estás metiendo en terreno hostil. Será fácil perderse.

Lo observé en silencio, pasmado, mientras se terminaba su vaso. Hizo una mueca, como si le doliera al bajar por la garganta. Quizás había forzado la voz al usarla demasiado.

Bajé la mirada hacia mis manos durante un segundo. Luego dije:

—Una hamburguesa. Y algo para el chucho.

Hizo un gruñido de afirmación y se puso a cocinar. Se tomó su tiempo, adivinando mis intenciones con una intuición de camarero. No me apetecía comer, pero tenía algo de tiempo que matar mientras la agitación se desvanecía.

Puso la hamburguesa delante de mí. Luego sacó un cuenco con algunos huesos y algo de carne y se lo llevó a Ratón, junto con otro de agua. Me comí la hamburguesa y me di cuenta distraídamente de que Mac nunca le servía la comida a nadie fuera de la barra. Supongo que era más de perros.

Me comí la hamburguesa despacio y le pagué a Mac.

—Gracias —dije.

Asintió con la cabeza.

—Suerte.

Me levanté y me dirigí hacia el coche. Ratón me siguió a mi lado, con los ojos levantados, mirándome para ver qué iba a hacer.

Ordené mis ideas. Tenía que tener cuidado. Tenía que ser precavido. Tenía que tener los ojos abiertos. Tenía que evitar que mi tormenta interior estallara, porque lo único que sabía con seguridad era que alguien (quizás Susan, quizás mis enemigos) estaba intentando manipularme.

En cualquier caso, Mac tenía razón.

Me estaba metiendo en terreno hostil.



Susan llegó alrededor de la una de la madrugada.

Había vuelto a casa desde el *pub*, directo al laboratorio del subsótano, y me puse con la magia, lo cual exigía que me concentrara muchísimo en mis tareas. A lo largo de las siguientes horas, preparé un par de cosas que podrían resultar útiles en el futuro inmediato. Luego subí la escalera hacia mi apartamento y me puse mis anillos de fuerza. Cada uno de ellos es una trenza de tres anillos que había encantado para almacenar algo de energía cinética cada vez que movía el brazo. Eran bastante eficientes, pero no hacía ningún daño cargarlos del todo, así que me pasé media hora aporreando el pesado saco que colgaba de una de las esquinas del salón de mi apartamento.

Me duché, limpié, hice algo de cena y en general no dejé de moverme. Si lo hacía, los pensamientos podrían empezar a meterse y no estaba seguro de cómo lidiar con ellos.

Ni siquiera consideré intentar dormir. Eso no iba a pasar.

Así que me mantuve en movimiento. Limpié la cocina. Bañé a Ratón y le cepillé el pelo. Ordené el salón, la habitación y el baño. Limpié la caja de arena de mi gato Míster. Recogí la chimenea y puse velas nuevas para iluminar la habitación.

Tardé un par de horas en darme cuenta de que estaba intentando hacer que mi apartamento tuviera mejor aspecto porque Susan iba a venir. Supongo que es difícil deshacerse de las viejas costumbres.

Me debatía conmigo mismo sobre la necesidad de lavar o no a Míster (mientras se cernía sobre mí la mirada de sus ojos entrecerrados desde su atalaya en la estantería más alta), cuando alguien llamó a la puerta educadamente.

Se me aceleró el corazón.

Abrí la puerta y me encontré a Susan delante de mí.

Era una mujer de estatura media, lo cual significaba que medía unos treinta centímetros menos que yo. Sus rasgos eran ligeramente angulosos, salvo la boca. Tenía el pelo liso y oscuro y unos ojos aún más oscuros, y su piel tenía el tono bronceado más intenso que jamás había visto en ella. Parecía más delgada. Podía ver los tendones y los músculos bajo la piel de su cuello y sus pómulos parecían resaltar

más que antes. Llevaba unos pantalones negros de cuero, una camiseta negra y una cazadora de cuero a juego con los pantalones.

Y no había envejecido ni un día.

Había pasado más de una década desde que la contemplara. En ese tiempo, esperas que la apariencia de la gente cambie un poco. Oh, nada importante. Un par de kilos más, quizás, un par de arrugas más, un par de canas. La gente cambia. Pero Susan no había cambiado. Nada de nada.

Supongo que es una de las maravillosas ventajas de ser una vampira semiconvertida de la Corte Roja.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola —respondí. Pude mirarla a los ojos sin preocuparme por desencadenar una visión del alma. Ya nos habíamos visto el uno al otro.

Bajó la mirada y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora.

—Harry... ¿Puedo entrar?

Di medio paso hacia atrás.

—No lo sé. ¿Puedes entrar?

En sus ojos brilló una chispa de rabia.

—¿Crees que me he cambiado de bando?

—Creo que he perdido el gusto por correr riesgos innecesarios —respondí.

Apretó los labios, pero movió la cabeza en aquiescencia y cruzó el umbral de mi apartamento, la barrera de energía mágica que envuelve cualquier hogar, una acción que simplemente no hubiera sido posible para un vampiro sin recibir primero mi permiso.

—Vale —dije, echándome hacia atrás para dejarla entrar antes de volver a cerrar la puerta. Al hacerlo, vi a un hombre rubio de aspecto normalucho sentado casualmente en el último escalón de la escalera de hormigón que conducía a mi apartamento. Llevaba un pantalón caqui, con una cazadora vaquera azul, y estaba reclinado lo suficiente para que se viera la silueta de una funda de pistola debajo de la chaqueta. Era el aliado de Susan y se llamaba Martin.

—Tú —dije—. Un placer.

Sus labios se retorcieron en el leve y distante eco de una sonrisa.

—Igualmente.

Le cerré la puerta y, solo para ser desagradable, al echar la llave hice todo el ruido que pude.

Susan sonrió un poco y sacudió la cabeza. Recorrió el apartamento con la mirada durante unos segundos... y de repente se quedó helada mientras un gruñido retumbaba desde el fondo del rincón de la minicocina. Ratón no se levantó y su gruñido no era la cosa salvaje que había escuchado una vez o dos... pero definitivamente era el sonido de una educada advertencia.

Susan se quedó helada en el sitio, mirando la cocina durante un momento. Luego dijo:

—Tienes un perro.

—En cierto modo, él me tiene a mí —respondí.

Susan asintió con la cabeza y recorrió el pequeño apartamento con la mirada.

—Has redecorado un poco.

—Zombis —dije—. Y hombres lobo. Lo han destrozado un par de veces.

—Nunca entendí por qué no te mudaste de este agujerillo mohoso.

—¿Agujerillo? ¿Mohoso? Este es mi hogar —contesté—. ¿Quieres algo? ¿Coca cola, cerveza?

—¿Agua?

—Claro. Siéntate.

Susan se movió en silencio hacia una de las butacas que estaban al lado de la chimenea y se sentó en el borde, con la espalda recta. Cogí agua con hielo para ella, agarré una coca cola para mí y llevé las bebidas adonde estaba ella. Me senté en la otra butaca, para que en parte estuviéramos el uno frente al otro, y abrí mi lata.

—¿De verdad vas a dejar a Martin sentado ahí fuera? —preguntó, con un tono de diversión en la voz.

—Por supuesto que sí —dije, tranquilamente, y le di un trago a mi bebida.

Asintió con la cabeza y tocó el vaso con los labios. Quizás sorbió un poco de agua.

Esperé todo lo que pude, quizás dos o tres segundos, antes de romper el pesado silencio.

—Entonces —pregunté casualmente—, ¿qué tal todo?

Sus oscuros ojos me miraron de reojo durante un momento antes de apretar los labios ligeramente.

—Va a ser doloroso para los dos. Vamos a acabar con esto. No tenemos tiempo para andarnos por las ramas.

—Vale. ¿Nuestra hija? —pregunté—. ¿Tuya y mía?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Su rostro se suavizó hasta no expresar nada.

—No ha habido nadie más, Harry. No desde aquella noche contigo. Ni tampoco durante más de dos años antes de aquello.

Si estaba mintiendo, no lo parecía. Lo asimilé durante unos segundos y bebí coca cola.

—Parece algo que deberías haberme contado.

Lo dije con una voz mucho más tranquila de lo que hubiera pensado posible. No sé qué cara tenía cuando lo dije. Pero la oscura piel bronceada de Susan se volvió varios tonos más clara.

—Harry —dijo en voz baja—, sé que debes de estar enfadado.

—Quemo cosas hasta hacerlas cenizas y hago agujeros en edificios cuando estoy enfadado —dije—. Ahora mismo estoy un par de pasos por delante de ese punto.

—Tienes todo el derecho a estarlo —dijo—, pero hice lo que creí mejor para ella. Y para ti.

La tormenta aumentó en mi pecho. Pero me obligué a quedarme sentado ahí sin moverme, respirando lenta e ininterrumpidamente.

—Te escucho.

Asintió con la cabeza y se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos. Luego dijo:

—No sabes cómo son las cosas ahí abajo. En toda Centroamérica, hasta Brasil. Hay una razón para que tantas naciones de esa zona avancen con dificultad en un estado de casi anarquía.

—La Corte Roja —dije—. Lo sé.

—Sabes el resumen. Pero nadie del Consejo Blanco ha pasado tiempo ahí. Nadie ha vivido ahí. Nadie ha visto lo que le pasa a la gente a la que gobiernan los Rojos. —Tiritó y cruzó los brazos, abrazándose el vientre—. Es una pesadilla. Y no hay nadie para defenderlos salvo la Hermandad y un par de operativos de la Iglesia con poca financiación.

La Hermandad de San Gil era una colección de marginados y descarriados del mundo sobrenatural, muchos de ellos semivampiros como Susan. Odiaban a la Corte Roja con una pasión sagrada y hacían todo lo que estaba en sus manos para frustrar a los vampiros a la mínima oportunidad. Operaban en grupos, eligiendo objetivos, entrenando reclutas, colocando bombas y financiando sus operaciones a través de una centena de actividades empresariales sombrías. Terroristas, básicamente; eran inteligentes, rápidos y duros porque tenían que serlo.

—El resto del mundo tampoco ha sido Disneyland —dije en voz baja—. He tenido mi propia ración de pesadillas durante la guerra. Y más.

—No intento menospreciar nada de lo que ha hecho el Consejo —dijo—. Solo intento explicarte a qué me enfrentaba en ese momento. Los grupos de la Hermandad rara vez duermen en la misma cama dos veces. Siempre estamos en movimiento. Siempre planeando algo o huyendo de algo. No hay cabida para una niña ahí.

—Si hubiera habido alguien con casa propia y unos ingresos regulares con quien pudiera quedarse —dije.

La mirada de Susan se endureció.

—¿Cuánta gente ha sido asesinada a tu alrededor, Harry? ¿Cuánta ha sido herida? —Se pasó la mano por el pelo—. Por amor de Dios. Tú mismo has dicho que tu apartamento ha sido atacado. ¿Hubiera sido mejor si hubieras tenido un carrito que vigilar?

—Supongo que nunca lo sabremos —dije.

—Lo sé —dijo, de repente su voz se intensificó con la furia—. Dios, ¿crees que yo no quería formar parte de su vida? Lloro hasta que me quedo dormida por las noches... cuando puedo dormir. Pero al fin y al cabo no podía ofrecerle nada salvo una vida de huidas. Y tú no podías ofrecerle nada salvo una vida bajo asedio.

La miré fijamente.

Pero no dije nada.

—Así que hice lo único que podía hacer —dijo—. Encontré un lugar para ella. Alejado de la batalla. Donde pudiera tener una vida estable. Un hogar cariñoso.

—Y nunca me lo dijiste —contesté.

—Si la Corte Roja se hubiera enterado de lo de mi hija, la hubieran usado contra mí. Punto. Como un recurso para sacar ventaja o por simple venganza. Cuanta menos gente supiera de su existencia, más segura estaría. No te lo dije, aunque sabía que estaba mal. Aunque sabía que eso haría que te pusieras furioso debido a tu propia infancia. —Se inclinó hacia delante, sus ojos casi parecían febriles debido al calor de sus palabras—. Y haría cosas mil veces peores si eso significara que ella estuviera mejor protegida.

Bebí más coca cola.

—Entonces —dije—, la apartaste de mí para que pudiera estar más segura. Y la enviaste lejos, a que la criaran extraños, para que estuviera más segura. —La tormenta me empujaba a más, me tensaba la voz con el eco de su furioso aullido—. ¿Qué tal está funcionando?

Los ojos de Susan resplandecieron. Unas marcas tribales rojas, como remolinos, empezaron a aparecer en su piel, como tatuajes hechos con tinta que desaparece, solo que al revés; es la versión de la Hermandad de los anillos que cambian de color según el estado de ánimo. Le cubrían la mitad del rostro y la garganta.

—La Hermandad ha estado en peligro —dijo, sus palabras crujían—. La duquesa Arianna de la Corte Roja se enteró de algún modo y se la ha llevado. ¿Sabes quién es?

—Sí —respondí. Intenté ignorar que se me había congelado la sangre al mencionar su nombre—. La viuda del duque Ortega. Juró vengarse de mí... y una vez intentó comprarme por eBay.

Susan parpadeó.

—¿Cómo...? No, no importa. Nuestras fuentes en la Corte Roja dicen que está planeando algo especial para Maggie. Tenemos que recuperarla.

Volví a respirar despacio y cerré los ojos un momento.

—Maggie, ¿eh?

—Por tu madre —susurró Susan—. Margaret Angelica. —La escuché buscar algo en los bolsillos. Luego dijo—: Ten.

Abrí los ojos y miré la pequeña foto de carné de una niña de ojos negros, quizás de cinco años. Llevaba un vestido rosa y lazos morados en el oscuro pelo, tenía una sonrisa amplia y contagiosa. Alguna parte tranquila y desligada de mí memorizó la foto, por si necesitaba reconocerla después. El resto de mí quería apartarse del miedo de mirarla más de cerca, de pensar en la imagen como algo más que un trozo de papel y tinta.



—Es de hace un par de años —dijo Susan despacio—. Pero es la foto más reciente que tengo. —Se mordió el labio y me la ofreció.

—Quédatela —le dije despacio. Ella la apartó. Las marcas rojas se estaban difuminando, se iban igual que habían aparecido. Aparté la mirada—. Por ahora —dije lentamente—, vamos a olvidarnos de tu decisión de eliminarme de su vida. Porque darle vueltas no va ayudar ahora mismo y porque su mejor oportunidad es que trabajemos juntos. ¿De acuerdo?

Susan asintió.

Las siguientes palabras las dije entre dientes.

—Pero no he olvidado. Nunca lo olvidaré. Ya hablaremos de ello más adelante. ¿Entiendes?

—Sí —susurró. Me miró con sus grandes y brillantes ojos oscuros—. Nunca quise hacerte daño. Ni a ella. Yo solo...

—No —dije—. Demasiado tarde para eso ahora. Solo es perder tiempo que no nos podemos permitir perder.

Susan apartó el rostro rápidamente de mí, hacia el fuego, y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, su expresión estaba bajo control.

—Está bien —dijo—. Para nuestro siguiente paso, tenemos varias opciones.

—¿Cómo cuáles?

—Diplomacia —dijo—. He escuchado historias sobre ti. La mitad de ellas probablemente no sean verdad, pero sé que tienes algunas personas importantes a las que puedes recurrir. Si los suficientes miembros de los Acuerdos se pronuncian, puede que la recuperemos sin incidentes.

Resoplé.

—¿O?

—Ofrecer desagravios al Rey Rojo a cambio de la vida de la niña. No tiene ningún interés personal en este asunto y está por encima de Arianna. Si lo sobornamos con una cantidad suficientemente grande, tendrá que soltar a Maggie.

—En lo alto de un edificio, probablemente —gruñí.

Susan me miró fijamente.

—¿Qué crees tú que deberíamos hacer?

Sentí cómo mis labios hacían algo que probablemente no parecía una sonrisa. La tormenta se había establecido en algún lugar alrededor de mi corazón y los estimulantes hilos de su furia se deslizaban por mi garganta. Pasaron unos diez segundos antes de que pudiera hablar y aun así surgió como un rugido.

—¿Hacer? —dije—. Los Rojos han secuestrado a nuestra hija. Tan seguro como el infierno que no vamos a pagarles por ello.

Un hambre ardiente y terrible se avivó en los ojos de Susan como respuesta a mi voz.

—Encontraremos a Maggie —dije—. La recuperaremos. Y mataremos a cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Susan se estremeció y sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza e hizo un ruidito. Luego la levantó y me tocó la mano derecha con cuidado, la que todavía estaba ligeramente cubierta por las cicatrices de quemaduras que aún no habían desaparecido del todo. Me miró la mano e hizo una mueca de dolor mientras empezaba a apartarse.

Atrapé sus dedos y apreté con fuerza. Los deslizó entre los míos e hizo lo mismo. Nos cogimos de la mano en silencio.

—Gracias —susurró. Su mano temblaba en la mía—. Gracias, Harry.

Asentí con la cabeza. Iba a decir algo para apartarla y mantener la distancia, pero la calidez de su mano en la mía de repente fue algo que no pude ignorar. Estaba furioso con Susan, furioso con la intensidad que solo puedes sentir cuando alguien por el que te preocupas muchísimo te hace daño. Pero el resultado de aquello era inevitable... Todavía me preocupaba, si no, no me hubiera enfadado.

—La encontraremos —dije—, y haré todo lo que esté en mi mano para traerla de vuelta a salvo.

Susan levantó la vista hacia mí, las lágrimas recorrían su rostro, y asintió con la cabeza. Alzó una mano y recorrió con sus dedos ligeramente la cicatriz de mi mejilla. Era una de las nuevas, todavía estaba inflamada y roja. Yo creía que me hacía parecer como un personaje alemán de la vieja escuela de la Edad Dorada de Hollywood con una cicatriz de un duelo en la mejilla. Sus dedos eran suaves y cálidos.

—No sabía lo que iba a hacer —dijo—. No había nadie dispuesto a enfrentarse a ellos. No había nadie.

Nuestros ojos se encontraron y de repente el antiguo calor estaba ahí entre nosotros, temblando en nuestras manos unidas, en sus dedos contra mi rostro. Sus ojos se abrieron un poco y mi corazón empezó a latir con rapidez. Estaba furioso con Susan. Pero aparentemente mi cuerpo lo interpretó como «excitado» y no se molestó en leer la letra pequeña. Miré sus ojos durante un buen rato y luego dije, con la garganta seca:

—¿No es así como nos metimos en este lío?

Dejó escapar un sonido tembloroso que pretendía ser una risa, pero estaba lleno de la percepción de la inherente ironía y apartó las manos.

—Lo... lo siento. No pretendía... —Su voz se volvió irónica—. Ha pasado un tiempo para mí.

Sabía a lo que se refería. Respiré varias veces lenta y profundamente, separando la mente del cuerpo. Luego dije despacio:

—Susan. Pase lo que pase desde ahora... hemos acabado. —La miré—. Lo sabes. Lo sabías cuando decidiste no contármelo.

Parecía frágil. Asintió lentamente, como si algo pudiera romperse si se movía más rápido. Recogió las manos sobre su regazo.

—Lo... lo sé. Lo sabía cuando lo hice.

El silencio se alargó.

—Está bien —dije finalmente—. Ahora... —Volví a respirar profundamente y me dije a mí mismo que eso ayudaba—. Según lo veo yo, no has volado hasta Chicago solo para charlar conmigo. No necesitarías a Martin para eso.

Levantó una ceja y asintió.

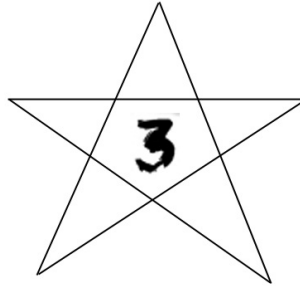
—Cierto.

—¿Entonces por qué?

Parecía que se recomponía, su voz era más de negocios.

—Aquí hay un puesto fronterizo Rojo. Es un lugar por el que empezar.

—Ok —dije, levantándome—. Vamos a empezar.



—Espero que no haya resentimientos —me dijo Martin mientras salía con el coche del pequeño aparcamiento de gravilla que había junto a mi casa.

Susan me había cedido el asiento de copiloto del coche de alquiler en deferencia a mis patas de cigüeña.

—¿Resentimientos? —pregunté.

—Respecto a nuestro primer encuentro —dijo Martin. Conducía igual que lo hacía todo, sin gracia. Se paraba en las señales de *stop*. Iba a diez kilómetros por hora por debajo del límite. Fuera donde fuéramos, nos iba a llevar la vida.

—¿Te refieres a cómo me utilizaste para intentar asesinar al viejo Ortega? —pregunté—. ¿Con lo cual te asegurabas de que se rompía el *Code Duello*, el duelo quedaba invalidado y la guerra vampírica con el Consejo Blanco continuaba?

Martin me miró y luego miró a Susan por el retrovisor.

—Te lo dije —le dijo a Martin—. Solo es espeso a corto plazo. Al final acaba viendo las cosas.

Incliné la cabeza hacia Susan ligeramente, con ironía, en reconocimiento.

—No era difícil darse cuenta de qué estabais haciendo en retrospectiva —dije—. La guerra de la Corte Roja con el Consejo Blanco debe de haber sido lo mejor que le ha pasado a la Hermandad en años.

—Yo solo llevo con ellos unos cien años —dijo Martin—. Pero fue lo mejor que ha pasado en ese tiempo, sí. El Consejo Blanco es una de las únicas organizaciones del planeta que tiene recursos para amenazarlos seriamente. Y cada vez que el Consejo conseguía una victoria, o incluso sobrevivía a lo que debería de haber sido una derrota apabullante, significaba que la Corte Roja se estaba desmembrando internamente. Algunos llevan milenios guardando rencor a sus rivales. Son bastante épicos en escala.

—Llámame chiflado —dije—, pero tuve que ver morir a demasiados niños en esa guerra que tú ayudaste a mantener. ¿Sin resentimientos? —le sonreí... técnicamente—. Marty, créeme cuando te digo que ahora mismo no quieres que esté en contacto con mis sentimientos.

Sentí los ojos de Martin moverse hacia mí y algo de tensión se acumuló en su cuerpo. Giró el hombro. Estaba pensando en su pistola. Era bastante bueno con las armas de fuego. La noche de mi duelo con el vampiro de la Corte Roja llamado Ortega, Martin tuvo que acabar con Ortega con uno de esos enormes fusiles de francotirador medio minuto antes de que el vampiro me matara. Fue una gran violación del *Code Duello*, el conjunto de normas para resolver los conflictos personales entre los individuos de las naciones que han firmados los Acuerdos Unseelie.

El resultado de un duelo limpio podría haber terminado con la guerra entre la Corte Roja y el Consejo Blanco de Magos y salvado un montón de vidas. No resultó ser así.

—No te preocupes, tío —le dije—. De todos modos Ortega ya estaba rompiendo el *Code Duello*. Podría haber acabado como lo hizo a pesar de lo que tú hiciste esa noche. Y el estar tú allí significó que él se comió una bala en el último segundo en lugar de hacerlo yo. Me salvaste la vida. Soy consciente de ello.

Seguí sonriéndole. No parecía lo correcto, así que intenté hacerlo un poco más duro.

—También soy consciente de que si hubieras conseguido lo que querías poniendo esa bala en mi espalda en lugar de en su pecho, lo hubieras hecho sin pestañear. Así que no te pienses que somos amiguitos.

Martin me miró y se relajó. Dijo:

—Es irónico que tú, el Mustang del Consejo Blanco, te aferres inmediatamente a su hipócrita posición de autoridad moral.

—¿Perdona? —dije tranquilamente.

Martin habló sin emoción alguna, pero había un fuego en algún lugar tras esas palabras... La primera vez que le escuchaba así.

—Yo también he visto a niños morir, Dresden, asesinados como animales por una amenaza por la que nadie en el sabio y poderoso Consejo parecía preocuparse una mierda... Que las víctimas sean pobres y estén lejos no es una buena razón para dejarlas morir. Sí. Si dispararte a ti una bala hubiera significado que el Consejo traía sus fuerzas para enfrentarse a la Corte Roja, lo habría hecho dos veces y hubiera pagado por tener ese privilegio. —Se detuvo en una señal de *stop*, me miró directamente y dijo—: Me parece bien que hayamos aclarado las cosas. ¿Hay algo más que quieras decir?

Miré al tipo y dije:

—Te has teñido de rubio. Te hace parecer gay.

Martin se encogió de hombros, completamente imperturbable.

—Mi última misión fue en el *catering* de un crucero de ese particular estilo de vida.

Fruncí el ceño y miré a Susan.

Asintió.

—Lo fue.

Crucé los brazos, miré por la ventanilla a la noche y dije:

—He matado a muchísima gente que me gustaba más que tú, Martin.

Unos segundos después, pregunté:

—¿Hemos llegado ya?

Martin detuvo el coche delante de un edificio y dijo:

—Aquí es.

Miré el edificio. Nada especial, para ser Chicago. Doce pisos, un poco deteriorados, todos alquilados como espacio comercial.

—Los Rojos no pueden... Mira, no puede ser aquí —dije—. Este edificio es donde está mi oficina.

—Un factor conocido, dado que la empresa inmobiliaria de la Corte Roja lo adquirió hace casi ocho años —respondió Martin, metiendo el coche en el *parking* y echando el freno de mano—. Me imagino que fue cuando viste aquel repentino aumento en el alquiler.

Parpadeé un par de veces.

—¿Le he... estado pagando el alquiler a la Corte Roja?

—La subida del alquiler —dijo Martin, con el énfasis más vago del mundo—. La duquesa Arianna aparentemente tenía un extraño sentido del humor. Si te sirve de consuelo, la gente que trabaja ahí no tiene ni idea de para quién trabaja en realidad. Se cree que son una empresa que ofrece protección de datos a una corporación multinacional de importación y exportación.

—Pero este es... mi edificio. —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. ¿Y qué es lo que vamos a hacer exactamente?

Martin salió del coche y abrió el maletero. Susan se unió a él. Yo salí del coche por principios generales.

—Nosotros —dijo Martin, definitivamente no me estaba incluyendo a mí— vamos a colarnos en la oficina y a llevarnos documentos que esperamos contendrán información que podría señalar la localización y las intenciones de Arianna. Tú te quedas con el coche.

—Vaya que si lo voy a hacer —respondí.

—Harry —dijo Susan, su tono era brusco y razonable—, hay ordenadores.

Gruñí como si Susan me hubiera dado un codazo. Los magos y los ordenadores se llevan tan bien como los lanzallamas y las bibliotecas. La tecnología tiende a comportarse de una forma poco fiable en presencia de un mago mortal, y cuanto más nueva, más parece estropearse. Si iba con ellos, bueno... No te llevas a tu gato cuando vas a comprar un pájaro. No porque el gato no sea educado, sino porque es un gato.

—Oh —dije—, entonces... Supongo que me quedo en el coche.

—Apuesto a que nos han visto o nos han seguido —le dijo Martin a Susan—. Tuvimos que irnos de Guatemala deprisa y corriendo. No fue una salida tan discreta

como podría haberlo sido.

—No nos sobraban días —respondió Susan, su voz tenía el cansancio de un aburrimiento familiar. Era como escuchar a un matrimonio teniendo la misma discusión una y otra vez. Abrió un estuche en el maletero y se deslizó varios objetos en los bolsillos—. Hay que hacer concesiones.

Martin la observó un momento, seleccionó una única herramienta del maletín y después ajustó las correas de una mochila con una estructura rígida sobre los hombros. Supuestamente tenía cosas de informática ahí. Permanecí en el lado más alejado del coche e intenté no pensar en cosas hostiles.

—Vigila si hay peligro, Harry —dijo Susan—. Volveremos en veinte minutos o menos.

—O no —dijo Martin—. En ese caso sabremos que nuestra chapucera forma de salir nos la ha jugado.

Susan hizo un sonido bajo, de disgusto, y ambos se encaminaron hacia el edificio, llegaron a las puertas delanteras cerradas, se detuvieron durante quizás tres segundos y desaparecieron dentro.

—Y yo me quedo aquí —murmuré—. Soy como Clifford, el gran perro rojo. Demasiado grande y tonto para estar dentro con Emily Elizabeth. Y ese es mi edificio. —Sacudí la cabeza—. Campanas infernales, estoy en baja forma. O loco. Quiero decir, estoy hablando conmigo mismo.

Sabía por qué estaba hablando conmigo mismo: si me callaba, no tendría otra cosa en la que pensar más que en una personita, aterrada y sola en una guarida de monstruos. Y eso me haría pensar en cómo me habían arrancado de su vida. Y eso me haría pensar en la bestia dentro de mi pecho que aún se arrastraba para salir.

Cuando la oligarca local de la Corte Roja, la difunta Bianca, secuestró a Susan y empezó su transformación en una vampira de pleno derecho de la Corte Roja, la intención de la vampira era quitarme a mi novia. De un modo u otro, lo había conseguido. La Susan de antes (siempre bromeando, siempre riendo, siempre tocando o besando o disfrutando de la vida en general y la vida conmigo en particular) se había ido.

Ahora ella estaba en algún lugar entre Emma Peel y Hulka. Y nos habíamos amado el uno al otro. Y una niña había nacido por ello. Y Susan había mentido para...

Antes de que pudiera volver a dar vueltas un par de veces más en aquel círculo vicioso, un escalofrío me recorrió la espalda.

Ni siquiera miré alrededor. Varios años de misiones tensas con los Guardianes demasiado jóvenes para comprar su propia cerveza me habían enseñado a confiar en mis instintos cuando se volvían locos en una ciudad a oscuras a las dos de la mañana. Sin ni siquiera pensar en ello, me agaché, levanté un brazo en el aire que me rodeaba y lancé un velo sobre mí mismo.

Los velos son una magia sutil y delicada, usan una de las varias teorías básicas para volver los objetos y la gente menos visible de lo que son. Yo era tan malo con los velos que ni siquiera los intentaba, pero había tenido que empollármelos bastante para poder enseñar a mi aprendiz, Molly Carpenter, cómo usarlos. Molly tenía un verdadero don y había aprendido rápido, pero yo la había forzado a estirar sus talentos y eso había requerido que yo también practicara mucho tiempo para poder fingir lo suficientemente bien y tener credibilidad delante del pequeño saltamontes.

En resumen: los velos rápidos y sencillos ya no estaban fuera de mi alcance.

La calle se oscureció ligeramente a mi alrededor mientras yo tomaba las sombras y curvaba la luz. Encontrarse bajo un velo siempre reducía tu propia capacidad para ver lo que estaba pasando a tu alrededor y era un riesgo calculado. Decidí que probablemente merecía la pena. Si alguien estaba apuntando con una pistola hacia mi dirección, todavía me quedaba una buena carrera antes de poder girar la esquina de un precioso edificio grueso. Sería mejor que no me vieran.

Me agaché junto al coche, no era invisible del todo pero se acercaba bastante. La capacidad de estar tranquilo y quieto era crítica para usar un velo. Es difícil estarlo cuando crees que el peligro está cerca y alguien podría estar planeando apartarte de tus pensamientos de una forma puramente física. Pero controlé el arrebato de adrenalina y regulé mi respiración. Vísteme despacio que tengo prisa, Harry.

De ese modo tenía unas vistas excelentes de media docena de figuras que corrían a toda velocidad hacia el edificio de oficinas con una gracia abominable, en cierto modo arácnida. Dos de ellos se desplazaban por los tejados, eran formas vagamente humanoides que se movían con la misma parsimonia que un gato cazando. Tres más se estaban acercando al edificio desde ángulos diferentes a nivel del suelo, deslizándose de sombra en sombra. No pude percibir a muchos de ellos más allá de las formas borrosas en el aire y más escalofríos en la espalda.

La última forma en realidad estaba bajando por los laterales de los edificios de esa misma calle, saltando de uno a otro, aferrándose a las paredes como una enorme araña y moviéndose a una velocidad terrible.

Nunca llegué a ver nada más que aquello: sombras temblorosas que se movían con un propósito siniestro. Pero sabía lo que estaba mirando.

Vampiros.

Vampiros de la Corte Roja.

Se abalanzaban sobre mi oficina como tiburones hacia la carne sangrienta.

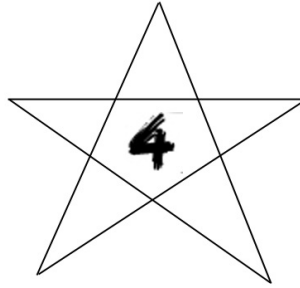
La tormenta de mi pecho se enfureció y, mientras los veía desaparecer dentro de mi edificio, mi maldito edificio, como cucarachas que de algún modo encuentran un camino para colarse en lugares en los que no deberían estar, la rabia me subió del pecho a los ojos, y el reflejo de la luz de las farolas en la ventana se tiñó de rojo.

Dejé que los vampiros entraran en el edificio.

Y luego reuní mi furia y mi dolor, los afilé como si fueran espadas inmateriales y fui detrás de ellos.







Mi vara explosiva colgaba de su cuerda en el interior de mi abrigo, una vara de roble de más o menos medio metro de longitud y tan gruesa como mi pulgar. El relieve de las runas y los sigilos que tenía tallados me resultaba confortablemente familiar bajo los dedos de mi mano derecha mientras la sacaba.

Me dirigí hacia el edificio con todo el silencio que pude, entré con mi llave y retiré el velo solo una vez estuve dentro. No iba a servir de nada para ocultarme de los vampiros que se acercaran: de todos modos podían olerme y escuchar mis latidos. El velo solo entorpecería mi visión, la cual ya iba a agravarse bastante.

No cogí el ascensor. Chirriaba y repiqueteaba, y avisaría a todos los que estuvieran en el edificio de dónde me encontraba. Consulté el listado de empresas del recibidor. Datasafe, Inc. se encontraba en la novena planta, cinco pisos por encima de mi oficina. Probablemente era donde se encontraban Martin y Susan. Podría ser hacia donde se dirigían los vampiros.

Corrí por las escaleras y me arriesgué. Los conjuros para apagar el sonido y hacer que las conversaciones se mantuvieran en privado eran el pan de cada día de magos con mis capacidades, y no era mucho más difícil asegurarse de que el sonido no salía del área inmediata que me rodeaba. Pero claro, eso significaba que en efecto me estaba metiendo a mí mismo en una burbuja sónica: tampoco podría oír nada que viniera hacia mí. Pero de momento, al menos, yo sabía que los vampiros estaban ahí mientras que ellos supuestamente no sabían que yo estaba aquí. Quería que siguiera siendo así.

Además, en lugares cerrados como aquel, cuando yo quisiera reaccionar a un ruido de un vampiro que no había visto, estaría prácticamente muerto de todos modos.

Así que murmuré las palabras de mi fonoturgia de confianza y subí las escaleras en perfecto silencio. Lo cual era algo bueno. Salía a correr de vez en cuando, pero correr por una acera o por una playa de arena no es lo mismo que correr subiendo las escaleras. Cuando llegué a la novena planta, me ardían las piernas, me costaba respirar y la rodilla izquierda me estaba matando. ¿Qué demonios? ¿Desde cuándo mis rodillas se habían convertido en algo de lo que me tenía que preocupar?

Animado por ese pensamiento, me detuve en la puerta del vestíbulo de la novena planta, la abrí con la protección de mi capa de silencio y después deshice el hechizo para poder escuchar.

Susurros y gorjeos en un idioma que no pude entender surgieron del vestíbulo que se encontraba ante mí, quizás justo al girar la esquina que podía ver más adelante. Contuve el aliento, literalmente. Los vampiros tienen sentidos sobrehumanos, pero son tan vulnerables a las distracciones como cualquiera. Si estaban hablando, puede que no me escucharan, y el tráfico humano regular del edificio probablemente les escondería mi olor.

¿Y por qué, exactamente, susurró una voz desde algún lugar de la tormenta de mi pecho, debería esconderme de esta cochambre asesina para empezar? Los vampiros de la Corte Roja eran asesinos, todos y cada uno. Un vampiro semiconvertido no lo era del todo hasta que no mataba a otro ser humano y se alimentaba de su sangre. Por supuesto, un alma llevada involuntariamente a la Corte Roja se encontraba a merced de deseos nuevos y prácticamente irresistibles... Pero eso no cambiaba el hecho de que si tenían una tarjeta de fidelidad de la Corte Roja, habían matado a alguien para estar allí.

Monstruos. Monstruos que arrastraban a gente a la oscuridad e infringían sobre ella tormentos innombrables por placer... y yo debería de saberlo bien. Una vez me lo hicieron. Monstruos cuya existencia era una plaga para millones de personas.

Monstruos que se habían llevado a mi hija.

Un tipo una vez escribió: «No te entrometas en asuntos de magos, pues son astutos y de cólera fácil». Tolkien acertó con esa.

Di un paso al frente, dejé que la puerta diera un golpe al cerrarse y mascullé: «Que le den a la sutileza».

El susurro-gorjeo que provenía de la esquina se interrumpió con una intersección de confusión que no necesitaba traducción: «¿Eh?».

Levanté mi vara explosiva, apunté a la esquina que había enfrente de mí y vertí ahí mi rabia, mi voluntad y mi poder mientras rugía: «¡Fuego!».

El fuego de color blanco plata recorrió el vestíbulo y mordió la esquina, haciéndola estallar al atravesarla con la misma facilidad que lo hubiera hecho una bala a través de un papel. Dirigí la línea de fuego hacia mi izquierda, y en cuanto lo hice, el fuego socavó una abertura tan grande como mi puño a través de varias secciones de remaches y placas de pladur, estallando por el pasillo perpendicular en el que había escuchado hablar a los vampiros. El estruendo fue increíble. La madera se rasgó y explotó. El pladur estalló en nubes de polvo. Las tuberías chillaron cuando se rajaron con tanta precisión como si hubiera usado un cúter. Los cables reventaron en nubes de chispas.

Y algo completamente inhumano soltó un aullido punzante de dolor, un dolor impulsado por unos pulmones antinaturalmente poderosos en un grito más fuerte que los disparos.

Grité como respuesta, como desafío, como reto, y me lancé hacia delante. Las runas de mi vara explosiva brillaron con un fuego ardiente mientras corría, arrojando su blanca luz plateada delante de mí, hacia el oscuro edificio.

Cuando giré la esquina, una forma ya estaba en movimiento y venía hacia mí. Mi brazalete escudo estaba listo. Levanté la mano izquierda, con los dedos doblados en un gesto que no tenía nada que ver con la magia, sino que generalmente se consideraba insultante. Mi voluntad se vertió en el brazalete amuleto con diversos escudos diminutos y en un instante mi poder se extendió desde él formando una cúpula de fuerza pura e invisible delante de mí. La forma negra del vampiro golpeó el escudo, provocando círculos de luz azul y chispas blancas, y rebotó en él.

Tiré el escudo casi antes de que la criatura terminara de rebotar, levanté la vara explosiva con un giro de muñeca y partí al vampiro en dos con una palabra y un rayo de fuego plateado. Sus trozos volaron en diferentes direcciones, aún pataleando horriblemente.

En medio del pasillo había un segundo vampiro partido en dos, al cual aparentemente golpeé cuando disparaba a ciegas a través de la pared. También estaba muriendo de mala manera. Dado que he visto demasiadas películas malas de terror y conozco las reglas para sobrevivir en ellas, en cuanto me aseguré de que el pasillo estaba libre de más amenazas, giré la vara para apuntar por encima de mí.

Un vampiro enganchado al techo a menos de seis metros de mí. La gente tiene esa imagen de los vampiros como dioses de sexo oscuro y tentación, hermosos y sin defectos. Y, aunque la Corte Roja puede crear una especie de cáscara humana exterior llamada máscara de carne, y aunque esa máscara generalmente es encantadora, hay algo muy diferente debajo... Un verdadero monstruo, horripilante, impenitente, como el que me estaba mirando desde arriba.

A lo mejor medía un metro ochenta cuando se ponía de pie, aunque sus brazos eran escuálidos y lo suficientemente largos para arrastrar por el suelo el reverso de sus manos acabadas en garras. Su piel era rojiza y negra, salpicada de manchas negras aquí y allá con partes rojas con una apariencia poco saludable, y su vientre colgaba como una fofa caricatura. Tenía las piernas arqueadas y joroba, y su rostro se encontraba entre el de un vampiro murciélago y el de algo salido de las alucinaciones de H. R. Giger.

Me vio torcer la esquina y sus desorbitados ojos negros parecieron hacerse aún más grandes. Soltó un chillido de...

Terror.

Gritó de miedo.

El vampiro huyó de mí a la vez que yo liberaba mi tercer estallido y saltó por el pasillo, arrojándose del techo a la pared, al suelo y a la pared y así sucesivamente, esquivando descontroladamente la corriente de ruinoso energía que envié tras él.

—¡Eso es! —me escuché a mí mismo gritar—. ¡Más te vale correr, guaperas!

Desapareció al girar la siguiente esquina y yo grité con una rabia incoherente, le di una patada a la cabeza de uno de los vampiros caídos que todavía se retorció con la punta de mis botas de trabajo de puntera de acero y corrí detrás de él persiguiéndolo y diciendo palabrotas.

Todo ello me llevó, al menos, seis o siete segundos.

Después de eso, las cosas se complicaron un poco.

Había provocado una media docena de fuegos pequeños con la explosión y antes de caminar otra media docena de pasos la alarma antiincendios empezó a sonar estridentemente. El sistema se puso a rociar agua a mi alrededor. Y en ese mismo momento, una pistola disparó en algún lugar por delante de mí. Nada de eso era bueno.

La alarma significaba que las autoridades podrían estar de camino, y salvo por los chicos más listos del departamento de Investigaciones Especiales de la Policía de Chicago, no estaban preparados para enfrentarse a un vampiro. Serían poco más que víctimas y rehenes potenciales para los depredadores sobrenaturales.

El agua que estaba cayendo tampoco era buena. El agua corriente anula las energías mágicas, y aunque a mí no me apagaría por completo, haría que todo fuera más difícil, como correr sobre arena blanda o sobre barro. Y los disparos no eran buenos porque un par de balas atravesaron la pared a menos de dos metros de mí y una de ellas se llevó el dobladillo del pantalón del tobillo izquierdo.

—¡Ayvva! —dije.

Intrépido maestro del diálogo audaz, ese soy yo.

Giré la muñeca izquierda delante de mi cuerpo, invoqué de nuevo mi escudo. Un par de balas que probablemente me hubieran alcanzado rebotaron en él mientras unos círculos concéntricos de luz azul parpadeante se expandían desde los puntos de impacto. Recorrí el pasillo y torcí otra esquina, con la vara explosiva en la mano derecha, levantada y lista.

Había dos vampiros enfrente de la puerta de una oficina. Uno de ellos estaba en el suelo, apalizado y jadeando de agonía, agarrándose el fofo vientre. Estaba derramando sangre por todo el suelo. Varias docenas de agujeros de balas, agujeros de salida, explicaban por qué. Las heridas no matarían al vampiro, pero eran dolorosas y lo despojaban de la fuente de su poder sobrenatural: la sangre que había devorado. El otro estaba agachado al lado de la puerta, como si se debatiera entre intentar o no salir por patas como aparentemente había hecho su compañero.

Mi corredor llegó donde estaban, gimiendo de miedo.

Me deslicé para detenerme en aquel suelo que se estaba humedeciendo rápidamente, levanté la vara e hice de las mías con otra explosión. Retumbó por el pasillo y el vampiro corredor agarró al herido y tiró de él para interceptar el disparo que yo había dirigido contra él. El vampiro herido gritó y absorbió la energía suficiente para dejar que el corredor atravesara el pladur que había al final del pasillo.

Desapareció de la vista y un segundo después escuché el sonido de cristales rompiéndose cuando salió del edificio.

El vampiro con menos suerte estaba muerto, o muy cerca de estarlo, dado que el rayo había cortado en rodajas casi todo lo que se encontraba a la izquierda de su espina dorsal. El último vampiro se giró hacia mí, dudando.

Resultó fatal. La pared que había detrás de él explotó de repente hacia fuera y Martin, con la piel enrojecida por los tatuajes oscuros, la atravesó destrozándola. Arrastró al vampiro por el pasillo y lo estampó contra la pared. Una mano rodeó el vientre del sorprendido vampiro y un cuchillo destelló. La sangre escarlata salpicó la pared como una fuente y el vampiro colapsó, gritando sin aliento.

Martin se apartó de un salto de la criatura moribunda antes de que esta tuviera suerte con una de sus garras, recorrió el pasillo de arriba abajo con la mirada. Vio el agujero en la pared más alejada y dijo:

—Maldición. ¿Has dejado que uno se escape?

Antes de que pudiera responderle, apareció Susan, deslizándose por el agujero de la pared. Tenía la mochila del ordenador colgada sobre un hombro y en la mano llevaba una pistola humeante, una automática del calibre 45 con un cargador de gran capacidad. Miró al vampiro del suelo y levantó la pistola, sus oscuros ojos eran duros y fríos.

—Espera —dije—. Había seis. Ese es el número cuatro.

—Siempre hay seis —respondió Susan—. Equipo estándar de operaciones.

Apretó el gatillo tranquilamente, liberando un estallido corto y preciso de fuego automático, y convirtió la cabeza del vampiro en un guano asqueroso.

Martin se miró el reloj.

—No tenemos mucho tiempo.

Susan asintió y ambos empezaron a correr por el pasillo, hacia las escaleras.

—Vamos, Harry. Hemos encontrado unos planos. Todo el edificio está conectado.

Parpadeé y corrí tras ellos.

—¿Conectado? ¿A qué?

—Los explosivos están en la cuarta planta —dijo Martin tranquilamente—, colocados por toda tu oficina.

—Capullos —dije—. ¡Nos dijeron que estaban limpiando el amianto!

Susan soltó una risa corta, pero Martin la miró frunciendo el ceño.

—Cuando el que se ha ido corriendo les informe de lo que ha pasado, los harán estallar. Sugiero que nos demos prisa.

—Mierda —resollé.

Corrimos por las escaleras. Bajarlas nos llevó menos tiempo que subir las, pero era más difícil de controlar. Me tropecé una vez y Susan me cogió por el brazo, sus dedos eran como tiras de acero rígido. Llegamos al final de la escalera juntos.

—¡Por la puerta principal no! —grité—. ¡Autoridades en camino!

Los adelanté y los conduje por un pasillo corto por el que bajamos y salimos a un callejón por una puerta lateral. Corrimos hasta la parte trasera del edificio, bajamos por otro callejón, y nos fuimos.

Llegamos a la siguiente manzana cuando la luz destelló y un gigante del tamaño del edificio de los Sears nos agarró y nos golpeó con la almohada de su enorme cama. Perdimos el equilibrio. Susan y Martin cayeron hechos un ovillo y rodaron varias veces. En cambio, yo me caí en un cubo de basura.

Por supuesto, estaba lleno.

Me quedé ahí tumbado unos segundos, con un pitido agudo y constante en el oído. Una nube de polvo y partículas me anegó, mezclándose con el horrible estofado que había en la basura y que me cubría el cuerpo.

—No estoy dando lo mejor de mí —reflexioné en voz alta. Sentí las palabras vibrar en mi garganta, pero no pude escucharlas.

Unos segundos después, los sonidos empezaron a volver. Las bocinas y alarmas de coches se escuchaban por todas partes. Los sistemas de seguridad de los escaparates chillaban. Las sirenas, muchísimas sirenas, se estaban acercando.

Una mano se deslizó por debajo de mi brazo y alguien me ayudó a levantarme. Susan. Estaba ligeramente cubierta de polvo. Hacía que el aire fuera tan denso que no podíamos ver a más de tres o seis metros y medio de distancia. Intenté caminar y me tambaleé.

Martin se colocó bajo mi otro brazo y empezamos a arrastrarnos por el polvo. Después de un rato, las cosas dejaron de dar vueltas tan rápido. Me di cuenta de que Martin y Susan estaban hablando.

—¿... seguro de que no queda nada? —estaba diciendo Susan.

—Tendré que examinarlo sector por sector —dijo Martin en un tono monótono—. Puede que consigamos algunas sobras. ¿En qué demonios estaba pensando al lanzar ese tipo de poder cuando sabía que estábamos buscando datos informáticos?

—Probablemente estuviera pensando en que la información sería inútil si nosotros dos estábamos muertos —respondió Susan, bastante incisiva—. Nos tenían. Y lo sabes.

Martin no dijo nada durante un rato. Luego añadió:

—Eso o que no quería que consiguiéramos la información. Estaba bastante enfadado.

—Él no es así —dijo ella—. No es él.

—No era él —la corrigió Martin—. ¿Tú eres la misma persona que eras hace ocho años?

Ella no dijo nada durante un rato.

Recordé cómo andar y empecé a hacerlo por mí mismo. Sacudí la cabeza para aclarármela un poco y miré hacia atrás por encima del hombro.

Había edificios ardiendo. Cada vez había más sirenas en camino. El punto de la silueta de la ciudad donde normalmente se encontraba mi oficina desde aquel ángulo

estaba vacío, salvo por una nube de polvo que se expandía. El fuego y las luces de emergencia coloreaban el polvo de naranja, rojo y azul.

Mis archivos. Mi vieja máquina de café. Mi revólver de repuesto. Mi taza favorita. Mi silla y mi escritorio, andrajosos y cómodos. Mi ventana de cristal esmerilado con sus letras pintadas que rezaban: «HARRY DRESDEN, MAGO».

Todo había desaparecido.

—Maldición —dije.

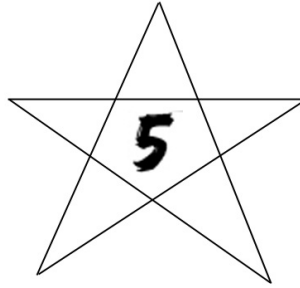
Susan me miró:

—¿Qué pasa?

Respondí con un murmullo cansado.

—Pagué el alquiler de la oficina esta mañana.





Cogimos un taxi. Salimos del área antes de que la policía le pusiera un perímetro. No era tan difícil. Chicago tiene un cuerpo de policía de primera, pero nadie puede establecer de manera rápida o fácil un cordón tan grande alrededor de un área extensa con un montón de gente al amanecer. Tendrían que hacer llamadas y sacar a gente de la cama y meterla en el trabajo, y la confusión pura lo ralentizaría todo.

Por la mañana, lo sabía, la explosión estaría en todas las noticias. Habría periodistas y teorías y entrevistas a testigos presenciales con gente que le pareció oír que sucedió algo y vio una nube de polvo. No había habido un incendio, como el que se ha visto en un par de ocasiones anteriores. Esto había sido una explosión, un acto deliberado de destrucción. Podrían averiguar todo eso cuando se evaluaran los daños.

Habría investigación y rescate en la escena.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la ventanilla. Había muchas posibilidades de que no hubiese nadie más en el edificio. Todos los propietarios eran empresarios. Ninguno de ellos solía trabajar tarde por la noche. Pero todos tenían llaves para entrar cuando lo necesitasen, igual que yo. Podría haber habido conserjes o gente de mantenimiento; empleados de la Corte Roja, por supuesto, pero eso ellos no lo sabían. No le explicas a los de la limpieza que tu compañía forma parte de una organización siniestra con fines de infiltración y control mundial. Solo les dices que frieguen el suelo.

Era muy posible que hubiera gente muerta en ese edificio que no lo habría estado si no fuera por el hecho de que mi oficina estaba en la cuarta planta.

Dios.

Sentí los ojos de Susan sobre mí. Ninguno habíamos hablado delante del taxista. Nadie habló entonces, hasta que Martin dijo:

—Aquí. Aparca aquí.

Alcé la vista. El taxi estaba aparcando en un motel barato.

—Deberíamos permanecer juntos —dijo Susan.

—Podemos separarnos aquí —dijo Martin—. No podemos quedarnos en su casa. Yo necesito tu ayuda. Él no.

—Vamos —dije yo—, la gente —me refería a la policía— va a ir a mi casa pronto de todos modos. Es más fácil si solo hay una persona con la que hablar.

Susan exhaló con firmeza por la nariz. Luego asintió. Los dos se bajaron del coche. Martin le dio algo de dinero al taxista y le dijo la dirección de mi casa.

Fui a casa en silencio. El taxista iba escuchando las noticias en la radio. Yo estaba bastante molido, pues había lanzado un montón de magia en el edificio. Puede que la magia sea extremadamente guay, pero es agotadora. La que quedaba vibrando a mi alrededor no era suficiente para estropear la radio, la cual ya estaba hablando en directo de la explosión. El taxista, que parecía ligeramente originario de Oriente Medio, no parecía contento.

Lo sentí.

Nos detuvimos en mi apartamento. Martin ya le había pagado demasiado por la carrera, pero le di otros veinte pavos además de eso y lo miré serio.

—¿Te llamas Ahmahd?

Estaba ahí mismo, en su licencia de taxista. Afirmó vacilando.

—¿Tienes familia, Ahmahd?

Me miró fijamente.

Me llevé el dedo a los labios en un gesto de silencio.

—Nunca me has visto. ¿Vale?

Hizo una mueca, pero movió la cabeza en un gesto de afirmación.

Salí del taxi, me sentía algo enfermo. No le hubiera hecho daño a la familia del tipo, pero él no lo sabía. Y aunque lo supiera, aquello, junto con el soborno, no sería suficiente para evitar que hablara con la policía si esta iba por ahí preguntando... aunque sospechaba que sería suficiente para evitar que saltara a dar la información voluntariamente. Había edificios explotando. La gente cuerda querría mantener la cabeza bajo el suelo hasta que todo terminara.

Observé cómo se alejaba el coche, me metí las manos en los bolsillos del abrigo y me arrastré a casa con poca energía. Me quedé sin recursos físicos y psíquicos bastante rápido cuando arrojé toda esa energía sobre los vampiros y ahora estaba pagando el precio. Había puesto sin querer fuego del alma en todas las explosiones que les había lanzado, por eso las llamas tenían ese excelente color blanco plata en lugar del rojo anaranjado del fuego habitual. Me apetecía tirarme en la cama, pero no era la opción inteligente. Dudé sobre si hacerlo de todos modos.

Tuve tiempo para ducharme, sacar a Ratón a dar una vuelta muy necesaria, poner una cafetera y estaba terminando de limpiar los escombros y la basura de mi guardapolvo con las toallitas multiusos para limpiar el cuero que me mandó Charity Carpenter, la madre de Molly, cuando alguien llamó a la puerta.

Ratón levantó la cabeza desde donde estaba tumbado a mi lado, sus ojos marrones eran cautelosos y serios. Luego levantó las orejas y empezó a mover la cola. Se levantó y dio un paso hacia la puerta, después me miró.

—Sí, sí —dije—. Ya voy.

Me levanté y abrí la puerta. Se atascó a la mitad. Tiré más fuerte y la abrí del todo.

Una mujer de poco más de metro y medio de altura estaba de pie en mi puerta, su rostro estaba agotado y completamente libre de maquillaje. Su pelo era rubio como el oro, pero lo tenía en la cara y necesitaba urgentemente la ayuda de un cepillo y quizás de un rizador. O al menos un coiletero. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta vieja y ancha y tenía los hombros encorvados y rígidos de la tensión.

Me miró unos segundos. Luego cerró los ojos y sus hombros se relajaron.

—Hola, Murphy —dije.

—Ey —dijo ella, su voz era algo débil. Disfruté del momento. No veía el lado blando de Murphy muy a menudo—. ¿Huelo café?

—Acabo de poner la cafetera —contesté—. ¿Quieres?

Murphy soltó un gemido de algo cercano a la lujuria.

—Cásate conmigo.

—Quizás cuando estés consciente.

Di un paso atrás y la dejé entrar. Murph se sentó en el sofá y Ratón fue con ella y colocó la cabeza sin ninguna vergüenza sobre su regazo. Ella bostezó y lo rascó y acarició atentamente, mientras sus fuertes manitas hacían que sus ojos perrunos se cerraran de gozo.

Le tendí una taza de café y me serví otra para mí. Lo tomaba solo con sacarina. El mío venía con nata y muchísimo azúcar. Sorbimos el café juntos y sus ojos se animaron más conforme la cafeína iba entrando. Ninguno de los dos habló y su mirada recorría de vez en cuando mi apartamento y mi persona. Podía escuchar los engranajes girando en su cabeza.

—Has llegado hace menos de una hora. Aún puedo oler el jabón. Y acabas de terminar de limpiar tu abrigo. A las cuatro de la mañana.

Bebí café y ni lo confirmé ni lo negué.

—Estabas en el edificio cuando estalló —afirmó.

—Eh, no —dije—. Estoy bien, pero no sé nada de que se me haya caído un edificio.

Sacudió la cabeza. Miró fijamente lo que le quedaba de café.

—Me llamó Rawlins. Me dijo que el edificio de tu oficina había explotado. Pensé que alguien te había atrapado, finalmente.

—¿Estamos en los informes? —pregunté. Murphy era sargento de la división de Investigaciones Especiales de la policía de Chicago. Era un departamento sin salida de la policía y el único que tenía alguna pista sobre el mundo sobrenatural. Aun así, Murphy era poli hasta la médula. Podía alargar la línea cuando se trataba de legalidad, pero tenía límites. Yo los había cruzado antes.

Sacudió la cabeza.

—No. Aún no.

—La Corte Roja —dije—. Compraron el edificio hace unos años. Lo cablearon para hacerlo estallar si querían.

Murphy frunció el ceño.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no hace años?

Gruñí.

—Rencor personal, supongo —dije—. La duquesa Arianna está molesta por lo que le sucedió a su marido cuando se peleó conmigo. Cree que es mi culpa.

—¿Lo es?

—Bastante —dije.

Le dio vueltas al café que quedaba en el fondo de la taza.

—¿Entonces por qué no te mató? Clic, boom.

—No lo sé —dije—. A lo mejor supuso que no era suficiente. Clic-boom son negocios. Lo que yo tengo con ella es personal.

Mis mandíbulas rechinaron un poco mientras las apretaba.

Los ojos azules de Murphy no se lo perdieron.

—¿Personal? —Volvió a mirar a su alrededor—. Tu apartamento tiene buen aspecto. ¿Quién era?

—Susan.

Su espalda se enderezó un poco. Fue el único signo de sorpresa que mostró. Murphy sabía todo lo de Susan.

—¿Quieres hablar de ello?

No quería, pero Murphy tenía que saberlo. Se lo conté en frases de tres y cuatro palabras. Cuando terminé, había dejado la taza en la mesa del café y me escuchaba atentamente.

—Jesús, María y José —respiró—. Harry.

—Sí.

—Esa... esa zorra.

Sacudí la cabeza.

—Señalar culpables no ayuda a Maggie. Lo haremos después.

Hizo una mueca, como si se tragara algo amargo. Luego asintió.

—Tienes razón.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Martin y Susan están viendo lo que pueden sacar del disco duro —dije—. Me contactarán en cuando sepan algo. Mientras tanto, me voy a poner en horizontal un par de horas, luego empezaré a echar mano de mis contactos. Ir al Consejo y pedir ayuda.

—Ese atajo de viejos chochos insensibles, cobardes y débiles —dijo.

Me sorprendí a mí mismo sonriéndole, un poco, a mi café.

—¿Te la van a dar? —preguntó Murphy.

—A lo mejor. Es complicado —dije—. ¿Tú vas a hacer que la policía me ayude?

Sus ojos se oscurecieron.

—A lo mejor. Es complicado.

Extendí las manos en un gesto de «ahí lo tienes» y ella asintió con la cabeza. Se levantó y fue hasta el fregadero para dejar la taza.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Estaría bien que la policía no me encerrara en un tiempo. En algún momento se darán cuenta de que los explosivos estaban alrededor de toda mi oficina.

Sacudió la cabeza.

—No prometo nada. Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

—Quiero participar —dijo—. Vosotros dos estáis demasiado implicados en esto. Vas a necesitar a alguien con perspectiva.

Empecé a replicar algo desagradable, pero me callé la estúpida boca porque seguramente ella tenía razón. Dejé mi propia taza de café en el fregadero para tener una excusa para no hablar mientras intentaba sosegarme. Luego dije:

—Te lo hubiera pedido de todos modos, Murph. Necesito una buena mano para las pistolas.

Puede que Murphy sea diminuta, pero ha sobrevivido a más apuros con lo sobrenatural que cualquier otro mortal básico que jamás haya conocido. Mantendría la calma en una crisis, a pesar de que la crisis incluyera demonios alados, necrófagos aulladores, vampiros asesinos y sacrificios humanos. Evitaría que cualquiera, y quiero decir Martin, me apuñalara por la espalda. También tendría su pistola y dispararía. La he visto hacerlo.

—Harry... —empezó.

Hice un gesto con la mano.

—No voy a pedirte que incumplas ninguna ley de Chicago. O de Estados Unidos. Pero dudo que nos quedemos en la ciudad para esto.

Lo asimiló durante unos segundos, cruzó los brazos y miró el fuego. Ratón la miró en silencio desde donde estaba sentado junto al sofá.

—Soy tu amiga, Harry —dijo.

—Nunca lo he dudado.

—Vas a recuperar a Maggie.

Me dolía la mandíbula.

—Demonios si lo voy a hacer.

—Ok —dijo ella—. Cuenta conmigo.

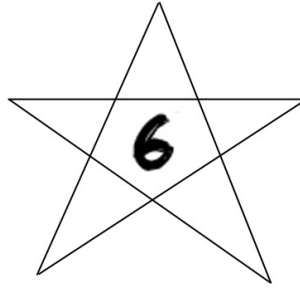
Incliné la cabeza, de repente me ardían los ojos, la emoción se chocó con la tormenta de mi vientre.

—Gr... —empecé. Se me quebró la voz. Volví a intentarlo—. Gracias, Karrin.

Sentí que su mano tomaba la mía unos segundos, cálida y firme.

—La recuperaremos —dijo, muy tranquila—. Lo haremos, Harry. Cuenta conmigo.





No dormí mucho, pero dormí bien. Cuando mi viejo despertador de Mickey Mouse sonó a las siete, tuve que luchar para salir de un lugar profundo del extremo más alejado de la tierra de los sueños. Pensé que me vendrían bien otras dieciocho o veinte horas.

Era otro ejemplo de mis emociones sacando lo mejor de mí. Usar fuego del alma en un reflejo puro e instintivo fue un error, potencialmente uno fatal. La reserva de poder extramortal que el fuego del alma ofrecía era formidable de modos que yo no acababa de entender. No sé si eso hace que mis conjuros sean más efectivos contra la Corte Roja, aunque tenía una corazonada de que lo eran tanto como los palos de hockey, pero estaba muy seguro de que tenía que recurrir a mi propia energía vital para hacerlo. Bueno, si sacaba demasiada. Quedarse sin energía vital significa un poco quedarse sin vida. Y si esa energía era la misma fuerza que comúnmente se conoce como alma, podría significar el olvido.

Dependiendo de lo que sucediera en realidad cuando llegaras al otro lado, supongo. No tengo ni idea. Y tampoco ninguna criatura mortal o inmortal que yo hubiera conocido nunca parecía que lo supiera con seguridad.

Sí sabía que las emociones poderosas eran una fuente adicional de energía excelente para que la magia funcionara, una especie de turbocargador. Si lanzas un conjuro destructivo controlado por una enorme furia, conseguirías un estallido mayor por tu esfuerzo que si lo hicieras mientras estuvieras relajado en un campo de pruebas. El peligro, por supuesto, era que nunca podrías estar realmente seguro de cuánto efecto tendría una emoción tal en un conjuro; lo que significaba que correrías un mayor riesgo de perder el control de la energía. Los tíos que operan a mi nivel pueden matar a otros o matarse a sí mismos al mínimo error.

Quizás el fuego del alma provenía de un lugar similar al de las emociones. Quizás no podías tener uno sin al menos un poco del otro. Quizás estaban mezclados, como la proteína en polvo y la leche desnatada en un batido saludable.

No importaba, en realidad. Menos de sesenta segundos de acción la noche anterior me dejaron exhausto. Si no le encontraba el truco al fuego del alma, podía matarme a mí mismo con él, literalmente.

—Arriba, Harry —me dije a mí mismo.

Me arrastré fuera de la cama hasta el salón y me encontré a mi aprendiz, Molly, que había llegado mientras yo estaba durmiendo y estaba profanando el desayuno en mi diminuta cocina.

Llevaba un atuendo sencillo: pantalones vaqueros y una camiseta negra en la que ponía, con unas letras blancas pequeñas, «SI PUEDES LEER ESTO, MÁS VALE QUE ME HAYAS PAGADO LA CENA». Tenía más largo el pelo color oro, se lo había dejado crecer, y le caía por la espalda por debajo de los omoplatos. Se había teñido las puntas con tinte verde que se había ido volviendo azul conforme se le iba quitando.

No estaba seguro de si Molly estaba «rompedora», «buenorra» o «cañón», ya que la consigna cultural cambia cada dos minutos. Pero si eligieras una palabra para que fuera un término de alabanza y adoración por la belleza de una mujer joven, probablemente se le aplicara. Para mí, el efecto se había arruinado en cierto modo, ya que la conocía desde que era una niña delgaducha entre la época de llevar ruedines y llevar sujetador, pero eso no significaba que no tuviera una apreciación académica por su apariencia. Cuando les prestaba atención, los hombres perdían la cabeza por ella.

Ratón ya estaba sentado atento a sus pies. El perrazo se portaba bien con lo de no coger comida de la mesa o del fogón o de la encimera o de lo alto de la nevera, pero había trazado una línea en el linóleo: si algo se caía al suelo y él podía cogerlo primero, era suyo. Sus ojos marrones seguían las manos de Molly atentamente. Por el alegre movimiento de su cola, probablemente ya había tirado cosas varias veces. Era una bonachona en lo que respectaba al chucho.

—Buenos días, jefe —trinó.

La fulminé con la mirada, pero me arrastré fuera de la cocina. Ella puso huevos revueltos recién hechos en un plato con beicon, tostadas y unos trozos de fruta mezclados y me puso en la mano un gran vaso de zumo de naranja.

—Café —dije.

—Lo estás dejando esta semana. ¿Te acuerdas? Teníamos un trato: yo hacía el desayuno y tú dejabas el café de la mañana.

Le fruncí el ceño a través del abotargamiento sin café. Recordaba vagamente tal acuerdo. Molly había crecido interesada en mantenerse sana y se había vuelto más últimamente. Tenía cuidado con lo que comía y había decidido transmitirme esa alegría.

—Odio a la gente madrugadora —dije, y cogí mi desayuno. Me acerqué al sofá y dije—: No le des nada de comer a Ratón. No es bueno para él.

Ratón no movió ni una oreja. Se quedó ahí sentado mirando a Molly y sonriendo.

Me bebí el zumo de naranja, lo cual consideré que era un principio completamente inadecuado para mi día. El beicon resultó ser de pavo y los bordes estaban quemados. Me lo comí de todos modos, junto con las tostadas, que no



estaban lo suficientemente hechas. El pequeño saltamontes tenía talentos, pero cocinar no se encontraba entre ellos.

—Están pasando cosas —dije.

Se quedó parada en el fregadero, frotando una sartén, y me miró con interés.

—¿Oh? ¿El qué?

Resoplé y pensé en el asunto cuidadosamente durante unos segundos. Molly no era muy de combate. No era su campo. Los próximos días sin duda iban a ser peligrosos para mí, y podía vivir con ello. Pero si Molly se implicaba, podrían ser perfectamente mortales.

He visto los dos lados de la corriente de pensamiento «la ignorancia es seguridad» en acción. He visto a gente morir que no lo hubiera hecho si le hubiese hablado de lo sobrenatural y sus peligros, y la he visto morir porque estaba advertida y no era suficiente para recalcar la escala de la amenaza que se cernía sobre ellos. No había modo de saber qué iba a pasar.

Y dado que no había modo de saber qué iba a pasar, llegué a la conclusión de que, en ausencia de factores que me hicieran creer lo contrario, no era lo suficientemente sabio negarles la elección. Molly formaba parte de mi vida. Esto la afectaría muchísimo, de un modo u otro. Lo único responsable que podía hacer era dejarla que decidiera por sí misma cómo quería vivir su vida. Eso incluía ponerla en peligro, si era lo que ella consideraba apropiado.

Así que, al igual que había hecho con Murphy, se lo solté al pequeño saltamontes.

Cuando terminé, Molly estaba de rodillas en el suelo al lado de donde yo estaba sentado en el sofá, con sus ojos azules abiertos.

—Guau, Harry.

—Sí —dije.

—Guau.

—Tú lo has dicho.

—Esto lo cambia todo.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo puedo ayudar?

Esperé que no hubiera decidido matarse a sí misma.

—Dímelo tú. ¿Cuál es el movimiento inteligente, padawan?

Se mordió el labio unos segundos y levantó la mirada hacia mí.

—Necesitamos información. Y necesitamos apoyo. ¿Edimburgo?

Me bebí el último trago de zumo de naranja, sentí su salubridad, y dije:

—Bingo.

Usamos los Caminos para ir a Edimburgo, sacando ventaja de la extraña geografía del mundo espiritual para cubrir mucha más distancia física en el mundo material. Solo ciertas rutas exploradas con anterioridad eran seguras y fiables, y tenías que tener algo de zumo sobrenatural para abrir la puerta, por decirlo así, entre

el mundo real y el Nuncamás, pero si podías hacerlo, los Caminos eran muy útiles. El viaje de Chicago a Edimburgo nos llevó una media hora.

El cuartel general del Consejo Blanco de magos es un lugar soso, sombrío y con corrientes de aire; no se diferenciaba del interior de la cabeza de muchísima gente que trabajaba ahí. Está todo bajo tierra, en una red de túneles con las paredes cubiertas de runas y sigilos místicos tallados, con diseños estilizados y con una habilidad genuinamente hermosa. Los techos son un tanto bajos para mí en ciertos lugares. Algunos túneles son negros como el carbón, pero la mayoría están bañados por una especie de luz ambiental sin una fuente visible, lo cual supone una visión muy rara, como una de esas luces negras que se asegura de que otros colores parezcan brillar.

Pasamos dos puestos de seguridad y caminamos otros cinco minutos antes de que Molly sacudiera la cabeza.

—¿Cómo de grande es este lugar? —Su voz apagada resonó en los túneles vacíos.

—Grande —dije yo—. Casi tan grande como la ciudad que tiene por encima y tiene varios niveles. Muchos más de los que usamos en realidad.

Recorrió con los dedos un complicado tallado en la piedra al pasar, un mural que representaba una escena forestal, sus bordes y líneas estaban nítidos y limpios a pesar del humo de alguna que otra antorcha y el paso de los siglos. Sus dedos dejaron pequeñas huellas en la fina capa de polvo que cubría la pared.

—¿Las talló el Consejo?

—Nop —respondí—. Eso se hubiera parecido demasiado a trabajar. Según los rumores, esto era el palacio del señor de los daoine Sidhe. El que el Merlín original ganó en una apuesta.

—¿Merlín Merlín? —preguntó—. ¿La espada en la piedra y tal?

—El mismo tipo —dije—. Dudo que se pareciera mucho al de las películas.

—Escribió las Leyes de la Magia, fundó el Consejo Blanco, custodiaba una de las Espadas y también estableció la fortaleza del Consejo —dijo Molly—. Debió de haber sido un auténtico personaje.

—Debió de haber sido un verdadero bastardo —dije—. Los tipos que hacen que su nombre esté por toda la historia y el folclore no suelen ser los líderes de los Boy Scouts.

—Eres tan cínico —dijo Molly.

—Yo creo que los cínicos son bromistas y monos.

No había nada de tráfico en el corredor principal, lo cual me sorprendió. Quiero decir, nunca estaba exactamente abarrotado, pero por lo general te encontrabas con alguien.

Me dirigí a la zona de los Guardianes. Había un gran dormitorio para la rama militante del Consejo Blanco, donde por lo general podía estar seguro de que encontraría un rostro hosco y suspicaz. También era muy posible que Anastasia

Luccio, capitana de los Guardianes, estuviera allí. La cafetería y las oficinas administrativas estaban cerca, por ello eran las partes más transitadas de la fortaleza.

Tanto la zona de los Guardianes como la cafetería estaban vacías, a pesar de que había un mazo de cartas extendidas en una mesa de una de las zonas de descanso.

—Qué raro —murmuré—. Si todos los puestos de guardia no estuvieran tan ajetreados como siempre, pensaría que pasa algo.

Molly frunció el ceño.

—A lo mejor alguien se ha metido en la cabeza de los guardias.

—Nah. Son unos capullos, pero no son capullos incompetentes. Nadie de por aquí se va a meter con mierdecillas mentales durante un tiempo.

—¿Mierdecillas? —preguntó Molly.

—Ey, estamos en Reino Unido. Donde fueres...

Cruzamos el recibidor hasta administración y, finalmente, encontramos a alguien: una mujer de apariencia preocupada que estaba sentada en una vieja centralita de teléfono, de las que tienen un millón de agujeros y clavijas que se tienen que insertar y sacar manualmente para que funcione. Llevaba unos auriculares que parecían antiguos y hablaba mediante un antiguo micrófono de radio.

—No. No, no tenemos ninguna información ahora. Cuando sepamos algo, os informaremos.

Tiró del cable para sacarlo, lo metió debajo de otra bombilla iluminada y repitió su perorata. La vi hacerlo una media docena de veces antes de saludarla con la mano literalmente delante de la cara para que nos viera.

Se detuvo y parpadeó mirándome. Era una mujer con una apariencia maternal, con unas pocas canas mezcladas entre su pelo castaño, lo cual significaba que podría tener entre cuarenta y cinco y doscientos años. Sus ojos pasaron rápidamente de mí a Molly, y vi que su cuerpo se tensaba. Apartó su silla con ruedas unos cuantos centímetros de nosotros. Como la mayoría de los magos más viejos, probablemente me viera como un sociópata en busca de un bonito campanario. Las luces del panel parpadeaban constantemente. Eran de las antiguas, de las que hacían un ligero clic al encenderse y apagarse.

—Ah —dijo—. Mago Dresden. Estoy bastante ocupada.

—Eso parece —dije—. Maga MacFee, ¿verdad? ¿Dónde está todo el mundo?

Volvió a parpadear, como si yo hablara ewok.

—Están en el salón de la residencia del Consejo de Ancianos. Era el único lugar lo suficientemente grande para todos aquellos que quisieran presenciarlo.

Asentí con la cabeza cordialmente e intenté mantenerme tranquilo.

—¿Presenciar qué?

—La visita de la embajadora —dijo MacFee, la impaciencia tocaba su voz. Señaló el panel—. ¿No te has enterado?

—Estuve un poco ocupado ayer —dije—. ¿Enterarme de qué?

—La Corte Roja, por supuesto —dijo—. Han enviado a una embajadora plenipotenciaria —sonrió—. Quieren convertir el alto el fuego en una paz de verdad. Han enviado nada más y nada menos que a la duquesa Arianna Ortega para solicitar los términos.



Sentí cómo se me revolvía el estómago.

La duquesa estaba jugando sucio. Como enviada de la Corte Roja, sin duda tendría algo de información exclusiva sobre las intenciones de su gente. No había forma posible de que aquello fuera una coincidencia. Era demasiado perfecto.

Si la Corte Roja ofrecía volver al *statu quo* (y déjame decirte que a los magos más viejos les encanta el *statu quo*) y añadía algo para empezar con buen pie... el Consejo Blanco nunca autorizaría una acción que pusiera en peligro dicha paz. No por una niña cualquiera... y mucho menos por la prole del niño problemático y quizás psicótico más famoso del Consejo Blanco, Harry Dresden, y una terrorista semivampira.

Mucha gente del Consejo pensaba que me tendrían que haber decapitado cuando tenía dieciséis años. Eso hacía que los magos más jóvenes pensarán que yo era guay y peligroso, lo cual probablemente explicara mi popularidad entre ellos. Los miembros más ancianos del Consejo, sin embargo, eran los que tenían mayor influencia y autoridad. A estos les alegraría tener cualquier excusa razonable para dejarme colgado y la duquesa Arianna claramente pensaba dársela.

Me estaba apartando.

Hasta entonces no me di cuenta de que mientras mi cerebro había estado chapoteando en el arroyo de la lógica, el caldero de rabia de mi vientre se había desbordado y estaba caminando con pasos suaves y rápidos por un pasillo, con mi bastón en la mano izquierda, mi vara explosiva en la derecha, y las runas y tallados de ambos brillaban con una luz carmín.

Eso era algo alarmante.

Alguien me tiraba del brazo y bajé la mirada y vi a Molly agarrada a mi brazo izquierdo con ambas manos. Yo estaba haciendo que sus zapatillas se arrastraran por el suelo de piedra, a pesar de que claramente ella estaba intentando detenerme.

—¡Harry! —dijo desesperadamente—. ¡Harry! ¡No puedes!

Aparté la cara de ella y seguí caminando.

—¡Harry, por favor! —estaba casi gritando—. ¡Esto no va a ayudar a Maggie!

Me llevó un par de segundos averiguar cómo dejar de caminar. Lo hice, y respiré lenta y profundamente.

Molly apoyó la frente contra mi hombro, jadeando, le temblaba la voz. Todavía me sujetaba con fuerza.

—Por favor. No puedes. No puedes entrar ahí así. Te matarán. —La oí tragarse una bocanada de temor—. Si tenemos que hacerlo así... al menos déjame que use un velo sobre ti.

Cerré los ojos y seguí respirando profundamente, concentrándome en aplacar mi ira. Era como tragar ácido. Pero cuando abrí los ojos, las runas del bastón y la vara volvían a estar apagadas.

Miré a Molly. Ella me miró a mí, con los ojos enrojecidos y llenos de miedo.

—Estoy bien —le dije.

Se mordió el labio y asintió.

—Ok.

Me incliné y la besé en el pelo con delicadeza.

—Gracias, Molly.

Me ofreció una sonrisa vacilante y volvió a asentir con la cabeza.

Me quedé ahí de pie unos segundos antes de decir con amabilidad:

—Puedes soltarme el brazo ahora.

—Oh, cierto —dijo, liberándome—. Perdón.

Miré el pasillo que se abría delante de mí, intentando ordenar mis ideas.

—Ok —dije—. Ok.

—¿Harry? —preguntó Molly.

—Este no es el momento ni el lugar de luchar —añadí.

—Hum —dijo Molly—. Sí. Es decir, claro.

—No empieces —le dije—. Vale. Entonces la duquesa ha venido a jugar... —Apreté la mandíbula—. Bien. Que empiece el juego.

Volví a mirar al frente caminando con paso determinado y Molly corrió para seguirme el ritmo.

Nos dirigimos al ostentatorio del Consejo Blanco.

Lo sé. Esa palabra no existe. Pero debería. Si vierais el cuartel general del Consejo de Ancianos, estaríais de acuerdo conmigo.

Caminé por el recibidor y saludé con la cabeza a un grupo de doce Guardianes que estaban vigilando el exterior de las habitaciones del Consejo de Ancianos. Pertenecían todos a la generación más joven, al parecer al otro lado de las grandes puertas estaban pasando cosas de mayores, en las que los niños solo podían contribuir con confusión.

Por una vez, la geriatrocracia del Consejo había funcionado a mi favor. Si hubieran dejado a uno de los guardias viejos ahí fuera, sin duda alguna hubiera intentado evitar que entrara por principios generales. Pero como eran las cosas, varios

de los guardias saludaron con la cabeza y murmuraron saludos bajos mientras me acercaba.

Les respondí con un gesto de la cabeza rápido y no reduje la velocidad de mis pasos.

—No hay tiempo, chicos. Tengo que entrar ahí.

Corrieron a abrirme las puertas y las crucé sin bajar el ritmo y entré en las cámaras del Consejo de Ancianos.

Me quedé impresionado al entrar, como siempre me pasaba. El lugar era enorme. Podrías meter un campo de béisbol en él y todavía quedaría espacio para una cancha de baloncesto. Un vestíbulo central rectangular se abría delante de mí, con un suelo de mármol blanco con venas de oro que lo recorrían. Unas escaleras de mármol en el extremo opuesto ascendían hasta una balconada que rodeaba toda la estancia, la cual se apoyaba en columnas corintias de mármol a juego con el suelo. En el lado opuesto de la habitación había una silenciosa cascada, que caía a un estanque rodeado por un jardín de árboles y plantas vivientes y el trino de algún que otro pájaro.

En medio de la habitación se había erigido un estrado, junto con una hilera de luces que surgían de varios cristales muy brillantes, más otro sobre un pódium de madera que, supuse, amplificaba el sonido de cualquiera que hablara cerca. El lugar estaba abarrotado de magos de pie en el suelo en un mar de miniatura de humanidad, con unos cuantos más en la balconada superior completando el aforo de la sala.

En conjunto, el ostentatorio era tan exagerado que no podías evitar quedar impresionado, lo cual era la finalidad, y aunque mi cerebro sabía que estaba a cientos de pies bajo tierra, mis ojos insistían en que estaba iluminado por luz del sol natural.

Pero no lo estaba: había una vampira de pie en el escenario, detrás del miembro más reciente del Consejo de Ancianos, el Mago Cristos. Estaba de pie en el pódium, sonriendo y dirigiéndose a la asamblea. El resto del Consejo de Ancianos, resplandecientes en sus túnicas negras formales y sus estolas de color púrpura, miraba al frente con las capuchas puestas.

—... otro ejemplo de cómo debemos hacer frente al futuro con los ojos, y la mente, abiertos a la posibilidad de cambio —dijo Cristos. Tenía una gran voz para los discursos, una voz de barítono fuerte y regular que recorría sin esfuerzo la enorme estancia. Hablaba en latín, la lengua oficial del Consejo, lo cual debería decirte algo sobre su mentalidad—. La humanidad ya ha empezado a apartarse del ciclo de guerra y violencia sin sentido aprendiendo a coexistir con sus vecinos en paz, trabajando juntos para encontrar soluciones a sus problemas mutuos, en lugar de permitir que estos se conviertan en un derramamiento de sangre.

Sonrió con benevolencia. Era un hombre alto y sobrio con una melena suelta de pelo gris, una barba oscura y unos penetrantes ojos negros. Llevaba abierta la túnica formal, para enseñar mejor el traje de diseño que llevaba debajo.

—Por esta razón solicité una conferencia telefónica con el Rey Rojo —continuó. Utilizó la palabra inglesa para «telefónica», dado que no había un nombre en latín

adecuado para ello. Consiguió una reacción del Consejo reunido para ver el proceso. Esas cosas no se hacían—. Y después de hablar con él durante un tiempo, logré su apoyo para una paz claramente definida, vinculante y aceptada por ambas partes. Crear la paz va en el mejor interés de todos y por esta razón me complazco en presentaros, magos del Consejo Blanco, a la duquesa Arianna Ortega de la Corte Roja.

Varios magos que no se encontraban lejos de la posición de Cristos en la tarima empezaron a aplaudir con entusiasmo, y se extendió con algo de duda por la estancia, convirtiéndose finalmente en un aplauso educado.

Arianna subió al pódium, sonriendo.

Era preciosa. Y no me refiero a preciosa en plan «la chica más mona de la discoteca». Me refiero a que se parecía a una auténtica diosa. Los detalles casi no importaban. Alta. Pelo oscuro. Piel como la leche, como marfil pulido. Los ojos tan azules como el cielo del atardecer. Llevaba un vestido de seda roja, con un escote que caía maravillosamente. Unas joyas tocaban su garganta y sus orejas. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza, con algún que otro bucle suelto. La suya era una belleza tan pura que era casi dolorosa de contemplar. Atenea saliendo de fiesta un viernes por la noche.

Necesité cinco o seis segundos contemplándola para darme cuenta de que había algo detrás de esa belleza que no me gustaba nada. Su encanto en sí mismo, me di cuenta, era un arma... Una criatura tal que había vuelto locos a los hombres literalmente con deseo y obsesión. Es más, sabía que su belleza solo se encontraba a nivel de la piel. Sabía lo que se escondía debajo.

—Gracias, Mago Cristos —dijo la duquesa—. Es un gran honor ser recibida aquí hoy con el interés de crear una paz entre nuestras dos naciones, y con ello finalmente poner fin al abominable derramamiento de sangre entre nuestras gentes.

La Pandilla Aplauso volvió a empezar cuando Arianna se detuvo. La gente aprovechó la oportunidad más rápido esta vez. Aparte de los magos que se encontraban junto al estrado, el aplauso seguía siendo educado y poco entusiasta.

Esperé hasta que empezó a apagarse para soltar la puerta. Se cerró con un silencioso golpe justo en el momento de silencio entre el final del aplauso y la siguiente intervención de la duquesa.

Casi unas mil caras se giraron hacia mí.

Se hizo el silencio. De repente pude oír la pequeña cascada y el trineo ocasional de un pájaro.

Miré fijamente a Arianna y dije, con la voz muy clara:

—Quiero a la niña, vampira.

Me miró a los ojos con una serenidad educada durante unos segundos. Luego un indicio de sonrisa tocó su rostro, junto con una sombra de burla. Hizo que me hirviera la sangre y escuché cómo me crujían los nudillos al apretar más fuerte mi bastón.



—¡Mago Dresden! —dijo Cristos con una nítida reprimenda—. Este no es el momento ni el lugar para mostrar tu estupidez belicosa.

Me quedé tan impresionado con su autoridad que alcé la voz y dije más alto:

—Devuelve a la niña que le quitaste a su familia, Arianna Ortega, secuestradora y ladrona, o enfréntate conmigo bajo las cláusulas del *Code Duello*.

Los murmullos recorrieron la asamblea como el retumbo de un rayo.

—¡Mago Dresden! —gritó Cristos, horrorizado—. Esta es una embajadora de una nación firmante de los Acuerdos, a la que se le ha prometido un salvoconducto mientras esté aquí en una misión de paz. ¡Estas no son maneras! —Recorrió con la mirada la estancia y señaló a varios magos con túnicas grises que no estaban demasiado lejos de mí—. ¡Guardianes! ¡Escoltad a este hombre fuera de la sala!

Les lancé una mirada. Eran todos de la vieja guardia, todos peligrosos, todos duros y realmente yo no les gustaba. Seis pares de ojos con la clemencia y la piedad de la boca de una pistola me miraron.

Oí a Molly tragar saliva.

Volví a mirarlos y dije, en inglés:

—¿Estáis seguros de que queréis que sea así, colegas?

Debió de salirme más amenazador de lo que tenía pensado, porque la media docena de armarios empotrados del Consejo Blanco dejaron de caminar. Intercambiaron miradas entre sí.

Les di la espalda para mirar de nuevo al estrado y me dirigí a la vampira:

—¿Bien, ladrona?

Arianna se volvió a Cristos y le dedicó una sonrisa gentil un tanto triste.

—Siento esta interrupción, Mago Cristos. No estoy segura de qué trata esto, pero está bastante claro que el Mago Dresden siente que mi gente lo ha tratado de una forma muy inadecuada. Tenga en mente que, ya sean justos o no, sus sentimientos contribuyeron al inicio de esta guerra.

—Me disculpo por este comportamiento atroz —dijo el Mago Cristos.

—Para nada —le aseguró Arianna—. Yo también he sufrido pérdidas personales en este conflicto. Siempre es difícil controlar las emociones que surgen de estas cosas... particularmente para los muy jóvenes. Es uno de los problemas que necesitamos superar si vamos a romper el ciclo de violencia entre vuestra gente y la mía. Los veteranos de guerra sufren horribles cicatrices mentales y emocionales, tanto vampiros como magos. No me ofendo con las palabras o acciones del Mago Dresden, y no lo hago responsable por ellas. —Se giró hacia mí y dijo, con una voz misericordiosa—: Puedo decir sinceramente que entiendo exactamente cuánto estás sufriendo ahora mismo, Mago Dresden.

Tuve que obligarme a mí mismo a no levantar la vara explosiva y quitarle a la duquesa esa falsa empatía de la cara con fuego. Agarré mi equipo con las dos manos para asegurarme de que no iba a intentar nada sin consultármelo.

—Nunca podremos recuperar a los seres queridos que esta guerra nos ha arrebatado —continuó—. Lo único que podemos hacer es terminar la lucha... antes de que aún más de nuestros seres queridos resulten heridos. Estoy aquí para evitar más muertes innecesarias, Dresden. Seguramente tú puedas entender exactamente por qué haría tal cosa.

Tío, vaya si lo entendía. Para ella no bastaba con matarme simplemente. Quería derrotarme completamente primero, para conseguir su pastel y comérselo también. Si ponía fin a la lucha de este modo, se granjearía una credibilidad enorme en la comunidad sobrenatural... y si lo hacía al mismo tiempo que me la clavaba a mí, sería una victoria mucho más elegante.

Volvió a sonreírme, con esa diminuta sombra de burla tan tenue que nadie que no estuviera buscándola podría haber visto. Era suficiente para asegurarse de que yo podía ver la malicia que había tras ella, para asegurarse de que yo sabía muy bien que me lo estaba restregando por la cara delante de todo el Consejo Blanco. Probablemente había practicado delante de un espejo.

—Te estoy dando una oportunidad —dije, con la voz dura—. Devuelve a la niña y esto terminará. Estamos en paz. Si me obligas a que te la quite, jugaré duro.

Colocó sus largos y elegantes dedos sobre el pecho, como si estuviera confundida.

—No sé por qué estás tan enfadado conmigo o qué tengo que ver con esa niña, señor —dijo Arianna—, pero entiendo tu indignación. Y desearía poder ayudarte.

Alguien dio un paso al frente cerca de donde yo estaba, un poco por delante de mí. Era una mujer joven, no demasiado alta, con el pelo castaño rizado y un rostro en forma de corazón que era atractivo y agradable, si no hermoso. Sus ojos eran firmes y duros.

—Harry —dijo Anastasia Luccio, capitana de los Guardianes—, no hagas esto. Por favor.

Apreté la mandíbula y hablé en un susurro acalorado.

—Ana, si supieras lo que ha hecho.

—No vas a volver a empezar la guerra y mancillar sea cual sea el honor que le quede al Consejo Blanco atacando a una embajadora que nos visita bajo un compromiso de salvoconducto —dijo en el mismo tono—. Eres fuerte, Dresden. Pero no eres tan fuerte. Si lo intentas, aquí hay al menos treinta magos que podrían encargarse de ti solos. Trabajando juntos, te derrotarían. Te aplastarían como a un bicho... y luego te meterían en prisión hasta que decidieran qué hacer contigo, dentro de tres o cuatro meses.

Sentí que el vientre y el pecho me ardían. Pasé de nuevo la mirada de Anastasia a la duquesa Arianna.

Me estaba mirando... demonios, probablemente también me estuviera escuchando, el oído vampírico es lo que tiene. Su sonrisa era un escalpelo que me clavaba lentamente en la piel.

Anastasia me puso la mano en el brazo, con mucha gentileza, no con firmeza. Estaba haciendo una petición.

—Harry, por favor.

Detrás de mí, Molly añadió:

—No vamos a ayudar a Maggie así, jefe.

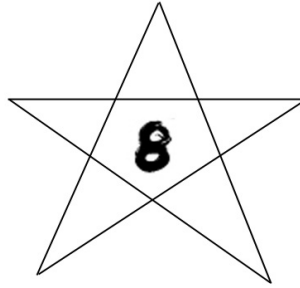
Quería gritar. Quería luchar.

En el estrado, una de las figuras encapuchadas del Consejo de Ancianos se levantó la capucha y se la quitó. Mi antiguo mentor, Ebenezer McCoy, era un hombre mayor bajo y fornido con unas manos grandes y unos nudillos llenos de cicatrices, calvo salvo por el leve flequillo de cabellos de color blanco pálido. Sus rasgos redondeados y fuertes eran suaves e ilegibles, pero me miró a los ojos con un movimiento de cabeza muy leve, muy preciso. El mensaje era claro. Prácticamente podía escuchar la voz del viejo gruñendo: «Confía en mí, Hoss. Ve con ella».

Sentí que el labio se me separaba de los dientes en un gruñido silencioso.

Me giré y salí de la habitación, con mis botas de trabajo golpeando con fuerza el suelo, con el bastón apretado. Anastasia caminó conmigo, con la mano aún en mi brazo, dejando claro que me estaba escoltando fuera de la estancia, a pesar de que había usado una persuasión más gentil de lo que hubiera preferido Cristos.

Los Guardianes cerraron la puerta detrás de mí con un golpe suave y contundente, apartándome del poder reunido del Consejo Blanco.



—Ey —dijo uno de los jóvenes Guardianes que había fuera del ostentatorio—. Ey, Harry. ¿Qué pasa, tío?

Le debía a Carlos Ramirez algo más que una inclinación de cabeza rápida, pero no pude dárselo. No quería hablar, porque no estaba seguro de poder evitar que mi voz se convirtiera en un grito furioso. Escuché a Molly volverse rápidamente hacia él y decir:

—Ahora no. Hay un problema, estamos trabajando en ello y prometo llamarte si hay algo con lo que puedas ayudar.

—Pero... —dijo él, dando un par de pasos detrás de nosotros.

—Guardián —dijo Luccio con firmeza—. Permanezca en su puesto.

Seguramente obedeció. Nosotros seguimos andando y él no nos siguió.

Luccio me condujo por un túnel que no había visto nunca, giró un par de veces en los oscuros corredores solo iluminados por la luz que ella convocaba para que colgara en el aire a nuestro alrededor, y luego abrió una puerta que daba a una habitación cálida y alumbrada por un fuego. Parecía una madriguera. Había una gran chimenea que chisporroteaba, varias velas encendidas y un montón de muebles cómodos repartidos en solitario y en grupos, de modo que uno pudiera tener tanta o tan poca compañía conversacional como deseara. También había una barra. Una barra muy grande y bien surtida.

—Oh —dijo Molly al entrar detrás de mí—. Qué acogedor.

Anastasia me soltó el brazo y caminó directa hacia la barra. Sacó una botella de cristal negro y vertió un líquido ámbar en tres vasos de chupitos. Los llevó a una mesa cercana, nos hizo un gesto para que nos sentáramos y puso los tres vasos en medio de la mesa, dejándonos elegir de cuál beber. Dos siglos de paranoia a nivel Guardián suelen metérsese hasta los huesos.

Me senté a la mesa, cogí un vaso y lo vacié. El licor me quemó el pecho conforme bajaba y me gustó.

Anastasia cogió el suyo y lo hizo desaparecer en un pestañeo. Molly miró su vaso, le dio un sorbo educado y dijo, ante la mirada divertida de la otra mujer:

—Deberíamos designar a alguien... no conductor, sino persona sobria.

—Harry —dijo Anastasia, girándose hacia mí—. Lo que has hecho hoy ha sido peligroso.

—Podría cargarme a esa zorra —gruñí.

—No tenemos forma de saber lo vieja que es Arianna —me contradijo— porque la humanidad no ha tenido un lenguaje escrito durante tanto tiempo. ¿Entiendes lo que digo?

Aparté mi vaso vacío con los dedos y dije:

—Podría cargarme a esa zorra prehistórica.

Miré la habitación unos segundos y dije:

—¿Qué es este lugar?

Anastasia se reclinó en su silla y extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—Bienvenido a la Habitación de las Preocupaciones.

—Habitación de las Preocupaciones, eh.

Levantó una ceja.

—¿No has visto la barra?

Molly soltó una risilla y la reprimió.

—Perdón.

La voz de Anastasia se volvió levemente irónica.

—Es un lugar donde los malhumorados y viejos Guardianes podemos venir cuando estamos hartos de los magos bondadosos que son tan gallinas que quieren que dejemos vivir a los niños caprichosos con el talento suficiente para convertirse en brujos, en lugar de ejecutarlos. Como aquí tu aprendiz. Te garantizo que en esta habitación cayeron algunas bebidas y se dijeron palabras amargas sobre cómo íbamos a lamentarlo después de su juicio.

Resoplé.

—¿Caíais, bebíais o hablabais?

Hizo un gesto de desdén.

—Si no fue por ella, fue por muchos otros. Yo estaba aquí cuando Morgan se emborrachó hasta quedar inconsciente después de tu juicio, Harry.

—No hay duda de por qué es tan acogedor.

Sonrió firmemente.

—Probablemente sea la habitación más privada y segura del complejo.

—¿Paranoia Central solo está probablemente libre de espías? Os estáis descuidando.

—Maldición, Harry. —Luccio sacudió la cabeza—. Hace un tiempo que haces el trabajo de un Guardián. O la mayor parte. ¿Sigues pensando que los Guardianes nunca tienen una razón para actuar de una forma tan... decisiva como lo hacen a veces?

Suspiré. La vida nunca es sencilla. Había protestado durante años contra los Guardianes por matar niños, jóvenes que se habían convertido en brujos, que habían perdido el control de sus talentos mágicos y de su mente dejándose enredar por la

magia negra. Había visto los resultados de un par de brujos de parranda. Eran horribles. Horribles, horribles, horribles.

—Que tengas una buena razón —dije— no significa que tenga que gustarme. No hace que sea correcto.

—No todos los que se han acercado tanto al límite pueden volver —añadió Molly suavemente—. A veces la gente simplemente... simplemente se pierde. Solo necesitan a alguien que les enseñe cómo volver.

—Sí. Y en el tiempo que tardas en hacer esa distinción, un montón de gente inocente ha muerto, señorita Carpenter —dijo Anastasia, su tono era franco y gentil—. La población humana se ha expandido a una velocidad impensable en los dos últimos siglos. Cada vez nacen más y más talentos con un nivel de mago. Cada vez que uno de ellos se convierte en brujo, tenemos menos y menos tiempo para enfrentarnos al problema... y para nada estamos cerca de tener la ayuda suficiente.

—Prevención —dije—. Si los encuentras pronto, no se vuelven brujos.

—Recursos —suspiró. Habíamos hablado de esto antes—. Aunque todo el Consejo no hiciera más que tareas de un Guardián, a tiempo completo, seguiríamos sin tener suficiente.

—Educación —dije—. Usad la Paranet. Que los pequeños talentos ayuden a identificar a los que tienen un don.

Me sonrió y dijo:

—Sigo construyéndole apoyo. Es una buena idea, Harry. Incluso podría funcionar. El problema es hacer que el resto del Consejo lo entienda. Solo lo ven como un riesgo de seguridad, especialmente después de lo Peabody. Pero es una buena idea. Su tiempo llegará... en algún momento.

Refunfuñé. Me quedé callado un momento y luego dije:

—Un argumento familiar, ¿eh? Darme algo de rutina. Calmarme. ¿Es eso?

—La ansiedad, la rabia y la agitación nublan el cerebro. Por eso la Habitación de las Preocupaciones está aquí. —Sonrió levemente—. Soy muy consciente de lo que sucede cuando se empuja demasiado a un mago hacia el límite. —Sirvió otros dos chupitos para nosotros y dijo—: ¿Por qué no me cuentas cómo te ha empujado la zorra prehistórica?

Cogí el vaso sin beber.

—Se llevó a una niña.

—Los vampiros se llevan a muchos niños —dijo Anastasia—. ¿Qué hace que esta sea tan especial?

No dije nada. Reinó el silencio. Levanté la vista y me encontré con sus ojos.

Anastasia y yo estuvimos saliendo un tiempo. Me conocía mejor que la mayoría. Estudió mi rostro durante quizás medio segundo y luego respiró profundamente.

—Harry —dijo—, no le cuentes nada de esto a nadie en quien no confíes con tu vida.

Le lancé una pequeña sonrisa amarga y asentí con la cabeza. El conocimiento era poder. Cualquiera que supiera que Maggie era mi hija podría usarla para ejercer presión contra mí. Anastasia no lo haría, por ninguna razón... pero otra gente del Consejo Blanco lo haría. Oh, probablemente fueran más delicados que Arianna: podía verles ofrecer dinero para ayudar a mantener a Maggie, que le daban acceso a colegios buenos, una educación privilegiada y todo lo que un padre podría desear para su hija... así podrían retirar la oferta si yo no colaboraba. Después de todo, estos eran los tipos buenos.

Pero podría empeorar. Me estremecí literalmente al pensar lo que Nicodemus podría hacer con ese conocimiento... o, un pensamiento alegre, Mab. (Sí, esa Mab. Confía en mí: los cuentos no le hacen justicia). También he conocido verdaderas joyas ahí fuera, y ninguna de ellas tenía razones para quererme. Por otro lado, pensé con un escalofrío, Arianna era el diablo por conocer.

En cualquier caso, no sería útil dejar que el conocimiento sobre Maggie se volviera general. No tenía pensado hacer un caso abierto de su relación sanguínea conmigo delante del Consejo. No ganaría simpatía, solo interés. Cuanto menos gente supiera que yo era el padre de Maggie, más segura estaría ella.

Y sí.

Soy consciente de la ironía.

Seguí mirando a Anastasia y pregunté:

—¿Puedo contar contigo?

Colocó las palmas de las manos sobre la mesa y se las miró durante cinco largos segundos, considerando sus palabras antes de responder.

—Ya no soy lo que era en una pelea, Harry.

Apreté los dientes.

—Así que te quedarás sentada aquí, donde se está a salvo.

Por primera vez desde mi llegada a Edimburgo, los oscuros ojos de Anastasia Luccio brillaron con verdadera rabia y de repente recordé que aquella mujer había sido capitana de los Guardianes durante décadas. El aire se caldeó, literalmente.

—Piensa con cuidado —dijo, con una voz muy tranquila— antes de llamarme cobarde.

Desde que la severa capitana con el pelo corto había sido reubicada mágicamente en el cuerpo de una universitaria, sus poderes habían disminuido significativamente, pero sus tablas y su experiencia no. No me importaría luchar con Luccio, a pesar de nuestras fuerzas relativas. Y, demonios, no era como si no la hubiera visto luchar más de una vez desde entonces.

La rabia que había dentro de mí quería volcarse en ella. Pero merecía algo mejor de mí. Apliqué la rabia y levanté los dedos de una mano en un gesto de perdón mutuo. Anastasia Luccio podría ser muchas cosas, pero no era una cobarde... y había nacido y había sido educada en una época en la que tal acusación podría requerir un verdadero duelo para quedar refutada.

No, gracias.

Asintió con la cabeza, aplacada, y parte de su tensión se esfumó.

—Iba a decir que te sería de mayor utilidad aquí, reuniendo información, haciendo preguntas y sacando recursos para que los uses. Por supuesto que deberías luchar, pero no puedes hacerlo hasta que no encuentres a la niña y alguien de tu propia gente estará interesado en asegurarse de que no interrumpas el proceso de paz. Si trabajo desde aquí, puedo eludirlos.

Bajé la mirada a mis manos, avergonzado de repente. Ella pensaba con más claridad que yo.

—Ni siquiera se me había ocurrido... Sí. Lo siento, Ana.

Inclinó la cabeza.

—No pasa nada.

—No era necesario. —Me rasqué la cabeza—. ¿Crees que puedes amañar al Merlín?

Levantó ambas cejas.

—Campanas infernales. Me sorprende que no se haya quitado la capucha y no haya empezado a gritarme. A lo mejor desafiarme, ahí mismo. De ningún modo se va a quedar sentado sobre su culo cuando puede restregármelo en lu... —Dejé de hablar cuando me di cuenta de que Molly había abierto un montón los ojos. Me volví para mirar detrás de mí.

Un cuadro de la pared acababa de apartarse a un lado para revelar una puerta escondida detrás. La puerta se abrió sin hacer ruido y un mago que era la versión solemne de un póster de película del mismísimo Merlín entró en la Habitación de las Preocupaciones.

Arthur Langtry era uno de los magos más viejos del Consejo Blanco y el más poderoso. Su pelo y su barba eran largos, ambos blancos como la nieve con hilos de plata y perfectamente cepillados. Sus ojos eran azules como el cielo invernal y estaban en alerta; sus rasgos eran largos, solemnes y nobles.

El Merlín del Consejo Blanco iba vestido con sencillas ropas blancas. Lo que solo podía imaginarme como un cinturón de pistolero de cuero blanco colgaba de sus caderas. Parecía como si hubiera sido diseñado según un equipo táctico para operarios de las Fuerzas Especiales, pero en un insignificante atisbo de lucidez me di cuenta de que, en todo caso, posiblemente lo contrario fuera cierto. Varios viales, probablemente pociones, dentro de un compartimento individual. La empuñadura envuelta en cuero de un bastón anémico o una varita gruesa asomaba de la funda de una pistola. Tenía varios bolsillos cerrados y parecía que contenían el equipo de mago estándar que llevo encima normalmente cuando trabajo. También llevaba un bastón largo y blanco, un sencillo palo de una madera desconocida.

Lo miré unos segundos. Luego dije:

—¿Han terminado las charlas de la paz?



—Por supuesto que no —dijo el Merlín—. Por Dios, Dresden. No vamos a permitir que todo el Consejo de Ancianos permanezca de pie en un estrado dentro del alcance de las garras de un vampiro. ¿Estás loco?

Parpadeé.

—El Mago McCoy era el único miembro verdadero del Consejo de Ancianos que había en el estrado —dijo, e hizo una mueca—. Aparte de Cristos, por supuesto, que no está al tanto de la medida de seguridad. La enviada bien podría ser una asesina.

Moví la mandíbula un par de veces y dije:

—Total. Que lo dejaste ahí arriba solo mientras tú te quedabas a salvo.

El Merlín se encogió de hombros.

—Uno de nosotros tenía que quedarse ahí para manejar las preguntas. Fue idea de McCoy, Dresden. Es un hombre irritante, arrogante y formidable.

Fruncí el ceño y le di mentalmente a mi cerebro una paliza por holgazanear, obligándome a mí mismo a superar la respuesta hostil conducida por mis emociones.

—No confías en los vampiros —dije lentamente—. No te estás bebiendo el Kool-Aid en esta conferencia de paz.

Langtry me miró pacientemente. Luego miró a Luccio.

—Jonestwon —informó—. El suicido en masa del siglo pasado.

Frunció el ceño y asintió.

—Ah, veo la metáfora. No, Dresden, no estamos dispuestos a aceptar simplemente su palabra, pero muchísima gente del Consejo no está de acuerdo. Cristos ha conseguido un número enorme de seguidores que tienen muchas ganas de acoger los términos de la paz.

—Si no queréis acabar con la guerra —dije—, ¿por qué me detuviste, Capitana Luccio? Podría haberlo arreglado ahí mismo.

—No lo habrías hecho —dijo Langtry tranquilamente—. Te hubiera dejado inconsciente y te hubiera tirado a un agujero. —Una leve sonrisa tocó sus labios mientras pronunciaba las palabras—. Por supuesto, una idea complaciente, pero no práctica.

Junto a mí, Molly apoyó los codos en la mesa y colocó la barbilla entre las manos, mirando al Merlín atentamente.

Mi cerebro seguía en funcionamiento. Pienso que puedo, pienso que puedo. Cuando llegó a lo alto de la cima, se me abrieron los ojos como platos.

—No estáis planeando fumar la pipa de la paz. Estáis esperando un ataque.

Me miró secamente y colocó una mano en la empuñadura de su varita de combate como por pura coincidencia.

—Cielos. ¿Qué te hace pensar eso, Dresden?

Empecé a decir algo subido de tono como respuesta, me daba igual que fuera el Merlín, pero Anastasia me puso una mano en la muñeca.

—Nuestras fuentes —dijo, anulando mi incipiente insulto— nos han informado de una gran cantidad de actividad en el campamento de la Corte Roja. Se están

movilizando.

Pasé la mirada del uno al otro.

—¿Creéis que están intentando un caballo de Troya?

—O alguna variante —respondió Langtry.

—Así que nos estamos preparando para ello —dijo Anastasia—. Así como para el mayor contraataque que les hemos lanzado.

—Mmm —dijo Molly—, ¿qué pasa si van en serio con lo de la paz?

Todos la miramos y mi aprendiz languideció visiblemente bajo la mirada del Merlín.

—Podría pasar —continuó.

Langtry sonrió levemente.

—El leopardo no puede cambiar sus manchas, señorita Carpenter. La oveja solo puede hacerse amiga de un lobo hambriento durante poco tiempo. La Corte Roja es toda brutalidad y lágrimas de cocodrilo. Si firman la paz, es solo porque necesitan tiempo para reponerse antes de volver a luchar.

—Las cosas realmente viejas se preparan a su modo —le confirmé a Molly, mi tono incluía a Langtry como ejemplo—. Siempre esperan lo mejor y se preparan para lo peor.

Molly se mordió el labio pensativa y asintió.

Langtry me miró y dijo:

—¿Necesito explicar por qué lo he explicado, Dresden?

—Quizás harías bien —respondí—. Quiero decir, no has usado ilustraciones ni nada, profesor.

Langtry cogió aire, cerró los ojos brevemente y luego apartó la mirada de mí.

—¿Hum? —inquirió Molly, frunciendo el ceño.

—Queremos que la Corte Roja ataque, si esa es su intención —le expliqué—. Queremos que la Corte Roja piense que su truco está funcionando. Queremos que se confíen demasiado. Cuando nos golpeen, los golpearemos nosotros tan fuerte y tan rápido que no sabrán qué se les viene encima hasta que no haya terminado.

—No —dijo Langtry—. Así nunca sabrían lo que se les vino encima. Punto. No vamos a empezar una guerra tan sucia, fría, caliente o lo que sea. Vamos a destruirlos, de raíz. —Levantó la barbilla ligeramente mientras se le helaba la voz—. Vamos a exterminarlos.

Se hizo el silencio. El fuego crujía animadamente.

Sentí cómo mis manos se apretaban en un puño.

—Pero necesitáis exponerlos primero. Y por eso —susurré— vais a pedirme que deje tranquila a la duquesa Arianna.

—No seas absurdo —dijo Langtry en voz baja, calmada—. No te estoy pidiendo nada. Te estoy ordenando que desistas, Guardián Dresden.

—Y dejar que la niña muera.

—Con toda probabilidad la niña ya esté muerta, o convertida —dijo Langtry—. Y aunque sobreviva, debemos enfrentarnos a una fría verdad: miles de millones incalculables vivos ahora y aún por nacer serán salvados si detenemos a la Corte Roja para que deje de alimentarse de la humanidad de una vez por todas. —Su voz se volvió aún más fría—. Ninguna vida, inocente o no, vale más que eso.

No dije nada durante unos largos y silenciosos segundos.

Luego me puse de pie. Le hice frente al Merlín unos segundos. Podía sentir la obstinada y firme voluntad que impulsaba a aquel hombre y que hacía que su poder fuera la mayor reserva de magia mortal sobre la faz de la Tierra.

—Lo has dicho al revés, lo sabes —le dije tranquilamente—. ¿Que ninguna vida vale más que eso? No, Merlín. Ninguna vida vale menos.

No le cambió la expresión en ningún momento. Pero apretó los dedos ligeramente alrededor de su bastón. Sus fríos ojos azules se posaron ligeramente sobre Molly y luego volvieron a mí.

La amenaza era clara.

Me incliné para acercarme a su oído y susurré.

—Vamos, Arthur. Inténtalo.

Luego me aparté lentamente, dejando que todo sentimiento y pensamiento se apartara de mi expresión. La tensión en el aire era palpable. Nadie se movió. Pude ver que Molly temblaba en su asiento.

Asentí firmemente hacia el Merlín.

Luego dije con una voz tranquila y clara:

—Pequeño saltamontes.

Molly se puso en pie inmediatamente.

Me mantuve entre la chica y Langtry mientras caminamos hacia la puerta. No ofreció ningún desafío, sus ojos eran árticos y absolutos. Detrás de él, Luccio hizo un único gesto, diminuto, un asentimiento de conspiración.

Campanas infernales. Ella sabría contra quién trabajaría todo el tiempo.

Molly y yo dejamos Edimburgo atrás y nos dirigimos de nuevo hacia Chicago.



Busqué problemas durante todo el camino de vuelta a Chicago, pero no aparecieron.

El viaje desde Edimburgo sería difícil si se limitaba a los medios físicos de transporte. Los magos y los aviones se llevan igual de bien que los tornados y los parques de caravanas, y con unos resultados desastrosos parecidos. Probablemente los barcos sean el medio de transporte moderno más seguro disponible para nosotros, pero hay un buen viaje desde Escocia a Chicago.

Así que hacemos lo que un buen mago siempre hace cuando las posibilidades están en nuestra contra: trampas.

El Nuncamás, el mundo espiritual, existe junto con el nuestro, como una especie de dimensión alternativa, pero no tiene la misma forma que el mundo mortal. El Nuncamás pone en contacto lugares del mundo mortal que tienen algo en común, una resonancia de energías. Por eso, si el punto A es un lugar oscuro y espeluznante en el Nuncamás, toca un lugar oscuro y espeluznante en el mundo real, como por ejemplo, las estanterías de la universidad de Chicago. Pero el espacio que se encuentra a dos metros del punto A en el Nuncamás, el punto B, solo es oscuro y triste, en realidad no da miedo. Quizás el punto B está conectado con un cementerio de Seattle.

Si eres un mago, puedes empezar en las estanterías de la Universidad de Chicago, abrir un pasadizo al Nuncamás, caminar dos metros, abrir otro pasadizo de vuelta al mundo real y salir en el cementerio de Seattle. La distancia lineal total caminada, unos dos metros. Distancia total viajada, más de dos kilómetros y medio.

Claro, ¿eh?

Por supuesto, casi nunca son menos de dos metros lo que andas en el Nuncamás, y ese paseo podría presentarte a un horror tentacular y gargantuesco tan horrible que te vuelves loco con solo mirarlo. El Nuncamás es un lugar aterrador. No quieres explorarlo sin un montón de planes y de ayuda, pero si conoces los senderos seguros, los Caminos, puedes viajar bastante bien y rápido, y con una incidencia mínima de locura espontánea.

Antaño, me hubiera negado incluso a entrar en el Nuncamás salvo en la más peligrosa emergencia. Ahora, la idea no era mucho más estresante que la de llegar a la estación de autobuses. Las cosas cambian.

Llegamos a Chicago hacia mediodía y salimos del Nuncamás en un callejón detrás de un gran edificio antiguo que antes era un matadero. Había aparcado cerca el Escarabajo Azul, mi destartalado y viejo Volkswagen escarabajo. Volvimos a mi apartamento.

Susan y Martin estaban esperando. Unos dos minutos después de que volviéramos, llamaron a la puerta y al abrirla me encontré a los dos semivampiros de pie en mi entrada. Martin llevaba una maleta de cuero colgada del hombro.

—¿Quién es la chica? —preguntó Martin, sus ojos estaban tranquilos y centrados más allá de mí, en Molly.

—Qué alegría volver a verte a ti también, tío —dije—. Y no hace falta que lo menciones. Salvo la vida de la gente todo el tiempo.

Susan me sonrió mientras le hacía un escáner femenino a Molly, un proceso mediante el cual una mujer crea un perfil detallado de otra mujer de acuerdo a un millón de detalles sutiles como la ropa, las joyas, el maquillaje, el tipo de cuerpo, y luego decide hasta qué punto podría ser una amenaza social. Los hombres tienen un proceso paralelo, pero es binario: ¿Ese tío tiene una cerveza? Si es así, ¿la compartirá conmigo?

—Harry —dijo Susan, besándome en la mejilla. Me sentí como un pino en el país de los pumas. Solo tenía que esperar que lo siguiente no fuera que marcaran su territorio en mi corteza—. ¿Quién es?

—Mi aprendiz, Molly Carpenter —dije—. Pequeño saltamontes, esta es Susan Rodriguez. Este es Marvin Fulanito.

—Martin —me corrigió, sereno, mientras entraba—. ¿Se puede confiar en ella?

—Tanto como confiáis en mí —dije.

—Bien —la voz de Martin no podría haber sido más seca, pero lo intentó—. Gracias a Dios por eso.

—Sé quiénes son, Harry —dijo Molly en voz baja—. Son de la Hermandad de San Gil, ¿verdad? ¿Cazavampiros?

—Casi —dijo Susan, permaneciendo de pie junto a mí, bien cerca del perímetro de mi espacio personal. Era una distancia íntima. Me tocó el brazo un momento con unos dedos febriles, pero no apartó la mirada de Molly ni un segundo—. ¿Una aprendiz de mago? ¿De verdad? ¿Cómo es eso?

Molly se encogió de hombros, evitando mi mirada, frunciendo el ceño ligeramente.

—Mucho que leer, muchas prácticas aburridas, con algún que otro destello de terror puro.

Susan pasó la mirada de Molly a mí y pareció llegar a algún tipo de conclusión. Se volvió a apartar de mi espacio personal.

—¿Hablaste con el Consejo?

—Algo —dije—. La duquesa estaba en el cuartel general. También hablé con ella.

Susan inhaló aire con intensidad.

—¿Qué? No ha salido de México en más de ciento ochenta años.

—Llama a los del libro Guinness. Ha batido su récord.

—Por Dios —dijo ella—. ¿Qué está haciendo ahí?

—Está siendo compasiva y comprensiva y clemente conmigo por desafiarla a un duelo delante de unos mil compañeros magos.

Martin chasqueó la lengua. Los ojos de Susan se abrieron un poco más.

—Quería un cacho de ella ahí mismo —dije—, pero intervenía bajo compromiso de salvoconducto. La inteligencia del Consejo dice que está empezando todo tipo de actividad vampírica. Tengo a gente buscando más información, pero llevará algo de tiempo.

—Nosotros ya sabíamos lo de la movilización —dijo Susan—. La Hermandad advirtió al Consejo hace tres años.

—Qué amable por parte del Consejo avisar a todo el mundo, supongo. Pero conseguiré cualquier cosa que sepa el Consejo en las próximas horas —dije—. ¿Vosotros habéis averiguado algo?

—Más o menos —dijo Susan—. Vamos.

Fuimos a sentarnos alrededor de la mesita de café y Martin colocó la maleta encima de ella. Sacó un sobre de manila y me lo dio.

—Sacado de casi un petabyte de información... —empezó.

—¿Petaqué? —pregunté.

—Un cuatrillón de bytes —aclaró. Útilmente.

Susan puso los ojos en blanco y dijo:

—Información por valor de varias bibliotecas.

—Oh. Vale.

Martin se aclaró la garganta y continuó como si no lo hubiera interrumpido.

—Hemos recuperado algo menos de trescientos archivos. La mayoría de ellos eran registros de inventario.

Abrí el sobre y me encontré varias hojas de papel impreso con listas y unos cuantos más que consistían en fotografías de varios objetos acompañados de números de identificación.

—Los objetos de esta lista —dijo Susan— estaban categorizados como metacondensadores.

Refunfuñé, pasando las fotos más despacio. Un cuchillo de piedra. Una antigua espada con muescas. Un ladrillo manchado de hollín. Una urna cubierta con unos extraños dibujos abstractos un tanto perturbadores.

—Sí. No puedo estar seguro sin examinarlos físicamente, pero estas cosas parecen equipo para un ritual.

Fruncí el ceño y empecé a cruzar los números de referencia de las listas.

—Y según esto, todos fueron sacados de una instalación de seguridad en Nevada y enviados como lote... —Levanté la vista hacia Susan—. ¿Cuándo se llevaron a

Maggie, exactamente?

—Algo menos de 24 horas antes de que te llamara.

Le fruncí el ceño al tiempo.

—Lo enviaron el mismo día que se llevaron a Maggie.

—Sí —dijo ella—. Unas tres horas después del secuestro.

—¿Enviado a dónde?

—Esa es la pregunta —dijo—. Asumiendo que esté conectado con Maggie.

—Las probabilidades son que no lo está —dijo Martin.

—Sí. Tu tiempo estaría mejor empleado corriendo detrás del resto de indicios que tenemos, Marvin. —Le lancé una mirada amenazadora y seguí estudiando las páginas—. Si puedo averiguar para qué se usó el equipo, quizás pueda descartarlo. Hasta donde yo sé puede ser una danza de la lluvia. —Golpeé las páginas contra mi rodilla, pensativo—. Es lo primero que voy a hacer. Mientras tanto, Molly, quiero que vayas a hablar con el padre Forthill, en persona. Tenemos que asumir que los teléfonos no son seguros. Forthill tiene algunos contactos en el sur. Dile que quiero saber si alguno de ellos ha informado de algo inusual. Llévate a Ratón para que te cuide las espaldas.

—Puedo cuidar de mí misma, Harry. Todavía es de día.

—Tus armas, pequeño saltamontes —dije con mi voz de Yoda—. No las necesitarás.

Me hizo un gesto de aburrimento y dijo:

—Sabes, creo que es posible hacer referencias a otra cosa que no sea *Star Wars*, jefe.

Entorné los ojos como un teleñeco sabio.

—Ya, por eso has fallado.

—Eso ni siquiera... aggg. Es más fácil hacerlo y punto. —Se puso en pie y alargó la mano. Le lancé las llaves del Escarabajo Azul—. Vamos, Ratón.

Ratón se levantó de su posición en la cocina y se arrastró al lado de Molly.

—Espera un segundo, pequeña. Susan —dije—, algo de todo esto me huele mal. Los tipos malos sabían dónde encontrarnos anoche. Deben de tener algún tipo de marca en uno de nosotros, y no necesitamos andar por ahí con una diana pintada en la espalda. A lo mejor Martin y tú podríais ir a ver si atrapáis a nuestra sombra.

—Nos verán y desaparecerán en cuanto nos vean salir del apartamento —dijo Martin.

—¡Oh! —dijo Molly de repente, le brillaban los ojos—. ¡Cierto!

Salí a recoger el correo y a pasear al perro por el patio de atrás mientras Molly, Susan y Martin, cubiertos por uno de los velos de primera clase de Molly, salían del apartamento. Le di a Ratón cinco minutos, luego lo llamé y volvimos al apartamento.

Molly me golpeó cuando volví al apartamento, después de sacar a Susan y a Martin de la vista de cualquier observador que tuviera línea de visión a la puerta de mi apartamento.

—¿Qué tal ha estado? —preguntó. Intentó hacerlo de manera casual, pero por aquel entonces ya la conocía lo bastante bien como para saber cuándo importaba mi respuesta.

—Fluido —dije—. Estoy orgulloso.

Asintió con la cabeza, pero había un poco de demasiada energía en el movimiento para ser un de acuerdo improvisado. Campanas infernales, recordé lo que sentía ella: querer, con tantas ganas, poner a prueba mi talento, mi disciplina, mi habilidad, a mí mismo como un maestro. Tardé casi una década en esclarecer mis recuerdos y en darme cuenta de lo poco experimentado, tonto y suertudo que yo había sido al sobrevivir a mi aprendizaje con los dos ojos y todos los dedos intactos.

No me preocupaba demasiado en enviar a la pequeña a una misión en solitario, pues esta era bastante sosa y al padre Forthill le gustaba. Molly no suponía mucho en una lucha, pero podía evitar una buena parte si tenía alguna advertencia, para eso iba Ratón. Muy poco escapaba de la solemne percepción del perrazo. Si la hostilidad se acercaba, Ratón la advertiría, y abracadabra, podrían desaparecer los dos.

Iba a estar bien.

—No tardes mucho —dije tranquilamente—. Abre los ojos. Ten cuidado.

Sonreía, le brillaba la cara.

—No eres mi jefe.

Lo único que pude hacer fue saborear el orgullo que sentía Molly al hacer que sus talentos fueran útiles para mi causa.

—Demonios, no, no lo soy —le respondí—. Hazlo o te descuento un año de paga.

—Sabes que no me pagas nada, ¿verdad?

—Maldición —dije—. Me has vuelto a pillar.

Me lanzó otra sonrisa y se fue corriendo, golpeando vigorosamente las escaleras al subir. Ratón la siguió pisándole los talones, con las orejas en posición de alerta, con apariencia seria. Cogió su correa de cuero de la mesita que había junto a la puerta al pasar. A Molly se le había olvidado, pero la ciudad tenía leyes sobre las correas. Yo sospechaba que a Ratón no le importaba la ley. Mi teoría era que insistía en llevar la correa porque la gente tendía a sentirse más cómoda y amigable hacia un perro enorme cuando estaba «sujeto con seguridad».

A diferencia de mí, es una persona a la que le gusta la gente. Un canino. Lo que sea.

Esperé hasta que arrancó el escarabajo y empujé la puerta para cerrarla. Cogí las páginas impresas de Martin, aparté la alfombra que cubría la trampilla del suelo del salón y baje a mi laboratorio.

—Mi laboratorio —dije, para probar, marcando cada una de las sílabas—. ¿Por qué decirlo así siempre hace que quiera seguir con «mua, ja, ja, ja...»?

—¿Porque viste demasiadas películas de Hammer Productions de pequeño? —trinó una alegre voz desde abajo.



Bajé la escalera de mano, murmuré una palabra y extendí la mano en un gesto amplio. Una docena de velas se encendieron.

Mi laboratorio no era elegante. Era una caja de hormigón, el subsótano de un edificio. Probablemente alguien se había olvidado de rellenarlo con gravilla y tierra cuando construyeron la casa. Mesas y estanterías recorrían las paredes, llenas de chatarra de mago. En medio de la habitación había una mesa larga, la cual estaba ocupada casi entera por una maqueta a escala del centro de Chicago hecha de peltre, hasta las farolas y los árboles.

Mi aprendiz tenía un lugar de trabajo en un escritorio diminuto entre las dos mesas. Aunque había seguido añadiendo cada vez más notas propias, herramientas y materiales conforme continuaba su entrenamiento, de algún modo había conseguido conservar la misma cantidad de espacio libre. Todo estaba cuidadosamente organizado y como los chorros del oro. La división entre el área de trabajo de Molly y el resto de la habitación era tan nítida y obvia como las líneas de un mapa.

Había mejorado mi círculo de invocación, que se encontraba en el suelo de hormigón en el extremo opuesto de la habitación, un aro de metro ochenta trenzado con cobre, plata y hierro que me había costado tres de los grandes cuando se lo encargué a un orfebre svartalf. Los materiales no eran tan caros, pero fue necesaria una compensación seria para convencer al svartalf de trabajar con hierro.

Cada hebra de la trenza del círculo estaba grabada con sigilos y runas formando fórmulas que sujetaban y controlaban las energías mágicas a un nivel mucho mayor que cualquier círculo simple. Cada hebra tenía su propia cadena de símbolos, con un labrado tan fino y preciso que solo los svartalves y quizás Intel podrían haber conseguido. Destellos de luz, como descargas estáticas pero más líquidas, serpenteaban alrededor de cada tira de metal, con luces rojas, azules y verdes que bailaban y se entrelazaban en espirales continuas.

Todavía soy joven para ser mago, pero de vez en cuando puedo hacer cosas bastante guays.

Una estantería era diferente respecto al resto de las de la estancia. Era una tabla de madera simple. Montoncitos con forma de volcán de cera derretida limitaban cada extremo. En el centro de la estantería había una calavera humana, rodeada por novelas románticas en tapa blanda. Cuando la miré, unas luces naranjas parpadeantes se encendieron en las cuencas oculares vacías de la calavera y giraron hasta posarse en mí.

—Demasiadas películas de Hammer Productions —repitió Bob la calavera—. O, posiblemente, demasiadas noches en el *Rocky Horror Picture Show*.

—Janet, Brad, Rocky, aj —dije sumisamente. Me acerqué a la estantería, cogí la calavera por la parte de arriba («Wiii», dijo Bob) y me la llevé a un espacio algo más despejado en una de las mesas de trabajo. Coloqué la calavera en un montón de libretas y luego puse el sobre de manila de Martin delante de él.

—Necesito que te encargues de algo —dije. Abrí el sobre y empecé a colocar en fila las fotografías que me había dado Martin.

Bob las miró un momento y preguntó:

—¿Qué estamos buscando?

—Metacondensadores —respondí.

—Es raro. Porque parecen un puñado de objetos rituales.

—Sí. Me imagino que metacondensadores es una palabra clave para objeto ritual.

Bob estudió las fotografías y masculló algo para sí mismo entre dientes. En realidad no es una calavera parlante, es un espíritu del intelecto que reside dentro de una calavera encantada de una forma especial. Lleva ayudando a magos desde la Edad Media, y si no se ha olvidado de más de lo que yo nunca he sabido sobre el vasto mundo de la magia, es porque nunca se olvida de nada, nunca.

—Viajan en un solo grupo. Necesito una estimación aproximada de para qué los podrían haber usado.

—Es difícil decirlo a partir de imágenes bidimensionales —dijo Bob—. Me empiezo a confundir cuando hay menos de cuatro dimensiones. —Apretó los dientes de la calavera un par de veces, pensativo—. ¿Hay algo más? ¿Descripciones o algo?

Abrí el sobre.

—Solo una lista de inventario. —Puse el dedo en la imagen del cuchillo de piedra y leí—: «Cuchillo de sílex». —Toqué el ladrillo viejo con los extremos rotos—: «Ladrillo».

—Bueno, eso es obviamente útil —murmuró Bob.

Gruñí.

—Es posible que solo sea basura variada. Si no crees que tenga un propósito específico...

—Yo no he dicho eso —me interrumpió Bob desagradablemente—. Por Dios, Harry. Hombre de poca fe.

—¿Puedes decirme algo o no?

—Puedo decirte que te estás columpiando en el límite de la cordura, sahib.

Parpadeé.

—¿Qué?

Bob no levantó la vista de las fotografías.

—Tu aura está hecha un desastre. Es como ver explotar una fábrica de pinturas. La gente loca empieza así.

Gruñí y consideré las palabras de Bob unos segundos. Luego me encogí de hombros.

—Estoy demasiado metido en este caso, quizás.

—Necesitas algo de tiempo en un lugar tranquilo, jefe. Libera el cerebro de sus obstáculos. Sosiega tus vibraciones.

—Gracias, doctor Freud —dije—. Lo tendré en cuenta. ¿Puedes decirme algo sobre estos objetos o no?

—No sin examinarlos —dijo Bob.

Gruñí.

—Genial. Otra mala jugada del detective mago.

—Lo siento —dijo—, pero lo único que puedo decirte con esto es el desencadenante.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, son objetos de magia oscura, peligrosa —dijo Bob—. Es decir, es obvio. Mira los ángulos. Nada es proporcional y equilibrado. Están pensados para algo destructivo, perturbador, mortal.

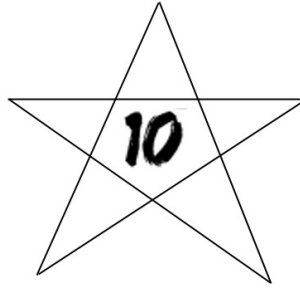
Resoplé.

—Tiene sentido. Se rumorea que la guerra se va a volver a animar pronto. —Me pasé la mano por el pelo con cansancio—. ¿Puedes repetir cuál has dicho que era el desencadenante?

—¿Para algo tan oscuro? —inquirió Bob—. Solo una cosa.

Sentí que me helaba. Mi ira carente de cafeína empezó a aumentar.

—Sacrificio humano —gorjeó la calavera alegremente—. El asesinato de un inocente.



Me apoyé en la mesa con los ojos cerrados.

La Corte Roja estaba preparando un acto destructivo de alta magia negra.

El ritual, fuera lo que fuera, requería que un sacrificio humano tuviera éxito.

En mi cabeza vi una película en la que desangraban a Maggie como a una oveja sacrificada dentro de un círculo ritual, rodeado por un ejército de vampiros bajo un cielo de pesadilla.

Había una elegancia horrible en ello. En un solo golpe mi hija moriría y su muerte sería usada para atacar al Consejo. Era mera especulación, pero encajaba con lo que había visto de la duquesa. Esta podía infligir la máxima cantidad de agonía personal en mí y lanzar un ataque de brujería al mismo tiempo. Tanto la venganza como la guerra estarían servidas, todo mientras ella sonreía y sonreía y ofrecía promesas de paz y comprensión, protegida de mí por los mismos idiotas que estaba planeando destruir.

Podría intentar advertirles, pero pocos me escucharían. Ebenezer, quizás, y Anastasia, y alguno de los jóvenes Guardianes..., pero aunque me escucharan y me creyeran, todavía tendrían que convencer al resto. El maldito Consejo nunca hace nada rápido y yo tenía la mala sensación de que el *tempus* se fugaba furiosamente.

Tendría que hacerlo yo mismo.

Pero para hacerlo, necesitaba información.

Volví a mirar mi círculo de invocación y respiré despacio, profundamente. Había cosas que podía hacer. Cosas horribles. Había seres a los que podía convocar, expertos maliciosos y entidades de sabiduría malvada que podrían hacer que lo incognoscible fuera claro como el agua.

Si lo hacía, habría un precio terrible.

Aparté los ojos del círculo y sacudí la cabeza. No estaba tan desesperado.

Todavía.

Alguien llamó con fuerza a la puerta de mi apartamento.

Subí las escaleras, cerré el laboratorio y cogí mi vara explosiva. La llevé hasta la puerta y miré por la mirilla. Murphy estaba fuera, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y los hombros encogidos.

—No podía usar el teléfono —dijo cuando abrí la puerta. Entró y cerró tras de sí.

—Sí, suponemos que la Corte Roja podría tenerlos pinchados.

Sacudió la cabeza.

—Eso no lo sé, Harry. Pero Asuntos Internos sí tiene pinchado el mío.

Parpadeé.

—¿Esos idiotas de AI? ¿Otra vez? ¿Es que Rudolph no puede simplemente dejarlo estar?

Rudolph, el poli de la nariz marrón, como se le conocía cariñosamente en Investigaciones Especiales, había conseguido besar culos suficientes para escaparse de IE y que lo reasignaran a AI. Parecía que se la tenía jurada a sus antiguos compañeros de trabajo y los culpaba irracionalmente por su (ahora terminado) exilio entre la prole de IE.

—Aparentemente no —dijo Murphy—. Se está labrando un nombre por sí mismo ahí.

—Murph, eres una buena policía. Estoy seguro de que...

Movió una mano en el aire y sacudió la cabeza.

—Eso no importa ahora mismo. Escucha. ¿Vale?

Fruncí el ceño y asentí.

—Hay una investigación a gran escala sobre la bomba del edificio de tu oficina —dijo Murphy—. Rudolph habló con el agente jefe del FBI y el detective jefe local que se encargan del caso y los convenció de que tú eres un personaje sospechoso y un buen material criminal.

Refunfuñé.

—El informe forense les dará la razón. Los explosivos estaban en mi planta, algunos en las paredes de mi oficina.

Murphy se echó el pelo para atrás con una mano. Las bolsas de debajo de sus ojos se habían vuelto visiblemente más negras.

—Van a venir a por ti y a interrogarte en las próximas horas. Probablemente te retengan durante 24 horas. Más si pueden encontrar un cargo que encasquetarte.

—No tengo tiempo para eso —dije.

—Tienes que desaparecer —dijo Murphy—. Y yo tengo que irme. No nos ayudamos a ninguno de los dos si nos ven juntos.

—Hijo de puta —mascullé—. Voy a lanzar a Rudolph al lago Michigan para ver si flota ese baboso mierdecilla.

—Traeré las pesas de plomo —dijo Murphy. Se sacó de la camisa el amuleto que le hice para que pudiera pasar las defensas mágicas de mi apartamento y me lo enseñó—. Con suerte no podré encontrarte. Ponte en contacto conmigo cuando necesites mi ayuda, ¿eh?

—Murph —dije—. Si las autoridades se están preparando para venir a por mí... no puedes estar por aquí.

Levantó las cejas una pequeña fracción de segundo. Era una señal de peligro.

—¿Perdona? —dijo educadamente.

—Ya va a tener bastante mala pinta, hemos trabajado juntos mucho tiempo. Si ahora eres mi cómplice de verdad... no dejarán que conserves la placa. Sabes que no. Y podrían hacer aún más que eso. Podrías acabar en la cárcel.

La tensión de enfado subliminal que había en ella se desvaneció de golpe.

—Dios, Dresden. Eres bobo.

Parpadeé.

—Si estoy contigo —dijo—, podría acabar enterrada. Eso no parecía preocuparte.

—Bueno —dije—, yo...

—Yo elijo mis batallas, Dresden. No tú. —Me miró con calma—. Déjame decir esto con términos que pasen tu cráneo: mi amigo va a salvar a una niña de los monstruos. Yo voy con él. Eso es lo que hacen los amigos, Harry.

Asentí y me quedé en silencio varios segundos. Luego dije:

—Te conozco, Karrin. Para ti, morir en una buena pelea no sería un fin terrible. Sabes que es posible y te has preparado para ello. —Respiré profundamente—. Pero... si te quitaran la protección... Sé lo que tu trabajo significa para ti. Morirías poco a poco. No creo que pudiera aguantar viendo que eso sucediera.

—¿Así que decides dejarme fuera? ¿Lo que yo quiero no cuenta?

—No lo sé —dije—. A lo mejor.

—¿Y tú eres el que decide?

Pensé en ello un momento. Luego dije:

—No.

Asintió.

—Buena respuesta. —Recorrió con la punta de los dedos la forma del amuleto que llevaba debajo de la camiseta—. Llama.

—Lo haré. A lo mejor por mensajero, pero lo haré.

—Se me ha ocurrido que alguien que quiera hacerte sufrir empezaría apretando el gatillo en tus amigos. ¿Cómo verifico al mensajero?

Sacudí la cabeza. Cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que aquí, en mi propia casa, no podía ser demasiado cuidadoso sobre que me escucharan. Mi apartamento estaba envuelto en magia protectora, pero había muchísima gente (y no gente) que era más fuerte, tenía más experiencia y más voluntad que yo.

—Si tengo que enviarte un mensaje, me aseguraré de que sepas de quién viene.

Murphy me vio responder. Luego recorrió lentamente con la mirada la habitación, como si buscara un observador invisible, y asintió con la cabeza que lo entendía.

—De acuerdo. No te quedes mucho tiempo aquí, Harry.

—Sí —dije—. No te preocupes por mí, Murph.

Hizo una mueca.

—No estoy nada preocupada por ti. Tienes al menos una pistola oculta aquí y apuesto a que hay más material ilegal en el laboratorio. Si te quieren como

sospechoso, conseguirán una orden judicial. Y el FBI, por lo que sé, no tiene amuletos para entrar aquí con vida.

Gemí en voz alta. Murph tenía razón. Tenía un par de armas ilegales en mi apartamento. Las Espadas también estaban aún en el laboratorio. Más algo de material diverso que probablemente el gobierno no querría que tuviera, incluyendo polvo de uranio empobrecido para cuando la respuesta a la pregunta «¿A quién vas a llamar?» resulte ser «Harry Dresden».

Los refugios que protegían mi apartamento también iban a ser un problema. No iban a hacer nada si alguien llegaba andando y llamaba a la puerta o incluso si toqueteaba el pomo, pero cualquiera que intentara forzar la cerradura se llevaría una descarga. Unos diecisiete mil voltios de descarga, de hecho, gracias a las defensas que puse alrededor de mi puerta. El rayo era salvaje, pero solo era la primera capa de defensa. No había sido tan terrible desde que un ejército de zombis se abriera paso hasta mi salón, y yo no iba a repetir la experiencia.

Pero mis refugios no tenían ningún modo de diferenciar entre un zombi o un vampiro trastornado y un agente del FBI desafortunado. Simplemente reaccionaban ante alguien que intentara entrar por la fuerza. Tenía que desactivar los refugios antes de que alguien resultara herido. Luego tenía que sacar de la casa cualquier cosa que fuera sospechosa.

Campanas infernales. Como si no tuviera suficiente en la cabeza. Me froté con el pulgar el espacio que queda entre las cejas, donde se me estaba formando un dolor de cabeza.

—No necesito que esto se sume a todo lo demás. Por eso lo hizo.

—¿Quién hizo qué?

—La duquesa Arianna de la Corte Roja —dije. Le conté a Murphy mi día.

—Eso está fuera de lugar, ¿no? —preguntó Murphy—. Quiero decir, ¿que hagan algo tan flagrante? ¿Explotar un edificio?

—Hicieron cosas similares varias veces durante la guerra —respondí—. Estaba haciendo una declaración. Hacer estallar mi lugar de trabajo justo delante de todo el mundo, del mismo modo que los magos le quitaron el puesto de comandante en Honduras a su marido. Además, está desviando mi atención y mi energía, sacando más apoyo potencial de mí.

Murphy sacudió la cabeza.

—Es tan lista que está cometiendo un error.

—¿Sí?

—Sí. Si fuera tan lista, te hubiera hecho explotar en tu oficina.

Asentí.

—Sí. Ese es el modo más práctico.

—¿Entonces por qué no lo hizo?

—Supongo que quiere infligirme la máxima cantidad de daño que pueda antes de deshacerse de mí.

Murphy levantó las cejas.

—¿Por venganza? Eso es... más bien del guion de una película mala, ¿no? — Puso un leve acento británico—. No, míster Dresden. Espero que mueras.

Gruñí. Murphy tenía razón. La duquesa Arianna no parecía ser del tipo de gente que disfruta satisfaciendo su lado sádico a expensas de la practicidad. No sobrevives durante milenios como vampira sin tener una sangre fría mortífera.

Lo cual significaba que...

—Hay algo más en marcha aquí —dije—. Otro juego en marcha.

Murphy asintió.

—¿Hasta qué punto estás seguro de que Susan está siendo sincera contigo?

—Bastante seguro —dije. Sonó un poco falso, incluso para mí.

La boca de Murphy se torció en una curva amarga.

—Eso es lo que yo pensaba. La querías. Hace que sea más fácil manipularte.

—Susan no haría eso —dije.

—Espero que no —respondió Murphy—. Pero... ha estado desaparecida durante un tiempo, Harry. Luchando una guerra, desde muy dentro. Es suficiente para cambiar a cualquiera, y no para mejor.

Sacudí la cabeza lentamente y dije:

—No Susan.

Murphy se encogió de hombros.

—Harry... Tengo un mal presentimiento... —Arrugó la nariz, eligiendo sus palabras—. Tengo la mala sensación de que las cosas van a empeorar.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Solo que... la explosión del edificio está todo el rato en las noticias. Es imposible encontrar un periodista que hable de otra cosa. La gente está gritando sobre terroristas. Toda la situación está consiguiendo más atención por parte de los altos cargos del gobierno como no he visto nunca. Dices que la mayoría del Consejo Blanco ha sido colocada de manera efectiva bajo el control de ese tal Cristos. Ahora los altos cargos de la Corte Roja también se están implicando, y por lo que me cuentas, todo el mundo está cogiendo sus pistolas. —Extendió las manos—. Es... Es como la crisis de los misiles cubanos. Todo el mundo está al borde del precipicio.

Campanas infernales. Murphy tenía razón. El mundo sobrenatural estaba al borde del precipicio... y este se encontraba jodidamente lejos al final de la guerra de aniquilación.

Respiré lentamente, pensando. Luego dije:

—Eso no me importa.

Las cejas doradas de Murphy se levantaron.

—No soy responsable del resto del mundo, Murph. Voy a encontrar a una niña y a llevarla a un lugar seguro. Eso es todo. El resto del mundo puede arreglárselas sin mí.



—¿Qué pasa si es la gota que colma el vaso, Harry? La niña. ¿Qué harás entonces?

Gruñí mientras una columna de rabia pura me subía por la espina dorsal y me endurecía la voz.

—Haré que Maggie esté a salvo. Si el mundo arde por eso, que así sea. La niña y yo vamos a asar malvaviscos.

Murphy me miró pensativa durante varios segundos vacíos. Luego dijo, muy amable:

—Eres un buen hombre, Harry.

Tragué saliva y bajé la cabeza, con humildad debido al tono de su voz y la expresión de su rostro, más que por las palabras en sí.

—No siempre eres racional —dijo, sonriendo—. Pero eres de los mejores locos.

—Gracias, Karrin.

Alargó la mano y me apretó el brazo.

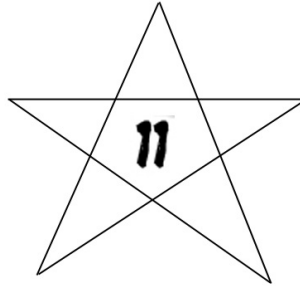
—Debería irme. Llámame.

—Lo haré.

Se marchó unos segundos después y me puse a sanear mi apartamento para el escrutinio gubernamental. Me llevaría un tiempo precioso, pero estar encerrado en una celda me hubiera llevado más. Estaba escondiendo lo que me quedaba de contrabando cuando alguien llamó a la puerta. Me quedé helado. Unos segundos después, volvieron a llamar.

—¡Harry Dresden! —gritó la voz de un hombre—. Soy el agente especial Tilly, del Despacho Federal de Investigación. Tengo una orden judicial para registrar esta propiedad y detener a sus ocupantes para interrogarlos sobre la explosión de anoche. Si no abre esta puerta, la echaremos abajo.

Mierda.



Volví a apartar la alfombra de la trampilla. Había metido todos mis materiales cuestionables en una gran bolsa de gimnasio de nailon. Me la colgué del hombro, cogí mi guardapolvo, mi bastón y mi vara explosiva y casi me maté intentando bajar la escalera de mano demasiado deprisa. Me paré a un par de escalones del final y me incliné para cerrar la trampilla. Había un par de pestillos en la parte baja de la puerta, para que el pequeño saltamontes o yo pudiéramos indicarle al otro que había algo delicado en progreso y las distracciones podrían ser peligrosas. Cerré la puerta con firmeza.

—¿Qué pasa? —espetó Bob desde su estantería.

—Bob, necesito que desactives los refugios ahora mismo.

—¿Por qué no...?

—Porque tardarán cinco minutos en bajar cuando yo use el conjuro que los desactiva. Necesito quitarlo. ¡Sal de tu culo huesudo y hazlo!

—Pero los dejaría noqueados al menos una semana...

—Lo sé. Ve a hacerlo, ¡y deprisa! Tienes mi permiso para salir de la calavera con ese propósito.

—A la orden, oh capitán, mi capitán —dijo Bob desagradablemente. Una nubecilla naranja de luz parpadeante surgió de las cuencas oculares de la calavera y corrió escaleras arriba a través de las grietas que había en los extremos de la trampilla.

Inmediatamente empecé meter cosas en mi bolsa. También estaba desordenando todo al hacerlo, pero no podía hacer otra cosa.

Menos de medio minuto después, Bob regresó y se volvió a meter en la calavera.

—Hay un montón de tíos con traje y uniformes llamando a la puerta, Harry.

—Lo sé.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

—Problemas —dije—. ¿Qué cosas tengo aquí que sean ilegales?

—¿Te parezco un abogado? Lo que tengo a mi alrededor no son libros de derecho.

Se escuchó el golpe fuerte de un impacto arriba. Quien quisiera que estuviera ahí intentaba tirar la puerta abajo. Buena suerte con ello, chicos. Ya me habían tirado la puerta abajo antes. Había instalado una puerta de seguridad de metal pesada que ningún explosivo podía tirar.

—¿Dónde está el polvo fantasma? —pregunté.

—Estantería superior, segundo estante, cajetilla de cigarros de metal en una caja de cartón marrón —dijo Bob rápidamente.

—Gracias —dije—. ¿La sección de cuerno de rinoceronte?

—Debajo de la estantería de tu izquierda, papelería de plástico.

Seguimos así, con la memoria infalible de Bob acelerando el proceso. Terminé de llenar la bolsa. Luego arranqué el mapa de la Paranet de la pared y lo metí en la bolsa y lancé el directorio de números de contactos de sus miembros junto a él. Lo último que necesitaba es que el FBI decidiera que era el núcleo de una red de células terroristas.

La calavera de Bob también fue dentro. Cerré la bolsa con la cremallera, dejando una abertura suficiente para que Bob viera. Por último, cogí las dos Espadas (al menos una de ellas se había usado en asesinatos dentro del área de Chicago), las deslicé entre unas tiras que había en el lateral de la bolsa y rápidamente las sujeté con cinta americana, solo para asegurarme de que no se soltaban. Me puse el guardapolvos y me coloqué la correa de la bolsa en el hombro con un gruñido. Pesaba.

Los bangs y los bumps seguían en el piso de arriba. Hubo un estallido repentino y afilado. Hice una mueca de dolor. Puede que la puerta y su marco fueran de una fuerza industrial, pero la casa a la que estaban sujetos era una antigüedad de madera de principios del siglo anterior. Sonó como si algo hubiera empezado a ceder.

—Te lo dije —soltó Bob—. Deberías haber averiguado qué hay en el otro lado hace mucho.

—Y yo te lo dije a ti —repliqué—, lo último que quería hacer era estrechar la barrera entre mi propio hogar y el maldito Nuncamás y llamar la atención del hambriento hombre del saco que se encontrara al otro lado.

—Y te equivocaste —dijo Bob de forma engreída—. Y te lo dije.

Hubo un gran estruendo arriba y alguien gritó: «¡FBI!» al mismo tiempo que otra persona gritaba: «¡Policía de Chicago!».

Un instante después, alguien lanzó una maldición de sorpresa y una pistola se disparó.

—¿Qué ha sido eso? —gritó una voz un tanto aguda.

—Un gato —dijo la voz del agente Tilly, supurando desdén—. Le has disparado a un puto gato. Y has fallado.

Míster. El corazón me latió con fuerza. Me había olvidado completamente de él. Pero, fiel a su naturaleza, Míster parecía haberse encargado de su propia e intrépida escapada.

Hubo risillas entre dientes de varias voces.

—No es divertido —espetó la otra voz. Era Rudolph, vale—. Este tipo es peligroso.

—Despejado —dijo una voz desde otra habitación, lo cual significaba mi habitación y el baño, dado que era la única otra habitación disponible—. Aquí no hay nada.

—Maldita sea —dijo Rudolph—. Está en alguna parte. ¿Estás seguro de que tus hombres lo vieron por la ventana?

—Vieron a alguien moverse por aquí hace menos de cinco minutos. Eso no significa que fuera él. —Hubo una pausa y luego el agente Tilly añadió—. O, vale. Quizás esté en el subsótano que hay debajo de esa trampilla.

—¿Todavía tienes hombres dispuestos en las ventanas? —preguntó Rudolph.

—Sí —contestó Tilly sin energía. Alzó un poco la voz, como si hablara con alguien que estuviera en el otro extremo de la habitación—. Este lugar está bien cerrado. No tiene adónde ir. Esperemos que aparezca por sí solo y se entregue tranquilamente. Nos aseguraremos de respetar todos sus derechos y todo, y si coopera, esto podría terminarse bastante rápido.

Me detuve. Tenía algunas decisiones que tomar.

Aún podía hacer lo que sugería Tilly. A largo plazo, obviamente era la mejor opción para mí. Me interrogaría y me absolvería alguien razonable (es decir, no Rudolph). Incluso podría señalarle los intereses de los negocios de la duquesa y soltarlos para que se convirtieran en un grano en su culo. Después de eso, yo podría volver al *statu quo* de mi cautelosa cooperación con las autoridades, pero eso llevaría un tiempo precioso. Un par de días como poco.

No tenía tanto tiempo.

El agente Tilly había caído sobre mí como alguien que no era del todo irracional. Pero si me acercaba a él ahora, manifestando mi inocencia, y luego desaparecía, me buscarían por resistencia al arresto como poco. Incluso si algo de este desastre salía bien a mi favor, podría encerrarme un tiempo en la cárcel, lo cual deseaba evitar. Además, no había nada que Tilly pudiera hacer por Maggie.

Y, tenía que admitirlo, yo estaba enfadado. Ese era mi hogar, maldita sea. No irrumpes en la casa de alguien porque una sabandija como Rudolph da el visto bueno. Ya tenía mucha rabia acumulada, pero escuchar aquellas voces en mi salón añadió otra gran cantidad al cúmulo. Dudé de mi capacidad para seguir siendo educado mucho tiempo.

Así que en lugar de pararme a hablar, me dirigí al círculo de invocación, me metí dentro, convoqué mi voluntad y susurré: «*Aparturum*».

Moví mi bastón de izquierda a derecha, imbuí la herramienta con mi voluntad y la realidad se enrolló como un pergamino. Una débil luz verde empezó a emanar del aire vacío que había enfrente de mí en un área rectangular de dos metros de altura y

un metro de ancho: un portal entre mi apartamento y el Nuncamás. No tenía ni idea de lo que había al otro lado.

Los tornillos de la trampa empezaron a ceder. Escuché a alguien pedir una sierra. La puerta no encajaba a la perfección. Podían meter una sierra por la ranura y sacar esos dos tornillos en cuestión de segundos.

Reuní mi poder en una barrera defensiva que me rodeaba, desde mi brazalete escudo, y apreté los dientes. El corazón me latía a toda velocidad contra el pecho. Había posibilidades de que cruzar ese portal entre mundos me llevara al fondo de un lago de lava fundida o al borde de una catarata. No había forma de saberlo hasta que no entrara.

—¡Te lo dije! —se rio Bob alegremente.

Un aparato eléctrico zumbó por encima de mí y se apagó de repente. Alguien hizo sonidos de perplejidad. Luego una hoja de metal delgada se deslizó entre la ranura de la puerta y alguien empezó a cortar los tornillos a mano.

Salí del mundo real y entré en el Nuncamás.

Estaba preparado para lo que pudiera pasar. El frío helador. El calor abrasador. La demoledora profundidad del agua... Incluso el vacío absoluto. La esfera de fuerza que me rodeaba era hermética y podría mantenerme con vida incluso en un lugar como el espacio exterior, al menos unos minutos.

Salí al Nuncamás, con los escudos a máxima potencia, con mi vara explosiva lista para liberar el infierno, mientras la esfera de fuerza invisible que me rodeaba se estrellaba contra...

... un lecho de margaritas bastante encantador.

Mis escudos las aplastaron. Todo el lecho, en su pequeña jardinera blanca, adoptó inmediatamente la apariencia de una colección de flores prensadas.

Miré a mi alrededor lentamente, con el cuerpo tenso y listo, los sentidos centrados.

Estaba en un jardín.

Parecía de estilo italiano. Solo una pequeña parte de los arbustos y las flores estaban plantados en lechos elevados. El resto se habían dispuesto para que dieran la impresión de que habían crecido de manera natural en el espacio que ocupaban. Senderos de hierba recorrían el jardín de forma irregular, torciéndose y girando. Un colibrí del tamaño de un dólar de plata descendió a toda velocidad y sumergió el pico en una flor especialmente brillante, y volvió a desaparecer. Una abeja pasó zumbando: un abejorro normal de los de toda la vida, nada de un monstruo mutante gigante.

No te rías. Los he visto por ahí.

Ajusté el conjuro del escudo para permitir que el aire pudiera atravesarlo e inspiré con sospecha y precaución. Podría parecer un lugar agradable, pero por lo que sabía la atmósfera estaba espolvoreada de cloro.

Olía a sol de otoño, cuando los días podrían ser templados pero las noches podrían traer un frío intenso. Dejar que el aire entrara significaba que al sonido le era más fácil atravesar mi escudo. Los pájaros trinaban con parsimonia. En algún lugar cercano había agua corriente.

Bob empezó a reírse con nerviosismo.

—¡Cuidado! ¡Cuidado con la feroz megaardilla, jefe! —dijo, casi incapaz de hablar con claridad—. ¡Oh, Dios mío! ¡Ese ficus está a punto de molestarte!

Fulminé con la mirada a la calavera y volví a mirar a mi alrededor un par de segundos más. Después bajé los escudos con cuidado. Quemaban muchísima energía. Si intentaba retenerlos más de un par de segundos, acabaría demasiado agotado para actuar.

No sucedió nada.

Solo era una tarde perezosa, en un jardín muy placentero y bonito.

—Deberías haberte visto la cara —dijo Bob, aún retorciéndose de risa—. Como si te fueras a enfrentar a un dragón enfadado o algo.

—Cállate —le dije en voz baja—. Esto es el Nuncamás. Y es demasiado fácil.

—No todos los lugares del mundo espiritual son una fábrica de pesadillas, Harry —me regañó Bob—. Es un universo de equilibrio. Por cada lugar de oscuridad, también hay uno de luz.

Volví a dar una vuelta despacio, buscando amenazas, antes de coger mi bastón y volver a moverlo de izquierda a derecha para cerrar el portal que conducía a mi laboratorio. Después volví a escanear el área con precaución.

—Estrellas y piedras, Harry —dijo Bob alegremente—. Supongo que llevar tanto tiempo esa capa gris te ha afectado. ¿Mucha paranoia?

Le lancé una mirada de odio y no dejé de escanear.

—De-ma-sia-do-fá-cil.

Cinco minutos después no había sucedido nada. Es difícil permanecer adecuadamente intimidado y paranoico cuando no hay ninguna amenaza evidente y cuando lo que te rodea es por lo general apacible.

—Ok —dije, finalmente—. A lo mejor tienes razón. En cualquier caso, tenemos que ponernos en movimiento. Con suerte podremos encontrar un lugar que alguno de los dos reconozca y que nos pueda llevar a los Caminos.

—¿Quieres dejar un caminito de migas de pan o algo? —preguntó Bob.

—Para eso estás tú —respondí—. Recuerda cómo volver.

—Hecho —dijo—. ¿Hacia dónde vamos?

Había tres senderos. Uno serpenteaba entre hierba alta y árboles desorbitados. Otro estaba lleno de piedras y subía en cuesta, con un montón de rocas que conformaban el paisaje. El tercero tenía adoquines verdosos y conducía a un campo de bonitas flores bajas que permitía mucha visibilidad a nuestro alrededor. Tomé la opción tres y empecé a descender por el sendero adoquinado.

Tras veinte o treinta pasos, empecé a sentirme incómodo. No había ninguna razón para ello que pudiera ver. Era puro instinto.

—¿Bob? —pregunté después de un rato—. ¿Qué flores son estas?

—Prímulas —respondió la calavera inmediatamente.

Detuve mis pasos.

—Oh. Mierda.

La tierra se sacudió.

El suelo se movió bajo mis pies y, junto con el sendero de prímulas que se extendía delante de mí, las piedras del camino se retorcieron y se levantaron de la tierra. Resultaron ser la cumbre cuidadosamente redondeada de segmentos de exoesqueleto. Dichos segmentos pertenecían al grandísimo ciempiés verde que había empezado a moverse para salir de la tierra mientras hablábamos. Observé con una fascinación enfermiza cómo la criatura levantaba la cabeza de la tierra, a quince metros de nosotros, y se volvía para mirar hacia donde estábamos. Chasqueó las mandíbulas varias veces, lo que me recordó a unas cizañas enormes. Eran lo suficientemente grandes como para partirme en dos por la cintura.

Miré detrás de nosotros y vi otro segmento del sendero que se liberaba a algo más de metro y medio y miré hacia abajo para ver que el adoquín en el que me encontraba de pie también formaba parte de la criatura, sin embargo fue el último en desplantarse.

Luché por mantener el equilibrio mientras la piedra se liberaba, pero acabé siendo lanzado a un lecho de prímulas mientras la cabeza del enorme ciempiés se movía de derecha a izquierda y se giraba hacia mí a una velocidad verdaderamente alarmante.

Sus enormes ojos brillaban con fuerza y sus hambrientas mandíbulas chasqueaban y babeaban. Sus cien patas excavaron en la tierra para impulsar su peso hacia delante, sus puntas como palos de tienda de campaña golpeaban el suelo. Sonaba como una maldita locomotora.

Miré al cienpiés y después a la calavera.

—¡Te lo dije! —grité—. ¡De-ma-sia-do-fá-cil!



Sí.

Aquello no era lo que tenía en mente cuando me levanté de la cama por la mañana.

Esa maldita cosa debería haber sido lenta. Por todas las leyes de la física, por todos los derechos, un ciempiés tan grande debería haber sido lento. Dinosáurico. Elefantino.

Pero aquello era el Nuncamás. Aquí no se juega con las mismas reglas. La física es una especie de guía, una guía muy vaga y elástica. Aquí la mente y el corazón tienen más influencia que lo material, y el gran bicho era rápido. Esa enorme y depredadora cabeza se lanzó hacia mí como la maquinaria de un tren psicótico mientras sus mandíbulas se abrían.

Por suerte para mí, yo era, solo por poco, más rápido.

Extendí mi brazo izquierdo al frente, con la palma hacia delante en un gesto de mando y rechazo, una postura universal que solo significaba una cosa: ¡Para! La intención era importante en aquel lugar. Mientras las mandíbulas se cerraban, recuperé mi escudo esférico para encontrarme con el bicho y la energía bulló por los amuletos de mi brazalete, lo que estalló en una luz brillante mientras la magia que los recorría brillaba a través de la sustancia efímera de los meros metales materiales.

Las mandíbulas se cerraron con un crujido y un chasquido y mi brazalete brilló aún más. El escudo explotó en más colores y formas que una compañía de calidoscopios y apartó las mandíbulas de la bestia; su fuerza, después de todo, solo era algo más de poder orientado de manera material en un reino inmaterial.

Saqué la mano derecha del abrigo sujetando mi vara explosiva y gritando una palabra liberé un mazo de poder ardiente. Bajó y se enroscó un momento antes de golpear, propinándole un gancho mágico a lo que parecía la barbilla del ciempiés. Lanzó la cabeza de la criatura a varios metros y todo su cuerpo se retorció de agonía.

Lo cual, en retrospectiva, probablemente no debería haberme pillado con la guardia tan baja como lo hizo.

El suelo bajo mis pies se agitó y se curvó y yo salí volando, con los brazos girando en un molino inservible. Aterricé tumbado entre hileras de prímulas, que



empezaron a moverse inmediatamente, dando latigazos con unos diminutos zarcillos llenos de filas de espinitas muy afiladas. Incluso mientras luchaba por volver a ponerme en pie, apartándolos de mis muñecas y tobillos, me di cuenta de que las flores que había a mi alrededor habían empezado a teñirse de una sangre de color rojo intenso.

—¡Sabes qué, Harry! —gritó Bob—. ¡No creo que esto sea un jardín!

—Eres un genio —mascullé, mientras el ciempiés recuperaba el equilibrio y empezaba a reorientarse para atacar. Su cuerpo cayó hacia delante, siguiendo el movimiento de la cabeza. Decidí que todas aquellas patas golpeando el suelo como perforadores en una secuencia constante sonaba menos como una locomotora que como una gran máquina agrícola removiendo algo.

Corrí hacia él, centrando mi voluntad detrás de mí, clavé el bastón en la tierra y moví las piernas como un atleta practicando salto con pértiga. Liberé mi voluntad por debajo y por detrás de mí y volé hasta la espalda de la cosa mientras esta seguía moviéndose hacia delante. Soltó un estruendoso sonido de desagrado mientras lo hice, su cabeza se retorció para seguirme, obligándole a bajar la velocidad lo suficiente para que sus patas traseras no se interpusieran. Solo tardé unos segundos.

Más grande no significa mejor, especialmente en el Nuncamás. Un segundo era tiempo suficiente para girarme, centrar otra ráfaga de fuego en un área lejana más pequeña y hacer que descendiera como una enorme antorcha cortante casi con precisión en medio del cuerpo del gran bicho, un acto de precisión mágica que había aprendido de Luccio y que no estaba seguro de poder replicarlo en el mundo real.

La ráfaga, no más ancha que dos dedos míos, cortó a la criatura por la mitad de una forma tan clara y precisa como si hubiera utilizado un cúter del tamaño de un tráiler.

Aulló de dolor, un sonido descarado y como un rugido que expresaba, incluso para una cosa alienígena como aquella, la profundidad de su agonía física. Seguía moviendo hacia delante las patas traseras, como si no se hubiera enterado de que la cabeza se había ido. La mitad delantera de la cosa empezó a virar y a oscilar salvajemente, quizás su limitado cerebro estaba sobrecargado por el esfuerzo de enviar impulsos nerviosos a trozos de su anatomía que ya no existían. Se quedó en un patrón de buscar su mitad inferior, dando vueltas en un gran círculo que aplastaba las hileras de primulas a ambos lados del sendero.

—¡Toma! —grité de puro triunfo, la adrenalina convirtió mi masculina voz de barítono en un chillido que sonaba más bien a temor—. ¿Qué tienes para una feroz ráfaga de muerte, eh? ¡No tienes nada para una feroz ráfaga de muerte! Quizás deberías volver a Atari, chico bicho, ¡porque no tienes juego suficiente para mí!

Tardé cinco o diez segundos en darme cuenta de lo que estaba pasando.

La herida que le había infligido no había sangrado mucho, se había cauterizado mientras se cortaba; pero incluso ese pequeño sangrado se detuvo en las dos mitades cortadas del monstruo. La parte trasera lacerada de la mitad delantera se cerró de

repente. La otra parte se estremeció y rápidamente se deformó en sí misma, y luego con un contoneo, una nueva cabeza empezó a surgir del muñón cortado.

En cuestión de segundos, ambas mitades se centraron en mí, y luego dos de esas malditas cosas corrieron hacia mí, chasqueando y golpeando, tan fuerte, tan mortal como antes. Solo que ahora se precipitaban hacía mí desde varias direcciones.

—Guau —dijo Bob, en un tono de conversación perfectamente calmado, objetivo—. Eso es muy injusto.

—Es uno de esos días —dije. Cambié la vara explosiva por el bastón. La vara era genial para lanzar fuego, pero necesitaba sacar algo más complicado de lo que esta podía manejar, y mi bastón de mago era mucho más versátil, estaba pensado para lidiar con un amplio rango de posibilidades. Convoqué mi voluntad y la lancé junto con el fuego del alma que había en mí, luego impulsé el bastón hacia delante y grité:

—*¡Fuego murus! ¡Fuego vellum!*

La energía salió de mí de prisa y un fuego blanco plateado surgió en un anillo de casi cinco metros de ancho, un metro de grosor y tres o cuatro metros de altura. El rugido de las llamas parecía estar de algún modo entrelazado con un tono extraño que sonaba apenas como el ruido de una gran campana.

Los ciempiés (en plural; campanas infernales, tenía que dejar de ser tan arrogante) se alzaron sobre sus patas traseras, intentando abarcar el muro como un puente viviente, pero retrocedieron ante las llamas de una forma aún más violenta que cuando golpeé la cabeza original con una bola de cañón de fuego.

—Ey, ¡buen trabajo! —dijo Bob—. El fuego del alma le da un toque.

El esfuerzo de manejar tanta energía me abrumó enseguida y me encontré a mí mismo resollando y sudando.

—Sí —dije—. Gracias.

—Por supuesto, ahora estamos atrapados —apuntó Bob—. Y ese muro se va a quedar sin combustible pronto. Puedes seguir cortándolos en trocitos un rato. Luego te comerán.

—No —dije, jadeando—. Estamos en esto juntos. Nos comerán a los dos.

—Ah —dijo Bob—. Entonces más te vale abrir un Camino de vuelta a Chicago.

—¿De vuelta a mi apartamento? —pregunté—. El FBI está esperando ahí para darme una bofetada.

—¡Entonces supongo que no deberías haberte hecho terrorista, Harry!

—¡Ey! Yo nunca...

Bob alzó la voz y gritó hacia los ciempiés:

—¡No estoy con él!

Ninguna de mis opciones era buena. Que me comiera un ciempiés-demonio resistente de una forma sobrenatural sería un impedimento para mis esfuerzos de rescate. Que me encerrara el FBI no sería mucho mejor, pero al menos si los federales me ponían en una celda, tendría una oportunidad de salir de ella, a diferencia del estómago de los ciempiés. Estómagos.

Pero no podía volver a mi apartamento con una bolsa de cosas prohibidas que no debería tener.

Tenía que esconderlas antes de volver, y eso significaba dejar la bolsa aquí. No era precisamente una idea brillante, pero no tenía demasiada elección. Tendría que tomar todas las precauciones que pudiera para esconder la bolsa y esperar que fueran suficientes.

La magia de tierra no es mi fuerte. Es una disciplina exigente en extremo, físicamente hablando. Después de todo, se trata de mover una cantidad horrible de peso. Usar magia no significa que tengas que ignorar la física. La energía de crear calor o movimiento proviene de una fuente diferente, pero aún tiene que interactuar con la realidad en los mismos términos que cualquier otro tipo de energía. Eso significa que afectar toneladas de tierra requiere una cantidad enorme de energía y es muy difícil, pero no imposible. Ebenezer había insistido en que aprendiera al menos un conjuro muy útil, aunque enormemente agotador, con magia de tierra. Supondría el esfuerzo de todo un día usarlo en el mundo real. Pero aquí, en el Nuncamás...

Levanté mi bastón, apunté con él al suelo que había delante de mí y entoné con una voz profunda, muy monótona: «¡*Dispertius!*!», a la vez que liberaba mi voluntad, aunque ya estaba sin aliento, y la tierra y las piedras que había bajo mis pies se rasgaron, abriendo un precipicio negro como una boca de piedra a un par de centímetros de mis pies.

—Oh, no, no —dijo Bob—. No vas a ponerme en...

Era un esfuerzo enorme para mi cuerpo agotado, pero lancé la bolsa, con las Espadas, Bob y todo lo demás en el agujero. Se desvaneció en la oscuridad, junto con el grito de Bob.

—¡Más te vale volver!

El furioso siseo de los ciempiés cortaba el aire.

Volví a apuntar con mi bastón al suelo y entoné: «¡*Resarcius!*!». Más fuerza surgió de mí e igual de rápido el agujero volvió a cerrarse, la tierra y la piedra que la bolsa y su contenido habían remplazado se dispersaron en un área amplia, dando como resultado poco más que un montículo en el suelo muy leve y difícil de ver. El conjuro haría que fuera difícil recuperar los objetos para cualquiera que no supiera exactamente dónde estaba, y lo había puesto a bastante profundidad para esconderlo de cualquiera que no lo estuviera buscando específicamente. Esperaba.

Bob y las Espadas estaban todo lo a salvo que había podido ponerlos, dadas las circunstancias, y mi muro de fuego plateado estaba menguando a buen ritmo. Era hora de ponerse en marcha mientras todavía pudiera.

Me temblaban las piernas del cansancio y me apoyé con fuerza en el bastón para evitar caerme. Necesitaba un esfuerzo más de voluntad para escapar de aquella trampa mortal con un paisaje idílico, y después de eso...

El anillo de fuego se había reducido tanto que uno de los ciempiés se arqueó en el aire, formando un puente con su cuerpo, se deslizó por encima y llegó al suelo. Sus

ojos multifacéticos se fijaron en mí y sus mandíbulas se chocaron con la expectación del hambre.

Me aparté, centré mi pensamiento y mi voluntad y con un movimiento rápido de la mano abrí una raja diminuta en el aire, abriendo un portal estrecho, una mera rendija, entre el Nuncamás y la realidad. Luego me lancé dentro.

Nunca antes me había metido por una abertura tan estrecha. Sentí como si me estuvieran aplastando en una especie de compresor de basura espiritual. Dolía, un instante de aquella agonía tan salvaje que pareció alargarse una hora, todo ello mientras mis pensamientos se comprimían en un único agujero imposiblemente denso que parecía un agujero negro psíquico en el que todas las emociones oscuras y pesadas que jamás había sentido parecían cubrir y envenenar todos los pensamientos y recuerdos, añadiendo un dolor de corazón abrumador al tormento físico.

El instante pasó, había atravesado la estrecha abertura. Sentí una fracción de segundo en la que el ciempiés intentó seguirme, pero la ranura que había abierto entre los mundos se había cerrado sola casi al instante.

Caí como un metro en el aire vacío, me di con la cadera en el lateral de una de las mesas de trabajo y golpeé el suelo de hormigón como un saco de ladrillos desgastados.

La gente empezó a gritar y alguien se me echó encima, me colocó bocabajo y me clavó una rodilla en la columna mientras me sujetaban los brazos en la espalda. Había un montón de conversaciones a las que no les presté atención. Dolía muchísimo y estaba demasiado cansado para que me importara.

Sinceramente, lo único que ocupaba mi mente en aquel momento era una sensación de gran alivio al ser arrestado. Ahora podía ponerme cómodo y relajarme en un bonito par de esposas.

O quizás una camisa de fuerza, depende de cómo fueran las cosas.



Me llevaron al Despacho Federal de Investigación de la división de Chicago, en Roosevelt. Una multitud de periodistas se encontraban en la puerta e inmediatamente empezaron a gritar preguntas y a hacer fotos en cuanto un par de agentes me sacaron del coche y medio me arrastraron al edificio. Ninguno de los federales dijo nada a las cámaras, pero Rudolph se detuvo el tiempo suficiente para confirmar que estaba en marcha una investigación sobre la explosión y que varias «personas de interés» estaban siendo detenidas y que la buena gente de Chicago no tenía nada que temer y que bla bla bla.

Un tipejo delgado con un uniforme de federal con la piel como el pescado blanco y el pelo negro como la tinta se acercó a Rudolph, le echó el brazo por el hombro a modo de camaradería y casi a rastras lo alejó de los periodistas. Rudolph empezó a balbucear, pero Delgado le lanzó una mirada severa y Rudy se calló.

Recuerdo andar a trompicones hasta el puesto de control y un ascensor, y luego que me tiraran a una silla. Delgado me quitó las esposas. En seguida crucé los brazos sobre la mesa que había delante de mí y bajé la cabeza. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando volví en mí, una mujer severa, de apariencia hosca, estaba alumbrándome los ojos con una minilinterna.

—No hay evidencias de conmoción cerebral —dijo—. Respuesta normal. Creo que solo está agotado.

Delgado estaba de pie en la puerta de la pequeña habitación, que tenía una única mesa de conferencias, varias sillas y un gran espejo en la pared. Rudolph estaba de pie junto a él, era un hombre que parecía joven con un traje más caro que su nómina, un pelo negro muy aseado y los hombros encorvados por la ansiedad.

—Está fingiendo —insistió Rudolph—. No lo hemos perdido de vista más de unos minutos. ¿Cómo puede haber llegado al agotamiento en ese tiempo, eh? ¿Sin sudar? ¿Sin ni siquiera tener dificultad al respirar? Está sucio. Lo sé. No deberíamos haberle dado una hora para que se inventara una historia.

Delgado miró a Rudy sin ninguna expresión en su delgado y pálido rostro. Luego me miró a mí.

—Supongo que eso te convierte en el poli bueno —dije.

Delgadocho puso los ojos en blanco.

—Gracias, Roz.

La mujer se quitó un estetoscopio que llevaba colgado del cuello, me miró con desaprobación y salió de la habitación.

Delgadocho se acercó a la mesa y se sentó delante de mí. Rudolph la rodeó para quedarse detrás de mí. Era una sencilla estratagema psicológica, pero funcionó. La presencia de Rudolph, fuera de mi línea de visión, era una molestia y una distracción.

—Mi nombre es Tilly —dijo Delgadocho—. Puedes llamarme agente Tilly o agente o Tilly. Como te sientas más cómodo.

—Vale, Delgadocho —dije.

Inhaló y exhaló lentamente. Luego dijo:

—¿Por qué no respondió a la puerta, señor Dresden? Hubiera sido mucho más fácil. Para todos nosotros.

—No les escuché —respondí—. Estaba dormido en el subsótano.

—¡Mentira! —dijo Rudolph.

Delgadocho pasó su mirada de mí a Rudy y volvió a mí.

—Dormido, ¿eh?

—Soy de sueño pesado —dije—. Tengo un cojín debajo de una de las mesas del laboratorio. Me quedo sobado ahí algunas veces. Es agradable y fresco.

Delgadocho me estudió pensativo otro minuto. Luego dijo:

—Nah, no estabas durmiendo ahí. No estabas ahí para nada. No había espacio abierto suficiente para que te escondieras en ese subsótano. Estabas en otro lugar.

—¿Dónde? —le pregunté—. Quiero decir, no es que sea un apartamento grande. Salón, dormitorio, baño, subsótano. Me encontrasteis en el suelo del subsótano, que solo tiene una entrada. ¿En qué otro lugar crees que estaba? ¿Crees que simplemente aparecí del aire?

Delgadocho entrecerró los ojos. Después sacudió la cabeza y dijo:

—No lo sé. He visto muchos trucos. Una vez vi a un tipo que hizo que desapareciera la Estatua de la Libertad.

Extendí las manos.

—¿Crees que lo hice con espejos o algo?

—Podría ser —respondió—. No tengo una buena explicación para cómo apareciste de repente, Dresden. Me pongo de mal humor cuando no tengo explicaciones buenas para las cosas. Entonces me pongo a escavar hasta que encuentro algo.

Le sonreí. No pude evitarlo.

—Estaba dormido en mi laboratorio. Me desperté cuando empezasteis a retorcerme los brazos. ¿Crees que salí de un compartimento secreto tan bien escondido que nadie lo encontró en un barrido completo de la habitación? O quizás aparecí del aire. ¿Cuál de esas dos historias crees que tendrá más sentido para el juez

de la denuncia civil que interponga contra el departamento de policía de Chicago y el FBI? ¿La tuya o la mía?

La expresión de Delgado se volvió amarga.

Rudolph apareció abruptamente a mi derecha y le dio un puñetazo a la mesa.

—¡Cuéntanos por qué volaste el edificio, Dresden!

Rompí a reír. No pude evitarlo. No tenía mucha energía, pero me reí hasta que me tembló el estómago.

—Lo siento —dije unos segundos después—. Lo siento. Era tan... ahhhh. —Sacudí la cabeza e intenté controlarme.

—Rudolph —dijo Delgado—. Vete fuera.

—No puede ordenarme que salga. Soy un representante del DPC debidamente designado y miembro de esta fuerza operativa.

—Eres inútil, poco profesional y estás dificultando esta declaración —dijo Delgado, su tono no varió. Volvió sus ojos negros hacia Rudolph y dijo—: Fuera.

Delgado tenía una mirada tremenda. Algunos hombres la tienen. Pueden mirarte y decirte, sin pronunciar ni una palabra, que son perfectamente capaces de ser violentos y que están dispuestos a demostrarlo. Esa mirada no expresa ninguna emoción en particular ni nada que se pueda poner en palabras con facilidad. Delgado no necesitó ninguna palabra. Miró a Rudolph con una leve sombra de la mismísima Parca en los ojos y no hizo nada más.

Rudolph se encogió. Murmuró algo sobre poner una queja ante el FBI y salió de la habitación.

El agente Tilly se volvió hacia mí. Su expresión se había suavizado, brevemente, hasta algo que casi se parecía a una sonrisa y dijo:

—¿Lo hiciste?

Mis ojos se encontraron con los suyos durante un segundo y dije:

—No.

Tilly frunció los labios. Luego asintió con la cabeza varias veces y dijo:

—Ok.

Levanté las cejas.

—¿Así de sencillo?

—Sé cuándo la gente miente —dijo simplemente.

—¿Y por eso esto es una declaración, no un interrogatorio?

—Es una declaración porque Rudolph mintió un huevo cuando te acusó ante mi jefe —dijo Tilly—. Ahora te he visto yo mismo. Y no te pega lo de dinamitero.

—¿Por qué no?

—Tu apartamento es un enorme caos desorganizado. Los dinamiteros desorganizados no tienen mucha esperanza de vida. Mi turno. ¿Por qué alguien está intentando encasquetarte lo del edificio de oficinas?

—Política, supongo —dije—. Karrin Murphy ha mandado a la porra mucho dinero al destrozar algunas de sus empresas más oscuras. El dinero presiona a los

políticos. He sufrido algunos efectos secundarios porque ella es quien me contrató como consultor en algunos de esos casos.

—Puto Chicago —dijo Tilly con verdadero desprecio en la voz—. El gobierno en todo el estado es todo lo corrupto que puede.

—Amén —dije.

—He leído tu historial. Dice que mi oficina te estuvo vigilando antes. Dice que cuatro agentes desaparecieron un par de días después. —Apretó los labios—. Has sido sospechoso de secuestro, asesinato y al menos dos casos de incendios provocados, uno de los cuales era un edificio público.

—No fue culpa mía —dije—. Lo del edificio.

—Llevas una vida interesante, Dresden.

—En realidad no. Solo un fin de semana loco de vez en cuando.

—Al contrario —dijo Tilly—. Yo estoy muy interesado en ti.

Suspiré.

—Tío. No quieres estarlo.

Tilly lo pensó, una leve línea de ceño fruncido apareció entre sus cejas.

—¿Sabes quién voló el edificio de tu oficina?

—No.

La expresión de Tilly podría haber estado tallada en piedra.

—Mentiroso.

—Si te lo dijera —dije— no ibas a creerme... e ibas a meterme en un psiquiátrico donde sea. Así que no. No sé quién voló el edificio.

Asintió con la cabeza durante unos segundos. Luego dijo:

—Lo que estás haciendo podría interpretarse como obstruir e interferir con una investigación. Dependiendo de quién se encuentre detrás de la bomba y por qué, podría incluso acabar en traición.

—En otras palabras —dije—, no pudiste encontrar nada en mi apartamento que me incriminara o que te diera una excusa para retenerme. Así que ahora esperas intimidarme para que hable contigo.

El agente Tilly se echó para atrás en la silla y me miró entornando los ojos.

—Puedo retenerte durante veinticuatro horas sin ninguna razón. Y puedo hacer que sean bastante desagradables sin acercarme a violar ninguna ley.

—Desearía que no hicieras eso —dije.

Se encogió de hombros.

—Y yo desearía que me dijeras lo que sabes sobre la explosión. Pero supongo que ninguno de los dos va a conseguir lo que quiere.

Apoyé la barbilla en la mano y pensé en ello unos segundos. Apostaba a que alguien de la escena sobrenatural, probablemente la duquesa, había movido algunos hilos para enviar a Rudolph detrás de mí. Si ese era el caso, quizás pudiera enviarle de vuelta esta pequeña granada de mano.

—¿Será confidencial? —le pregunté.



Se puso en pie, salió por la puerta y volvió unos segundos después, supuestamente tras apagar algún aparato que nos estuviera grabando. Volvió a sentarse y me miró.

—Vais a averiguar que el edificio estaba cableado con explosivos —dije—. En la cuarta planta.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Alguien en quien confío vio algunos planos que mostraban dónde se habían instalado las cargas, supuestamente según órdenes de los propietarios del edificio. Recuerdo que hace unos años unos técnicos estuvieron abriendo las paredes durante una semana más o menos. Dijeron que estaban quitando el amianto. Los propietarios los habían contratado.

—Nuevo Verita Inc. es el propietario del edificio. Como estafa al seguro, no es muy grande.

—No se trata del seguro —dije.

—¿Entonces de qué se trata?

—Venganza.

Tilly ladeó la cabeza y me estudió atentamente.

—¿Le hiciste algo a esta compañía?

—Le hice algo a alguien que se encuentra en lo alto de la cadena alimenticia de la constelación corporativa a la que pertenece Nuevo Verita.

—¿Y qué fue?

—Nada ilegal —dije—. Podrías mirar los negocios de un hombre que se llama a sí mismo Paolo Ortega. Era profesor de mitología en Brasil. Murió hace unos años.

—Ah —dijo Tilly—. ¿Es su familia quien va detrás de ti?

—Esa es una descripción razonablemente precisa. Su mujer en particular.

Tilly lo asimiló, se tomó su tiempo. La habitación se quedó en silencio durante varios minutos.

Finalmente, Tilly me miró y dijo:

—Le tengo muchísimo respeto a Karrin Murphy. La he llamado mientras estabas descansando. Dice que te respaldará sin ninguna reserva. Considerando la fuente, eso es una afirmación significativa.

—Sí —dije—. Considerando la fuente, lo es.

—Sinceramente, no estoy seguro de si puede hacer algo para ayudarte. No estoy al cargo de la investigación y la están dirigiendo los políticos. No puedo prometerte que no te vayan a volver a interrogar... Aunque los eventos de hoy deberían hacer que sea más difícil conseguir la aprobación judicial para ir contra ti.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir —dije.

Tilly movió una mano hacia el resto del edificio.

—Por lo que a ellos respecta, eres culpable, Dresden. Ya están escribiendo titulares y noticias. Ahora es solo una cuestión de tiempo encontrar las pruebas que apoyen la conclusión que quieren.

—Ellos —dije—. Tú no.

Tilly dijo:

—Son un puñado de imbéciles.

—¿Y tú no?

—Yo soy de otro tipo de imbécil.

—Ey —dije—. ¿Soy libre de irme?

Asintió.

—Pero dado que no tienen nada que se parezca remotamente a una prueba de que eres quien puso los explosivos, van a investigarte. Tu vida personal. Tu pasado. Para buscar cosas que usar contra ti. Van a jugar sucio.

—Por mí vale —dije—. Yo también puedo jugar.

Los ojos de Tilly sonrieron.

—Eso parece. Sí. —Me ofreció la mano—. Buena suerte.

La estreché. Sentí un escalofrío muy muy leve de alguien con un ligero talento mágico. Probablemente justificará la capacidad de Tilly para separar la verdad de la ficción.

Me levanté y caminé con poca energía hacia la puerta.

—Ey —dijo Tilly, justo antes de que la abriera—. Confidencialmente. ¿Quién lo hizo?

Me detuve, lo miré de nuevo y dije:

—Vampiros.

Su expresión pasó rápidamente por emociones que se desvanecieron: diversión, luego comprensión, seguida de duda y toneladas y toneladas de racionalización.

—¿Ves? —dije—. Te dije que no me creerías.



Al salir por las puertas del edificio del FBI me encontré un anillo de paparazis rodeándolo, esperando con paciencia de depredador conseguir más material para sus historias. Un par de ellos me vio y corrió hacia mí, empezando a hacer preguntas, empujando los micrófonos hacia mí, ese tipo de cosas. Hice un gesto de dolor. Todavía estaba bastante cansado, pero iba a dañar seriamente su equipo si me acercaba demasiado a ellos.

Busqué a mi alrededor una forma de bajar a la acera sin estropear el equipo de nadie, y ahí fue cuando intentaron matarme.

He sido objetivo de un ataque desde un coche antes. Este fue considerablemente más profesional que el primero. No hubo ningún rugido de motores que me advirtiera, ningún vehículo que cambiara de dirección salvajemente. La única pista que tuve fue que los pelos de la nuca se me pusieron de punta de repente y el destello de la ventana del pasajero de un sedán negro que se bajaba.

Luego algo me golpeó en el lado izquierdo del pecho y me tiró en las escaleras. Aturdido, me di cuenta de que alguien estaba disparándome. Podía haber caído rodando por las escaleras hasta la multitud de periodistas, ponerlos entre el tirador y yo mismo, pero no tenía forma de saber si el tirador me deseaba tanto mal como para disparar a través de una multitud con la esperanza de darme. Así que me enrollé como una pelota para defenderme y sentí dos golpes más fuertes contra mí: uno en las costillas, el segundo en el brazo izquierdo, que había levantado para cubrirme la cabeza.

Hubo algunas exclamaciones, y luego varias personas de pie junto a mí.

—Ey, colega —dijo un cámara barrigón con una chaqueta de caza. Me ofreció una mano para ayudar a levantarme—. Una mala caída. ¿Todavía estás de una pieza?

Lo miré fijamente un segundo, la adrenalina corría por mi cuerpo y me di cuenta de que el cámara (todos los gacetilleros, de hecho) ni siquiera sabía lo que acababa de pasar.

Tenía un cierto sentido extraño. Yo no había escuchado nada. El asesino debió de haber usado silenciador. No había habido ningún fognazo, así que debió de haberlo hecho bien, me apuntaría a través de la ventana del coche mientras estaba sentado lo

suficientemente lejos como para asegurarse de que el tambor de su pistola no hiciera un ruido sospechoso... y de que en ningún momento se convirtiera en un objetivo muy visible. Yo también había ayudado al negarles a los espectadores la sutil pista de un cuerpo muerto con pequeños agujeros en la parte delantera y grandes en la trasera. No hubo sonido, nadie vio nada y no había víctima. ¿Por qué deberían pensar que se acababa de intentar un asesinato?

—¡Muévete! —dije, apartándome de la manaza del cámara. Me esforcé por levantarme, mirar por encima de la multitud y ver la matrícula del sedán negro. Solo tenía que caminar entre un par de personas y ponerme de puntillas para conseguir ver el vehículo del tirador, que se alejaba tranquilamente, sin que el motor rugiera, sin subirse a la acera o saltarse semáforos en rojo. Simplemente se desvaneció en el tráfico como un tiburón que desaparece en las profundidades. En ningún momento pude ver claramente la matrícula.

—Maldita sea —gruñí. En ese momento empecé a registrar el dolor, específicamente en el brazo. Los conjuros protectores que había tejido en mi guardapolvos habían aguantado las balas, pero el cuero se había ceñido bastante a mi piel y como resultado me sentía como si alguien me hubiera estampado un bate de béisbol contra el antebrazo. Los dedos de la mano izquierda me ardían y se negaron a hacer algo más que sacudirse. Sentía palpitaciones similares en los otros dos golpes y recorrí el guardapolvos con las manos, solo para asegurarme de que ninguno me había atravesado sin darme cuenta.

Encontré una bala en el cuero de mi manga izquierda. No había penetrado más de quizás medio milímetro, pero estaba atrapada en el cuero y deformada por el impacto. Saqué un pañuelo del bolsillo, envolví la bala en él y lo volví a guardar, consiguiendo que todo el proceso pasara desapercibido mientras una docena de personas me miraba como si fuera un lunático.

Desde la calle se oyó un pequeño y jadeante ¡pí, pí! El Escarabajo Azul llegó lentamente al pie de las escaleras y se detuvo delante del edificio. Molly estaba al volante y me saludaba frenéticamente con la mano.

Corrí por la calle y llegué allí antes de que el esquema desperejo de colores de mi coche enviara al personal federal obsesivo compulsivo del edificio detrás de mí en un arrebato. Mientras Molly conducía, me desplomé y recibí un beso descuidado de Ratón en la cara, que estaba sentado en el asiento trasero, mientras su cola golpeaba contra la parte trasera del asiento del conductor.

—¡Agh! —le dije—. Mis labios han tocado labios de perro. ¡Dame enjuague bucal! ¡Dame yodo!

Su cola siguió moviéndose y me volvió a besuquear antes de tranquilizarse y parecer contento.

Volví a hundirme en el asiento y cerré los ojos.

A lo mejor pasaron dos minutos.

—De nada —dijo Molly de repente, su tono era de frustración—. No hay problema, Harry. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar.

—Lo siento, padawan —dije—. Ya ha sido un día largo.

—Volví de la iglesia y vi a un montón de tíos y policías entrando y saliendo de tu apartamento. La puerta estaba tirada y todo parecía como si lo hubieran saqueado. — Se estremeció y apretó el volante—. Dios. Estaba segura de que estabas muerto o tenías problemas.

—Tenías razón en un noventa por ciento —dije—. Alguien le dijo a los federales que fui yo quien voló el edificio. Querían hablar conmigo.

Los ojos de Molly se abrieron como platos.

—¿Qué pasa con las Espadas? Se lo tenemos que decir a mi padre, ahora mismo, o...

—Tranquila —dije—. Las he escondido. Deberían estar a salvo por ahora.

Molly cogió aire y lo soltó aliviada.

—Tienes un aspecto terrible —dijo después de un minuto—. ¿Te han pegado o algo?

Miré de izquierda a derecha mientras avanzábamos, vigilando.

—Un ciempiés gigante.

—Oh —dijo Molly, marcando la palabra, como si lo hubiera explicado todo—. ¿Qué estás buscando?

Había estado escaneando el tráfico en busca del sedán negro. Encontré unos treinta, siendo un maestro detective y todo eso.

—El coche del tipo que me acaba de disparar. —Saqué la bala, una pequeña bala cubierta de cobre más delgada que mi meñique y algo menos de tres centímetros de larga.

—¿Qué es eso? —preguntó Molly.

—Una Remington dos veintitrés —dije—. Creo. Probablemente.

—¿Eso qué significa?

—Que podía haber sido casi cualquiera. Es la bala que se utiliza en la mayoría de los rifles de asalto de la OTAN. En los rifles de caza también. —Me vino a la cabeza una idea y le fruncí el ceño—. Ey, ¿cómo sabías dónde encontrarme?

—Dejé que condujera Ratón.

Tap, tap, tap.

Estaba cansado. Mi cerebro tardó un segundo en encontrar el humor en su tono.

—No es divertido cuando lo hacen los demás, Molly. Lista para la carga de la sabiduría constante no estás tú.

Sonrió de oreja a oreja, evidentemente estaba complacida por haberme metido un tanto.

—Usé un conjuro de rastreo y el pelo que me diste por si alguna vez tenía que encontrarte.

Claro que sí.

—Oh, cierto. Bien hecho.

—Mmm —dijo—. No estoy segura de hacia dónde estamos yendo. Por lo que sé, tu apartamento también está lleno de tipos.

—Prioridades, pequeño saltamontes. Las primeras cosas primero.

Me miró.

—Burger King, ¿eh?

—Me muero de hambre —dije—. Luego volvemos al apartamento. Deberían haberse ido para cuando lleguemos y es el único lugar donde estoy seguro de que Susan y Martin intentarán contactarme.

Frunció el ceño.

—Pero... los refugios están quitados. No es seguro para nadie, ¿no?

—Nunca lo fue —dije tranquilamente—. Si alguien de verdad quiere entrar para matarte, es difícil detenerlo. Lo único que puedes hacer es que le salga caro intentarlo y esperar a que decida que el precio es demasiado alto.

—Bueno, seguro —dijo Molly—. Pero... sin los refugios, ¿no tienes como una especie de descuento?

La chica tenía razón. Cualquiera que siempre hubiera querido echarme el guante ahora tenía una oportunidad estupenda. ¡Atención, señores clientes! Descuentos especiales en la vida de Harry Dresden. Seminuevo, no se admiten devoluciones, limitado a uno por cliente. Compre elegante. Compre en S-Mart.

Apoyé la cabeza en la ventanilla, cerré los ojos y pregunté:

—¿Qué te ha dicho Forthill?

—Lo que siempre dice. Que no puede hacer ninguna promesa, pero que hará lo que pueda por ayudar. Dijo que lo llamara en un par de horas y que vería qué podía conseguir de sus espías.

—Estoy bastante seguro de que los sacerdotes católico romanos no tienen espías —dije seriamente—. Demasiado a la moda y efímero. Como los coches. Y la imprenta.

Molly no contraatacó mis comentarios, aunque yo los hubiera hecho a la ligera. Tenía conflictos con todo el tema de la Iglesia, lo cual yo creía que probablemente fuera un buen estado para su mente. Las personas que hacen preguntas y piensan en su fe son las últimas en abrazar el dogma y las últimas en abandonar el sendero una vez lo han emprendido. Yo estaba bastante seguro de que el Todopoderoso, fuera cual fuera el nombre que tuviera en ese momento, podría manejar un par de preguntas de la gente que buscaba respuestas con sinceridad. Demonios, seguramente hasta le gustara.

—Harry —dijo—, podríamos hablar con mi padre.

—No —dije con un tono tranquilo y final—. Eso ni siquiera está sobre la mesa.

—A lo mejor debería estarlo. A lo mejor podría ayudarte a encontrar a Maggie.

Sentí que me atravesaba una afilada puñalada de rabia y dolor, un recuerdo vívido. Michael Carpenter, Caballero de la Espada y amigo infatigable, había recibido

arañazos y golpes en el cuerpo hasta romperse por ayudarme con uno de mis casos. Al llevar una Espada con uno de los clavos de la Crucifixión, entregada por un arcángel, había sido un baluarte contra fuerzas del mal muy reales y muy literales en el mundo. Era increíblemente reconfortante tenerlo de tu lado. Nos habíamos metido juntos en todo tipo de situaciones ridículamente letales y habíamos salido de ellas.

Menos la última vez.

Ahora estaba retirado y feliz, caminaba solo gracias a la ayuda de un bastón, estaba fuera del negocio de aniquilar el mal y dedicaba su tiempo a construir casas y a estar con su familia, como siempre quiso. Durante su retiro, deduje que tenía una cierta cantidad de inmunidad contra los poderes del mal sobrenatural. No me hubiera sorprendido si hubiera tenido literalmente un ángel sobre el hombro siempre, listo para protegerlo a él y a su familia. Como el Servicio Secreto, pero con espadas y alas y halos.

—No —repetí—. Está fuera del combate. Merece estarlo. Si le pido ayuda, me la dará y elegiré aceptar las consecuencias. Solo que ya no puede protegerse más a sí mismo o a tu familia.

Molly respiró profundamente y asintió, sus preocupados ojos se centraron en la carretera.

—Está bien —dijo—. Ok. Es solo que...

—¿Sí?

—Estoy acostumbrada a que esté aquí, supongo. A saber que... si lo necesito, está ahí para ayudar. Supongo que siempre he tenido en mente que si las cosas iban realmente, verdaderamente mal, él Aparecería —dijo, enfatizando cuidadosamente la última palabra.

No le respondí. Mi padre murió cuando yo era joven, antes de que yo aprendiera que había algo más fuerte que él. He estado actuando sin ese tipo de apoyo toda mi vida. Molly solo empezaba a darse cuenta entonces de que, en cierto sentido, estaba sola.

Me pregunté si mi hija sabía siquiera que tenía un padre, si sabía que había alguien que quería, desesperadamente, Aparecer.

—Si te vas a vivir sola y se estropean las cañerías, estará ahí —dije tranquilamente—. Si algún tío te rompe el corazón, vendrá con helado. Mucha gente no tiene un padre dispuesto a hacer esas cosas. La mayoría de las veces, hay cosas que importan muchísimo más.

Parpadeó varias veces y asintió.

—Sí. Pero...

Entendí lo que no dijo. Pero cuando necesitas alguien que rompa la puerta y empiece a patear culos, lo necesitas de verdad. Y Michael ya no podía hacer eso por su hija.

—Voy a decirte una cosa, Molly —dije—. Cuando necesites un rescate, yo me encargaré de esa parte. ¿Vale?

Me miró, con los ojos llenos de lágrimas, y asintió varias veces. Cogió mi mano con la suya y la apretó con fuerza. Luego volvió la cara hacia la carretera y pisó el acelerador.

Pasamos por el restaurante de comida rápida y volvimos a mi apartamento.

En lo alto de las escaleras que conducían a mi puerta, sentí que me empezaba a enfadar. Habían tirado abajo la puerta del apartamento. Tenía algunos rasguños, pero poco más. Una puerta dura. Pero el marco de madera que la rodeaba estaba destrozado. No había modo de volver a montar la puerta sin unas reparaciones caras que probablemente estuvieran por encima de mi nivel de habilidad.

Me quedé de pie ahí temblando de rabia. No es que viviera en una torre de marfil o en Bolsón Cerrado, era solo un sucio agujerito en el suelo. No era un gran lugar, pero era él único hogar que tenía y yo estaba cómodo ahí.

Era mi hogar.

Y Rudolph y compañía lo habían destrozado. Cerré los ojos y respiré profundamente, intentando calmarme.

Molly me tocó el hombro un segundo.

—No es tan malo. Conozco a un buen carpintero.

Suspiré y asentí. Yo ya sabía que cuando todo esto terminara Michael Aparecería para mí.

—Solo espero que Míster vuelva pronto. A lo mejor hay que hospedarlo en algún sitio hasta que se arregle la puerta. —Miré hacia abajo, por las escaleras—. Solo espero que...

Ratón dejó escapar un gruñido repentino, profundo.

Saqué mi vara explosiva y mi escudo en menos de dos segundos. Ratón no es alarmista. Nunca lo he oído gruñir si no era por la presencia de peligro de un tipo u otro. Miré a mi derecha y vi que Molly no estaba. El pequeño saltamontes se había desvanecido de la vista aún más rápido de lo que yo había preparado mis defensas.

Tragué saliva. Había escuchado muchas variantes del rugido de mi perro. Esta no era tan amenazadora como podría haberlo sido... como lo hubiera sido en presencia de amenazas oscuras. La postura de su cuerpo era un equilibrio de tensión y relajación, mera cautela en lugar de la flexión de lucha que había exhibido antes. Había olido algo que pensaba que era extremadamente peligroso, pero no necesariamente algo que tuviera que atacar y destruir de inmediato.

Lentamente, bajé las escaleras, con el escudo preparado, con la mano izquierda extendida delante de mí, con los dedos en un gesto de repulsión, con el pulgar, el meñique y el índice rígidos y extendidos, con el corazón y anular doblados. Mi mano derecha sujetaba la vara explosiva extendida delante de mí, bullendo de poder escarlata que manaba de las runas talladas y los hilos de llama brillante que surgían de su punta, listos tanto para destruir como para alumbrar mi camino. Ratón bajó las escaleras conmigo, con el hombro pegado a mi cadera derecha. Su gruñido tenía un tono firme, como el motor de un coche bien tuneado.



Llegué al final de las escaleras y vi que había un fuego chisporroteando en la chimenea. Entre eso, mi vara explosiva y los rayos del sol del atardecer, podía ver bastante bien.

El FBI podía haber dejado peor mi apartamento, supuse. Los libros estaban fuera de las estanterías, pero al menos los habían amontonado, más o menos, en lugar de lanzarlos al suelo. Habían movido mis muebles, incluso habían quitado los cojines, pero los habían vuelto a poner. Mal, pero estaban en su sitio. Del mismo modo, habían desmantelado mi cocina con una especie de cortesía somera, pero no la habían destruido.

En mi mente todo aquello era secundario al lado del par de capullos de tamaño ataúd de lo que parecían seda verde. Uno de los capullos estaba pegado en mi techo, el otro en la pared que había junto a la chimenea. El rostro de Susan asomaba del segundo capullo, debilitado por algo cercano a la inconsciencia, y su pelo negro caía sin gracia. En el techo, solo pude ver la boca de un hombre y parte de su mejilla, pero estaba bastante seguro de que era Martin. Habían vuelto a mi apartamento, supuestamente después de que se marcharan los federales, y los habían capturado.

—Ratón —murmuré—, ¿hueles algo de cordita?

El perro sacudió la cabeza como si se sacudiera agua y su placa tintineó.

—Yo tampoco —dije. Total, fuera lo que fuera lo que les habían hecho, había sucedido rápido, antes de que una Susan extremadamente rápida o un Martin extremadamente paranoico pudieran usar un arma.

Uno de mis viejos sillones estaba de espaldas a la puerta. Cuando crucé el umbral, se dio la vuelta (ignorando el hecho de que no estaba pensado para girar ni montado sobre ningún mecanismo que hiciera posible tal cosa) y reveló, entre la luz del fuego y las sombras, a una intrusa y a mi gato.

Era alta y más que guapa, como lo son la mayoría de los sidhe. Su piel era pálida y perfecta; sus ojos, enormes, esferas ligeramente oblicuas de color verde esmeralda. De hecho, casi reflejaban los ojos de Míster, ya que estaba sentado delicadamente sobre el regazo de la mujer sidhe. Sus labios eran generosos y muy rojos, y su largo pelo rojo, acentuado con rayos de blanco puro, caía en espirales y ondas de seda sobre su vestido verde esmeralda.

Cuando me vio, sonrió, ampliamente, y reveló unos caninos cuidadosamente afilados, a la vez que refinados y depredadores.

—Ah —dijo cálidamente—, Harry. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos.

Me entraron escalofríos y mantuve la vara explosiva apuntando hacia la mujer sidhe. Era un hada, y yo había aprendido, de una larga experiencia, que a las gentes del Reino de las Hadas, tanto del Verano como del Invierno, no hay que subestimarlas. Solo un loco confiaría en ellas, pero por otro lado, solo un loco las ofendería. Le dan mucha importancia a las formas de cortesía, etiqueta y la relación de anfitrión y huésped. Uno desobedece las propias formas bajo el peligro de...

reacciones más bien extremas por parte de los sidhe, los señores del Reino de las Hadas.

Así que en lugar de empezar con fuego y esperar a poder darle un golpe bajo, aparté mi vara explosiva, le hice a la Leanansidhe una reverencia precisa y superficial sin ni siquiera apartar los ojos de ella, y dije:

—Sin duda. Ha pasado mucho tiempo, madrina.



—¿No te alegras de verme? —dijo la Leanansidhe. Hizo un gesto con una mano con manicura hacia los dos capullos, luego volvió a acariciar a Míster—. Me encontré con estos forajidos saqueando tu cuevecita y... ¿cuál es la palabra? —Sonrió ampliamente—. Los he capturado.

—Ya veo —dije.

—Según entiendo los asuntos mortales —dijo—, a continuación hay un juicio, seguido de... ¿Cuál es la palabra que usa la ley mortal para asesinato? Ah, una ejecución. —Sus cejas rojas como el oro se fruncieron brevemente—. ¿O es la ejecución y luego el juicio? —Se encogió de hombros—. Ah. En cualquier caso parece principalmente una cuestión de semántica. Harry, ¿preferirías ser el juez, el jurado o el verdugo?

Yo... solo la miré fijamente.

La última vez que había visto a mi hada madrina, estaba vociferando y delirando en un par de personalidades y voces distintas mientras estaba medio sepultada en una capa de hielo en el corazón de la Corte de Invierno. Desde que tenía dieciséis años, me ha perseguido incansablemente cuando cruzaba al Nuncamás, aparentemente decidida a transformarme en uno de sus perros de caza.

Por el amor de Dios. ¿Ahora todo eran sonrisas y burbujas? ¿Protegiendo mi apartamento? ¿Ofreciéndose a jugar a los juicios conmigo, como si fuera un niño y Martin y Susan fueran un par de muñecas?

—No es que no me guste verte, Lea —dije—, pero no puedo dejar de preguntarme qué es lo que quieres.

—Simplemente, asegurar el bienestar de tu yo espiritual —respondió—. Eso es lo que se supone que hace una madrina, ¿no?

—En cierto modo esperaba que tu respuesta fuera un poco más específica.

Soltó una risa musical que sonó como las distantes campanas de una iglesia sobre la nieve.

—Dulce niño. ¿No has aprendido nada de las hadas?

—¿Lo ha hecho alguien, alguna vez?

Sus delgados dedos acariciaban el pelo de Míster.

—¿Crees que es tan imposible?

—¿Tú no lo crees?

—¿En qué modo mi opinión es relevante a la verdad?

—¿Nos vamos a quedar aquí todo el día respondiendo a las preguntas del otro con preguntas?

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Eso te gustaría?

Levanté una mano, capitulando.

Inclinó la cabeza hacia mí, una graciosa victoria. Lea era mejor que yo en ese tipo de juegos de palabras, pues había tenido varios siglos para practicar.

Además, perder ante el huésped con gracia también era una cortesía tradicional.

—Lo que a mí me gustaría —dije, señalando con la cabeza hacia los capullos— es que, por favor, liberases a esos dos. No son ladrones. Son huéspedes. Y esta es, después de todo, mi casa.

—Por supuesto, niño —dijo agradablemente—. No he hecho ningún daño.

Chasqueó los dedos y los capullos parecieron sublimarse en una fina niebla verde que se dispersó rápidamente. Susan cayó sin fuerza de la pared, pero yo estaba esperando para cogerla y bajarla delicadamente al suelo.

Martin se desplomó desde el techo y aterrizó sobre una desgastada alfombra que cubría el suelo de hormigón. No había nadie para cogerlo, lo cual fue horrible. Simplemente horrible.

Examiné a Susan rápidamente. No tenía ninguna herida obvia. Respiraba. Tenía pulso. Y eso era básicamente lo que alcanzaba mi conocimiento médico. Revisé también a Martin, pero me decepcioné. Estaba en el mismo estado que Susan.

Miré a mi madrina. Míster estaba despatarrado en su regazo, bocarriba, disfrutando mientras ella recorría con sus largas uñas su pecho y su barriga. Su ronroneo zumbaba continuamente por la habitación.

—¿Qué les has hecho?

—Les tranquilicé su espíritu depredador para que durmiera —dijo tranquilamente—. Pobres corderitos. No se dan cuenta de cuánta fuerza sacan de él. Acaso esto les enseñe una útil lección.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres decir... su parte vampira?

—Por supuesto.

Me senté un momento, aturdido.

Si la infección vampira de los semivampiros como Susan y Martin se podía encantar para que durmiera, entonces supuestamente era posible hacerle otras cosas también. Eliminarla, quizás de manera permanente.

Incluso sería posible destruirla.

Sentí que en mi mente se abría una puerta a la esperanza que había cerrado hacía mucho tiempo.

Quizás podría salvarlos a los dos.

—Yo... —Sacudí la cabeza—. He buscado un modo de... He pasado más de un... —Sacudí la cabeza con más fuerza—. He pasado más de un año intentando encontrar un modo de... —Miré a mi madrina—. ¿Cómo? ¿Cómo lo hiciste?

Ella me miró a mí, sus labios estaban torcidos en algo que no era precisamente una sonrisa.

—Oh, dulce niño. Ese tipo de información es un tesoro, por supuesto. ¿Qué tienes para canjear por una gema de conocimiento tan preciosa?

Apreté los dientes.

—Con vosotros siempre tienen que ser tratos, ¿verdad?

—Por supuesto, niño. Pero yo siempre estoy a la altura de mis fines. De ahí mi protección hacia ti.

—¿Protección? —pregunté—. ¡Te pasaste más de dos décadas intentando convertirme en un perro!

—Solo cuando te apartabas del mundo mortal —dijo, como si estuviera desconcertada sobre por qué estaba molesto—. Niño, teníamos un trato. Y tú no has cumplido tu parte voluntariamente —le sonrió ampliamente a Ratón—. Y los perros son tan encantadores.

Ratón la miró con unos ojos tranquilos y cautelosos, con el cuerpo inmóvil.

Fruncí el ceño.

—Pero... le vendiste mi deuda a Mab.

—Precisamente. A un precio excelente, podría añadir. Así que ahora, todo lo que queda entre vos y yo es el trato de tu madre. A no ser que desees incluir otra parte, por supuesto...

Me entraron escalofríos.

—No, gracias. —Finalmente bajé mis escudos. La Leanansidhe me sonrió—. Te vi en la torre de Mab —dije.

Algo oscuro parpadeó en sus ojos esmeralda y apartó el rostro de mí ligeramente.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Viste lo que para mi reina significa curar una aflicción.

—¿Qué aflicción?

—Una locura que me asolaba —susurró—. Que me robó de mí misma. Dones traicioneros... —Sacudí la cabeza—. No puedo pensar más en ello, a menos que me vuelva vulnerable otra vez. Baste con decir que ahora estoy mucho mejor. —Pasó una de las yemas de sus dedos por un mechón de su pelo, blanco como el hielo—. La fuerza de mi reina prevaleció y ahora mi mente es mía.

—Asegurándote del bienestar de mi yo espiritual —murmuré. Luego parpadeé—. El jardín, el que hay al otro lado de este lugar... Es tuyo.

—Por supuesto, niño —dijo—. ¿No pensaste que era raro que en tu época de agitación desparramada ninguno de tus enemigos, ni uno, intentara entrar por el otro lado? ¿Nunca enviaron un espíritu para que tomara forma directamente en tu cama, tu

ducha o tu nevera? ¿Nunca lanzaron una cesta de áspides en tu armario para que buscaran refugio en tus zapatos, tus botas, los bolsillos de tu ropa? —Sacudió la cabeza—. Dulce, dulce niño. Si hubieras caminado mucho más lejos, hubieras visto la montaña de huesos de todas las cosas que han intentado llegar a ti y que yo he destruido.

—Sí, bueno. Casi salgo herido ahí.

—Ah —dijo ella, sonriendo—. Mis guardianes fueron creados para atacar a cualquier intruso... incluso a uno que tuviera el mismo aspecto que tú. No podíamos permitir que cualquier cambiaformas inteligente se colara, ahora, ¿no? —Suspiró—. Hiciste unos estragos horribles en mis prímulas. Sinceramente, niño, hay otros elementos aparte del fuego, ¿sabes? Realmente necesitas diversificarte. Ahora tengo dos mandíbulas que alimentar en lugar de una.

—Yo... tendré más cuidado la próxima vez —dijo.

—Agradecería tal detalle. —Me estudió tranquilamente—. Ha sido verdad toda tu vida, niño. Te he seguido en el mundo espiritual. He creado guardianes y defensas desde el otro lado para proteger tu sueño, para montar guardia en tu casa. Y aun así solo tienes el principio de una idea de cuánto lo he intentado. —Sonrió, mostrando de nuevo sus caninos delicadamente afilados—. Lo he intentado y he fallado.

Lo cual explicaba también por qué ella siempre estaba a mano cuando yo entraba en el Nuncamás. Por qué me seguía el rastro en segundos cuando iba allí.

Porque había estado ahí, protegiéndome.

De todo menos de sí misma.

—Entonces, ahora —dijo, su tono era de negocios—. Has dejado un tesoro considerable en mi jardín para protegerlo.

—Era una emergencia.

—Eso asumí —dijo—. Por supuesto, lo salvaguardaré o lo devolveré, como tú desees. Y, si pierdes, se lo entregaré al heredero que designes.

Solté una risa cansada.

—Tú... Por supuesto que lo harás. —Miré a Ratón—. ¿Tú qué piensas, chico?

Ratón me miró y luego miró a Lea. Luego se sentó, pero siguió mirándola cuidadosamente.

—Sí —dijo—. Yo también lo creo.

La Leanansidhe sonrió de oreja a oreja.

—Es bueno que te hayas aprendido mis lecciones de memoria, niño. Es un universo frío e insensible en el que vivimos. Solo con fortaleza de cuerpo y mente puedes esperar controlar tu propio destino. Ten cautela de todo el mundo. Incluso de tu protectora.

Me quedé ahí sentado un momento, pensando.

Mi madre había preparado protección para mí con una previsión considerable. Había anticipado que en algún momento buscaría y protegería a mi medio hermano,

Thomas. ¿También me había preparado otras cosas? ¿Cosas que aún no se me habían ocurrido?

¿Cómo le pasaría un legado a mi hija si sabía que no iba a estar vivo para verlo? ¿Qué tipo de legado tenía yo, aparte de una colección de equipo mágico que probablemente cualquiera podría acumular sin ayuda con el tiempo?

Mi único y verdadero tesoro era el conocimiento.

Dios mío, pero el conocimiento era un legado poderoso. Me imaginé lo que podría haber pasado si, con quince años, hubiera aprendido aspectos de la magia que no vinieron a mí por sí mismos hasta que superé la treintena. Hubiera sido como entregarle a un niño una pistola cargada y amartillada.

Era necesario un mecanismo de seguridad... Algo que pudiera evitar que el niño accediera a tal cantidad de conocimiento hasta que fuera lo suficientemente maduro como para manejarlo con sabiduría. Algo simple, pero revelador, para un niño. Un niño mago.

Sonreí. Algo como ser capaz de admitir la ignorancia de uno mismo. Expresada en la forma más simple posible: hacer una pregunta. Y, como sabía ahora, a mi madre no la llamaban «LeFay» por nada.

—Madrina —pregunté tranquilamente—. ¿Mi madre te dejó algo para que me lo dieras cuando estuviera listo? ¿Un libro? ¿Un mapa?

Lea respiró lenta y profundamente, le brillaban los ojos.

—Bueno —murmuró—. Bueno, bueno, bueno.

—Lo hizo, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Pero se me dijo que te advirtiera bien. Es un legado mortífero. Si lo aceptas, aceptas lo que viene con él.

—¿Qué es? —pregunté.

Encogió un hombro.

—Varía de un individuo a otro. Tu madre perdió la capacidad de dormir profundamente. Podría ser peor para ti. O podría no ser nada.

Pensé en ello un momento y luego asentí.

—Lo quiero.

Lea no apartó en ningún momento los ojos de mí. Levantó su palma vacía, cerró los dedos sobre ella y los volvió a abrir.

Un pequeño rubí reluciente, brillante como una gota de sangre, tallado en forma de pentágono, se encontraba en su mano.

—Es la suma de su conocimiento sobre los Caminos —dijo Lea en voz baja—. Cada sendero, cada atajo, cada conexión. Desarrolló tanta habilidad para buscarlos que al final fue capaz de predecirlos. Los Caminos pueden cambiar de una década a otra, pero tu madre sabía dónde estaban y dónde estarían. Muy pocos de los de mi clase pueden decir tanto. —Entrecerró los ojos—. Ese conocimiento es la carga que llevo en mi mano, niño. Mi creencia es que te destruirá. La elección tiene que ser tuya.

Miré fijamente la gema durante mucho tiempo, obligándome a mí mismo a respirar despacio. Todos los Caminos. La capacidad de viajar por el mundo sin preocuparse por la geografía. Un conocimiento como este podría haber ganado la guerra con la Corte Roja antes de que empezara. Quien poseyera ese conocimiento podría contemplar las leyes con total impunidad, evitar la retribución tanto de las autoridades mortales como de las naciones sobrenaturales. Ir a cualquier lugar. Escapar de casi cualquier cosa. Reunir más información de la que posiblemente podría reunir cualquiera.

Campanas infernales. Esa pequeña gema reluciente era una fuerza sutil que tenía el potencial de ser tan potente como nada que hubiera visto. Tanto poder.

Tanta tentación.

Me pregunté si sería capaz de manejarlo. No soy un santo.

Al mismo tiempo, nunca había visto una herramienta pensada con tanta obviedad para que un hombre Apareciera para su hija. Sin importar dónde estuviera, podría llegar a ella. Llegar a ella y salir limpio.

Maggie.

Alargué el brazo y cogí la gema de la mano de mi madrina.





—Harry —gritó Molly desde el salón—. Creo que se están despertando.

Gruñí y levanté mi colgante de pentáculo para examinarlo. Era bastante obvio que el pequeño rubí pentagonal había sido tallado para esa joya en particular. O lo había sido antes de que me viera obligado a usar el colgante como bala de plata. Mi pequeño pentáculo, la estrella de cinco puntas con un círculo, estaba deformado por los extremos del estrés al que lo había sometido. Lo había enderezado con las herramientas de orfebre que usaba para actualizar Pequeño Chicago.

La joya se metió abruptamente en el centro del pentáculo como en un calcetín. Sacudí el colgante varias veces y la gema permaneció en su lugar. Pero no tenía ningún sentido tentar a la suerte. Le di la vuelta y embadurné toda la parte trasera con un goterón de pegamento. Puede que no resultara muy bonito por delante después de secarse, pero estaría sujeto un tiempo.

—Esto servirá, cerdo —murmuré para mí mismo. Levanté la vista hacia la estantería de Bob, donde Míster estaba despatarrado, usando un par de novelas como almohada mientras se entretenía clavando las uñas en los montoncitos de cera de las velas. Levanté el brazo para rascarle las orejas con la punta de los dedos, haciendo que ronroneara, y prometiéndome a mí mismo que recuperaría a Bob pronto. De momento era, al igual que las Espadas, demasiado valioso y demasiado peligroso para dejarlo desprotegido. En el jardín sediento de sangre de Lea probablemente estuvieran más seguros de lo que lo habían estado en mi apartamento desde el principio.

Dejé el amuleto de mi madre y el resplandeciente rubí en mi mesa de trabajo para que pudiera secarse y subí por la escalera de mano.

Había llevado a Susan al sofá y le había puesto una almohada para la cabeza y una manta. Molly había conseguido hacer rodar a Martin hasta una esterilla de camping y también le había dado una almohada y una manta. Ratón se había tumbado en el suelo cerca de Martin para dormir. Aunque tenía los ojos cerrados y roncaba un poco, sus orejas se movían ante cualquier sonido.

Mientras estuve en el laboratorio, Molly había estado limpiando. Probablemente supiera mejor que yo dónde iban todos los platos. O los estaba reorganizando

completamente. En cualquier caso, estaba seguro de que la siguiente vez que quisiera freír un huevo sería incapaz de encontrar la sartén pequeña hasta que no hubiera usado ya la grande y la hubiera limpiado.

Me acuclillé junto a Susan y cuando lo hice se removió y murmuró suavemente. Cogió aire rápidamente por la nariz, sus ojos se abrieron como platos de repente, como si entrara en pánico.

—Tranquila —dije en seguida—. Susan. Soy Harry. Estás a salvo.

Pareció tardar un par de segundos en entender mis palabras. Luego volvió a relajarse, parpadeó un par de veces y giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

—Te confundieron con una intrusa —dije—. Te golpearon con una magia que te hizo dormir.

Frunció el ceño cansada.

—Oh. Estaba soñando...

—¿Sí?

—Estaba soñando que la maldición había desaparecido. Que era humana. —Sacudió la cabeza con una sonrisilla amarga—. Creía que había dejado de tener ese sueño. ¿Martin?

—Aquí —masculló—. Estoy bien.

—Pero quizás no por mucho tiempo —dije—. Los refugios del apartamento están quitados. Estamos desnudos.

—Bueno —dijo Martin con una voz ácida—, creo que hemos aprendido la lección de hacia dónde conduce eso.

Susan puso los ojos en blanco, pero la mirada que me echó, un pequeño atisbo de sonrisa y una mirada con algo de emoción con sus oscuros ojos, era ciertamente ardiente.

Sí. Aquello había estado bastante bien.

—¿Encontrasteis a nuestro perseguidor, chicos? —pregunté.

—Perseguidores, de hecho. Tres agencias de investigación locales diferentes —informó Martin—. Les pagaron en efectivo por adelantado para que nos siguieran desde que llegamos. Todos han dado descripciones diferentes de la mujer que los contrató. Todas ellas demasiado hermosas para creerlas.

—¿Arianna? —pregunté.

Martin gruñó.

—Probablemente. Los más antiguos pueden llevar cualquier máscara de carne que deseen y salir durante el día, escondidos de la luz del sol en la sombra de su propia máscara.

Levanté las cejas. Eso era nuevo. Ni siquiera estaba seguro de que los Guardianes tuvieran ese tipo de información. Martin debía de estar un poco grogui por la siesta.

—¿Cuánto tiempo hemos estado desmayados? —preguntó Susan.

—Yo llegué hace unas cinco horas. Ya es de noche.

Cerró los ojos un momento, como si se apoyara en algo, y asintió.

—Está bien. Martin y yo tenemos que ponernos en marcha.

—¿Adónde? —pregunté.

—Al aeropuerto —dijo Martin—. Deberíamos poder llegar a Nevada esta noche ya tarde o mañana temprano. Después podemos ir al almacén y buscar más información.

—Hablamos de ello, Harry —dijo Susan despacio—. No puedes montar en un avión y el tiempo apremia. Un avión nos dejaría allí en unas siete horas. El coche nos llevaría dos días. No hay tiempo para eso.

—Sí, entiendo tu razonamiento —dije.

Martin se puso en pie mientras le crujían las articulaciones y se estiró.

—Entrar en la instalación puede requerir un periodo de reconocimiento. Tendremos que determinar su debilidad, la frecuencia de las patrullas y todo eso antes de...

Lo interrumpí soltando una libreta en la mesita del café.

—La instalación de almacenamiento se encuentra en el lateral de una colina de piedra. Hay algunas unidades portátiles guardadas fuera en un patio con una verja de alambre de espinas de tres metros y medio. Una carretera conduce a la colina y se adentra en lo que supongo que son cavernas creadas como espacio de almacenamiento o que se apropiaron después de que se interrumpiera la actividad minera. —Señalé con el dedo en la libreta, a diferentes puntos de un dibujo, mientras mencionaba cada rasgo importante—. Hay una única torre de vigilancia con un guardia armado con un rifle de asalto de tambor grande con un gran alcance. Hay dos hombres y un perro que caminan por el perímetro de la valla montando guardia con estos rifles de asalto...

—Carabinas —dijo Molly alegremente desde la cocina.

—... y granadas de fragmentación. No tienen prisa. Tardan en hacerlo unos veinte minutos, luego entran para beber y vuelven a salir. Hay cámaras de seguridad aquí, aquí y aquí y coches suficientes en el aparcamiento de empleados para hacerme pensar que la parte interna de la instalación probablemente sea bastante grande y probablemente tenga alguna especie de barracones para el equipo de seguridad.

Asentí.

—Esto es más o menos la superficie, pero no hay modo de poder entrar dentro para explorarlo de antemano. Parece bastante sencillo. Llegamos hasta allí bajo un velo, yo apago las comunicaciones. Usamos un señuelo para atraer la atención de todo el mundo y cuando salgan los refuerzos, nos metemos. Con suerte podemos encontrar un modo de encerrarlos fuera. Después de eso es solo una cuestión de...

Me callé cuando levanté la vista y me encontré a Martin y a Susan mirándome fijamente, en cierto modo les colgaba la mandíbula sin energía.

—¿Qué? —dije.

—¿Cómo...? —empezó Martin.

—¿Dónde...? —dijo Susan.

Molly rompió a reír con unas carcajadas que ni siquiera intentó esconder.

—¿Cómo lo sé? —Me incliné sobre la mesa y cogí un par de prismáticos que había dejado ahí—. Fui a echar un vistazo. Me llevó unos quince minutos, solo ida. Podría llevaros, si queréis, pero no pasa nada si queréis ir en avión. Os esperaré.

Martin me miró fijamente.

—Tú... —empezó Susan, había algo parecido a la rabia en su tono. Después echó la cabeza para atrás y se rio—. Cerdo arrogante e insufrible —dijo con cariño—. No debería haberte infravalorado. No siempre actúas con elegancia cuando todo está en juego... pero siempre estás ahí, ¿verdad?

—Eso espero —dije en voz baja. Me puse en pie de nuevo—. Más nos vale comer algo. Tengo un par de cosas terminándose en el laboratorio que podrían ayudarnos. Saldremos en una hora.



Nos pusimos en marcha cincuenta y cinco minutos después.

El Escarabajo Azul estaba lleno, pero no íbamos a más de media docena de manzanas. La entrada al Camino en sí estaba en un callejón detrás de un edificio de apartamentos de piedra marrón en un vecindario bastante típico de Chicago. Se estaba haciendo tarde, así que no había mucho tráfico, y Ratón avanzaba sigilosamente detrás de nosotros, permaneciendo principalmente en las sombras y siguiendo la velocidad del coche con facilidad.

Lo cual habla del poderío de mi perro, no de la debilidad de mi coche. En serio.

Molly condujo hasta la boca del callejón y se detuvo. Miró alrededor con nerviosismo mientras bajábamos del coche. Le ofrecí una mano a Susan mientras salía del diminuto asiento trasero y luego sujeté la puerta mientras Ratón saltaba al asiento del pasajero.

Le rasqué las orejas y me incliné para hablar con Molly.

—Vete a tomar un café o algo. Danos como una hora, una hora y media como máximo. Volveremos para entonces.

—¿Qué pasa si no volvéis? —preguntó Molly. Alargó una mano hacia Ratón en un gesto inconsciente, enterrando los dedos en su pelaje—. ¿Qué hago entonces?

—Si no aparecemos, vuelve a casa de tus padres. Te contactaré ahí.

—Pero ¿y si...?

—Molly —dije firmemente—, no puedes planearlo todo o nunca empezarías, en primer lugar. Date prisa. Y no hagas caso de las sugerencias del perro. Está muy engreído últimamente.

—Ok, Harry —dijo, todavía descontenta. Volvió a incorporarse a la calle y Ratón volvió la cabeza para vernos mientras ella se alejaba.

—Pobre niña —dijo Susan—. No le gusta que la dejen atrás.

Gruñí.

—Esa niña tiene poder suficiente para derrotarnos a los tres si nos pilla con la guardia baja —dije—. Su fuerza no es un problema.

—No me refiero a eso, obviamente.

Gruñí.

—¿A qué te refieres?

Susan me miró con el ceño fruncido brevemente y luego levantó las cejas.

—Por Dios. No te das cuenta.

—¿Darme cuenta de qué?

Sacudió la cabeza, una esquina de su boca se curvó con la misma sonrisa que yo recordaba tan bien. Hizo que me diera un vuelco el corazón, como si tal cosa fuera posible.

—Molly está colada por ti, Harry.

Fruncí el ceño.

—No, no lo está. Ya lo dejamos claro al principio. No va a pasar.

Susan encogió un hombro.

—Quizás tú lo dejaste claro, pero ella no. Está enamorada.

—No lo está —dije, con el ceño fruncido—. Tiene citas y esas cosas.

—He dicho que está enamorada, no muerta. —Su expresión se volvió neutra—. O medio muerta. —Miró fijamente al coche desaparecido durante unos segundos y dijo—. ¿Puedo compartir contigo algo que he aprendido en los últimos años?

—Supongo.

Se giró hacia mí, su expresión era sobria.

—La vida es demasiado corta, Harry. Y no hay ni de cerca suficiente alegría en ella. Si la encuentras, agárrala. Antes de que se marche.

A Susan le costó algo decir eso. Lo escondió bien, pero no tan bien como yo la conocía. Soltar esos pensamientos le había provocado verdadero dolor. Iba a contradecirla de nuevo, pero dudé. Luego dije:

—Nunca he dejado de amarte. Nunca quise que te marcharas.

Se apartó un poco de mí, dejando que el pelo le cayera sobre la cara como una cortina. Luego tragó saliva pensativa y dijo, con un ligero temblor en la voz:

—Yo tampoco. Eso no significa que tengamos que estar juntos.

—No —dije—. Supongo que no.

De repente cerró los puños y puso la espalda recta.

—No puedo hacer esto. No ahora. Tenemos que centrarnos. Yo... —Sacudió la cabeza y empezó a caminar. Llegó al final del bloque y permaneció ahí, respirando profundamente, despacio.

Miré a Martin, que estaba de pie apoyado contra la pared del edificio. Su expresión era, por supuesto, insípida.

—¿Qué? —le espeté.

—Crees que lo que sientes por tu hija es rabia, Dresden. No lo es. —Señaló a Susan con la barbilla—. Es eso. Ella conocía a los Mendoza, los padres adoptivos, y los quería como si fueran su familia. Entró en su casa y los encontró. Encontró a sus hijos. Los vampiros los habían desgarrado, de una forma bastante literal, miembro a miembro. Uno de los cuatro niños de los Mendoza tenía tres años. Dos tenían casi la edad de Maggie.

No dije nada. Mi imaginación mostró imágenes terribles.

—Tardamos media hora en encontrar todas las partes —continuó Martin con calma—. Tuvimos que unir las como un puzle. Y durante todo ese tiempo la sed de sangre nos estaba volviendo locos a los dos. A pesar de que ella conocía a esa gente. A pesar del terror que sentía por su hija. Imagínate eso por un momento. Imagina a Susan ahí de pie, llena de deseos por clavarle el diente a un miembro ensangrentado, a pesar de que sabía que esa pequeña pierna desmembrada podría haber sido la de su hija. Imagina eso.

En ese punto, no creí que yo lo hubiera evitado.

—Solo cuando terminamos el puzle nos dimos cuenta de que se habían llevado a Maggie —continuó Martin, sus palabras eran firmes y educadas—. Apenas lo soporta. Si pierde el control, hay gente que va a morir. Ella podría ser uno de ellos. — Los ojos de Martin se endurecieron y se volvieron completamente fríos—. Así que me lo tomaría como una puta cortesía que no la torturaras removiendo sus emociones cinco minutos antes de que echemos abajo a patadas la puerta de una instalación de seguridad.

Miré a Susan por encima del hombro. Todavía estaba de espaldas a nosotros, pero se recogía el pelo rápidamente en una coleta.

—No lo sabía —dije.

—En esta situación, tus emociones son una carga —dijo Martin—. No van a ayudar a Rodriguez. No van a ayudar a la niña. Te sugiero que pospongas el satisfacerlas hasta que todo esto acabe.

—¿Hasta que acabe el qué? —preguntó Susan, volviéndose.

—Eh, el viaje —dije, girándome para conducirlos por el callejón—. No nos llevará mucho tiempo, unos treinta segundos descendiendo por un pasillo empinado. Pero está oscuro y tenéis que mantener la respiración y la nariz cerrada todo el camino.

—¿Por qué? —preguntó Susan.

—Está lleno de gas metano y monóxido de carbono, entre otros gases. Si usas una fuente de luz, corres el riesgo de provocar una explosión.

Susan levantó las cejas.

—¿Qué pasa con tu amuleto?

Sacudí la cabeza.

—En realidad su luz es... Bah, es más complicado de lo que necesitas saber. Basta decir que creo que habría una muy muy pequeña posibilidad de que hiciera que la atmósfera explotara. Como esas alarmas eléctricas estáticas en las estaciones de gas. ¿Por qué tentar a la suerte?

—Ah —dijo Susan—. Quieres que caminemos a ciegas por un túnel lleno de gases venenosos que podrían estallar a la mínima chispa.

—Sí.

—Y... ¿estás seguro de que esto es una buena idea?

—Es una idea terrible —dije—, pero es el camino más rápido a la instalación. — Levanté los dedos para tocar la piedra roja de mi amuleto mientras me acercaba a la localización del Camino. Era una antigua puerta tapiada a nivel del suelo en el edificio de apartamentos.

Una voz sin fuente aparente empezó a hablar tranquilamente; una voz de mujer, ronca y tranquila. La voz de mi madre. Murió poco después de que yo naciera, pero estaba seguro, más de lo que lo había estado en toda mi vida: era su voz. Me hizo sentir cálido, al escucharla, como una antigua melodía favorita que no has escuchado en años.

—El corredor que se encuentra al otro lado está lleno de peligrosos niveles de metano y monóxido de carbono, entre otros gases. La mezcla parece ser volátil, y por otro lado, no se puede saber con exactitud de qué energías podrían o no podrían desencadenar una explosión. Cuarenta y dos pasos andando hasta el otro extremo, el cual se abre en una cresta a las afueras de Corwin, Nevada. —Hubo un momento de silencio y luego la misma voz empezó a hablar de nuevo, jadeando, temblando y sin aliento—. Anotación: el corredor no está completamente abandonado. Algo intentó agarrarme mientras lo cruzaba. —Tosió varias veces—. Anotación *secundus*: No lleses vestido la próxima vez que necesites ir a Corwin, tonta. Algún granjero va a ver un espectáculo.

—A lo mejor fue un escalofrío —murmuré, sonriendo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Susan.

—Nada —respondí—. No importa. —Puse una mano en la puerta e inmediatamente sentí una especie de elasticidad que cedía entre mis dedos. La separación entre el mundo de carne y el espiritual era débil ahí. Respiré profundamente, liberé un esfuerzo de voluntad bastante leve y murmuré—: *Aparturum*.

Un círculo de oscuridad empezó a expandirse desde el centro de mi palma bajo mi mano, aumentaba rápidamente y cubrió la propia pared. No dejé que se hiciera demasiado grande. El portal se cerraría por sí mismo, con el tiempo, pero los portales más pequeños se cerraban antes, y no quería que algún loco desgraciado lo atravesara.

Salvando lo presente, por supuesto.

Miré atrás, hacia Susan y Martin.

—Susan, agárrate a mi abrigo. Martin, agárrate al de ella. Respirad profundamente y vamos hacerlo sin prisa pero sin pausa.

Me volví hacia el Camino, cogí aire profundamente y caminé hacia delante.

La gema de mamá no había mencionado que dentro hacía un calor de mil demonios. Cuando entré en el corredor durante el primer viaje, me sentí como si estuviera dentro de unas tres saunas, una dentro de la otra, como esas muñecas rusas. Encontré la pared que había a mano derecha y empecé a caminar, contando los pasos.



Los hice más cortos de lo normal, y esta vez clavé la longitud de los pasos de mamá con mayor precisión. Salí del camino en el cuarenta y tres.

Otro esfuerzo de voluntad y una palabra susurrada y también abrí ese portal, emergiendo en el frío viento de la montaña, hacia el final del ocaso. Susan y Martin salieron conmigo y dedicamos unos segundos a soltar el aire que habíamos contenido. Estábamos en unas montañas desiertas, cubiertas por plantas fibrosas y resistentes y por bestias rápidas y sigilosas. El portal que había detrás de mí, otro círculo, estaba en el aire enfrente de lo que parecía la entrada a una antigua mina que había sido tapiada mucho tiempo atrás.

—¿Hacia dónde? —preguntó Martin.

—Ochocientos metros hacia allá —respondí, y me puse en marcha.

Era un escondite terriblemente bueno, tenía que admitirlo. Estábamos tan lejos, en las montañas del desierto, que el viaje a ninguna parte era largo. Las instalaciones estaban excavadas en una repisa de granito en el fondo de un cañón. Había una única carretera y el suelo del cañón era amplio y llano y desprovisto de cualquier rasgo significativo, como rocas amistosas en las que uno hubiera intentado esconderse. Las paredes del cañón se habían erosionado. Nadie bajaba por ese lado sin una cuerda de cientos de metros o un helicóptero.

O un mago.

—Está bien —dije. La noche se estaba volviendo fría. Mi aliento soltaba vapor en el aire según hablaba—. Coged esto. Bebeos la mitad. Guardad el resto. —Les pasé unos tubos de ensayo llenos con un líquido azul claro a Martin y Susan.

—¿Qué es esto? —preguntó Susan.

—Un paracaídas —respondí—. Técnicamente es una poción para volar, pero la he aguado. Nos debería llevar sanos y salvos hasta el suelo del valle.

Martin miró el tubo y luego a mí.

—Harry —empezó Susan—, la última vez que bebí una de tus pociones, fue... raro.

Puse los ojos en blanco.

—Baja rondando. —Luego me bebí la mitad de la poción y di un paso en el borde del acantilado.

Volar es algo difícil para un mago. La magia de cada uno funciona un poco diferente, y eso significa que, cuando se trata de volar, el único modo de conseguirlo es mediante ensayo y error. Y, dado que volar por lo general significa moverse muy rápido, a mucha distancia del suelo, los aspirantes a aeromantes tienden a dejar su corta carrera (y vida) al primer error.

Volar es difícil... pero caer es fácil.

Me lancé hacia abajo, acelerando durante un segundo, manteniendo luego el ritmo alrededor de los veinticuatro kilómetros por hora. No tardé mucho en llegar al suelo del desierto y caí rodando para extender la energía del impacto. Me puse en pie

mientras me quitaba el polvo. Susan y Martin aterrizaron cerca y también se levantaron.

—Guay —dijo Susan. Saltó en el aire para probar y sonrió cuando su descenso se ralentizó—. Muy guay. ¿Entonces bebemos más para subir?

—Ese salto debería ser pan comido —dije—, pero tenemos que movernos rápido. La poción nos durará tal vez veinte minutos.

Susan asintió mientras ajustaba los tirantes de la pequeña mochila que llevaba.

—Entendido.

—Acércate a mí —dije—. No nos puedo velar a los tres a menos que estemos todos a menos de un brazo de distancia.

Lo hicieron y tras unos segundos de centrarme y concentrarme, creé un velo a nuestro alrededor que debería escondernos de la vista, así como hacer desaparecer nuestra marca de calor. No era perfecto, pues todavía nos mostraría en un telescopio de visión nocturna, en un grado u otro. Yo contaba con el hecho de que los hombres que custodiaban un edificio tan aislado posiblemente no pudieran enfrentarse a problemas con frecuencia. Tendrían una rutina muy cómoda, de confianza, que era exactamente el tipo de cosas que afectan menos a la cautela de un guardia. Es la naturaleza humana.

Les hice señas y empezamos a acercarnos a la instalación. No caminábamos de sombra a sombra ni teníamos pintura de camuflaje en la cara, el conjuro de velo se ocupaba de eso. Nosotros solo caminábamos por el suelo irregular y nos centrábamos en permanecer juntos. Esa parte podía haber sido más divertida si Martin no hubiera estado allí.

Nos quedamos a treinta metros de la valla y me detuve. Levante mi bastón, apunté a la primera cámara de vigilancia y susurré: «*Hexus*».

No estaba acostumbrado a mantener algo tan exigente como un velo en una mano mientras realizaba otro trabajo con la otra, incluso un conjuro tan fácil como el de embrujar tecnología. Durante un segundo creí que perdía el velo, pero volví a estabilizarlo. Las luces de la cámara se habían apagado.

Nos movimos por el perímetro mientras embrujaba otras dos cámaras para convertirlas en basura inservible, pero cuando estaba a punto de cargarme la cámara número tres, Susan me agarró del brazo y señaló. La patrulla a pie estaba realizando su barrido.

—El perro nos olerá —dijo Susan.

Martin sacó una pistola corta de la parte trasera de su chaqueta y colocó un silenciador en su extremo.

—No —medio gruñí. Busqué en el bolsillo de mi guardapolvo y encontré la segunda poción que hice mientras me preparaba para el viaje. Estaba en una delicada bola de cristal tan gruesa como un papel. Lancé el globo hacia el camino del perro que se acercaba y la escuché romperse con un pequeño crujido.

Los dos guardias y el perro fueron hacia la zona donde había dejado mi sorpresa y el perro olisqueó el nuevo olor con un riguroso interés. Con un tirón de la correa, el perro corrió para alcanzar a los guardias y los tres pasaron sin ni siquiera mirar hacia nosotros.

—El perro recuperará su sentido del olfato y el oído mañana por la mañana —murmuré—. Esos tipos solo están haciendo un trabajo. No vamos a matarlos por eso.

Martin parecía desconcertado. Mantuvo la pistola en la mano.

Dimos la vuelta hasta donde la valla se encontraba con el cañón, en el lado opuesto del gran aparcamiento. Susan sacó un par de cortaalambres. Los abrió y se preparaba para cortar cuando Martin la cogió de la muñeca, evitando que tocara la valla.

—Electricidad —susurró—. Dresden.

Gruñí. Ahora que lo había dicho, creía que también podía sentirla: el inaudible zumbido de la corriente en movimiento, que hacía que se me pusieran de punta los pelos de los brazos. Embrujar algo que tiene un microchip es simple. Interrumpir el flujo de electricidad que recorre un material conductor es mucho más difícil. Lancé mi mejor conjuro al cableado allí donde se conectaba a un tendido eléctrico y fue recompensado con el repentino olor de goma quemada. Martin estiró el brazo y tocó la valla con el dorso de la mano. Ninguna electricidad lo quemó.

—Está bien —susurró Susan, mientras empezaba a cortar la valla para abrirnos paso, seccionaba un alambre solo cuando las ráfagas de viento alcanzaban un *crescendo* y cubrían el sonido de los cortes, luego esperaba a la siguiente ráfaga—. ¿Dónde está esa distracción?

Parpadeé, levanté mi vara explosiva, la metí entre las juntas de la valla que teníamos delante de nosotros y apunté con cuidado. Luego eché un vistazo al guardia de la torre, para asegurarme de que estaba mirando a otro lado, y susurré:

—Fuego, fuego, fuego, fuego.

Esferas diminutas de una luz roja lúgubre se movieron por el recinto y el aparcamiento del lado contrario. Había apuntado bien. Las pequeñas esferas silbaron y derritieron lo que encontraron al abrirse paso y prendieron fuego a los barriles de combustible que había debajo.

Los resultados eran predecibles. La explosión de un depósito de gasolina no es tan ruidosa como la detonación de una verdadera bomba, pero cuando estás a unos pocos metros de distancia, sería difícil diferenciarlas. Hubo varios estallidos sordos y la luz se elevó desde los coches que habían sido golpeados mientras las llamas aullaban y los consumían.

El guardia de la torre empezó a gritarle a la radio, pero aparentemente no pudo obtener respuesta. No era una sorpresa. La segunda cámara estaba posicionada encima de la torre y el segundo conjuro que se la había llevado probablemente también se hubiera llevado la radio. Mientras él estaba ocupado, Susan, Martin y yo

nos deslizamos a través de la abertura de la valla y avanzamos entre las sombras hasta la base de una de las unidades de almacenamiento portátiles.

Un coche, aparcado entre dos vehículos en llamas, estalló con otro sonido retumbante de ignición y brilló aún más. Un par de segundos después, unas luces rojas empezaron a parpadear en varios puntos alrededor de la instalación y una sirena de alarma empezó a sonar. La puerta de metal gigante del interior de la instalación empezó a abrirse enrollándose hacia arriba, igual que la puerta de un garaje.

Los dos patrulleros y su pastor alemán temporalmente incapacitado salieron corriendo los primeros, e iban seguidos, durante un momento, por casi una docena de tipos con el mismo uniforme, o al menos parte de ellos. Parecía como si algunos hubieran saltado de la cama y se hubieran puesto cualquier cosa que pudieron coger. Varios llevaban extintores, como si fueran a ser útiles contra fuegos tan grandes. Buena suerte con ello, chicos.

En el momento en el que el último de ellos pasó por nuestra posición y miró ansioso los coches ardiendo, eché a correr, poniendo todo lo que tenía en el velo, confiando en que Martin y Susan se quedarían cerca. Lo hicieron. Cruzamos la gran puerta de garaje y bajamos por una larga rampa hasta la instalación.

—Vamos —dijo Martin. Corrió hasta un panel de control que había en la pared y sacó una especie de multiherramienta—. Voy a cerrar la puerta.

—Siempre y cuando podamos conseguir abrirla al salir —murmuré.

—Sí, Dresden —dijo Martin secamente—. Sesenta años antes de que nacieras ya estaba haciendo esto.

—Más vale que quites la cosa de la invisibilidad, Harry —dijo Susan—. Puede que lo que estemos buscando sea un ordenador, así que...

—Entonces mantendré la magia hasta que lo sepamos. Lo pillo.

Nos adentramos más en la instalación. Las cuevas se metían a gran profundidad en la piedra y quizás habíamos descendido unos cien metros tras avanzar unos cuatrocientos metros en una rampa con forma de espiral. El aire se volvió más frío, hasta alcanzar el típico ambiente subterráneo.

Es más, adquirió un evidente frío espiritual. La energía malevolente flotaba a nuestro alrededor, lenta y densa como la miel medio congelada. Tenía una naturaleza presuntuosa y miserable, que me evocaba imágenes del viejo Smaug yaciendo en un avaricioso sueño sobre su cama de tesoros. Aquello era entonces la razón por la que la Corte Roja había escondido aquí sus oscuros tesoros. Una energía ambiental como esta no era directamente peligrosa para nadie, pero solo con el mínimo esfuerzo protegería y preservaría celosamente los instrumentos mágicos contra el paso del tiempo.

La rampa se abría a un área más grande que me recordaba al interior de los pasillos de un estadio. Frente a nosotros había tres puertas. Una estaba ligeramente abierta y en ella ponía: «DORMITORIOS». La otra estaba cerrada y rezaba: «ADMINISTRACIÓN».

La última, una gran puerta acorazada de acero, tenía un cartel: «ALMACÉN». Una dársena de carga de hormigón con los bordes pintados con líneas de precaución en amarillo y negro se extendía delante de nosotros, sin duda a la altura correcta para usar la gran furgoneta de transporte que había aparcada cerca.

Oh, y había dos guardias de pie delante de la puerta blindada con unas escopetas negras que parecían hostiles.

Susan no dudó. Desapareció con una velocidad casi sobrenatural y uno de los guardias estaba reducido antes siquiera de darse cuenta de que estaba en una pelea. El otro ya se había girado hacia mí con su arma y había abierto fuego. En su prisa por disparar, no había apuntado. La gente le da demasiada importancia a lo de los disparos que alcanzan a absolutamente todo cuando disparas, pero no es así. Se necesita una habilidad considerable para usar bien una escopeta bajo presión, y con su pánico el guardia no la tenía. La munición zumbó a mi alrededor como si fueran avispa enfadadas mientras daba tres pasos a mi izquierda y me lanzaba a la puerta abierta de los barracones, con lo que me aparté de su línea de fuego.

Fuera, se escuchó el chasquido de algo duro, quizás el culo de una pistola golpeando un cráneo, y Susan dijo:

—Despejado.

Salí de los barracones vacíos despreocupadamente. Los dos guardias yacían inconscientes a los pies de Susan.

—Dios, estoy bien —dije.

Susan asintió y lanzó las dos pistolas lejos de los hombres inconscientes.

—La mejor distracción del mundo.

Fui hacia ella y miré la puerta.

—¿Cómo vamos a atravesar eso?

—No lo vamos a hacer —dijo. Sacó un pequeño kit de herramientas de cerrajero y fue a la puerta de administración, ignorando la puerta acorazada completamente—. No necesitamos sus tesoros. Solo necesitamos las facturas.

Yo había aprendido algo sobre cómo abrir una cerradura, pero obviamente Susan había aprendido más. Lo suficiente como para mirar la cerradura, sacar una pistola de ganzúas de su kit y girarla casi tan rápido como si tuviera la llave. Abrió la puerta y dijo:

—Espera aquí. Y no rompas nada.

Me puse las manos detrás de la espalda e intenté parecer bueno. Una sonrisa asomó en su cara, rápida y fiera, y ella desapareció dentro de la oficina.

Volví a caminar por los barracones. Me había deshecho de mis pistolas junto con el resto de mis cosas de contrabando cuando las enterré en el jardín de Lea, y por principios no me gustaba ir desarmado. La magia es bastante guay cuando las cosas se desmadran, pero hay veces en las que no reemplaza a un arma de fuego. Son herramientas excelentes, si no especializadas.

Dos segundos de buscar por ahí me mostraron un par de posibilidades y cogí una gran semiautomática y un par de cargadores. Me los metí en un bolsillo del guardapolvo. Luego cogí el rifle de asalto de su exhibidor y encontré dos cargadores de más en un dispositivo similar a un calcetín que iba por encima de la culata del rifle.

Los rifles no eran mi fuerte, pero sabía lo suficiente para revisar la cámara y ver que no tenía ninguna bala. Me aseguré de que el seguro estaba puesto y me colgué el rifle de asalto sobre el hombro con su cinta de nailon. Luego volví a administración y esperé fuera.

Susan estaba maldiciendo a toda la corte celestial ahí dentro. Apareció unos segundos después y espetó:

—Nada. Alguien ha estado aquí primero. Han borrado todo lo relacionado con la entrega hace menos de tres horas.

—¿Y qué pasa con las copias de papel? —pregunté.

—Harry —dijo Susan—, ¿alguna vez has oído hablar de la digitalización?

—Sí —contesté—. Es como el *Bigfoot*. Alguien dice que conoce a alguien que lo ha visto, pero en realidad nunca lo ves por ti mismo. —Me detuve—. Aunque supongo que en realidad he visto al *Bigfoot* y parece un tipo decente, pero la metáfora sigue funcionando. Recuerda quién es el dueño de este lugar. ¿Crees que la duquesa es una genio de la informática? Confía en mí. Si consigues vivir unos cuantos cientos de años, haces copias de todo por triplicado.

Susan arqueó una ceja y asintió.

—Ok, entonces vamos.

Entramos y registramos la oficina. Había un montón de archivos, pero teníamos el número de identificación de la entrega de los artefactos mágicos (000 937, por si te interesa) y pudimos hojearlos con muchísima rapidez. Volvimos a recorrer todos los cerros, otra vez. Quien cubriera el rastro lo había hecho bien.

—Maldita sea —dijo Susan en voz baja. Le temblaba la voz.

—Tranquila —dije—. Tranquila. Todavía no nos hemos quedado sin opciones.

—Esta era la única pista que teníamos.

Le toqué el brazo brevemente y dije:

—Confía en mí.

Me sonrió un poco. Pude ver el esfuerzo en sus ojos.

—Vamos —dije—. Vamos a salir de aquí antes de que llegue el calvario. Oh, toma. —Le pasé el rifle de asalto.

—Es un detalle por tu parte —dijo, sonriendo más. Sus manos recorrieron el arma, revisando las cámaras que yo había revisado, solo que con más suavidad y más de prisa—. Yo no te he traído nada.

Me giré y miré la furgoneta, luego me dirigí a las puertas traseras.

—Aquí. ¿Me abres esta puerta?

Sacó sus herramientas y lo hizo en menos tiempo de lo que tardé en decirlo.

Había varias cajas grandes en la furgoneta, en posición vertical, y me di cuenta después de unos segundos de que eran cajas para guardar ropa. Las abrí y...

Y encontré una larga capa hecha con una especie de plumas blancas y verdes que colgaba de una pequeña barra en lo alto de la caja. Era pesada, fácilmente pesaría más de veinte kilos. También encontré un palo adornado con trozos de obsidiana afilados y tenía el mango tallado con pictogramas. No pude leer muy bien ninguna forma particular de escritura, pero la reconocí... Y reconocí también que tampoco era un artefacto antiguo. Había sido tallado en las últimas décadas.

—Es un traje ceremonial maya —murmuré, frunciendo el ceño—. ¿Por qué está cargado en el siguiente camión...?

La respuesta me cayó encima. Me giré hacia Susan e intercambiamos una mirada que también expresó lo que ella entendía. Fue a la parte delantera de la furgoneta y la abrió. Empezó a coger cosas y a meterlas en una bolsa de nailon de gimnasio que aparentemente había encontrado en el vehículo.

—¿Qué has conseguido? —pregunté.

—Luego, no hay tiempo —dijo.

Corrimos hacia la rampa donde estaba Martin.

La gran puerta parecía tener un tira y afloja consigo misma. Vibraba y gruñía e intentaba levantarse, y luego Martin hizo algo con un par de cables en el panel de control desmantelado y volvió a cerrarse. Vi a guardias intentar meter las pistolas por debajo de la puerta para hacer un disparo rápido, pero acabaron echándose hacia atrás debido a la pistola con silenciador de Martin.

—Por fin —dijo Martin conforme nos acercábamos—. Estaban a punto de pasar.

—Maldición —dije—. Creía que se pelarían con el fuego durante más tiempo.

Miré alrededor del túnel desierto. Estaba cansado y temblaba. Si estuviera fresco, no hubiera tenido ningún problema con la idea de liarme a puñetazos con un puñado de tipos con ametralladoras, siempre y cuando todos estuvieran delante de mí. Pero estaba cansado y tal. El menor titubeo en la concentración y un escudo podría volverse poroso y flexible. Probablemente recibiría un montón de balas. El guardapolvo podría encargarse de la mayoría de ellas, pero no por siempre, y no lo llevaba por encima de la cabeza.

—Plan B —dije—. Vale, está bien. Necesitamos un plan B. Si tuviéramos una carretilla, sería algo.

Susan soltó una carcajada y me volví hacia ella, con los ojos encendidos.

—Tenemos un camión enorme —dijo Susan.

—¿Entonces por qué no lo incluiste en la lista de nuestros recursos? —dije, con un acento británico pésimo—. ¡Vamos!

Susan volvió a desaparecer por el túnel, se movía tan rápido que asustaba.

—Martin —dije—, ¡ponte detrás de mí!

Lo hizo, mientras yo levantaba el brazo y convocaba un escudo puramente físico y en cinco o seis segundos, la puerta había subido medio metro del suelo y un par de

tiradores tumbados abrieron fuego sobre lo primero que vieron: yo.

Mantuve el escudo contra las balas mientras la puerta seguía subiendo, las cuales explotaron en círculos concéntricos de luz que se extendían por la parte delantera del escudo, que de otro modo hubiera sido una superficie invisible. El esfuerzo de mantener el escudo aumentó conforme más guardias abrían fuego. Vi a un pobre hombre al que una bala le rebotó en el vientre y cayó, pero no tenía ni el tiempo ni la atención suficientes para sentir pena por él. Apreté los dientes y sostuve el escudo mientras los guardias mantenían una presión constante.

Después se escuchó el rugido de un gran motor y Susan apareció con el camión como si fuera una especie de bisonte berserker, embistiendo contra el grupo de guardias que bloqueaban el camino.

Los hombres gritaron y salieron corriendo en un intento por evitar el camión. Lo consiguieron. No hizo falta que Martin me dijera que me moviese, mientras el camión tomaba una curva, dibujando un arco mortal con su parte trasera al derrapar. Ambos corrimos hacia él en la confusión y saltamos al compartimento de carga, que Susan había dejado abierto a conciencia.

Uno de los guardias más espabilados intentó el mismo truco, pero Martin lo vio venir, apuntó con la pistola y le disparó en la pierna. El hombre gritó y cayó mientras el camión cogía velocidad. Susan pisó el pedal a fondo, el metal y el alambre chillaron cuando pasamos por la apertura de la valla y salimos al cañón. Susan giró inmediatamente hacia nuestro punto de escape y el camión empezó a botar y repiquetear mientras se alejaba a toda velocidad de la instalación.

Después de eso, fue sencillo.

Volvimos a nuestro punto de ascenso, nos bebimos nuestras pociones aguadas para volar y saltamos sobre la cara rocosa del valle como cabras de montaña. O posiblemente ardillas. En cualquier caso, hizo que la inclinación de ochenta grados pareciera tan difícil como unas escaleras largas.

—Harry —dijo Susan, jadeando, cuando llegamos a la cima—. ¿Te importaría quemarme ese camión?

—Un placer —dije, y me encargué del camión del mismo modo que me había encargado de los coches del aparcamiento. Treinta segundos después, provocó su propia explosión y Susan se quedó ahí de pie asintiendo con la cabeza.

—Vale —dijo—. Bien. Con suerte eso hará que les cueste más hacer lo que sea que estén haciendo.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Martin.

—Equipo de ceremonias maya —dijo—. No son focos, sino el resto de cosas. El atrezo. Estaban en el camión para entregarlos después.

Susan rebuscó en la bolsa de nailon y sacó una hoja de papel.

—El conocimiento de embarque —dijo—. Número de envío 000 938. El siguiente paquete tras el envío original, y se hizo dos días después de que salieran los focos.



Martin entrecerró los ojos, pensando.

—Si iba al mismo lugar que el primer envío...

—Significa que podemos hacer una buena suposición de adónde va, está a dos días por carretera —dije—. Eso les da a los vampiros tiempo suficiente para recibir el primer envío, darse cuenta de que faltan algunas cosas y pedir un segundo envío con los artículos que faltan.

Martin asintió.

—¿Entonces? ¿Dónde están?

Susan seguía rebuscando en el contenido de la bolsa que había robado.

—México —dijo. Nos pasó un pasaporte estadounidense, supuestamente falsificado, dado que la mayoría de la gente no va por ahí con su pasaporte en un sobre de manila junto con una cartera llena de billetes mexicanos que parecían nuevos—. Están planeando llevarse esas capas y esas cosas a México.

Gruñí y me dirigí de nuevo hacia el Camino. Martin y Susan me siguieron.

—¿Harry? ¿Destruir ese equipo arruinará lo que están haciendo?

—Les molestará —dije en voz baja—. Poco más que eso.

La magia de verdad no necesita los trajes. Es la gente que la lleva a cabo quien los necesita. Así que cualquier capa de veinte kilos con plumas de loro serviría. Y si lo deseaban mucho, podían hacer el ritual sin reemplazarla.

—Sabrán quién estuvo aquí —dijo Martin—. Nos vieron demasiados hombres. Puede que las cámaras del interior también hayan pillado algo.

—Bien —dije—. Quiero que lo sepan. Quiero que sepan que sus lugares seguros no son seguros.

Susan emitió un gruñido que parecía indicar que estaba de acuerdo.

Incluso la boca de Martin se convirtió en una sonrisilla distante.

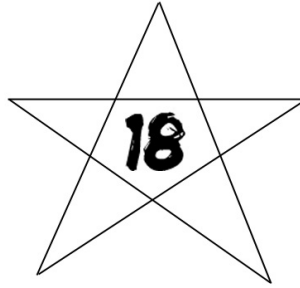
—Entonces, aparte de perturbar el sueño de algunos miembros de la Corte Roja, ¿en realidad qué hemos conseguido?

—Sabemos dónde van a hacer su ritual —respondió Susan.

Asentí.

—México.

—Bueno —dijo Martin—, supongo que es un comienzo.



La señora Spunkelcrief era una casera fantástica. Vivía en la planta baja del antiguo edificio. Rara vez salía de casa y generalmente no metía la nariz en mis asuntos siempre y cuando le pagara el alquiler, lo que casi siempre hacía, por aquel entonces, a tiempo o un poco antes.

Un pequeño ejército de zombis mazados había asaltado mi casa sin despertarla, probablemente porque tuvieron la elegancia de hacerlo después del anochecer. Pero supongo que la visita de los policías y del FBI había sido más ruidosa, pues cuando Molly entró con el Escarabajo Azul en el aparcamiento de gravilla, la vi subir los escalones de mi apartamento, de uno en uno, apoyándose muchísimo en su bastón. Llevaba un camisón azul claro y un chal para protegerse del frío nocturno de octubre y sus brillantes ojos azules destellaban alertas.

—Ahí estás —dijo irritada—. He estado llamando a tu casa toda la tarde, Harry.

—Lo siento, señora S —dije—. He estado fuera.

No creo que entendiera muy bien las palabras, pero no era estúpida.

—Obviamente has estado fuera —dijo—. ¿Qué ha pasado con tu preciosa puerta nueva? ¡Está abierta de par en par! Si viene otra de esas malditas tormentas, se va a colar el agua y el moho subirá por las paredes antes de que puedas decir Jack Robinson.

Extendí las manos y hablé todo lo alto que pude sin gritar.

—Hubo un malentendido con la policía.

—No —dijo—, el arrendamiento está bastante claro. Tú eres responsable de cualquier daño infligido al apartamento mientras seas el arrendatario.

Suspiré y asentí.

—Lo arreglaré mañana.

—Oh, no es tanto por la pena como por la sorpresa, Harry. Eres un buen chico, en general. —Pasó la mirada de mí a Molly, Susan y Martin—. La mayoría de las veces. Y prestas ayuda cuando hace mal tiempo.

Le sonreí en lo que esperaba que fuera una disculpa.

—Me encargaré de la puerta, señora.

—Bien —dijo—. Pensé que lo harías. Vendré a comprobarlo en un par de días. —  
Ratón salió de la oscuridad, ni siquiera respiraba fuerte por haber seguido al Escarabajo corriendo. Inmediatamente fue hacia la señora Spunkelcrief, se sentó y le ofreció su pata derecha para que la estrechara. Era tan pequeña y el perro tan grande que casi no tenía que agacharse para cogerle la pata. Le sonrió de oreja a oreja a Ratón, le estrechó la pata y luego le dio un par de palmaditas en la cabeza con cariño.

—Puedes decir mucho de una persona por cómo trata a su perro —dijo.

Ratón volvió a mi lado, se sentó jadeando alegremente y apoyó los hombros contra mi cadera con cariño, hasta casi tirarme.

La señora Spunkelcrief asintió con la cabeza, satisfecha, y se giró para alejarse. Luego se detuvo, murmuró algo para sí misma y volvió a darse la vuelta. Rebuscó en el bolsillo de su camión y sacó un sobre blanco.

—Casi me olvido. Esto estaba en tus escaleras, chico.

Lo cogí con una educada inclinación de la cabeza.

—Gracias, señora.

—De nada. —Tiritó y se ajustó un poco más el chal—. ¿Adónde vamos a ir a parar? Gente rompiendo puertas.

Le lancé una mirada a Molly, que asintió e inmediatamente se puso al lado de la señora Spunkelcrief y le ofreció un brazo para que se apoyara. Mi casera le sonrió.

—Que Dios te bendiga, niña. Mi brazo del bastón se ha cansado al bajar.

Molly empezó a ayudarla a subir la pequeña rampa que conducía a la puerta principal de su apartamento.

Ratón fue inmediatamente al fondo de la escalera, buscando con la nariz. Luego se volvió hacia mí, moviendo la cola en el aire suavemente. No había ninguna sorpresa acechando en mi apartamento. Bajé, encendí las velas y la chimenea con un murmullo y un gesto y abrí el sobre mientras me acercaba al fuego.

Dentro había un papel doblado y otro sobre más pequeño, en el que estaba escrito, con la fluida letra de Luccio: «Léeme primero». Lo hice:

*«Si recibes esta carta, es porque alguien ha hecho que me sea imposible contactarte. Debes asumir que me han sacado del juego completamente.*

*»El portador de esta carta es la persona en la que más confío de todos los Guardianes posicionados en Edimburgo. Me es imposible saber las particularidades de mi neutralización, pero puedes confiar en su descripción implícitamente y creo que sus juicios son seguros de una forma fuera de lo común en asuntos subjetivos.*

*»Buena suerte, Harry.*

*»A».*

Miré la nota fijamente un momento. Luego desdoblé el segundo papel, muy lentamente. Este estaba escrito con unas letras cuadradas tan precisas que casi

parecían impresas, en lugar de escritas a mano:

*«Holas, Dresden.*

*»Luccio quería que te trajera esta nota en caso de que le pasara algo. No tengo ni idea de lo que dice la nota, pero te daré la información que pueda.*

*»Me temo que no son buenas noticias. El Consejo parece haberse vuelto loco.*

*»Después de que aparecieras en el fanfarroneo de Cristos, sucedieron un par de cosas feas. Pillaron a varios Guardianes jóvenes debatiendo sobre si simplemente deberían o no destruir a la duquesa en Edimburgo para asegurarse de que la guerra continuara; después de todo, razonaban, los vampiros no pedirían la paz si todavía pudieran luchar. Bajo órdenes de Cristos, fueron arrestados y detenidos por los miembros más ancianos del Consejo, ninguno de los cuales era Guardián, para Evitar que Desestabilizaran las Deliberaciones Diplomáticas.*

*»Ramirez se enteró de lo que había pasado y sospecho que puedes adivinar que su reacción de hispano americanizado fue más pasional que racional. Un par de amigos y él, y solo uno de ellos era verdaderamente inteligente, se abrieron paso a golpes hasta el ala en la que estaban detenidos los Guardianes. En este punto, todos y cada uno de ellos (salvo el genio, naturalmente) fueron capturados y encarcelados del mismo modo.*

*»La situación aquí es un tanto desesperada. Nadie parece poder localizar a nadie del Consejo de Ancianos, salvo Cristos, quien está bastante ocupado intentando Salvarnos de Nosotros Mismos lamiéndole el culo a la duquesa Arianna. La cadena de mando de los Guardianes es un fantástico desastre en este momento. La Capitana Luccio fue a Cristos a pedirle que liberara a su gente y, ahora mismo, está desaparecida, como quizás el cuarenta por ciento de los Guardianes de mayor edad.*

*»Me pidió que te dijera, Dresden, que no deberías volver a Edimburgo bajo ninguna circunstancia hasta que el Consejo de Ancianos no solucione este lío. No está segura de lo que te pasaría.*

*»También me dijo que te dijera que estás por Tu Propia Cuenta.*

*»Te mandaré comunicados conforme se desarrollen los acontecimientos, asumiendo que no Desaparezcas tú también.*

*»“Corcel”*

*»P.D. Porque sí, de hecho puedo poner en mayúscula cualquier palabra que quiera. El idioma es Inglés. Yo soy Inglés. Por tanto la opinión que importa es la mía, pagano colonial».*

Leí otra vez la carta, más despacio. Luego me senté en el bordillo de la chimenea y tragué saliva.

«Corcel» era el mote que le puse al Guardián Chandler, que era fijo en la seguridad de Edimburgo, uno de los guardias de la casa del Consejo Blanco y, cuando

le di un par de vueltas, uno de los tipos que siempre había visto trabajando cerca de Anastasia y en posiciones de confianza: como único guardia en un puesto que normalmente requería media docena. O llevarle el té a los Guardianes y a su capitana.

Él y yo habíamos sido los únicos presentes en la conversación en la que le encasqueté ese apodo, gracias al coqueto traje y el bombín que llevaba y el paraguas con el que los complementaba, así que la propia firma servía como su buena fe. El tono flipado también era muy Chandler. También conocía la letra de Anastasia, y además, el papel en el que estaba escrita la carta de ella estaba perfumado con uno de sus perfumes preferidos muy leve, muy sutil.

El mensaje era tan legítimo como podía serlo, dadas las circunstancias.

Lo cual significaba que teníamos verdaderos problemas.

El Consejo Blanco tenía una reputación temible no solo por su capacidad para implicarse en una acción directa contra un enemigo, sino porque esgrimía una gran cantidad de poder económico. Quiero decir, no hace falta ser un genio para hacerse rico después de doscientos cincuenta años de interés compuesto y comercio libre. El Consejo Blanco tenía una brigada entera de guerreros económicos que buscaban constantemente el modo de proteger las inversiones del Consejo contra los intereses económicos hostiles patrocinados por otros seres longevos, como los vampiros. Un dinero así podía comprar muchísima influencia. No solo eso, sino que el Consejo podía hacer que el mundo fuera un lugar miserable para alguien que se hubiera ganado su desagrado, de un millón de formas, sin ni siquiera lanzarle magia directamente a nadie. Había gente en el Consejo que podía jugar sucio con las mentes más malignas de la historia.

En conjunto, parecía como un coloso, una institución tan fija e inamovible como un árbol enorme y anciano, lleno de vida, de fuerza, con las raíces enterradas profundamente en la tierra, un superviviente de las peores tormentas que el mundo había ofrecido.

Pero todo ello, el poder, el dinero, la influencia, giraba en torno a un concepto base crítico: todos los miembros del Consejo Blanco trabajaban juntos. O al menos, esa era la cara que se suponía que se presentaba al mundo exterior. Y en gran parte era verdad. Podíamos reñir y jugar a dos barajas entre nosotros en tiempos de paz, pero cuando había un enemigo cerca cerrábamos filas. Demonios, incluso lo habían hecho conmigo, y la mayoría del Consejo pensaba que yo era lo siguiente mejor después de Darth Vader. Pero al final, creo que a muchos de ellos les gustaba en secreto la idea de tener a Vader en el equipo cuando aparecían los monstruos. No me querían, nunca lo harían, y yo no necesitaba que ellos me quisieran para luchar a su lado. Cuando las cosas se complicaban, el Consejo se movía junto.

Salvo que ahora no lo estaba haciendo.

Miré la carta doblada que tenía entre las manos y tuve la repentina e instintiva impresión de que estaba viendo cómo un enorme árbol empezaba a caer. Primero

despacio, o eso parece debido a su mero tamaño, pero cayendo, no obstante, hasta la ruina de cualquier cosa que se encuentre bajo sus ramas.

Estaba bastante cansado, lo cual probablemente explicara por qué no había tenido ninguna reacción emocional en particular en esa línea de pensamiento. Debería haberme asustado muchísimo por una lista interminable de razones. Pero no lo hice.

Susan se me acercó.

—Harry, ¿qué pasa?

Miré fijamente el fuego.

—El Consejo Blanco no puede ayudarnos a encontrar a Maggie —dije en voz baja—. Están pasando cosas. No habrá nadie ahí para nosotros.

Después de todo lo que me habían hecho injustamente, después de todas las veces que me había jugado el cuello por ellos, cuando los necesitaba, cuando realmente necesitaba ayuda, no estaban ahí.

Miré cómo mis manos hacían una bola con las cartas y los sobres sin decirles que lo hicieran. Las lancé al fuego y brillaron mientras se quemaban. No me di cuenta de que el fuego de la chimenea había crecido hasta el triple de su altura normal hasta que el azul blanquecino de las llamas me hizo apartar los ojos. Apartar la cara ligeramente fue como girar la llave de un calentador de gas: el fuego volvió inmediatamente a su tamaño normal.

«Control, idiota», me advertí a mí mismo. Control. Eres una pistola cargada.

Nadie habló. Martin se había sentado en uno de los sofás y estaba limpiando su pistola en la mesa de café. Molly estaba de pie junto a la cocina de leña, removiendo un cazo de algo.

Susan se sentó junto a mí, sin tocarme, y cruzó los brazos por encima de su regazo.

—¿Qué nos queda?

—Personas —dije en voz baja.

—No entiendo —dijo Susan.

—Como conjunto, la gente da asco —respondí—. Pero una persona puede ser extraordinaria. Apelé al Consejo. Les dije lo que estaba haciendo Arianna. Fui a ese grupo de gente buscando ayuda. Vi lo que sucedió. Así que... lo siguiente es hablar con los individuos.

—¿Quién? —preguntó despacio.

—Personas que pueden ayudar.

Sentí sus ojos oscuros en mí, serios y profundos.

—Algunas no son muy agradables, creo.

—Muy pocas, de hecho —dije.

Tragó saliva.

—No quiero que te pongas en peligro a ti mismo. Tú no has provocado esta situación. Si hay un precio que pagar, yo debería ser quien lo pague.

—No funciona así —dije.

—Tiene razón —confirmó Martin—. Por ejemplo, tú pagaste el precio de que él no consiguiera desmotivarte lo suficiente para que dejaras de investigar a la Corte Roja.

—Yo tomé una decisión —dijo Susan.

—Pero no te informaste —dije despacio—. Asumiste cosas que no deberías haber asumido, porque no tenías información suficiente. Yo te la podía haber dado, pero no lo hice. Y esa situación no la provocaste tú.

Sacudió la cabeza, con una expresión de resignación.

—No tiene sentido que discutamos todos sobre a quién le corresponde el palo de la culpa, supongo.

Martin empezó a pasarle una bayeta al cañón de su pistola con un escobillón y habló con el tono de un hombre que repetía un mantra.

—Sigamos con la misión.

Susan asintió.

—Sigamos con la misión. ¿Por dónde empezamos, Harry?

—Nada de empezamos —dije—, empiezo. Voy a bajar un rato al laboratorio mientras los cuatro os quedáis aquí arriba y vigiláis si hay problemas. Aseguraos de avisarme cuando aparezcan.

—¿Cuándo aparezcan? —preguntó Susan.

—Es uno de esos días.

Molly se volvió de la cocina, con expresión preocupada.

—¿Qué vas a hacer, jefe?

Sentí como si mis entrañas estuvieran llenas de un humo negro empalagoso, pero reuní ánimo suficiente para guiñarle un ojo a Molly.

—Tengo que hacer un par de llamadas a larga distancia.



Bajé a mi laboratorio y empecé a despejar mi círculo de invocación. Le había lanzado algunas cosas en el proceso de barrer cualquier cosa incriminatoria. El FBI o Rudolph habían contribuido un poco al desorden. Aparté todo lo que había en el círculo y lo barrí meticulosamente con una escoba. Cuando usas un círculo como parte de un ritual de magia, su integridad es primordial. Cualquier objeto que caiga en él o que rompa su plano podría colapsar la energía del círculo. El polvo y otras partículas no iban a hacer que el círculo colapsara, pero disminuían su eficacia.

Cuando terminé de barrer, cogí una bayeta nueva y una botella de alcohol desinfectante y le pasé el trapo tan concienzudamente como si estuviera pensando en realizar una operación sobre él. Tardé unos veinte minutos.

Una vez lo hice, abrí una vieja caja de cigarros de una estantería que estaba llena de cantos rodados. Todos menos uno eran señuelos, camuflaje. Los toqué hasta que encontré el suave trozo de obsidiana erosionada por el fuego y lo saqué de la caja.

Fui al círculo y me senté en él, doblando las piernas delante de mí. Toqué el círculo con un leve esfuerzo de voluntad y cobró vida en una repentina cortina de una sutil energía. El círculo me ayudaría a contener y darle forma a la magia que estaba a punto de realizar.

Puse la piedra negra en el suelo delante de mí, respiré profundamente, enderecé la espalda y empecé a reunir mi voluntad. Me quedé así, relajado, respirando profunda y lentamente mientras le daba forma al conjuro en mi cabeza. Dicha tarea era bastante delicada y probablemente hubiera estado por encima de mi habilidad antes de empezar a enseñarle a Molly cómo controlar su propio poder. Ahora, sin embargo, era tan solo algo aburridamente difícil.

Una vez la energía tuvo forma en mi mente, tomé aire profundamente y susurré: «*Voce, voco, vocius*». Esperé unos segundos y me repetí a mí mismo: «*Voce, voco, vocius*».

Seguí así un par de minutos, mientras estaba ahí sentado haciendo mi propia versión del teléfono. Acababa de empezar a preguntarme si la maldita roca iba a funcionar o no cuando el laboratorio se desvaneció a mi alrededor y fue remplazado por una oscuridad negra como el carbón. El camino de energía del círculo se hizo



visible, una pálida luz azul con forma de cilindro que se extendía desde el suelo hasta el espacio infinito que había por encima de mí. Su luz no hizo que lo que me rodeara fuera visible, ya que el brillo del círculo simplemente no tenía nada que reflejar.

—Eh —dije, mi voz hizo un eco extraño—. ¿Hola?

—Para el carro —dijo una voz gruñona y distante—. Ya llego.

Unos segundos después, hubo un destello de luz y apareció un cilindro como el mío, directamente enfrente de mí. Ebenezer estaba sentado en él, con las piernas dobladas igual que yo. Una piedra negra que era gemela de la mía se encontraba delante de él. Ebenezer parecía cansado. Tenía el pelo revuelto y los ojos hundidos. Solo llevaba unos pantalones de pijama y me sorprendí de la cantidad de tono muscular que había conservado, a pesar de la edad. Por supuesto, se ha pasado los últimos siglos trabajando casi todo el tiempo en su granja. Eso pone cachas a cualquiera.

—Hoss —dijo a modo de saludo—, ¿dónde estás?

—En mi casa —dije.

—¿Situación?

—He quitado los refugios. Tengo las espaldas cubiertas, pero no me quiero quedar mucho tiempo aquí. La policía y el FBI se han implicado y los Rojos han intentado golpearme dos veces en los dos últimos días. ¿Dónde estás tú?

Ebenezer gruñó.

—Mejor si no te lo digo. El Merlín está preparando su contraataque y estamos intentando averiguar qué saben ya sobre ello.

—Cuando dieces «estamos», asumo que te refieres al Consejo Gris.

El Consejo Gris era el apelativo que nos habíamos agenciado una pequeña organización solitaria dentro del propio Consejo Blanco. Estaba formada por gente que podía ver rayos, escuchar truenos y admitir que los magos de todas partes estaban cada vez más en peligro de ser exterminados o esclavizados por otros intereses, como las Cortes Vampíricas o el Consejo Negro.

El Consejo Negro era principalmente una organización hipotética. Estaba formado por un montón de figuras misteriosas con túnicas negras con delirios de Nazgûl. Les gustaba convocar a los demonios mortalmente peligrosos de fuera de nuestra realidad, los Intrusos, e infiltrarse en todas las naciones sobrenaturales que podían y corromperlas. Sus motivaciones eran misteriosas, pero llevaban un tiempo provocándole problemas al Consejo y a todo el mundo. Me había encontrado con miembros de su equipo, pero no tenía una prueba firme de su existencia ni tampoco la tenía nadie más.

Los rumores admonitorios de su presencia se habían encontrado con burlas y acusaciones de paranoia por parte de la mayoría del Consejo Blanco hasta el año pasado, cuando un agente del Consejo Negro mató a más de dieciséis magos y se infiltró en las instalaciones de Edimburgo de una forma tan concienzuda que más del 95% de los empleados y del equipo de seguridad sufrieron una redecoración cerebral

de un modo u otro. Incluso los miembros del Consejo de Ancianos fueron influenciados.

Habían detenido al traidor, aunque fuera por los pelos, y aquello había salido caro. Después de eso, el Consejo creyó que podría haber organizaciones sin rostro ni nombre sueltas por el mundo y que cualquiera de ellos podrían ser en realidad miembros del propio Consejo Blanco que operaban de incógnito.

Paranoia y desconfianza. Llevaban tiempo creciendo constantemente dentro del Consejo Blanco, cuyo líder, el Merlín, todavía se negaba a admitir que el Consejo Negro era real, por miedo a que nuestra propia gente empezara a echarse sobre los tipos malos debido al temor o a la ambición. Su decisión en realidad había tenido el efecto contrario en los magos asustados y nerviosos del Consejo Blanco. En lugar de arrojar luz sobre la situación, el Merlín había hecho que todo fuera mucho más turbio y sombrío, lo que hacía que fuera más fácil que el miedo acechara los pensamientos de sus compañeros magos.

El Consejo Gris, que estaba compuesto por Ebenezar, por mí y por otra gente sin especificar, organizados en células para evitar que cualquiera de los otros Consejos se enterara y nos eliminase a la vez. Éramos los que intentábamos permanecer cuerdos en una época de locos. Todo ese asunto podía rebotarnos de una manera espectacular, pero supongo que a alguna gente no se le daba nada bien ver que pasan cosas malas. Teníamos que hacer algo al respecto.

—Sí —dijo Ebenezar—. Eso es lo que quiero decir.

—Necesito que el Consejo Gris me ayude —dije.

—Hoss... Seguimos esperando que caiga la espada de Damocles. Los eventos que se están desarrollando ahora mismo en Edimburgo podrían significar el fin de la magia organizada y controlada. El fin de las Leyes de la Magia. Podrían conducirnos de nuevo al caos de una época anterior, liberar una ola nueva de brujos convertidos en monstruos y falsos semidioses en toda la humanidad.

—Por alguna razón, señor, siempre me siento un poco más cómodo cuando estoy sentado debajo de una espada. Debe de ser cuestión de práctica.

Ebenezar frunció el ceño.

—Hoss...

—Necesito información —dije, mi voz era dura—. Hay una niña ahí fuera. Alguien sabe algo sobre dónde está. Y yo sé que el Consejo podría esconder algo. El Consejo Blanco ya me ha cerrado la puerta en las narices. —Apreté la mandíbula—. ¿Y el Gris?

Ebenezar suspiró y su rostro cansado pareció más cansado.

—Lo que haces es bueno y justo. Pero no es inteligente. Y es una lección que aún no has aprendido.

—¿Qué lección?

—Algunas veces, Hoss —dijo de una forma muy amable—, pierdes. Algunas veces la oscuridad se lleva a todo el mundo. Algunas veces el monstruo se escapa

para volver a matar otro día. —Sacudí la cabeza y bajó la mirada—. Algunas veces, Hoss, asesinan a los pequeños inocentes. Y no hay ni una maldita cosa que podamos hacer.

—Que la deje morir —gruñí—. ¿Eso es lo que quieres que haga?

—Quiero que ayudes a salvar millones o miles de millones de niñas, chico —dijo, su propia voz bajó hasta un gruñido duro, muy duro—, no que las dejes de lado por una.

—No voy a dejar a esta sola —solté—. Es...

Ebenazar hizo un gesto con su mano derecha y mis cuerdas vocales dejaron de funcionar. Mis labios se movían. Podía inhalar y exhalar libremente, pero no podía hablar.

Sus ojos oscuros brillaron de rabia, una expresión que rara vez había visto en su rostro.

—Maldita sea, chico, eres más listo que esto. ¿No ves lo que estás haciendo? Le estás dando a Arianna exactamente lo que quiere. Estás bailando como una marioneta bajo sus hilos. Reaccionando precisamente cómo quiere que reacciones y eso va a hacer que te mates.

»Te dije hace mucho que ser un verdadero mago significa sacrificio. Significa saber cosas que nadie más sabe —dijo, aún gruñendo—. Te dije que significaba que podrías tener que actuar de acuerdo a lo que sabías y que sabías ser justo, incluso cuando todo el mundo se ponía en tu contra. O que tendrías que hacer cosas horribles, necesarias. ¿Te acuerdas de eso?

Me acordaba. Vívidamente. Recordaba el olor de la hoguera junto a la que estábamos sentados en aquel momento. Asentí.

—Aquí es donde averiguas quién eres —dijo, su voz era dura y plana—. Hay mucho trabajo que hacer y no hay tiempo para hacerlo, y mucho menos para desperdiciarlo discutiendo contigo sobre algo que ya deberías saber a estas alturas. —Cerró los ojos un momento y respiró profundamente, como si recuperara el control sobre sí mismo—. Nos vemos en el refugio de Toronto en doce horas. —Habló con una voz de absoluta autoridad, algo que le había escuchado cuatro veces contadas en mi vida. Esperaba que esa orden se obedeciera.

Aparté la cabeza de él. Por el rabillo del ojo, lo vi fruncir el ceño otra vez, extender el brazo y coger su propia piedra negra. Y de repente yo estaba sentado de nuevo en el suelo de mi laboratorio.

Cogí sin ganas mi piedra emisora y me la metí en el bolsillo. Luego me tiré en el suelo, rompí el círculo al hacerlo y miré fijamente el techo durante un rato. Giré la cabeza a la izquierda y vi la carpeta verde de tres anillas supergruesa en la que guardaba todos los archivos de las entidades que podía convocar del Nuncamás.

No.

Aparté la vista del archivador. Cuando convocas cosas para que te den información, tienes que pagar un precio. Siempre ha sido diferente. Nunca ha sido

agradable.

Y esa idea me aterraba.

Este podría ser el momento que habían estado esperando aquellos seres. Cuando mi necesidad era tan extrema que podría acceder a casi cualquier cosa si eso significaba salvar a la niña. Por ella podría hacer un trato que nunca hubiera considerado en cualquier otro caso.

Incluso podría convocar a...

Me detuve a mí mismo para no pensar siquiera en el nombre de la Reina del Aire y la Oscuridad, por miedo a que pudiera detectarlo de algún modo e hiciera algo. Me había ofrecido tentaciones pasiva y pacientemente durante años. Yo mismo me había preguntado, algunas veces, por qué no se esforzaba más en venderme su oferta. Sin duda podría haberlo hecho, si lo hubiera deseado.

Ahora lo entendía. Ella sabía que con el tiempo, tarde o temprano, llegaría un día en el que tendría más necesidad que cautela. No tenía ninguna razón para darle vueltas a cómo crear dulces tentaciones y enviármelas para atraparme. No cuando lo único que tenía que hacer era esperar un poquito. Era un enfoque lógico y frío, y era muy de su estilo.

Pero había otros seres a los que podía preguntar, en el archivador azul claro que había encima del verde, seres de menor poder y conocimiento con precios proporcionalmente más bajos. Parecía imposible que fuera a conseguir algo tan específico de ellos, pero nunca se sabe.

Alcancé la carpeta azul, me levanté y me puse a convocar criaturas en mi laboratorio para que respondieran a un par de preguntas.

Tras tres horas de conjurar y convocar, acabé con absolutamente nada. Había hablado con espíritus de la naturaleza en forma de un trío de diminutos búhos chillones y con espíritus mensajeros, los recaderos entre los distintos reinos del Nuncamás. Ninguno de ellos sabía nada. Tiré de una pareja de fantasmas particularmente entrometidos que vivían por el Chicago del mundo espiritual y convoqué sirvientes de los Tylwyth Teg, con cuyo rey me llevaba bien. Les pregunté a espíritus del agua lo que ellos y sus gentes habían visto respecto a Maggie y miré en las luces parpadeantes de criaturas de llamas conscientes, cuyos pensamientos se revelaron en imágenes que se agitaban en su interior.

Uno de los espíritus de fuego me mostró una imagen que no duró más de tres o cuatro segundos: el rostro de la niña de la foto de Susan, pálida y un poco sucia, temblando de frío o miedo, inclinándose para calentarse las manos en las palpitantes luces de un fuego. De perfil, se parecía muchísimo a su madre, con sus enormes ojos oscuros y su nariz delgada. Tenía algo de mi barbilla, pensé, lo que le daba a su carita una expresión de fuerza u obstinación. También era mucho más pálida que Susan, se parecía más a su padre que a su madre en ese sentido.

Pero entonces la imagen desapareció.

Eso fue lo más cerca que estuve.

Me senté en mi taburete después de tres horas de trabajo y me sentí más cansado que en cualquier momento que pudiera recordar con facilidad. No había conseguido nada que me dijera dónde estaba, nada que me dijera qué le tenían preparado. Salvo el único destello de conocimiento de que Maggie seguía viva, no tenía nada.

Pero incluso eso podría ser suficiente. Aún respiraba.

Aguanta, pequeña. Papá está en camino.

Me quedé ahí sentado en el taburete un momento, sin energía. Luego estiré el brazo para coger un papel y un lápiz viejo y escribí:

«Ivy,

»Necesito tu ayuda.

»Es por una niña a la que una gente mala tiene secuestrada.

»Por favor, contáctame.

Harry Dresd...».

Antes de que terminara de escribir mi nombre, sonó el teléfono.

Acababa de contactar con el Archivo, con el catálogo, construido mediante magia, de todo el conocimiento que el ser humano ha escrito desde los orígenes. Residía en la cabeza de una adolescente, la suma del conocimiento humano en manos de una niña que debería estar en el instituto.

El conocimiento es poder, y un par de años antes el Archivo lo había demostrado. Cuando era una niña no mucho mayor que Maggie había usado su magia contra las habilidades de seres con siglos de experiencia y les ganó en casi todo. Era una niña que no estaba acostumbrada a su poder, y aunque siempre se había comportado con la seriedad de una mujer de cuarenta, yo había visto destellos de la niña soportando la vasta carga del Archivo. Yo sabía lo que pasaría si esa niña decidía algún día tomar el control de cómo se administraba el Archivo. Probablemente se parecería bastante a ese episodio de *La dimensión desconocida* del niño monstruoso con superpoderes.

El teléfono volvió a sonar. Me entró un escalofrío y respondí. Había echado un cable hasta el laboratorio y el viejo teléfono de rueda se encontraba cerca del escritorio de Molly, beneficiándose de estar en la periferia de un lugar tan bien organizado.

—¿Hola?

—Soy Kincaid —dijo un hombre con voz de barítono. Kincaid era el chófer, guardaespaldas, cocinero y todo, incluso osito de peluche, de Ivy. Era el pistolero solitario más mortal que jamás había tenido el terror de ver y una de las relativamente pocas personas que a la vez no me gustaba y en la que confiaba. En una ocasión describió el método que utilizaría para matarme, si tuviera que hacerlo, y tuve que admitir que tenía muchísimas posibilidades de tener éxito. Era duro, inteligente, habilidoso y tenía un sentido del honor mercenario: quien lo tuviera contratado

pasaba a ser su obligación, en cuerpo y mente, y nunca incumplía un contrato una vez lo había firmado.

—Dresden —respondí—. Probablemente la línea no esté limpia.

—Lo sé —respondió Kincaid—. ¿Qué quieres?

—Necesito encontrar a una niña. Se la llevó la Corte Roja hace un par de días. Creemos que está en algún lugar de México.

—¿En algún lugar de México? —dijo Kincaid, y pude oír su sonrisa—. ¿Ya has intentado dar un paseo y gritar su nombre muy fuerte?

—Estoy en ello —dije—. Mira, ¿sabe algo o no?

Kincaid tapó el teléfono con algo, probablemente con la mano. Escuché su voz baja y vibrante mientras hacía una pregunta. Puede que escuchara una ligera voz de soprano respondiéndole.

Kincaid volvió al teléfono y dijo:

—Ivy dice que no puede implicarse. Que el asunto en el que estás es mortal. No se atreve a desequilibrarlo por miedo a cambiar el resultado.

Gruñí.

—Maldita sea, Kincaid. Me debe una. Recuérdale quién fue a por ella y la apartó de esos putos Denarios lunáticos.

La voz de Kincaid se volvió más baja, más sobria.

—Créeme, lo recuerda, Dresden. Pero no es libre de compartir su conocimiento como tú o como yo. Cuando dice que no puede decírtelo, está siendo literal. Físicamente no puede dejar que esa información salga de su cabeza.

Golpeé la palma de la mano contra una pared y me apoyé en ella mientras cerraba los ojos.

—Dile —dije— que esta información debo tenerla. Si no puede ayudarme, la conseguiré de otras fuentes. Las de mi carpeta verde.

Kincaid volvió a hablar con alguien. Esta vez sin duda escuché la voz de Ivy respondiendo.

—No puede decirte dónde está la niña —dijo Kincaid. Había un deje de acero en su voz que me advertía que no lo forzara más—. Pero dice que puede decirte alguien que podría.

—Cualquier ayuda la apreciaré enormemente —dije, exhalando.

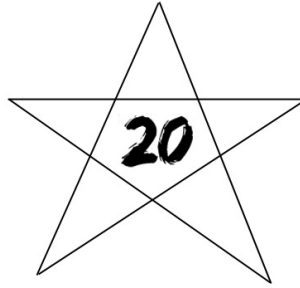
—Dice que antes de intentar lo de la carpeta verde, hay alguien a quien podrías tener en cuenta. El último hombre al que quieres ver podría tener información útil.

Entendí enseguida a qué se refería y gruñí.

—Maldición —murmuré—. Maldición.

Marqué otro número. Una recepcionista me preguntó con quién deseaba hablar.

—Soy Harry Dresden —dije despacio—. Páseme con la línea personal del señor Marcone, por favor.



—No me gusta —dijo Molly, frunciendo el ceño—. ¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo? Tiene gente.

—Definitivamente no —dijo despacio—. No quiero que aparezcas en su radar.

—Me gustaría verlo intentar algo —dijo Molly, apretando una mano en un puño y golpeando con énfasis el volante del Escarabajo Azul—. Me lo desayunaría.

—No, Molly —dijo con un tono de voz firme—. No lo harías. Puede que Marcone sea un mortal básico, pero es peligroso. La mayoría de los hombres tienen límites. Él no. Nunca lo olvides.

—Si es tan peligroso, ¿por qué vas a hablar con él?

—Porque también tiene reglas —dijo—. Y además, tenía que verlo aquí. Mantén los ojos abiertos para ser la tercera en discordia. Yo me preocuparé de Marcone, ¿vale?

—Vale —dijo Molly, asintiendo, con sus profundos ojos. En una competición espectacular por el premio Haz lo que Yo Diga, No lo que Yo Haga, dio un gran trago de una bebida energética directamente de una lata del tamaño de un cartón de leche—. Vale.

Salí del Escarabajo Azul y caminé hacia mi reunión con el Caballero Johnnie Marcone, el indisputable señor del crimen de Chicago.

El Burger King acababa de abrir la zona de mesas, pero ya estaba medio lleno. Ignoré a Marcone al llegar y me puse a la cola. Una hamburguesa de salchichas y un café, fui a la esquina trasera donde estaba sentado Marcone con su comitiva de pie.

Hendricks estaba ahí, por supuesto, en un traje XL y el pelo pelirrojo rapado. A lo mejor había estado haciendo pesas, porque parecía que había cogido un par de kilos. Si se hacía más grande, necesitaría un permiso de obras. La señorita Gard estaba de pie un poco apartada de Hendricks, cubriendo los ángulos que no podía cubrir el hombretón. Eran tan rubia y atlética y amazona como siempre, su traje y su corbata silenciaban sus curvas sin reducir su atractivo.

Marcone estaba sentado en la mesa del reservado como si fuera la mesa de una sala de juntas. Llevaba un traje de seda que probablemente costara más que mi coche y estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, con las yemas de los dedos

juntas formando una pirámide. Parecía un hombre maduro, aseado y pulcro desde el corte de pelo hasta los relucientes zapatos de cuero. Me miró al acercarme a la mesa y coloqué mi bandeja de plástico delante de mí. Le eché cuatro o cinco sobres de azúcar al café y le di vueltas con un palito.

—¿No comes?

Se miró el reloj y luego me miró a mí. Tenía unos pálidos ojos azules del color de los antiguos billetes, pero menos personal. Su mirada era inquietante y me miró a los ojos sin preocuparse. Ya nos habíamos visto el alma el uno al otro. Esa era la razón por la que sabía con exactitud lo peligroso que podía ser el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa y por la que insistía en tratarlo como a un caballero todo lo posible. No se les muestra debilidad o miedo a los depredadores peligrosos. Les da hambre.

Saboreé un trozo de hamburguesa, que era solo un recuerdo de lo buena que estaba una hamburguesa de salchichas casera, pero por el bien de mi audiencia, hice ruidos de disfrutar mientras la masticaba y me la tragaba.

—¿Estás seguro? —Tragué algo de café—. Te estás perdiendo una ambrosía.

—Dresden —dijo Marcone—, esto es molesto. Incluso para ti.

—Sí —dije, sonriendo, y cogí otro trozo de salchicha.

Hendricks gruñó.

Terminé de masticar y dije:

—¿Estás seguro de eso, hombretón?

—Hendricks —dijo Marcone.

Hendricks se tranquilizó.

Asentí. Luego dije:

—Tienes información que quiero.

—Sin duda —dijo Marcone—. ¿Qué información buscas y qué me ofreces por ello?

—No estoy aquí para intercambiar cromos de béisbol, Marcone —dije.

—Y yo no soy una organización caritativa, Dresden —respondió—. Apuesto a que esto tiene algo que ver con la explosión de tu oficina. —Sacudió la cabeza en un gesto de aflicción leve.

—Cierto —dije—, estáis todos desolados por la destrucción.

—Yo no la ordené. No saqué dinero de ello. No conseguí beneficiarme financieramente o políticamente de su destrucción. Y tú sobreviviste. Fue un completo desperdicio.

Hendricks emitió otro gruñido que podría haber sido como se ríen los gorilas.

—Quizás tenga algo que ver con el edificio. ¿Qué sabes de sus propietarios?

La sonrisa de Marcone era cruda.

—Que forman parte de la organización cuyos servidores han intentado meterse en mi negocio.

Levanté una ceja.



—¿Alguien te está haciendo la competencia en tu territorio?

—Breve —dijo Marcone—, pero incesantemente.

—Entonces podríamos tener un problema común.

Marcone me miró como si yo fuera un niño retrasado.

—Sí. De ahí esta reunión.

Gruñí y me terminé la hamburguesa.

—La Corte Roja se está moviendo. Ha vuelto a avivarse el problema que tenía con el Consejo. Mi interés en el asunto es una niña de ocho años. Los Rojos se la llevaron de su casa. Creo que la tienen en algún lugar de México. Necesito saber dónde.

Marcone siguió mirándome fijamente durante varios segundos antes de decir:

—En algún lugar. En México. ¿Eso es todo lo específico que puedes ser?

—Es todo lo que sé —dije.

—¿Para qué propósito se la llevaron ahí?

—¿Qué importa eso?

—Si se la llevaron para usarla como un objeto sexual, podría estar en un lugar diferente que si fuera a ser usada como esclava o para extraer sus órganos.

Apreté los dientes y aparté la mirada brevemente, invadido por varias imágenes deliciosas debido a sus palabras.

Los ojos de Marcone se estrecharon.

—¿Quién es para ti, Dresden?

—La hija de mi cliente —dije, esforzándome por mantener la voz tranquila e igualada—. Creo que la van a usar en alguna especie de sacrificio ritual.

—Eso acota las cosas considerablemente —dijo Marcone—. Según entiendo el proceso, los rituales como el que mencionas tienen que suceder en un lugar de poder. —Levantó la mirada hacia la señorita Gard, que asintió y se fue del restaurante inmediatamente hacia su coche—. Sospecho que puedo acotártelo aún más, Dresden. Vamos a hablar del precio.

—Voy a usar la información para infligir el mayor daño a la gente que está intentando quitarte el territorio, Marcone —dije—. Eso es más que un pago suficiente.

—¿Y si no lo acepto? —preguntó Marcone.

—Entonces nos peleamos, aquí mismo, y después de lanzar a tus perros de ataque por encima del edificio de los Sears, te hago daño hasta que me des la información de todos modos.

Su fría sonrisa regresó.

—¿Así es como crees que pasaría?

Encogí un hombro y mantuve mi sosa expresión.

—Creo que solo hay un modo de averiguarlo. —Me incliné un poco y bajé la voz hasta un murmullo conspiratorio—. Pero entre tú y yo, no creo que aquí te favorezca el terreno.

Me miró por encima de sus dedos en pirámide un rato. Luego dijo:

—Sin duda no me favorece en el modo que preferiría. —Dejó las manos planas sobre la mesa y se echó ligeramente hacia atrás—. No tiene sentido convertir esto en una confrontación. Y todavía no he lamentado cuando te permití que me libraras de un enemigo.

—No lo hice como un favor hacia ti.

Se encogió de hombros.

—Tus motivaciones son inmateriales. Los resultados son lo que importa.

—Recuerda que estás en mi lista, Marccone. En cuanto acabe con el resto de males de esta ciudad, ya no serás el menos importante.

Marccone me miró fijamente con los ojos entrecerrados.

—¡Ah!

—¿Crees que es divertido?

—No me preocupan excesivamente los hombres muertos, Dresden.

Me enfurecí.

—¿Eso es una amenaza?

—Difícilmente. Un día, probablemente pronto, harás que te maten gracias a ese conjunto de compulsiones irracionales que tú llamas conciencia, mucho antes de que mi nombre llegue a lo alto de tu lista. No necesito mover ni un dedo. —Se encogió de hombros—. Darte información parece un modo excelente de acelerar ese proceso. También de cobrar impuestos a los recursos de mis enemigos. —Marccone reflexionó un momento y luego dijo—: Y... creo que no tengo ninguna objeción a estar en contra de cualquier organización que victimice a niños de ese modo.

Lo fulminé con la mirada. En parte porque probablemente tenía razón y en parte porque una vez más mostró un destello de humanidad que me impidió agruparlo con el resto de cosas malvadas, hambrientas y depredadoras que acechan en el mundo salvaje. Por sus propias razones, Marccone haría cosas extremas por ayudar y proteger a los niños. En Chicago, cualquier adulto era juego limpio para sus negocios. Cualquier niño estaba fuera de los límites. Según los rumores había hecho desaparecer a todos sus empleados que alguna vez cruzaron la línea.

Gard volvió a aparecer, frunciendo el ceño, y caminó hacia nuestra mesa.

Marccone la miró.

—¿Y bien?

Gard dudó y luego dijo:

—No hablará de ello por teléfono. Dice que no has incurrido en ninguna deuda con él por hacer la pregunta. Solo hablará con Dresden. Personalmente.

Marccone levantó las cejas.

—Interesante.

—Eso pensé —dijo Gard.

—Ajam —dije—. ¿Quién quiere verme?

—Mi... jefe —dijo Gard—. Donar Vadderung, Director Ejecutivo de Monoc Securities.



Gard y yo nos fuimos a Oslo.

Parece un viaje largo, pero es muchísimo más rápido cuando no tienes que preocuparte por embarcar, pasar el control de seguridad, pasar entre clientes o moverte de verdad en una distancia linear.

Gard abrió un Camino al Nuncamás cerca del zoo, cortando simplemente el tejido de la realidad con una daga con runas grabadas. El Camino nos llevó por una pequeña excursión en un bosque oscuro de árboles muertos y terminó cuando salimos en lo que ella dijo que era Islandia. Tan seguro como el infierno que hacía el frío suficiente para ello. Un segundo Camino nos llevó por la superficie de un lago helado, hasta detenerse delante de las raíces de un enorme árbol antiguo cuyo tronco podría haber contenido mi apartamento con espacio suficiente para un garaje.

Desde ahí salimos a lo que parecía un sótano frío y húmedo y me encontré a mí mismo cara a cara con dos docenas de hombres que llevaban armaduras y que me apuntaban a la nariz con rifles de asalto de alta tecnología que parecían pulidos.

No hice absolutamente nada. Tuve cuidado.

Uno de los hombres con las armas dijo algo, una frase corta en un idioma que no entendí. Gard respondió en lo que supuse que era la misma lengua y me hizo gestos.

El líder de los guardias nos miró con suspicacia un momento, dijo algo en voz baja y todos los rifles dejaron de apuntarme. Dos guardias volvieron a colocarse a ambos lados del portal. Dos más se colocaron mirándonos a Gard y a mí, evidentemente se preparaban para recibir más compañía a través del mismo Camino que acabábamos de usar nosotros. El resto regresó a unas cuantas mesas de cartas y unos cuantos catres.

Gard sacudió la cabeza y murmuró:

—Einherjar. Les das un sorbito de mortalidad renovada y cuatrocientos años de disciplina se van al garete.

—Reconozco a algunos de estos tíos —dije. Señalé con la cabeza a un trío que jugaba a las cartas—. Esos tres. Estaban entre los mercenarios que Marccone trajo a aquella fiesta en la Fosa de los Raith.

Gard miró a los tres y luego puso los ojos en blanco.

—Sí. ¿Y?

—¿Y están disponibles para que alguien los contrate? —pregunté.

—Si te los puedes permitir —dijo Gard, sonriendo tanto que enseñó los dientes—. Aunque te advierto de que los precios pueden variar. Por aquí, Dresden.

La seguí por un corredor y por varias salas llenas de armamento suficiente para ganar una guerra menor en cualquier siglo. Expositores de lanzas de madera de fresno se encontraban junto a antiguos fusiles de cerrojos Mauser, que estaban al lado de los rifles de asalto modernos. Espadas de estilo *katana* compartían un cuarto con fusiles de chispa y ametralladoras Maxim. Una estantería albergaba una evolución progresiva de granadas, desde granadas de cerámica llenas de pólvora con plomos inflamables hasta las modernas granadas aturdidoras. A juzgar por la variedad de contenidos del lugar, era como ver un museo, pero por las cantidades presentes, solo podía ser una armería.

Nos montamos en un ascensor cuyas paredes eran una simple reja metálica, de modo que podíamos ver a través de ellas mientras subíamos. Dejé de contar después de ver siete plantas de armerías equipadas del mismo modo.

—Supongo que tu jefe cree en estar preparado —dije.

Gard sonrió.

—Es una de sus cosas, sí.

—Es un poco extremo, ¿no?

Me miró con una ceja levantada. Luego dijo:

—Uno solo puede tener tanta preparación como puede prever.

Pensé en ello un momento y decidí que, según funcionan las afirmaciones crípticas, era todo tipo de males.

El ascensor siguió subiendo y subiendo y subiendo. Breves vistas de varias plantas se sucedían. Una planta parecía un enorme gimnasio y estaba lleno de hombres y mujeres sudorosos entrenando. Otra parecía como un despacho jurídico caro. Otra estaba decorada con un blanco antiséptico, bañado con un poco de demasiada luz y olía a desinfectante. Otra estaba alumbrada por velas y el murmullo de voces cantando. Otra era obviamente una especie de laboratorio químico enorme. Otra planta más estaba llena de celdas cuyos ocupantes no se podían ver, solo se veían presencias sombrías. Y así sucesivamente.

Sacudí la cabeza.

—Campanas infernales. Es como una especie de parque temático demente.

—La diferencia es que nada de lo que ves aquí está pensado para entretener —dijo Gard—. Y no te molestes en hacer preguntas. No voy a responderlas. Ah, hemos llegado a la planta baja.

El ascensor siguió subiendo por un claustro que albergaba diez o doce pisos de lo que parecían oficinas corporativas lujosas. Cada planta estaba abierta al claustro y, entre las plantas, los árboles decorativos, la cascada y todas las ventanas más las luces del cielo por encima, todo el edificio parecía un único jardín enorme. El ruido

de actividad y equipo de oficina, de pájaros y del fluir de la cascada se mezclaban en un todo activo que formaba un ruido blanco rebosante de vida, variedad y movimiento. Subimos por el claustro y nuestro ascensor abierto desapareció en un túnel corto.

Unos segundos después, la puerta se abrió en un área de recepción más bien nueva.

Tenía todas las cosas que ese tipo de oficinas suelen tener: un escritorio prominente, varias sillas en una zona de espera, una máquina de café y una mesa llena de revistas. En esa oficina, sin embargo, todos aquellos materiales estaban hechos de acero inoxidable. También el suelo. También las paredes. También el techo. Incluso las lámparas y la cafetera estaban hechas de acero inoxidable. Solo las revistas destacaban como borrones de colores estridentes sin forma y blandos.

El logo de Monoc Securities se encontraba en una pared, en bajorrelieve, y en cierto modo me recordaba más bien a una cimera sobre un escudo que a una imagen corporativa: era un círculo redondo y grueso partido en dos por una línea recta vertical que emergía de ambos lados del círculo. Podría haber sido una representación abstracta y simplificada de un ojo que estaban cortando desde la cuenca con alguna especie de hoja afilada; yo tenía grabado un símbolo parecido en forma de cicatriz en mi propio rostro, un corte que me recorría la cara desde la ceja hasta el pómulos, pero no había perdido el ojo. Podría haber sido una simple simbología abstracta que representaba al hombre y a la mujer sin formas redondeadas y rectas, que sugería integridad y equilibrio. O, demonios, podrían haber sido letras griegas superpuestas, omega e iota, una encima de la otra. Omega-iota. ¿El último detalle? ¿El detalle final? Quizás significaba algo como «hasta lo más pequeño».

O quizás combinaba todas esas cosas: el ojo ciego que todo lo ve.

Sí. Eso parecía encajar.

Había dos mujeres sentadas detrás del gran escritorio delante de pantallas de ordenador que consistían en nubecitas de una niebla muy fina, dentro de las cuales estaban contenidas todas las imágenes y letras apiñadas de la ciberrealidad de la compañía, flotando como las ilusiones más tenues. Tecnología muy avanzada, supongo.

Las propias mujeres, aparentemente, eran gemelas idénticas. Ambas tenían el pelo como ala de cuervo con un corte perfecto y hacía juego con el tono de sus idénticos trajes negros. Ambas tenían unos ojos oscuros que brillaban con intensidad e inteligencia. Ambas eran pálidas y sus rasgos eran extraordinarios, aunque no precisamente hermosos. Destacarían en cualquier multitud y no de un modo desagradable, pero nunca las confundirían con modelos de portada de revista.

Las gemelas se levantaron al abrirse las puertas del ascensor, y sus ojos parecían muy intensos y muy negros mientras nos contemplaban fijamente. He mirado por el cañón de una pistola antes. Esto era como mirar por cuatro a la vez. Se quedaron ahí

de pie, en una inmovilidad inhumana. Ambas llevaban auriculares, pero solo una de ellas le murmuraba al micrófono del suyo.

Me dispuse a salir del ascensor, pero Gard puso delante de mí una mano a modo de advertencia.

—No hasta que nos aprueben —dijo—. Te matarán. Quizás a mí también.

—Le gusta que sus recepcionistas sean duras en estas partes, ¿eh?

—Sería más sabio no hacer bromas —dijo en voz baja—. No se les escapa nada... y nunca olvidan.

La recepcionista que le había hablado a su micro abrió y cerró lentamente una mano. Sus uñas levantaron pequeñas virutas de plata del escritorio de acero inoxidable.

Pensé en hacer una broma sobre la manicura... y decidí no hacerlo. Adelante «gadgetosabiduría».

—¿También lo haces con las naranjas? —preguntó mi boca, sin consultar con el resto de mí—. ¿Y afilas cuchillos y tijeras y utensilios de jardinería? Al cortacésped de mi casera le vendría bien que le metiera mano una chica como t...

—Dresden —siseó Gard, sus ojos estaban a la vez furiosos y abiertos como platos por el pánico.

Ambas recepcionistas se centraron en mí intensamente. La que había permanecido en silencio levantó su peso, como si se preparara para dar un paso.

—Vamos, Sigrun —le dije a mi compañera—. Estoy intentando ser diplomático. La sabiduría de mi culo es muy conocida. Si no les hablo con espontaneidad, después de ser un bocachancla con reinas feéricas y Cortes Vampíricas (Cortes, plural), semidioses y señores demonios, a lo mejor hiero sus sentimientos.

Gard me miró unos segundos más, antes de que sus inciertos ojos azules adquirieran un brillo de desafío temerario. Le quedaba más natural que el miedo.

—A lo mejor tus insultos y tu insolencia no son los valiosos lujos que crees que son.

—Eh —dije—, esa es buena.

La gemela habladora ladeó ligeramente la cabeza un segundo, luego dijo:

—Ahora mismo, señor. —Me señaló con el dedo—. Tú entras en la oficina por las puertas que hay detrás de mí. —Apuntó a Gard a continuación—. Tú lo acompañas y haces las presentaciones.

Gard asintió brevemente y luego movió la cabeza con un gesto que decía: «Sígueme». Salió del ascensor y pasó por delante de las gemelas hasta la puerta que había tras ellas, que giraron la cabeza a mi paso, registrando cada uno de mis movimientos. Daba muchísimo miedo.

Al otro lado de la puerta había un corredor largo, también fabricado en acero inoxidable. Había varios ojos de buey o escotillas de algún tipo en fila a lo largo de las paredes, todos estaban cerrados. Tenían más o menos el tamaño de un plato

grande. Me dio la sensación de que cualquier visitante que probara los entremeses que se servían en esos platos no pediría la receta después.

Al final del corredor había otras puertas de acero, que se abrieron ante nosotros sin hacer ruido, revelando otra habitación hecha completamente de acero inoxidable, en la que solo había un escritorio enorme tras el cual se sentaba un hombre.

Donar Vadderung estaba sentado con la barbilla apoyada en el dorso de la mano, mirando de reojo el monitor holográfico de un ordenador, y lo primero que hicieron mis instintos fue advertirme de que era muy muy peligroso.

Mirarlo no imponía tanto. Era un hombre en buena forma, quizás tenía cincuenta y pocos. Era esbelto y sobrio, como lo son los corredores de larga distancia, pero demasiado fornido en los brazos y en los hombros para que eso fuera el único deporte que practicara. Tenía el pelo largo para ser un hombre, era un poco melenudo. Tenía el color de un nubarrón furioso y su ojo era de color azul hielo. Un parche de tela negra cubría el otro ojo combinado con una cicatriz vertical similar a la mía que me hizo pensar que había acertado con el logo corporativo. Llevaba una barba corta y arreglada. Era un canalla con un aspecto llamativo, especialmente con el parche en el ojo, y parecía el tipo de persona que podría haber cumplido treinta años de una triple cadena perpetua y que consiguió hablar con la comisión de libertad para que lo soltaran, probablemente después de pedirle perdón.

—Sigrun —dijo, su tono era educado.

Gard se postró sobre una rodilla y bajó la cabeza. No hubo duda en ninguno de sus movimientos, el gesto no era un tecnicismo que tenía que cumplir. Creía que Vadderung merecía tal reverencia.

—Mi señor —dijo Gard—. He traído al mago, como usted ordenó.

—Bien hecho —dijo el hombre de pelo gris, e hizo un gesto para indicarle que debía levantarse. No creo que ella lo viera, con la cabeza agachada como la tenía, pero reaccionó a él en cualquier caso, y se levantó. Quizás tenían un par de cientos de años de práctica.

—Mi señor. Le presento a Harry Dresden, mago y Guardián del Consejo Blanco de magos.

Le hice un gesto con la cabeza a Vadderung.

—Mago, este es Donar Vadderung, Director Ejecutivo de Monoc Secur...

—Creo que me hago una idea bastante buena de qué se encarga —dije tranquilamente.

La boca del hombre se levantó levemente en las comisuras cuando hablé. Señaló una silla que había al otro lado del escritorio enfrente de él.

—Por favor. Siéntese.

Señalé el monitor holográfico.

—¿Está seguro de que quiere ponerlo en riesgo? Si estoy demasiado cerca... — Vadderung levantó la cabeza hacia el techo y soltó una carcajada de verdadera diversión.



—Correré cualquier riesgo.

—Me parece bien —dije. Caminé hacia el escritorio y me senté en la silla de acero delante de Vadderung. No tenía un cojín ni nada, pero sin embargo era sorprendentemente cómoda.

—¿Café? —me preguntó—. ¿Algo de comer?

Me detuve unos segundos para pensar antes de responder. Deberes como este implican las obligaciones y responsabilidades de anfitrión y huésped y viceversa. Si Vadderung era quien yo creía que era, había sido conocido, de tanto en tanto, por salir y probar a la gente sobre lo bien que mantenía esta particular tradición, con generosas recompensas para los fieles y horribles muertes para los tacaños, desalmados o crueles.

En el mundo sobrenatural, tales obligaciones o límites parecían ser de una importancia vital para el apabullante número de seres sobrenaturales. No estoy seguro de por qué. Quizás tiene algo que ver con los umbrales de energía protectora que se formaban alrededor de un hogar.

—Solo si no es demasiada molestia —dije.

—Y algo para comer —le dijo Vadderung a Gard.

Ella bajó la cabeza y dijo:

—Mi señor.

Luego salió caminando suavemente.

Aunque el hombretón no se había levantado, me di cuenta de que era grande. Casi un gigante, en realidad. De pie, me sacaba más de unos cuantos centímetros y sus hombros hacían que los míos pareciesen el lomo de un libro. Volvió a apoyar la barbilla en el dorso de la mano y me estudió con sus brillantes ojos azules.

—Bueno —dijo—. Asumo que cree saber quién soy.

—Tengo un par de suposiciones —dije—. Creo que son buenas. Sigrun fue una especie de aviso. Pero sinceramente, eso no tiene nada que ver con la razón por la que estoy aquí hoy.

Los ojos azules se arrugaron en sus extremos.

—¿No?

Lo miré frunciendo el ceño e incliné la cabeza.

—¿Y eso?

Levantó una palma de la mano mientras se explicaba.

—Alguien con suficiente visión podría, por ejemplo, arreglar las cosas para estar en una posición desde la que ayudar a un joven mago exaltado del Consejo Blanco algún día. Quizás quién soy es directamente responsable de por qué estoy aquí.

—Sí. Supongo que podría ser —dije—. Es técnicamente posible que sus motivos para ayudarme sean altruistas. Por otro lado, también es técnicamente posible que hable con lengua viperina y que lo único que esté haciendo en realidad sea encontrar un modo de sacar ventaja de mí cuando esté bajo presión. —Me encogí de hombros—. No pretendo ofender, pero hay una cierta escasez de altruismo ahí fuera.

—Tan cínico para ser tan joven. —Me miró de arriba abajo—. Pero lo serías. Lo serías.

—Tengo preguntas —dije—. Por supuesto, no son tan profundas como «¿quién soy?» o «¿por qué estoy aquí?», pero son mucho más importantes para mí en este momento.

Vadderung asintió.

—Estás buscando a tu hija.

Sentí que mi cuerpo se volvía rígido.

—¿Cómo...?

Sonrió de una forma más bien lobuna.

—Sé cosas, Dresden. Y si no sé algo, puedo averiguarlo. Al igual que tú mismo, es lo que hago.

Miré fijamente al hombre durante más de un minuto. Luego dije:

—¿Sabe dónde está?

—No —dijo con una voz tranquila y firme—. Pero sé dónde estará.

Me miré las manos.

—¿Cuánto me va a costar averiguarlo?

—Chichén Itzá —dijo Vadderung.

Levanté la cabeza sorprendido. Miré fijamente al hombre un momento.

—Yo...

—¿No entiendes? —preguntó Vadderung—. No es complicado. Estoy de tu lado, chico.

Me pasé los dedos por el pelo, pensativo.

—¿Por qué ahí?

—El Rey Rojo y su círculo interno, los Señores de la Noche, tienen algún amuleto gordo que preparar. Necesitan un lugar de poder para hacerlo. Para ello, usarán Chichén Itzá.

—¿Por qué ahí?

—Están promulgando un sacrificio. Como en los antiguos días. —Un gruñido de rabia tocó su voz, y de repente la hizo sonar aterradora—. Están preparando una maldición de linaje.

—¿Una qué?

—Magia de muerte —dijo—, centrada en el linaje. Del sacrificio, la niña, a sus hermanos, hermanas y padres. De sus padres, a los hermanos, hermanas y padres de estos, y así sucesivamente. Se extiende por el árbol de familia hasta que no queda nadie.

Un frío golpeó mis entrañas.

—Yo... nunca había oído sobre magia de muerte a esa escala. La energía que se requiere para eso... Es enorme. —Me detuve un momento y dije—: Y es estúpido. Susan es hija única y sus padres ya han fallecido. A mí me ocurre lo mismo...

Vadderung arqueó una ceja.

—¿Sí? Les gusta ser meticulosos a esos viejos monstruos.

Suavicé la expresión, intentando no revelar nada. El conjuro que iban a realizar me mataría si lo sacaban adelante. También podía matar a mi única familia, mi medio hermano Thomas.

—¿Cómo funciona? —le pregunté, con la voz dominada.

—Arranca el corazón —dijo Vadderung—. También lo destroza mientras se sale del pecho. ¿Te suena familiar?

—Campanas infernales —dije en voz baja. Habían pasado años desde que pensara siquiera en Victor Sells y sus víctimas. Habían protagonizado mis pesadillas durante un tiempo hasta que lo superé.

Vadderung se inclinó hacia mí, sus ojos azules brillaban mucho.

—Todo está conectado, Dresden. Todo el juego. Y ahora solo estás empezando a enterarte de quiénes son los jugadores. —Se echó hacia atrás en la silla, dejando que el silencio añadiera énfasis a su afirmación antes de continuar—. El brujo que usó el conjuro en Chicago antes no tenía la fuerza suficiente para hacer que se expandiera después del objetivo inicial. La Corte Roja lo tiene. Nadie ha usado Poder a esta escala en más de un milenio.

—¿Y lo están apuntando hacia mí?

—Dicen que puedes conocer a un hombre por sus enemigos, Dresden. —Sonrió y la risa acechó entre sus siguientes palabras, no llegó a la superficie—. Desafías a seres que deberían intimidarte hasta quedarte mudo. Resistes fuerzas que son inevitables por la única razón de que crees que deberían resistirse. No agachas la cabeza bajo ningún demonio o ángel y te pones a ti mismo en el camino del dolor para defender a aquellos que no pueden defenderse. —Movié la cabeza lentamente—. Creo que me gustas.

Levanté una ceja y lo estudié un momento.

—Entonces ayúdeme.

Vadderung apretó los labios.

—En eso, puede que te decepciones. No soy... lo que era. Mis hijos están repartidos por el mundo. La mayoría de ellos han olvidado nuestro propósito. Cuando se retiraron los jotun... —Sacudió la cabeza—. Lo que debes entender es que te enfrentas a seres como yo en esta batalla.

Fruncí el ceño.

—¿Quiere decir... dioses?

—Principalmente dioses retirados, de cualquier nivel —dijo Vadderung—. Antaño, civilizaciones enteras se inclinaron ante ellos. Ahora solo los veneran un puñado, el poder de su sangre se extiende entre miles de retoños. Pero con los Señores de la Noche, incluso los restos de ese poder son más de lo que puedes enfrentar tal como eres.

—He escuchado eso antes —dije.

Vadderung me miró. Luego dijo:

—Déjame que te ayude a entenderlo.

Y una fuerza como cien yunques me tiró de la silla contra el suelo.

Me encontré a mí mismo de espaldas, jadeando como un pez en tierra. Luché por moverme, por ponerme en pie, pero lo máximo que pude hacer fue levantar los brazos del suelo. Centré mi voluntad, con la idea de usarla para apartar algo de aquella fuerza y...

... y de repente, sentí bruscamente que mi voluntad estaba directamente conectada con otra. El poder que me sujetaba no era magia de tierra, como había asumido. Era la simple, cruda, bruta aplicación de la voluntad de Donar Vadderung, el Padre del Trueno, el Padre y Rey de los Aesir. La voluntad del Padre Odín me mantuvo anclado al suelo y no pude escaparme de ella ni apartarla más de lo que un insecto puede hacer con una suela de zapato.

En el instante en que me di cuenta, la fuerza se desvaneció, se evaporó como si nunca hubiera estado. Me quedé tumbado en el suelo, resollando.

—Dentro de mis capacidades está el matarte, joven mago —dijo Vadderung tranquilamente—. Podría desear que estuvieras muerto. Especialmente aquí, en el centro de mi poder en Midgard. —Se levantó, rodeó el escritorio y me tendió una mano. La cogí. Me levantó, firme como una roca—. Estarás en el centro de su poder. Habrá una docena de ellos, cada uno de ellos es casi tan fuerte como yo. —Me puso una mano en el hombro brevemente—. Eres audaz y listo, y de vez en cuando tienes suerte. Esas son cualidades excelentes que tener en batallas como la tuya. Pero contra un poder como este no puedes prevalecer tal como eres. Incluso si eres capaz de desafiar al Rey Rojo en Chichén Itzá, te aplastarán igual que hace un momento. No serás capaz de hacer nada, salvo mirar mientras tu hija muere.

Me miró en silencio durante un tiempo. Luego la puerta de su oficina se abrió y una de las recepcionistas entró.

—Señor —dijo—, tiene una cita para comer en cinco minutos.

—Por supuesto —dijo Vadderung—. Gracias, M.

Ella asintió con la cabeza y se retiró de nuevo.

Vadderung se volvió hacia mí mientras Gard volvía a la habitación llevando una bandeja cubierta. La dejó en el gran escritorio de acero y dio un paso atrás, sutilmente.

—Has desafiado al destino, Dresden —dijo Vadderung—. Te has puesto delante de enemigos mucho más grandes que tú. Por ello, tienes mi respeto.

—¿Cree que podría intercambiar el respeto por... no sé... media docena de valquirias, una recepcionista y un par de pelotones de héroes muertos?

Vadderung volvió a reír. Tenía una risa afable, como debía de tenerla Santa Claus cuando era joven y jugaba al fútbol.

—No puedo prescindir de mis recepcionistas, me temo. —Se tranquilizó—. Y el resto... serían menos fuertes en el núcleo de poder del Rey Rojo. —Sacudió la cabeza—. Te guste o no, es un asunto mortal. Y deben solucionarlo los mortales.

—No va a ayudar —dije en voz baja.

Caminó hacia un armario de acero, abrió la puerta y sacó un abrigo. Se lo puso y volvió a caminar hacia mí.

—Llevo en este juego mucho mucho tiempo, chico. ¿Cómo sabes que no te he dado exactamente lo que necesitas?

Vadderung levantó la tapa de la bandeja, me hizo un gesto con la cabeza afablemente y se marchó.

Miré la bandeja. Había una humeante taza de té junto a tres sobres de azúcar vacíos. El té olía a menta, uno de mis favoritos. Junto a la taza de té había un platito con dos donuts, ambos cubiertos con un grueso glaseado blanco e impoluto a pesar de las virutas y otras decoraciones comestibles.

Levanté la mirada a tiempo para ver a Vadderung salir, seguido por las recepcionistas, y los vi desvanecerse simplemente, supuestamente en un Camino.

—¿Bueno? —me preguntó Gard—. ¿Estás listo para irte?

—Un minuto —dije.

Me senté. Y me bebí el té y me comí los donuts, pensativo.



Necesitaba dormir.

Volví a mi casa con Molly a media mañana. Ratón subió las escaleras aporreando los escalones cuando salimos del coche, su postura alerta y cautelosa estaba relajada con el habitual movimiento de cola perruno y los entusiastas olisqueos y empujones de bienvenida. Me arrastré hacia mi apartamento tranquilamente. Obviamente todo estaba bien.

Susan y Martin estaban dentro, ambos ocupados, mientras Míster observaba desde su señorial cima en lo alto de la estantería más alta. Susan había sacudido todas las alfombras que cubrían el suelo de mi salón y ahora las estaba colocando en su lugar, probablemente no en el mismo orden en el que habían estado antes. Levantó un extremo del sofá con un par de dedos de una mano para colocar una esquina en su lugar.

Martin estaba ordenando mis libros alfabéticamente.

Antes mataban a los hombres por sacrilegios como ese.

Contuve mis tics lo mejor que pude y me dije a mí mismo que ellos creían que estaban ayudando.

—Lo conseguimos —dijo Susan—. O al menos un poco. Nuestra gente ha averiguado exactamente quién nos estaba persiguiendo.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Quién?

—Los Eebs —dijo.

Molly entró y frunció el ceño cruelmente a lo que estaban haciendo. Por supuesto, el lugar quedó hecho un desastre después de que el FBI y la poli terminaran, pero aun así. Probablemente estuviera tan acostumbrada al lugar como yo.

—Suenan como los Scoobies, solo que menos distintivo.

Martin sacudió la cabeza.

—Esteban y Esmerelda Batiste —aclaró—. Uno de los equipos marido-mujer que usa la Corte Roja para el trabajo de campo.

—¿Uno de? —pregunté.

—Parejas que viajan juntas para atraer menos la atención —dijo Susan—. A menudo varios oficiales de la ley les dan el beneficio de la duda en cualquier decisión

subjetiva. Suaviza un poco más las cosas que en otras circunstancias.

—De ahí Martin y tú —dije.

—Sí —dijo Martin—. Obviamente.

—Esteban y Esmerelda son famosos —dijo Susan—. Son poco ortodoxos, difíciles de predecir, lo que ya es decir algo cuando estás hablando de vampiros. También se deshacen de su personal si eso es lo que hace falta para conseguir resultados. Personalmente, yo creo que es porque tienen alguna especie de variación horripilante del amor que sienten hacia el otro. Los hace más emocionales.

—Tienen locuras complementarias —dijo Martin—. No los dignifiques con nada más.

—¿El que dijiste que se fue, Harry? —dijo Susan—. Esteban, probablemente. Sale corriendo como un conejo pronto y con frecuencia, lo cual probablemente explica por qué sigue vivo. Esmerelda habría sido quien miraba en lo alto de un edificio cercano... También la que probablemente activó los explosivos.

—Hay que asumir que también están detrás del golpe en el exterior del edificio del FBI —dije—. Cristales tintados en el coche. El tirador llevaba mucho tiempo dentro del asiento trasero, apartado de la ventana.

—Quizás, claro —dijo Susan—. Se cubrirán completamente y se marcharán durante el día si creen que es realmente necesario.

Gruñí.

—Así que Esteban y Esmerelda...

—Eebs —dijo Susan firmemente.

—Así que los Eebs no son luchadores en realidad. Son planeadores. ¿He acertado?

—Bastante —dijo Martin. Podría haber habido una leve nota de aprobación en su voz.

Asentí.

—Entonces se supone que ellos y su banda de vampiros os siguen, pero cuando os vieron dirigiros al centro de datos, se vieron obligados a hacer algo más que seguiros. Intentaron proteger la información. Todo racional.

Susan empezó a fruncir el ceño y luego me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Por supuesto —dijo Martin—. Difícil de predecir, pero nunca estúpido.

—Entonces, ¿por qué —dije—, si trabajaban bajo las órdenes de la duquesa para desbaratar vuestros planes, se tomarían la molestia de intentar matarme a mí?

Martin abrió la boca, luego la volvió a cerrar y frunció el ceño.

—Quiero decir, Arianna quiere verme sufrir, ¿verdad? Gracias a Dios por las mentalidades cliché, por cierto. No puedo sufrir si estoy muerto. Si me voy pronto, se le acaba la fiesta.

—Hay divisiones en las filas de la Corte Roja —murmuró Susan—. Es lo único que lo explicaría. Intereses enfrentados... y también en lo alto de su jerarquía.

—O —dijo Martin— no fueron los —suspiró— Eebs... quienes cometieron el atentado.

—Pero no he visto a otros de los suyos que quisieran matarme últimamente —dije—. Vi a los Eebs la otra noche. Son la explicación más simple.

Martin ladeó la cabeza ligeramente a modo de concesión.

—Pero recuerda que lo que tienes es una teoría. No has sido bendecido con una escasez de enemigos, Dresden.

—Mmm, ¿Harry? —preguntó Molly.

Me volví hacia ella.

—No sé si se supone que me tengo que meter en este tipo de cosas o no, pero... si hay alguna especie de cisma interno dentro de la Corte Roja... ¿Qué pasa si el secuestro y todo eso... es como una excusa para cubrir otra cosa que está sucediendo, dentro de la Corte? Quiero decir, a lo mejor no todo trata sobre ti. O al menos, no solo sobre ti.

La miré perplejo durante un momento.

—Pero para que eso fuera cierto —dije—, yo no tendría que ser el centro del universo.

Molly puso los ojos en blanco.

—Bien pensado, pequeño saltamontes —dije—. Es algo que tener en cuenta. Quizás somos la distracción.

—¿Eso importa? —preguntó Susan—. Quiero decir, en lo que respecta a nuestros intereses.

Me encogí de hombros.

—Tendremos que verlo, supongo.

Hizo una mueca.

—Si los Eebs trabajan para una facción diferente a la de Arianna, adiós a nuestra única pista. Esperaba poder convencerlos para que nos dijeran dónde estaba Maggie retenida.

—Merece la pena intentarlo en cualquier caso —dijo Martin—. Si podemos pillarlos.

—Podríamos hacer eso —dije—. O podríamos asegurarnos de mantener vigilado Chichén Itzá y la cogemos cuando los Rojos la lleven ahí para su guateque supermágico.

Susan se giró para mirarme de frente, con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Están preparando su gran ceremonia en Chichén Itzá —dije. Miré a Susan a los ojos y asentí—. La he encontrado. Estará allí. E iremos a por ella.

Susan soltó un grito de alegría intensa y saltó sobre mí desde el otro lado de la habitación. El impacto me tiró para atrás contra una de las estanterías. Las piernas de Susan rodearon mi cintura y su boca encontró la mía.



Sus labios eran febriles y dulces, y cuando tocaron los míos un fuego silencioso se extendió por todo mi cuerpo y consumieron todo pensamiento por un segundo. Mis brazos se cerraron a su alrededor... alrededor de Susan, tan cálida y real y... y tan ahí, ahí. Mi corazón empezó a latir al doble de su velocidad y empecé a sentirme un poco mareado.

El gruñido de Ratón recorrió toda la habitación, era repentino y le salía de lo más hondo del pecho.

—Rodriguez —ladró Martin, con la voz tensa.

Los labios de Susan se apartaron de los míos y cuando abrió los ojos, estaban completamente negros, al igual que los de un vampiro Rojo. Mis labios y mi lengua todavía se estremecían del contacto con su boca, un eco muy leve del insidioso veneno de un Rojo. Los brillantes tatuajes rojos aparecieron en su rostro y cuello y bajaban por un brazo. Me miró fijamente durante un momento, aturdida, luego parpadeó lentamente y miró a Martin por encima del hombro.

—Has estado cerca —dijo con una voz muy tranquila, muy suave—. Necesitas apartarte. Necesitas algo de tiempo para respirar.

Algo parecido a la rabia llenó el rostro de Susan por un instante. Luego se estremeció, pasando la mirada de Martin a mí y de mí a Martin, y empezó a desenredarse de mí.

—Ha salido el sol y fuera hace calor —dijo Martin, cogiéndola del hombro delicadamente—. Vamos. Tomaremos algo de sol y pasaremos y todas esas cosas.

—Sol —dijo Susan, seguía hablando en voz baja, ronca como cuando te despiertas—. Sí, algo de sol.

Martin me lanzó una mirada que probablemente esperara que me matase y Susan y él salieron del apartamento y pasearon bajo la luz de la mañana.

Molly esperó hasta que estuvieron bien lejos de la puerta principal y dijo:

—Bueno. Eso ha sido estúpido por parte de los dos.

La miré por encima del hombro y fruncí el ceño.

—Digo lo que veo —dijo en voz baja mi aprendiz—. Sabes que tiene problemas para controlar sus emociones, sus instintos. No debería habésete echado encima. Y tú no deberías haber respondido a su beso. —Sus labios se tensaron—. Alguien podría haber resultado herido.

Me masajee un momento los labios, que todavía me hormigueaban, y reprimí un destello de rabia.

—Molly...

—Lo pillo —dijo ella—. De verdad. Mira. Te preocupas por ella, vale. A lo mejor incluso la quisiste. A lo mejor ella te quiso a ti. Pero eso ya no puede ser. —Extendió las manos y dijo—: Por muy jodido que sea, sigue siendo la realidad con la que tienes que vivir. No puedes ignorarla. Si te acercas a ella, no puede salir nada bueno de ello, jefe.

La miré fijamente, con dureza, toda la rabia que había dentro de mí salió en mi voz, a pesar de que intenté contenerla.

—Ten cuidado, Molly.

Molly palideció y apartó la mirada. Pero cruzó los brazos y no cedió.

—Te lo digo porque me preocupo, Harry.

—¿Te preocupas por Susan? —pregunté—. Ni siquiera la conoces.

—Por Susan no —dijo—. Por ti.

Di un paso hacia ella.

—No sabes una mierda sobre Susan y sobre mí, Molly.

—Sé que todavía te culpas por lo que le pasó —dijo, escupiendo las palabras—. Piensa en lo que será para ella si se pierde en un beso contigo y se da cuenta, después, de que te ha arrancado la garganta y se ha bebido tu sangre y se ha convertido en un monstruo. ¿Así es como queréis que vuestra historia, Susan y Harry, termine?

Las palabras hicieron que quisiera empezar a gritar. No sé qué me impidió atacar a la chica.

Aparte del hecho de que ella nunca me hubiera creído capaz de tal cosa.

Y tenía razón. Eso podría tener algo que ver.

Así que cogí aire profundamente y cerré los ojos y volví a luchar con la rabia. Me estaba empezando a cansar de aquello.

Cuando hablé, un momento después, mi voz sonó bruta.

—Estudiar con un mago te ha convertido en una manipuladora.

Sorbió un par de veces por la nariz y al abrir los ojos la vi llorar en silencio.

—N... no —dijo—. Eso lo hizo mi madre.

Hice un ruido de reconocimiento y asentí.

Me miró y no hizo ningún movimiento para quitarse las lágrimas de la cara.

—Tienes un aspecto horrible.

—He descubierto algunas cosas —dije.

Se mordió el labio.

—Es malo, ¿verdad?

Asentí.

—Muy malo. Estamos... —Sacudí la cabeza—. Sin el apoyo del Consejo, no sé cómo podemos hacerlo.

—Hay un modo —dijo—, siempre hay un modo.

—Eso... es parte del problema —dije. Miré la estantería con los libros organizados de cualquier manera que estaba más cerca de mí—. Creo... que me gustaría estar solo un rato —dije.

Molly me miró, su postura tenía algo de cuidadosa, como si estuviera preocupada de que cualquier movimiento pudiera romper un objeto delicado.

—¿Estás seguro?

Ratón hizo un ruidito quejumbroso con la garganta.

—No voy a hacer nada desesperado —le dije a Molly. Todavía no, en cualquier caso—. Solo necesito algo de tiempo.

—Ok —dijo ella—. Vamos, Ratón.

Ratón me miró preocupado, pero salió del apartamento y subió las escaleras con Molly.

Me fui a la ducha, la encendí, me desnudé y me metí bajo el agua fría. Me quedé ahí un rato mientras me caía encima e intenté pensar.

Principalmente, pensé en lo bien que sabía la boca de Susan. Esperé que el agua fría enjuagara ese pensamiento en particular hasta un nivel soportable. Luego pensé en la advertencia de Vadderung sobre la Corte Roja.

En mi época me hice cargo de unos cuantos clientes duros. Pero ninguno de ellos habían sido seres deíficos, o los restos de ello, o lo que quisiera que fueran los Señores de la Noche y el Rey Rojo. No podías desafiar a algo así en una confrontación directa y ganar. Puede que yo tuviera poderes, por supuesto. Demonios, un buen día me encontré con alguien que dijo que yo era uno de los veinte o treinta mejores magos del planeta, en términos de puro músculo mágico. Y mi destreza y mi habilidad seguían mejorando. Si me dieran un par de cientos de años más, podría estar entre los dos o tres mejores magos del planeta.

Por supuesto, si Marcone tenía razón, nunca llegaría tan alto. Y el jefe depredador de la jungla de asfalto no era estúpido. De hecho, yo diría que había muchísimas posibilidades de que no viviría dos o tres días más.

No podía desafiar a los maestros de la Corte Roja y ganar.

Pero tenían a mi hija.

Lo sé. No debería importar que fuera mi hija en particular. Debería haber estado tan encolerizado como si fuera cualquier otra niña atrapada en unas manos tan monstruosas. Pero sí importaba. Maggie era mi hija e importaba muchísimo.

Permanecí en la ducha hasta que el agua fría silenció todas las hormonas, todas las emociones, todo el estúpido poder de la sangre llamando a la sangre. Después de pensarlo un rato, decidí que delante de mí se abrían tres caminos.

El enemigo era fuerte. Así que podía aparecer con más músculo a mi lado. Podía reunir a todos los amigos, todos los aliados, todos los personajes turbios que me debían un favor. Ayuda suficiente que pudiera cambiar el curso de cualquier batalla... y no me hacía ninguna ilusión que pudiera ser una batalla de proporciones épicas.

El problema era que la única gente que aparecería en una pelea desesperada como aquella eran mis amigos. Y mis amigos morirían. Los estaría usando literalmente para escudarme contra el aplastador poder del Rey Rojo y su corte, y no me hacía ninguna ilusión sobre lo que costaría esa lucha. Mis amigos morirían. La mayoría de ellos. Demonios, probablemente todos, y yo con ellos. Quizás podría llegar a la niña y escapar mientras mis amigos daban su vida para hacerlo posible. Pero después de eso, ¿qué? ¿Me pasaba la vida huyendo con Maggie? ¿Mirando siempre por encima del hombro, sin detenerme nunca en un lugar durante más de un par de días?

La segunda opción era cambiar la confrontación por otra cosa. Encontrar un modo de acercarme lo suficiente a hurtadillas para coger a la niña y desaparecer, saltándome toda la parte de lucha funesta de la opción uno. Ese plan no requería que mis amigos murieran.

Por supuesto, para sacarlo adelante, tenía que encontrar un modo de volverme más listo y escurridizo que seres con milenios de práctica y experiencia en tales actos de infiltración y traición. No sobrevives durante tanto tiempo como ellos en una nación de depredadores sin ser horriblemente inteligente y cuidadoso. Dudaba que fuera tan simple como golpear a un par de guardias en la cabeza, quitarles el uniforme y colarme con mis amigos el León Cobarde y el Hombre de Hojalata.

(En esta opción me había dado a mí mismo el papel de Espantapájaros. Si tuviera un cerebro, podría idear un plan mejor).

La pelea violenta con un equipo estelar era una mala idea. Probablemente no funcionaría.

El sigiloso entrar-y-robar en el núcleo de poder de la Corte Roja era una mala idea. Probablemente tampoco funcionaría.

Y eso nos dejaba la tercera opción. Que era impensable. O lo había sido, un par de años antes. Antes de saber que era padre.

Mi carrera como mago había sido... muy activa. Había abofeteado en toda la cara a cosas horriblemente poderosas. En la mayoría de las ocasiones me había salido con la mía, a pesar de las cicatrices, físicas y de otro tipo, de las veces en las que no lo hice. Muchos de los actores principales me miraban y veían potencial para un tipo de caos u otro.

Algunos de ellos me habían ofrecido poder.

Mucho poder.

Pensé que, si saliera de casa, en ese preciso instante, y reuniera todo lo que pudiese, independientemente del precio que tuviera, cambiaría el juego. Me convertiría en algo más que un joven mago de primera. Le daría a mi poder una intensidad, una profundidad, un alcance que difícilmente imaginaba. Me daría la oportunidad de convocar nuevos aliados para que lucharan a mi lado. Colocaría un número ilimitado de armas nuevas a mi disposición, abierto a opciones que de otro modo nunca podrían existir.

¿Pero después de eso qué?

Tendría que huir con Maggie para protegerla de los monstruos.

Yo sería uno.

Quizás no aquel día. Quizás no aquella semana. Pero un día dentro de poco, las cosas que me habría metido me cambiarían. Y probablemente no me importara, aunque me molestara en notar que estaba sucediendo. Esa era la naturaleza de tal poder. No sentías que te cambiaba.

No hay ninguna sensación que te advierta cuando tu alma se vuelve negra.

La opción tres tenía algo en común con la uno y la dos: yo no sobreviviría. No como el hombre que era. El que intentó hacer que el mundo tuviera algo más de luz o fuera más estable. El que intentó ayudar y que algunas veces fastidió las cosas. El que creía en cosas como la familia, como la responsabilidad, como el amor.

Pero Maggie podría sobrevivir. Si yo lo hacía bien... para acabar siendo huérfana otra vez, de un modo y otro.

Me sentía tan cansado.

Quizás no hay ningún modo de hacerlo, susurró una voz en mi nuca.

Paré el agua y alcancé una toalla.

—Que le den a ese pensamiento, Dresden —me ordené a mí mismo—. Hay un modo de salir de esta. Hay un modo. Solo tienes que encontrarlo.

Me sequé y miré intensamente al rostro severo, lleno de cicatrices y sin afeitar del espejo. No parecía el tipo de cara que amaría una niña. La niña probablemente se echaría a llorar cuando me viera.

Pero podría ser el tipo de cara que perteneciera a un hombre que la salvó de una turba de bestias sedientas de sangre. Era demasiado pronto para tirar la toalla.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer.

Solo sabía que no podía rendirme.



Llamé al móvil de Murphy.

—Murphy al habla.

—Ey, Murph. ¿Qué tal?

—Esta línea no es...

—Lo sé —dije—. Lo sé. La mía tampoco. Hola, tipos del FBI. ¿No os aburrís de hacer estas cosas todo el tiempo?

Murphy le resopló al teléfono.

—¿Qué pasa?

—Estoy pensando en hacerme con un felpudo roto a juego con mi puerta rota y mi marco de la puerta roto —dije—. Gracias, tipos del FBI.

—No conviertas en demonios a los del Departamento —dijo Murphy—. No son mucho más ineptos que cualquiera. Pueden hacer tantas cosas cuando se les da una mala información.

—¿Qué tal tu casa? —pregunté.

—Vinieron, buscaron, se fueron. Rawlins y Stallings y una docena de tipos de IE que les ayudaban. El Departamento limpió y me sacó la basura cuando acabó.

Solté una carcajada.

—¿Los chicos de IE se salieron con la suya?

Murphy sonó decididamente petulante.

—Estaban ahí por petición del nuevo agente al cargo.

—¿Tilly?

—Lo has conocido, ¿eh?

—Sí, y me alegro de ello. Habló bien de ti.

—Es *aikidōka* —dijo Murphy—. He estado en su *dojo* un par de veces para que me diera clases de aplicación práctica. Ha venido a Dough Joe para enseñarnos formas y dar clases regladas de armas.

—Oh, sí. ¿Es el tipo que te enseñó a luchar con palo?

—Ese es. Empezamos en la misma clase, hace muchas lunas.

Gruñí.

—Una pena haberlo conocido de este modo.

—Normalmente en el Departamento no son lo peor. Es todo por Rudolph. O quien le esté dando órdenes de marcha a Rudolph.

Se me ocurrió una cosa y me quedé callado un momento.

—¿Harry? ¿Sigues ahí?

—Sí, lo siento. Estaba a punto de ir a pillar una hamburguesa. ¿Te apuntas?

—Claro. ¿En veinte minutos?

—Veinte minutos.

Murphy colgó y yo dije, a la línea aún abierta:

—Ey, si tenéis a alguien vigilando mi casa, ¿podrías llamar a la poli si alguien intenta robar mi póster de *Star Wars*? Es original.

Luego le colgué al FBI con afán de venganza. Aquello hizo feliz a mi niño interior.

Veinte minutos después, entré en el McAnally's.

Era demasiado pronto para que estuviera abarrotado, como era habitual, y Murphy y yo nos sentamos en una esquina, en una de las mesas más alejadas de las ventanas y por tanto de los micrófonos láser, en caso de que nuestros perseguidores federales hubieran duplicado su dosis de paranoia.

Empecé sin ningún preámbulo.

—¿Quién dice que Rudolph recibía órdenes de sus superiores directos? ¿O de alguien de Chicago?

Murphy frunció el ceño y pensó en ello un momento. Esperé pacientemente.

—En realidad no lo crees —dijo—, ¿verdad?

—Creo que merece la pena vigilarlo. Parecía inestable cuando lo vi.

—Sí —dijo Murphy pensativa—. En mi casa también.

Le informé de los detalles que se había perdido, en mi apartamento y en el edificio del FBI, y cuando terminé movía la cabeza con confidencialidad.

—Continúa.

—Ambos sabemos que los trepas como Rudolph no suelen ponerse nerviosos, precipitarse y someterse a la presión cuando trabajan con una autorización oficial. Se lo pasan demasiado bien fanfarroneando por ahí de que golpean a la gente en la cabeza con su porra de autoridad.

—No sé si eso lo hacen todos —dijo—, pero sé demasiado bien que Rudolph lo hace.

—Sí. Pero esta vez estaba nervioso, impaciente. Desesperado. —Le conté cómo se había comportado en general y en concreto en mi apartamento y en la sala de interrogatorio—. Tilly dijo que había ido besando culos para que el FBI me apuntara.

—¿Y te lo crees? —preguntó Murphy.

—¿Tú no?

Se encogió de hombros.

—Tiene sentido. Pero eso no significa que lo estén usando como alguna especie de agente.

—Yo creo que sí —dije—. No está trabajando con la autoridad total de sus superiores. Alguien más tiene que estar presionándolo... Alguien que lo asustó lo suficiente para que se pusiera nervioso y se diera prisa.

—Quizás eso encaje —dijo Murphy—. ¿Cómo lo haría?

—Alguien quería asegurarse de que yo no me implicaba en la búsqueda de Maggie. Así que quizás envió a Rudolph detrás de mí. Luego, cuando Tilly me liberó, llevaron las cosas al siguiente nivel e intentaron dispararme fuera del edificio del FBI.

Los ojos azules de Murphy se volvieron fríos al mencionar el intento de asesinato.

—¿Podrían haber colocado a alguien tan rápido?

Intenté solucionarlo en mi cabeza.

—Después de que Tilly echara a Rudolph de la sala, no tardé mucho en salir. Diez minutos, quince como máximo. Tiempo suficiente para informar de su fallo y para que su empleador enviara a un tirador, ¿no crees?

Murphy le dio vueltas para sí misma y luego sacudió la cabeza lentamente.

—Solo si estaban muy muy cerca y se movían como un rayo. Pero... Harry, ese disparo era muy sereno, muy sutil para algo que se pensó en el último momento posible.

Fruncí el ceño y ambos cerramos el pico cuando Mac se acercó a nuestra mesa y puso un par de botellas marrones. Era un hombre sobrio y calvo y había sido así desde que lo conocía, vestido con ropas negras y un delantal sin manchas. Ambos murmuramos un gracias y se volvió a retirar.

—Ok —dijo Murphy, y le dio un trago a la botella—. A lo mejor el empleador de Rudolph ya había colocado al asesino como medida de contingencia, en caso de que te soltaran a pesar de los esfuerzos de Rudolph.

Sacudí la cabeza.

—Tiene más sentido si el asesino ya estaba allí, posicionado para cargarse a Rudolph una vez hubiera cumplido su propósito. Quien fuera ese empleador, necesitaría una medida de seguridad colocada, un enlace que pudiera cortar la cadena para que nada condujera a él. Solo cuando Rudy llama y les dice que no puede encerrarme, hacen que el tirador cambie de objetivo.

Lo que significaba... que yo había recibido tres balas que iban dirigidas a Rudolph.

—¿Harry? —preguntó Murphy—. ¿Por qué te estás riendo?

—Ayer escuché un chiste —dije—. Acabo de pillarlo.

Me frunció el ceño.

—Necesitas descansar. Tienes un aspecto horrible. Y obviamente estás lo suficientemente cansado como para que te entre la risa floja.

—A los magos no les entra la risa floja —dije, apenas podía hablar—. Esto es reírse a carcajadas.



Me miró con recelo y bebió de su cerveza. Esperó a que terminara de reírme antes de volver a hablar.

—¿Ya has averiguado algo sobre Maggie?

—Más o menos —dije, sosegado de repente—. Creo que sé dónde va a estar en los próximos días. —Le conté lo que sabía sobre las intenciones de la duquesa, dejando a un lado las partes en las que cometía un montón de crímenes como robo, allanamiento y vandalismo—. Así que ahora mismo —concluí—, todos están comprobando sus contactos en México mientras yo hablo contigo.

—¿Susan? —preguntó.

—Y el padre Forthill —dije—. Entre ellos deberían ser capaces de averiguar qué está pasando en Chichén Itzá.

Murphy asintió y preguntó, como de casualidad:

—¿Y ella cómo lo lleva?

Le di otro trago a la botella y dije:

—Cree que Molly está colada por mí.

Murphy resopló.

—Guau. Debe de haber usado sus superpoderes de vampiro para averiguarlo.

Parpadeé.

Me miró fijamente un segundo y luego puso los ojos en blanco.

—Oh, vamos, Harry. ¿En serio? ¿De verdad eres tan inútil?

—Mmm —dije, aún parpadeando—. Eso parece.

Murphy le sonrió con superioridad a su cerveza y dijo:

—Siempre es impactante encontrarse con uno de tus puntos ciegos, pero cuando sucede tienen más de un kilómetro de anchura. —Sacudió la cabeza—. En realidad no has respondido a mi pregunta, ¿sabes?

Asentí.

—Susan está destrozada. Quizás más por toda la cosa vampírica.

—No sé, Harry. Por lo que has dicho, no creo que necesites mirar más allá del tema mami.

—Podría ser —dije—. En cualquier caso, se está derrumbando.

—Como tú —dijo Murphy.

La miré con desaprobación.

—¿Qué?

Levantó una ceja y me miró con franqueza.

Empecé a enfadarme con ella, pero me detuve para obligarme a mí mismo a pensar.

—¿Lo estoy?

Asintió con la cabeza lentamente.

—¿No te has dado cuenta de que llevas cinco minutos golpeando el suelo con el pie izquierdo?

La miré frunciendo el ceño y luego bajé la mirada hacia mi pie, que golpeaba el suelo rápidamente, hasta tal punto que se me estaban cansando las pantorrillas.

—Yo... No.

—Soy tu amiga, Harry —dijo en voz baja—. Y te estoy diciendo que tú mismo no estás demasiado estable ahora mismo.

—Unos monstruos van a asesinar a mi hija dentro de poco, Murph. Quizás esta noche, quizás mañana por la noche. Pronto. No tengo tiempo para la cordura.

Murphy asintió lentamente, luego suspiró como alguien que deja una carga pesada.

—Así que Chichén Itzá.

—Eso parece.

—Guay. ¿Cuándo les atacamos?

Sacudí la cabeza.

—No podemos ir en plan Grupo Salvaje con esta gente. Nos arrasarán.

Frunció el ceño.

—Pero el Consejo Blanco...

—No se unirá a nosotros —dije. Pude alejar un poco el rugido de mi voz—. Y para responder a tu pregunta... No estamos seguros de cuándo se supone que se celebra el ritual. Tengo que conseguir más información.

—Rudolph —dijo Murphy pensativa.

—Rudolph. Alguien que forme parte de esto, probablemente alguien de la Corte Roja, se está apoyando en él. Pienso averiguar quién es ese alguien y darle puñetazos en la nariz hasta que tosa algo que pueda usar.

—Creo que a mí también me gustaría hablar con Rudolph. Entonces, ¿empezamos cada uno por un lado y nos volvemos a encontrar en el medio?

—Parece un buen plan. —Le hice un gesto con la mano a Mac e hice como que sujetaba una hamburguesa delante de mí y le daba un mordisco. Asintió con la cabeza y miró a Murphy—. ¿Tú también quieres una hamburguesa?

—Creía que no tenías tiempo para estar cuerdo.

—No lo tengo —respondí—. Pero tampoco tengo tiempo para tener hambre.



—¿Cómo puede permitirse un detective de policía un lugar como este? —preguntó Molly.

Estábamos sentados en el Escarabajo Azul, en una tranquila calle residencial de Crestwood. Era última hora de la tarde, estaba muy nublado. Las casas de la calle eran grandes. La de Rudolph, Murphy me había dado su dirección, era la casa más pequeña de la manzana, pero estaba en la manzana. La parte trasera también daba a la reserva natural de Cook County y entre el antiguo bosque y los árboles maduros la zona tenía un tono pastoral, amparado.

—No puede —dije en voz baja.

—¿Quieres decir que es turbio? —preguntó Molly.

—A lo mejor —dije—. O a lo mejor su familia tiene dinero. O a lo mejor consiguió hipotecarse hasta las cejas. La gente se vuelve muy estúpida cuando se trata de comprar casas. Paga un millón de dólares de más por un lugar porque no está en el vecindario adecuado. Compra casas que sabe muy bien que no puede permitirse pagar. —Sacudí la cabeza—. Deberían hacerte un test de sentido común antes de que hagas una oferta.

—A lo mejor no es estúpido —dijo Molly—. Todo el mundo quiere que hogar signifique algo. A lo mejor el dinero que paga de más le crea ese significado adicional.

Hice una mueca.

—Preferiría que mi significado adicional viniera del antiguo cementerio que hay debajo de la piscina o de saber que lo construí con mis propias manos o algo.

—No todo el mundo le da tan poco valor a lo material como tú, jefe —dijo Molly—. Para ellos, a lo mejor el valor material extra representado por un precio más elevado es importante.

Gruñí.

—Sigue siendo estúpido.

—Desde tu perspectiva —dijo Molly—. En realidad todo depende de la perspectiva, ¿no?

—Y desde la perspectiva de los necesitados, ese cuarto de millón extra que tu persona material se gasta en añadir prestigio a su casa es un montonazo de comida de salvamento y medicinas que podrían haber existido si el imbécil que tiene una casona a las afueras no se lo hubiera gastado todo en agrandar artificialmente su pene sociodemográfico.

—Eh —dijo Molly—, y su casa es mucho más bonita que la tuya.

—Y eso —dije.

Ratón se quejó bajito en sueños desde el asiento trasero y yo eché el brazo atrás para rascarle las orejas hasta que volvió a tranquilizarse.

Molly se quedó sentada en silencio durante casi un minuto antes de decir:

—¿Qué más hacemos?

—¿Aparte de sentarnos bien y mirar? —pregunté—. Esto es vigilancia, Molly. Lo que haces es vigilar.

—Vigilar es una mierda —dijo Molly, soltando un soplando que levantó un par de mechones de sus ojos—. ¿Por qué no está haciendo esta parte Murphy? ¿Por qué nosotros no estamos haciendo cosas de magia?

—Murphy está siguiendo a Rudolph en el trabajo —dije—. Yo vigilo su casa. Si su empleador lo quería muerto, este sería un lugar lógico en el que emboscarlo.

—¿Y no estamos haciendo magia porque...?

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Hechizos de rastreo para Rudolph y para Maggie —dijo inmediatamente.

—¿Tienes sangre de Rudolph? ¿Pelo? ¿Trocitos de uñas?

—No —respondió.

—Entonces no hay hechizo de rastreo.

—¿Pero qué pasa con Maggie? —dijo—. Sé que no tienes pelo ni nada de ella, pero hiciste un hechizo de rastreo para mí usando la sangre de mi madre, ¿verdad? ¿Podrías usar tu sangre para eso?

Mantuve mi respiración constante y evité que el destello de frustración saliera con mi voz.

—Es lo primero que intenté. Justo después de hablar con Susan por teléfono, cuando todo esto empezó.

Molly frunció el ceño.

—¿Por qué no funcionó?

—No lo sé —dije—. Quizás porque hay algo más implicado que una simple relación de sangre. Quizás tiene que haber un vínculo, un sentido de familia entre el padre y el hijo que el hechizo de rastreo usa para amplificar sus efectos. Quizás la Corte Roja esté usando algún tipo de magia que anula o intercepta el hechizo de rastreo... Dios sabe qué, podrían haberse visto obligados a crear algún tipo de contramedida durante la guerra. —Sacudí la cabeza cansado—. O quizás fue la mera distancia. Nunca he rastreado nada a más de un par de cientos de kilómetros en línea recta. He oído hablar de hechizos de rastreo que funcionaron en un par de miles de

kilómetros, pero no de alguien que lo haya hecho de verdad. Dame algo de crédito, pequeño saltamontes. Claro que lo intenté. No me hubiera pasado medio día convocando mis contactos si no lo hubiera hecho.

—Oh —dijo Molly, parecía preocupada—. Sí. Lo siento.

Suspiré, eché la cabeza para atrás y cerré los ojos.

—No pasa nada. Perdona, nena. Solo estoy tenso.

—Solo un poco —dijo—. Mmm. ¿Deberíamos estar aquí sentados a plena luz del día? Ni siquiera estamos escondiendo el coche.

—Sí —dije—. Queremos que nos vean.

—¿Por qué?

—Yo voy a cerrar los ojos —le dije—. Solo un rato. Permanece alerta, ¿ok?

Me lanzó una mirada, pero dijo:

—Ok.

Cerré los ojos, pero como medio segundo después Molly me dio un codazo y dijo:

—Despierta, Harry. Tenemos compañía.

Volví a abrirlos y vi que el gris de la última hora de la tarde se había convertido en la lobreguez de primera hora de la noche. Miré en el espejo retrovisor y vi un coche blanco deportivo que se detenía mientras aparcaba en la calle que había detrás de nosotros. Los faros del coche se apagaron mientras el conductor se bajaba.

—Se ha tomado su tiempo —murmuré.

Molly me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije que quedábamos aquí. No sabía dónde encontrarlo.

Molly miró por la ventanilla trasera e incluso Ratón levantó la cabeza para mirar.

—Oh —dijo Molly, entendiéndolo, mientras la cola de Ratón golpeaba indecisa contra la parte trasera de mi asiento.

Salí del coche y caminé para encontrarme con mi medio hermano, el vampiro.

Thomas y yo éramos un estudio de contrastes. Yo medía más de un metro noventa y tenía una complexión esbelta. Él estaba un pelo por debajo del metro ochenta y parecía un modelo de *fitness*. Mi pelo era de un color marrón sucio, normalmente lo llevaba muy corto en los lados y en la parte trasera y un poco más largo por arriba. Tenía tendencia a irse hacia cualquier lado unos pocos minutos después de que lo ordenara con un peine. El pelo de Thomas era negro, con ondas naturales, y le caía hasta los hombros. Yo llevaba pantalones vaqueros, una camiseta y mi enorme guardapolvos. Thomas llevaba unos pantalones a medida de cuero blanco, una camisa blanca de seda y una chaqueta de seda gruesa, también blanca, decorada con un brocado elaborado. Tenía el tipo de cara que pertenecía a las vallas publicitarias. La mía pertenecía a los carteles de «se busca».

Teníamos el mismo mentón y nuestros ojos se parecían en forma sin duda alguna, aunque no en color. Nos los dio mamá.

Thomas y yo nos habíamos conocido siendo adultos. Él había estado justo a mi lado en alguno de los peores lugares en los que me había metido. Me salvó la vida más de una vez. Yo le había devuelto el favor. Pero eso fue cuando decidió luchar contra su Ansia, la naturaleza vampírica inherente a los vampiros de la Corte Blanca. Pasó años manteniendo el control de sus necesidades oscuras, integrándose en la sociedad de Chicago y, en general, intentando actuar como un ser humano. Tuvimos que mantener nuestro parentesco en secreto. El Consejo lo habría usado para llegar a la Corte Blanca si lo hubiera sabido. Igual que habrían hecho los vampiros conmigo para llegar al Consejo.

Entonces le sucedió algo malo y dejó de intentar ser humano. Puede que lo viera un total de dos, incluso tres minutos desde que se había bajado del vagón de picotear la fuerza vital y había empezado de nuevo a darle copiosos mordiscos.

Thomas me hizo un gesto como si nos acabásemos de ver ayer, me miró de arriba abajo y dijo:

—Necesitas un asesor de imagen, ya, hermanito.

Yo dije:

—¿Sabes qué? Eres tío.

Thomas echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

—¿Qué? No, difícilmente, a menos que una de las corridas del Padre sobreviviera de verdad. Lo que esencialmente no sucede entre...

Dejó de hablar a mitad de frase y abrió los ojos como platos.

—Sí —dije.

—Oh —dijo él, todavía con los ojos como platos, aparentemente atrapado en la inmovilidad por la sorpresa. Daba un poco de yuyu. Los seres humanos siguen pareciendo humanos cuando se quedan inmóviles. La pálida piel de Thomas y sus brillantes ojos azules se quedaron inmóviles, como una estatua—. Oh.

Asentí.

—Di «aceitera».

Thomas parpadeó.

—¿Qué?

—Tienes que ser el Hombre de Hojalata.

—¿Qué?

—Olvídalo, no importa —suspiré—. Mira, sin entrar en demasiados detalles: tengo una hija de ocho años. Susan nunca me lo contó. La duquesa Arianna de la Corte Roja se la ha llevado.

—Mmm —dijo Thomas—. Si lo hubiera sabido, a lo mejor hubiera venido antes.

—No podía decir nada por teléfono. El FBI y la poli están implicados, han estado haciendo controles de carretera para ralentizarme. —Señalé la calle con la cabeza—. El poli que vive en esa casa al final de la calle ha sido coaccionado para ayudar a quien sea que esté intentando detenerme. Estoy aquí con la esperanza de echarle el

guante a su empleador o a su señora de la limpieza y sacar toda la información que pueda.

Thomas me miró y dijo:

—Soy tío.

Me pasé la palma de la mano por la cara.

—Perdona —dijo—. Creía que esto iba a ser otra conversación en la que tú estabas preocupado porque la malvada Corte Blanca había estado abusando de mí. Necesito unos segundos.

—Haz que sean cortos —dije—. Vamos justos de tiempo.

Thomas asintió con la cabeza varias veces y pareció tranquilizarse.

—Vale, entonces estás buscando a... ¿Cómo se llama?

—Maggie.

Mi hermano se detuvo durante un par de latidos de corazón y bajó la cabeza brevemente.

—Es un buen nombre.

—Eso pensó Susan.

—Entonces estás buscando a Maggie —dijo—. ¿Y necesitas mi ayuda?

—No sé la fecha exacta, pero sé que la van a llevar a Chichén Itzá. Probablemente esta noche, mañana por la noche como muy tarde.

—¿Por qué? —preguntó Thomas. Luego añadió—: ¿Y por qué esto tiene algo que ver conmigo?

—La van a usar en una maldición de linaje —dije—. Cuando la sacrifiquen, la maldición mata a sus hermanos y hermanas, luego a sus padres, luego a los hermanos y hermanas de estos, y así sucesivamente.

—Espera. ¿Maggie tiene hermanos y hermanas? ¿Desde cuándo has estado tan ocupado?

—No, ¡maldita sea! —medio grité de frustración—. Es solo un ejemplo de cómo funciona la maldición de linaje.

Levantó las cejas.

—Oh, mierda. Estás diciendo que eso va a matarme a mí también.

—Sí, eso es exactamente lo que te estoy intentando decir, joder. Estúpido.

—Hmm —dijo Thomas—. Estoy en contra de eso. —Volvió a abrir los ojos como platos—. Espera. ¿Qué pasa con los otros Raith? ¿También están en peligro a través de mí?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Por la noche vacía —murmuró—. Vale. Sabes dónde va a estar. ¿Quieres que haga las maletas y te ayude a recuperar a Maggie, como hicimos con Molly?

—No a menos que no haya otra elección. No creo que sobrevivamos a un asalto directo contra el Rey Rojo y su comitiva en su territorio natal.

—Bueno, quizás tú y yo no podamos, naturalmente. Pero con el Consejo detrás de t...

—Muy muy detrás de mí —lo interrumpí, mi voz era dura por la rabia—. Tan detrás de mí que ni siquiera dirías que están ahí.

En los ojos azules de mi hermano destelló el fuego de la rabia.

—Capullos.

—Lo secundo, se aprueba la moción —coincidí.

—Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Necesito información —dije—. Tráeme lo que puedas. Cualquier actividad en Chichén Itzá o una fortaleza cercana de los Rojos, si se ha visto a una niña pequeña rodeada de Rojos, cualquier cosa. Tiene que haber algo en alguna parte que nos muestre una grieta en su armadura. Si averiguamos dónde la tienen, podemos atacar el lugar. Si nos enteramos de algo sobre la magia defensiva que rodea el lugar, quizás podamos agujerearla para poder coger a la niña e irnos. Si no...

—Sí —dijo Thomas—. Si no tendrías que atacarlos en Chichén Itzá, lo cual sería una mierda.

—Una mierda no, lo siguiente.

Thomas frunció el ceño.

—¿Qué te parece pedirle ayuda a Lara? Puede reunir un montón de potencia de fuego del resto de Casas de la Corte Blanca.

—¿Por qué iba a ayudarme? —pregunté.

—Autoconservación. Es buena en ello.

Gruñí.

—No estoy seguro de si el resto de tu familia está en peligro.

—Tampoco estás seguro de que no lo esté —dijo Thomas—. Y en cualquier caso, si tú no lo sabes, Lara no lo sabrá.

—No estés tan seguro —dije—. No. Si recurro a ella en esto, asumirá que es una estrategia motivada por la desesperación.

Thomas se cruzó de brazos.

—Una estrategia pésima, por supuesto. Pero estás obviando otro punto de vista.

—¿Oh?

Thomas bajó los brazos y los volvió a levantar para enmarcar su propio torso, igual que la presentadora de *La Ruleta de la Fortuna*.

—Incuestionablemente, yo estoy en peligro. Querrá protegerme.

Lo miré con escepticismo.

Thomas se encogió de hombros.

—Ahora juego para el equipo, Harry. Y todo el mundo lo sabe. Si ella deja que me suceda algo malo cuando le pido ayuda, mucha gente se va a enfadar. Y no en el útil modo de «estoy seguro de que no quiero meterme con ella».

—Para que eso sirva como baza, el resto de la Corte Blanca tendrá que conocer el interés que hay detrás —dije—. Tendrán que saber por qué estás en peligro debido a



una maldición de linaje que me apunta a mí. Todos conocerán nuestra relación sanguínea. No solo Lara.

Thomas frunció el ceño pensándolo un momento. Luego se encogió de hombros.

—Aun así. Merecería la pena el esfuerzo para acercarnos a ella. Mi hermana es una mujer de recursos. —Su expresión se dulcificó hasta la neutralidad—. Bastante dotada cuando se trata de eliminar obstáculos. Probablemente podría ayudarnos.

Normalmente rechazo ese tipo de sugerencias sin pensarlo dos veces. Esta vez...

Me lo pensé dos veces.

Lara probablemente conociera a la Corte Roja tan bien como cualquiera. Había trabajado codo con codo con ellos, en un grado u otro, durante años. Ella era el poder tras el trono de la Corte Blanca, el cual se enorgullecía de sus habilidades de espionaje, manipulación y otras formas de fuerza indirecta. Si alguien tenía posibilidades de saber algo sobre los Rojos, esa era Lara Raith.

El reloj seguía corriendo con su tic tac. Maggie se estaba quedando sin tiempo. No podía permitirse que yo fuera quisquilloso.

—Preferiría no hacerlo —dije en voz baja—. Necesito que encuentres lo que puedas, tío.

—¿Qué pasa si no puedo encontrarlo?

—Si eso sucede... —Sacudí la cabeza—. Si no hago nada, mi hija va a morir. Y también mi hermano. No puedo vivir con eso.

Thomas asintió.

—Veré lo que puedo hacer.

—No lo veas. Hazlo.

Resultó bastante duro que mi hermano se encogiera de dolor, aunque fue un movimiento sutil.

—Ok —dijo—, vamos a...

Volvió la cabeza hacia la casa de Rudolph.

—¿Qué? —pregunté.

Levantó una mano para pedir silencio y se giró para poner toda su atención.

—Cristales rotos —murmuró—. Muchísimos.

—¡Harry! —gritó Molly.

Me giré y vi que la puerta de copiloto del Escarabajo se abría. Molly salió, agarrándose al collar de Ratón con las dos manos. El perrazo también tenía puesta su atención en la casa de Rudolph y su pecho bullía con el profundo y desgarrador gruñido que yo solo había escuchado un puñado de veces, y siempre cuando los depredadores sobrenaturales estaban cerca.

—Alguien está ahí buscando a Rudolph —dije, y me lancé hacia delante—. ¡Vamos!



Durante un segundo o dos parecí un tipo guay liderando la carga, y luego mi perro y mi hermano nos dejaron a Molly y a mí atrás, mordiendo su polvo. Si no hubiera salido a correr con regularidad, Molly me hubiera hecho lo mismo, aunque de una forma más gradual. Cuando yo había cubierto la mitad de la distancia, Thomas y Ratón ya habían llegado a la parte trasera de la casa de Rudolph, rodeándola cada uno por un lado.

—¡Vete, pequeño saltamontes! —grité, e incluso mientras corríamos Molly desapareció detrás de uno de sus mejores velos. Tardamos otro cuarto de minuto en cubrir la distancia y rodeamos la casa por donde lo había hecho Thomas. Me apoyé en la esquina para ver que una gran puerta corredera de cristal que daba a un porche de madera estaba hecha añicos. Pude escuchar un golpetazo sordo, como si proviniera de un *subwoofer*, que aporreaba algo dentro de la casa.

Subí las escaleras del porche de un solo salto y evité por los pelos una explosión repentina de cristales, madera, yeso y revestimiento que se precipitó hacia mí. Tuve un instante para darme cuenta de que el proyectil provenía de la pared en la que se encontraba mi hermano, y luego algo enorme y negro y rápido llegó rompiendo la misma pared, expandiendo el agujero hasta cinco veces su tamaño original.

Lo-que-quiera-que-fuera se quedó a un paso o dos de mí, y yo ya estaba corriendo. Seguí haciéndolo. Apoyé una mano en la barandilla del otro lado del porche y la salté. Apenas acababa de retirar la mano de la barandilla cuando la cosa la hizo astillas con una enorme garra cegadoramente rápida. Aquel golpe profundo se hizo más ruidoso y rápido mientras yo aterrizaba y me daba cuenta con una conmoción de que podía escuchar cómo aumentaba la frecuencia cardiaca de la cosa con la misma claridad que si se estuviera golpeando un tambor.

Me estaba engañando a mí mismo si creía que podía huir de algo tan rápido. Le sacaba un paso o dos a la criatura, pero me alcanzó en una media docena de zancadas y me golpeó la cabeza con una velocidad y un poder terribles.

Me di la vuelta desesperadamente, sacando mi vara explosiva y lanzando una ráfaga de llamas, pero me tambaleé y me caí durante el giro. El fuego alcanzó a la

criatura, y para lo que me sirvió, también podría haberle dado con un pollo de plástico.

Creía que estaba acabado... hasta que Ratón salió de la casa por el porche trasero, cubierto por un halo de luz azul. Dio un único salto de tres metros que terminó atacando los enormes y deformes hombros de la criatura. Las garras de Ratón se clavaron en la piel de la cosa y sus enormes mandíbulas se cerraron en su grueso y casi indistinguible cuello.

La criatura se arqueó de dolor, pero no emitió ningún sonido. Se tropezó conmigo, demasiado distraída para atacar de verdad, pero el impacto de tanta masa y poder envió fulgores de dolor desde mis costillas y uno de mis muslos.

Ratón tiró a la criatura al suelo, mordisqueándola y destrozándola, clavando los dientes en la carne y arrancándola. La cosa se retorció con agilidad, rebotando en el suelo como si estuviera hecha de goma, agarró la cola de Ratón e hizo girar al perro en un único arco completo. Ratón golpeó el suelo como una maza de noventa kilos y le sacó un sonido agudo de dolor.

No pensé. Volví a levantar mi vara explosiva, la imbuí con mi voluntad y con todo el fuego del alma que pude reunir, mientras gritaba:

—¡Apártate de mi perro!

El fuego blanco surgió de la vara y dibujó una línea en la criatura desde la cadera a la cabeza, se adentró en la carne y le prendió fuego. Una vez más, convulsionó en una agonía silenciosa y el latido estéreo de su corazón aumentó aún más. Cayó, incapaz de aferrarse a Ratón, y se retorció en el suelo.

Intenté levantarme, pero mi pierna herida no aguantaba mi peso y la repentina sobrecarga de cansancio que se apoderó de mí hizo que mis brazos también colapsaran. Me quedé ahí tumbado, jadeando e incapaz de moverme. Ratón se puso en pie lentamente, con la cabeza colgando, con la lengua fuera de la boca. Detrás de mí escuché un rugido, me giré incómodamente y vi a Thomas sentado, con un hombro en un ángulo deforme. Tenía la ropa rasgada, un trozo de metal sobresalía de su abdomen, junto al ombligo, y la mitad de su rostro estaba cubierto por una capa de sangre un tanto demasiado pálida como para ser humana.

—¡Thomas! —grité. O intenté gritar. La acústica era extraña en aquel túnel en el que de repente me encontré tumbado—. ¡Levántate, tío!

Me lanzó una mirada vacía, conmocionada.

Los movimientos de la criatura se habían ralentizado. Me volví y vi que empezaba a relajarse, su cuerpo temblaba, el latido de su corazón se regulaba y pude verla mejor que antes.

Era enorme, tendría fácilmente el tamaño de un toro adulto y acarreaba consigo un hedor que tenía la misma potencia. O a lo mejor era porque yo me había pasado con el tiempo de cocción. Su cuerpo era extraño, aparentemente podía moverse a dos o cuatro patas con la misma eficacia. Su carne era una oscuridad esponjosa, se parecía más a la verdadera piel de un vampiro Rojo, y su cabeza tenía la forma de

algo que mezclaba los rasgos de un ser humano, un jaguar y quizás un cocodrilo o un jabalí salvaje. Todo él era negro como el carbón, incluso los ojos, la lengua y la boca.

Y, a pesar del castigo que le acaba de propinar, se estaba levantando de nuevo.

—¡Thomas! —grité. O resollé.

La criatura sacudió la cabeza y sus negros ojos muertos se fijaron en mí. Me miró, deteniéndose brevemente para apartar de un golpe a mi perro aturdido. Ratón aterrizó dando una voltereta, aparentemente luchando por encontrar el equilibrio pero incapaz de hacerlo.

Levanté mi vara explosiva de nuevo mientras se acercaba, pero no me quedaba combustible suficiente para hacer que la vara hiciera algo más que soltar un poquito de humo.

Y entonces apareció una piedra de ninguna parte y golpeó a la criatura en el hocico.

—¡Ey! —dijo la voz de Molly—. ¡Ey, Capitán Asphalt! ¡Ey, Tar-Baby! ¡Por aquí!

La criatura y yo nos giramos y vimos a Molly a quizás unos veinte metros de distancia, a plena vista. Lanzó otra piedra y le dio a la criatura en el pecho. Su pulso empezó a acelerarse y se volvió más fuerte.

—¡Vamos, preciosidad! —gritó Molly—. ¡Tú y yo! —Se puso de lado frente a la cosa, dobló las rodillas e hizo un movimiento exagerado dándose azotes a sí misma—. ¡Ven a por un poco!

La cosa se tensó y luego corrió hacia ella, cubriendo el terreno a una velocidad asombrosa.

Molly desapareció.

La criatura se estrelló contra el suelo donde ella había estado, con sus enormes garras cerradas en unos puños furiosos, y los hundió 20 centímetros en la tierra de un golpe.

Se escuchó una carcajada burlona y otra piedra golpeó a la cosa, esta vez desde la izquierda. Furiosa, se giró para precipitarse de nuevo hacia Molly... y de nuevo esta se desvaneció completamente. Una vez más se dio con el suelo vacío. Una vez más, Molly llamó su atención con una piedra y un par de burlas y desapareció de la vista en cuanto se acercó a ella.

Cada vez Molly se encontraba más cerca de la criatura, incapaz de igualar su velocidad bruta. Y cada vez, la alejaba un poco de nosotros tres. Un par de veces incluso gritó:

—¡Toro! ¡Eh, toro! ¡Olé!

—¡Thomas! —grité—. ¡Levántate!

Mi hermano parpadeó varias veces, cada vez un poco más rápido. Se pasó una mano por la parte ensangrentada de su rostro, sacudió la cabeza violentamente para quitarse la sangre de los ojos y miró hacia abajo, a la sección de metal que salía de su estómago, la agarró con una mano, hizo una mueca y la sacó lentamente, revelando un triángulo de quince centímetros que debería de haber sido un tornapuntas de metal

en la pared que había atravesado. Lo tiró al suelo, rugiendo de dolor, y sus ojos se quedaron en blanco unos segundos.

Vi a su otra naturaleza invadirlo. Su piel se volvió más pálida y casi parecía contrastar con su propio brillo. Su respiración se estabilizó inmediatamente y el corte que tenía en el nacimiento del pelo por el que había estado sangrando empezó a cerrarse. Abrió los ojos y su color había cambiado de un azul profundo y satisfecho a un plateado metálico y hambriento.

Se levantó lentamente y me miró.

—¿Estás sangrando?

—Nah —dije—. Estoy bien.

A unos pocos pasos, Ratón se puso en pie y se sacudió, su placa tintineó. Molly había llegado hasta la calle de nuevo y hubo un enorme estruendo.

—Esta vez lo hacemos con cabeza —dijo Thomas. Se giró hacia Ratón en lugar de hacia mí—. Yo voy a ir primero y a llamar su atención. Ve a por las patas. Creo que tenemos que darle a dos miembros para tullirlo de verdad.

Ratón ladró, evidentemente era una afirmación, soltó un gruñido quejumbroso y una vez más una luz azul muy pálida y muy leve lo rodeó.

Thomas asintió y cogió un trozo del porche destrozado que estaba tirado donde él había aterrizado. Se cargó al hombro una viga, una sección de cuatro por cuatro de más o menos metro y medio de longitud, y dijo:

—No te preocupes Harry. Volveremos a por ti en un minuto.

—Vamos, Equipo Dresden —jadeé.

Ambos salieron corriendo, pasando de cero a guepardo en un segundo. Luego desaparecieron de mi vista. Escuché a Thomas soltar un chillido agudo que era una imitación muy muy buena de Bruce Lee y luego se oyó el ruido atronador de la madera golpeando algo duro.

Un instante después, Ratón soltó su rugido de batalla. Hubo un destello de luces de colores estroboscópicas mientras Molly le lanzaba a la criatura un poquito de magia cegadora. No dañaría a la cosa, pero la chica podía hacer que le dolieran los ojos con todos los colores imaginables ardiendo en el aire vacío, acompañados por una variedad de sonidos si así lo decidía. Ella lo llamaba su conjuro de *rave* unipersonal femenina y el último 4 de julio lo usó para montar un espectáculo de fuegos artificiales desde el jardín trasero de sus padres tan impresionante que obviamente había provocado problemas de tráfico en la autopista.

Era difícil quedarse ahí tirado medio retorcido por la cintura, solo para ver los ocasionales destellos de luz o escuchar los porrazos y rugidos de combate. Intenté ponerme en pie otra vez y no tuve suerte. Así que me senté y me concentré en no desmayarme o respirar demasiado fuerte. Definitivamente la criatura me había roto al menos una costilla.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había dos pares de brillantes ojos rojos mirándome fijamente desde el bosque, con la inconfundible fijación de un

depredador, y se acercaban lentamente, ininterrumpidamente, silenciosamente.

De repente me di cuenta de que todos los que me rodeaban y podrían haberme ayudado estaban un tanto distraídos en ese momento.

—Oh —suspiré—. Oh, mierda.



Los ojos se precipitaron hacia mí y algo oscuro y fuerte me golpeó en la mandíbula. Ya estaba a punto de perder la conciencia. El golpe fue suficiente para dejarme completamente aturdido.

Me di cuenta de que alguien me cogía y me lanzaba sobre el hombro de alguien. Luego hubo mucho movimiento rápido y mareante. Duró lo bastante para hacerme vomitar. No tuve energía suficiente para apuntar a mi secuestrador.

Una subjetiva eternidad después, me tiraron al suelo. Me quedé inmóvil, esperando engañar a mi captor para que pensara que estaba casi inconsciente y tan débil como un gatito. Lo cual debería haber sido fácil, dado que lo estaba. Realmente nunca tuve mucha ambición como actor.

—No nos gusta —dijo una voz de mujer—. Su Poder huele raro.

—Debemos ser pacientes —respondió una voz de hombre—. Podría ser una gran baza.

—Nos está escuchando —dijo la mujer.

—Lo sabemos —respondió el hombre.

Escuché unos pasos suaves, amortiguados por las agujas de los pinos, y la mujer volvió a hablar, más despacio y más bajo. Sonaba... hambrienta.

—Pobre cosa. Tan magullada. Deberíamos darle un beso y dejarle que duerma. Sería clemente. Y Él estaría complacido con nosotros.

—No, amor nuestro. Estaría satisfecho con nosotros. Hay una diferencia.

—¿No hemos entendido este simple hecho? —gritó ella, con la voz ácida—. Él nunca nos nombrará al Círculo, sin importar los premios que llevemos a la Corte. Somos intrusos. No somos del primer Maya.

—Muchas cosas pueden cambiar a lo largo de una eternidad, amor nuestro. Seamos pacientes.

—¿Quieres decir que Él puede caer? —Ella soltó una risilla más bien desconcertante—. ¿Entonces por qué no estamos ganándonos el favor de Arianna?

—Ni siquiera deberíamos considerarlo —respondió él, su voz era dura—. Ni siquiera deberíamos pensar en ello demasiado, Él podría saberlo. Podría actuar. ¿Lo entendemos?

—Lo entendemos —dijo, su tono era petulante.

Entonces alguien me agarró del hombro con unos dedos tan fuertes como el hierro y me dio la vuelta para ponerme de espaldas. Las oscuras siluetas de los árboles se alzaron sobre mí, no eran más que contornos negros contra las luces de Chicago que se reflejaban en el cielo nublado.

Apenas había luz suficiente para dejarme ver los pálidos y delicados rasgos de una mujer diminuta que no era más alta que un niño. En serio, podría haber medido menos de metro y medio, aunque sus proporciones parecían idénticas a las de cualquier adulto. Tenía una piel muy pálida con un ligero rociado de pecas y parecía que tuviera diecinueve años. Su pelo era castaño claro y muy liso. Sus ojos eran extremadamente extraños. Uno era de color pálido como el hielo y el otro era de un verde profundo y oscuro, y tuve un instinto inmediato de que la criatura que acechaba detrás de esos ojos desparejos no era un ser racional.

Llevaba un vestido con las mangas largas y sueltas, sobre el cual llevaba una especie de vestido sin mangas y un corsé. Aunque iba descalza. Lo sabía porque pude sentir su piecico frío cuando me lo plantó en el pecho y se inclinó para mirarme.

—Hemos llegado muy tarde. Mira, está empezando a empeorar.

—Tonterías —dijo la voz masculina—. Es un espécimen perfectamente adecuado. Se supone que los magos mortales están desgastados y son duros, amor nuestro.

Levanté la mirada y vi al otro interlocutor. Quizás medía un metro setenta, con el pelo rojo cortado al cepillo, una barba negra y una piel que parecía oscurecida y bronceada por el sol. Llevaba ropas de seda negra y parecía que acababa de salir de una prueba de vestuario de Hamlet.

—Ajá —dije—. Vosotros debéis de ser Esteban y Esmerelda. He oído hablar de vosotros.

—Somos famosos —siseó la mujercilla, levantando la vista hacia el hombre.

Él le lanzó una mirada adusta, suspiró y dijo:

—Ajá, lo somos. Estamos aquí para detenerte por permitirle a Arianna proceder con su plan.

Parpadeé.

—¿Qué?

Esmerelda se inclinó más hacia mí. Su pelo acarició mis labios y mi nariz.

—¿Tiene las orejas rotas? Si las orejas están defectuosas, ¿podemos arrancarlas y devolverlas?

—Tranquila, amor nuestro —dijo Esteban. Se acuclilló y me miró—. No es su culpa. Ni siquiera se da cuenta de cómo lo está manipulando Arianna.

—¿De qué estáis hablando? —dije—. Mirad, chicos, nadie quiere detener a Arianna más que yo.

Esteban hizo un gesto confuso con la mano.

—Sí, sí. Cree que debe rescatar a su prole. Intentará recuperarla, del mismísimo corazón de Su reino. Lo que lo colocará en el centro de grandes movimientos de



poder donde podría inclinar la balanza de cualquier modo.

—No parece para nada lo suficientemente grande. —Esmerelda olfateó—. Solo es una criatura andrajosa y sucia.

Esteban se encogió de hombros.

—Sabemos, por ahora, que el exterior apenas importa. Lo que hay en su interior es lo que importa. ¿Estás de acuerdo, mago andrajoso?

Me pasé la lengua por los labios. En realidad no me apetecía andar de cháchara con un par de vampiros locos, pero probablemente era mi mejor opción. Cualquier cosa que viva lo suficiente tiende a perder la noción del tiempo con bastante facilidad, en la escala minuto a minuto. Después de que pasen un par de cientos de años, en realidad una hora no cuenta. Si mi hermano y compañía tenían éxito en su lucha, se darían cuenta de que yo había desaparecido en unos pocos minutos... y no creía que los Eebs me hubieran llevado lo bastante lejos como para evitar a Ratón. Por lo que sé, Ratón puede seguir un rastro de olor desde el espacio.

Hablar con ello. Retrásalos.

—Eso depende de la naturaleza del sujeto y del observador —dije—. Pero si usas la metáfora en su forma más simple, entonces sí. La verdadera naturaleza de cualquier ser dado supedita su apariencia externa en términos de importancia. —Intenté sonreír—. Este es un trato muy agradable, por cierto —dije—. Me esperaba algo completamente diferente.

—Queríamos comerte y matarte. O matarte y luego comerte —dijo Esmerelda, sonriendo también. Su sonrisa parecía más loca que la mía. Esperaba—. Y todavía podríamos hacerlo.

—Sin embargo, obviamente tenéis otra cosa en mente —dije—. Parece que queréis hablar. Estoy más que dispuesto a escuchar.

—Excelente —dijo Esteban—. Nos complace que puedas dirigir el asunto de una manera racional.

—¿A qué asunto te refieres, específicamente?

—El asunto de tu implicación en el plan de Arianna —dijo Esteban—. Deseamos interrumpir tu participación.

—Eso... podría ser problemático. Dado que si Arianna hace lo que pretende hacer, va a matarme, junto con la madre de la niña.

Los dos vampiros intercambiaron una larga mirada en silencio, su expresión facial cambió sutilmente. Tuve la impresión de que había dado mucha información.

Esteban se giró hacia mí.

—¿Cómo sabes eso, mago harapiento?

—Es a lo que me dedico —dije.

—Ooooh —dijo Esmerelda. Deslizó su cuerpo sobre el mío y se sentó a horcajadas sobre mis caderas. Era tan diminuta que apenas sentí su peso. Oía... mal. A formaldehído y moho—. Es arrogante. Adoramos la arrogancia. Es tan dulce ver

cómo sucumben las cositas arrogantes. ¿Te gustan nuestros preciosos ojos, mago harapiento? ¿Qué color te gusta más? Mira de cerca y con cuidado.

No se mira a los vampiros a los ojos. Todo el mundo lo sabe. Aun así, yo tuve un par de encuentros con uno de los de la Corte Roja y nunca tuve problemas en no dejarles entrar. Ni siquiera era particularmente difícil.

Pero evidentemente, aquellos vampiros eran novatos.

El azul del hielo y el verde de la profundidad del mar se arremolinaron en mi visión y solo en el último instante me di cuenta de lo que estaba sucediendo y cerré de un portazo la caja fuerte de mi mente, dejando solo los lugares fuertes y fortificados para que los atacara, un castillo de ideas y recuerdos, listo para aguantar un asalto.

—Para, por favor —dije tranquilamente un momento después—. La conversación no va a ninguna parte de este modo.

La pequeña vampira apretó los labios, ladeó la cabeza como si estuviera decidiendo si le molestaba o le divertía. Optó por la diversión. Se rio y contoneó un poco las caderas.

—Encantador, encantador, encantador. Nos complace.

—Tienes opciones —dijo Esteban. Si estaba ofendido por el comportamiento de Esmerelda, no lo demostró. Demonios, ni siquiera parecía darse cuenta.

—Por supuesto —dije—. Enuméralos.

—Supongo que el medio más simple para solucionar tu problema sería que te suicidaras —dijo—. Si estás muerto, Arianna no tiene ninguna razón para dañar a tu prole.

—Sin tener en cuenta la parte de estar muerto, esa idea tiene unos cuantos problemas menores.

—Por supuesto —dijo Esteban—, enuméralos.

—¿Qué confirmación tendría yo de que la niña está a salvo y ha sido devuelta a su madre? ¿Qué seguridad tendría yo para creer que Arianna no haría lo mismo dentro de un mes?

—Se podría redactar un contrato —dijo Esteban—. Con testigos y firmado, arbitrado por una de las partes neutrales de los Acuerdos. Por seguridad, suponemos que le podríamos preguntar a nuestro Señor si Él daría su Palabra de que tu pareja y prole estarían libres del ciclo de venganza.

—Una posibilidad que merece la pena considerar —dije—. Aunque la parte en la que muero parece tener alguna tara.

—Es comprensible —dijo Esteban—. También podríamos ofrecerte una alternativa a la muerte.

El movimiento de caderas de Esmerelda se volvió más lento, más sinuoso. Las vampiras de la Corte Roja ya habían abusado de mí en el pasado. Todavía tengo pesadillas algunas veces. Pero la chica de bonita apariencia que tenía encima de mí tenía esa mística femenina que desafía la descripción y la definición. Estar tan cerca

de ella me daba náuseas, pero mi cuerpo reaccionaba a ella con una incómoda intensidad.

—Alternativa —dijo ella con una susurrante vocecilla—. Hoy en día, eso significa estar a la moda. Y nos encanta mostrarle a los pequeños mortales cómo estar a la moda.

—Me haréis como vosotros —dije en voz baja.

Esmerelda asintió con la cabeza, lentamente, mientras su boca dibujaba una sonrisa sensual y perezosa, sus caderas seguían dibujando círculos enloquecedoramente contra mí. Enseñaba los colmillos.

—Eso te ofrecería varias ventajas —dijo Esteban—. Incluso si Arianna completara el rito de venganza, la transformación de tu sangre te protegería de él. Y, por supuesto, no te matarían, ni capturarían ni te torturarían hasta la muerte, como se hará con el Consejo Blanco a lo largo de los siguientes seis meses, más o menos.

—Ciertamente también es para tenerlo en cuenta —dije—. Muy práctico. ¿Hay otros caminos que consideres factibles?

—Uno más —dijo Esteban—. Regálale tu prole a nuestro Señor, el Rey Rojo.

Si hubiera tenido fuerzas para darle un puñetazo, lo hubiera hecho. Así que probablemente era bueno que no las tuviera.

—¿Y con eso qué se conseguiría?

—Él tomaría posesión de la prole. La tendría, de hecho, bajo su protección, hasta el momento en el que Él la considerara no apta, no merecedora o no necesitada de tal cuidado.

Esmerelda asintió rápidamente.

—Ella será de Él. Él mima tanto a sus mascotas. Creemos que es bastante adorable. —Abrió la boca en una pequeña O, como una colegiala a la que han pillado hablando en susurros sobre temas prohibidos—. Oh, dios, Arianna se molestaría. Aullaría durante siglos.

—Podemos ofrecer esclavas a cambio para dulcificar el trato, Dresden —dijo Esteban—. Estaríamos dispuesto a llegar a siete mujeres jóvenes. Podrías seleccionarlas de nuestra reserva o de su hábitat natural y nosotros supervisaríamos su preparación y disposición.

Pensé en ello un buen rato y me rasqué ligeramente la barbilla. Luego dije:

—Todas son sugerencias muy razonables. Pero creo que no entiendo algo. ¿Por qué el Rey Rojo simplemente no le ordena a Arianna que desista?

Ambos se quedaron sin aliento escandalizados por la sorpresa.

—Por su pareja, Dresden —dijo Esteban.

—Asesinado por el mago del cayado negro —dijo Esmerelda—. Una deuda de sangre.

—Sangre sagrada.

—Sangre santa.

Esteban sacudió la cabeza.

—Ni siquiera nuestro Señor puede interferir en la compensación de una deuda de sangre. Es el derecho de Arianna.

Esmerelda asintió.

—Como era el de Bianca al cobrarla de ti durante los primeros días de la guerra. Aunque muchos deseaban que ella no hubiera hecho lo que hizo, estaba en su derecho, aunque fuera una miembro muy muy joven de la Corte. Como su progenitor, la pareja de Arianna aceptó esa deuda. Como ahora ha hecho la propia Arianna. —Miró a Esteban y sonrió con alegría—. Estamos tan contentos con el mago harapiento. Es tan cívico y agradable. Completamente diferente al resto de magos. ¿Podríamos quedárnoslo para nosotros?

—Negocios, amor nuestro —la reprendió Esteban—. Negocios primero.

Esmerelda hizo pucheritos con su labio... y se giró abruptamente, cesando todo movimiento, para centrarse intensamente en una dirección.

—¿Qué pasa, amor nuestro? —preguntó Esteban en voz baja.

—El Ik'k'uox —dijo con una voz distante y enigmática—. Tiene dolor. Huye... —Abrió muchísimo los ojos y de repente se volvieron completamente negros, como los de la criatura—. ¡Oh! ¡Ha hecho trampa! —Su rostro se volvió hacia el mío y sacó los colmillos—. ¡Ha hecho trampa! ¡Ha traído a su propio demonio! ¡Una montaña de demonio helado de la Tierra de los Sueños!

—Si no haces que hagan ejercicio, se ponen imposibles —dije, filosóficamente.

—El policía —dijo Esteban—. ¿Ha matado al policía?

Esmerelda volvió a mirar a la nada un momento y luego dijo:

—No. Fue atacado solo unos segundos después de entrar en la casa. —Tiritó y miró a Esteban—. El demonio del mago harapiento viene hacia aquí, y rápido.

Esteban suspiró.

—Esperábamos llegar a algo civilizado. Esta es tu última oportunidad, mago harapiento. ¿Qué dices de mi oferta?

—Que te follen —dije.

Los ojos de Esteban se volvieron negros y planos.

—Mátalo.

El cuerpo de Esmerelda intensificó lo que parecía un fervor sexual y se tumbó, con los colmillos fuera, soltando un ruido bajo rebotante de erotismo y necesidad física.

Durante los últimos segundos, los dedos de mi mano derecha habían desabrochado el amuleto de mi madre. Cuando la pequeña vampira se inclinó hacia mí, se encontró con el pentáculo de plata, el símbolo de aquello en lo que yo creía. Una estrella de cinco puntas, que representaban los cuatro elementos y el espíritu, unidos dentro de un círculo de control mortal, voluntad y compasión. No soy wiccano. No soy amigo de las iglesias de ningún tipo, a pesar de que he hablado, cara a cara, con un arcángel del Todopoderoso.

Pero había algunas cosas en las que creía. Algunas cosas en las que tenía fe. Y la fe no trata sobre la asistencia perfecta a los servicios o de cuánto dinero dejas en el cepillo. No se trata de quedarse en pelotas durante los Rituales Sagrados o meditar cada día sobre lo divino.

La fe trata sobre lo que tú haces. Trata sobre aspirar a ser mejor, más noble y más amable de lo que eres. Trata sobre hacer sacrificios por el bien de los demás... a pesar de que no haya nadie que te diga que eres un héroe.

La fe es un poder en sí mismo, uno incluso más elusivo y difícil de definir que la magia. Un símbolo de fe, presentado con verdadera creencia y sinceridad, es la maldición de muchos depredadores sobrenaturales... y una de las criaturas que se veían más afectadas eran los vampiros de la Corte Roja. No sé cómo funciona ni por qué. No sé si algún ser poderoso o Ser debe de estar implicado o algo parecido. Nunca le pedí a uno que lo hiciera, pero aun así, de todos modos uno de ellos me estaba respaldando.

El pentáculo brilló con una resplandeciente luz plateada que golpeó a Esmerelda como una ola de dos metros, que la apartó de mí e hizo jirones la máscara de carne que llevaba, revelando la criatura de su interior.

Me giré y le presenté el símbolo a Esteban, pero ya se había alejado varios pasos y solo lo obligó a levantar la mano para taparse los ojos mientras seguía retirándose.

Esmerelda emitió un siseo, serpentino, y vi una criatura demacrada con la piel negra levantarse entre los restos del vestido y la máscara de carne. Era tan pequeña como Esmerelda, pero sus brazos y piernas eran más largos, al menos un tercio de lo que habían parecido ser los de ella, largos y escuálidos. Tenía un vientre negro y flácido que le colgaba y su rostro podría hacer que uno de esos murciélagos de Sudamérica realmente feos se sintiera mejor consigo mismo.

Abrió las mandíbulas, mostrando los colmillos y una larga lengua que se retorció, rosa con motas blancas. Sus ojos completamente negros ardían con furia.

Las sombras se movieron mientras una luz de color azul pálido empezaba a acercarse y el bosque retumbó con el triunfante aullido de caza de Ratón. Había encontrado mi olor, o el de los vampiros, y se estaba acercando.

Esmerelda volvió a emitir un siseo, lleno de rabia y odio.

—No debemos —gruñó Esteban. Me rodeó con una velocidad sobrenatural, evitando el resplandeciente colgante. Agarró a la pequeña vampira por el brazo. Ambos me miraron fijamente un instante con sus fríos y vacíos ojos negros... y luego se escuchó una ráfaga de viento y se fueron.

Me desplomé en el suelo agradecido. Mi precipitado corazón empezó a ir más despacio; mi miedo, a sosegar. Aunque conservé mi confusión respecto a lo que estaba sucediendo. Quizás era tan enmarañado e imposible porque yo estaba muy cansado.

Sí. Cierto.

Ratón soltó un único ladrido y a continuación estaba junto a mí, sobre mí. Me dio golpecitos con la nariz hasta que levanté una mano y le rasqué un poco las orejas.

Thomas y Molly llegaron después. Me alegré de que Thomas hubiera dejado que Ratón hiciera la persecución, mientras él venía más despacio para que mi aprendiz no estuviera sola en el bosque. Sus ojos eran de color plata brillante, su boca dibujaba una línea petulante y en su pelo brillaban trozos de cristales rotos. La parte izquierda del torso de Molly estaba cubierta generosamente por pintura verde.

—Ok —dije con dificultad—. Estoy al revés.

—¿Qué es eso? —preguntó Molly, arrodillándose junto a mí con expresión preocupada.

—Al revés. Soy detective. Se supone que averiguo cosas. He estado trabajando al revés. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no tengo ni idea de lo que está pasando.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Thomas.

—Pierna —dije—. Costillas. Podrían estar rotas. No puedo aguantar el peso.

—Yo lo llevaré —dijo Thomas—. Encuentra un teléfono.

—Ok.

Mi hermano me cogió y me llevó por el bosque. Volvimos al coche.

A los restos del coche.

Miré pálido el desastre. Parecía como si alguien hubiera cogido el jaguar blanco de Thomas y lo hubiera metido en un compactador de basura con el Escarabajo Azul. Dos coches, juntos, habían sido aplastados en una masa de más de un metro. Los líquidos y la gasolina se derramaban por la calle.

Thomas me puso con cuidado sobre mi pierna buena mientras yo miraba mi coche.

No había modo de que el Escarabajo resucitara de esta. Me encontré a mí mismo soltando lágrimas. No era un coche caro. No era un coche *sexy*. Era mi coche.

Y ya no estaba.

—Maldición —mascullé.

—¿Hmmm? —preguntó Thomas. Parecía considerablemente menos destrozado que yo.

—Mi bastón estaba en el coche —suspiré—. Se tardan semanas en hacer uno de esos.

—Lara va a enfadarse conmigo —dijo Thomas—. Es el tercero en lo que va de año.

Puse los ojos en blanco.

—Sí. Siento tu dolor. ¿Qué ha pasado con la cosa grande?

—¿La pelea? —Thomas se encogió de hombros—. Tácticas de lidias de toros, principalmente. Cuando intentaba centrarse en mí, los otros dos iban por la espalda. Ratón hizo que te sintieras bastante orgulloso.

El perrazo movió la cola alegremente.

—¿Pintura? —pregunté.

—Oh, la cosa le tiró a Molly un bidón de 20 litros de pintura; o intentaba matarla con él o verla a través del velo. También funcionó unos cinco segundos, pero luego ella lo solucionó y volvió a desaparecer. Lo hizo bastante bien para ser alguien tan limitada en la ofensiva —dijo Thomas—. Déjame ver si puedo rescatar algo de mi carro. Perdona.

Yo simplemente me senté en la calle delante del coche y Ratón vino a sentarse conmigo, ofreciéndome un flanco peludo como apoyo. El Escarabajo Azul estaba muerto. Yo estaba demasiado cansado para llorar.

—He llamado a un taxi —dijo Molly, volviendo a aparecer—. Nos esperará a dos manzanas. Cógelo y nos velaré hasta que llegue.

—Sí —dijo Thomas, y volvió a cogerme.

No recuerdo estar despierto durante el trayecto en taxi.



Thomas sostuvo la mayoría de mi peso cuando mi pierna herida empezó a rendirse y me colocó en una de las butacas del salón.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —dijo—. Esos dos Rojos saben que está herido y exhausto. Volverán, para buscar una brecha o para intentar coger a uno de nosotros cuando seamos vulnerables.

—Cierto, cierto —dijo Molly—. ¿Cómo está?

Thomas se agachó delante de mí y me miró. Su iris parecía cromo pulido.

—Sigue grogui.

—¿Conmoción?

—Quizás. Le duele muchísimo.

¿Me dolía? Oh. Me dolía. Eso explicaría que no estuviera hablando, supuse.

—Dios —dijo Molly, le temblaba la voz—. Cogeré algunas de sus cosas.

—Esto no está bien —dijo Thomas—. Trae a Bob.

Molly sonó confundida.

—¿Traer qué?

En su expresión destelló la sorpresa y luego volvió a ser neutral.

—Perdona. Tengo los labios desconectados del cerebro. Trae las Espadas, las dos.

—No están aquí —dijo Molly, moviéndose por el apartamento. Su voz provenía de mi habitación—. Las movió. Las escondió, junto con su polvo fantasma y un montón de otras cosas ilegales.

Thomas frunció el ceño y luego asintió.

—Ok. Tendrá que servir. ¿Dónde lo llevamos?

Molly apareció en mi campo de visión y se arrodilló para mirarme. Cogió una de mis manos entre las suyas.

—Cualquier sitio que esté bien, supongo.

Thomas cogió aire lentamente. Sus ojos de plata se volvieron aún más brillantes. Sin duda daban miedo y eran fascinantes.

—Esperaba que tú conocieras un buen lugar. A mi casa no puedo llevarlo, eso seguro.

La voz de Molly se agudizó.



—Yo ni siquiera tengo una casa —dijo—. Sigo viviendo en la de mis padres.

—Menos lloros —dijo Thomas, su voz era fría— y más decirme un lugar al que llevarlo donde no lo maten.

—Lo... —empezó Molly. Luego cerró los ojos un segundo y moderó su tono—. Lo siento. Solo... —Levantó la mirada hacia Thomas—. Solo estoy asustada.

—Lo sé —dijo Thomas entre los dientes apretados.

—Humm —dijo Molly. Tragó saliva—. ¿Por qué tus ojos hacen eso?

Hubo una pausa larga antes de que Thomas respondiera.

—No son mis ojos, señorita Carpenter. Son los ojos de mi demonio. Para verte mejor.

—Demonio... —dijo Molly. Lo miraba fijamente—. Tienes hambre. En el sentido vampírico.

—¿Después de una pelea como esta? —dijo Thomas—. Apenas estoy cuerdo.

Ambos deberían haber sido más sensatos. Cada vez que un mago mira a otra persona a los ojos, corre el riesgo de desencadenar una visión más profunda, una miradita voyeurista a través de las ventanas del alma de otro. Recibes una imagen de la verdadera naturaleza de esa persona y esa te echa una ojeada a ti.

Solo era la segunda vez que había visto que una visión del alma les pasaba a otras personas. Hubo un instante en que ambos tenían los ojos fijos en los del otro. Los ojos de Molly se abrieron de repente, como un ciervo asustado, y se sacudió en una profunda inspiración. Lo miró con la barbilla girada hacia un lado, como si estuviera intentando, y no lo consiguiera, apartar la mirada.

Thomas se quedó quieto de una forma poco natural y, aunque sus ojos también se abrieron, me recordó más a un gato que se agazapaba con anticipación antes de saltar sobre su presa.

La espalda de Molly se arqueó ligeramente y un suave gemido escapó de ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dios —dijo—. Dios. No. No, eres hermoso. Dios, estás tan dolido, necesitas tanto... Déjame ayudarte... —Buscó torpemente la mano de Thomas.

Thomas no se movió mientras los dedos de Molly tocaban los suyos. Ni un músculo. Sus ojos se cerraron muy lentamente.

—Señorita Carpenter —susurró—. No me toque. Por favor.

—No, no pasa nada —dijo Molly—. No pasa nada. Estoy aquí.

La mano de Thomas se movió demasiado rápido como para verla. Le cogió la muñeca con sus pálidos dedos y ella soltó un corto jadeo. Él abrió los ojos y los centró en ella, y Molly empezó a respirar con más fuerza. Sus pezones se marcaron contra su camiseta y su boca se abrió con otro suave gemido.

Creo que hice un pequeño ruido de protesta. Ninguno de ellos lo escuchó.

Él se inclinó hacia delante, un movimiento felino y serpentino al mismo tiempo. Molly empezó a temblar. Se lamió los labios y empezó a inclinarse lentamente hacia delante, hacia él. Sus labios se encontraron y el cuerpo de Molly se estremeció, se

tenso y luego se puso rígido. Se le escapó un jadeo mientras se le ponían los ojos en blanco y Thomas de repente se apretó contra ella. Las caderas de Molly se mecieron contra él. Sus manos subieron por el cuerpo de Thomas y empezaron a agarrarle la camisa, arrancando los botones de la seda para que sus manos pudieran tocar su torso desnudo.

Ratón golpeó a Thomas como una bola de demolición.

La carga del perrazo apartó a mi hermano de mi aprendiz y lo tiró contra los ladrillos de la chimenea. Thomas soltó un rugido de pura rabia sorprendida, pero Ratón lo agarró por la garganta antes de que pudiera recuperarse.

Las mandíbulas del perrazo no se cerraron, pero las puntas de sus dientes se clavaron en la carne y mantuvo a Thomas ahí, con un gruñido que bullía en su pecho. La mano de mi hermano se sacudió para alcanzar el atizador que había junto a la chimenea. Ratón tomó nota de ello y le dio a Thomas una sacudida de aviso, hincando los dientes un poquito más. Mi hermano no dejó de intentar alcanzar el arma y vi la tensión reuniéndose en el cuerpo del perrazo.

Volví en mí mismo de una vez y dije, débilmente:

—Thomas.

Se quedó helado. Ratón ladeó una oreja hacia mí.

—Thomas —croé yo—. No. Está protegiendo a la chica.

Thomas soltó un jadeo, un sonido de dolor. Luego lo vi hacer muecas y obligarse a sí mismo a relajarse, a rendirse. Su cuerpo se liberó lentamente de la tensión de la lucha, puso hacia arriba las palmas de ambas manos y levantó la barbilla un poquito más.

—Ok —carraspeó—. Ok. Ahora está bien.

—Enséñame los ojos —dije.

Lo hizo. Eran una sombra de un gris muy muy pálido, con solo motitas de hambre brillante bailando en ellos.

Gruñí.

—Ratón.

Ratón se retiró lentamente, liberando gradualmente la presión de sus mandíbulas, apartando lentamente los dientes de la garganta de Thomas. Dio un par de pasos hacia atrás y se sentó, con la cabeza baja en una flexión de lucha que le mantenía la garganta cubierta. Siguió mirando de frente a Thomas, no hizo ningún ruido y no se movió. Aquello parecía extraño e inquietante en el perrazo.

—No puedo quedarme aquí —dijo Thomas. Las heridas de los mordiscos de su garganta parecían hinchadas, inflamadas. Los bordes estaban ligeramente ennegrecidos, como si los dientes del perro hubieran estado al rojo vivo—. No con ella así. —Cerró los ojos—. No quería hacerlo. Lo siento.

Miré a Molly, que estaba en posición fetal y temblaba, todavía respiraba con dificultad.

—Vete —dije.

—¿Cómo vas a...?

—Thomas —dije, y mi voz era ligeramente más fuerte, estaba llena de rabia—. Podrías haber herido a Molly. Podrías haberla matado. Mi única defensa está aquí haciéndote de niñera en lugar de montando guardia. Vete. No me haces bien de este modo.

Ratón soltó otro gruñido de advertencia.

—Lo siento —dijo Thomas de nuevo—. Lo siento.

Rodeó con cuidado a Ratón y se marchó, sus pies hacían poco ruido mientras subía las escaleras.

Me quedé ahí sentado un momento, dolido en prácticamente todos los sentidos. Todo mi cuerpo se estremeció con unos pinchazos desagradables, como si se hubiera dormido y ahora solo sentía cómo regresaba la circulación. El fuego del alma. Debía de haber sacado demasiado. El terror... La adrenalina debía de haberme mantenido en funcionamiento un rato, pero después de eso, colapsé en la pasividad pura.

El terror por mi hermano y Molly me había devuelto la voz, la voluntad, pero podría no durar. Me dolía estar sentado. Me dolía respirar. Mover cualquier cosa me dolía y no mover nada me dolía.

Así que, supuse, bien podría moverme.

Intenté levantarme, pero mi pierna izquierda no ponía nada de su parte y tuve suerte de no terminar en el suelo. Sin decírselo, Ratón se levantó y corrió hacia mi habitación. Escuché golpes fuertes mientras se metía corriendo debajo de la cama, lo cual requirió que la levantara con sus enormes hombros. Salió un momento después, llevando entre los dientes una de mis muletas, resto de mis heridas pasadas.

—¿Quién es un buen perro? —dije.

Movió la cola y volvió a por la otra. En cuanto tuve las dos, pude levantarme y cojear hasta la cocina. El Tylenol 3 es bueno, pero también es ilegal tomarlo sin prescripción si no eres canadiense, así que en ese momento estaba enterrado en el jardín de las locuras de mi madrina. Me tomé una gran dosis de Tylenol original, dado que no tenía mi Tylenol 3 ni de su primo menos conocido y de corta duración, Tylenol Dos: el dolor ataca de nuevo.

Me di cuenta de que le estaba diciéndole a Ratón todo esto en voz alta conforme lo pensaba, lo cual tenía el potencial de volverse peligroso si se convertía en un hábito. Cuando terminé y me bebí el tercer vaso de agua, me acerqué a Molly y le tomé el pulso. Era firme. Su respiración se había vuelto más lenta. Tenía los ojos ligeramente abiertos y miraba a la nada.

Mascullé en voz baja. La maldita niña iba a hacer que la mataran. Esta era la segunda vez que había estado muy cerca de que se la comiera un vampiro, aunque hay que admitir que la primera vez había sido indirectamente. Aun así, no podía ser bueno para ella que le volviera a pasar. Y si Thomas había empezado de verdad a alimentarse, no hacía falta decir lo que podría hacer con ella.

—Molly —dije. Luego más alto—: ¡Molly!

Cogió un poco de aire y parpadeó mirándome.

—Estás embadurnando de pintura toda mi alfombra —dije sin energía.

Se sentó, mirándose a sí misma y a la pintura verde que tenía por todo el cuerpo. Volvió a levantar la mirada hacia mí, confusa.

—¿Qué acaba de pasar?

—Le viste el alma a Thomas. Los dos perdisteis la perspectiva. Casi te come. —Le di un golpecito con una muleta—. Ratón te salvó. Levántate.

—Cierto —dijo—. Cierto. —Se levantó muy despacio, haciendo gestos de dolor y frotándose una muñeca—. Mmm. ¿Está... está bien Thomas?

—Ratón casi lo mata —dije—. Está asustado, avergonzado, medio fuera de sí mismo por el ansia y se ha ido. —Le di un ligero golpe en la pierna con la muleta—. ¿En qué estabas pensando?

Molly sacudió la cabeza.

—Si lo hubieras visto... Quiero decir, si lo hubieras visto a él. Ver lo solo que estaba. Sentir cuánto dolor tiene, lo vacío que se siente, Harry... —Volvió a lagrimear—. Nunca he sentido nada tan horrible en mi vida. Ni visto a alguien tan valiente.

—Aparentemente, decidiste ayudarlo dejándole que te arrancara la vida.

Me miró de frente unos segundos, luego se puso roja y apartó la mirada.

—Él... eso no la arranca. Es como... —Se puso roja—. Creo que la única palabra que funciona es «lamer». Como cuando lames la cobertura de una tarta. O... o el caramelo de una piruleta.

—Salvo que en cuanto te des cuenta de cuántos lametazos tarda en llegar a tu centro cremoso, estás muerta —dije—. O loca. Lo cual es algo espeluznante que tener en cuenta, dadas las cosas que puedes hacer. Así que te lo repito. —Le di un golpecito con la muleta en cada palabra—. En. Qué. Estabas. Pensando.

—No volverá a pasar —dijo, pero la vi temblar mientras lo decía.

Gruñí con escepticismo, mientras la miraba desde arriba.

Molly no estaba preparada. No para algo como lo que estuvieron a punto de hacer. Había tenido demasiada confianza y casi nada de juicio sensato.

Era frustrante. Cuando yo tenía su edad, había terminado mi aprendizaje en investigación privada y estaba abriendo mi propio negocio. Y llevaba viviendo bajo la Maldición de Damocles durante casi una década.

Por supuesto, tenía la ventaja de la experiencia respecto a Molly. Yo había hecho mi primer trato oscuro, con mi antiguo maestro Justin DuMorne, cuando tenía diez u once años, aunque no sabía en qué me estaba metiendo en aquella época. Hice el segundo con Leanansidhe cuando tenía dieciséis. Y había acabado bajo la observación del paranoico Guardián Morgan durante veinticuatro horas al día.

Para mí había sido un periodo corto, en ese aspecto, pero absolutamente plagado de lecciones en la escuela de los golpes duros. En aquel momento había tomado muchísimas decisiones estúpidas y de algún modo conseguí sobrevivir a ellas.

Pero tampoco había jugueteado con situaciones tan calientes como esta. Un trol debajo de un puente o uno o dos espíritus enfadados fue lo peor que me encontré. Pero me habían preparado para lo que me enfrentaba entonces.

Molly se estaba enfrentando a todo eso ella sola. Se había quemado antes una vez, pero a mí me costó más de un intento aprender esa lección.

Ella podría no sobrevivir a la siguiente prueba.

Levantó la mirada hacia mí y me preguntó:

—¿Qué?

—Tenemos que movernos —dije—. Me encontré con los Eebs mientras vosotros tres jugabais con el Ik'k'... con el Ik'ku-ku-kachu... —Arrugué la nariz, intentando recordar el nombre de la criatura, pero no pude—. Con el Ick —dije—, y fueron encantadores en un sentido completamente amoral y mortífero. Thomas tenía razón: irán detrás de mí, en busca de una oportunidad. Nos vamos.

—¿Dónde?

—Santa María —dije—. La Corte Roja no puede entrar en suelo sagrado y Susan sabe que lo he usado antes como plan B. Martin y ella pueden alcanzarnos ahí. Y yo tengo que descansar un poco.

Se levantó, asintiendo.

—Ok, ok. Te cogeré algo de ropa limpia, ¿vale?

—Llama a un taxi primero —dije—. Y pon en la maleta el Tylenol. Y comida para Ratón.

—Vale. Ok.

Me apoyé en las muletas y me quedé de pie mientras ella se movía por la habitación. No quería arriesgarme a sentarme de nuevo. El Tylenol me había quitado lo peor del dolor, y mis pensamientos, aunque estaban cansados e inactivos, parecían estar firmemente conectados con mi cuerpo de nuevo. No quería arriesgarme a relajarme en la lasitud.

—Ya me quedo yo aquí, no te molesto —murmuré, e hice un esfuerzo. Era hacer algo que tampoco iba a cagarla más.

Un poco después, Ratón ladró desde lo alto de las escaleras en el exterior y Molly las subió con poca energía.

—El taxi está aquí, Harry —gritó.

Me puse en movimiento. Subir las escaleras con muletas no es divertido, pero lo he hecho antes. Me tomé mi tiempo, moviéndome lenta y constantemente.

—¡Cuidado! —gritó Molly.

Una botella se estrelló contra lo alto de la pared interior de la escalera y su contenido se derramó por todas partes, mientras el fuego se extendía. El viejo cóctel mólotov, sigue siendo un arma formidable incluso después de un siglo de uso. Esas cosas tienen algo más que mero combustible en llamas. Fuego que abrasa el oxígeno del aire que lo rodea, especialmente cuando tiene una bonita y profunda escalera que usar como chimenea. Y no necesitas que te salpique el combustible que se derramaba

para quemarte. Cuando el fuego está lo suficientemente caliente, quema la carne sin cubrir desde centímetros o metros de distancia y convierte la atmósfera que lo rodea en un horno.

Solo me faltaban dos o tres escalones para llegar arriba, pero me tambaleé hacia atrás antes de que algo pudiera hacerse a la parrilla; había estado ahí, lo había vivido, no iba repetirlo. Intenté caer sobre mi lado no herido, pensando que también se merecía una oportunidad de unirse a la diversión. Aterricé más o menos como quería y me dolió como mil demonios, pero al menos no me desmayé. Aunque grité unas cuantas maldiciones vitriólicas mientras el fuego rugía sobre mí, saltando de mi pequeña escalera al resto de la casa, mordiendo la antigua madera como una cosa viva, hambrienta.

—¡Harry! —gritó Molly desde algún lugar por encima de las llamas—. ¡Harry! —Ratón soltó un aullido que sonaba a corazón roto y vi el fuego que tenía detrás escalar por los laterales de la casa. El fuego estaba empezando desde el exterior. Cuando activara las alarmas antiincendios, sería demasiado tarde para escapar.

A aquellas horas de la noche, en algún lugar por encima de mí, la señora Spunkelcrief dormía ajena al peligro. Y en la segunda planta, mis vecinos más ancianos, los Willoughby, estarían en una situación similar, todo porque tenían la mala suerte de vivir en el mismo edificio que yo.

Una de mis muletas se me había caído en lo alto de las escaleras y se le había pegado fuego a un extremo. No había modo de que sacara mucha magia de mi sombrero, no hasta que no hubiera comido y descansado. Campanas infernales, de hecho ni siquiera sabía si podía mantenerme en pie por mí mismo. Pero si no hacía algo, tres personas inocentes, aparte de mí mismo, iban a morir en un incendio.

—Vamos, Harry —dije—. No estás medio lisiado. Eres medio competente.

El fuego rugía con más fuerza y no me creí a mí mismo ni por un segundo.

Pero puse las manos en el suelo y empecé a levantarme.

—Hazlo o muere, Dresden —me dije a mí mismo con fiereza, ignorando firmemente el miedo que latía en mi pecho—. Hazlo o muere.

Lo de morir en realidad parecía mucho más probable.



Miré el techo de mi apartamento, renqueando con la muleta. Encontré el lugar que pensé que sería la sala de estar de la señora S y me di cuenta de que uno de mis viejos sofás estaba debajo de él.

Usando la muleta como palanca, deslicé uno de sus extremos detrás de una de mis grandes estanterías y tiré. La estantería se tambaleó y cayó con un gran estruendo de novelas en rústica y estantes de madera dura, estrellándose contra mi sofá. Rugí de satisfacción y me subí a la estantería caída, usando su parte trasera como rampa. Gateé dolorido hasta el extremo de la rampa, levanté la mano derecha y activé uno de los anillos que llevaba en ella.

Eran herramientas mágicas, creadas para almacenar un poco de energía cinética cada vez que movía el brazo, y cuando funcionaban al máximo de su capacidad lanzaban un montonazo de energía, y los acababa de cargar en el saco de boxeo. Cuando liberé el anillo, una fuerza invisible golpeó mi techo, lo travesó completamente, así como el suelo de la habitación que había por encima, rasgando la desgastada moqueta del color de la mostaza seca.

Ajusté mi puntería un poco y liberé toda la carga del anillo del siguiente dedo, y de otro después de este, y cada uno ensanchó más la apertura hasta que fue lo suficientemente grande para pensar que debía de entrar por ella.

Enganché el extremo acolchado de la muleta en una de las vigas del grueso suelo y la usé para impulsarme hacia arriba con la pierna buena. Luego lancé la muleta hacia arriba por el agujero y alargué el brazo para meterme por él.

Míster soltó un maullido severo y preocupado, y me quedé helado en el sitio. Mi gato todavía estaba en el apartamento.

Miré alrededor de la habitación para buscarlo y lo encontré agazapado en su lugar favorito en lo alto de la estantería más alta. Tenía los pelos de punta y cada uno de sus músculos parecía tenso y rígido.

Ya había lanzado la muleta por el agujero. Si volvía a por él, probablemente no podría ponerme de pie cuando volviera a la rampa. No tenía ni idea de cómo iba a sujetarlo mientras subía, asumiendo que pudiera hacerlo. Míster pesaba casi catorce kilos. Era un obstáculo de la hostia en una escalada.

Es más, si el fuego se expandía tan rápido como creía yo, el tiempo adicional que tardaría podría significar que me quedara atrapado sin ninguna salida posible. Y no habría nadie para ayudar a la señora S y a los Willoughby.

Quería a mi gato. Era mi familia.

Pero al mirarlo supe que no podía salvarlo.

—A menos que uses tu maldito cerebro —me dije a mí mismo—. Dah. No te rindas nunca. No te rindas nunca.

Las ventanas a ras del suelo de mi apartamento eran demasiado pequeñas para servirme a mí como medio de escape, pero Míster podía salir por ellas con facilidad. Apunté, usé una única carga de mi anillo e hice pedazos la ventana que estaba más cerca del gato. Míster captó la indirecta de inmediato y se movió con cuidado por lo alto de dos librerías. Había un salto de metro y medio desde lo alto de la estantería hasta la ventana, pero Míster hizo que pareciese algo casual. Me sentí sonreír con fiereza mientras desaparecía por la ventana rota y salía al frío aire de la noche de octubre.

Estrellas y piedras, al menos había conseguido una cosa positiva aquel día.

Me giré, alargué los brazos hacia la apertura que había por encima de mi cabeza y salté con toda la fuerza que pude con una pierna. No era un salto muy grande, pero fue suficiente para meter los brazos por el agujero y apoyar los codos a ambos lados de la abertura. Me ardían las costillas mientras daba patadas y me retorció para abrirme paso por el agujero y me lancé en el salón de la señora Spunkelcrief.

Lo habían decorado en los años 70, a juzgar por el amarillo mostaza seca de la moqueta y el papel verde oliva de las paredes, y estaba lleno de muebles y chismes. Me arrastré desde el agujero y golpeé un pequeño expositor de platos al hacerlo. La estancia estaba ligeramente iluminada por las llamas que brillaban en el exterior. Agarré la muleta, me puse en pie con un dolor agudo y cojeé por el apartamento.

Encontré a la señora S en el único dormitorio del apartamento. Estaba durmiendo casi sentada, apoyada en una pila de cojines. Tenía la vieja televisión encendida, sin volumen, y en la parte inferior de la pantalla aparecían subtítulos. Cojeé hacia ella y la sacudí con delicadeza.

Se despertó sobresaltada y me dio un puñetazo con una mano diminuta. Me caí de espaldas sobre el trasero, más bien de pura sorpresa que de otra cosa, e hice una mueca de dolor... de la caída, no del puñetazo. Sacudí la cabeza y levanté de nuevo la vista y me encontré a la ancianita sujetando un pequeño revólver, probablemente del calibre 38. En sus manos parecía que tenía el tamaño de una Magnum. Lo sujetaba como si también supiera lo que estaba haciendo, con ambas manos, mirándome por las mirillas de la pistola.

—¡Señor Dresden! —dijo, chillando—. ¿Cómo se atreve?

—¡Fuego! —dije—. ¡Señora S, fuego! ¡Fuego!

—Bueno, no abriré fuego si te quedas quieto —dijo con un tono quejumbroso. Soltó la mano izquierda de la pistola y alargó el brazo hacia el teléfono—. Voy a



llamar a la policía. Quédate quieto de verdad o te disparo. No es un farol. Era la pistola de mi abuelo. Legal y limpia.

Intenté señalar hacia la puerta del dormitorio sin mover el cuerpo, haciendo señas con la punta de los dedos e inclinando la cabeza.

—¿Estás drogado, chico? —dijo, tecleando los números del teléfono sin mirar—. Te comportas como un yonqui loco. Acercarte a una anciana... —Miró más allá de mí, donde había una luz bastante brillante que parpadeaba salvajemente en el pasillo, fuera del dormitorio.

Yo seguí contoneando los dedos y moviendo la cabeza hacia el fuego, desesperadamente.

Los ojos y la boca de la señora S se abrieron como platos.

—¡Fuego! —gritó de repente—. ¡Hay un incendio ahí mismo!

Asentí con la cabeza, frenéticamente.

Bajó la pistola y empezó a dar patadas para despejarse el camino de colchas y cojines. Llevaba un pijama de franela, pero de todos modos agarró una bata azul y corrió hacia la puerta.

—¡Vamos, chico! ¡Hay un incendio!

Luché desesperadamente por ponerme en pie y empecé a salir cojeando. Se volvió hacia mí, aparentemente sorprendida por moverse más rápido que yo. Ahora se podía escuchar el fuego y el humo había empezado a hacer que el aire fuera más denso.

Señalé al techo y grité:

—¡Los Willoughby! ¡Willoughby!

Miró hacia arriba.

—¡Santo Dios Todopoderoso! —Se giró y corrió por el pasillo y se encontró con un muro de tres metros que ya se estaba convirtiendo en una capa de llamas. Se agarró a algo, maldijo, se colocó la bata debajo del brazo y cogió algo, usando la tela como un guante de horno. Corrió hacia mí con un manojito de llaves.

—¡Vamos! ¡La puerta delantera ya está bloqueada! ¡Vamos por la de atrás!

Ambos corrimos hacia la puerta trasera de la casa y salimos a un patio minúsculo y vi de golpe que toda la parte delantera de la casa estaba en llamas.

Las escaleras que subían a casa de los Willoughby ya estaban ardiendo.

Me giré hacia la anciana y grité:

—¡Escalera! ¿Dónde hay una escalera de mano? ¡Necesito usar una escalera de mano!

—¡No! —me gritó ella a mí—. ¡Tienes que usar la escalera de mano!

Santo Dios.

—¡Ok! —le respondí gritando y levanté los pulgares.

Se movió deprisa hacia el pequeño cobertizo del patio trasero. Cogió una llave y abrió la cerradura. Yo abrí la puerta y cogí la escalera extensible de metal que usaba para poner y quitar las luces de Navidad. Dejé la muleta y usé la escalera para apoyar

parte del peso. Fui todo lo rápido que pude, pero me pareció que tardé una eternidad en colocar la escalera debajo de la ventana del dormitorio de los Willoughby.

La señora Spunkelcrief me pasó un ladrillo suelto de una de las macetas de obra que había en la pared.

—Ten. Yo no puedo subir esa cosa. Mi cadera.

Cogí el ladrillo y me lo metí en el bolsillo del guardapolvo. Luego empecé a subir la escalera, me agarraba a un peldaño con las dos manos, luego me impulsaba hacia arriba con un doloroso saltito. Repetí, cada vez con más dolor, con más dificultad. Apreté los dientes para no gritar.

Y luego me encontré una ventana delante de mí.

Saqué el ladrillo del bolsillo, lo lancé y rompí la ventana.

Salió humo negro, que me alcanzó mientras inhalaba. Empecé a toser con fuerza, mi voz se ahogó mientras intentaba gritar:

—¡Señores Willoughby! ¡Fuego! ¡Tienen que salir! ¡Fuego! ¡Salgan por la ventana y bajen la escalera!

Escuché a dos personas toser y atragantarse. Intentaban decir: «¡Ayuda!».

Algo, quizás el pequeño depósito de propano de la barbacoa de la señora Spunkelcrief, explotó con un ruido similar al de un melón del tamaño de un dinosaurio golpeando el suelo. El golpetazo derribó a la señora S y golpeó el extremo de la escalera que quedaba por debajo de mí.

Me caí. Fue una sensación horrible, de impotencia, mi cuerpo se retorció mientras yo intentaba aterrizar, pero no había tenido ninguna advertencia y fue un intento fútil. Di con las lumbares en las macetas de ladrillo y superé mi récord personal de dolor.

—Oh, santo Dios —dijo la señora Spunkelcrief. Se arrodilló junto a mí—. ¿Harry?

En algún lugar empezaron a sonar sirenas. No llegarían a tiempo para salvar a los Willoughby.

—Atrapados —dije a trompicones en cuanto pude volver a respirar—. Están ahí arriba, pidiendo ayuda.

El fuego rugió más fuerte y se volvió más brillante.

La señora S miró hacia la ventana. Agarró la escalera y se peleó con ella hasta devolverla a su posición, aunque el esfuerzo la dejó jadeando. Luego intentó colocar un pie en el primer peldaño. Se agarró a la escalera, empezó a levantar su peso... y gimió mientras se le torcía la pierna y caía al suelo.

Gritó, había agonía en su temblorosa voz.

—¡Oh, santo Dios! ¡Ayúdanos!

Un joven de color con una gabardina oscura que le llegaba hasta las rodillas saltó los arbustos del patio trasero y se dirigió hacia la escalera. Tenía la constitución de un línea de fútbol americano profesional, pero se movía más rápido que un apoyador, y empezó a subir la escalera de mano como si fuera una escalera ancha. El único Caballero de la Cruz del planeta me lanzó una sonrisa rápida mientras subía.

—¡Dresden!

—¡Sanya! —aullé—. ¡Dos! ¡Hay dos en el dormitorio!

—*Da*, ¡dos! —respondió, su profunda voz retumbaba. La hoja curva de Esperacchius colgaba junto a su cadera y la sacó con una habilidad instintiva, inconsciente, mientras entraba por la ventana. Salió un momento después, con la señora Willoughby al hombro, mientras sujetaba la mayor parte del tembloroso cuerpo del señor Willoughby con el otro.

Sanya salió primero, con la anciana colgando sin fuerzas de su hombro, para poder ayudar al señor Willoughby a subir a la ventana y llegar a la escalera. Bajaron despacio y con cuidado, y mientras Sanya dejaba cuidadosamente a la anciana sobre la hierba, llegó el primer equipo de emergencias.

—¡Santo Dios! —dijo la señora S, llorando abiertamente mientras cogía a Sanya del brazo—. Debe de haberte enviado a nosotros, hijo.

Sanya le sonrió mientras ayudaba al señor Willoughby a bajar al suelo. Luego se giró hacia mi casera y dijo, con un acento ruso menos fuerte que el que tenía la última vez que lo vi:

—Probablemente solo fuera una coincidencia, señora.

—No creo en esas cosas —dijo la señora Spunkelcrief—. Que Dios te bendiga, hijo. —Y lo abrazó con fuerza. Los brazos de la anciana no podían rodearlo del todo, pero Sanya devolvió el abrazo amablemente durante unos segundos.

—Señora —le dijo—, debería dirigirse a los técnicos médicos para que vengan aquí.

—Gracias, gracias —dijo, soltándolo—. Pero ahora tengo que hacer que esos chicos de las ambulancias vengan aquí. —Se detuvo y me sonrió—. Y gracias a ti también, Harry. Eres un chico muy bueno. —Luego se alejó corriendo.

Ratón vino corriendo por el lado de la casa por el que acababa de irse la señora S y corrió para subírseme encima y lamerme la cara. Molly iba detrás, no demasiado lejos. Lanzó un gritito y me apretó con fuerza durante varios segundos. Levantó la vista y dijo:

—¿Sanya? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ey, ey —dije yo—. Tranquila.

Molly me liberó de su abrazo.

—Perdona.

—Sanya —dije, haciéndole un gesto con la cabeza—. Gracias por la ayuda.

—Parte del trabajo, ¿*da*? —respondió, sonriendo—. Encantado de ayudar.

—De todos modos —dije, con la voz ronca—, gracias. Si les hubiera pasado algo...

—Oh, Harry —dijo Molly. Volvió a abrazarme.

—Tranquila, padawan, tranquila —dije suavemente—. Creo que deberías tener cuidado.

Se echó hacia atrás frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

Cogí aire y lo solté despacio, y dije, en voz muy baja:

—No siento las piernas.



No tardé mucho en convencer a Sanya y Molly de que no me llevaran al hospital. Resultó que los Eebs habían aparecido, habían lanzado su bomba incendiaria desde un coche en movimiento y se habían marchado, un *modus operandi* consistente con el anterior atentado que habían cometido contra mi vida, salvo que esta vez los habían identificado. La descripción de Molly del lanzador era la viva imagen de Esteban.

Tenía que admitirlo, la pareja vampiro tenía una forma muy práctica de enfocar la violencia a largo plazo: golpear un punto débil y atormentar a la víctima mientras ellos se exponían a un riesgo mínimo. Si hubiera estado un par de escalones más arriba cuando llegó ese mólotov, estaría muerto o cubierto de quemaduras de tercer grado. De uno en uno, era posible que sus atentados no disfrutaran de una alta tasa de éxito, pero solo tenían que acertar una vez.

Sería coherente con ese estilo práctico y a sangre fría tener vigilados los hospitales para ir a rematarme, durante una operación, por ejemplo, o mientras todavía estaba en recuperación. Sin embargo, Sanya tenía algo de formación en emergencias sanitarias. Robó tranquilamente una camilla de alzado de una ambulancia abierta mientras sus técnicos examinaban a los Willoughby y me pusieron en ella mediante un procedimiento que Sanya dijo que protegería mi columna vertebral. A mí me pareció un tanto «demasiado poco, demasiado tarde», pero estaba demasiado cansado para vacilarle.

No podía sentir nada de cintura para abajo, pero aparentemente eso no significaba que el resto de mí dejara de dolerme. Sentí que levantaban la camilla y cuando abrí los ojos fue solo para ver que casi un tercio del edificio cedía y se estrellaba en el sótano... en mi apartamento. Obviamente el edificio era una causa perdida. Los bomberos se estaban centrando en contener las llamas y en evitar que se propagaran a las casas cercanas.

Cargaron la camilla en la minifurgoneta de alquiler que, por una feliz coincidencia, le habían dado a Sanya en el aeropuerto cuando llegó, sin cargos adicionales, en lugar del monovolumen que había reservado pero que no le podían dar. Mientras se alejaba entre la confusión y antes de que los policías pudieran precintarlo todo, vi mi casa arder a través de la ventanilla trasera de la furgoneta.

Incluso después de alejarnos varias manzanas, pude ver el humo alzándose en una columna negra. Me pregunté qué cantidad de ese humo lo habían producido mis libros. Mi guitarra de segunda mano. Mis ropas. Mi viejo y cómodo mobiliario. Mi cama. Mis mantas. Mi despertador de Mickey Mouse. El equipo de mi laboratorio que conseguí o creé trabajando muy duro, los sacrificios de años de esfuerzo paciente, infinitas horas de concentración y lanzar conjuros.

Ya no estaban.

El fuego es destructivo de una manera espiritual tanto como lo es de una manera material, es una fuerza purificadora que devora y dispersa la energía mágica. En un fuego tan grande todo lo que jamás había construido, incluso los constructos puramente mágicos, quedarían destruidos.

Maldición.

Maldición, pero odiaba a los vampiros.

Mi día había sido un infierno, en conjunto, pero prácticamente lo único que me quedaba era mi orgullo. No quería que nadie me viera llorar. Así que me quedé callado en la parte trasera de la furgoneta mientras Ratón se quedaba tumbado muy cerca de mí.

En algún momento, la pena se convirtió en sueño.

Me desperté en el trastero de Santa María de los Ángeles, donde el padre Forthill tenía varias camas plegables de repuesto y ropa de cama. Lo había visitado varias veces en el pasado. Santa María era un bastión sorprendentemente robusto contra los villanos sobrenaturales de casi cualquier índole. El suelo sobre el que se encontraba estaba consagrado, así como todas las paredes, puertas, suelos y ventanas, bendecidos por plegarias y rituales majestuosos, misas y comuniones durante décadas, hasta que esa energía positiva y gentil permaneció en el suelo, en cada una de las piedras con las que estaba construida la iglesia.

Me sentía más seguro, pero solo un poco. Puede que los vampiros no pudieran poner un pie en suelo sagrado, pero ellos lo sabían, y alguien como los Eebs sin duda lo tendría en cuenta. Los asesinos humanos contratados podrían ser tan peligrosos como los vampiros, si no más, y el aura protectora que rodeaba el edificio ni siquiera podía hacerles pestañear.

Y, supuse, siempre podían prenderle fuego y que ardiera conmigo dentro si de verdad de la buena querían pillarme. Intenté imaginarme a mí mismo un siglo después, todavía esquivando vampiros y encontrándome mi casa calcinada hasta los cimientos cada tanto.

De ningún modo iba a aceptar eso. Tenía que encargarme del problema de los Eebs.

Y luego me acordé de mis piernas. Alargué una mano para tocarme el muslo.

No sentí nada. Absolutamente nada. Sentí completamente como si tocara la pierna de otra persona. Intenté mover las piernas y no sucedió nada. Quizás había sido

demasiado ambicioso. Tiré de la manta hasta que me pude ver los pies. Intenté moverlos. No lo conseguí.

Podía sentir la camilla debajo de mí y la venda alrededor de mi cabeza que me impedía moverla para mirar a mi alrededor. Me rendí con lo de las piernas en un intenso arranque de frustración y levanté los ojos hacia el techo.

Había un trozo de papel pegado, directamente sobre mi cabeza. Estaba garabateado con la letra de Molly, escrito en grande y con rotulador ponía: «Harry. No intentes levantarte, ni mover el cuello ni la espalda. Vamos a comprobar cómo estás varias veces a la hora. Alguien estará ahí pronto».

Cerca había una vela encendida, sobre una mesa plegable. Era la única luz de la habitación. No podía decir cuánto tiempo llevaba encendida, pero parecía una vela bastante longeva y casi estaba consumida. Cogí y solté aire a un ritmo constante, por la nariz, y percibí algunos olores que medio recordaba. ¿Perfume de algún tipo, quizás? O quizás solo el olor del cuero nuevo, recién teñido con el duro aroma del curtido y el gomoso olor del pigmento. Además podía oler el polvo de la vieja habitación. Hacía poco que la iglesia había empezado a usar el sistema de calefacción durante el invierno. Pude oler el cálido aroma del polvo chamuscado que siempre sale de los conductos de ventilación la primera vez que alguien enciende la calefacción después de un tiempo sin necesitarlo.

Me alegraba de no tener frío. De todos modos, no hubiera podido hacer nada contra ello.

La vela se consumió y me dejó solo en la oscuridad.

En mis recuerdos, la vieja caricatura ensangrentada de un hombre, con la mayor parte de la piel cubierta de manchas, me miraba con una satisfacción demente y susurraba: «Muere solo».

Me estremecí y me quité de encima esa imagen. Cassius estaba completamente muerto. Eso lo sabía. Era un paria miembro de la sociedad de los frikis dementes conocida como los Caballeros del Denario Negro que se había acoplado a un nigromante tarado para conseguir la oportunidad de atormentarme. Le había faltado un pelo para diseccionarme. Pude derrotarlo al final, y él lanzó una maldición de muerte mientras estiraba la pata. Una maldición como esa, un conjuro lanzado en los últimos instantes de vida, podía tener efectos horribles para la víctima. Su maldición, que yo muriera solo, era bastante vaga para como son esas cosas. Probablemente ni siquiera había tenido el poder suficiente o la concentración para que funcionase.

Seguro. A lo mejor ni lo había hecho.

—¿Hola? —le dije a la oscuridad—. ¿Hay alguien ahí?

No había nadie.

Muere solo.

—Deja eso —solté en voz alta—. Contrólate, Dresden.

Parecía un buen consejo. Así que empecé a respirar profunda, constante y controladamente e intenté centrar mis pensamientos. Centrarse. Reflexionar. Razonar.

Decisión segura. Eso era lo que me iba a sacar de esta.

Hecho uno: mi hija todavía estaba en peligro.

Hecho dos: estaba herido. Quizás de gravedad. Quizás para siempre. Incluso la eficiente resistencia del cuerpo de un mago tenía sus límites y una columna rota probablemente estaba más allá de eso.

Hecho tres: Susan y Martin no podían recuperar a la niña por sí solos.

Hecho cuatro: no había mucha ayuda en camino. Quizás, con Sanya a nuestro lado, la misión suicida podía considerarse solo casi suicida. Después de todo, los Caballeros de la Cruz eran palabras mayores. Tres, aparentemente, eran Caballeros suficientes para proteger todo el mundo. Durante los últimos años, el ruso de piel oscura había cubierto las tres posiciones y parecía que lo hacía bien. Lo cual tenía cierto sentido, supongo; Sanya era el portador de Esperacchius, la Espada de la Esperanza. Necesitábamos esperanza en ese momento. Al menos yo la necesitaba.

Hecho cinco: me había perdido la cita con Ebenezar hacía muchas horas. Nunca tuve la intención de ir y no podía hacer nada sobre el hecho de que fuera a enfadarse, pero mi ausencia probablemente me había costado el apoyo del Consejo Gris, aunque fuera poco.

Hecho seis: Sanya, Susan, Martin y cualquier otra escasa ayuda que pudiera encontrar no podrían llegar a Chichén Itzá sin mí... y estaba segurísimo de que yo no podía llegar allí tal y como estaba. Según los recuerdos almacenados en la joya de mi madre, el Camino requería nadar.

Hecho siete: iba a Aparecer para mi hija y al infierno con lo que me fuera a costar.

Y tan solo se abrían ante mí tantas opciones.

Opté por la menos aterradora. Cerré los ojos, controlé la respiración y empecé a imaginarme una habitación en mi mente. Mi ahora destrozado círculo de invocación estaba en el suelo. Había velas encendidas a su alrededor en cinco puntos equidistantes. El aire olía a incienso de madera de sándalo y a cera quemada. Tardé unos minutos en imaginarme todo eso, con perfecto detalle, y retenerlo en mi mente, sólido como una roca en mi imaginación, como la verdadera habitación que estaba remplazando el constructo.

Requería una energía y una disciplina considerables.

La magia no necesita atrezo para funcionar. Es un concepto que se ha apropiado ampliamente la comunidad de magos a lo largo de los siglos. Ayudaba a demostrar a los aldeanos asustados, a los inquisidores y a cualquier otro que pudiera estar preocupado por una persona que claramente no era un mago. Si fuera así, tendría todo tipo de instrumentos mágicos necesarios para hacer su trabajo.

La magia no necesita atrezo, pero la magia la forja la gente, y la gente lo necesita. Cada utensilio tiene una razón simbólica, así como una razón práctica, para formar parte de cualquier conjuro. Las cosas simples, como las velas encendidas y similares,



podían conseguirse claramente con la mente, lo que con el tiempo se convertía en una tarea fácil e inconsciente como atarse los zapatos.

Sin embargo, una vez consiguiera las cosas complicadas, tendrías un montón de cosas de las que llevar la cuenta en tu cabeza, visualizar flujos de energía, su manipulación, etcétera. Si tienes el atrezo real, sirve como una especie de recurso nemotécnico: relacionas una cierta imagen con el utensilio, en tu cabeza, y cada vez que ves o tocas ese utensilio, la imagen viene con él. Sencillo.

Salvo que yo no tenía nada de atrezo.

Estaba improvisando todo sobre la marcha. Pura imaginación. Pura concentración.

Pura arrogancia, en realidad. Pero había tocado un fondo más profundo del habitual.

En mi mente, encendí las velas, caminé lentamente alrededor del círculo en el sentido de las agujas del reloj (o deosil, como se llama en los cuentos de hadas, las canciones celtas y ciertos compases de la Wicca), accionando gradualmente la energía que necesitaba para funcionar. Me di cuenta de que me había olvidado de hacer el suelo de algo específico, en mi cabeza, y el espacio del suelo conceptual, de horizonte a horizonte, de repente se convirtió en el linóleo de mi primer apartamento andrajoso de Chicago. Era horrible, líneas verdes sobre un fondo gris, pero sencillo de visualizar.

Me imaginé realizando el conjuro sin ni siquiera mover el cuerpo, visualizando hasta el último detalle, todo, desde el modo en que el suelo se me clavaba desagradablemente en las rodillas cuando empezaba hasta la ligera torpeza de los dedos de mi mano izquierda, que siempre parecía un tanto temblorosa cuando me ponía nervioso.

Cerré el círculo. Reuní el poder. Y, cuando todo estaba preparado, mantuve absolutamente todo en mi imaginación con tanta nitidez que parecía más real que la habitación que me rodeaba, volqué el Poder en mi voz y dije tranquilamente: «Uriel, ven a mí».

Por un segundo, no pude decir si la suave luz blanca había aparecido solo en mi cabeza o si realmente estaba en la habitación. Luego me di cuenta de que se me clavaba en los ojos dolorosamente. Era real.

Mantuve el conjuro en mi cabeza, ahora al ser una escena era más fácil. Solo tenía que mantener la concentración.

Miré en la luz y vi a un hombre joven y alto. Llevaba unos vaqueros, una camiseta y una cazadora campera. El pelo rubio le caía sobre los ojos, pero eran azules, brillantes e ingenuos mientras recorría con la mirada la habitación. Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora y asintió con la cabeza lentamente.

—Me preguntaba cuándo iba a recibir esta llamada.

—¿Entonces sabes lo que está pasando? —pregunté.

—Sí, sí —respondió, quizás con el más leve deje de impaciencia en su tono. Giró la mirada hacia mí y frunció el ceño de repente. Se inclinó hacia delante ligeramente, observándome.

Cuidadosamente, fortifiqué y mantuve la imagen del círculo mágico de restricción en mi imaginación. Cuando se invoca a una entidad, el círculo es lo único que protege al que llama de su ira.

—Por favor, Dresden —dijo el arcángel Uriel—. Es un círculo muy bonito, pero no puedes pensar de verdad que supone algún tipo de obstáculo para mí.

—Me gusta ir sobre seguro —dije.

Uriel soltó un bufido nada angelical. Luego asintió con la cabeza y dijo:

—Ah, ya veo.

—¿Ver qué?

Se detuvo y dijo:

—Por qué me has llamado, por supuesto. Tu espalda.

Gruñí. Me supuso más esfuerzo de lo habitual.

—¿Está muy mal?

—Rota —dijo—. Es posible que, como mago, tu cuerpo pueda soldar los extremos de nuevo en cuarenta o cincuenta años. Pero no hay modo de estar seguro.

—Necesito que se arregle —dije—. Ahora.

—Entonces quizás no deberías haberte subido a esa escalera en tu estado.

Solté un gruñido e intenté girarme hacia él. Solo fracasé un poco. Mi cuerpo no dejó nunca la superficie de la camilla.

—No —dijo Uriel tranquilamente—. No merece la pena enfadarse por eso.

—¿¡No enfadarme!?! —pregunté—. ¡Mi hija va a morir!

—Tomaste tus propias decisiones —me dijo Uriel—. Una de ellas te ha traído aquí. —Extendió las manos—. Has bateado la pelota, hijo. No hay nada que hacer, salvo seguir jugando.

—Pero podrías curarme si quisieras.

—Mi sabiduría no tiene nada que ver con eso —dijo con calma—. Podría curarte si estuviera destinado a hacerlo. El libre albedrío debe tener prioridad para que tenga significado.

—Me estás hablando de filosofía —dije—. Yo te estoy diciendo que una niña va a morir.

La expresión de Uriel se oscureció por un momento.

—Y yo te estoy diciendo que estoy muy limitado en términos de lo que puedo hacer para ayudarte —dijo—. Limitado, en realidad, a lo que ya he hecho.

—Sí —dije—. Fuego del alma. Casi me mato con él. Gracias.

—Nadie te está obligando a usarlo, Dresden. Es tu decisión.

—Cooperé contigo cuando necesitaste ayuda —dije—. ¿Y así es cómo me lo pagas?

Uriel puso los ojos en blanco.

—Intentaste enviarme una factura.

—Si quieres poner un precio, siéntete libre —dije—. Lo pagaré. Sea lo que sea. El arcángel me observó, con los ojos tranquilos y sabios y tristes.

—Sé que lo harás —dijo en voz baja.

—Maldición —dije, con la voz rota. Empezaron a brotar lágrimas de mis ojos. Los colores y las líneas de mi imaginación empezaron a difuminarse—. Por favor.

Uriel pareció estremecerse al escuchar la palabra. Apartó el rostro de mí, claramente incómodo. Estaba callado.

—Por favor —repetí—. Sabes quién soy. Sabes que preferiría que me arrancaran las uñas a suplicar. Y te estoy suplicando. No soy lo suficientemente fuerte para hacer esto por mí mismo.

Uriel escuchó, sin mirarme en ningún momento, luego negó con la cabeza lentamente.

—Ya he hecho lo que puedo.

—Pero no has hecho nada —dije.

—Desde tu punto de vista, supongo que eso es cierto. —Se golpeó la barbilla con el pulgar, frunciendo el ceño al pensar—. Aunque... supongo que no te resultará demasiado desequilibrio saber...

Empezaba a tener calambres en los ojos por mirar con tanta fiereza de un lado a otro sin ser capaz de mover la cabeza. Me mordí el labio y esperé.

Uriel cogió aire y me miró como si estuviera considerando sus palabras con cuidado.

—Tu hija, Maggie, está viva y bien. Por ahora.

Se me paró el corazón.

Mi hija.

La había llamado mi hija.

—Sé que querías que Susan fuera la mujer que amabas y recordabas. Querías ser capaz de confiar en ella. Pero incluso si no te lo admitías a ti mismo, tenías que preguntártelo, a cierto nivel. No te culpo por ello —dijo—. Especialmente después de esos hechizos de rastreo fallidos. Es natural. Pero sí. —Me miró a los ojos—. Hueso de tus huesos y carne de tu carne. Tu hija.

—¿Por qué me lo dices? —le pregunté.

—Porque he hecho todo lo que podía —dijo—. A partir de ahora, depende de ti. Eres la única esperanza de Maggie. —Empezó a darse la vuelta, se detuvo y dijo—: Sopesa las palabras de Vadderung con cuidado.

Parpadeé.

—¿Conoces a Od... Vadderung?

—Por supuesto. Tenemos áreas de trabajo similares, después de todo.

Solté aire sin energías y dejé incluso de intentar mantener el conjuro.

—No lo entiendo.

Uriel asintió.

—Esa es la parte complicada de ser mortal. De tener elección. Muchas cosas te están ocultas. —Suspiró—. Ama a tu hija, Dresden. Todo lo demás fluye a partir de ahí. Un hombre sabio dijo que, hagas lo que hagas, lo hicieras por amor. Si te ciñes a eso, tu camino nunca se alejará tanto de la luz hasta el punto de no poder volver nunca.

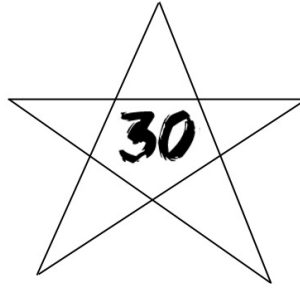
Y así de rápido, desapareció.

Me quedé tumbado en la oscuridad, temblando del cansancio y del esfuerzo de la magia. Me imaginé a Maggie, con su vestidito y con lacitos en el pelo, como en la foto.

—Por ti, pequeña. Papá está en camino.

Tarde menos de medio minuto en restaurar el conjuro y no mucho más en construir la siguiente ola de energía que necesitaría. Hasta el último segundo, me pregunté si de verdad podría conseguirlo. Luego vi una imagen horrible de Maggie en la que un vampiro de la Corte Roja le arrancaba el vestido y todo mi ser encolerizado pareció fundirse en una unidad, un único núcleo ardiente de voluntad bruta y firme.

—¡Mab! —grité, con la voz serena—. ¡Mab, Reina del Aire y la Oscuridad, Reina de la Corte de Invierno! ¡Mab, te invito a que vengas!



La tercera repetición de su nombre flotó dibujando círculos en el aire y a continuación le siguió un silencio ensordecedor mientras esperaba la respuesta.

Cuando atrapas algo peligroso, hay ciertas precauciones fundamentales necesarias para tener éxito. Tienes que tener un buen cebo, algo para atraer a tu objetivo. Necesitas una buena trampa, algo que funcione y que funcione rápido. Y, una vez el objetivo esté dentro de la trampa, tienes que tener una red o una jaula lo suficientemente fuerte para retenerlo.

Si tienes mal uno de esos tres elementos, probablemente no lo consigas. Si tienes dos mal, puede que te encuentres con un resultado mucho más desastroso que el mero fallo.

Me metí en aquello sabiendo muy bien que lo único que tenía era el cebo. Mab, por sus propias razones, quiso sobornarme para que trabajase a su servicio durante años. Sabía que llamarla por su nombre y título sería suficiente para atraer su interés. Aunque el mecanismo del círculo de invocación mejorado hubiera sido una buena trampa (si todavía existiera, quiero decir), la jaula de mi voluntad siempre había sido el punto débil en un esfuerzo como aquel.

En resumen, podía hacer que apareciera el tigre. Una vez estuviera allí, lo único que tenía era un dibujo muy bueno pintado en tiza de un hoyo sobre el suelo y un: «Gatito bueno».

Aunque no me estaba metiendo en aquello ciego e ignorante. Estaba desesperado, pero no era estúpido. Me imaginé que tenía la ventaja de la posición. Mab no podía matar a un mortal. Solo podía hacer que deseara desesperadamente estar muerto, en lugar de aguantar sus atenciones. No me quedaba mucho que perder. Mab no podía hacer que fuera más inútil para mi hija de lo que ya era.

Esperé, en la perfecta oscuridad, a que apareciese la señora de todas las hadas malvadas de todos los cuentos oscuros que la humanidad ha susurrado desde siempre por la noche.

Mab no me decepcionó.

Sorprenderme, sí. Pero no me decepcionó.

Empezaron a aparecer estrellas delante de mis ojos.

Por un momento imaginé que probablemente fuera algo muy malo. Pero no empezaron a dar vueltas con un movimiento perezoso y vertiginoso como las estrellas que significan que tu cerebro se está ablandando. Sino que ardían firmes, frías y puras por encima de mí, cinco estrellas como joyas en el cuello de la Dama Noche.

Segundos después, un viento frío tocó mi rostro y fui consciente de una suavidad dura que había debajo de mí. Puse las manos planas con cuidado, pero no sentí la cama ni la camilla debajo de mí. En su lugar, mis dedos tocaron solo la piedra fría y regular, una superficie plana que parecía nivelada bajo todo mi cuerpo. Giré el pie y confirmé que ahí debajo también había piedra.

Me detuve y me di cuenta de que podía sentir mi pie. Podía moverlo.

Todo mi cuerpo estaba ahí. Y estaba desnudo. Dudé entre gritar por el frío que de repente visitaba mi trasero y gritar de alegría porque podía sentirlo. Vi tierra a un lado y me peleé para bajarme de la fría losa que había debajo de mí, agachándome y colgándome del borde de la losa para no perder el equilibrio.

Entonces aquello no era la realidad. Era un sueño, o una visión o algo que de otro modo se encontraba entre el mundo mortal y el reino espiritual. Aquello tenía sentido. Mi cuerpo físico todavía estaba en Santa María, inmóvil y respirando profundamente, pero mi mente y mi espíritu estaban ahí.

Fuera lo que fuera «ahí».

Mis ojos se ajustaron a la oscuridad y vi una bruma y niebla leves flotando en el aire. Las nubes de tormenta dejaban pasar la luz de la luna, como un foco, sobre la cumbre de la colina que me rodeaba y sobre la antigua mesa de piedra que había junto a mí. El toque de la luna hizo que las runas profundamente talladas alrededor de todo el borde de la mesa bailaran con parpadeos, escritas en algún idioma que desconocía.

Entonces lo entendí. Mab había creado este lugar para nuestro encuentro. Era conocido como el Valle de la Mesa de Piedra. Era un valle ancho con forma de cuenco, lo sabía, a pesar de que la bruma me escondía la mitad del paisaje. En el centro exacto se levantaba un montículo de quizás quince metros de ancho y tres metros y medio de altura de su centro. En lo alto del montículo se encontraba la enorme losa de piedra, sujeta por pilares gruesos y bajos. Formando un círculo a su alrededor había otras piedras, algunas estaban volcadas, otras rotas, solo un grupo seguía formando un dintel del estilo de Stonehenge. Las piedras arrojaban una leve iluminación en tonos azul y púrpura y un verde muy muy oscuro. Colores fríos.

Colores de invierno.

Sí. Era después del equinoccio. Así que tenía sentido. La Mesa se encontraba en los dominios de Invierno. Era un antiguo conducto de poder, que se transfería del modo más primitivo y atávico de todos: con sangre fresca. Había muescas y espirales en la superficie de la mesa, cubiertas por antiguas manchas, y se encontraba sobre la colina, paciente, hambrienta e inamovible, como una tortuga satán esperando que las cálidas criaturas vivas se acercasen demasiado.

La sangre que se derramara sobre esa mesa se llevaría consigo el poder de su vida y fluiría hasta el pozo de poder que se encontraba bajo el poder de la Reina del Invierno.

Un movimiento al otro lado de la mesa atrajo mi atención. Una sombra pareció solidificarse simplemente de la bruma, adquiriendo una forma esbelta y femenina cubierta por una capa y una capucha. Unas brillantes llamas de color verde titilaron en lo que parecían dos ojos dentro de la capucha de la capa.

Se me secó la garganta. Necesité dos intentos para carraspear:

—¿Reina Mab?

La forma se desvaneció. Una risa baja y femenina se deslizó entre la bruma a mi derecha. Me giré para tenerla de frente.

El chillido de un gato furioso surgió del aire a quince metros de mí y casi me salgo de mi propia piel. Me giré para no encontrar nada y la risa de la mujer retumbó en lo alto del montículo brumoso, esta vez más divertida.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —dije, se me salía el corazón por la boca—. Eso me dijiste, ¿no?

Unas voces susurrantes sisearon entre las piedras que me rodeaban, ninguna de ellas era inteligible. Vi otro destello de unos ojos verdes burlones.

—Es... Esta es una oferta de tiempo limitada —dije, intentando hacer que mi voz sonara firme—. Ha sido forzada por las circunstancias. Si no mueves tu real culo y lo traes aquí, me voy.

—Te lo advertí —dijo una voz tranquila detrás de mí—. Que nunca dejaras que te trajera aquí, mi buen niño.

Cuidadosamente evité soltar un chillido. No habría sido propio de un mago. En su lugar, cogí aire y me giré para encontrarme a la Leanansidhe de pie a unos metros de distancia, cubierta por una capa del color de los últimos segundos del ocaso, el tejido de profundo azul-púrpura la escondía completamente, salvo su pálido rostro dentro de la capucha. Sus verdes ojos de gato eran grandes y firmes, su expresión era solemne.

—Pero aquí estoy —dije en voz baja.

Ella asintió.

Apareció otra sombra junto a ella, con unos ardientes ojos verdes. La Reina Mab, asumí, y me di cuenta de que en realidad era unos cinco centímetros más baja que mi madrina. Por supuesto, especialmente en un lugar como aquel, Mab podía ser tan gargantuesca o liliputiense como decidiera.

La posible Mab se aproximó más, aún cubierta de sombras a pesar de que estaba más cerca de mí que mi madrina. Sus ojos se volvieron más brillantes.

—Tantas cicatrices —dijo mi madrina, y su voz había cambiado sutilmente, se había vuelto fría y precisa—. Tus cicatrices son algo hermoso. Con ellas y sin ellas. —La figura sombría dio un paso detrás de una de las piedras caídas y salió detrás de otra en el lado opuesto del círculo—. Sí —dijo la fría voz que salía de los labios de la Leanansidhe—. Puedo trabajar con esto.

Temblé. Porque hacía muchísimo frío y estaba desnudo, estoy seguro. Pasé la vista de la figura oscura a mi madrina y a la inversa, y pregunté:

—¿Sigues usando un traductor?

—Por tu bien —dijo la fría voz, mientras una figura sombría se metía detrás del siguiente menhir y aparecía encima de otro. Recorriendo el deosil, en el sentido de las agujas del reloj.

Mab estaba cerrando el círculo a mi alrededor.

—¿Po... por qué por mi bien? —pregunté.

La fría voz rio a través de los labios de Leanansidhe.

—Esta conversación se volvería aburrida enseguida si sigues poniéndote de rodillas, gritando de agonía y arañándote las orejas, mago mío.

—Sí. ¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Por qué me dañaría tu voz?

—Porque está enfadada —respondió la Leanansidhe con su voz natural—. Porque su voz es parte de su poder y su rabia es demasiado grande para ser contenida.

Tragué saliva. Mab me había dicho un par de palabras unos años antes y yo había reaccionado exactamente como ella había descrito. También perdí un par de minutos durante el episodio que provocaron sus palabras.

—¿Rabia? —pregunté—. ¿Sobre qué?

La figura sombría dejó escapar un siseo de su boca, otro sonido felino que me hizo encogerme y apartarme como si fuera el restañe de un látigo. Mi madrina ladeó la cabeza hacia un lado rápidamente. Solo la enderezó despacio, y cuando lo hizo vi que tenía un corte largo y delgado en una de sus mejillas. La sangre brotaba y goteaba lentamente.

Mi madrina inclinó la cabeza hacia Mab y la fría voz volvió a surgir de su boca.

—No corresponde a mi sirvienta juzgarme o cuestionarme, ni hablar por mí por su propia cuenta.

Lea volvió a inclinar la cabeza hacia Mab y ni un destello de enfado o dolor se mostró en sus rasgos. De nuevo, Mab se movió de una piedra a otra sin cruzar el espacio que había entre ellas. Debería haberse vuelto más fácil soportarlo debido a la repetición. Pero no. Cada vez que lo hacía me daba cuenta de que con la misma facilidad podría haber reaparecido detrás de mí con perversas intenciones y ahí no habría habido nada que yo pudiera hacer.

—Hay antiguos buenos modales que hay que honrar —dijo la voz de Mab, su tono era comedido y en cierto modo formal—. Hay palabras que se deben decir. Ritos que se deben cumplir. Pronuncia tu deseo, hombre mortal.

En aquel momento de verdad estaba temblando de frío. Crucé los brazos y me encogí. No ayudó.

—Poder —dije.

La figura sombría se quedó quieta donde estaba y se giró para mirarme. Los ardientes ojos verdes se inclinaron ligeramente, como si Mab hubiera ladeado la cabeza.



—Dime por qué.

Luché para evitar que me castañetearan los dientes.

—Mi cuerpo está herido de gravedad, pero debo batallar con la Corte Roja.

—Eso lo has hecho más de una vez.

—Esta vez me enfrento a todos ellos —dije—. El Rey Rojo y su círculo interno. El fuego de sus ojos se intensificó.

—Dime por qué.

Tragué saliva y dije:

—Se han llevado a mi hija.

La figura sombría se encogió de hombros y su incorpórea voz exhaló un suspiro de placer.

—Ahhh. Sí. No por tu propia vida. Sino por la de tu hija. Por amor.

Asentí nerviosamente.

—Tantas cosas terribles se han hecho por amor —dijo la voz de Mab—. Por amor los hombres se mutilan a sí mismos y asesinan rivales. Por amor incluso un hombre pacífico va a la guerra. Por amor, el hombre se destruirá a sí mismo, y lo hará voluntariamente. —Empezó a caminar en un círculo físico, aunque sus desplazamientos estaban tocados por movimientos inesperados y una gracia extraña que casi parecía que debía de haber algo más bajo aquella capa sudaria—. Conoces mi precio, mortal. Dilo.

—Quieres que me convierta en el Caballero del Invierno —susurré.

Una risa, a la vez alegre y fría, borboteó tras su respuesta.

—Sí.

—Lo haré —dije—. Con una condición.

—Dila.

—Que antes de que empiece mi servicio, devuelvas la salud a mi cuerpo. Que me concedas tiempo suficiente para rescatar a mi hija y ponerla a salvo, y fuerza y conocimiento suficientes para conseguirlo. Y que me des tu palabra de que nunca me ordenarás levantar la mano contra aquellos a los que amo.

La figura mantuvo su inquietante ritmo mientras me volvía a rodear, y la temperatura pareció bajar varios grados.

—Me pides que ponga en riesgo a mi Caballero en un lugar de peligro funesto, para que no consiga nada para mi tierra y mi gente. ¿Por qué debería hacerlo?

La miré fijamente durante un momento. Luego me encogí de hombros.

—Si no quieres hacer negocios, me iré a otra parte. Aún podría llamar a la moneda de Lasciel en un parpadeo... y Nicodemus y los Denarios estarían más que contentos de ayudarme. También soy la única persona viva que sabe cómo desencadenar la Ascensión Oscura de Kemmler. Así que si Nicky y los Caraníquel no quieren jugar, puedo conseguir el maldito poder por mí mismo... y la próxima vez que digas mi nombre, prácticamente no tendré que ser tan educado.

Mab soltó una risa sin alegría por la boca de mi madrina.

—No te faltan las opciones, mago mío. ¿Qué razón tienes para seleccionarme a mí por encima del resto?

Hice una mueca.

—Por favor, no te lo tomes como un insulto. Pero de mis opciones, eres la menos malvada.

La fría voz no me dijo nada sobre su reacción.

—Explica eso.

—Los Denarios harían que en un par de años me dejara perilla de chivo y que anduviera por ahí malévolamente, si no me rompo y me convierto primero en alguna especie de bestia retrasada asesina. Y tendría que matar a un montón de gente descaradamente si quisiera usar la Ascensión Oscura. —Tragué saliva—. Pero lo haré. Si no tengo otro modo de quitarles a mi hija de las manos, lo haré.

El silencio reinó durante un minuto ininterrumpido en el montículo.

—Sí —meditó la voz de Mab—. Lo harás, ¿verdad? Y sí, sabes que yo no mato indiscriminadamente, no aliento a mi Caballero a que lo haga. —Se detuvo y murmuró—. Pero en el pasado has demostrado que puedes destruirte a ti mismo voluntariamente. Ganaste tu última confrontación con mi sirvienta de ese modo, compartiendo el ángel de la muerte. ¿Qué te impide realizar una acción similar para engañarme en el trato?

—Mi palabra —dije en voz baja—. Sé que no puedo engañarte. No me suicidaré. Estoy aquí para hacer un trato de buena fe.

Los ardientes ojos de Mab me miraron fijamente un buen rato. Luego empezó a caminar de nuevo, más despacio esta vez, su tercera vuelta en círculo alrededor de mí.

—Debes entenderlo, mago. Una vez seas mi Caballero, una vez completes tu última misión, eres mío. Destruirás lo que yo desee que destruyas. Matarás lo que yo desee que mates. Serás mío, sangre, hueso y aliento. ¿Lo entiendes?

Tragué saliva.

—Sí.

Asintió lentamente. Luego se giró para mirar a la Leanansidhe.

Lea inclinó la cabeza de nuevo y chasqueó los dedos.

De entre la niebla aparecieron seis figuras encapuchadas, cosas pequeñas y deformes que podrían haber sido kobolds, duendes o cualquier otra de la media docena de razas servidoras de los sidhe. No podía decirlo porque las capuchas hacían que no tuvieran rostro, ni identidad.

Pero conocía al hombre que llevaban atado a un tablón.

Al igual que yo, estaba desnudo. Antes era más bajo que yo, pero más atlético, con más músculo. Pero de eso hacía años. Ahora era la cáscara echada a perder de un ser humano, un bosquejo en carboncillo que una mano descuidada había emborronado. Le faltaban los ojos. Se los habían quitado, pero con esmero, como si lo hubieran hecho mediante cirugía. Tenía tatuajes que le cubrían todo el rostro, en

particular los párpados hundidos, y eran simplemente una palabra en diferentes lenguas y caligrafía: «traidor». Tenía la boca medio abierta y en los dientes tenía tallados diseños celtas y espirales, luego se habían manchado con algo oscuro y marrón, lo que convertía su boca en una talla de marfil viviente.

Todo su cuerpo, de hecho, estaba adornado con tatuajes o con cicatrices artísticas que le habían infligido mediante rituales. Estaba amarrado al tablón con siete trozos de un delgado cordel de seda, pero parecía que sus demacrados miembros nunca tendrían la fuerza suficiente para superar aquellas frágiles ataduras.

Lloriqueaba, sollozando suavemente, el sonido era más bien el de un animal que tenía un dolor horrible que cualquier cosa humana.

—Jesús —dije, y aparte la mirada de él.

—En cierto modo estoy orgullosa de ello —dijo la fría voz de Mab—. Te lo aseguro, Jesucristo nunca sufrió tanto tiempo ni tan terriblemente como este traidor. Tres días en un árbol. Apenas es tiempo suficiente para un prelude. Cuando se trataba de visitar a la agonía, los romanos eran unos aficionados.

Los sirvientes deslizaron la tabla en la mesa de piedra y colocaron a Slate en el centro. Luego le hicieron una reverencia a Mab y se retiraron en un silencio calculado. Por un momento, los únicos sonidos eran los de un suave y frío viento y los sollozos de Slate.

—Durante un tiempo, me contenté con atormentarlo hasta el borde de la cordura. Luego me dispuse a ver cuánto podía alejarse un mortal de ese límite. —Sus ojos brillaron alegremente en las sombras—. Una pena que haya quedado tan poco. Y aun así, es el Caballero del Invierno, joven mago. El recipiente de mi poder entre los mortales y consorte de las Reinas del Invierno. Me traicionó. Mira adónde lo ha llevado eso.

La cosa que una vez fue Lloyd Slate hizo sonidos silenciosos y desesperados.

Temblé, asustado.

La forma oscura se acercó más y una pálida mano surgió de entre los pliegues de la tela. Algo brilló fríamente bajo la extraña luz y aterrizó en la densa hierba a mis pies. Me agaché para recogerlo y encontré un cuchillo muy muy antiguo con un filo sencillo en forma de hoja, con un mango de madera y envuelto con cordel y cuero. Estaba, pensé, hecho de bronce. Su doble filo tenía un brillo malvadamente afilado y su incisiva punta parecía hambrienta, de algún modo.

De la pequeña hoja surgía energía, un poder que era libre y salvaje, que burlaba los límites y se mofaba de las restricciones. No era malvado, como tal... sino que estaba hambriento y lleno del deseo de llevarse su parte del ciclo de la vida y la muerte. Estaba sediento por que se derramara sangre.

—Mientras Lloyd Slate viva y respire, es mi Caballero —dijo la voz de Mab—. Toma el punzón de Medea, mago. Toma su sangre vital.

Me quedé ahí de pie sujetando el cuchillo y mirando a Lloyd Slate. La última vez que lo había oído hablar me había suplicado que lo matara. No creía que en ese

momento fuera capaz de tanto.

—Si vas a ser mi Caballero, esta es la primera muerte que deseo de ti —dijo Mab, su voz era casi gentil. Me miró desde el otro lado de la Mesa de Piedra—. Envíame su poder. Y yo te lo entregaré a ti.

Me quedé de pie en el frío viento, sin moverme.

Lo que hiciera en los siguientes segundos determinaría el curso del resto de mi vida.

—Conoces a este hombre —continuó Mab, su voz seguía siendo amable—. Viste a sus víctimas. Era un asesino. Un violador. Un ladrón. Un monstruo en carne mortal. Tiene más que merecida la muerte.

—No soy quien para juzgar —susurré en voz baja. Por supuesto que no. Estaba tentado a esconderme tras esa razón, solo por un momento... solo hasta que estuviera hecho. Mentirme a mí mismo, decirme que yo era su justo y legítimo ejecutor.

Pero no lo era.

Podía haberme dicho a mí mismo que estaba terminando con su dolor. Que lo estaba sacando de su horrible miseria en un acto de compasión. Necesariamente un acto de derramamiento de sangre, pero sería rápido y limpio. Nada debería sufrir tanto como lo había hecho Lloyd Slate. Podía haberme vendido esa historia.

Pero no lo hice.

Yo era un hombre en busca de poder. Por buenas razones, quizás. Pero no iba a mentirme a mí mismo o a cualquier otra persona sobre mis acciones. Si lo mataba, estaría quitando una vida, algo que, al no ser mío, no podía arrebatar. Estaría cometiendo un asesinato deliberado y calculado.

Era el sendero menos malvado, me dije a mí mismo. Cualquier cosa que hubiera hecho me hubiera convertido en un monstruo de verdad. Gracias a Lloyd Slate sabía que, por mucho que dijera Mab, ella no controlaba completamente a su Caballero. Slate había desafiado su poder e influencia.

Y mira adónde lo ha llevado, susurró una vocecita en mi cabeza.

La redondeada luna llena surgió de detrás de las nubes y bañó todo el Valle de la Mesa de Piedra con una luz clara y fría. Las runas de la mesa y los menhires estaban alumbrados por una brillante luz fría.

—Mago —susurró la correspondiente voz de Mab, al parecer directamente en mi oído—. Ha llegado la hora.

Mi corazón empezó a latir muy fuerte y sentí que se me revolvió el estómago.

—Harry Blackstone Copperfield Dresden —dijo la voz de Mab, era casi encantadora—. Elige.



Miré a aquel hombre destrozado. Era bastante fácil visualizar mi propia cara mutilada, mirando ciegamente desde la superficie de la mesa. Di un paso hacia la mesa. Luego dos. Luego me quedé de pie sobre la figura rota de Lloyd Slate.

Si hubiera sido una pelea, no me lo hubiera pensado dos veces. Pero ese hombre no suponía ninguna amenaza para mí. Ya no suponía ninguna amenaza para nadie. Yo no tenía derecho a quitarle la vida y decir lo contrario era arrogancia pura, aplastante y nihilista. Si mataba a Slate, ¿cuánto tardaría en llegar mi turno? Podía estar mirándome a mí mismo, unos meses o años después.

No podía, igual que no podía cortarme a mí mismo la garganta.

Sentí que la mano se me bajaba hacia el costado, el cuchillo era demasiado pesado para sujetarlo ante mí.

Mab de repente se encontraba de pie en el extremo opuesto de la mesa, enfrente de mí. Su mano derecha hizo un movimiento simple hacia afuera y la bruma que había por encima de la Mesa enseguida empezó a hacerse más densa y a arremolinarse con luz y color. Durante unos segundos, la imagen estaba borrosa. Luego empezó a hacerse más nítida.

Una niña pequeña agazapada en la esquina de una habitación de simple piedra. Había heno esparcido a su alrededor y una manta de lana que no parecía demasiado limpia. Había tenido el pelo negro recogido en dos coletas, pero ya no. Evidentemente había perdido o le habían quitado uno de los coleteros de plástico rosa, y ahora solo tenía una coleta. Tenía la cara roja de llorar. Sin duda se había estado limpiando la nariz en las rodilleras de su mono rosa. Su camiseta, blanca con florecitas amarillas y un gran dibujo de un abejorro, mostraba manchas de tierra y algo peor. Se hizo un ovillo, todo lo que pudo encoger el cuerpo, como si esperase que si algo venía a por ella, podría no verla.

Sus grandes ojos marrones estaban aterrados... y pude ver algo familiar en ellos. Tardé un rato en darme cuenta de que me recordaban a mi reflejo en un espejo. Se me mostraron otros rasgos, tenues sombras que la madurez sacaría con el tiempo. La misma barbilla y la misma mandíbula que compartíamos Thomas y yo. La misma

boca que su madre. El pelo negro, liso y brillante de Susan. Sus manos y sus pies parecían un poco demasiado grandes para ella, como las patas de un cachorro.

Débilmente, como si proviniera de una gran distancia, escuché el grito de un vampiro de la Corte Roja en su verdadera forma, y la niña se encogió y empezó a llorar de nuevo, todo su cuerpo temblaba de terror.

Maggie.

Recordé cuando Bianca y sus secuaces me tuvieron prisionero.

Recordé las cosas que me habían hecho.

Pero no parecía que hubieran dañado a mi niña... todavía.

—Sí —dijo la fría voz de Mab, desprovista de emoción. La imagen empezó a difuminarse lentamente—. Es una visión verdadera de tu hija, tal y como está ahora. Te doy mi palabra. Sin trucos. Sin engaños. Es así.

Miré a través de la imagen traslúcida hacia donde esperaban Mab y mi madrina. El rostro de Lea estaba serio. Los ojos de Mab se habían estrechado hasta ser dos brillantes hendiduras verdes dentro de su capucha.

Las miré de frente a las dos por un momento. El frío viento soplaba a ráfagas en lo alto de la colina y revolvía las capas de ambas sidhe. Las miré fijamente, a unos ojos antiguos llenos del conocimiento de cosas oscuras y malvadas. Sabía que ni la niña de la imagen ni el hombre de la mesa significaban nada para ellas. Sabía que si seguía adelante con el trato de Mab, probablemente yo mismo acabaría en la mesa.

Por supuesto, esa era la razón por la que Mab me había enseñado a Maggie: para manipularme.

No. Había una diferencia en lo que ella había hecho. Me había enseñado a Maggie para dejar perfectamente claro cuál era la decisión exacta que estaba a punto de tomar. Por supuesto, influenciaría en mi decisión, pero cuando la verdad pura y dura te mira a la cara... ¿no debería hacerlo?

No sé si es posible manipular a alguien con candor y verdad.

Creo que se llama iluminación.

Y al mirar la imagen de mi hija desvaneciéndose, mi miedo desapareció.

Si terminaba como Slate, si ese era el precio que tenía que pagar para poner a mi hija a salvo, que así fuera.

Si me atormentaba durante el resto de mi vida porque Maggie me necesitaba para tomar decisiones importantes, que así fuera.

Y si tenía que sufrir una muerte horrible y prolongada para que mi hija pudiera tener una oportunidad de vivir...

Que así fuera.

Agarré con más fuerza el horrible peso del antiguo cuchillo de bronce.

Puse delicadamente la mano en la frente de Lloyd Slate para sujetarlo.

Y luego le corté la garganta.

Fue una muerte rápida y limpia, lo cual no hizo que fuera menos letal que si lo hubiera despedazado con un hacha. La muerte es una gran igualadora. No importa

cómo llegues a ella. Solo cuándo.

Y por qué.

No luchó en ningún momento. Soltó una bocanada de aire que sonó como un suspiro de alivio y giró la cabeza como si fuera a dormir. No fue pulcro, pero tampoco fue la escena de una película de terror gore. Se parecía más al desorden que ves en una cocina cuando preparas un montón de filetes. La mayor parte de su sangre corrió hacia las hendiduras talladas de la mesa y pareció convertirse en mercurio una vez estuvo allí, corriendo rápidamente hacia el exterior y los puntos más bajos y recorriendo los laterales y las piernas. La sangre hizo que las letras reflejaran la espeluznante luz que nos rodeaba, lo que les daba una especie de fuego parpadeante propio. Era una visión terrible y hermosa. El poder bullía a través de la sangre; las letras, la piedra y el aire que había alrededor temblaban debido a su silenciosa potencia.

Sentí a las dos sidhe detrás de mí, observando con unos ojos tranquilos y depredadores mientras moría el Caballero que había traicionado a su reina. Supe cuándo había terminado. Las dos dejaron escapar pequeños suspiros de... apreciación, supongo. No pude pensar en otra palabra que encajara. Reconocieron el significado de su muerte aunque no sintieron empatía por él en ningún sentido. Una vida se derramó de su cuerpo roto a la Mesa de Piedra y contemplaron el acto con un respeto similar a la reverencia.

Yo me quedé ahí de pie, la sangre goteaba desde el cuchillo de bronce que tenía en la mano hasta la tierra que se encontraba bajo mis pies. Temblé de frío y miré los restos del hombre que había asesinado, preguntándome qué se suponía que tenía que sentir. ¿Tristeza? En realidad no. Era un hijo de puta de primera y lo hubiera matado con gusto en una pelea de verdad si hubiera tenido la oportunidad. ¿Remordimientos? Todavía no. Le había hecho un favor al matarlo. No había modo de sacarlo de dónde se había metido él solo. ¿Alegría? No. Tampoco había nada de eso. ¿Satisfacción? Muy poca, salvo porque se había terminado, hazaña realizada, los dados se habían lanzado finalmente.

¿Principalmente? Solo sentía frío.

Un minuto o una hora después, la Leanansidhe levantó una mano y chasqueó los dedos. Los sirvientes encapuchados aparecieron entre la niebla tan silenciosos como se habían ido y recogieron lo que quedaba de Lloyd Slate. Lo levantaron en silencio, se lo llevaron sin hacer ruido y se desvanecieron en la niebla.

—Ahí tienes —le dije en voz baja a Mab—. Mi parte está hecha. Es hora de que cumplas la tuya.

—No, niño —dijo la voz de Mab a través de los labios de Lea—. Tu parte solo ha comenzado. Pero no temas. Soy Mab. Las estrellas lloverán del cielo antes de que Mab no cumpla su palabra. —Giró la cabeza ligeramente hacia un lado, hacia mi madrina, y dijo—: Te entrego a esta consejera para tu misión final, sir Caballero. Mi

servienta se encuentra entre los seres más poderosos de Invierno, la segunda por detrás de mí misma.

La voz de Lea, más cálida y lánguida, salió de sus labios al preguntar:

—Mi reina, ¿hasta qué grado se me permite actuar?

Creí ver un leve brillo letal en los dientes de Mab mientras Lea respondía:

—Puedes satisfacerte.

La boca de Lea se abrió con su propia sonrisa, amplia y peligrosa, e inclinó la cabeza hacia la Reina del Invierno.

—Y ahora, mi Caballero —dijo la voz de Mab, mientras su cuerpo se giraba para mirarme a mí en exclusiva—. Nos encargaremos de la fuerza de tu cuerpo roto. Y te haré mío.

Tragué saliva con fuerza.

Mab levantó una mano, un gesto de despedida, y la Leanansidhe se inclinó hacia ella.

—Ya no se me necesita aquí, niño —murmuró Lea—. Estaré lista para partir contigo cuando así me lo indiques.

Mi garganta estaba casi demasiado seca para pronunciar palabras:

—Quiero las cosas que dejé contigo, tan rápido como puedas traérmelas.

—Por supuesto —dijo. También se inclinó hacia mí y dio varios pasos hacia atrás en la niebla, hasta que esta se la tragó por completo.

Y me quedé a solas con la reina Mab.

—Entonces —le dije al silencio—. Supongo que hay... hay una ceremonia de algún tipo.

Mab se acercó a mí. No era una figura enorme e imponente. Era bastante más baja que yo. Esbelta. Pero caminaba con una seguridad tan perfecta que los dos teníamos claro quién tenía el rol de depredador y presa. Me aparté de ella. Fue puro instinto y no pude evitar hacerlo del mismo modo que no podía dejar de temblar de frío.

—Nos va a resultar difícil intercambiar votos si no puedes hablar, eh —dije. Mi voz sonó débil y temblorosa, incluso para mí—. Mmm. A lo mejor es papeleo o algo.

Unas manos pálidas se deslizaron fuera de la capa oscura y retiraron la capucha. Sacudió la cabeza a derecha e izquierda y unos pálidos bucles de seda, más blancos que la luz de la luna o la carne de Lloyd Slate, cayeron hacia delante.

Mi voz dejó de funcionar por un segundo. Mis muslos desnudos golpearon la Mesa de Piedra que estaba detrás de mí y acabé sentado sobre ella.

Mab seguía caminando hacia mí, un paso ligeramente ondulante cada vez. La capa se deslizó por sus hombros, abajo, abajo, abajo.

—De..., uh —dije, apartando la mirada—. Debes de... de tener frío.

Una risilla gutural burbujeó en sus labios de mora helada. La voz de Mab, con rabia, podía provocar daño físico a cualquier carne viva. Su voz hirviendo en deseo... hacía otras cosas.

Y de repente el frío era la última de mis preocupaciones.



Su boca se acercó a la mía y me rendí completamente con lo de intentar hablar. No se trataba tanto de una ceremonia como de un rito, un rito tan antiguo como las bestias y los pájaros, la tierra y el cielo.

Mis recuerdos son confusos después del beso.

Recuerdo su cuerpo brillando intensamente encima del mío, frío, suave, la perfección femenina. No tengo palabras para describirlo. Belleza inhumana. Gracia élfica. Sensualidad animal. Y cuando su cuerpo estuvo encima del mío, nuestras respiraciones se unieron, dulzura fría con imperfección humana. Pude sentir el ritmo de su forma, su aliento, su corazón. Pude sentir la piedra de la mesa, la antigua colina del montículo, la mismísima tierra del valle que nos rodeaba latiendo al mismo ritmo que Mab. Las nubes se precipitaron por el cielo, y cuanto más rápida se movía Mab, más y más brillante se volvía, hasta que me di cuenta de que la espeluznante luminiscencia que nos había rodeado toda la noche no era más que un reflejo tenue y amortiguado del encanto de Mab, velado por el bien de la mente mortal que podría haber destruido.

No lo cubrió mientras su respiración aumentaba. Y me quemó, era tan puro.

Lo que hicimos no fue sexo, a pesar de que parecía serlo. No puedes acostarte con una tormenta, con un terremoto, con un furioso vendaval de invierno. No puedes hacerle el amor a una montaña, a un lago de hielo, a un viento helador.

Durante unos momentos, vi la amplitud y la profundidad del poder de Mab... Y durante un instante fugaz, el destello más mínimo, más diminuto de su propósito, también, mientras nuestros cuerpos entrelazados se precipitaban hacia el fin. Yo gritaba. Estuve gritando un buen rato.

Luego el grito de Mab se unió al mío, nuestras voces se fundieron. Sus uñas se clavaron en mi pecho, virutas de hielo se deslizaban por mi piel. Vi su cuerpo dibujar un arco de placer y luego sus ojos verdes se abrieron y me atravesaron...

Su boca se abrió y su voz siseó: «MÍO».

La verdad absoluta hizo que mi cuerpo vibrara como la cuerda de una guitarra y me sacudí en una breve y violenta contorsión.

Las manos de Mab se deslizaron hasta mis muslos y de repente pude sentir de nuevo el fuego de los huesos rotos, hasta que esas manos heladas me apretaron mientras volvía a decir: «MÍO».

Una vez más, mi cuerpo se curvó en un arco violento, cada uno de mis músculos intentaba apartarse de mis huesos.

Mab siseó con ímpetu mientras sus manos seguían deslizándose por mi cintura, cubriendo el punto adormecido donde probablemente se había roto mi columna. Me sentí gritar y forcejear, sin ningún control sobre mi cuerpo.

Los ojos felinos de Mab capturaron mi propia mirada, atrapando mi atención con su helada belleza mientras, una vez más, un sobresalto de un frío terrible y dulce fluía desde la punta de los dedos y ella susurraba, su voz era como una caricia de terciopelo: «... mío...».

—¡Otra vez! —gritó una voz que reconocí vagamente.

Algo frío y metálico hizo presión contra mi pecho.

—¡Fuera! —gritó la voz.

Un rayo me golpeó el pecho, una ráfaga agonizante de poder plateado que arqueó mi cuerpo. Empecé a gritar y antes de que mis caderas volvieran a bajar grité «Hexus», expulsando el poder hacia el aire.

Alguien gritó y alguien más maldijo, y unas chispas explotaron a mi alrededor, también desde la bombilla que tenía encima, que pareció sobrecargarse y hacerse añicos.

La habitación se quedó a oscuras y en silencio unos segundos.

—¿Lo... lo hemos perdido? —dijo una voz masculina firme y de edad avanzada. Forthill.

—Oh, Dios —dijo la temblorosa voz de Molly—. ¿Ha... Harry?

—Estoy bien —dije. Sentía la garganta en carne viva—. ¿Qué demonios me estáis haciendo?

—Tu... tu corazón se detuvo... —dijo una tercera voz, la familiar.

Me toqué el pecho y no encontré nada ahí ni alrededor del cuello. Mis dedos buscaron y tocaron la cama y la camilla que había debajo de mí y encontré el colgante allí, con el rubí todavía fijado con un horrible pegote de pegamento. Agarré la cadena y deslicé en ella un poco de mi voluntad y una luz azul llenó la habitación.

—... así que hice lo que cualquier buen empleado de funeraria haría —continuó Butters—. Darte una descarga eléctrica e intentar reanimarte. —Sujetaba un desfibrilador, cuyos cables evidentemente se habían derretido. Ahora no estaban conectados a nada. Era un tipejo enjuto que llevaba un pijama de médico y tenía un mechón de pelo negro, hombros estrechos y un cuerpo delgado e inquieto. Levantó las manos e hizo gestos como si usara el desfibrilador. Luego dijo, con una voz ridícula que probablemente pretendía ser demacrada:

—Está vivo. Viiiivo. —Después añadió—. Bienvenido.

—Butters —suspiré—. ¿Quién te ha llamado...? —Me detuve y dije—: Molly. No importa.

—Harry —dijo ella—. No podíamos estar seguros de lo grave que estarías, y si no podías sentir, tampoco lo podías saber, y pensé que necesitábamos un médico de verdad, pero el único que conocía en el que tú confiarías era Butters, así que lo elegí a él en su lugar...

—¡Eh! —dijo Butters.

Me quité las vendas de la cabeza y di patadas irritablemente para quitarme las de las piernas.

—¡Guau, quieto, tigre! —dijo Butters. El pequeño forense se lanzó sobre mis piernas—. ¡Para el carro, grandullón! ¡Tranquilo, tranquilo!

Forthill y Molly tenían buenas intenciones. Se le unieron y los tres me volvieron a tumbar en la camilla.

Lancé una maldición y me desplomé. Me quedé ahí sentado sin resistirme durante un momento, hasta que creí que estarían escuchando.

—No tenemos tiempo para esto. Quitadme estas vendas.

—Dresden, podrías tener la espalda rota —dijo Butters—. Un nervio pinzado, huesos rotos, daño en los órganos del abdomen inferior... Por amor de Dios, tío, ¿en qué estabas pensando para no ir al hospital?

—Estaba pensando en que no quería convertirme en un objetivo fácil —dije—. Estoy bien. Estoy mejor.

—¡Por Dios, hombre! —espetó Forthill—. Sé razonable. Hace tres minutos no te latía el corazón.

—Molly —dije, con la voz dura—. Desata las vendas. Ahora.

La oí sorberse la nariz. Pero luego se sentó y se acercó a donde ella pudiera ver mis ojos.

—Mmm. Harry. ¿Sigues siendo...? Ya sabes. ¿Tú?

Parpadeé un segundo, impresionado. Evidentemente la percepción del pequeño saltamontes le estaba funcionando bien.

—Soy yo —dije, mirándola a los ojos. Eso debería ser verificación suficiente. Si otra persona estuviera controlándome, habría muchos cambios en mi interior y una mirada como esa seguramente desencadenaría una visión del alma y revelaría lo que había pasado—. Por ahora, al menos.

Molly se mordió el labio. Luego dijo:

—Ok. Ok, dejadlo que se levante.

Butters se levantó de mis piernas y se quedó de pie frunciendo el ceño:

—Espera un segundo. Esto es... Esto está avanzando un poco demasiado rápido para mí.

La puerta que había detrás de él se abrió y un hombre fornido con ropa de calle levantó una pistola y le metió dos balas a Butters por la espalda desde un metro de distancia. El ruido puro de los disparos era increíble, ensordecedor.

Butters cayó como una vaca muerta.

Los ojos del sicario ya nos estaban recorriendo al resto antes de que Butters cayera al suelo. Supe a quién estaba buscando cuando sus ojos se posaron en mí y se entrecerraron.

No hablé, no fanfarroneé, no dudó. Un profesional. Había un montón en Chicago. Levantó la pistola y me apuntó a la cabeza... mientras yo estaba ahí tumbado, atado a una camilla de caderas para abajo e incapaz de moverme. Y, al levantar la muñeca izquierda, me di cuenta de que mi brazalete escudo había desaparecido. Por supuesto. Debían de habérmelo quitado para que a la carga del desfibrilador no se le ocurriera hacer nada, al igual que el colgante de metal del cuello y los anillos de los dedos.

Estaban siendo de ayuda.

Sin duda, aquel no era mi día.





Yo estaba atado, pero mis manos no. Flexioné los dedos de la mano derecha en la posición mística de ataque, como si tuviera una pistola imaginaria, y grité:

—¡*Arctis!*

El conjuro eliminó todo el calor que rodeaba a la pistola y extrajo el agua del aire en un instante, envolviendo la pistola en una fina cobertura de hielo, más dura alrededor del martillo del arma. El sicario se retorció como reacción al conjuro y apretó el gatillo.

El hielo incrustado retuvo el martillo y evitó que este se accionara.

El matón parpadeó e intentó apretar el gatillo un par de veces más, sin ningún éxito. Forthill lo golpeó en las rodillas. Ambos cayeron al suelo y el arma se apartó de los dedos entumecidos por el frío del matón cuando esta golpeó el suelo, y se deslizó por la habitación. Golpeó una pared, rompió el hielo que rodeaba al martillo y se disparó sin provocar daño sobre la pared con otro rugido.

El sicario le dio una patada a Forthill en la cara y el viejo sacerdote cayó de espaldas con un gruñido de dolor. Molly se lanzó sobre él con una rabia pura, lo volvió a derribar y empezó a darle puñetazos con una brutalidad elemental y nada de técnica de ningún tipo. El sicario levantó un codo que acabó en el cuello de Molly y la derribó, luego se levantó, buscando algo con la mirada por el suelo, hasta que vio su arma. Fue a por ella.

Apagué la luz del amuleto. Él se tropezó y cayó en la repentina oscuridad. Lo escuché reñir con el aturcido Forthill.

Luego hubo un único destello de luz que me mostró al sicario arqueándose de dolor. Luego desapareció y se escuchó el sonido de algo grande cayendo al suelo. Varias personas respiraban con dificultad.

Toqué con los dedos el amuleto y traje la luz de vuelta a la habitación.

Forthill estaba sentado contra una pared, sujetándose la mandíbula, parecía pálido. Molly estaba hecha un ovillo, con una mano levantada como si hubiera estado a punto de hacer algo con sus talentos mágicos, como debería haber hecho al primer sonido de disparo si hubiera estado pensando con claridad. El sicario estaba tumbado de lado y empezaba a levantarse de nuevo.

Butters jadeó «Apartaos» y colocó los extremos de los cables pelados que tenía en las manos en el pecho del matón.

Los cables conducían al desfibrilador de emergencia. Al derretirse las placas, habían dejado varios hilos de cobre puro pelados en los extremos de ambas. La corriente hizo lo que hace la corriente, y el matón se retorció de dolor durante un segundo y volvió a quedarse inmóvil.

—Imbécil —jadeó Butters. Se puso una mano en las lumbares y dijo—: Oh. ¡Oh, oh, oh, OH!

—¡Butters! —graznó Molly, y lo abrazó.

—Argckh —dijo Butters—. Oh. —Pero no pareció desagradarle el abrazo.

—Pequeño saltamontes, no lo aprietes hasta que no sepamos lo malo que es —dije—. Maldita sea. —Y empecé a hurgar en las vendas para despejar la parte superior de mi cuerpo y poder sentarme y encargarme de las piernas—. ¿Forthill? ¿Estás bien?

El padre Forthill dijo algo ininteligible y soltó un gruñido de dolor. Luego se puso en pie y empezó a ayudarme con las hebillas. Tenía la mandíbula morada e hinchada en un lado. Le habían dado un buen golpe y seguía consciente. Un tipo duro, aunque pareciera tan blando.

Me levanté de la camilla, me puse en pie y agarré la pistola.

—Estoy bien —dijo Butters—. Creo. —Abrió los ojos como platos y de repente pareció entrar en pánico—. Oh, Dios, ¡voy a asegurarme de que estoy bien! —Empezó a desgarrarse la camisa—. ¡Ese puto maniaco me ha disparado!

Se quitó la parte de arriba del pijama y se giró para enseñarle a Molly la espalda. Llevaba una camiseta interior.

Y encima llevaba un chaleco kevlar. Era una prenda ligera, para llevar debajo de la ropa, adecuada solo para protegerse contra armas cortas, pero el sicario había entrado con una nueve milímetros. Encajó los dos disparos en el centro de la zona lumbar de Butters y el chaleco había hecho su trabajo. Las balas seguían ahí, aplastadas y encajadas en el tejido balístico.

—Me han dado, ¿verdad? —tartamudeó Butters—. Estoy en *shock*. No puedo sentirlo porque estoy en *shock*, ¿verdad? ¿Ha sido en el hígado? ¿La sangre es negra? ¡Llamad a una ambulancia!

—Butters —dije—. Mírame.

Lo hizo, con los ojos como platos.

—La polca —dije— nunca morirá.

Parpadeó. Luego asintió y empezó a obligarse a respirar lenta y profundamente.

—¿Estoy bien?

—La ropa interior mágica ha funcionado —dije—. Estás bien.

—¿Entonces por qué me duele tanto la espalda?

—Porque alguien acaba de golpearte dos veces con un martillo que se movía a unos 350 metros por segundo —dije.

—Oh —dijo. Se giró para mirar a Molly, que asintió y le brindó una sonrisa de ánimo. Luego Butters se encogió de hombros y cerró los ojos aliviado—. No creo que tenga el temperamento adecuado para todo eso de la acción.

—Sí. ¿Desde cuándo eres el tío del chaleco antibalas? —le pregunté.

Señaló con la cabeza a Molly.

—Me lo puse unos diez segundos después de que me llamara y me dijera que necesitabas ayuda —dijo. Se sacó una cajita del bolsillo y la abrió—. ¿Ves? Tengo tiza, y agua bendita y también ajo.

Le sonreí, pero me sentí un poco enfermo. El sicario había derribado a Butters por la simple razón de que le bloqueaba la línea de visión de la habitación. Si hubiera intentado ir a por Butters, esos dos disparos para aclarar la línea de visión hubieran incluido un tercer disparo en la nuca. Por supuesto, si Butters no hubiera estado en medio, a mi cabeza no le hubiera ido mejor que a la suya.

Somos tan jodidamente frágiles.

Se escucharon pasos en el exterior de la puerta y levanté la pistola para cubrirla, agarrándola con las dos manos, con los pies centrados. Estaba alineando los dos puntitos verdes del objetivo cuando Sanya entró por la puerta con una bandeja de sándwiches. Se detuvo abruptamente y levantó las cejas, luego se le iluminó la cara.

—¡Dresden! ¡Estás bien! —Recorrió la habitación con la mirada durante un momento, frunciendo el ceño, y dijo—: ¿Me he perdido algo? ¿Quién es ese?

—No creo que haya nada roto —le dijo Butters a Forthill—, pero más vale que te hagan una radiografía, para asegurarnos. Una fractura mandibular no es algo con lo que jugar.

El viejo sacerdote asintió desde su silla en la vivienda de residentes de la iglesia y escribió algo en una libreta. Se lo enseñó a Butters.

El hombrecillo sonrió.

—De nada, padre.

Molly frunció el ceño y preguntó:

—¿Deberíamos llevarlo a urgencias?

Forthill sacudió la cabeza y escribió en su libreta: «Tengo algo que contaros antes».

En aquel momento yo tenía un par de pistolas que les había quitado a los tipos malos: la del calibre 40 del guardia de seguridad y la nueve milímetros del sicario. Estaba inspeccionando las dos en la mesita de café, familiarizándome con su función y preguntándome si debería estar planteándome limarles el número de serie o algo. Ratón estaba sentado a mi lado, pegado contra mi pierna y con sus serios ojos marrones observándome toquetear las pistolas.

—¿Averiguaste algo? —le pregunté a Forthill.

«En cierto modo», escribió. «Están haciendo grandes desplazamientos a pie por Sudamérica y América Central. El escalafón superior de la Corte Roja usa sirvientes humanos para interactuar con los mortales. Se han visto a muchos de esos individuos en aeropuertos durante los tres últimos días. Todos se dirigían a México. ¿Chichén Itzá significa algo para ti?».

Gruñí. Parecía que la información de Donar Vadderung era sólida.

—Sí, sí significa algo.

Forthill asintió con la cabeza y siguió escribiendo: «Hay un sacerdote en esa zona. No puede ayudarte en tu lucha, pero dice que puede ofreceros a ti y a tu gente santuario, cuidado y transporte seguro desde el área cuando hayáis terminado».

—Me parece que planear nuestra victoriosa partida antes de saber si podremos llegar allí es como suplicar problemas —dije—. Yo puedo hacer que lleguemos al área cercana, pero no a las propias ruinas. Necesito saber cualquier cosa sobre la seguridad que establecerá la Corte Roja en el área.

Forthill me miró frunciendo el ceño un momento. Luego escribió: «Le preguntaré, pero necesitaré a alguien que hable por mí».

Asentí.

—Molly, ve con el padrecito. Duerme un poco en cuanto puedas. Puede que no tengamos la oportunidad antes de movernos.

Frunció el ceño, pero asintió con la cabeza en lugar de intentar replicarme. Es bonito que rozarse con una muerte violenta pueda hacer que una aprendiz tercamente independiente tome la decisión más sensata.

Forthill levantó una mano, luego escribió: «Primero necesito saber cómo te has recuperado. El doctor Butters dijo que estabas demasiado malherido para salir de la cama».

—Magia —dije con calma, como si eso explicara todo.

Forthill me miró un momento. Luego escribió: «Me duele demasiado como para discutir contigo. Haré las llamadas».

—Gracias —dije en voz baja.

Asintió y escribió: «Ve con Dios».

—Gracias —repetí.

—¿Y yo qué? —preguntó Butters. Su voz tenía la misma proporción de pavor y emoción.

—Con suerte, ya no necesitaremos tu ayuda —dije—. Aunque estaría bien que estuvieras preparado. Por si acaso.

—Vale —dijo Butters, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué más?

Apreté un puño y me aguanté las ganas de decirle que estaría mejor escondido debajo de la cama. Eso ya lo sabía él. Estaba tan asustado como un conejillo en un bosque lleno de osos, pero quería ayudar.

—Creo que el padre Forthill tiene un coche. ¿Verdad, padre?



Empezó a escribir algo, luego lo tachó y levanto la mano con un pulgar hacia arriba.

—Quédate con ellos —dije. Coloqué cartuchos en el tambor de ambas pistolas con un golpe, confiado de que las conocía lo suficientemente bien para estar seguro de que dispararían cuando apretara el gatillo—. En cuanto Forthill haya terminado, llévalo a urgencias.

—Urgencias —dijo Butters—. Vale.

Forthill frunció el ceño y escribió: «¿Estás seguro de que no deberíamos llevar a nuestro atacante a la policía?».

—Nada en la vida es seguro, padre —dije, poniéndome en pie. Me metí cada pistola en un bolsillo del guardapolvo—. Pero si se implica la policía, va a hacer muchas preguntas y a tomarse mucho tiempo para intentar solucionarlo todo. No puedo permitirme ese tiempo.

«¿No crees que ese sicario vaya a ir a las autoridades?».

—¿Y qué les va a contar? —pregunté—. ¿Qué el cura de Santa María lo secuestró? ¿Qué le dio una paliza y le quitó su arma ilegal? —Sacudí la cabeza—. No tiene más ganas que nosotros de que se implique la poli. Para él esto eran negocios. Hará un trato para hablar si eso significa conseguir avanzar.

«¿Y dejamos libre a un asesino?».

—Este es un mundo imperfecto, padre —dije—. Por otro lado, no contratas asesinos profesionales para quitarte de encima a ancianitas y cachorritos. La mayoría de la gente con la que este tipo tiene una cita es gente de los bajos fondos, te lo garantizo, principalmente los que van a presentar pruebas contra su organización. Tarde o temprano uno tiene suerte y no vuelve a disparar a un hombre.

«Quien vive por la espada, muere por la espada», escribió Forthill.

—Exacto.

Sacudió la cabeza e hizo un gesto de dolor, porque el movimiento le provocó molestia.

«Será difícil ayudar a un hombre así».

Resoplé.

—Es un sentimiento noble, padre, pero un hombre como él no quiere ayuda. No le ve ninguna necesidad. —Me encogí de hombros—. A algunos hombres simplemente les gusta matar.

Frunció el ceño con gravedad, pero no escribió ninguna respuesta. Entonces, alguien llamó a la puerta, se abrió un poco y Sanya metió su cabeza por el hueco.

—Dresden —dijo el Caballero—. Está despierto.

Me levanté y Ratón se levantó conmigo.

—Guay. Quizás debería empezar con esas llamadas, padre.

Forthill volvió a levantar el pulgar en lugar de asentir con la cabeza. Caminé, con Ratón imperturbable tras de mí, y entré en el trastero con Sanya para hablar con nuestro... invitado, supongo.

El sicario cuadrado estaba tumbado en la camilla, atado y asegurado con una capa de cinta americana.

—Levántalo —dije.

Sanya lo hizo, levantó al sicario como si nada, camilla y todo, y lo apoyó formando un ligero ángulo contra la pared.

El sicario me miró con los ojos tranquilos. Cogí la cartera de la mesita plegable que habíamos abierto.

—Steven Doublas —leí en el carnet de conducir—. ¿Eres tú?

—Stevie D —dijo.

—He oído hablar de ti —dije—. Te encargaste de Torelli hace unos años.

Sonrió, muy ligeramente.

—No conozco a ningún Torelli.

—Sí, imagino —dije.

—¿Cómo está? —preguntó Stevie D.

—¿Quién?

—El hombrecillo.

—Bien —dije—. Llevaba un chaleco.

Stevie D asintió.

—Bien.

Levanté una ceja.

—¿El asesino profesional se alegra de no haber matado a alguien?

—No tenía nada contra él. No me iban a pagar por ello. No quiero acabar en el trullo por el tipo equivocado. No es profesional. Pero todo lo que he escuchado sobre ti decía que no debería andarme con polladas para disparar, así que tenía que quitármelo de en medio.

—Stevie —dije—, esto puede continuar de un par de formas diferentes. La más simple es que me digas quién te contrató y yo te dejo marchar.

Entrecerró los ojos.

—¿Sin pasma?

Señalé con la mano a sus ataduras.

—¿Te parece que queremos que la pasma se entere de todo esto? Canta y piérdete en cuanto te quitemos la cinta.

Se lo pensó un momento. Luego dijo:

—Nah.

—¿No?

Hizo un movimiento que podría haber sido un encogimiento de hombros.

—Si hago esto por ti, puede que no vuelva a trabajar nunca. La gente se pone nerviosa cuando un contratado divulga información personal sobre sus clientes. Tengo que pensar a largo plazo.

Asentí levemente.

—Puedo respetar eso. Honrar un trato y todo eso.

Soltó un pequeño resoplido.

—Entonces podemos optar por la segunda opción. Voy a llamar a Marccone. Le voy a decir lo que sucedió. Le voy a preguntar si está interesado en hablar contigo, Stevie. Estoy seguro de que también querrá saber quién está contratando matones en su territorio. ¿Qué impacto crees que tendrá eso en tu productividad a largo plazo?

La tranquilidad de Stevie se desquebrajó. Se lamió los labios.

—Mmm —dijo—. ¿Cuál es la tercera opción?

Sanya dio un paso al frente. Miró a Stevie D, levantó la camilla del suelo sin demasiada dificultad y en voz más baja, y con su mayor acento ruso, dijo:

—Cojo esta camilla, la parto por la mitad y pongo las dos mitades en un incinerador.

Stevie D parecía un hombre que acabara de darse cuenta de que estaba sentado junto a un avispero e intentaba desesperadamente no salir corriendo mientras gritaba. Volvió a pasarse la lengua por los labios y dijo:

—La mitad de lo que he oído sobre ti dice que Marccone te quiere muerto, que tú lo odias a muerte. La otra mitad dice que a veces trabajas para él. Matas a la gente que él cree que tiene que morir.

—Si yo fuera tú, no le prestaría demasiada atención a los rumores, Stevie —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

—Averígualo —dije—. No me digas nada.

Sanya lo puso de nuevo en el suelo. Yo me quedé frente a él, expectantemente.

—Ok —dijo, finalmente—. Una tipa.

—Mujer, ¿eh? ¿Quién?

—Sin nombre. Pagó en efectivo.

—Descríbela.

Stevie asintió.

—Un metro ochenta, piernas largas, ojos marrones —dijo—. Era musculosa, a lo mejor pesaba unos 70 kilos. Pelo largo y oscuro. Tenía tatuajes en la cara y en el cuello.

Se me paró el corazón.

Cerré todas las puertas y ventanas de mi cabeza para callar la tempestad que se estaba formando en mi corazón. Tenía que mantenerme centrado. No podía permitirme que la repentina marea de emociones ahogara mi capacidad para pensar con claridad.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué mi cartera. Cogí una foto de Susan que guardaba allí desde hacía tanto tiempo que parte del color se quedó pegado al plástico. Le enseñé la foto.

El matón entornó los ojos y asintió.

—Sí —dijo—. Es ella.



—Cuéntame los detalles —dije tranquilamente.

—Dijo que estarías aquí. Me dio veinte mil por adelantado y veinte más en una cuenta bloqueada hasta que se confirmara la entrega.

Ratón soltó un sonido bajo e incómodo que no llegó a convertirse en un gemido. Se quedó sentado mirándome la cara atentamente.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Anoche.

Lo miré fijamente durante un momento. Luego lancé la cartera de Stevie en la mesa plegable y dije:

—Suéltalo. Acompáñalo hasta la puerta.

Sanya soltó lo que parecía un suspiro de decepción. Luego sacó un cuchillo y empezó a liberarlo.

Caminé hasta la puerta, hacia la salita, con la cabeza baja, pensando furiosamente.

Susan había contratado a un asesino a sueldo para que me matara. ¿Por qué?

Dejé de andar y me apoyé contra una pared. ¿Por qué contrataría a alguien para que me matara? O, demonios, más concretamente, ¿por qué contrataría a un asesino a sueldo para que me matara? ¿Por qué no alguien que tuviera más posibilidades de conseguirlo?

Sin duda un asesino a sueldo podría matar incluso a un mago si lo cogía por sorpresa. Pero las pistolas había que dispararlas a unas distancias cortas peligrosas para que fueran efectivas y Stevie tenía fama de ser un especialista descarado en las armas de mano. Eso significaba que el mago tendría más tiempo de ver que algo malo se le acercaba y le sería más fácil responder con una horrible magia defensiva, cosa que no sucedería si solo se daba cuenta cuando un rifle de largo alcance le alcanzaba en el pecho. Difícilmente era el enfoque ideal.

Si Susan me quería muerto, en realidad no habría necesitado contratar a nadie. Un pretexto para quedarnos a solas y otro para acercarnos mucho hubieran sido suficientes. Y yo nunca lo habría visto venir.

Algo no encajaba. Habría llamado mentiroso a Stevie, pero no creo que lo fuera. Estaba seguro de que se creía lo que había dicho.

Así que, o Stevie estaba mintiendo y yo era demasiado tonto para darme cuenta, o estaba diciendo la verdad. Si estaba mintiendo, dados los problemas en los que podía meterlo, él también era un idiota. No pensé que fuera de esos. Si estaba diciendo la verdad, significaba...

Significaba que realmente Susan había contratado a alguien para que me matase, o que otra persona que podría parecerse a Susan había negociado con Stevie D. Si Susan había contratado a alguien, ¿por qué este tipo en particular? ¿Por qué contratar a alguien que no tenía todas las posibilidades de llevarlo a cabo? Se parecía más al tipo de cosas que se le ocurrirían a Esteban y Esmerelda.

Eso tenía más sentido. Los ojos azul y verde de Esmerelda podrían haber hecho que Stevie recordara que lo había contratado la gallina Caponata, si eso es lo que quería. ¿Pero cómo había sabido dónde encontrarme? ¿De algún modo habían conseguido seguir a Sanya hasta la iglesia desde mi apartamento sin que Ratón se diera cuenta?

¿Y dónde demonios estaban Susan y Martin? Habían tenido tiempo más que suficiente para llegar aquí. ¿Entonces por qué no estaban aquí?

Alguien estaba jugando conmigo. Si no empezaba a conseguir respuestas a esas preguntas, tenía el mal presentimiento de que se iban a volver en mi contra y a morderme en el culo en el peor momento imaginable.

Vale.

Supuse que eso significaba que era hora de conseguir algunas respuestas.

La paranoia es un rasgo de supervivencia cuando corres en círculos. Te da algo que hacer durante tu tiempo libre, para conseguir soluciones a problemas ridículos que nunca van a suceder. Salvo cuando sí ocurren, momento en el cual sientes que tienes muy buenas razones que justifican tu actitud.

Por ejemplo, me pasé más de un par de horas intentado averiguar cómo podría rastrear a alguien por Chicago si no tenía ningún objeto ni pertenencia suya que usar como foco. La magia básica de rastreo depende completamente de tener una muestra de quien sea que quieras seguir. Pelo, sangre y trozos de uñas suelen ser los objetos habituales. Pero supongamos que no tienes nada de eso y aun así quieres encontrar a alguien. Si tienes una muestra de algo que fue suyo, un trozo rasgado de su ropa, la etiqueta que ha arrancado de su ropa interior, lo que sea, también puedes encontrarlo de ese modo.

Pero supongamos que hay algo de ajetreo y locura y alguien acaba de quemar tu casa y tu laboratorio y aun así tienes que seguir a alguien.

Es entonces cuando necesitas una fotografía buena y clara. Y secuaces. Muchos secuaces. Preferiblemente de los que no exigen salarios desorbitados.

Hay un Pizza Spres a menos de dos manzanas de Santa María. Sanya y yo nos fuimos directos hacia allí. Hice un pedido.

—No entiendo cómo nos puede ayudar esto —dijo Sanya, mientras yo salía de la tiendecita con cuatro cajas de *pizza*.

—Estás acostumbrado a resolver todos tus problemas de la forma simple —dije—. Darle una patada a la puerta, rajar a todos los que parezcan malvados, salvar a todos los que parezcan que lo necesitan. ¿No?

—No siempre es tan simple —dijo Sanya, más bien rígido—. Y algunas veces uso una pistola.

—Y te aplaudo por ello, muy progresista —dije—. Pero lo que quiero decir es que trabajas de forma directa. Tienes una idea general de adónde vas, o te muestran el camino, y después solo tienes que encargarte del asunto.

—*Da* —dijo Sanya mientras caminábamos—. Supongo.

—Mi trabajo es parecido —dije—, salvo que nadie me indica el camino.

—Necesitas saber hacia dónde ir —dijo Sanya.

—Sí.

—Y vas a pedirle indicaciones a cuatro *pizzas* familiares.

—Sí —dije.

El hombretón frunció el ceño por un momento. Luego dijo:

—Aquí hay, creo, un humor que no se traduce bien del inglés al cuerdo.

—Eso es bastante rico viniendo del Caballero de la Cruz agnóstico con una Espada sagrada que recibe órdenes de un arcángel —dije.

—Gabriel podría ser un ente alienígena de cualquier tipo —dijo Sanya con calma—. Eso no cambia el valor de lo que hago... ni a mí ni a aquellos a quienes protejo.

—A quienes —dije, con todo el acento ruso que pude incluir en una palabra—. Alguien ha estado practicando idiomas.

De algún modo Sanya consiguió mirarme por encima del hombro a pesar de que yo era varios centímetros más alto.

—Solo estoy diciendo que no necesito el código escrito de una creencia espiritual para actuar como un ser humano decente.

—Tú estás mucho más tarado que yo —dije girando en un callejón—. Y yo hablo con la *pizza*.

Dejé las cuatro cajas de *pizza* encima de cuatro cubos de basura adyacentes y miré a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie cerca. Se acercaba la hora del almuerzo y no era el mejor momento para hacer lo que estaba a punto de hacer, pero tenía que funcionar. Me giré para mirar a un lado y a otro del callejón lo mejor que pude, cogí aire y entonces recordé algo.

—Eh, Sanya. ¿Te tapas las orejas con las manos?

El gran ruso me miró fijamente.

—¿Qué?

—Las manos —dije, moviendo las mías—, en las orejas. —Señalé a las mías.

—Entiendo las palabras, obviamente, ya que soy alguien que ha estado practicando idiomas. ¿Por qué?

—Porque voy a decirle algo a la *pizza* y no quiero que lo escuches.

Sanya lanzó al cielo una única y larga mirada de sufrimiento. Luego suspiró y se tapó las orejas con las manos.

Le levanté los pulgares, me giré, me tapé la boca con la mano para que nadie pudiera leerme los labios y empecé a murmurar un nombre, una y otra vez, infundiendo cada palabra con mi voluntad.

Solo tuve que repetir el nombre una docena de veces más o menos antes de que una sombra parpadeara por encima de mi cabeza y de que algo del tamaño de un halcón de caza cayera del cielo, con unas alas borrosas que zumbaban, planeando a medio metro delante de mí.

—*Bozhe moi!*<sup>[1]</sup> —farfulló Sanya y Esperacchius se encontraba a medio camino fuera de su funda cuando terminó de hablar.

No pude evitar decir:

—Es realmente irónico que uses esa expresión, oh Caballero del Quizás.

—¡Adelante! —chilló una voz aguda, como un actor shakesperiano con helio—. ¡Desenfunda tu espada, truhan, y veremos quién sangra hasta la muerte con miles de cortes diminutos!

Sanya se quedó ahí de pie con la boca abierta y su espada todavía a medias dentro de la vaina.

—Es... —Sacudió la cabeza como si algo le hubiera golpeado en la nariz—. Es un domovoi, ¿da?

La pequeña hada en cuestión medía casi 38 centímetros, tenía la apariencia de un joven esbelto y atlético, con unas alas borrosas de libélula por encima de los hombros y un mechón de pelo como el plumón de los dientes de león de color lavanda. Iba vestido con prendas que parecían robadas del viejo muñeco G. I. Joe de alguien: un mono de color verde militar con las mangas arrancadas y agujeros cortados para las alas. Llevaba varias armas encima, la mayoría de ellas colgadas con tiras de nailon que parecían quitadas de etiquetas de identificación. Llevaba un abrecartas con la forma de una espada larga a un lado y dos más, cruzados entre sí, a la espalda. Le di el set de abrecartas las Navidades pasadas y le advertí que guardara la mitad en un lugar seguro, como armas de repuesto.

—¿Domovoi? —chilló la pequeña hada, furiosa—. Oh, no, ¡no!

—Tranquilo, general de brigada —dije—. Sanya, este es el General de Brigada Tut-tut Minimus, el capitán de mi guardia personal. Tut, este es mi amigo íntimo Sanya, Caballero de la Cruz, que se ha enfrentado al peligro a mi lado. Es de fiar.

El hada se estremeció de indignación.

—¡Es ruso! ¡Y ni siquiera conoce la diferencia entre un domovoi y un polevoi cuando lo tiene a medio metro! —Tut-tut soltó una violenta sarta de palabras en ruso, agitando un dedo hacia el enorme Caballero.

Sanya escuchó confuso al principio, pero luego parpadeó, guardó la espada y levantó ambas manos. Dijo algo que sonaba sombrío y muy formal, y solo entonces la ira de Tut pareció abatirse. Dijo una o dos palabras más que sonaban bruscas hacia

Sanya, añadió un movimiento de barbilla que gritaba: «¡Toma!» y volvió a girarse hacia mí.

—Tut —dije—, ¿por qué hablas ruso?

Parpadeó mirándome.

—Harry —dijo, como si la pregunta no tuviese ningún sentido—, tú simplemente hablas, ¿no? Quiero decir, venga ya. —Me hizo una inclinación de cabeza y dijo—: ¿Cómo puedo servirlos, mi señor?

Lo miré un poco más de cerca:

—¿Por qué tienes la mitad de la cara pintada de azul?

—¡Porque ahora pertenecemos a Invierno, mi señor! —dijo Tut. Sus ojos saltaron de un lado a otro varias veces—. Y... es decir, eso no significa que tengamos que tomar la *pizza* fría, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dije.

Tut parecía aliviado.

—Oh. Bien. Mmm. ¿De qué estábamos hablando?

—Tengo un trabajo para ti —dije—, y para todos los que puedan ayudar. —Señalé la *pizza* con la cabeza—. Tarifas habituales.

—Muy bien, mi señor —dijo Tut, haciendo un saludo militar. Sus ojos volvieron a mirar hacia abajo—. Quizás alguien debería comprobar la *pizza*. Ya sabe. Veneno y cosas. Sería una grandísima pena si alguien envenenara a vuestros vasallos, ya sabe.

Lo miré con recelo. Luego levanté un dedo y dije:

—Está bien. Un trozo. Y después... ¡aj!

Tut se lanzó hacia la *pizza* como un gran tiburón blanco contra una foca. Se lanzó hacia ella de golpe, rompiendo la caja con una espada brillante. Luego cogió el trozo más grande y empezó a devorarlo con ganas.

Sanya y yo nos quedamos ahí de pie, fascinados. Era como ver a un hombre intentar comerse un trozo de *pizza* del tamaño de un coche pequeño. Había trozos que salían volando y que pinchaba con su espada. La salsa se derramó por todas partes y me provocó un *flashback* horripilante de la Mesa de Piedra.

—¿Harry? —preguntó Sanya—. ¿Estás bien?

—Lo estaré pronto —dije.

—¿Esta criatura te sirve? —preguntó Sanya.

—Esta y otras cien más pequeñas. Y cinco veces ese número de trabajadores a media jornada que llamo de vez en cuando. —Pensé en ello—. No es tanto que me sirven, sino más bien un acuerdo de negocios que a todos nos gusta. Ellos me ayudan de vez en cuando. Yo les proveo con *pizza* de forma regular.

—La cual les... encanta —dijo Sanya.

Tut giró en un círculo vertiginoso, encantado, sobre un talón, y cayó sobre su espalda con un entusiasmo perfectamente natural, con la barriga sobresaliendo todo lo que podía. Se quedó ahí tumbado un momento, haciendo ruiditos de gorgoteo y felicidad.



—Bueno —dije—. Sí.

Los ojos de Sanya bailaron, aunque su rostro era serio.

—Eres traficante de drogas. Con hadas diminutas. Qué vergüenza.

Gruñí.

—¿Y qué es lo que ha dicho sobre Invierno? —preguntó.

—¡Harry es el nuevo Caballero del Invierno! —burbujeó Tut-tut—. ¡Lo cual es fantástico! El antiguo Caballero del Invierno básicamente se pasaba el día sentado mientras lo torturaban. Nunca se iba de aventuras ni nada. —Se detuvo y añadió—: A no ser que cuentes volverse loco, supongo.

—Tut —dije—. Estoy... intentando mantener lo del Caballero del Invierno en secreto.

—Oh —dijo Tut—. ¿Por qué?

Pasé la mirada de la pequeña hada a Sanya.

—Mira, yo, eh... Es personal, vale, y...

—Porque todas las criaturas del Reino de las Hadas pudieron ver la ceremonia —dijo Tut con orgullo—. ¡Mab se aseguró de ello! ¡Se reflejó en todos los riachuelos y estanques y lagos y charcos y en todas las gotas de agua!

Miré fijamente a la hinchada hada, en una especie de ausencia de palabras.

—Mmm —dije—. Oh. Qué... Muy muy perturbador.

—¿Te dolió cuando besaste a Mab? —preguntó Tut—. Porque siempre he pensado que sus labios parecían tan fríos que quemarían. ¡Como farolas en invierno! —Tut se sentó de repente, con los ojos como platos—. Ooooooh. ¿Tu lengua se quedó pegada a la suya, como en aquella película de Navidad?

—Vaaaaaale —dije con una alegría forzada, dando palmas con las manos—. Muy muy demasiado personal. Mmm. El trabajo. Tengo un trabajo para ti.

Tut-tut se puso de pie de un salto. Su estómago ya estaba volviendo a su tamaño normal.

—¡Sí, mi señor!

¿Dónde demonios había metido todo? Quiero decir... Era imposible que comiera tanta *pizza* y luego... Sacudí la cabeza. No era el momento.

Saqué mi foto de Susan.

—Esta humana está en algún lugar de Chicago. Necesito que tu gente la encuentre. Probablemente vaya acompañada por un hombre humano con el pelo rubio, casi de la misma altura que ella.

Tut voló de nuevo con sus alas y zumbó hacia la foto. La cogió y la sostuvo con el brazo estirado, estudiándola, y asintió una vez.

—¿Puedo quedármela, señor, para enseñársela al resto?

—Sí —dije—. Pero ten cuidado con ella. Quiero que me la devuelvas.

—¡Sí, mi señor! —dijo Tut. Blandió la espada con una floritura, la envainó y se fue volando directo hacia el cielo de octubre.

Sanya se quedó mirándome fijamente.

Tosí. Esperé.

—Así que —dijo— Mab.

Gruñí vagamente como respuesta.

—Te acostaste con ella —dijo Sanya.

No lo miré. Me puse rojo.

—Te la has —arrugó la nariz, buscando en su memoria— tirado. Supuestamente fue fantástico.

—¡Sanya!

Soltó una risa baja, vibrante, y sacudió la cabeza.

—La vi una vez. A Mab. Hermosa más allá de las palabras.

—Sí —dije.

—Y peligrosa.

—Sí —dije, con énfasis.

—Y ahora tú eres su campeón —dijo.

—Todo el mundo tiene que ser algo, ¿no?

Asintió.

—Bromeas sobre ello. Bien. Vas a necesitar ese sentido del humor.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es fría, Dresden. Conoce secretos malvados que el mismísimo Tiempo ha olvidado. Y si te ha elegido para que seas su Caballero, tiene un plan para ti. —Asintió con la cabeza lentamente—. Ríe cuando puedas. Evitará que te mates cuando las cosas vayan mal. Eso y el vodka.

—¿Es una especie de proverbio ruso? —pregunté.

—¿Has visto las danzas populares tradicionales? —preguntó Sanya—. Imagínate que las hace alguien con una botella de vodka en el cuerpo. Las risas abundan y sobrevives otro día. —Se encogió de hombros—. O te rompes el cuello. En cualquier caso, es gestión del dolor.

Su voz sonaba casi alegre, aunque el tema era lúgubre como el infierno. O más.

Esperaba que me intentara convencer de que lo dejara. O al menos que me regañara por ser un idiota. No hizo ninguna de las dos cosas. Había una aceptación tranquila de cosas terribles que era una parte fundamental de la personalidad de Sanya. No importaba lo mal que fueran las cosas, yo no creía que nada lo perturbara en realidad. Simplemente, aceptaba las cosas malas que sucedían y seguía adelante lo mejor que podía.

Probablemente hubiera una lección para mí en ello, en alguna parte.

Me quedé callado un rato antes de decidir confiar en él.

—Tengo que salvar a mi hija primero —dije—. Ese era el trato.

—Ah —dijo. Pareció darle vueltas y asintió—. Es razonable.

—¿De verdad lo crees?

Levantó las cejas.

—La niña es de tu sangre, ¿no?

Asentí y dije en voz baja:

—Lo es.

Extendió las manos, como si fuera un hecho evidente que no necesitara mayor exploración.

—Por horrible que sea el destino, es algo bueno —dijo—. Merece la pena. Salvar a tu hija. —Me dio una palmada en el hombro—. Si te conviertes en un monstruo horrible y me envían para matarte, recordaré esto y haré que sea lo menos doloroso que pueda, por respeto a ti.

Supe que estaba de broma. Simplemente no sabía en qué parte estaba bromeando.

—Eh —dije—, gracias.

—No hay de qué —dijo. Nos quedamos de pie en silencio durante otros cinco minutos antes de que frunciera el ceño al mirar las cajas de *pizza* y preguntara:

—¿Tienen algún propósito el resto de las...?

Una escena sacada de *Los Pájaros* descendió por el callejón. Hubo un torbellino de batir de alas y cientos de figuras diminutas se lanzaron hacia la *pizza*. Por aquí y por allá divisé a uno de los guardias del Señor de la *Pizza*, reconocible gracias a los cúteres naranjas que se habían atado a la espalda. Los otros eran destellos y parpadeos de color, apagados por la luz del día pero hermosos a pesar de todo. Había mucha Gente Pequeña implicada. Si lo estuvieran haciendo por la noche, podrían haber provocado un ataque epiléptico o algo.

A la Gente Pequeña le encanta la *pizza*. La aman con una pasión tan intensa que empobrece la imaginación. Ver cómo devoran una *pizza* es como ver un avión desarmarse en medio del aire en una de esas viejas grabaciones de la Segunda Guerra Mundial. Los trozos salpicaban por aquí y por allá, salían volando por todas partes, cada uno de ellos transportado por cada una de las hadas que lo había agarrado.

Se terminó en menos de tres minutos.

En serio. ¿Dónde la metían?

Tut vino planeando delante de mí y se lanzó un puñado de *pizza* a la boca. Se lo tragó e hizo un saludo militar.

—¿Y bien, general de brigada? —pregunté.

—La encontramos, mi señor —informó Tut—. Está cautiva y en peligro.

Sanya y yo intercambiamos una mirada.

—¿Dónde? —pregunté.

Tut sujetaba firmemente la foto, todavía de una pieza, y dos hebras de pelo negro, cada uno de ellos envuelto en su propio bucle en sus diminutas manos.

—Dos pelos de su cabeza, mi señor. O si lo desea, os guiaré allí.

Sanya echó la cabeza un poco hacia atrás, impresionado.

—¿La han encontrado? ¿Tan rápido?

—La gente subestima muchísimo a la Gente Pequeña —dije con calma—. Dentro de sus límites, son tan buenos o mejores como cualquier otro que yo conozca para

conseguir información... y hay un montón por todo Chicago dispuestos a ayudarme de vez en cuando.

—¡Viva el Señor de la *Pizza*! —chilló Tut-tut.

—¡Viva el Señor de la *Pizza*! —respondieron un montón de voces cantarinas que no parecían provenir de una fuente determinada. La Gente Pequeña puede ser completamente invisible cuando quiere.

—General de brigada Minimus, sigue así y te haré todo un general.—Tut se quedó helado.

—¿Qué? ¿Eso es malo? ¿Qué he hecho?

—Es bueno, Tut. Está por encima de general de brigada.

Abrió los ojos como platos.

—¿Hay más por encima?

—Oh, sí, por supuesto. Y estás en el camino rápido hacia lo más alto. —Cogí los pelos y dije—: Montaremos en el coche. Condúcenos a ella, Tut.

—¡Sí, señor!

—Bien —dijo Sanya, sonriendo—. Ahora sabemos adónde ir y tenemos a alguien a quien rescatar. Esta parte sé cómo hacerla.



—Cierto es que —dijo Sanya unos minutos después— normalmente no ataco los edificios principales del FBI. Ni tampoco a plena luz del día.

Estábamos aparcados a una manzana de la oficina del FBI en Chicago, donde Tut nos había guiado, agarrado al salpicadero y preguntando por qué Sanya no había alquilado uno de los coches que podían volar en lugar de la vieja y lenta minifurgoneta que solo funcionaba por tierra. Tut tampoco se había tomado en serio la respuesta de «esos coches son imaginarios». Había murmurado un par de cosas en ruso que solo hicieron que Sanya sonriera más.

—Maldita sea —dije, mirando el edificio—. ¿Tut? ¿Martin estaba con ella?

—¿El pelo amarillo? —Tut estaba sentado en el salpicadero frente a nosotros, balanceando los pies—. No, mi señor.

Gruñí.

—Eso tampoco me gusta. ¿Por qué no los han cogido juntos? ¿En qué piso está, Tut?

—Ahí —dijo, señalando. Me incliné y me agaché detrás de él para poder mirar a la altura de su brazo a la ventana que estaba señalando.

—Cuarto —dije—. Ahí es donde Tilly habló conmigo.

Sanya alargó el brazo para sacar una semiautomática que tenía escondida detrás del asiento de la furgoneta y metió una bala en la recámara, con los ojos pegados al retrovisor.

—Compañía.

Un vagabundo calvo, con un ligero sobrepeso, que llevaba un abrigo harapiento y ropa usada, bajaba por la acera cojeando y con la mirada ausente; pero se movía un poco demasiado a propósito hacia nosotros para ser un verdadero vagabundo. Yo miraba sus manos con mi brazalete escudo listo para actuar, esperando que sacara un arma de debajo del enorme abrigo, y hasta que no estuvo a unos pocos pasos no me di cuenta de que era Martin.

Se detuvo en la acera junto a la ventana del pasajero de la furgoneta y se tambaleó en el sitio. Golpeó el cristal y levantó la mano como si pidiera una limosna. Bajé la ventanilla y le pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—El FBI hizo su trabajo —dijo—. Rastrearon nuestro coche de alquiler hasta mi DNI falso, consiguieron mi foto, me pusieron en TV. Uno de los detectives que chantajeamos confirmó mi presencia y les dijo que me había visto en tu casa y estaban esperando allí para cuando volviésemos a por ti. Susan creó una distracción para que yo pudiera escaparme.

—Y la dejaste atrás, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—Su identidad es real, y aunque saben que llegó conmigo y que fue vista conmigo, no pueden demostrar que haya hecho algo. He estado operando tiempo suficiente para que la Corte Roja se asegure de que me encuentro en varias listas internacionales de terroristas buscados. Si me hubieran cogido a mí, nos hubieran cogido a los dos.

Gruñí.

—¿Qué averiguasteis?

—Los últimos del círculo interno del Rey Rojo han llegado esta mañana. Realizarán la ceremonia esta noche —dijo—. A medianoche, o un poco después, si nuestro cálculo astronómico es sólido.

—Mierda.

Martin asintió.

—¿Cuánto tardas en llevarnos allí?

Toqué con un dedo la gema de mi madre y comprobé por segunda vez el camino hacia allí.

—No tiene una ruta directa. Tres paradas, un par de paseos, uno de ellos en terreno malo. Deberíamos tardar noventa minutos, lo que nos dejaría a ocho kilómetros de Chichén Itzá.

Martin me miró durante un buen rato. Luego dijo:

—No puedo evitarlo, pero en cierto modo encuentro conveniente que de repente seas capaz de proporcionar ese tipo de transporte tan rápido exactamente a los lugares a los que necesitamos ir.

—La Corte Roja tiene sus golosinas ocultas cerca de una confluencia de líneas ley —dije—, un punto de gran poder mágico. Chichén Itzá es otra de esas confluencias, solo que un poco más grande. Chicago es un cruce de caminos, tanto físico como metafísico. Hay docenas de confluencias en la ciudad o a cuarenta kilómetros. Las rutas que conozco del Nuncamás principalmente van de confluencia a confluencia, así que Chicago tiene una ruta directa a muchos lugares.

Sanya hizo un ruido de interés.

—Como los aeropuertos de Dallas o Atlanta. O de aquí. Nexos de viaje.

—Exacto.

Martin asintió con la cabeza, aunque no pareció especialmente que me creyera o me dejara de creer.

—Eso nos da un poco más de nueve horas —dijo.

—La Iglesia está intentando conseguir información sobre la seguridad local en Chichén Itzá. Nos vemos en Santa María de los Ángeles. —Le di las monedas sueltas que encontré en mis bolsillos—. Diles que Harry Dresden dijo que no eras Stevie D. Saldremos desde allí.

—Tú... —Sacudió un poco la cabeza—. ¿Has conseguido que la Iglesia te ayude?

—Por todos los demonios, tío. Tengo un Caballero de la Cruz haciéndome de chófer.

Sanya bufó.

Martin estudio a Sanya con unos ojos casi como platos.

—Ya... veo.

Una cierta energía pareció entrar en él mientras asentía y supe exactamente lo que estaba sintiendo: el aumento positivo en sus emociones, una electricidad que venía con el repentino entendimiento de que no solo la muerte no era segura, sino que la victoria de verdad podría ser posible.

La esperanza es una fuerza de la naturaleza. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Martin asintió.

—¿Qué pasa con Susan?

—La sacaré de ahí —dijo.

Martin sacudió la cabeza con otro asentimiento. Luego cogió aire y dijo simplemente:

—Gracias.

Se giró y se alejó cojeando como un borracho, contando las monedas.

—Parece un hombre decente —dijo Sanya. Sus agujeros de la nariz se ensancharon un poco—. ¿Medio vampiro, dices? ¿Hermandad de San Gil?

—Sí. Igual que Susan. —Miré cómo Martin desaparecía en el tráfico peatonal de Chicago de la hora de la comida y dije—: No estoy seguro de si confío en él.

—Diría que el sentimiento es mutuo —dijo Sanya—. Cuando un hombre vive una vida como la de Martin, aprende a no confiar en nadie.

Gruñí con desagrado.

—Deja de ser razonable. Me divierte odiarlo.

Sanya se rio entre dientes y dijo:

—Entonces, ¿y ahora qué?

Saqué las pistolas de los bolsillos de mi guardapolvos y las guardé detrás del asiento del pasajero de la furgoneta.

—Tú vuelves a Santa María. Yo entro ahí y saco a Susan y nos vemos en la iglesia.

Sanya levantó las cejas.

—¿La sacas de ahí?

—Por supuesto.

Apretó los labios pensativo, luego se encogió de hombros.

—Ok. Supongo que es tu funeral, ¿*da*?

Asentí firmemente.

—*Da*.

Entré en el edificio y crucé los detectores de metal. Hicieron bip. Me detuve y dejé todos los anillos y el brazalete escudo en una bandeja de plástico, luego volví a intentarlo. No protestaron esta segunda vez. Recuperé mis cosas y caminé hasta un puesto en el centro de la planta que parecía un mostrador de información. Saqué una de mis tarjetas, de las que dicen que soy investigador privado. Solo me quedaba media docena. El resto estaban en el cajón del escritorio de mi oficina.

—Necesito hablar con el agente Tilly sobre su actual investigación.

La mujer que estaba detrás del mostrador asintió de manera casual, llamó al despacho de Tilly y preguntó si podría verme. Asintió una vez y dijo:

—Sí, señor —y me sonrió—. Necesitará una identificación de visitante. Aquí tiene. Por favor, asegúrese de que es visible en todo momento.

Cogí la identificación y me enganché el clip en el guardapolvos.

—Gracias, conozco la rutina.

—Cuarta planta —dijo, y le hizo un gesto con la cabeza a la persona que había en la cola detrás de mí.

Caminé hacia los ascensores, subí hasta la cuarta planta y caminé hasta el despacho de Tilly, el cual resultó estar justo al otro lado del pasillo de la sala de interrogatorio. Tilly, pequeño, elegante y con la mirada nerviosa, se encontraba en el umbral de la puerta, mirando un archivo en un sobre de manila. Me dejó ver que era la foto de Susan sujetada con un clip en la cubierta exterior antes de cerrar el archivo y colocárselo debajo del brazo.

—Así que —dijo— se trata del señor Asociado Conocido. Menos Mal. Necesitaba hablar contigo de todos modos.

—Esta semana soy un tipo popular —dije.

—Ni que lo digas —dijo Tilly. Se cruzó de brazos, frunciendo el ceño—. Veamos. Tenemos un coche alquilado por un hombre misterioso que usaba una identidad falsa, justo delante del edificio que explotó. Tenemos declaraciones bajo juramento de dos fisgones locales de que la piernas largas llamada Susan Rodriguez fue vista en su compañía. Tenemos un Volkswagen Escarabajo aplastado, perteneciente a Harry Dresden, y siete mil dólares en daños a la propiedad cerca de la casa de un deshonesto policía local de Asuntos Internos que mintió como un bellaco para que yo me fijara en ti. Tenemos un archivo que dice que Susan Rodriguez fue en algún momento tu novia. Testigos que la sitúan a ella y al hombre misterioso en tu apartamento, el cual parecía un poco demasiado limpio de cualquier cosa que pudiera implicarte. Pero antes de que pudiéramos volver y echarle un verdadero vistazo de cerca para encontrar evidencias, arde hasta los cimientos. El jefe de bomberos todavía está trabajando en la investigación, pero la primera impresión es incendio provocado.



—Tilly se rascó la barbilla pensativo—. No sé si estás al tanto de las actuales técnicas de investigación, pero cuando hay tantas conexiones entre un número de gente relativamente pequeño y los eventos, algunas veces puede ser un indicador de que podrían estar detrás de algo malvado.

—Malvado, ¿eh? —pregunté.

Tilly asintió.

—Buena palabra, ¿verdad? —Arrugó la nariz—. Esto me decepciona, porque mis instintos me decían que estabas jugando al mismo nivel que yo. Con las cartas un poco ocultas, pero al mismo nivel. Supongo que siempre puedes encontrarte con alguien a quien se le da mejor mentir que a ti descubrir las mentiras, eh.

—Probablemente —dije—. Pero no lo hiciste. Al menos no conmigo.

Gruñó.

—A lo mejor. A lo mejor. —Miró hacia su oficina—. ¿Tú qué crees?

—Creo que estás jugando con dinamita de nuevo, Tilly —dijo la voz de Murphy.

—Murph —dije, aliviado. Me incliné por encima de Tilly y la saludé con la mano. Ella me miró y sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Dresden. ¿Alguna vez puedes hacer algo sin montar ruido y de una manera ordenada?

—Para nada —dije—. Es lo único que evita que aquí el amigo Tilly decida que soy un fabricante de bombas.

La boca de Murphy se curvó en la comisura, brevemente. Preguntó con sobriedad:

—¿Estás bien?

—Quemaron mi casa, Murph —dije—. Míster escapó, pero no sé dónde está. Quiero decir, sé que un gato perdido no es exactamente una prioridad ahora mismo pero... —Me encogí de hombros—. Supongo que estoy preocupado por él.

—Si se queda sin comida —dijo Murphy irónicamente—, estaría más preocupada por mí. Míster es la cosa más parecida a un león de montaña en unos trescientos kilómetros a la redonda. Estará bien.

Tilly parpadeó y se giró hacia Murphy.

—¿En serio?

Murphy lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Todavía lo apoyas —dijo Tilly—. A pesar de todas las señales que está enviando.

—Sí —dijo Murphy.

Tilly exhaló aire lentamente. Luego dijo:

—Muy bien, Dresden. ¿Entras en mi oficina?

Lo hice. Tilly cerró la puerta detrás de nosotros.

—Vale —dijo—. Cuéntame lo que está pasando.

—No quieres saberlo —dijo Murphy. Se me había adelantado.

—Qué gracioso —dijo Tilly—. Lo comprobé con mi cerebro hace una hora, y entonces me dijo que sí lo quería saber.

Murphy exhaló y me miró.

Levanté ambas manos.

—Apenas conozco al tipo. Te toca a ti.

Murphy asintió y le preguntó a Tilly:

—¿Cuánto sabes sobre los archivos del caso Gato Negro?

Tilly la miró un momento. Luego se miró la tarjeta de identificación, sujeta en la chaqueta.

—Qué divertido. Por un segundo alguien debe de haberla cambiado para que diga «Mulder».

—Hablo en serio, Till —dijo Murphy.

Levantó las oscuras cejas.

—Mmm. Fueron los precursores de Investigaciones Especiales, ¿verdad? En los sesenta, setenta, creo. Se encargaban de todas las cosas raras. Los archivos hacen algunas declaraciones que me hacen creer que varios de esos oficiales se estaban divirtiendo con todas las maravillosas y nuevas drogas psicóticas que se llevaban por aquel entonces.

—¿Qué pasa si te digo que no estaban colocados, Till? —preguntó Murphy.

Tilly frunció el ceño.

—¿Eso es lo que me estás diciendo?

—No estaban colocados —dijo Murphy.

Tilly frunció el ceño aún más.

—Investigaciones Especiales se encarga de las mismas cosas que se encargaban los Gatos Negros. Simplemente nos ha quedado muy claro que es mejor que nuestros informes no parezcan el resultado de un buen viaje. Así que los informes ofrecen una explicación. No ofrecen demasiada precisión.

—¿Estás... ahí de pie, delante de mí, diciéndome que cuando Dresden me dijo que eran vampiros, hablaba en serio?

—Completamente —dijo Murphy.

Tilly cruzó los brazos.

—Jesús, Karrin.

—¿Crees que te estoy mintiendo? —preguntó ella.

—No me estás mintiendo —dijo él—. Pero eso no significa que haya vampiros corriendo por ahí fuera. Solo significa que tú crees que es verdad.

—Quizás solo soy ingenua —sugirió Murphy.

Tilly le lanzó una mirada de reproche.

—O quizás te está abrumando la presión y no estás viendo las cosas con objetividad. Quiero decir...

—Si haces algún comentario, aunque sea de refilón, sobre la menstruación o la menopausia y sus efectos sobre mi juicio —lo interrumpió Murphy—, te romperé el

brazo por once sitios.

Tilly apretó los labios con desagrado.

—Maldita sea, Murphy. ¿Te escuchas a ti misma? ¿Vampiros? Por amor de Dios. ¿Qué se supone que tengo que creer?

Murphy extendió las manos.

—No estoy segura. Harry, ¿qué está pasando en realidad?

Hablé sobre los últimos días, centrándome en los eventos de Chicago y dejando fuera todo lo demás, salvo una imagen general del Consejo Blanco y la Corte Blanca y sus implicaciones.

—Esta pareja vampiro —dijo Murphy—, ¿crees que son los que llegaron a Rudolph?

—Tiene sentido. Podrían haberlo presionado de un montón de modos diferentes. Querían eliminarlo antes de que pudiera chivarse y enviaron a su peso pesado para que se encargara de ello.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Tilly.

—Entonces, ¿cuándo os vais? —me preguntó Murphy, ignorándolo.

—Esta noche.

—Nadie se va a ninguna parte hasta que yo consiga algunas respuestas —dijo Tilly. Hay que decir a su favor que no incluyó ninguna bravuconería en la frase. Lo hizo como una afirmación simple.

—No sé cuántas respuestas puedo darte, tío —dije, en voz baja—. No hay mucho tiempo. Y mi hija está en peligro.

—Esto no es una negociación —dijo Tilly.

—Agente —dije, suspirando—. Todavía hay un poco de tiempo. Y estoy dispuesto a hablar contigo —mi voz se volvió más dura—, pero no durante mucho tiempo. Por favor, créeme cuando digo que puedo sacar a Susan de este edificio, con o sin tu cooperación.

—Harry —dijo Murphy, como si yo acabara de soltar algo impensablemente borde y por lo que debería avergonzarme.

—Tic, tac, Murph —respondí—. Si me fuerza, no puedo permitirme quedarme aquí y sonreír.

—Ahora tengo curiosidad —dijo Tilly, enojándose visiblemente—. Creo que me gustaría ver cómo lo intentas.

—Till —dijo Murphy exactamente con la misma voz—. Madre de Dios, chicos, ¿os mataría a alguno de los dos comportaros como adultos? ¿Por favor?

Me crucé de brazos, frunciendo el ceño. Tilly hizo lo mismo. Pero los dos nos callamos.

—Gracias —dijo Murphy—. Till... ¿recuerdas aquella grabación que pusieron en las noticias hace unos años? ¿Después de las muertes en Investigaciones Especiales?

—¿Lo del hombre lobo? —preguntó Tilly—. Sí. Borroso, mala iluminación, desenfocado y unos efectos terribles. La criatura no se parecía para nada a un hombre

lobo. Y de repente la grabación desaparece misteriosamente, así nadie la puede comprobar. Probablemente haya versiones de segunda mano por internet. — Reflexionó y dijo—: Aunque la actriz que te interpretaba era bastante buena.

—No era una actriz, Till —dijo Murphy en voz baja—. Yo estuve ahí. Vi cómo sucedió. La grabación era verdadera. Tienes mi palabra.

Tilly volvió a fruncir el ceño. Bajó la cabeza ligeramente, con los ojos negros centrados en sus pensamientos, como si estuviera leyendo un informe que solo él podía ver.

—Mira, tío —dije en voz baja—. Piénsalo de este modo. ¿Y si nunca me hubieras escuchado decir la palabra vampiro? ¿Y si en lugar de eso dijera cártel de drogas o terroristas? ¿Y si te dije que este grupo de terroristas estaba financiado por corporaciones en la sombra y que una de ellas hizo estallar el edificio de oficinas para evitar que robaran datos ilegales y expusieran a todo el mundo? ¿Y si te hubiera contado que como yo les toqué las narices, un puñado de terroristas se han llevado a mi hija? ¿Que van a cortarle la cabeza y poner el vídeo en internet? ¿Que Susan y el hombre misterioso eran espías de una organización que yo no tenía la libertad de divulgar que intentaba ayudarme a encontrar y recuperar a la niña? ¿Seguiría pareciendo una locura?

Tillyladeó la cabeza por un segundo. Luego dijo con una voz apagada:

—Parece la trama de una novela cursi. —Se encogió de hombros—. Pero... la lógica lo sustentaría. Quiero decir... no llaman a esos capullos «extremistas» por nada.

—Vale —dije con amabilidad—. Entonces... a lo mejor podemos fingir que dije que fueron terroristas. Y desde ahí. Es mi hija, tío.

Tilly pasó la mirada de mí a Murphy y a la inversa. Dijo con voz baja:

—O los dos estáis locos, o lo estoy yo, o me estáis contando la verdad. —Sacudió la cabeza—. Y... no estoy seguro de cuál de esas posibilidades me inquieta más.

—¿Tienes un trozo de papel? —le pregunté.

Desconcertado, abrió el cajón y sacó una libreta.

Cogí un lápiz y escribí en ella:

*Susan,*

*Cuéntaselo todo.*

*Harry.*

Arranqué la hoja, doblé la nota y dije:

—Supongo que Susan no te ha dicho mucho.

Tilly gruñó.

—Nada, de hecho. Nada de nada. Lo que es bastante acérrimo, en mi experiencia.

—Puede ser bastante terca —dije—. Ve a darle esto. Sabes que hace horas que no la veo. Escucha su historia, de manera confidencial. Comprueba si encaja.

Cogió la nota y la miró. Luego me miró a mí.

—Es difícil saber en quién confiar —dije—. Habla con ella. Intenta desmontar la historia. Mira si se sostiene.

Lo pensó un rato y dijo:

—Retenlo aquí, Murphy.

—De acuerdo.

Tilly se marchó.

Había dos sillas y ninguna de las dos parecía cómoda. Me senté en el suelo y cerré los ojos.

—¿Cómo de mal está la cosa? —me preguntó Murphy.

—Bastante mal —dije en voz baja—. Mmm. Necesito pedirte un favor.

—Por supuesto.

—Si... Mira. Tengo un testamento en una caja fuerte en el Banco Nacional en Michigan. Si me sucede algo... Te agradecería que te aseguraras de que se cumpla. Estás en la lista de gente que puede abrirlo. Incluida como ejecutora.

—Harry —dijo.

—Por supuesto, no es mucho tener un testamento en este momento —dije—. Todo estaba en mi casa o en mi oficina, pero... hay algunas cosas intangibles y... —Sentí que se me endurecía la garganta y se cortó mi petición—. ¿Te ocuparás de ello por mí?

Hubo un silencio y luego Murphy se movió y se sentó a mi lado. Su mano apretó la mía. Le devolví el apretón.

—Por supuesto —dijo.

—Gracias.

—No... no hay nada en él sobre Maggie, obviamente —dije—. Pero no puedo estar para... Quiero que esté en un buen hogar. En algún lugar seguro.

—Ey, tío emo —dijo—. Es hora de tomarse un descanso de la melancolía. ¿Vale? Todavía no estás muerto, por lo que yo puedo decir.

Resoplé por lo bajo y abrí los ojos, para mirarla.

—Te ocuparás de ella tú mismo cuando todo esto termine.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Yo... no puedo, Murph. Susan tenía razón. Lo único que puedo ofrecerle es una vida bajo asedio. Mis enemigos la usarían. Va a desaparecer. A ir a algún lugar seguro. Realmente seguro. Ni siquiera yo puedo saber dónde está. —Tragué saliva con una sensación de asfixia en la garganta—. El padre Forthill de Santa María puede ayudar. Ratón debería ir con ella. Ayudará a protegerla.

Murphy me miró, preocupada.

—No me estás contando algo.

—No es importante por ahora —dije—. Si pudieras encontrar a Míster... A Molly le gustaría tenerlo. Siempre y cuando se ocupe de él.

—Jesús, Harry —dijo Murphy.

—No estoy planeando un suicidio, si eso es lo que estás pensando —dijo—. Pero hay una posibilidad de que no vuelva de esta. Si eso sucede, necesito alguien en quien pueda confiar que sepa mis deseos y los cumpla. En caso de que yo no pueda.

—Lo haré —dijo Murphy, y soltó una risilla—. Por Dios bendito, lo haré, así que vamos a hablar de otra cosa.

Yo también sonreí y Rudolph entró en la oficina de Tilly y nos encontró a los dos sonriendo.

Todo el mundo se quedó helado. Nadie parecía seguro de cómo reaccionar.

—Bueno —dijo Rudolph en voz baja—. Siempre he supuesto que esto era lo que era. Pero, tía, engañaste a todos los de tu departamento, Murphy.

—Hola, Rudy —dije—. Tienes una casa preciosa.

Rudolph apretó los dientes y se sacó un sobre del bolsillo. Lo lanzó al suelo cerca de Murphy.

—Para ti. Una orden de cese y suspensión que especifica que no se te permite estar a menos de doscientos metros de este caso o de cualquiera implicado en la investigación activa, hasta que un tribunal especial del Cuerpo de Policía de Chicago no confirme tu competencia y tu no complicidad. También una orden escrita del teniente Stallings en la que especifica que no tienes que implicarte en la investigación de la explosión y que te releva de tu cargo inmediatamente si no obedeces. —Sus ojos pasaron a mí—. Tú. No me he olvidado de ti.

—Una pena —dije—. Yo casi me había olvidado de ti, pero lo has estropeado. Entrando en el despacho y todo eso.

—Esto no se ha terminado, Dresden.

Suspiré.

—Sí. He tenido una mala semana.

Murphy abrió el sobre y leyó un par de páginas. Luego miró a Rudolph y dijo:

—¿Qué les has contado?

—Tienes órdenes, sargento —dijo Rudolph fríamente—. Sal del edificio antes de que te quite tu pistola y tu placa.

—Comadreja polla mosquito —dijo ella, con la voz fríamente furiosa.

—Esa apreciación va a estar incluida en el informe que le haga al tribunal, Murphy —dijo Rudolph. Había una satisfacción mezquina en su voz—. Y en cuanto lean el resto, estás acabada. ¿Con tus antecedentes? No te van a dejar pasar ni una más, zorra. Estás acabada.

Algo oscuro y feo surgió en mi pecho, y la repentina imagen de Rudolph colgado de una pared con una tonelada de hielo cristalino me vino a la mente.

—¿Zorra? —dijo Murphy, levantándose.

—Guau —dije, remarcando la palabra mientras me ponía de pie y hablando tanto por mí mismo como por la mujer furiosa—. Murph, no juegues a esto aquí.

—¿Jugar? —dijo Rudolph—. Eres una amenaza, Murphy, y una desgracia. Tu lugar está entre rejas. En cuanto estés fuera, también sucederá. Tanto tú como este

payaso.

—¿Payaso? —dije, con el mismo tono exacto que había usado Murphy.

Y se fueron las luces.

Nos envolvió un repentino silencio, como si las oficinas del FBI se hubieran sumido en una oscuridad impotente. Después de varios segundos, las luces de emergencia todavía no se habían encendido.

—Harry —dijo Murphy, con tono aburrido.

Sentí que los pelos de la nuca se me ponían de punta. Bajé la voz y dije:

—No he sido yo.

—¿Dónde están las luces de emergencia? —dijo Rudolph—. Se... se supone que se encienden en unos segundos. ¿Verdad?

—Eh —le dije a la oscuridad—. Eh, eh. Rudy, viejo amigo, ¿recuerdas la noche en que nos conocimos?

La oficina de Tilly estaba junto a un ascensor. Y sin lugar a dudas escuché el chillido de caza de un vampiro de la Corte Roja resonando en el hueco del ascensor.

Lo siguió un coro de gritos, más de una veintena de gritos de caza individuales.

Montones de vampiros en un espacio cerrado. Eso era malo.

El pesado y palpitante latido de un corazón horrible se hallaba bajo los gritos, audible desde cuatro pisos más arriba y a través de la pared. Me estremecí.

Montones de vampiros y el Ick en un espacio cerrado. Aquello era peor.

—¿Qué es eso? —preguntó Rudolph con un susurro agudo.

Iluminé mi amuleto con mi voluntad, preparé mi escudo brazalete y saqué mi vara explosiva del abrigo. A mi lado, Murphy ya había sacado su SIG. Comprobó la lucecilla que tenía, la encontró funcional y me miró con la expresión serena y la respiración firme que me dijeron que estaba controlando su miedo.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Sacamos a Susan y nos vamos —dije—. Si yo no estoy aquí y ella no está aquí, no tienen ninguna razón para atacar.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Rudolph—. ¿Qué es ese ruido? ¿Eh?

Murphy inclinó un poco la cabeza hacia Rudolph, interrogándome con una ceja levantada.

—Maldita sea —suspiré—. Tienes razón. Tendremos que llevárnoslo también.

—¡Decídmelo! —dijo Rudolph, casi en pánico—. ¡Tenéis que decirme lo que es!

—¿Se lo decimos? —pregunté.

—Por supuesto.

Murphy y yo nos giramos hacia la puerta, con las armas levantadas, y dijimos a la vez sin pensarlo:

—Terroristas.



Cuando Murphy y yo salimos al pasillo, habían empezado los disparos en las plantas que se encontraban por debajo de nosotros. No sonaba a demasiado, simples sonidos amortiguados en *staccato*, pero cualquiera que haya escuchado disparos en las cercanías nunca los confundiría con otra cosa. Esperaba que nadie tuviera balas lo suficientemente gruesas para atravesar los pisos que teníamos entremedias y me alcanzara. Esas cosas sencillamente no provocan lesiones menores.

—Esos gritos —dijo Murphy—. ¿Corte Roja, verdad?

—Sí. ¿Dónde está Susan?

—Sala de interrogatorios, por ahí. —Señaló hacia la izquierda con la cabeza y yo lideré el paso. Caminé con el hombro pegado a la pared izquierda. Murph, tras arrastrar al balbuceante Rudolph fuera de la oficina, caminó un paso por detrás a mi derecha, de modo que podía disparar detrás de mí si tenía que hacerlo. Ya habíamos jugado a ese juego. Si algo malo venía hacia nosotros, yo lo mantendría apartado el tiempo suficiente para que ella pudiera conseguir un disparo limpio.

Eso sería crítico, conseguirle el segundo extra para disparar. Los vampiros no son inmunes al daño que provocan las balas, pero pueden recuperarse de cualquier cosa salvo de los golpes más letales, y ellos lo sabían. Un vampiro de la Corte Roja casi siempre estará dispuesto a cargar contra un hombre armado mortal, pues sabe lo difícil que es realizar un buen disparo con un efecto letal, especialmente con un monstruo aullador corriendo hacia ti. Tendrías que encajar el disparo en la cabeza, romperle la columna vertebral o en el vientre y quebrar la reserva de sangre para derribar de verdad a un vampiro de la Corte Roja, y por lo general podían recobrase, incluso de esas heridas, con tiempo suficiente y sangre con la que alimentarse.

Murphy sabía exactamente a lo que le estaba disparando y había demostrado que podía ser lo suficientemente firme para enfrentarse con un Rojo, pero al resto del personal del edificio le faltaba conocimiento y experiencia.

El FBI realmente estaba teniendo un mal día.

Avanzamos por el pasillo, rápidos y silenciosos, cuando un empleado de oficina que parecía aterrado salió a trompicones del umbral de una habitación de una sala de descanso, casi le lanzo una ráfaga de llamas. Murphy tenía la placa colgada del cuello



y le ordenó que volviera dentro y pusiera barricadas en la puerta. Sin duda estaba aterrado y respondió sin hacer preguntas al tono de tranquila autoridad de la voz de Murph.

—A lo mejor deberíamos hacer eso —dijo Rudolph—. Quedarnos en una habitación. Poner barricadas en la puerta.

—Se han traído un peso pesado —le dije a Murphy mientras volvía a encabezar la marcha—. Grande, fuerte, rápido. Como el *loup-garou*. Es una especie de cosa maya, un Ink-lo-que-sea.

Murphy maldijo.

—¿Cómo lo matamos?

—No estoy seguro. Pero la luz del día parece una opción bastante buena.

Estábamos pasando por un pasillo que tenía varias oficinas con ventanas exteriores. La luz de la tarde otoñal, mitigada por alguna que otra persiana, creaba una especie de atardecer nebuloso por el que moverse y que mi luz azul ambiental de mago hacía poco por dispersar.

Más inquietante que la luz era el silencio. Ningún conducto de aire suspiraba. Ningún ascensor repiqueteaba. Ningún teléfono sonaba. Pero escuché disparos dos veces, el rápido bang bang bang de un fuego de pánico prácticamente inservible. Los vampiros soltaron sus gritos de guerra unas cuantas veces más. Y el tum tum del extraño latido del Ick era constante, omnipresente... y lentamente se volvía más fuerte.

—A lo mejor necesitamos un montón de espejos o algo —dijo Murphy—. Traer un montonazo de luz solar.

—Es mucho más difícil de hacer de lo que parece en las películas —dije—. Imagino que simplemente abriré un agujero en ese lado del edificio. —Me pasé la lengua por los labios—. Mierda, mmm. ¿Dónde está el sur? Sería el mejor lado en el que hacerlo.

—¡Estás amenazando con destruir un edificio federal! —chilló Rudolph.

Los disparos sonaron en algún lugar cercano, quizás en la tercera planta, directamente debajo de nosotros. Quizás al otro lado de la cuarta planta, amortiguado por un montón de paredes de los cubículos.

—Oh, Dios —gimoteó Rudolph—. Oh, bendito y dulce Jesús. —Empezó a repetir aquello en un aterrado susurro sin sentido.

—Ajá —dije al llegar a la sala de interrogatorios—. Tenemos a nuestro León Cobarde. Cúbreme, Dorothy.

—Recuérdame que te pregunte después de qué demonios estás hablando —dijo Murphy.

Empecé a abrir la puerta, pero me detuve. Tilly estaba armado, supuestamente era lo suficientemente listo para estar asustado, y probablemente no fuera la mejor idea del mundo abrir la puerta de la sala sin más y asustarlo. Así que me moví todo lo

rápido que pude hacia un lado, alargué un brazo hacia la puerta y llamé. En código incluso. «Una copita».

Hubo una leve pausa y alguien siguió el ritmo al otro lado de la puerta. «De Ojén».

Giré el pomo y abrí la puerta muy muy despacio.

—¿Tilly? —dije con un susurro ronco—. ¿Susan?

La sala de interrogatorios no tenía ninguna ventana y dentro estaba completamente oscuro. Tilly apareció en la puerta, levantando una mano para cubrirse los ojos.

—¿Dresden?

—Sí, obviamente —dije—. ¿Susan?

—Estoy aquí —dijo desde la oscuridad, le temblaba la voz de miedo—. Estoy esposada a la silla. Harry, tenemos que irnos.

—Estoy trabajando en ello —dije en voz baja.

—No lo entiendes. Esa cosa, ese sonido de tambor. Es un devorador. No luchas contra él. Corres y rezas para que alguien más lento que tú capte su atención.

—Sí. Ya me he encontrado con el Ick —dije—. Preferiría no repetir la experiencia. —Le tendí una mano a Tilly—. Necesito la llave de las esposas.

Tilly dudó, claramente dividido entre su sentido del deber y el orden y el miedo primario que se había alzado en el edificio. Sacudió la cabeza, pero no parecía que su corazón estuviera allí.

—Tilly —dijo Murphy. Se giró hacia él, con una expresión ferozmente determinada, y dijo—. Confía en mí. Por favor, hazlo. La gente va a morir mientras estos tres estén en el edificio.

Me pasó las llaves.

Fui con ellas hacia Susan, que estaba sentada en la misma silla que había estado yo durante mi conversación con los federales. Llevaba sus pantalones de cuero negro y una camiseta negra y parecía extrañamente vulnerable ahí sentada durante una situación como aquella. Fui hacia ella y abrí las esposas.

—Gracias —dijo en voz baja—. Me estaba preocupando un poco.

—Deben de haber entrado a través del sótano de algún modo —dije.

Asintió.

—Conseguirán abrirse paso hacia arriba, planta por planta. Matarán a todos los que puedan. Así es cómo operan. Eliminar el objetivo y dejar un mensaje para todos los demás.

Tilly sacudió la cabeza como si estuviese aturdido.

—Eso es... ¿Qué? Así es cómo operan algunos cárteles en Colombia, Venezuela, pero...

Susan le lanzó una mirada impaciente y sacudió la cabeza.

—¿Qué te he estado contando durante los últimos quince minutos?

Un vampiro soltó un grito de caza, esta vez sin pisos de por medio.

—Están aquí —susurró Susan mientras se masajeaba las muñecas recién liberadas —. Tenemos que movernos.

Me detuve un momento. Luego dije en voz baja:

—Van a seguir matando hasta que encuentren el objetivo, piso por piso.

Susan asintió firmemente.

Me mordí el labio.

—Así que, si corremos... seguirán con lo suyo. Hasta arriba.

Murphy giró la cabeza para mirarme, luego lanzó una mirada hacia el pasillo, cautelosa.

—¿Luchar?

—No ganaremos —dije, seguro—. No aquí, no a su ritmo. Tienen todas las ventajas. Pero tampoco podemos abandonar a esa gente.

Cogió aire profundamente y lo soltó despacio.

—No, no podemos —dijo Murphy—. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Alguien tiene un arma de sobra? —preguntó Susan. Nadie dijo nada y ella asintió, se giró hacia la pesada mesa de conferencias y la levantó con una sola mano. Arrancó una pesada pata de acero como si estuviera pegada con pegamento para niños en lugar de con tornillos de acero de alta densidad.

Tilly miraba fijamente, con la boca abierta. Luego dijo, muy bajo:

—Ah.

Susan giró una vez la pata de la mesa, comprobando su equilibrio, y asintió.

—Servirá.

Yo gruñí y luego dije:

—Este es el plan. Tenemos que mostrarnos a los vampiros y al Ink. Vamos a golpear a quien sea que tengan en primera línea con todo lo que tengamos y lo aplastamos. Eso debería asegurarnos la atención de todo el grupo de ataque.

—Sí —dijo Murphy con un tono seco—. Eso es brillante.

Le hice una mueca.

—Una vez hayamos atraído su atención, tú, Tilly y Rudolph os vais a separar de nosotros y a alcanzar la salida de emergencia más cercana. Dado el caso, probablemente tengáis más posibilidades de sobrevivir de un salto por la ventana que si os quedáis aquí. ¿Estáis conmigo?

Murphy frunció el ceño.

—¿Y tú qué?

—Susan, vuestros dobles de acción y yo vamos a saltar al Nuncamás y a intentar que los tipos malos nos sigan.

—¿Dobles de acción? —preguntó Murphy.

—¿Nosotros dos? —preguntó Susan, alarmada.

—Por supuesto. Necesito tus poderosos músculos para que me protejas. Eres una superchica y todo eso.

—Ok —dijo Susan, mirándome como si pensara que se me había ido la cabeza, lo cual, eh, admito. Era completamente posible—. ¿Qué hay al otro lado?

—Ni idea —dije, y un toque a la gema de mi madre me dijo que en realidad ni siquiera había estado en este edificio en sus excursiones entre dimensión y dimensión—. Esperemos que no sea un océano de ácido ni un camino de nubes a dos mil metros por encima de una enorme roca.

Los ojos de Susan se abrieron ligeramente. Luego me lanzó una sonrisa voraz.

—Me encanta este plan.

—Me lo imaginaba —dije—. Mientras tanto, vosotros tres, largaos. ¿Este sitio tiene una salida de incendios exterior?

Rudolph solo se balanceaba adelante y atrás, gimiendo en voz baja. Tilly todavía parecía aturdido por lo que le acababa de ver hacer a Susan.

Murphy le dio un ligero golpecito en la nuca.

—Ey, Barry.

Tilly sacudió la cabeza y la miró.

—Salida de incendios. No.

—Entonces encontrad una escalera —le dije a Murphy—. Id sin hacer ruido y rápido, por si acaso alguno de ellos es demasiado estúpido para seguirme.

Murphy asintió y agitó un poco a Tilly por el hombro.

—Ey, Tilly. Tú te encargas de Rudolph, ¿de acuerdo? Haz que se mueva y mantelo alejado de las líneas de fuego.

El delgado hombrecillo asintió, despacio al principio y luego más rápido mientras parecía recuperar el control sobre sí mismo.

—Vale, soy su niñera. Lo pillo.

Murphy le lanzó media sonrisa y afirmó con la cabeza.

—Vale —dije—. ¿Esto es un gran plan o qué? Yo apunto; Murphy, tú me cubres las espaldas; Susan, tú nos guías.

—Entendido —dijo Susan.

El leve y constante latido del palpitante corazón se volvió más fuerte poco a poco.

—Vamos —dije, y volví a salir al pasillo. A petición mía, Tilly nos condujo hacia la escalera central paralela a los huecos del ascensor, porque me imaginé que tendría sentido que la mayoría del equipo de ataque usara la escalera central mientras que el resto estuvieran cubiertas por quizás un único guardia.

Nos topamos con otro puñado de gente que iba de un lado para otro, sin saber qué hacer, y que me miró de un modo que sugería que encontrarían mi consejo menos que creíble.

—Tilly —dije, medio suplicando.

Tilly asintió y empezó a hablar con un tono tranquilo y autoritario.

—Está en marcha un ataque. Tammy, Joe, Mickey y tú tenéis que llegar a una de las oficinas con ventana. ¿Lo entiendes? ¿Ventana? Quitad las cortinas, dejad que

entre la luz, poner una barricada en la puerta y esperad. —Me miró y dijo—: La ayuda está en camino.

Intercambié una mirada con Murphy, que asintió con la cabeza de manera confidencial. Tilly había tenido un bautizo sobrenatural bastante duro, pero había resurgido con una agilidad tremenda. O simplemente se quebró. Supuse que terminaríamos por verlo.

El personal federal se apresuró por obedecer a Tilly y corrió por el pasillo por el que acabábamos de venir.

Si hubiéramos tardado diez segundos más, el vampiro los hubiera encontrado a ellos primero en lugar de a nosotros.

Escuché un grito, agudo y terrible, cuya intención era sobresaltar a la presa con una sorpresa terrorífica para que el vampiro pudiera acercarse a ella. En realidad esa simple táctica decía algo sobre la Corte Roja. Los animales nunca se hubieran sobresaltado hasta quedarse paralizados de ese modo. Se necesita una mente pensante que intente racionalizar lo que está pasando para caer en un ardid psicológico como ese.

Y probablemente dijera algo sobre mí el que no consiguiera en absoluto sobresaltarme. O quizás no era algo tan importante. Al igual que el Espantapájaros, sentía que había demostrado ampliamente que no tenía un cerebro con el que jugar.

Así que en lugar de encontrarse con un objetivo indefenso esperándolo, el vampiro de la Corte Roja se encontró con un campo de poder inflexible e invisible cuando saqué mi escudo. Y aunque él podría tener fuerza sobrenatural, eso no incrementaba su masa. Se chocó contra mi escudo como cualquier otro cuerpo que se hubiera estrellado contra el parachoques delantero de alguien a ochenta o noventa kilómetros hora.

Hubo un destello de luz azul y liberé el escudo con un poco de inglés, lanzando al vampiro despatarrado sobre el suelo en el lado derecho del pasillo, directamente en la línea de disparo de Murphy, y volví a moverme hacia delante.

Murphy le metió dos balas al vampiro en la cabeza con calma, lo que hizo que la pared que había detrás de él fuera un desastre impío. Le metió otras dos balas más en el vientre atiborrado de sangre cuando pasó a su lado y cuando pasó Susan escuché el sonido de un impacto feo y húmedo.

Tilly se quedó ahí de pie mirando fijamente durante un segundo, helado. Luego Susan le dio un empujón para que se pusiera de nuevo en movimiento. El agente agarró a Rudolph y lo arrastró detrás de mí y de Murphy.

Nos encontramos el primer cadáver humano un par de pasos después, una joven con los ojos cristalinos cubierta por su propia sangre. Más allá había un hombre con traje tumbado despatarrado con heridas mortales en el rostro y los cuerpos de otras dos mujeres se encontraban a unos pocos metros de él.

El más furtivo de los sonidos surgió de un armario cerca de una intersección de pasillos, con las puertas abiertas de par en par. Hice como que no lo había escuchado.

—¿Sabes qué? —dije en voz baja a nadie en particular—. Eso me cabrea.

Me giré con las runas de mi vara explosiva ardiendo de repente y rugí:

—¡Fuego!

Una lanza de fuego ardiente surgió de la vara, destrozando la pared interior en un coro violento de materiales rompiéndose. Destrocé todo el largo del armario a la altura de la cintura, cortando la pared como una enorme sierra circular.

Un sorprendido grito de agonía inhumana recompensó mis esfuerzos y me coloqué en posición enseguida, convocando de nuevo mi escudo. Un segundo vampiro apareció por la intersección que se encontraba al frente, corriendo con las cuatro patas por la pared, y se lanzó contra mí. Al mismo tiempo, otra de las gelatinosas criaturas surgió de uno de los conductos de aire que yo habría jurado que era demasiado pequeño para contenerlo y bajó casi por encima de mi cabeza.

Golpeé al primer vampiro con el escudo, igual que había hecho hacía un rato, y la pistola de Murphy empezó a ladrar en el momento en que este rebotó de la pared al suelo.

No pude levantar el escudo a tiempo para detener al que me saltaba sobre la cabeza.

Aterrizó sobre mí, un peso horrible y blando, y con las percepciones cristalinas del aumento de adrenalina vi sus mandíbulas abrirse enormemente como en una pesadilla, amplias como las de una serpiente. Sus colmillos brillaron. Las garras negras de sus cuatro patas se alineaban para arañar y su lengua de dos metros de longitud también se lanzó hacia mí, buscando piel expuesta para liberar su veneno estupefaciente.

Me tiré al suelo de cara, cubriéndome rápidamente la cabeza con los brazos. El vampiro me arañó con furia, pero los conjuros defensivos de mi guardapolvos soportaron sus garras y evitaron que me arañara. El vampiro cambió de táctica rápidamente y tiró de mí como un vaquero de rodeo derribando a un ternero. La limosa lengua, retorciéndose, me atacó la cara, ahora vulnerable.

La mano de Susan se acercó a la lengua mientras se movía y con un giro de muñeca y hombros, se la arrancó al vampiro de la boca. Este echó la cabeza para atrás y chilló, y la maza improvisada de mi examorcito le aplastó el cráneo contra el torso.

El vampiro del armario, todavía fuera del alcance de la vista, continuaba lamentando su agonía cuando me levanté de nuevo y miré a mi alrededor para comprobar que todo el mundo estaba ahí.

—¿Alguien herido?

—Es... estamos bien —dijo Tilly. Para ser un tipo que acabada de tener un par de encuentros cercanos con criaturas imaginarias, parecía bastante coherente. Rudolph

se había retirado a su lugar feliz y seguía balanceándose, llorando y susurrando—. ¿Y tú, Dresden?

—Estupendo.

Murphy se giró hacia el armario, con el rostro serio, pistola en mano. Sacudí la cabeza.

—No. Déjalo gritar. Atraerá a los otros a nosotros y los apartará de los demás.

Murphy me miró un momento, frunciendo el ceño suavemente, pero asintió.

—Dios, eso es frío, Harry.

—Perdí la ternura cálida por los Rojos hace mucho tiempo —dije. El vampiro herido no se calló. El fuego les hace daño. Su capa exterior de piel es combustible. Mi ataque probablemente lo había partido en dos o había reducido su masa corporal. Sería una masa de agonía en llamas retorciéndose en el suelo, con tanto dolor que lo único que podía hacer era gritar.

Y eso me venía bien.

—No vamos a quedarnos aquí de pie simplemente, ¿no? —preguntó Tilly.

Un par de chillidos simultáneos particularmente altos surgieron de los conductos y los huecos, ululando por ellos a lo largo y ancho. Eran especialmente perforantes y estridentes, y duraron más que los otros. Un coro de chillidos más bajos gimió brevemente como respuesta.

Los Eebs, como generales, dando órdenes a las tropas. Tenían que serlo, coordinando el asalto y dirigiéndolo hacia el miembro herido del equipo.

—Por supuesto que no. Muy bien, gente. Murph, Tilly, Rudolph, largaos. Seguid a Murphy y haced lo que os diga que hagáis si queréis salir de esta con vida.

Murphy hizo una mueca.

—Ten cuidado, Dresden.

—Tú también —dije—. Te veo en la iglesia.

Asintió con la cabeza, le hizo señas a Tilly y ambos se pusieron en marcha por otro pasillo hacia las escaleras secundarias. Con un poco de suerte, los Eebs habrían enviado a todo el mundo a que corriera hacia mí. Incluso si Murphy y Tilly no tenían suerte, me imaginé que probablemente solo tendrían un guardián con el que enfrentarse, como mucho. Le di la mitad de posibilidades de manejar aquello. Un cincuenta por ciento de posibilidades de supervivencia no era en realidad alentador, pero era un cincuenta por ciento más que si se quedaban.

Susan los vio marcharse y luego me miró a mí.

—¿Murphy y tú nunca os habéis enrollado?

—¿Me estás preguntando esto ahora? —pregunté.

—¿Preparo un té durante nuestro copioso tiempo libre?

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza.

—No. No nos hemos liado.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Muchas razones. Mal momento. Otras relaciones. Ya sabes. —Cogí una larga y profunda bocanada de aire y dije—: Mantente alerta. Tengo que hacer algo difícil.

—Vale —dijo Susan. Se echó para atrás para observar la oscuridad, con la porra preparada.

Yo cerré los ojos y convoqué mi voluntad. Era la hora de las cosas estrambóticas de verdad.

Las ilusiones son una rama fascinante de la magia. Hay dos formas básicas de manejarlas. La primera, puedes crear una imagen y ponerla en la cabeza de otro. No hay ningún objeto visible de verdad ahí, pero su cerebro le dice que está ahí, real como la vida misma: un fantasma. Caminar por ese sendero se encuentra al límite de la frontera de las Leyes de la Magia, pero podría ser muy efectivo.

El segundo método es la creación de un objeto o una criatura visible de verdad: una especie de holograma. Esas cosas son mucho más difíciles de crear, porque tienes que poner en ellas mucha más energía, y mientras que un fantasma usa la propia mente de un enemigo para crear consistencia dentro de la ilusión, tú tienes que hacer la parte difícil con la holomancia.

La imagen de Murphy era fácil de fijar en mi mente, así como la de Rudolph, aunque admito que puede que lo hiciera parecer un poco más delgado y encorvado de lo que podría haberlo sido en realidad. Mi holomancia, mis reglas.

El más complicado era Tilly. Me seguía viniendo la imagen del actor de *Expediente X* mezclado con el verdadero Tilly y el resultado final fue un tanto marginal. Pero tenía prisa.

Evoqué las imágenes con toda la claridad que pude y envié mi voluntad, incluyendo un poquito de fuego del alma, para crear los espejismos.

El fuego del alma no es en realidad una fuerza destructiva. En cierto modo es lo contrario, de hecho. Y aunque yo lo usaba en peleas para mejorar mis conjuros defensivos, destacaba de verdad cuando creaba cosas.

Susurré: «¡*Lumen, camerus, factum!*» y liberé la energía en las imágenes mentales. Los hologramas de Murphy, Tilly y Rudolph aparecieron brillando, con un parecido tan real que incluso yo pensé que podrían haber sido de materia sólida.

—¡Vienen! —dijo Susan abruptamente. Se giró hacia mí y casi se muere del susto al ver las ilusiones. Movié una mano por la imagen de Tilly y esta parpadeó por el centro. Soltó un silbido bajo y dijo—: ¿Hora de marcharse?

El bramido del corazón del Ick se volvió más alto de repente, una vibración que pude sentir a través de las suelas de los zapatos.

Los vampiros surgieron a borbotones de la escalera central, una corriente de cuerpos negros flácidos y gomosos, de lenguas blancas con motas y colmillos relucientes. En el centro, en sus formas de máscaras de carne, se encontraban Esteban y Esmerelda. Y amenazante tras ellos estaba el Ick.

Susan y yo nos dimos la vuelta y echamos a correr. Las tres ilusiones hicieron lo mismo, junto con los sonidos de pies corriendo y de respiración fuerte. Con un



aullido en grupo, los vampiros vinieron tras nosotros.

Corrí todo lo rápido que pude, reuniendo más voluntad. Para entonces ya debería haber sentido parte del esfuerzo, pero no fue así. «Adelante gadgeto pacto fáustico».

Reuní mi voluntad, grité «¡*Aparturum!*!» y golpeé el aire del pasillo con la mano derecha.

Usé muchísima energía para abrir el Camino, y se rasgó en una amplia abertura diagonal en el tejido del espacio, curvada y descentrada respecto al pasillo. Se quedó ahí colgada, como una especie de nube de niebla extrañamente geométrica, y la señalé, gritándole sin palabras a Susan. Ella respondió algo gritando, asintiendo con la cabeza, mientras detrás de nosotros los vampiros ganaban terreno a cada segundo.

Ambos gritamos en un frenesí de miedo salvaje y adrenalina rampante y llegamos al Camino en una carrera desesperada.

Nos zambullimos en... el aire vacío.

Solté un chillido mientras caía y me imaginaba que finalmente había hecho mi última apuesta desesperada... Pero después de menos de un segundo, mis piernas en caída libre tocaron una piedra sólida y caí hecho un ovillo. Me puse de pie y seguí corriendo por lo que parecía una caverna espaciosa de algún tipo y Susan corrió a mi lado.

No corrimos mucho. Una pared se alzaba amenazadora en la oscuridad y apenas nos detuvimos a tiempo para evitar golpear nos la cabeza contra ella.

—Jesús —dijo Susan, resollando—. ¿Has estado entrenando?

Me giré, vara explosiva en mano y preparada, para esperar a que apareciera el primero de los vampiros que nos perseguían. Hubo chillidos y gemidos y el sonido de garras escarbando... pero ninguno surgió de las sombras.

Lo cual... no podía ser bueno.

Susan y yo nos quedamos ahí de pie, con la sólida pared a nuestra espalda, sin tener claro qué hacer a continuación. Y entonces, una tenue luz verde empezó a alzarse.

Se intensificó lentamente, provenía de ninguna parte y de todas partes al mismo tiempo, y en unos pocos segundos me di cuenta de que no estábamos en una cueva. Estábamos en un salón. Un salón de banquetes medieval, para ser exacto. Yo estaba frente a una doble fila de mesas de caballetes que recorría todo el largo del salón, que fácilmente tendría más de cien metros, dejando un pasillo despejado entre ellas. Sentadas a las mesas había... cosas.

Había un curioso parecido entre ellas, aunque no había dos criaturas iguales. Eran vagamente humanoides. Llevaban tela, cuero y armadura, todo ello inscrito con extrañas formas geométricas con colores que solo con dificultad se podían diferenciar del negro. Algunos eran altos y esqueléticos, otros achaparrados y musculosos, otros de tamaño mediano, y cualquier combinación entre medias. Algunas de las criaturas tenían orejas enormes, o no tenían orejas, o tenían mandíbulas extrañas y caídas.

Ninguno de ellos portaba la belleza de la simetría. Se parecían en la desigualdad, el cuerpo de cada individuo libraba una guerra estética consigo mismo.

Una cosa era igual: todos tenían unos brillantes ojos rojos y si alguna vez un grupo pareció malvado, estos seres lo parecían.

Tenían otra cosa en común. Todos estaban armados con cuchillos, espadas, hachas y otros instrumentos más crueles para la batalla.

Susan y yo habíamos llegado esprintando al centro del pasillo que había entre las mesas. Debíamos de haber sorprendido a nuestros anfitriones, que solo reaccionaron a tiempo para pillar a la segunda remesa de intrusos que llegaba... y vaya si los pillaron. Algunos de los seres más grandes, que fácilmente pesaban media tonelada, se apilaron sobre el Ick y lo mantuvieron sujeto al suelo. Cerca, la turba de vampiros estaba siendo más o menos agrupada, cada uno de ellos enredado en redes fabricadas con una especie de material que solo puedo describir como alambre de espinos flexible.

Solo Esteban y Esmerelda quedaron en pie, espalda contra espalda, entre el Ick y los secuaces enredados. Había sangre en el suelo cerca de ellos y dos de las criaturas yacían inmóviles sobre el suelo de piedra.

—Jesús —susurró Susan—. ¿Qué son esas cosas?

—Creo... —tragué saliva—. Creo que son goblins.

—¿Crees?

—Nunca he visto uno antes —respondí—. Pero... encajan con las descripciones que he oído.

—¿No deberíamos poder encargarnos de, digamos, un millón de esas cosas?

Resoplé.

—A ti también te gustan esas películas, ¿eh?

Su respuesta fue una sonrisa, con un toque de tristeza.

—Sí —dije—. Yo también me acordé de ti cuando los vi. —Sacudí la cabeza—. Y no. En este caso el folclore se equivoca. Esos tipos son asesinos. Son escurridizos y listos y despiadados. Como *ninjas*. De Krypton. Mira lo que han hecho.

Susan miró al equipo de ataque de la Corte Roja abatido en un momento. Vi cómo se movían los engranajes de su cabeza mientras procesaba lo que les había pasado a los vampiros y al Ick, en unos cuantos segundos, en completa oscuridad y silencio total.

—Mmm. Supongo que es mejor que seamos amables, ¿no? —preguntó Susan. Sujetó la maza tras la espalda y puso su antigua sonrisa de periodista, la que usaba para desarmar a entrevistados hostiles.

Y entonces se me ocurrió algo.

Algo horrible horrible.

Me di la vuelta lentamente. Miré la pared contra la que había estado apoyado.

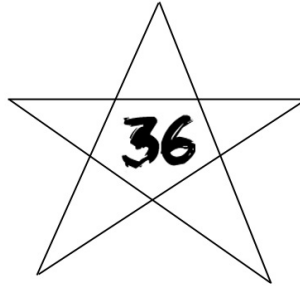
Y levanté la mirada.

No era una pared, exactamente. Era una tarima. Una tarima grande. Sobre la cual se asentaba un trono de piedra.

Y sobre el trono se sentaba una figura con armadura negra, cubierta de la cabeza a los pies. Era enorme y parecía esbelto y atlético a pesar de la armadura. El yelmo le cubría la cabeza y velaba su cara con oscuridad, y unos enormes cuernos, muy puntiagudos, surgían del yelmo, aunque no podría decir si eran un adorno o un apéndice de su cuerpo. Dentro del visor del yelmo se encontraban un par de ojos rojos firmes, unos iguales a los otros mil que había en el salón.

Se inclinó hacia delante, el Rey de los Goblins de la Tierra de las Hadas, líder de la Cacería Salvaje, pesadilla de historia y leyenda e igual de la Reina del Aire y la Oscuridad, la mismísima Mab.

—Bueno —murmuró el Erlking—, bueno, bueno, bueno. Qué interesante.



Miré al Erlking y con mi habitual brillantez concisa, dije:

—Oh, oh.

El Erlking rio entre dientes, un sonido profundo. Hizo eco en el salón, retumbando en la piedra, lo que amplificó la risa en una música sutil. Si hubiera tenido alguna duda de que me encontraba en el corazón del poder del Erlking, esa risa y el modo en que el salón respondió con armonía las despejaron todas.

—Parece, súbditos míos, que tenemos invitados.

Se alzaron más risillas de miles de gargantas y malvados ojos rojos se entrecerraron divertidos.

—Lo confieso —dijo el Erlking—, esto es un... evento único. No estamos acostumbrados a tener visitantes. Confío en que serás paciente mientras desempolvo las antiguas cortesías.

De nuevo, los goblins rieron. El sonido parecía presionar directamente contra fuera cual fuera el nervio que me ponía los pelos de los brazos de punta.

El Erlking se levantó, delicado y silencioso a pesar de la armadura y su masa, y bajó del estrado. Caminó para acercarse a nosotros y tomé nota de la gran espada que llevaba colgada al lado, el pomo y la empuñadura se erizaban con afiladas protuberancias de metal que parecían espinas. Nos estudió durante un momento y después hizo dos cosas que en realidad no me esperaba.

Primero se quitó el casco. Los cuernos estaban, evidentemente, fijados al metal oscuro. Me preparé para ver algo horrible pero... el Rey de los Goblins no se parecía para nada a lo que me esperaba.

En su rostro, todas las horribles asimetrías de los goblins de su salón estaban reflejadas y en cierto modo transformadas. Aunque él también compartía la irregular remesa de rasgos, en él la recursividad fundamental había mutado a una especie de distinción pícara. Su nariz torcida parecía algo que podría haber ganado en lugar de algo con lo que había sido dotado. Viejas y tenues cicatrices marcaban su rostro, pero solo le añadían más notas de gracia a su apariencia. De pie, delante del Erlking, me sentía como mirando algo creado por un gran maestro artesano, quizás tallado en un trozo de madera vieja y retorcida, dada su extraña belleza, y que después

pacientemente había sido refinado y pulido en algo que su singularidad única y pura había convertido en encantador.

También había poder en ese rostro, en su mera presencia. Lo podías sentir en el aire que lo rodeaba, la tensión y la concentración de un depredador puro, un depredador que rara vez no conseguía derribar a su presa.

Lo segundo que hizo fue inclinarse con una elegancia inhumana, tomar la mano de Susan y pasar sus labios por el reverso de los dedos de Susan. Ella lo miró fijamente con los ojos como platos, que en realidad estaban más sorprendidos que asustados, y mantuvo su sonrisa todo el rato.

—Señora cazadora —dijo—. El aroma de sangre fresca os envuelve. Haría bien en convertirse en vuestra naturaleza.

Me miró y sonrió, enseñando los dientes, que eran blancos, rectos e iguales, y tuve que luchar para no encogerme ante su mirada. El Erlking tenía una cuenta pendiente conmigo. Más me valía pensar un plan, y rápido, o era hombre muerto.

—Y el nuevo Caballero del Invierno —continuó—. Casi os atrapo en Arctis Tor, cuando los ogros os alcanzaron en el ascenso. Mas si hubierais marchado sesenta latidos después... —Sacudió la cabeza—. Vuestro arte es una presa fascinante, sir Caballero.

Me incliné ante el Erlking en lo que esperaba que fuera una acción respetuosa.

—Os agradezco el cumplido, oh Rey —dije—. Aunque fue la casualidad, no un plan, lo que me trajo aquí, me honra vuestra generosidad al aceptarnos en vuestro hogar como invitados. Mi anfitrión.

El Erlking ladeó ligeramente la cabeza y luego su boca se convirtió en una sonrisa divertida.

—Ah. Atrapado por mis propias palabras, parecería. La cortesía no es una de mis compañeras íntimas, así que quizás en un duelo de modales vos tendríais ventaja. Y este salón honra la inteligencia y la sabiduría tanto como la fuerza.

Un murmullo de voces goblins recorrió el salón tras sus palabras, pues yo acababa de hacer algo demasiado insolente. Me había lanzado al salón de banquetes del mayor cazador del Reino de las Hadas, de hecho prácticamente me había puesto yo solito en una bandeja con una manzana en la boca, y luego había usado un vago desliz de su lengua para demandar los antiguos derechos de protección como su invitado, con lo que lo obligaba a él, como anfitrión, a mantener dichas responsabilidades sobre mí.

Lo he dicho antes. Las costumbres de anfitrión y huésped son un asunto Muy Importante para esa gente. Es una locura, pero es así.

Incliné la cabeza respetuosamente, más bien diciendo algo parecido a «Vaya, no es habitual que una de las hadas sea burlada por un humilde humano», lo cual debería ser prueba suficiente de que no soy del todo partidario de las habilidades diplomáticas.

—No desearía entrometerme en vuestra hospitalidad por más tiempo del que sea absolutamente necesario, Señor de los Cazadores. Con vuestra buena voluntad, partiremos inmediatamente y no os causaremos más molestia.

—No lo escuchéis, oh Erlking —dijo la clara voz soprano de una mujer. Era fácil reconocer a Esmerelda—. Pronuncia palabras melosas con una lengua envenenada, toda su intención es engañaros.

El Erlking se giró para mirar a la pareja de vampiros, todavía en pie a pesar de los esfuerzos de los goblins que los habían atacado al principio. Los estudió en completo silencio durante varios segundos, y tras lanzar una mirada a los goblins caídos cerca de ellos, inclinó la cabeza.

—Cazadores de la Corte Roja, os invito a continuar. Os escucho. Espero que me contéis más.

—Un jugador astuto sin duda, este mago —dijo Esteban—. Estaba bien atado y sin trucos pero este desvergonzado consiguió escapar de la justa conclusión de la cacería. Con toda intención el mago nos trajo aquí, a vuestra terratenencia, pretendiendo usaros, oh Erlking, para golpear a sus propios enemigos.

—Cuando cazas un zorro, uno debe ser precavido de no seguirlo hasta la guarida del oso —respondió el Erlking—. Es sentido común para cualquier cazador, según considero.

—Bien dicho, Rey Goblin —dijo Esmerelda—. Pero mediante esta acción, el mago pretende arrastraros a la guerra entre su gente y la nuestra, por ello lo cazamos según los deseos expresados por nuestro señor y maestro, como parte de nuestra guerra justamente declarada.

Los ojos rojos del Erlking se estrecharon y pasaron rápidamente a mí. Pude escuchar un trasfondo bajo y enfadado en sus siguientes palabras:

—No le deseo nada a ningún otro ser vivo, salvo que persiga mis cacerías de acuerdo con las antiguas tradiciones, sin intromisiones. Os digo esto correctamente, sir Caballero. Si las palabras de este cazador demuestran ser verdad, pondré una dura penalización sobre vos y los vuestros... una penalización de la que los Poderes hablarán en susurros temerosos durante mil años.

Tragué saliva. Pensé en ello. Luego levanté la barbilla y dije con calma:

—Os doy mi palabra, como Caballero de la Corte de Invierno, que no tenía tal intención cuando vine aquí. Fue la casualidad lo que trajo esta cacería a vuestro salón, oh Erlking. Lo juro por mi poder.

El antiguo ser feérico me miró con dureza durante varios segundos más, dilatando las fosas nasales. Echó la cabeza hacia atrás lentamente y asintió una vez.

—Veamos. Mis visitantes más considerados me han dado un acertijo —dijo, con una voz estrepitosa. Pasó la mirada de los Eebs y compañía a Susan y a mí—. Qué hacer con todos vosotros. Pues no deseo alentar visitas como esta. —Su boca se torció con desagrado—. Ahora recuerdo por qué no consiento la cortesía como hacen los sidhe. Tales materias les deleitan. Yo las encuentro aburridas prontamente.

Un goblin muy grande que parecía poderoso y que se encontraba cerca del principio del salón dijo:

—Mi rey, prestad juicio de sangre sobre todos ellos. Son intrusos en vuestro reino. Colocad sus cabezas sobre vuestras puertas como advertencia a cualquiera que les siga.

Un murmullo de aceptación recorrió la multitud de goblins.

El Erlking pareció sopesar la idea por un momento.

—O —sugerí—, un acto tal podría invitar a más intromisiones. Los sirvientes expresos del rey de la Corte Roja seguramente sean echados en falta si no regresan. El Concilio Blanco de magos, os lo aseguro, tendría sentimientos muy fuertes sobre mi propia desaparición. Por no decir nada, por supuesto, de la reacción de Mab. Soy bastante nuevo, y aún no se ha cansado de mí.

El Erlking movió una mano.

—No, no. El Caballero atrapó mis palabras justamente. Invitados son, Lord Ordulaka, y no desacreditaré mi honor al traicionar ese antiguo trato. —Entrecerró los ojos—. Mmmm. Invitados son. Quizás debería tratarlos con mayor cortesía. Quizás debería insistir para que siguieran siendo mis invitados, para cuidarlos y entretenerlos, durante el próximo siglo. —Me lanzó una sonrisilla gélida—. Después de todo, sois los primeros visitantes de mi reino. Claramente entendería que sería un gran insulto que no me permitierais la oportunidad de honraros apropiadamente.

Los Eebs se miraron el uno al otro y luego se inclinaron sinuosamente ante el Erlking.

—Generosos anfitrión —dijo Esteban—, nos honráis inmensamente. Nos agradecería quedarnos como vuestros invitados durante la duración de tiempo que consideréis apropiada.

—Harry —siseó Susan, tensa.

No tenía ni que explicármelo. Un retraso de un par de horas podría suponer la muerte de Maggie.

—Honrado anfitrión —dije—. Tal camino no sería menos que vuestro deber, dado la... inanticipada naturaleza de nuestra visita. Pero os rogaría tan solo que considerarais mis obligaciones hacía mi señora Mab. Sigo una misión que no puedo dejar de lado, y a la cual me ha atado por completo. Depende de cosas que ocurren en tiempo mortal, y si insistís en vuestros derechos como anfitrión, ello podría comprometer mi propio honor. Algo que sé que vos, como mi anfitrión, nunca desearíais hacer.

El Erlking me lanzó una mirada que fusionaba el aburrimiento con la diversión y dijo:

—Pocos Caballeros del Invierno han tenido espadas tan rápidas como vuestra lengua, muchacho. Pero os advierto: nombrad a vuestra Señora por tercera vez y no os gustará lo que sigue.

Ni siquiera se me había ocurrido eso. Campanas infernales, tenía razón. Decir el nombre de Mab aquí, en el Nuncamás, podía convocarla. En tal caso no solo sería una intrusa en los dominios de otro gobernante, quizás vulnerable a su poder o influencia, sino que estaría extremadamente molesta por haber sido traída por un mago demasiado exigente. El choque de tales Poderes en mera proximidad había demostrado ser peligroso, incluso mortal.

Incliné la cabeza de nuevo y dije:

—Por supuesto, mi anfitrión.

Un goblin de metro y medio de altura, y tan delgado que parecía que un viento fuerte podría derribarlo, surgió de entre las sombras y tomó tímidamente el yelmo del Erlking. Empezó a llevárselo, se detuvo, y sugirió, con un hilo de voz susurrante y desagradable:

—Todos aquí somos depredadores, mi señor. Dejad que se solucione con un juicio de sangre.

El Erlking extendió las manos, como si creyera que la sugerencia debería de haber sido evidente para todos los presentes.

—Por supuesto, Rafforut. Una vez más, me habéis proporcionado un servicio excelente.

El exiguo goblin se dobló por la cintura y se retiró en las sombras, mientras su boca se curvaba en una pequeña sonrisa.

—Oh —dije—. Oh, mierda.

—¿Qué? —preguntó Susan.

Me giré para hablarle en voz baja en un susurro orientado para que solo lo escuchara su oído más que humano, y esperé que los goblins no escucharan mejor que ella.

—El Erlking no puede dañarnos, ni permitirnos dañar a nadie mientras seamos sus invitados. Lo mismo para los Rojos. Pero dado que estamos afirmando cosas que deben solucionarse, puede establecer un juicio por combate para ver quién tiene razón... o al menos, quién está más comprometido con su versión de la historia.

Los ojos de Susan se abrieron como platos al entenderlo.

—Si no luchamos por nuestra versión de la historia, él decide contra nosotros y a favor de los Eebs.

Asentí.

—En ese punto puede declarar que hemos abusado de su hospitalidad —dije—. Y será libre de matarnos, probablemente sin ninguna repercusión.

—Pero acabas de decir...

—Ma... La Reina del Invierno no siente nada por mí —dije—. Podría enfadarse. Pero la semana que viene apenas se acordará de mí.

—Pero el Consejo...

—Dije que tendrían fuertes sentimientos al respecto —dije—. Nunca dije que estarían molestos.



Los ojos de Susan se abrieron un poco más.

—Un juicio de habilidad, entonces —dijo el Erlking—. Dos contra dos. El Caballero y la dama cazadora contra dos de los vuestros, cazadores Rojos. Elegid a aquellos que defenderán vuestra versión en este asunto —dio una palmada, que sonó como un pequeño cañón explotando—. Preparad el salón.

Los goblins saltaron para obedecer y despejaron las largas mesas de caballetes hacia un lado con gran energía y eficiencia. Otros empezaron a rascar la piedra con sus meras manos de uñas negras. La apartaron como si fuera tierra mojada y despejaron rápidamente un círculo en el suelo, una zanja de quince centímetros de ancha, casi igual de profunda, y que de un lado a otro tenía treinta o treinta y cinco metros.

—Apenas estamos armados adecuadamente para tal juicio, mi anfitrión —dije—. Mientras que los cazadores Rojos están completamente equipados para la batalla.

El Erlking extendió las manos de nuevo.

—Ah, pero están armados con lo que consideraron necesario para su cacería. Y un verdadero cazador nunca se queda desprevenido ante lo que el mundo pueda traerle para enfrentarse. ¿Decís, quizás, que no sois cazadores después de todo?

—No —dijo Susan enseguida—. Por supuesto que no.

El Erlking la miró e hizo un movimiento de aprobación con la cabeza.

—Me alegro de que os consideréis adecuadamente armados. —Les lanzó una mirada a los Eebs, que estaban discutiendo algo con susurros feroces, probablemente empleando un uso no estándar de los pronombres—. En realidad, muchacho, fuisteis lo suficientemente rápido en los juegos de palabras que, si hubierais venido sin que os persiguieran, os hubiera dado de comer de buen grado y os hubiera enviado de vuelta. Pero no despertaré la ira de los Señores de la Noche ni lo más mínimo. Una guerra con ellos sería un desperdicio de docenas de lunas excelentes para la cacería. —Se encogió de hombros—. Así que, demostrad que sois valerosos, y puede que sigáis vuestro camino.

Me aclaré la garganta.

—¿Y nuestros... compañeros visitantes?

El Erlking no sonrió ni cambió su expresión de ningún modo, pero de repente se volvió tan repulsiva que tuve que luchar para evitar apartarme de él.

—Mi salón está completamente abastecido para recibir a todo tipo de extraños. Hay habitaciones en estas cuevas llenas con ingeniosos dispositivos pensados para que los míos se diviertan, y solo les faltan los... participantes adecuados.

—¿Qué pasa si perdemos nosotros? —preguntó Susan.

—Si la fortuna es amable, tendréis unas muertes limpias en el juicio. Si no... —Se encogió de hombros—. Algunos de los míos, Rafforut, por ejemplo, están más que dispuestos a darles un propósito a todas esas habitaciones de mi salón. Los entretendréis mientras podáis responder. Lo cual podría ser mucho mucho tiempo.

Susan miró al Erlking. Luego dijo:

—Hagámoslo, entonces. Yo también tengo promesas que mantener.

Él inclinó la cabeza hacia ella.

—Como deseéis, dama cazadora. Sir Caballero, señora, por favor, entrad en el círculo.

Me dirigí hacia él y Susan caminó a mi lado.

—¿Cómo deberíamos hacerlo? —me preguntó.

—Rápido y duro.

Su voz se volvió irónica.

—¿Cómo sabía yo que lo querías así?

Solté una especie de ladrido de risa genuina.

—Creía que se suponía que yo era el que solo tenía una cosa en mente.

—Oh, cuando éramos más jóvenes, seguro —respondió—. Ahora, sin embargo, se han invertido los papeles.

—¿Eso significa que tú también lo quieres rápido y duro?

Me lanzó una mirada pícaro y muy intensa con sus oscuros ojos entre sus negras pestañas.

—Digamos simplemente que hay algo que decir sobre eso, de vez en cuando. — Hizo girar la pata de la mesa un par de veces. Yo la miré. Se detuvo y me miró, levantando una ceja de manera inquisitiva.

Mi madrina me había avisado de que había una cura, un modo de liberar a Susan de la criatura que había devorado la mitad de su ser y había hecho que tuviera ansia de mí, algo que la Hermandad de San Gil había intentado y no había conseguido hacer durante cientos de años. Era posible que, con un poco más de trabajo, pudiera conseguirlo para ella, que le devolviera el control de su vida.

Pero aunque lo hiciera, no podríamos estar juntos. No ahora.

Mab era lo suficientemente mala... y, campanas infernales, yo ni siquiera había pensado en ello, había estado demasiado ocupado, pero la sustituta de Mab, Maeve, la Señora del Invierno, era discutiblemente más psicótica que la propia Mab. Y era indiscutiblemente más mezquina, más viciosa y más dispuesta a querer jugar con cualquiera cercano a mí.

Me pregunté cuánto tiempo tardaría en perderme a mí mismo. ¿Semanas? ¿Meses? Ni Mab ni Maeve querían que siguiera siendo yo mismo. Me pregunté si, cuando yo fuera lo que ellas querían que fuera, me molestaría en recordar lo que yo había sido. Lo que otros habían significado para mí.

Lo único que dije fue:

—Te echo de menos.

Bajó la mirada y la apartó, parpadeando. Luego me brindó una sonrisa más bien dudosa mientras le caía una lágrima, como si fuera algo que no había hecho en un tiempo y que todavía estuviera recordando cómo hacerlo.

—Yo echo de menos bromear contigo.

—¿Cómo lo hiciste? —dije en voz baja—. ¿Cómo no me dijiste nada de ella?

—Arrancándome un trozo de mí misma —dijo en voz baja—. Sé que estuvo mal. Sé que estuvo mal cuando lo hice, y que... que iba a lamentarlo algún día. Pero tenía que mantenerla a salvo. No te pido que me perdones. Solo... solo que lo entiendas.

Pensé en aquel momento de silencio y elección en la Mesa de Piedra.

—Sí —dije. Levante una mano y toqué su rostro con la punta de los dedos. Luego me incliné para besarla en la frente—. Lo entiendo.

Se acercó y nos abrazamos. Parecía sorprendentemente delgada y frágil en mis brazos. Nos quedamos así un rato, sintiendo ambos el miedo de lo que estaba por venir. Intentamos ignorar los cientos de ojos que nos miraban. Más o menos lo conseguimos.

Otro aplauso como un cañón retumbó por el vasto salón y el Erlking dijo:

—Cazadores Rojos. Dejad que los campeones que habéis elegido entren en el círculo o dad por perdido el juicio.

—Vale —dije—. Los Eebs son duros pero factibles. Se basan en tácticas sigilosas y esto tiene que ser todo lo directo que se pueda. Voy a golpearles con algo que debería darte tiempo suficiente para acercarte. Ve a por el que esté a la izquierda. Si te mueves rápido hacia la derecha, estarás en mi línea de fuego, así que no lo hagas. Tú aplastas a uno, yo quemo al otro, y nos hacemos unas tazas de café a juego para recordar la ocasión más adelante.

Susan dijo:

—Dejé el café. Ya sabes, la cafeína.

La miré con un disgusto burlón.

—Pagana.

—¡Está bien! —dijo Esmerelda desde el lado más alejado del círculo. Señaló con un dedo a uno de los vampiros atrapado entre las redes de los goblins—. Tú. Tú lo harás. —Impacientemente, la diminuta mujer fue hacia el vampiro atrapado, horrible e inhumano en su verdadera forma, y deslizó las uñas entre el extraño material de la red y liberó al cautivo. Sin ninguna ceremonia, lanzó al vampiro al círculo.

¿Uno de sus soldados de a pie? Vale. Aquello debería ser más fácil de lo que pensaba.

Esteban apareció entonces, caminando tranquilamente hacia delante.

Con él vino el tum tum del perturbador latido del Devorador, que se aceleraba poco a poco. El Devorador se acercaba a Esteban, horrible y hambriento, y a una orden del vampiro, se arrastró hasta el círculo, sus ojos completamente negros nos miraban fijamente con una intensidad desconcertante. Podría haber estado proyectando mis temores o algo, pero a mí me parecía que el Ick estaba deseando algún ajuste de cuentas.

—Oh, mierda —dijo Susan con una voz muy débil.

—Cuando el círculo se cierre —dijo la profunda voz de barítono del Erlking—, empieza el juicio. Concluirá cuando una parte haya sido neutralizada. ¿Los campeones de los cazadores Rojos están preparados?

Todos los vampiros soltaron chillidos de lamento, e incluso el Ick emitió un balbuceo silbante, como una tetera.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Susan, atacada.

No tenía ni idea.

—Ve a por el suplente —dijo mi boca—. Yo me encargo del Devorador.

—Vale —dijo, con los ojos como platos—. Vale.

El Erlking apareció, a medio camino entre los dos equipos, de pie fuera del círculo.

—¡Sir Caballero! ¿Vuestra dama cazadora y vos estáis preparados?

Los dos asentimos con un solo movimiento de cabeza, aunque nuestros ojos estaban fijos en nuestros oponentes, no en el Erlking. Empecé a reunir mi voluntad y mi poder bulló en mi estómago y en mi pecho y se convirtió en una extraña presión detrás de los ojos.

El Erlking sacó su espada y la mantuvo en alto, y todos los goblins del lugar empezaron a rugir. El fuego empezó a recorrer la hoja de la espada, envolviéndola en llamas verdes, y cuando tiró la espada, el fuego empezó a abrirse paso en la piedra que los goblins habían escarbado.

El verde fuego goblin se avivó con un rugido y nubes de humo nauseabundo. Corrió por el exterior del círculo en ambas direcciones hasta que las dos lenguas de llamas se encontraron en el lado opuesto de donde habían empezado.

Susan gritó. Yo grité. El vampiro gritó. El Ick... hizo la cosa esa de la tetera.

Y empezamos a matarnos los unos a los otros.



Los vampiros y los Icks son rápidos, pero yo me había enfrentado en duelo a los suyos antes. Como el Loki apócrifo, mis oponentes anteriores habían aprendido que no importa lo rápido que seas, no eres más rápido de lo que crees.

El conjuro que tenía preparado se liberó antes de que nuestros oponentes se hubieran movido más de un par de metros, una fuerza bruta que brotó de mi mano alargada aullando, pero no para golpear al Ick, sino que, en un repentino destello de inspiración, la dirigí al vampiro que empezaba a saltar con él y un poco por detrás. Claramente, quizás incluso sabiamente, el vampiro esperaba quedarse a la sombra del Devorador cuando empezaran a volar los golpes.

Grité «¡*Forzare!*» y mi voluntad bruta derribó al vampiro en un ángulo oblicuo, directamente enfrente y entre los pies del Ick.

Si no tienes armas con las que luchar contra el enemigo, encuentra un modo de hacer que tu enemigo sea tu arma. Si puedes conseguirlo, te hace parecer la caña.

El vampiro se metió entre los pies del Ick con un chillido gimiente y una salpicadura de fluidos nauseabundos que sonó como un crujido. La colisión hizo que la enorme criatura de caza se tropezara cuando sus piernas se enredaron con los miembros gomosos y sinuosos del vampiro y el Ick se cayó al suelo, con su antinatural latido dando golpes secos, fuerte y furioso como un tambor, aporreando y zafándose con furia del enredo sin ni siquiera molestarse en considerar qué podría estar destruyendo.

Susan se ajustó casi al instante a lo que había sucedido y se acercó al Ick tumbado con una velocidad increíble. Su brazo se volvió borroso mientras el Ick empezaba a recuperar el equilibrio, le estrelló la maza en el cráneo e hizo que su cabeza rebotara en el suelo.

El Ick se tomó el golpe como una caricia y atacó a Susan con sus garras... pero ella ya había saltado en el aire, doblando las rodillas hacia afuera para evitar las garras que se ceñían sobre ella y voló por encima del Devorador con un rugido de aprobación por parte de los espectadores goblins. Aterrizó de lado como un jugador de béisbol y corrió hacia la piedra manchada de sangre, mientras bajaba una mano para agarrar la garganta del vampiro derribado.

El cuerpo magullado quedó libre de las piernas del Ick, menos uno o dos de sus propios miembros, y pataleó débilmente, lo que ralentizó a Susan y detuvo su movimiento hacia delante unos pocos centímetros antes de que sus pies hubieran pisado las llamas verdes que rodeaban el campo de lucha.

El Ick se giró mientras se tambaleaba para volverse a poner en pie, preparándose para perseguirla, momento en que levanté mi vara explosiva y rugí «¡Fuego!» y lo golpeé con todo el poder que pude lanzar a través del foco mágico. Un fuego de color blanco azulado, que brilló cegadoramente en comparación con las llamas verdes más bien tenues de la voluntad del Erlking, provocó un grito grupal de sorpresa y desagrado entre los goblins reunidos. El fuego golpeó al Ick y le arrancó un trozo de los enormes músculos de su espalda, una carne negra y gomosa del tamaño de una sandía. Su cabeza se giró tanto que prácticamente se tocó la columna vertebral con ella, perdió el equilibrio durante otro segundo o dos y se resbaló, al girarse hacia mí, en la sangre que había derramado el primer vampiro.

Me di cuenta vagamente de lo que hacía Susan mientras todo esto pasaba. El vampiro medio aplastado y medio desmembrado había fallado salvajemente con las garras y los colmillos que le quedaban y se resistía en una pelea viciosa y locamente desesperada, en un intento por aferrarse a la vida.

Susan le dio un golpe fuerte en un lado de la cabeza, y cuando se giró, tenía el labio ensangrentado, con la boca abierta como si fuera a rugir y las espirales y los puntos oscuros de sus tatuajes empezaron a expandirse por su rostro como si fuera tinta negra goteando en el agua. Susan tiró la maza improvisada, cogió la garganta del vampiro con las dos manos y, con una fuerza tranquila y precisa, lanzó la cabeza al fuego verde.

Hubo una explosión de sangre mientras el fuego devoraba al vampiro, y aunque el calor de este no parecía mayor que el de cualquier hoguera, la temperatura de ese fuego tenía que ser casi tan alta como la del sol. Cuando el cráneo del vampiro entró en ella, simplemente se desintegró con un aullido de líquidos vaporizados, mientras escupía trocitos de hueso como si fueran metralla y cubría a Susan y al vampiro moribundo con una enorme nube negra que olía raro.

—¡Susan! —grité, y corrí como un rayo hacia un lado para no soltar ráfagas de fuego a ciegas en esa nube si fallaba. Golpeé al Devorador y le hice un pequeño agujero en uno de sus brazos, fallé la tercera ráfaga y acerté con una cuarta en su cadera y le hice una quemadura tan grande como mi pierna. El latido de su corazón era un gran ritmo de golpes, como el tambor doble de un grupo de *heavy metal*. Los golpes solo parecían enfurecerlo más y empezó una controlada carrera hacia delante para empujarme hacia fuera del círculo de fuego o que no pudiera escapar de sus garras.

Pero ni el golpe en la mollera ni una de las ráfagas de fuego que le había soltado ralentizaron al Ick. Eché a correr por el ángulo por el que se aproximaba, por el camino que me permitiría evadir al Devorador y sus garras extendidas. Me libré de su

ataque y neutralicé al monstruo con un juego de piernas a la vez que evité que me atrapara contra el perímetro del círculo mientras se acercaba.

Me di cuenta de que una sonrisa fiera se me dibujaba en los labios mientras me movía. Seguí lanzándole ráfagas de fuego a sus piernas mientras me movía en un intento por ralentizarlo aún más. No lo alcancé con más de un cuarto de ellas, creo, pero las que fallé se estrellaron contra el fuego verde del Erlking en chisporroteantes estallidos de luz. La adrenalina hizo que mis sentidos se volvieran cristalinos, lo que me traía todas las visiones y sonidos con una pureza fría, y de repente vi el punto débil del Devorador.

Aunque era difícil de decir por sus extraños movimientos, me di cuenta de que prefería mostrar solo un lado, aunque fuera ligeramente. Corrí para verlo mejor, casi me arranca la cabeza un puño que se agitaba, y vi que una pierna del Ick estaba herida, en la parte baja de su muslo, donde la carne negra estaba retorcida y deforme. Si hubiera sido carne y tejido mortal hubiera pensado que era el resultado de una quemadura severa, siempre y cuando lo que hubiera provocado la quemadura hubiera sido metal fundido y tuviera la forma de los dientes de Ratón. El Perro Foo había alcanzado al Ick durante su encuentro con Thomas, con una herida que había amenazado con tullirlo. Por eso se había visto obligado a retirarse. Si se hubiera quedado y Ratón hubiera conseguido atacarlo así de nuevo, se hubiera quedado completamente inmovilizado.

—Buena suerte esta vez, grandullón —me escuché decir a mí mismo—. No tienes adónde correr.

La parte de mi mente que todavía estaba mayormente cuerda pensó que la afirmación era un tanto alocada. Quizás estúpida también. El Ick todavía me perseguía, después de todo. Si me daba una vez con una de esas enormes manos con garras, licuaría los huesos que se encontrara bajo la parte de mi cuerpo que golpeará. (Con la posible excepción de la cabeza. Mantengo que todas las pruebas parecen señalar el hecho de que alguien hizo una de esas mejoras con adamantium en mi cráneo cuando no miraba nadie).

Yo corría y lanzaba fuego lo mejor que podía, pero no era capaz de mantener ese ritmo para siempre. Le estaba dando al Ick, quizás incluso lo estaba ralentizando más, pero no estaba ni acercándome a matarlo.

Todo se reducía a una pregunta: ¿el Ick era mejor encajando que yo repartiendo? Si lo era, yo estaba jugando la prórroga, y la continua embestida de magia que le estaba lanzando a la cosa era equivalente a una alta tasa de intereses.

Antes de que pudiera darme cuenta, la pelea cambió.

El Ick hizo un gran esfuerzo que parecía doloroso y se acercó lo suficiente para golpearme. Me aparté a tiempo por los pelos, casi me caigo, pero en lugar de ello lo convertí en varios pasos rápidos y recuperé el equilibrio. El Ick se giró para seguirme y Susan surgió de la nube de humo grasiento en el instante en que giró la espalda.

Sus tatuajes se habían enrojecido, pasando del negro a un color carmesí muy muy profundo, y se movía con una gracia perfecta y en un silencio perfecto. Así que cuando, graciosa y silenciosamente, le dio caña con aquella pata de mesa de acero en el lateral de la rodilla del Ick (en su pierna sana, por increíble que parezca), pilló al monstruo completamente desprevenido.

Se escuchó un crujido afilado y terrible, un sonido que, si lo hubiera escuchado en cualquier otro lugar, solo lo habría asociado con una viga cayendo o posiblemente con el disparo de una pistola de poco calibre. La barra de acero aplastó la rodilla del Ick hacia dentro de una forma poco natural, hasta que dibujó un ángulo de casi treinta grados.

Rugió de agonía y echó un brazo hacia atrás, hacia su atacante. El Ick golpeó a Susan, y aunque al hacerlo estaba desequilibrado, sobresaltado y cayéndose, todavía consiguió lanzarla tres metros hacia atrás en el suelo. A Susan se le cayó la maza de la mano con un sonido metálico, como un carrillón, y rodó, repiqueteando como un gong diminuto, en las llamas del círculo.

El calor del fuego verde derritió la mitad de la pata de la mesa de una forma tan precisa como lo habría hecho un soplete a alta temperatura. Los colores de las llamas cambiaron brevemente con hilos de color ámbar, violeta y rojo cobrizo. El extremo cortado rodó librándose del fuego, y su filo brillaba del calor.

Me di cuenta de ello en la periferia de mi visión agudizada.

Susan había aterrizado en el suelo con la espalda retorcida en un ángulo imposible.

El Ick se tambaleó hacia mí mientras yo estaba ahí de pie, helado durante el más breve instante debido a la conmoción. Era tiempo más que suficiente para que el Devorador se acercara, me arañara con las garras y me lanzara seis metros por el círculo, todo ello al mismo tiempo.

Una vez más, los conjuros de mi abrigo aguantaron el poder bruto de las garras del Ick, pero aquello no había sido un golpe de refilón o un daño accidental que había recibido cuando me empujó. Era un mazazo a toda potencia, similar al que probablemente había estampado al Escarabajo Azul contra el deportivo moderno de Thomas. Era exactamente lo que me temía, y mientras mi cuerpo golpeaba el suelo, una especie de calma resuelta me inundó junto con los aullidos de emoción de los goblins.

Era hombre muerto. Así de simple. La única pregunta era si debería sobrevivir o no el tiempo suficiente para sentir el dolor que la conmoción del impacto me iba a provocar. Y, por supuesto, hacia dónde dirigir mi maldición de muerte.

Mis brazos y piernas flojos ralentizaron mi caída y acabé tumbado de espaldas con las caderas torcidas hacia un lado mientras el Ick echaba hacia atrás la cabeza y soltaba un efusivo chillido de tetera. Su corazón latía como un trueno surrealista y de repente sentí que mi cuerpo se inundaba de frío, como si hubiera aterrizado en una piscina de agua helada. El Ick se acercó a mí, ahora sus movimientos mostraban



dolor. Aulló y levantó ambos brazos por encima de la cabeza, listo para machacarme con ellos el cráneo. No tenía mucho tiempo para usar mi maldición de muerte, dijo la vocecilla cuerda de mi cabeza.

Y luego otra voz en mi cabeza, una mucho más fuerte y más furiosa, gritó una negativa. Los pocos vistazos que había tenido de Maggie se arremolinaron en mi mente, junto con las imágenes de su muerte, o peor, en manos de Arianna. Si moría allí, no habría nadie que la sacara de la oscuridad.

Tenía que intentarlo.

Encajé los dos puños en la pierna menos herida del Ick y liberé todos los anillos de energía que me quedaban.

Supongo que desde fuera debió de parecer como uno de esos golpes dobles de tipo kung-fu, aunque lo único que mis verdaderos puños estaban haciendo era recoger una nueva ronda de moretones y pequeñas cicatrices. Sin embargo, la energía que se liberó de los anillos le dio tan fuerte a la pierna del Ick que este quedó paralelo al suelo. El Ick se derrumbó.

Rodé desesperadamente y escapé por un pelo de que me aplastara su peso. Aterrizó retorciéndose de agonía.

Y de repente vi un modo de matarlo que nunca se me hubiera ocurrido si no hubiese estado tumbado de espaldas y mirando hacia arriba.

Levanté la vara explosiva para apuntar al techo que había por encima, muy sombrío pero aun así visible. Era el techo natural de la caverna. Puede que el suelo hubiera sido picado y pulido para albergar el salón del Erlking, pero del techo pendían estalactitas del tamaño de autobuses urbanos como si fueran los lúgubres dientes de un mastodonte. Comprobé que Susan estaba en el extremo opuesto del círculo, todo lo lejos posible de lo que estaba a punto de hacer.

Luego arrojé mi miedo y mi rabia a la base de un gran colmillo de piedra que estaba casi directamente por encima de mi cabeza y puse todo lo que me quedaba en ello.

Un fuego blanco azulado chilló al salir de la vara explosiva, tan intenso que la herramienta de runas talladas explotó en una nube de astillas brillantes. Alcanzó a la estalactita con un golpe estruendoso. A mi lado, el Ick se levantó y apuntó a mi cráneo con una mano enorme.

Yo levanté las manos, siseé «*Aparturum*» y, con lo último que me quedaba de voluntad, rasgué el velo entre el salón del Erlking y el mundo material, creando una apertura circular de quizás un metro y poco de ancho y que flotaba paralela a un metro del suelo, orientada de tal modo que su punto de entrada estaba en el lado superior. Luego me encogí en una posición fetal por debajo de esa apertura e intenté cubrirme la cabeza con los brazos.

Toneladas y toneladas de piedra se derrumbaron con una gracia lenta y mortífera. El latido del Devorador duplicó su ritmo. Luego hubo un ruido increíble y todo el mundo desapareció.

Me quedé tumbado sobre mi costado varios minutos, no me atrevía a moverme. La piedra cayó durante un rato, quizás un par de minutos, antes de que el sonido de las rocas cayendo se apagara lentamente, como las palomitas justo antes de que empiecen a quemarse. Solo que, ya sabes, más rocoso.

Solo entonces me permití levantar la cabeza y mirar a mi alrededor.

Me encontraba en una tumba perfectamente circular de un metro y poco, que quizás tenía un metro y medio de profundidad. Las paredes de la tumba eran perfectamente suaves, aunque pude ver entre todas las grietas y fisuras que estaban hechas de muchos trozos de roca desparejos, desde el tamaño de mi pulgar hasta el tamaño de una roca como dos veces un coche.

Por encima de mí, el Camino abierto brillaba ligeramente. Toda la roca que hubiera caído sobre mí se precipitó por el Camino abierto hacia el mundo material.

Respiré hondo y volví a cerrarlo. Esperaba que no hubiera nadie donde quisiera que condujera ese Camino. ¿Quizás la cafetería del FBI? No había modo de saberlo, a no ser que lo atravesara y mirara. No quería enfrentarme al daño colateral de algo así.

Mi cerebro cuerdo me indicó que había muchas posibilidades de que no estuviéramos hablando de rocas cayendo. Por lo que sabía del mundo espiritual, se transformarían en simple ectoplasma cuando alcanzara el mundo material, a menos que recibiera una energía constante para preservar su estado sólido. Sin duda yo no había intentado imbuir de energía las piedras mientras cruzaban el Camino. Así que lo más probable era que solo hubiera lanzado varias docenas de toneladas de limo en un lugar aleatorio del edificio del FBI y que ese limo se evaporara en unos minutos. Eso reduciría muchísimo las posibilidades de infligir heridas a los desafortunados empleados del FBI.

Decidí que mi cordura y yo podíamos vivir con ello.

Cerré el Camino con un movimiento de la mano y un esfuerzo de voluntad y me levanté lentamente. Al hacerlo, me di cuenta de que me sentía un poco frágil y que temblaba del cansancio. Pero lo que no sentía era... dolor.

Intenté quitarme el polvo de encima y echarle un buen vistazo a mis heridas. Debería de tener alguna costilla rota. Órganos rasgados. Debería de estar desangrándome por todas partes.

Pero por lo que podía decir, ni siquiera tenía traumatismo cervical.

¿Aquello era el poder de Mab, recorriéndome, envolviéndome? No tenía ninguna otra explicación para ello. Demonios, cuando Susan y yo corrimos por el edificio del FBI, ella fue la primera que se quedó sin aliento, mientras yo no tenía ninguna necesidad de respirar más fuerte que si hubiera salido a recoger el correo al buzón. Es más, había corrido más rápido que el Devorador durante esta pelea.

Pensé que probablemente debería sentirme perturbado por el repentino aumento de mi velocidad y dureza físicas. Pero dado el precio que tuve que pagar por ello, lo único que pude sentir fue una cierta sensación de satisfacción. Necesitaría cualquier ventaja que pudiera conseguir cuando fuera a sacar a Maggie de la Corte Roja.

Levanté la vista mientras el fuego verde del círculo de lucha empezaba a apagarse, y al hacerlo los goblins del salón estallaron en una sinfonía de aullidos de aprobación ensordecedora que taladraba los oídos.

Trepé por el agujero, luego salté y rodeé un par de montones de escombros y corrí hacia Susan en el extremo opuesto del círculo.

Estaba coja e inmóvil. Tenía pequeños cortes y moretones por todo el cuerpo. Sus pantalones de cuero tenían cientos de agujeritos; las astillas de hueso del cráneo del vampiro que estalló, supuse. Tenía la columna doblada y torcida. No sabría decir lo mal que estaba. Quiero decir... Susan siempre había sido bastante flexible y yo tenía buenas razones para saber más de ella que la mayoría. Con todo su cuerpo doblado de ese modo, era difícil de decir.

Respiraba y sus tatuajes estaban ahí, ahora eran de un brillante rojo escarlata. Su pulso era demasiado lento y no estaba seguro de que fuera firme. Me incliné y le levanté un párpado.

Tenía los ojos negros, completamente.

Me pasé la lengua por los labios. Los tatuajes eran un indicador de alerta que utilizaba la Hermandad. Cuando la naturaleza vampírica de Susan conseguía más influencia sobre sus acciones, aparecían los tatuajes, al principio negros, pero se volvían un rojo brillante conforme el vampiro ganaba más control. Susan no estaba consciente, pero si lo hubiera estado, estaría loca por la sed de sangre. Casi me había matado la última vez que eso había sucedido.

En cierto modo era lo que había iniciado todo este lío, de hecho.

Su cuerpo estaba cubierto de heridas de varios tamaños y yo creía que sabía lo que estaba sucediendo. Estaba recurriendo instintivamente a la parte vampira de su naturaleza para curar la carne herida, pero dado que no le había proporcionado sustento a esa naturaleza, solo podía ofrecer su ayuda limitada.

Necesitaba sangre.

Pero si la conseguía, se despertaba y decidía que tenía que tomar más... ¡ostras!

Su respiración siguió ralentizándose. Se detuvo por un momento y casi entré en pánico.

Sacudí la cabeza, saqué una navaja del bolsillo de mi abrigo y me hice un corte en la palma de la mano izquierda, en una zona en que las cicatrices de las quemaduras eran más gruesas y donde ya no tenía mucha sensibilidad.

Cerré la mano mientras me sangraba la palma. Luego, muy despacio, la bajé e incliné la palma para derramar con cuidado un par de gotas en la boca de Susan.

Hubieras pensado que solo le recorrió el cuerpo una corriente de electricidad. Se agitó, se quedó rígida y luego arqueó la espalda. Extraños sonidos gaseosos surgieron de su columna. Sus vacíos ojos negros se abrieron y cogió una bocanada de aire, luego empezó a intentar encontrar mi mano ciegamente con la boca, del mismo modo que un bebé encuentra su comida. Mantuve la mano encima de su boca y dejé que la sangre goteara lentamente.

Se levantó con un movimiento lánguido bajo mi mano, saboreando la sangre como si fuera chocolate, un masaje, buen sexo y un coche nuevo, todo en uno. Tras dos minutos de arquearse lentamente, como en un sueño, de repente sus ojos se centraron en mí y se entrecerraron. Me agarró el brazo con las manos... y le coloqué el puño derecho en la cara.

No llegué a darle el puñetazo. Si permitía que su naturaleza más oscura continuara, la destruiría, y me mataría a mí en el proceso. Se golpeó la cabeza contra el suelo y parpadeó, aturdida.

Me levanté, di un par de pasos hacia atrás y me metí la mano herida en el bolsillo. Estaba cansado y me sentía conmocionado. Sentía frío en todo el brazo. No dejé de retirarme hasta que estuve seguro de que podía sacar a tiempo el escudo para retenerla si venía a por mí.

Reconocí cuándo volvió Susan. Su respiración se ralentizó, se controló y se volvió firme. Tardó cuatro o cinco minutos en centrarse para quitarle el control a su yo oscuro, pero finalmente lo hizo. Se sentó despacio. Se pasó la lengua por los labios manchados de sangre y se estremeció en un lento éxtasis durante un segundo antes de pasarse la manga por la boca y obligarse a sí misma a ponerse en pie. Miró alrededor, con un terrible miedo en sus ojos, hasta que me vio.

Empezó a caminar hacia mí por un momento y luego cerró los ojos. Susurró:

—Gracias a Dios.

Le hice un gesto con la cabeza y le hice señas para que viniera a mi lado.

Esperé hasta que se acercó. Luego ambos nos dimos la vuelta para mirar de frente al Erlking.

A un lado, los miembros de la Corte Roja seguían donde estaban, salvo Esteban y Esmerelda que también habían sido atrapados por las redes de los goblins. Al parecer me había centrado tanto en Susan que no había escuchado el sonido de ninguna lucha tras el duelo, pero podía adivinar lo que había sucedido. En cuanto el Ick empezó a flaquear, debieron de haber puesto pies en polvorosa. Sin embargo, esta vez no habían tenido la ventaja de aparecer en un lugar completamente inesperado con unos goblins centrados en sus platos.

Esta vez los goblins los habían pillado, probablemente antes de que empezaran a huir de verdad. Los dos Eebs nos miraban fijamente a Susan y a mí con un odio bruto escrito en sus enfadados rostros.

El Erlking miró a los vampiros capturados un momento y sonrió levemente.

—Bien luchado —dijo, su profunda voz resonaba.

Ambos inclinamos la cabeza ligeramente hacia él.

Luego levantó la mano y chasqueó los dedos, una vez. Retumbó como el disparo de un arma de fuego.

Toda la multitud de la Corte Roja gritó indefensa mientras varios cientos de goblins motivados por la violencia cayeron sobre ellos como una ola. Los observé durante un momento con una fascinación enfermiza, pero aparté la mirada.

Odio a la Corte Roja. Pero hay límites.

Los súbditos del Erlking no los tenían.

—¿Qué pasa con el Rey Rojo? —le pregunté—. ¿Los Señores de la Noche?

Sus ojos brillaron.

—La gente de su Majestad no logró demostrar sus intenciones pacíficas. El juicio verificó su engaño a hacer cumplir la ley y la costumbre. Dejadlo que aülle su furia si así es su voluntad. Si empezara una guerra por este asunto, toda la Tierra de las Hadas se volvería contra él enfurecida. Y su gente será una buena cacería.

Entre los gritos de la Corte Roja, los de Esmerelda eran especialmente perforantes, una risilla cansada entre dientes recorrió todo el salón. El sonido bailó con su propio eco. Era como escuchar la banda sonora oficial del Infierno. Apareció un goblin que llevaba unos gruesos guantes de piel sujetando lo que quedaba del mazo de Susan como si estuviera al rojo vivo. Tocar el hierro y sus aleaciones produce agonía en las criaturas de la Tierra de las Hadas. Susan aceptó el acero con calma, haciéndole un movimiento de cabeza al goblin enguantado.

—¿Supongo, entonces —dije despacio—, que somos libres para marcharnos?

—Si no os liberara ahora —dijo el Erlking, con un tono casi amable—, ¿cómo tendré alguna vez el placer de cazaros yo mismo en una agradable y brillante noche?

Esperé que no se me escuchara tragar saliva.

El Señor de la Cacería se giró e hizo un gesto descuidado con una mano y un Camino se abrió detrás de nosotros. La luz verde que nos había permitido ver empezó a oscurecerse rápidamente.

—Que tengáis buena cacería, sir Caballero, dama cazadora. Por favor, transmitidle mis saludos a la Reina del Invierno.

Mi cerebro cuerdo estaba en las nubes y dije:

—Lo haré. Ha sido un placer, Erl.

A lo mejor no lo pilló. Solo ladeó la cabeza ligeramente, igual que un perro cuando escucha un sonido nuevo.

Todos nos inclinamos educadamente y Susan y yo entramos en el Camino, teniendo cuidado de no apartar los ojos de nuestro anfitrión, hasta que el mundo se difuminó y ese salón de horrores desapareció.

Fue remplazado por un enorme edificio de estilo rústico que parecía estar lleno desde el sótano hasta el tejado de todo lo que posiblemente necesitarías para disparar, atrapar, encontrar, acechar, enganchar, limpiar, despellejar, cocinar y comer cualquier cosa que corriera, gateara, saltara o nadara.

—¿Qué demonios? —dijo Susan, mirando alrededor confundida.

—Eh —dije—. Esta es la tienda de caza y pesca Bass Pro de la calle Bolingbrook, creo. Tiene sentido, supongo.

—No me refería a eso —dijo, y señaló—: Mira.

Seguí su mirada hasta un gran reloj en la pared opuesta de la enorme tienda.

Decía que la hora actual eran las nueve y media de la noche.

Treinta minutos después de que nos marcháramos.

—¿Cómo es posible? —preguntó Susan—. Estuvimos allí hora y media como mínimo. Mira. Mi reloj dice que fueron dos.

Mi corazón empezó a latir más rápido.

—Campanas infernales, ni siquiera había pensado en ello.

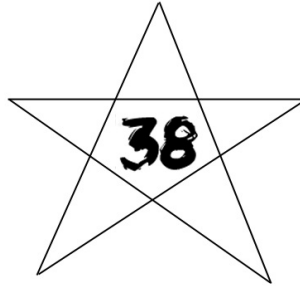
—¿En qué?

Empecé a caminar. Susan lanzó su maza detrás de una estantería y me siguió. Debíamos de ser una visión encantadora, ambos arañados, rasgados, cansados y heridos. Un par de clientes nos miraron, pero ninguno pareció dispuesto a acercarse a nosotros.

—El tiempo puede pasar a una velocidad diferente en el Nuncamás —dije—. ¿Todas esas historias sobre gente que se va con las hadas por la noche y aparece en un nuevo siglo? Es por eso. —El siguiente enlace en la cadena de la lógica se me había olvidado y dije—: Oh. Oh, maldición.

—¿Qué? —dijo Susan.

—Hay tres horas de viaje a Chichén Itzá —dije en voz baja—. No podemos llegar ahí por la noche. —Lingotes de plomo empezaron a apilárseme en el estómago y en los hombros y en la nuca. Doblé la cabeza, con la boca torcida amargamente—. Llegamos demasiado tarde.



—No —dijo Susan con fiereza—. No. Esto no está establecido según el tiempo de Greenwich, Harry. Esas criaturas no van a realizar su ceremonia basándose en un reloj. Van a usar las estrellas. Nosotros solo conocemos una hora aproximada. Podría suceder después de medianoche.

Podría suceder media hora antes de medianoche, pensé, pero no se lo dije a Susan. En lugar de eso, asentí. Tenía razón. Lo que estaba diciendo no me parecía bien, pero sabía, en mi cabeza, que ella no iba desencaminada. Me obligué a mí mismo a ignorar esa vocecilla de derrota que susurraba en mi oído.

—Cierto —dije—. Vamos, velocidad máxima. Necesitamos volver a Santa María y recoger a todo el mundo.

Susan asintió y dijo:

—Media hora si no hay tráfico.

—Y si tienes un coche —dije—, el cual no tenemos.

La boca de Susan se retorció en una sonrisa.

—Qué bien que haya un aparcamiento entero lleno de ellos.

Le abrí la puerta principal a Susan, la seguí por la acera y casi me atropella una limusina de color verde esmeralda; sus alerones traseros, su capó alargado y su brillante rejilla de ventilación cromada hacían que pareciera algo creado en los extravagantes años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. La limusina chirrió al detenerse, y su conductor, vestido con un práctico traje negro, salió y corrió hacia la puerta que estaba más cerca de nosotros. Tenía una altura media, era delgado, joven y lo suficientemente guapo como para ser actor o modelo; tanto, de hecho, que decidí inmediatamente que no era humano.

En cuanto lo pensé, de repente vi al joven señor sidhe como verdaderamente era: vestido con una túnica verde esmeralda y leotardos, todo ello con toques de violeta oscuro. Su pelo como el sol estaba recogido atrás con una trenza apretada que le caía por debajo de la cintura, y sus ojos felinos, rasgados como los de un gato y de color ámbar, eran penetrantes. Me vio mirar fijamente e hizo una pequeña inclinación burlona en la que apenas movió la cabeza y el pecho, luego abrió la puerta de la limusina.

La Leanansidhe se inclinó desde el lado opuesto del compartimento del pasajero, con exasperación en el rostro.

—Ahí estás por fin, niño. ¿Qué locura te poseyó para acudir a un evento social con el Cazador? Te guarda rencor. ¿No sabes lo que eso significa?

Susan se puso tensa y dio un paso atrás. Mi madrina se dio cuenta y le brindó una sonrisa llena de dientes.

—No temas, medio niña. No tengo razones para retenerte de nuevo... a menos, por supuesto, que te guste ver hacia dónde nos lleva esto. —Levantó la mirada hacia el cielo nocturno, prácticamente escondido tras la contaminación lumínica, y dijo—: Por supuesto, estaríamos forzados a satisfacer tal curiosidad en otro momento.

—Madrina —dije, mirándola fijamente—. Qué... coche tan grande tienes.

Me increpó con un dedo.

—Para llevarte mejor a la Casa de la Madre Llorica y que así puedas embarcarte hacia tu búsqueda, niño. Glenmael, ayúdalos a entrar, por favor. Estamos corriendo contra el tiempo.

El joven sidhe hizo un gesto galantemente hacia la parte trasera de la limusina y me ofreció un brazo para que me apoyara.

Le fruncí el ceño (lo que provocó que volviera a inclinar la cabeza con una sonrisa) y ayudé a Susan a entrar en el coche. Entré en él sin ayuda por mí mismo y rápidamente nos encontramos sentados en sentido contrario al movimiento, frente a mi madrina, mientras el joven sidhe salía del apartamento y se dirigía a la carretera I-55.

—Ridículo —dijo Lea, mirándome fijamente con desaprobación—. Pareces completamente ridículo.

La miré parpadeando y luego bajé la mirada hacia mí mismo. Vale, bien, de acuerdo. Me habían embadurnado de icor y luego había rodado por tierra y escombros y había sangrado por un corte en una mano, lo cual no ayuda nada a la pulcritud. Mis pantalones vaqueros eran un despojo, mi camiseta estaba más allá del arreglo y la iba a cortar para trapos sucios e incluso mi guardapolvos parecía sucio y manchado. Susan no estaba en mejor estado.

—No voy a asistir a una cena de gala, Madrina —dije.

Su voz se volvió irónica.

—Eso depende de quién gane la batalla, creo yo. —Me miró de arriba abajo y sacudió la cabeza—. No. No, eso no sucederá. Mi reina tiene una cierta reputación que mantener, después de todo. Tu primer compromiso como Caballero del Invierno exige algo menos... postapocalíptico. —Estudió a Susan con una expresión crítica—. Mmmm. Y no se le puede permitir a tu concubina que traiga vergüenza sobre ti y, por extensión, sobre tu reina.

Hice una pedorreta.

Susan levantó una ceja.

—¿Su concubina?



—¿Su amante, la madre de su hija, esa con la que aún no se ha casado? Creo que el término se aplica, querida. —Sacudió una mano—. Palabras. Oh. Veamos.

Se colocó la yema del dedo en la punta de la nariz pensativa mientras me miraba. Luego añadió:

—Empecemos con seda.

Murmuró una palabra, pasó la mano sobre mí y mi ropa empezó a retorcerse como si hubiera estado hecha de un único y extenso organismo, uno que todavía no había tenido la cortesía de morir. Era la sensación más desagradable del mundo y me golpeé la cabeza con el techo de la limusina al saltar de sorpresa.

Unos segundos después, agarrándome la cabeza, miré a mi madrina y dije:

—No necesito ayuda.

—Harry —dijo Susan con la voz ahogada. Me miraba fijamente.

Bajé la mirada y me encontré a mí mismo envuelto en ropas de seda. Mi camiseta se había convertido en una cosa ondulante de seda gris oscura, ajustada al torso por un chaleco más bien largo de color negro como la medianoche con motivos de amatista oscura, ópalos azul verdoso y perlas pálidas y exquisitas. Los leotardos también estaban hechos de seda, muy ajustados, y unas botas de cuero de color blanco, blanco puro, que me llegaban hasta las rodillas donde se encontraba el mismo color gris oscuro de la blusa.

Me miré fijamente. Luego a Susan.

—Guau —dijo Susan—. De... de verdad tienes un hada madrina.

—Y nunca he podido darme el gusto —dijo Lea, estudiándome ausente—. Eso no vale. —Movié la mano de nuevo—. Tal vez un poco más...

Mi ropa volvió a retorcerse, la sensación era tan rara e intrusiva que volví a golpearme la cabeza con el techo.

Pasamos por una docena de atuendos en la mitad de tiempo. Un traje y una casaca victorianos, con cola, fueron rechazados en favor de otro atuendo de seda, esta vez inspirado en la China imperial. Para entonces, Susan y Lea estaban implicadas en el proyecto activamente, intercambiaban comentarios entre ellas e ignoraban completamente todas las palabras que surgían de mi boca. Hacia el conjunto diecisiete, ya me había rendido con lo de intentar decir cualquier cosa sobre cómo me estaban vistiendo.

Me pusieron atuendos inspirados en muchísimas culturas diversas y periodos históricos. Hice presión por recuperar mi guardapolvos de cuero estridentemente, pero Lea solo me chistó y siguió hablando con Susan.

—¿Qué atuendo enfadaría de verdad a esa zorra? —le preguntó Susan.

Finalmente, la boca de Lea se curvó en una sonrisa y dijo:

—Perfecto.

Mis ropas se retorcieron una vez más y me encontré vestido con una armadura gótica ornamentada, como las que se utilizaban en la Europa occidental del siglo xv. Era negra y articulada, con hombreras decoradas y una coraza absurdamente

ornamentada. Había filigranas de oro por todas partes y parecía que pesara trescientos kilos.

—Cortés llevaba una armadura justo de este estilo —murmuró Lea. Estudió mi cabeza y dijo—: Aunque necesita...

Un peso encerró mi cabeza de repente. Suspiré con paciencia y estiré los brazos para quitarme el yelmo de conquistador decorado a juego con la armadura. Lo puse en el suelo de la limusina y dije con firmeza:

—Yo no me pongo sombreros.

—Caca —dijo Lea—. Arianna todavía odia profundamente a los europeos, ya sabes. Por eso tomó como marido a un conquistador.

Parpadeé.

—¿Ortega?

—Por supuesto, niño —dijo Lea—. El amor y el odio a menudo son difíciles de distinguir entre ellos. Se ganó el corazón de Ortega, lo cambió, se casó con él y se pasó siglos después rompiéndole el corazón una y otra vez. Llamándolo y volviéndolo a echar. Sucumbiendo a él y luego revirtiendo la maldición. Ella decía que mantenía su odio fresco y caliente.

—Eso explica por qué él trabajaba en el maldito Brasil —dije.

—Por supuesto. Hmmm. —Hizo un movimiento rápido con una mano y añadió una capa gris oscuro de estilo romano a los hombros de mi ancha armadura, atada en la parte delantera de la coraza. Con otro movimiento rápido de la mano cambió ligeramente el estilo de las botas. Añadió una capucha grande a la capa. Luego labró pensativa todo el oro de la armadura en un espectro que cambió del oro natural a un verde que se intensificó del color gradiente al azul y luego morado cuanto más se alejaba de mi cara, lo que le daba a las filigranas de oro una apariencia irreal, fría y espeluznante. Le añadió paneles frontales a la capa para que pareciera una especie de túnica de frente, sujeta a mi cintura con una faja de un profundo y oscuro color púrpura. Un ajuste final hizo que la armadura que recaía sobre mis hombros fuera un poco más ancha y gruesa, lo que me daba ese perfil de hombreras de *rugby* que yo recordaba de los viernes por la noche en el instituto.

Me miré a mí mismo y dije:

—Esto es ridículo. Parezco la versión de Games Workshop de un caballero Jedi. Susan y Lea me miraron parpadeando, luego se miraron entre ellas.

—Quiero recuperar mi guardapolvo, maldita sea —aclaré.

—¿Ese viejo trapo? —dijo Lea—. Tienes una imagen que mantener.

—Y la voy a mantener en mi guardapolvos —dije tercaamente.

—Harry —dijo Susan—, es posible que tu madrina tenga razón desde un punto de vista práctico.

La miré. Luego miré mi atuendo.

—¿Práctico?

—Las apariencias y las primeras impresiones son cosas poderosas —dijo—. Usadas correctamente, son armas por derecho propio. No sé tú, pero yo quiero todas las armas que pueda conseguir.

Lea murmuró:

—Sin duda.

—Vale. No veo por qué mi imagen no puede llevar mi guardapolvo. También necesitamos ser rápidos. Estas pintas me van a entorpecer y pesan más que mil demonios.

La boca de Lea se torció en una comisura.

—¿Oh?

Le fruncí el ceño. Luego sacudí los hombros y me giré un poco. Había una especie de flexibilidad elástica en el material de la armadura que nunca encajaría con el acero. Es más, ahora que me movía de verdad, no podía sentir su peso. Para nada. Bien podría haber llevado puesto un cómodo pijama.

—Ningún mortal puede cortarla mediante la fuerza de las armas mundanas —dijo Lea con calma—. Repelerá los cortes de incluso criaturas como los vampiros de la Corte Roja... durante un tiempo, al menos. Y debería ayudarte a escudar tu mente contra las voluntades de los Señores de la Noche.

—¿Debería? —pregunté—. ¿Qué quieres decir con «debería»?

—Son un antiguo poder, ahijado —respondió Lea, y volvió a brindarme su sonrisa de gata—. No he tenido la oportunidad de comparar mi nueva fuerza contra la suya. —Me miró de arriba abajo una vez más y asintió con la cabeza, satisfecha—. Pareces presentable. Ahora, niña —dijo, girándose hacia Susan—, veamos qué podríamos hacer por ti.

Susan llevó todo el asunto muchísimo mejor que yo.

Me distraje mientras trabajaban. Miré por la ventana y vi que adelantábamos como un rayo a una patrulla de policía de la autopista como si estuvieran quietos en lugar de precipitarse por la autopista con las luces encendidas y las sirenas aullando. Teníamos que estar corriendo a una velocidad de tres dígitos para dejarles que mordieran el polvo tan rápido.

El policía no reaccionó a nuestro paso y me di cuenta de que Glenmael debía de estar escondiendo el coche detrás de alguna especie de velo. También estaba, me di cuenta, zigzagueando y corriendo como un rayo por el tráfico con una habilidad completamente imposible, esquivando los parachoques y los guardabarros del resto de conductores por centímetros sin que estos se dieran cuenta. No solo eso, sino que yo no podía sentir para nada el movimiento dentro del compartimento de pasajeros. Según las leyes de la física, nosotros deberíamos haber estado rebotando contra las ventanas y el techo, pero no parecía que el coche se moviera en absoluto.

En resumen: llegamos a Santa María en menos de quince minutos y conseguí varias docenas nuevas de canas en el proceso.

Aparcamos y Glenmael abrió la puerta del compartimento trasero aparentemente en el mismo instante en el que el peso del coche cayó sobre sus frenos. Salí, con la capucha de color gris oscuro cubriéndome la cabeza. Mi sombra, en la acera, delante de mí, parecía enorme y siniestra de la hostia. Irracionalmente, me hizo sentir un poco mejor.

Me giré para ayudar a Susan a salir y sentí que se me abría la boca un poco.

Su atuendo era... mmm, jodidamente *sexy*.

El tocado de oro fue de lo primero que me di cuenta. Estaba decorado con plumas, con jade tallado con glifos y símbolos como los que había visto en la Mesa de Piedra, con gemas de color verde y azul árticos que destellaban. Por un segundo pensé que su naturaleza vampírica había empezado a despertarse de nuevo, pues su rostro estaba cubierto por lo que confundí con tatuajes. Una segunda mirada me mostró que era una especie de diseño dibujado con precisión, como los tatuajes de *henna* pero mucho más primitivos y salvajes en apariencia. También estaban hechos en una variedad de colores negros y rojos muy muy oscuros. Los diseños que rodeaban sus oscuros ojos marrones hacían que estos destacaran muchísimo.

Debajo de esto llevaba un vestido recto de algún material que parecía simple ante suave, abierto a los lados para facilitar el movimiento, y sus pies estaban envueltos por unos zapatos del mismo material, también decorados con plumas. Los mocasines y el vestido eran de un blanco puro y contrastaban mucho contra la exquisita oscuridad de su piel y exhibía los suaves y tersos músculos de sus brazos y piernas tremendamente bien.

Un cinturón de cuero blanco tenía una pistolera vacía para una pistola de mano en una de sus caderas, con una hebilla para colocar una vaina de espada en la otra. Y sobre todo esto llevaba una capa de plumas, no demasiado diferente de las que habíamos visto en Nevada... pero los colores eran todos los ricos y fríos tonos de la Corte de Invierno: azul glacial, verde marino oscuro y morado atardecer.

Me miró y dijo:

—Estoy esperando que digas algo sobre una actriz de Las Vegas.

Tardé un momento en reconectar la boca con el cerebro.

—Estás increíble —dije.

Su sonrisa fue lenta y *sexy*, con sus oscuros ojos en los míos.

—Mmm —dije—. Pero... no parece muy práctico.

Lea aceptó la mano de Glenmael y salió de la limusina. Se inclinó y murmuró algo en el oído de Susan.

Susan levantó una ceja, pero luego dijo:

—Vaaaaale. —Cerró los ojos brevemente y frunció el ceño.

Y se desvaneció. Completamente. No estaba detrás de un velo difícil de traspasar. Se había ido.

Mi madrina se rio y dijo:

—Igual que antes, pero rojo, niña.

—Vale —dijo la voz de Susan desde el cielo vacío, y de repente había vuelto, con una sonrisa de oreja a oreja—. Guau.

—La capa te esconderá de los ojos y también de otros sentidos, niña —dijo mi madrina—. Y mientras lleves esos zapatos, tus pasos no dejarán huella ni harán el más mínimo ruido.

—Mmm, de acuerdo —dije—. Pero me sentiría mejor si llevara algún kevlar o algo. Solo por si acaso.

—Glenmael —dijo mi madrina.

El chófer trajo tranquilamente una nueve milímetros, apuntó a la sien de Susan a quemarropa y apretó el gatillo. La pistola se disparó.

Susan ladeó la cabeza hacia a un lado y se cayó mientras se llevaba una mano al oído.

—¡Au! —gruñó, se levantó y se giró hacia el joven sidhe—. Hijo de puta, esas cosas hacen mucho ruido. Eso duele. Debería darte una patada en el culo que te lo suba a la altura de las orejas.

En respuesta, el sidhe se agachó con una gracia consumada y arrancó algo del suelo. Se puso en pie y se lo mostró a Susan, luego a mí.

Era una bala. La cabeza estaba aplastada, hasta tal punto que recordaba vagamente a una pequeña seta.

Nuestros ojos se abrieron como platos.

Lea extendió las manos y dijo con calma.

—Hada madrina.

Sacudí la cabeza, aturdido. Tardé años en diseñar, crear y mejorar los conjuros defensivos de mi guardapolvo de cuero, e incluso entonces, la protección solo se extendía por el verdadero cuero. Lea había improvisado en minutos un encantamiento protector de todo el cuerpo.

De repente me sentí un poco más humilde. Probablemente aquello era bueno para mí.

Pero luego incliné la cabeza, frunciendo el ceño. El poder que implicaban los regalos de mi madrina era increíble... pero el universo no parece dispuesto a darte algo a cambio de nada. Eso era tan cierto en la magia como en la física. Probablemente yo podría, con años de esfuerzo, duplicar lo que hacían los regalos de Lea. Los sidhe trabajaban con la misma magia que yo, aunque había que admitir que parecían tener una relación muy diferente. Aun así, tanto poder en un solo lugar significaba que el coste de energía se iba a pagar en otro lugar.

Como quizás en longevidad.

—Madrina —pregunté—, ¿cuánto duran estos dones?

Su sonrisa se volvió un tanto triste:

—Ah, niño. Soy un hada madrina, ¿no? Estas cosas no están hechas para durar.

—No me digas medianoche —dije.

—Claro que no. No formo parte de Verano. —Hizo como que lloriqueaba, más bien con desprecio—. Mediodía.

Y eso tenía más sentido. Los conjuros de mi guardapolvo duraban meses y creía que había descubierto cómo hacer que duraran más de un año la próxima vez que los lanzara. Los dones de Lea implicaban el mismo tipo de resultado en cuanto a poder, creados al parecer sin esfuerzo... pero no durarían como las cosas que yo creaba. Mi imagen de mí mismo se recuperó un poco.

—Lea —pregunté—, ¿has traído mi bolsa?

Glenmael abrió el maletero y me la trajo. Las Espadas estaban en sus vainas, que todavía estaban sujetas al lateral de la bolsa. La cogí e hice un gesto con la cabeza:

—Gracias.

Él se inclinó, sonriendo. Tuve la tentación de darle una propina, solo para ver lo que pasaría, pero luego recordé que tenía la cartera en los pantalones azules y que ahora, supuestamente, era parte del nuevo modelito. Quizás reaparecería mañana a mediodía... asumiendo que yo estuviera vivo como para necesitarla, claro.

—Esperaré aquí —dijo Lea—. Cuando estéis listos para viajar por el primer Camino, Glenmael nos llevará allí.

—De acuerdo —dije—. Vamos, princesa.

—Por supuesto, sir Caballero —dijo Susan, con los ojos brillantes, y entramos en la iglesia.



Sanya estaba custodiando la puerta. Nos la abrió y nos la sujetó, y estudió a Susan con una sonrisa de aprecio.

—Hay días —dijo— en los que me encanta este trabajo.

—Vamos —dije, dejándolo atrás al caminar—. No tenemos mucho tiempo.

Sanya chocó los tacones literalmente, tomó la mano de Susan y el muy estúpido la besó con galantería.

—Estáis más allá del encanto, señora.

—Gracias —dijo Susan, sonriendo—, pero no tenemos mucho tiempo.

Puse los ojos en blanco y seguí caminando.

Estaban conversando en voz baja en la salita. Me detuve al cruzar la puerta. Me quedé ahí parado un segundo y miré a mi alrededor, a todos los que iban a ayudarme a recuperar a mi hija.

Molly estaba vestida con su traje de batalla, que consistía en una camiseta con tiras de metal entretejidas fuertemente, la cual hizo su madre con alambre de titanio. La cota estaba emparedada entre dos chalecos kevlar largos. Todo ello estaba, a su vez, fijado a uno de los varios ornamentos exteriores, y en este caso llevaba una chaqueta de bombero de color café con leche. Tenía el pelo recogido en una trenza en la nuca, que volvía a ser su natural color miel, y en la mesa, cerca de ella, había un casco de hockey. Tenía media docena de focos pequeños que le había enseñado a hacer, ninguno de los cuales estaba precisamente pensado para una pelea. Tenía el rostro un tanto pálido y sus ojos azules estaban serios.

Ratón estaba sentado junto a ella, enorme e impasible, y se puso en pie y vino trotando para darme una apagada bienvenida en cuanto entré. Me arrodillé y le rasqué las orejas un rato. Movié la cola, pero no hizo nada más, y sus serios ojos marrones me dijeron que sabía que la situación era grave.

A continuación vi a Martin, vestido con unos simples pantalones de camuflaje, una camiseta negra de manga larga y un chaleco antibalas de militar, todo lo cual podía haber sido adquirido en cualquier *outlet* militar o en una tienda de armas. Estaba limpiando e inspeccionando dos sets de armas: rifles de asalto, escopetas y pistolas pesadas. Llevaba un machete en una hebilla del cinturón. Otra arma como

aquella se encontraba en una vaina de nailon sobre la mesa, junto a un juego para afilar cuchillos. No levantó la mirada hacia mí ni dejó de reensamblar la pistola que había terminado de limpiar.

Un pequeño juego de ajedrez se había dispuesto en el lado opuesto de la mesa de café en el que se encontraba Molly, junto al equipo de Martin. Mi hermano estaba sentado ahí, con Martin (y Ratón, una vez terminó de saludarme) entre este y la niña. Llevaba unos pantalones de seda que parecían caros y un chaleco de cuero, ambos blancos. Un cinturón para pistolas de gran calibre y una espada con la hoja curvada, una antigua falcata española, colgaban de una esquina del sofá, colocadas como por casualidad. Estaba recostado perezosamente en el sofá, con los ojos casi cerrados, observando los movimientos de su oponente.

Murphy estaba engalanada con un equipo táctico negro más parecido al de Martin, pero más desgastado y a medida. Normalmente no hacen equipo para la gente con el tamaño de Murph, así que no podía comprarlo con mucha frecuencia. Tenía su propio chaleco kevlar y una cota, que Charity le había hecho las navidades pasadas como agradecimiento por las ocasiones en las que se había jugado el cuello por ellos, pero Murph había acoplado la armadura compuesta a su chaleco antibalas y listo. Llevaba su automática en la cadera y su subfusil rectangular y de apariencia extraña, el que siempre me recordaba a una caja de bombones, estaba apoyado contra una pared cercana. Murph estaba inclinada sobre el tablero de ajedrez, con la nariz arrugada mientras pensaba, y movió uno de sus alfiles hacia un montón de piezas enemigas antes de girarse hacia mí.

Me miró y se echó a reír.

Eso fue suficiente para que lo hicieran todos los que se encontraban en la sala, salvo Martin, que nunca parecía darse cuenta de dónde estaba el resto de gente. Las risillas de Molly desencadenaron las de Thomas e incluso Ratón abrió las mandíbulas en una sonrisa perruna.

—Ja, ja, ja —dije, entrando en la habitación, para que Susan y Sanya pudieran unirse a nosotros. Nadie se rio del modelito de Susan. Sentí que la injusticia de aquello era en cierto modo el emblema de la injusticia en mi vida, pero no tuve tiempo para atrapar ese pensamiento y alimentarlo con retórica hasta que se me encendiera la bombilla.

—Bueno —dijo Murphy, cuando se apagaron las risas—. Me alegro de que hayáis llegado bien. Después habéis ido de compras, ¿no?

—No creas —dije—. Vale, escuchad, gente. Hay poco tiempo. ¿Qué más hemos conseguido averiguar sobre el lugar?

Murphy le dijo a Thomas:

—Mate en seis —cogió una carpeta de debajo de la silla y me la pasó.

—Ya quisieras —dijo Thomas arrastrando las palabras con pereza.

Lo miré y abrí la carpeta. Había varias páginas dentro, fotos aéreas y por satélite de las ruinas a color.



—¡Por amor de Dios! —dije—. ¿Cómo las habéis conseguido?

—Internet —dijo Murphy tranquilamente—. Tenemos una idea de dónde van a situarse y de las medidas de seguridad que van a necesitar tomar, pero antes de hablar de cómo nos vamos a acercar, necesitamos saber por dónde vamos a llegar.

Coloqué un pulgar sobre la gema de mi madre y consulté el conocimiento almacenado en ella. Luego pasé los mapas hasta que encontré uno de la escala adecuada, cogí un boli de la mesa y dibujé una X en el mapa.

—Aquí. Está a unos ocho kilómetros al norte de la pirámide.

Thomas silbó en voz baja.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿No puedes recorrer ocho kilómetros?

—Ocho kilómetros por la calle, claro —dijo Thomas—. Ocho kilómetros de jungla es un tanto diferente, Dresden.

—Tiene razón —dijo Martin—. Y por la noche, además.

Thomas extendió las manos.

—He recorrido un poco de jungla —dijo Sanya, acercándose a estudiar el mapa—. ¿Cómo es la vegetación ahí?

—Más densa que la del bajo Amazonas, no tan mala como la de Camboya —dijo Martin con tranquilidad.

Sanya gruñó. Thomas arrugó la nariz con asco. Yo intenté fingir que Martin me había dado información tangible y me pregunté distraídamente si Thomas y Sanya estarían haciendo lo mismo que yo.

—¿Cuánto tiempo, Martin? —le pregunté.

—Dos horas, como mínimo. Podría ser más, depende.

Gruñí. Luego dije:

—Veremos si Lea puede hacer algo para ayudarnos.

La habitación se quedó en silencio.

—Eeh —dijo Murphy—. ¿La psicópata de tu hada madrina? ¿Esa Lea?

—Harry, me dijiste que era peligrosa —dijo Molly.

—Y yo todavía tengo la cicatriz que lo demuestra —añadió Thomas.

—Sí —dije en voz baja—. Es poderosa y por cualquier estándar razonable está loca y actualmente está señalando hacia nuestro enemigo. Así que vamos a usarla.

—La estamos usando, ¿verdad? —preguntó Sanya, riéndose.

—Nos ha contado lo que dijo Tut sobre Mab, Harry —dijo Molly en voz baja.

Hubo un denso silencio.

—Hiciste un trato —dijo Murphy.

—Sí, lo hice. Por Maggie, lo hice. —Recorrí la estancia con la mirada—. Soy yo hasta que todo esto termine. Eso era parte del trato. Pero si hay alguien aquí que quiere dejarnos tirados a Susan y a mí, que lo haga ahora. Si no, sentíos libres para mantener la boca cerrada sobre el tema. Mi hija no tiene tiempo para que nos pongamos a debatir sobre la ética de una elección que en cualquier caso no es vuestro puto problema.

Recorrí la habitación con la mirada y Sanya dijo:

—Yo voy. ¿Quién más viene con nosotros?

Ratón estornudó.

—Eso me imaginaba —le dije.

Movió la cola.

—Yo, obviamente —dijo Martin.

Murphy asintió. Molly también lo hizo. Luego Thomas puso los ojos en blanco.

—Bien —dije—. Lea probablemente tenga algo para acelerar el viaje.

—Más le vale —dijo Thomas—. Hay poco tiempo.

—Llegaremos allí a tiempo —dijo Sanya con confianza.

Asentí. Luego dije:

—Y tengo un favor que pedir a dos de vosotros.

Puse la bolsa en el suelo y saqué a Fidelacchius de donde estaba atada. La antigua Espada de estilo *katana* tenía una empuñadura de madera suave que encajaba perfectamente con la madera de su funda, para que el arma pareciera inocua cuando estaba envainada, como si fuera un bastón ligeramente curvado y robusto de buen tamaño para llevarlo al andar. La hoja era muy afilada. Una vez había pasado una pajita de plástico por ella como experimento. La velocidad de caída había sido lo único que había necesitado aquella exquisita arma para partir la pajita casi por la mitad.

—Karrin —dije, y le tendí la Espada.

Las cejas de Sanya se levantaron hasta el techo.

—Me... me has ofrecido esa Espada antes, Harry —dijo en voz baja—. Nada ha cambiado desde entonces.

—No te estoy pidiendo que aceptes el manto de un Caballero —dije en el mismo tono—. Quiero que te encargues de ella esta noche, para este objetivo. Esta espada fue creada para luchar contra la oscuridad, y va a haber mucha. Tómala. Solo hasta que mi hija esté a salvo.

Murphy frunció el ceño. Miró a Sanya y dijo:

—¿Puede hacer eso?

—¿Puedes? —preguntó Sanya, mirándome a mí.

—Fui encomendado como el guardián de las Espadas —dije con calma—. ¿Qué se supone que tengo que hacer exactamente si no es elegir al portador de la Espada con lo mejor de mi capacidad?

Sanya lo consideró un momento, luego se encogió de hombros.

—Me parece implícito. Te dieron el poder de elección cuando te encomendaron las Espadas. Una de esas cosas que parecen decirte algo sin decirte nada en realidad que suene remotamente relacionado.

Asentí con la cabeza.

—Murph. Usada por las razones correctas, con buena fe, la Espada no es peligrosa. Eres la única que puede saber si lo estás haciendo por las razones correctas.

Pero te lo estoy rogando. Tómala. Ayúdame a salvar a mi hija, Karrin. Por favor.

Murphy suspiró.

—No estás jugando limpio, Harry.

—Ni por un segundo —dije—. No por algo como esto.

Murphy se quedó callada un momento. Luego se puso en pie y caminó hacia mí. Tomó la Espada de mi mano. Había una vieja tira de tela sujeta a la vaina para que el arma se pudiera llevar sobre un hombro o en diagonal a la espalda. Murphy se colocó el arma y dijo:

—La portaré. Si me parece justo, la usaré.

—Es lo único que te puedo pedir —dije.

Luego cogí a Amoracchius, una espada larga europea con un pomo estilo cruzadas y una empuñadura sencilla, como si estuviera envuelta en hilo de metal.

Y me giré hacia Susan.

Me miró fijamente y luego sacudió la cabeza despacio.

—La última vez que toqué una de esas cosas —dijo— me quemó tanto que pude sentirlo durante tres meses.

—Eso fue entonces —dije—. Esto es ahora. Haces lo que haces porque amas a tu hija. Si sigues centrada en ello, esta espada nunca te hará daño. —Giré la empuñadura hacia ella—. Pon tu mano en ella.

Susan lo hizo lentamente, casi como si lo hiciera contra su voluntad. Dudó en el último momento. Luego sus dedos se acercaron a la empuñadura de la espada.

Y eso fue todo. No pasó nada.

—Jura no dañar a inocentes —dije despacio—. Jura usarla de buena fe, para devolver a tu hija a casa. Jura que salvaguardarás la Espada y que la devolverás fielmente cuando acabe esa tarea. Y no veo ninguna razón por la que no deberías ser capaz de esgrimirla.

Me miró a los ojos y asintió.

—Lo juro.

Asentí con la cabeza como respuesta y aparté las manos del arma. Susan la tomó ligeramente por la empuñadura. Su filo brilló y su acero estaba tan pulido y liso y brillante como un espejo. Y cuando la movió para ponérsela en el cinturón, la Espada encajó como si estuviera hecha para ella.

Probablemente mi madrina fuera a estar muy ufana por ello.

—Espero que el Todopoderoso no se sienta despreciado si también llevo un arma más, eh, innovadora —dijo Susan. Fue hasta la mesa, metió uno de los revólveres de Martin en la pistolera y después de un rato cogió el rifle de asalto.

Sanya dio un paso al frente también y cogió la escopeta con culata plegable.

—Si existe, nunca me ha puesto ningún inconveniente al respecto —dijo alegremente—. *Da*. Esto ya está marchando bien.

Thomas soltó una carcajada.

—Somos siete contra el Rey Rojo y sus trece nobles más poderosos, ¿y marcha bien?

Ratón estornudó.

—Ocho —se corrigió Thomas. Puso los ojos en blanco y dijo—: Y el hada mortal psicópata hacen nueve.

—Es como en la peli —dijo Sanya, asintiendo con la cabeza—: Me pido Legolas.

—¿Estás de broma? —dijo Thomas—. Obviamente yo soy Legolas. Tú eres... —Miró pensativo a Sanya y luego a Martin—. Bueno. Él es Boromir y claramente tú eres Aragorn.

—Martin es tan hosco que se parece más a Gimli. —Sanya señaló a Susan—. Su espada se parece más a la de Aragorn.

—Ya quisiera Aragorn tener tan buen aspecto —lo contradijo Thomas.

—¿Y Karrin? —preguntó Sanya.

—¿Qué? ¿Gimli? —reflexionó Thomas—. Es bastante...

—Termina esa frase, Raith, y nos vemos en la calle —dijo Murphy con un tono de voz calmado e igualado.

—Dura —dijo Thomas, con expresión de agravio—. Iba a decir «dura».

Martin se puso en pie durante la discusión. Se acercó a mí y estudió el mapa que había marcado. Luego asintió con la cabeza. Mientras se desarrollaba la discusión —con el patrocinio de Molly, Ratón estaba haciendo campaña para ser Gimli basándose en que era el más bajo, el más robusto y el más peludo—, Martin explicó lo que sabía sobre las medidas de seguridad que había alrededor de las ruinas.

—Por eso vamos a ir por aquí —dijo, señalando al punto más oriental de las ruinas, donde había filas y filas y filas de grandes columnas. Antaño habían sujetado alguna especie de tejado sobre un complejo anexo del gran templo—. Ahora bien —continuó Martin—, la jungla se ha tragado la zona más oriental. Solo usan antorchas como iluminación, así que debería ser posible moverse por las galerías. Habrá bastantes sombras por las que moverse.

—Lo cual significa que habrá guardias allí —dije.

—Cierto. Tendremos que silenciarlos. Puede hacerse. Si podemos movernos completamente por las galerías, estaremos a unos sesenta metros de la base del templo. Ahí es donde creemos que van a llevar a cabo el ritual. En el templo.

—Se construyeron muchos templos en las confluencias de líneas ley —dije, asintiendo con la cabeza. Estudié el mapa—. Pueden pasar muchas cosas en 60 metros —dije—. Incluso moviéndose rápido.

Martin asintió.

—Sí, pueden. Y si tus diversas fuentes de conocimiento están en lo cierto, hay más de mil individuos cerca.

—¿Mil vampiros? —pregunté.

Martin se encogió de hombros.

—Muchos. Muchos serán sus guardias personales. Otros, los... sirvientes de los rangos más altos, supongo que los llamarías así. Son como Susan y yo. También pueden ser soldados de a pie mortales que estén ahí para mantener los sacrificios bajo control.

—¿Sacrificios, en plural?

Martin asintió.

—Las antiguas ceremonias de la Corte Roja pueden durar días, con sacrificios que se realizan cada pocos minutos. Podría haber otros cien o doscientos elegidos para morir antes del ritual.

No me estremecí, pero solo por pura fuerza de voluntad.

—Sí. Preparando la bomba —asentí—. Probablemente lo estén haciendo ahora mismo.

—Sí —dijo Martin.

—Lo que necesitamos —dije.

—Una distracción —dijo Martin.

Asentí.

—Hacer que todo el mundo mire en una dirección. Luego Susan, Lea y yo entramos en el templo, cogemos a la niña. Luego todos corremos hasta el santuario del padre Forthill en suelo sagrado.

—Nos atraparán mucho antes de que podamos cubrir esa distancia.

—¿Nunca has intentado cazar a un hada en el bosque por la noche? —pregunté irónicamente—. Confía en mí. Si podemos alejarnos, podemos cubrir unos cuantos kilómetros.

—¿Por qué no retirarse directamente al mundo espiritual? —preguntó Martin.

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar. Las criaturas tan antiguas y poderosas como estas se conocen todos los trucos que hay ahí y estarán familiarizadas con el terreno del otro lado que está cerca de sus lugares fuertes. No lucharé con ellos en ese terreno a menos que no haya otra elección. Nos dirigimos a la iglesia. —Señalé la localización de la iglesia, un pequeño pueblo a solo unos cuatro kilómetros de Chichén Itzá.

Martin sonrió débilmente.

—¿De verdad crees que una capilla parroquial soportará el poder del Rey Rojo?

—Tengo que creerlo, Martin —dije—. Además, pienso que una capilla parroquial con esas tres Espadas defendiéndola, junto con dos miembros del Consejo Blanco y la hechicera más antigua de los sidhe de Invierno, será un hueso duro de roer. Y lo único que tenemos que hacer es aguantar hasta el amanecer. Luego volvemos a la jungla y nos vamos.

Martin lo sopesó por un momento y dijo:

—Podría funcionar.

—Sí. Podría —dije—. Necesitamos movernos. Nuestro carruaje está fuera esperándonos.

—De acuerdo.

Martin miró a Susan y asintió con la cabeza. Luego se puso los dedos entre los labios y soltó un silbido perforante. La afable discusión se detuvo y dijo:

—El coche está fuera.

—Vamos, gente —dije despacio—. Es el coche verde grande.

Todo el mundo se puso serio bastante rápido y empezó a reunir sus diversas formas de equipamiento.

Susan salió primero, para asegurarse de que no había ningún problema con Lea, y todo el mundo la siguió, Sanya el último.

—Sanya —dije—, ¿quién me ha tocado en el reparto?

—Sam —dijo Sanya.

Lo miré parpadeando.

—No... Oh, por llorar en alto, era perfectamente obvio quién debería ser.

Sanya se encogió de hombros.

—No era un concurso. Le dieron Gandalf a tu madrina. Tú te quedas con Sam. —Empezó a salir y se detuvo—. Harry. Tú también te has leído los libros, ¿no?

—Por supuesto —dije.

—Entonces sabes que Sam era el verdadero héroe del relato —dijo Sanya—. Que se enfrentó a enemigos mucho más grandes y mucho más terribles a los que nunca tendría que haberse enfrentado, y lo hizo con coraje. Que fue solo a una tierra negra y terrible, atacó una fortaleza oscura y resistió las tentaciones más terribles de su mundo por el bien de un amigo al que amaba. Al final, fueron sus acciones y solo sus acciones las que hicieron posible que la luz derrotara a la oscuridad.

Pensé en ello durante un segundo. Luego dije:

—Oh.

Me dio una palmada en el hombro y salió.

No mencionó la otra parte del libro. Que siguiendo a los héroes cuando partieron estaba el décimo miembro de su grupo. Una criatura rota que pasó por los mismos peligros y pruebas, que había hecho una única mala elección y había tomado un poder que no entendía... y que se había convertido en una pesadilla viviente, demente y miserable por ello. Al final, había sido igual de necesario para la caída de la oscuridad.

Pero estoy segurísimo de que no disfrutó de su papel.

Sacudí la cabeza y me reñí mucho a mí mismo. Estaba perdiendo el tiempo mientras hablaba sobre un maldito libro. Sobre un mundo de blancos y negros con muy poco gris, donde podías diferenciar a los tipos buenos de los tipos malos con unos dos segundos de esfuerzo.

Y ahora mismo no me importaba un rábano el bien y el mal. Solo quería que una niña estuviera a salvo en casa.

No me importaba cuál de ellos era yo. Siempre y cuando Maggie volviera a casa.

Cogí mi bolsa, dejé Santa María detrás de mí y caminé hacia la limusina de mi malvada hada madrina, colocándome la suave capucha de mi capa oscura sobre la cabeza.

Si iba camino del Infierno, al menos iría con estilo.



Había espacio para todos en la parte trasera de la limusina y estaba bastante seguro de que no había estado allí la primera vez que me monté en ella. Pero tenía varios centímetros extra de asientos junto a las paredes y todo el mundo estaba sentado ahí un poco apretujado mientras Glenmael se apresuraba para asaltar las calles de Chicago.

—Aún creo que deberíamos intentar un asalto frontal —argumento Sanya.

—Estúpidamente suicida —dijo Martin, con desprecio en la voz.

—¡Táctica sorpresa! —contraargumentó Sanya—. No se lo esperarán después de cientos de años en los que no les han desafiado. Harry, ¿tú qué piensas?

—Uh —dije.

Y entonces la voz de Ebenezar dijo, bastante clara y de ninguna fuente aparente:

—¡Malditos sean tus tercos ojos, chico! ¿Dónde has estado?

Me quedé rígido de la sorpresa por un segundo. Recorrí el interior de la limusina con la mirada, pero nadie había reaccionado, salvo mi madrina. Lea suspiró y puso los ojos en blanco.

Cierto. Las piedras parlantes. Había guardado la mía en la bolsa, pero dado que ahora estaba encima de mí, estaba lo suficientemente cerca para funcionar debido al calor de mi cuerpo. Era posible enviar mensajes concisos por las piedras sin establecer una conexión clara al principio, como mi mentor y yo habíamos hecho al principio de este lío.

—¡Maldición y fuego del infierno, Hoss! —gruñó la voz de Ebenezar—. ¡Respóndeme!

Pasé la mirada de Sanya a mi madrina.

—Eh. Tengo que responder a esta llamada.

Sanya me miró parpadeando. Thomas y Murphy intercambiaron una mirada.

—Oh, basta —dije con ira—. Es magia, ¿vale?

Cerré los ojos y rebusqué en la bolsa hasta que encontré la piedra. En realidad no tenía necesidad de aparecer en mi estrafalario disfraz para esta conversación, así que pensé en mi propio cuerpo físico por un momento, concentrándome en una imagen de mis miembros y mi carne y mi ropa habitual que se formaba en mi mente.



—Ayúdame, chico, si no...

Ebenazar apareció en mi mente, llevaba su ropa habitual. Se calló de repente al verme y su rostro se quedó pálido.

—¿Hoss? ¿Estás bien?

—En realidad no —dije—. Estoy en medio de algo. ¿Qué quieres?

—Tu ausencia en el cónclave no ha sentado bien —respondió, con voz aguda—. Hay gente en el Concilio Gris que cree que no eres de fiar. Recelan mucho, muchísimo de ti. Al faltar a la reunión, les dijiste que o no respetas nuestro trabajo lo suficiente como para molestarte en aparecer, o que no tienes ni la sabiduría ni la fortaleza necesarias para comprometerte con la causa.

—Nunca le vi el atractivo a la presión de grupo —dije—. Señor, estoy buscando a una niña. Iré a jugar a la política del Consejo después de que la deje a salvo en casa, si quieres.

—Te necesitamos aquí.

—La niña me necesita más. No es tan noble como intentar salvar a todo el Consejo Blanco de su propia estupidez, lo sé, pero por Dios que pondré a salvo a esa niña.

La calva pálida de Ebenazar enrojeció.

—A pesar de mis órdenes de que hicieras lo contrario.

—No somos un ejército. No eres mi oficial superior. Señor.

—Niñato arrogante —me espetó—. Saca la cabeza del culo, abre los ojos y mira el mundo que te rodea, o harás que te maten.

—Con todo el respeto, señor, puedes irte al infierno —rugí—. ¿Crees que no sé lo peligroso que es el mundo? ¿Yo?

—Creo que estás haciendo todo lo que está en tu mano para aislarte de la única gente que puede apoyarte —dijo—. Te sientes culpable por algo. Lo entiendo, Hoss. Crees que no mereces compañía por lo que has hecho. —Su ceño se oscureció un poco más—. En mi época, hice cosas que te pondrían los pelos de punta. Supéralo. Piensa.

—Después de que saque a la niña.

—¿Al menos sabes dónde está? —preguntó Ebenazar.

—Chichén Itzá —dije—. Está programado que sea la pieza central de una de las juergas del Rey Rojo durante las próximas horas.

Ebenazar respiró profundamente, como si le hubiera dado en el estómago con el extremo de una pica.

—Chichén Itzá... Eso es una confluencia. Una de las más grandes del mundo. Los Rojos no la han usado en... No desde que estaba Cortés.

—Confluencia, sí —dije—. La duquesa Arianna va a matarla y a usar el poder para lanzar una maldición sobre su línea de sangre... Susan y yo.

Ebenazar empezó a hablar y luego parpadeó varias veces, como si el sol acabara de salir de una nube y le diera directamente en los ojos.

—Susan y... —Se detuvo y preguntó—: ¿Hoss?

—Quería decírtelo la última vez que hablamos —dije en voz baja—. Pero... la conversación no fue exactamente... —Respiré profundamente—. Es mi hija, por parte de Susan Rodriguez.

—Oh —dijo muy bajo. Su rostro parecía gris—. Oh, Hoss.

—Se llama Maggie. Tiene ocho años. Se la llevaron hace un par de días.

Bajó la cabeza y la sacudió varias veces, sin decir nada. Luego dijo:

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De... Desde cuándo lo sabes?

—Un día, más o menos, después de que se la llevaran —dije—. Me sorprendió un huevo.

Ebenezar asintió con la cabeza sin levantar la mirada. Luego dijo:

—Eres su padre y te necesita. Y quieres estar ahí para ella.

—No es que quiera estar ahí —dije despacio—. Voy a estar ahí.

—Ajá, ajá —dijo—. No vuelvas a la instalación de Edimburgo. Creemos que Arianna la envenenó con alguna especie de enfermedad mientras estuvo ahí. Hasta ahora hay dieciséis magos afectados, y esperamos más. Todavía no hay muertes, pero sea lo que sea ese virus, los está tumbando... incluyendo a Indio Joe, así que nuestro mejor sanador es incapaz de solucionar el problema.

—Campanas infernales —dije—. No solo están empezando la guerra de nuevo. Van a intentar decapitar al Consejo de un golpe.

Ebenezar gruñó.

—Ajá. Y sin el Camino nexo de Edimburgo, vamos a tardar una burrada de tiempo en contraatacar. —Suspiró—. Hoss, tienes un talento endemoniadamente grande. No refinado en realidad, pero has madurado mucho en los últimos años. Te manejas mejor en una lucha que la mayoría de los que tienen un par de siglos a sus espaldas. Desearía que estuvieras con nosotros.

No estaba seguro de cómo sentirme hacia eso. Ebenezar normalmente era considerado un campeón peso pesado del mundo de los magos cuando se trataba de una trifulca directa, cara a cara. Y yo era una de las relativamente pocas personas que sabía que también era el Cayado Negro: el sicario del Consejo Blanco que oficialmente no existía, autorizado para ignorar las Leyes de la Magia cuando considerase necesario. El viejo había luchado contra casi todo lo que había empezado una pelea en un momento u otro y no tenía por costumbre hacer cumplidos sobre las habilidades de otro.

—No puedo ir contigo —dije.

—Ajá —dijo con un asentimiento de cabeza firme—. Haz lo que tengas que hacer, muchacho. Haz lo que tengas que hacer para mantener a tu niña a salvo. ¿Me oyes?

—Sí —dije—. Gracias, señor.

—Buena suerte, hijo —dijo Ebenezar. Luego cortó la conexión.

Liberé mi concentración lentamente hasta que volví a estar en mi cuerpo, de regreso en la limusina.

—¿Quién era? —preguntó Molly. El resto dejaron que llevara el mando. Debía de haberles explicado todo el concepto de la piedra parlante. Lo que me hacía parecer menos loco, pero me sentí inquieto sobre que repartiera información como esa a todo el coche. No era un gran secreto mortífero ni nada, pero era el principio de la cosa lo que...

Me froté la cara con una mano. Dios mío. Me estaba convirtiendo en mis mentores. Lo siguiente sería quejarme sobre esos dichosos niños y su música alta.

—Ah, el Consejo —dije—. Una gran conmoción, no nos ayudan.

Murphy parecía que estuviera dormida, pero resopló.

—Entonces estamos solos.

—Sí.

—Bien. Así es más familiar.

Lea soltó una carcajada alegre.

Murphy abrió los ojos y le lanzó a Lea una mirada decididamente heladora.

—¿Qué?

—Crees que es como lo que has hecho antes —dijo mi madrina—. Qué mona.

Murphy la miró fijamente un momento y luego me miró a mí.

—¿Harry?

Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en la ventana, para que la capucha me cayera sobre los ojos. Murphy era demasiado buena pillándome cuando mentía.

—No lo sé —dije—. Supongo que ya lo veremos.

Glenmael tardó menos de veinte minutos en llegar a Aurora. Salimos a un parque, un lugar público bastante pequeño. Estaba vacío a aquellas horas de la noche y las luces estaban apagadas.

—Al montículo del lanzador, gente —dije, saliendo rápidamente y liderando el paso.

Caminaba con zancadas muy rápidas, delante de todos. Murphy me alcanzó, trotando despacio.

—Harry —dijo, en voz baja—. ¿Tu madrina?

—¿Sí?

—¿Podemos confiar en ella?

Fruncí el ceño. Ella no podía ver la expresión, con la capucha y todo eso.

—¿Confías en mí?

—¿Por qué te crees que te lo pregunto?

Pensé en ello un momento y luego bajé el ritmo, para que todo el mundo estuviera más cerca. Eso incluía a mi madrina.

—Vale, gente. Vamos a aclarar una cosa sobre la escalofriante dama sidhe. Sigue órdenes de ir conmigo y ayudarme. Lo hará. Tiene un interés particular en asegurarse

de que yo salga de esta bien, y si no lo hace, tendrá problemas con la reina. Mientras todos ayudéis en la misión, a que yo entre y salga de una pieza, os apoyará. En el segundo en que piense que sois una carga o contraproducentes para su misión, dejará que os pasen cosas malas. Quizás incluso las haga ella misma. —Miré a Lea—. ¿Es correcto?

—Es correcto, exactamente así —dijo, sonriendo.

Susan arqueó una ceja y pasó la mirada de mí a mi madrina.

—No te da ninguna vergüenza reconocerlo, ¿verdad?

—La vergüenza, niña, es para aquellos que no consiguen vivir a la altura del ideal que creen que deberían ser. —Sacudió una mano—. Fue vergüenza lo que me condujo a mi reina, a suplicar su ayuda. —Sus largos y delicados dedos se movieron distraídamente hacia los mechones blancos de sus bucles antaño immaculados—. Pero me enseñó el camino para volver a ser yo misma, a través del exquisito dolor, y ahora estoy aquí para proteger a mi querido ahijado... y al resto de vosotros, siempre y cuando sea bastante conveniente.

—Espeluznante dama sidhe mortífera —dijo Molly—. Ahora ascendida a espeluznante y tarada dama sidhe mortífera.

La Leanansidhe descubrió sus dientes caninos en una sonrisa de zorro.

—Bendita seas, niña. Tienes tanto potencial. Deberíamos hablar cuando todo esto termine.

Fulminé abiertamente con la mirada a Lea, que parecía impenitente.

—Vale, gente. El plan es estar junto a mí allí donde el fuego esté más caliente. Y si alguno se distancia o cae, vuelvo a por él. —Seguí mirando a mi madrina—. Todos los que entren conmigo salen, muertos o vivos. Os voy a llevar a casa.

Lea se detuvo a unos pasos y me miró levantando una ceja. Luego entrecerró los ojos.

—Si todos pueden salir por su propio pie —dije—, creo que será más «bastante conveniente» que si no pueden. ¿Verdad, madrina?

Puso los ojos en blanco y dijo:

—Niño imposible. —Pero había un atisbo de sonrisa en su boca. Incliné la cabeza hacia mí ligeramente, como un esgrimista reconociendo un toque, y respondí con otra inclinación.

Luego me imaginé que era mejor no amenazar su ego más de lo que ya lo había hecho.

—Tened cuidado cuando habléis con ella —les dije al resto—. No le hagáis ninguna oferta. No aceptéis ninguna, ni siquiera de pasada, ni siquiera cosas que parezcan inofensivas o que solo se podrían interpretar con un contexto. Las palabras son vinculantes con las sidhe y esta es una de las criaturas más peligrosas de toda la Tierra de las Hadas. —Incliné la cabeza hacia ella—. Por suerte para nosotros. Antes de que termine la noche, estaremos contentos de que esté con nosotros.

—Oh —ronroneó la Leanansidhe, pero solo era una forma de pavonearse literalmente—. Una nimiedad obvia, pero... cómo ha crecido el niño.

—*Da* —dijo Sanya alegremente—. Yo me alegro de que esté aquí. Por primera vez he montado en una limusina. Ya es una buena noche. Y si la espeluznante y tarada dama sidhe puede ayudar a servir a una buena causa, nosotros los que portamos las Espadas —se detuvo para sonreír un segundo—, los tres —se detuvo otro segundo, aún sonriendo—, le daremos la bienvenida a su ayuda.

—Cuánto encanto, oh Caballero de la Espada —respondió Lea, sonriendo aún más encantadora que Sanya—. Todos hemos sido tan complacidos esta noche. Por favor, estad seguros de que si alguna de las Espadas se cae o se pierde de algún modo, haré todo lo que esté en mi poder por recuperarla.

—Sanya —dije—. Por favor, cállate.

Soltó una risa estruendosa, se colocó la tira de la pistola mejor en el hombro y no dijo nada más.

Comprobé los recuerdos de mi madre y asentí con la cabeza mientras llegaba al montículo del tirador.

—Vale, gente. Este es el primer tramo. Debería ser un paseo sencillo por un sendero junto a un río. No os asustéis cuando os deis cuenta de que el agua fluye río arriba. —Miré el aire que había sobre el montículo del tirador y empecé a reunir mi voluntad.

—Vale —dije, principalmente a mí mismo—. Yyyyyy allá vamos. *Aparturum*.



El primer tramo del camino fue sencillo, un camino hacia abajo por un sendero del bosque junto a un río cuya corriente fluía en sentido contrario hasta que alcanzáramos un menhir: es decir, una piedra grande y vertical puesta de pie, para aquellos que no tengan una necesidad imperiosa de averiguar qué es un menhir. Encontré dónde se había inscrito un pentágulo en la piedra, una estrella de cinco puntas dentro de un círculo como el que llevaba alrededor del cuello. Lo habían hecho con un cincel pequeño de algún tipo y estaba un poco torcido. Mi madre lo había puesto ahí para marcar el lado de la roca en el que había que abrir el Camino.

Lo recorrí con los dedos un momento. Al igual que mi colgante o la gema que ahora lo adornaba, era una prueba tangible de su presencia. Había sido real, aunque yo no tuviera recuerdos personales de ella, y esa marquita inocua era otra prueba de ello.

—Mi madre hizo esta marca —dije en voz baja.

No me giré para mirar a Thomas, pero lo único que pude sentir fue la repentina intensidad de su interés.

Él tenía unos cuantos recuerdos más que yo, pero no muchos. Y era posible que también me hubiera superado en el área de problemas de la figura paterna.

Abrí otro Camino, lo cruzamos y nos encontramos en un barranco seco con una pared de piedra, junto a un profundo canal en la roca que una vez pudo contener un río; ahora estaba lleno de tierra. Estaba oscuro y hacía frío, y el cielo estaba lleno de estrellas.

—Vale —dije—. Ahora caminamos.

Convoqué una luz y encabecé la marcha. Martín escaneaba los cielos que había sobre nosotros.

—Eh, las constelaciones... ¿Dónde estamos?

Trepé por una cuestecilla difícil que era de piedra dura y arena suelta, y miré hacia una vasta expansión de blanco plateado bajo la luna. Grandes sombras se alzaban amenazadoras desde la arena, sus bordes casi estaban dentados a la luz de la clara luna, líneas y ángulos rectos que contrastaban pronunciadamente con el océano de arena y la llanura que las rodeaba.

—Guiza —dije—. Puedes ver la Gran Esfinge desde este lado, pero no he dicho en ningún momento que fuera un guía turístico. Vamos.

Estaba a tres o cuatro kilómetros en línea recta desde la hondonada escondida hacia las pirámides, y había arena en todo el trayecto. Encabecé la marcha, con un paso descoordinado y con las rodillas flojas. No había que preocuparse por el calor: el amanecer ya estaba en camino y en una hora el lugar sería como una sartén gigante en un horno, pero para entonces nos habríamos ido. El amuleto de mi madre me condujo directamente hasta la base de la pirámide más pequeña y derruida y tuve que escalar tres pisos para alcanzar el siguiente punto de entrada al Camino. Me detuve para advertir al grupo de que estábamos a punto de ir a un lugar caliente y que tenían que protegerse los ojos. Luego abrí el Camino y lo cruzamos.

Salimos a una llanura junto a unas pirámides enormes, pero en lugar de estar hechas de piedra, estas estaban hechas de un cristal liso y perfecto. Un sol descomunal colgaba en el cielo directamente sobre nuestras cabezas y la luz brillaba hasta doler y rebotaba en el liso cristal para traspasar las pirámides y refractarse una y otra y otra vez.

—Manteneos fuera de esos rayos de sol —dije, moviendo una mano hacia los varios rayos de luz tan brillantes que hacían que pareciese que los láseres de la Estrella de la Muerte necesitaran ir al gimnasio—. Son lo suficientemente calientes como para fundir el metal.

Conduje al grupo hacia delante, rodeando la base de una de las pirámides, hacia un estrecho corredor de... Bueno, no era sombra, pero ahí no había tanta luz, hasta que alcanzamos el siguiente punto de entrada, donde en uno de los bordes perfectamente lisos de la pirámide faltaba un cacho del tamaño de un puño de un hombre grande. Luego me giré noventa grados a la derecha y empecé a caminar.

Conté quinientos pasos. Sentí que la luz —no el calor, solo la pura y abrumadora cantidad de luz— empezaba a broncear mi piel.

Luego llegamos a una aberración: una única masa de roca sobre la llanura cristalina. Había rasgos faciales feos y anchos en la roca, primitivos y simples.

—Aquí —dije, y mi voz resonó de una forma extraña, aunque aparentemente no había nada en lo que pudiera hacer eco.

Abrí otro Camino y pasamos de la llanura de luz al frío y denso aire de la montaña. Un viento helado nos empujó. Estábamos en un antiguo patio de piedra de algún tipo. Había paredes a nuestro alrededor, rotas en muchos lugares, y no había techo sobre nuestras cabezas.

Murphy miró el cielo, las estrellas apenas eran visibles entre la niebla, y sacudió la cabeza.

—¿Dónde estamos ahora?

—Machu Picchu —dije—. ¿Alguien ha traído agua?

—Yo —dijo Murphy, al mismo tiempo que Martin, Sanya, Molly y Thomas.

—Bueno —dijo Thomas, mientras yo me sentía estúpido—. Yo no la comparto.

Sanya resopló y me lanzó su cantimplora. Fulminé a Thomas con la mirada y bebí, luego volví a lanzársela. Martin le pasó a Susan su cantimplora, luego la cogió cuando ella hubo terminado. Empecé a andar arduamente. No había mucho de un lado a otro de Machu Picchu, pero el camino era cuesta arriba y eso significa muchísimo más en los Andes que en Chicago.

—Está bien —dije, deteniéndome junto a un gran montículo construido con muchas gradas ascendentes que, si lo mirabas entrecerrando los ojos lo suficiente, se parecía mucho a una pirámide de estilo zigurat. O quizás un pastel de boda absurdamente grande y complicado—. Cuando abra el siguiente Camino, estaremos bajo el agua. Tenemos que nadar tres metros, en la oscuridad. Luego abriré el siguiente Camino y estaremos en México. —Yo maldecía por partida doble el tiempo que habíamos perdido en el reino del Erlking—. ¿Alguien ha traído una cuerda de escalar?

Sanya, Murphy, Martin... Mira, ya te haces una idea. A mi alrededor había mucha gente que estaba más preparada que yo. No tenían regalos superguays de un hada madrina, pero tenían cerebro, y para mí fue un recuerdo soberano de lo que era más importante.

Hicimos una fila del primero al último del grupo (salvo mi madrina, que arrugó la nariz con desaire ante la noción de estar atada a un puñado de mortales), respiré hondo un par de veces y abrí el siguiente Camino.

Las notas de mamá sobre este punto no mencionaban que el agua estaba fría. Y no me refiero a fría como cuando tu compañero de piso gasta toda el agua caliente. Me refiero a fría como que de repente tuve que preguntarme si me iba a cruzar con una foca o un pingüino o un narval o algo.

El frío me golpeó como un mazazo y de repente lo único que podía hacer era evitar chillar de susto y desagrado... y, alguna parte de mi cerebro se asombró, yo era el puto Caballero del Invierno.

Aunque mis piernas gritaron el deseo de contraerse contra mi pecho y mi corazón, luché contra ellas y las hice patalear. Una brazada. Dos. Tres. Cuatro. Cin... Oh. Mi nariz golpeó una repisa de piedra. Encontré mi voluntad y exhalé, diciendo «*Aparturum*» a través de una nube de burbujas que subieron por mis mejillas y mis pestañas. Abrí el Camino un poco desesperado... y el agua corrió por él como si temiese escapar.

Me caí en la jungla de Yucatán en una marea de limo ectoplasmático y la cuerda a la que estábamos atados atrajo a todos los demás enseguida. El pobre Sanya, el último de la fila, fue tirado de los pies, arrastrado con fuerza por el agua helada como si lo hubieran tirado por el retrete de un jotun y luego cayó en medio de un bosque de limo. De Perú a México en tres segundos y medio.

Me tambaleé hasta el Camino para cerrarlo y detuve el flujo de ectoplasma para que dejara de salir, pero no antes de que la vegetación que se encontraba a tres metros en todas direcciones hubiera sido aplastada por el afluyente de limo y de que todas las



criaturas que se encontraban a catorce o quince metros empezara a montar la Marimorena ante la reacción de qué-demonios-ha-sido-eso del grupo. Murphy había sacado la pistola y Molly tenía una varita mágica en cada mano, las apretaba con los nudillos blancos.

Martin soltó un repentino rugido, como una tos, que sonó como si algo se le hubiera quedado atragantado en el pecho... y también era fuerte. Y la jungla que nos rodeaba se quedó en silencio de manera abrupta.

Yo parpadeé y miré a Martin. Igual que hicieron todos los demás.

—Jaguar —dijo con voz tranquila y baja—. Aquí se han extinguido, pero los animales no lo saben.

—Oooh —dijo mi madrina, con un toque de alegría infantil en la voz—. Me gusta.

Tardamos un minuto en que todo el mundo estuviera preparado. Ratón parecía una sombra esquelética de sí mismo con todo el pelazo pegado al cuerpo. Estornudaba sin control, al parecer se le había metido un montón de agua en la nariz durante el nado. Con cada estornudo le salía ectoplasma. Thomas tenía una guisa parecida, pues lo habían arrastrado tanto como a Sanya, pero consiguió parecer mucho más molesto que Ratón.

Me giré hacia Lea.

—Madrina. Espero que tengas algún modo de llevarnos hasta el templo algo más rápido.

—Por supuesto —ronroneó Lea, tranquila y majestuosa a pesar de que su pelo y su vestido de seda empapados de limo estaban pegados a su cuerpo—. Y también es algo que siempre he querido hacer. —Soltó una risa burlona, movió una mano y me empezó a doler la tripa como si todos los virus intestinales que había tenido alguna vez se hubieran reunido en un bar y hubieran decidido venir a mí todos al mismo tiempo.

Dolía.

Supe que me había caído y era vagamente consciente de que estaba tumbado de lado en el suelo. Estuve allí durante, no sé, quizás un minuto o así antes de que el dolor empezara a disiparse. Jadeé varias veces, sacudí la cabeza y lentamente me puse en pie sobre mis cuatro patas. Luego miré a Leanansidhe y dije:

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

O lo intenté decir. Porque lo que salió fue algo más bien como:

—Grrrrrrbrrrr auuff arrrr grrrrr.

Mi hada madrina me miró y empezó a reírse. Una risa genuina y contenta que le salía del estómago. Dio palmas con las manos y se puso a saltar, dando vueltas en un círculo y se rio aún más.

Me di cuenta entonces de lo que había pasado.

Nos había convertido, a todos menos a Ratón, en grandes perros de caza, delgados y de patas largas.

—¡Maravilloso! —dijo Lea, dando vueltas sobre un pie, riendo—. ¡Vamos, niños!

—Y corrió hacia la jungla, ligera y veloz como un ciervo.

Los perros nos quedamos parados un momento, mirándonos los unos a los otros.

Y Ratón dijo, en lo que me pareció un inglés perfectamente entendible:

—Qué zorra.

Todos lo miramos.

Ratón resopló, sacudió su abrigo enlimado y dijo:

—Seguidme.

Luego corrió detrás de la Leanansidhe y, conducidos por un instinto a nivel de reflejo, el resto corrimos para alcanzarlos.

Yo había cambiado de forma una vez, mediante la magia oscura de un cinturón encantado, el cual sospechaba que había sido diseñado deliberadamente para crear adicción a su uso. Había tardado mucho tiempo en quitarme de la cabeza el recuerdo de aquella experiencia, la claridad absoluta de mis sentidos, la sensación de poder listo en todo mi cuerpo, de la absoluta certeza en todo momento.

Ahora lo había recuperado... y esta vez sin la euforia que enturbia la realidad. Sentía con intensidad los olores que me rodeaban, de unos cien mil aromas nuevos que suplicaban ser explorados, de la ráfaga de placer físico puro al correr por la tierra tras un amigo. Podía escuchar el aliento y los cuerpos de los que me rodeaban, corriendo por la noche, saltando piedras y árboles caídos, abriéndose paso entre los arbustos y la densa vegetación que cubrían el suelo.

Pudimos escuchar pequeños animales de presa apartándose ante nosotros a ambos lados y supe, no lo sospeché sino que lo supe, que era más rápido, muchísimo más, que cualquier otro animal meramente mortal, incluso que el joven venado que desapareció de nuestra vista, saltando unos veinte metros por encima de una cascada. Sentí la urgencia abrumadora de darme la vuelta para perseguirlo, pero el que lideraba la manada ya estaba en otro sendero y yo no estaba seguro de si hubiera podido volver si lo hubiera intentado.

¿Y la mejor parte? Probablemente hacíamos menos ruido, en conjunto, del ruido que hubiera hecho cualquiera de nosotros moviéndose en un torpe cuerpo mortal.

No cubrimos los ocho kilómetros en la mitad del tiempo, una hora en lugar de dos.

Tardamos, quizás como máximo, diez minutos.

Cuando nos detuvimos, todos pudimos escuchar los tambores. Unos tambores continuos, palpitantes, que seguían un latido, rápido, monótono, que inducía al trance. Al noroeste el cielo brillaba con la luz reflejada de los fuegos y el aire bullía con los olores de humanos y no tan humanos y criaturas que me hicieron aullar y querer morder algo. De vez en cuando, un grito de vampiro me recorría la columna con sus chillantes garras.

Lea se colocó en pie sobre un tronco caído delante de nosotros, mirando al frente. Ratón caminó hasta ella.

—Gggrrrr rauff arrrggrrrrarrrr —dije yo.

Ratón me lanzó una mirada impaciente y de algún modo, no sé si tuvo algo que ver con su lenguaje corporal o qué, me di cuenta de que me estaba diciendo que me sentara y me callara o vendría y me obligaría a hacerlo.

Me senté. Había algo en mí que en realidad no le gustaba aquella idea, pero cuando miré a mi alrededor y vi que todos los demás también lo habían hecho, aquello hizo que me sintiera mejor.

Ratón dijo, de nuevo en lo que sonó como un inglés perfectamente claro:

—Qué divertido. Ahora devuélvelos a su forma.

Lea se giró para mirar al perrazo y dijo:

—¿Cómo te atreves a darme órdenes, perro?

—No soy tu perro —dijo Ratón. No sé cómo lo hacía. Su boca no se movía ni nada—. Devuélvelos a su forma o te haré trizas el culo. Literalmente trizas.

La Leanansidhe echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa floja.

—Estás muy lejos de tus fuentes de poder, querido demonio.

—Vivo con un mago. Hago trampas. —Dio un paso hacia ella y sus labios se apartaron para enseñar los colmillos en una inconfundible hostilidad—. ¿Quieres devolverlos a su forma? ¿O te mato y hago que vuelvan de ese modo?

Lea entrecerró los ojos. Luego dijo:

—Te estás tirando un farol.

Una de las enormes patas con garras del perrazo excavó en el suelo, como si se preparara para saltar, y su aullido se parecía a... Bajé la mirada y lo comprobé. No parecía que él sacudiera el suelo. El suelo se sacudía en realidad a varios metros en todas las direcciones desde el perro. Motas de luz azul empezaron a caer de sus mandíbulas, lo suficientemente gruesas como para que pareciera que soltaba espuma por la boca.

—Ponme a prueba.

La Leanansidhe sacudió la cabeza lentamente. Luego dijo:

—¿Cómo logró Dresden conseguirte siquiera?

—No lo hizo —dijo Ratón—. Yo lo conseguí a él.

Lea arqueó una ceja, como si estuviera desconcertada. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Tenemos una misión que completar. Esta disputa no nos beneficia. —Se giró hacia nosotros, pasó una mano por el aire hacia nuestra dirección y murmuró—: En el momento que queráis volver, queridos, solo pedidlo. Sois todos unos perros preciosos.

Una vez más la agonía me abrumó, aunque me sentí demasiado débil para gritar. Se pasó en una eternidad subjetiva, pero cuando lo hizo volvía a ser yo mismo, estaba tumbado de lado, sudando y jadeando muchísimo.

Ratón se acercó y me acarició la cara con el hocico, mientras movía la cola alegremente. Caminó a mi alrededor, olfateando, y comenzó a darme empujoncitos

para que me levantara. Me levanté despacio, y en realidad me apoyé en su ancha y peluda espalda en un momento. Sentí una acuciante necesidad de estar agarrando un buen bastón de mago de nuevo, solo para sostenerme. De todas formas, no creo que hubiera pensado mucho en la ventaja psicológica que supone (es decir, como elemento de seguridad). Pero no tendría uno hasta que no tardara un mes, más o menos, en hacer otro: el mío estaba en el Escarabajo Azul y también murió con él.

Me puse en pie antes que todos los demás. Miré al perro y dije:

—Puedes hablar. ¿Por qué nunca te he escuchado hablar?

—Porque no sabes escuchar —dijo simplemente mi madrina.

Ratón movió la cola y se apoyó contra mí felizmente, levantando la mirada hacia mí.

Descansé la mano en su cabeza por un momento y le rasqué las orejas.

Que le den.

Las cosas importantes no hace falta decirlas.

Todo el mundo se estaba poniendo en pie de nuevo. Hicimos una ronda de cantimploras y dejé que todo el mundo se recuperara durante unos cinco minutos, más o menos. No tenía ningún sentido cargar antes de que la gente pudiera recuperar el aliento y sujetar un arma con una mano firme.

Sin embargo, sí le dije algo a Susan en voz baja. Asintió, frunció el ceño y se desvaneció.

Volvió unos minutos después y me dijo al oído lo que había averiguado.

—Muy bien, gente —dije, todavía en voz baja—. Reuníos.

Despejé una sección del suelo de la jungla y dibujé con los dedos en la tierra. Martin alumbró el burdo dibujo con una luz roja que no nos arruinaría la visión nocturna y que tenía menos posibilidades de ser avistada por un enemigo cercano.

—Hay guardias estacionados a lo largo de la pirámide grande. Probablemente la niña esté allí, en el templo de la cima. Ahí es donde voy yo. Susan, Lea y yo vamos a avanzar por la galería, aquí, y nos dirigiremos hacia el templo.

—Yo estoy con Susan —dijo Martin—. Voy donde vaya ella.

No era ni el lugar ni el momento para discutir.

—Susan, Lea, Martin y yo iremos por aquí. Quiero que todos los ojos miren al norte cuando nos dirijamos hacia la pirámide. Por eso quiero que el resto rodeéis este camino y vayáis desde esta dirección. Justo aquí hay un camión de ganado donde guardan sus sacrificios humanos. Acercaos y liberadlos. Haced todo el ruido que podáis y corred rápido. Llegaréis a una carretera. Seguidla hasta un pueblo. Entrad en la iglesia. ¿Lo entendéis?

Hubo una ronda de asentimientos y expresiones infelices.

—Con suerte, eso apartará a los suficientes de los suyos para entrar y tomar el templo. Asimismo —dije, muy serio—, lo que pase en Yucatán se queda en Yucatán. No habrá bromas sobre oler culos o perseguir colas o nada parecido. Nunca. ¿De acuerdo?

Más asentimientos sobrios, estaba vez con unas pocas sonrisas.

—Vale, gente —dije—. Que sepáis, amigos... Estoy en deuda con vosotros, y una deuda que nunca seré capaz de pagaros. Gracias.

—Parlotear después —dijo Murphy, con tono irónico—. Rescatar ahora.

—Hablas como una verdadera dama —dije, y extendí la mano. Todo el mundo juntó las manos. Ratón fue el último en poner la pata sobre la pila. Todos, todos y cada uno de nosotros, excepto quizás mi madrina, estaba visible y obviamente aterrado, un círculo de temblores y respiraciones cortas y rápidas.

—Buena caza, gente —dije en voz baja—. Vamos.

Todo el mundo se puso en pie cuando los arbustos se movieron y un hombre medio desnudo vino corriendo casi directamente hacia nosotros, con expresión desesperada, con los ojos como platos en un terror inconsciente. Se estrelló contra Thomas, rebotó en él y cayó al suelo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, se oyó un crujido apagado y un vampiro de la Corte Roja en su monstruosa piel negra llegó saltando por el bosque a cinco metros de distancia y, al vernos, se quedó rígido de la sorpresa. Un instante después, intentó darse la vuelta para continuar su carrera, clavando las garras en el suelo del bosque.

He escuchado que ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo.

Es cierto.

El vampiro soltó un chillido ensordecedor y todo se fue a la mierda.



Pasaron muchas cosas muy rápido.

Ratón saltó hacia delante y agarró al vampiro por la pantorrilla antes de que pudiera desvanecerse entre la vegetación. Apoyó las patas mientras el vampiro luchaba salvajemente en un intento por gritar de nuevo.

Martin sacó la pistola sujetándola con una mano, con un silenciador de quince centímetros en la boca del arma. Sin dudarlo un instante, dio un paso a un lado para tener un disparo limpio y disparó mientras se movía. La pistola hizo un ruido que no era más fuerte que un hombre aclarándose la garganta y la sangre salpicó del cuello del vampiro. Aunque siguió luchando, sus gritos acabaron de repente y saltó y se retorció salvajemente para apartar a Ratón, que se encontraba entre Martin y él.

Eso paró abruptamente cuando la falcata de Thomas le separó la cabeza de los hombros.

El hombre medio desnudo nos miró y balbuceó algo en español. Susan le respondió con un gesto cortante y un tono duro y luego el hombre espetó algo, moviendo la cabeza enfáticamente, y se giró para seguir corriendo en la oscuridad.

—Silencio —susurré, y todo el mundo se quedó callado mientras yo me quedaba quieto, escuchando con toda mi atención.

Tenía un truco, una habilidad que otra gente parecía ser capaz de aprender. No estoy seguro de si es algo biológico o mágico, pero me permite escuchar cosas que de otro modo no pillaría, y me imaginé que era un buen momento para usarlo.

Durante una larga respiración, no hubo nada salvo el continuo repiqueteo de los tambores.

Luego un cuerno, algo que se parecía un poco a una caracola, empezó a sonar.

Un coro de gritos de vampiro surgió y no hacía falta un oído superbueno para saber que venían hacia nosotros.

—Ahí lo tienes. ¿Ves? —dijo Sanya, con una amable reprobación en su tono—. Asalto frontal.

—Oh, Dios —dijo Murphy, su tono era más de disgusto que de miedo.

—Sanya tiene razón —dije, con la voz dura—. Nuestra única oportunidad es darles duro. —Solo teníamos un momento y mi mente fue a contrarreloj intentando

ingeniar un plan que resultara en algo que no fuera nosotros ahogándonos en un aluvión de vampiros.

—Harry —dijo Susan—. ¿Cómo vamos a hacer esto?

—Necesito a Lea —dije, intentando mantener la voz calmada y firme—. Necesito a Molly.

Molly hizo un ruido chirriante.

Me giré hacia Susan y dije:

—Lo hacemos en dos olas.

Nos movimos directamente hacia el enemigo, entrando en la antigua galería llena de columnas, y los vampiros surgieron de las sombras para encontrarse con nosotros. No sé cuántos había. Más de cien, menos de un millón. Di un paso al frente delante de todos y dije:

—¡Atacad!

El rugido de batalla de Sanya era el más fuerte. Saltó hacia delante, desenfundando a Esperacchius, y unas luces cegadoras surgieron de la hoja.

Murphy corrió a su derecha, soltando un grito y sujetando la brillante longitud de Fidelacchius en sus manos. Un aura de una leve luz azul la rodeaba. A la izquierda de Sanya, Susan corría, sujetando Amorcchius en alto y envuelta en fuego blanco, y su grito fue algo primario y terrible. Thomas flanqueó a Murphy. Martin corrió junto a Susan y ambos cargaron hacia delante con espada y pistola en mano.

Vi las filas frontales de los vampiros dudar al ver la luz pura y terrible de las tres Espadas dirigiéndose hacia ellos, pero no fue suficiente para detener el impulso de aquella horda. Se tragó a las cinco valientes figuras en una oleada de cuerpos flácidos y negros, garras, colmillos y lenguas como látigos.

Cabrones.

Yo seguía delante de todos, y cuando las dos filas de combatientes se encontraron, la horda se detuvo. Un breve alto, es verdad, algo que no duró más de un puñado de segundos... pero fue tiempo suficiente para que yo tocara el lento y terrible poder de la línea ley que fluía bajo mis pies.

El templo que se encontraba en lo alto de la pirámide, en las ruinas, era el centro de la confluencia, pero las líneas ley, cada una de ellas una vasta y rugiente corriente de energía mágica, radiaban en todas direcciones... y la que había debajo de nosotros era una enorme corriente de magia bruta de tierra. La magia de tierra no era mi fuerte y solo conocía un par de aplicaciones lo suficientemente buenas como para usarlas en una lucha.

Pero una de ellas era extraordinaria.

Alargué el brazo y toqué el poder de aquella línea ley, deseando desesperadamente tener mi bastón para que me ayudara con el esfuerzo. Pude sentir la magia de la tierra en mi mente, la palpé fluyendo con un poder que vibraba y subía por las suelas de las grandes y pesadas botas de la armadura de placas que me había

puesto mi madrina. Respiré profundamente y luego empujé mis pensamientos hacia aquel poder.

Inmediatamente me abrumó un aluvión de imágenes y de sensaciones extrañas al contactar con un poder tan intenso y tan coherente que casi tenía su propia percepción. En un solo momento pude ver la poderosa danza de los continentes chocándose entre sí para formar montañas, sentí el lento letargo de la tierra, sus temblores somnolientos que las cosas que viven en su piel sentían como desastres. Vi riquezas y exuberancia más allá de la imaginación mortal, oro y plata fluyendo en ríos calientes, piedras preciosas naciendo y formándose por millones.

Luché para contener las imágenes, para controlarlas y canalizarlas, centrando todas aquellas sensaciones en un pozo que solo podía ver en mi imaginación, un punto profundo bajo la galería de antiguas piedras desmoronadas que descansaba junto a la desafortunadamente temporal estructura mortal de la superficie.

Una vez tuve la magia pura que necesitaba, fui capaz de apartar mi mente de la línea ley y de repente me encontré sujetando un torbellino de piedra líquida en la cabeza, luchando furioso contra el contenedor de mi voluntad hasta que sentí que me explotaría el cráneo de la presión, y me di cuenta al hacerlo de que el uso que le estaba dando a esta energía pura y bruta era casi infantil en su simplicidad. Yo era una frágil voluta de mortalidad junto a aquella energía, que podía, de una forma bastante literal, mover montañas, levantar ciudades, cambiar el curso de los ríos y remover el lecho de los océanos.

Hice que aquel pozo de energía girara y dirigí el poder mientras se movía en espiral, un tornado de magia que se alargó para acogerse a la simple gravedad. Con la enorme energía de la línea ley, centré el impulso de varios kilómetros de la Tierra en un círculo de un par de cientos de metros y dije una sola palabra para liberar el torrente de energía, ligado solo, firme aunque no perfectamente, a mi voluntad. El conjuro, de principio a fin, me había llevado unos sesenta segundos y dar con el pie en la línea ley fue la última parte del proceso... demasiado largo y demasiado destructivo para usarlo en cualquiera de las peleas más rápidas y más furiosas en las que me he encontrado a lo largo de los años.

Perfecto para aquella noche.

Durante un cuarto de segundo, la gravedad se desvaneció en Chichén Itzá y en la tierra que se encontraba a kilómetros a la redonda, con lo que se sacudió todo lo que no estaba sujeto, incluso yo mismo, a varios centímetros del suelo. Durante ese tiempo, toda la fuerza estaba centrada y concentrada en un círculo con un diámetro de quizás unos doscientos metros que abarcaba toda la galería y todos los vampiros que había en ella. Allí, el enorme poder de aquella gravedad tan concentrada, casi trescientas veces lo normal, aplastó a todos y a todo, como si fueran golpeados contra un único yunque gigantesco invisible.

Las columnas de piedra lo soportaron mejor de lo que yo creía. Quizás la mitad se quebraron, destrozaron y cayeron hechas escombros, pero el resto aguantó bajo la



presión como habían hecho durante siglos.

La fuerza de asalto de la Corte Roja no era tan resistente.

Pude escuchar los huesos rompiéndose desde donde estaba, partiéndose con horribles chasquidos y crujidos. La ola de vampiros cayó en una masa de huesos partidos. Muchos de ellos quedaron aplastados bajo las piedras que habían caído de las columnas más débiles, cada uno de los fofos cuerpos negros quedó destruido bajo un peso de cientos de toneladas de piedra, aunque solo les hubiera golpeado un trozo de un único bloque.

La energía implicada había sido enorme, y como yo había saltado casi a treinta centímetros del suelo, fui golpeado por la ola de cansancio que le correspondía. No fue tan malo como podría haber sido. Técnicamente, solo estaba canalizando y reorganizando fuerzas que ya existían y que estaban en movimiento, no creándolas con mi voluntad, o nunca habría conseguido afectar a un área tan grande y hacer algo tan violento. Pero créeme, seguía siendo difícil.

Fui lanzado a varios centímetros hacia arriba con todo y todos los que no estaban sujetos. Aterricé con solo un pie, así que me caí sobre una rodilla y me apoyé con las manos. Jadeando, levanté la mirada para ver los resultados del conjuro.

Un par de acres de vampiros moribundos, aplastados y muertos y unos cuantos con heridas horribles estaban esparcidos como hormigas aplastadas, y de pie entre ellos, cada uno en una posición de combate, como si estuvieran listos para seguir dando caña, estaban los amigos que yo había enviado para que corrieran delante, completamente intactos.

—Bien —dije, jadeando—. Es suficiente, chicos.

Escuché a Molly, a varios metros detrás de mí, soltar un suspiro de alivio, y las luces y las auras brillantes se desvanecieron de las tres figuras que blandían una Espada.

—Bien hecho, pequeña —dijo la Leanansidhe, y al hablar las cinco figuras se desvanecieron—. Una ilusión más que creíble. Siempre son los pequeños toques de verdad los que crean los engaños más potentes.

—Bueno, ya sabes —dijo Molly, sonaba un poco aturullada—. He visto a mi padre unas cuantas veces.

Ratón permaneció cerca de mí. Tenía la cabeza girada hacia la derecha, centrada en los árboles y la oscuridad que había en aquella dirección. Un aullido que sentí más que oí surgió de la profundidad de su pecho.

Susan se puso a mi lado y miró a los vampiros aplastados con una satisfacción evidente, pero frunció el ceño.

—Esclavos de sangre —dijo.

—Sí —dijo Martin desde algún lugar por detrás de mí.

—¿Qué? —pregunté.

—Esclavos de sangre —me dijo Susan—. Vampiros que se han vuelto completamente salvajes. No pueden crear una máscara de carne. Son casi animales.

Escoria.

—Carne de cañón —dije, obligando a mis pulmones a que respiraran más despacio y más profundamente—. Una multitud de escoria en la mejor función de la Corte Roja.

—Sí.

No era difícil imaginarse por qué estaban allí. El interés de Ratón en lo que fuera que estaba sintiendo en los árboles se intensificaba.

—La Corte Roja esperaba compañía.

—Sí —dijo Susan, con la voz tensa.

Bueno. Nunca nada es sencillo, ¿no?

Aquello lo cambiaba todo. Una incursión sorpresa sobre un objetivo desprevenido e incauto era una cosa. Intentar tan solo darle una patada en la boca a una Corte Roja completamente armada y lista que obviamente esperaba a alguien con potencia de fuego era algo muy diferente. En concreto, simple estupidez.

Veamos.

Tenía que cambiar el juego y cambiarlo rápido.

Empezó a sonar un gong lentamente, una cosa monstruosa, el rugido metálico de su voz era algo bajo y duro que me recordaba inexplicablemente al rugido que Martin había hecho antes. La tensión aumentó y, salvo por los sonidos del tambor y del gong, no había otros ruidos, ni de las criaturas de la jungla ni de ningún otro tipo.

El silencio era mucho más aterrador que el sonido.

—Están ahí fuera —dije en voz baja—. Ahora mismo se están moviendo.

—Sí —dijo Lea, que de repente apareció a mi izquierda, al lado contrario de Ratón. Su voz era muy tranquila y sus ojos felinos vagaban por la noche, brillantes y con interés—. Esa muchedumbre de basura era una mera distracción. Nuestra propia táctica usada contra nosotros. —Entrecerró los ojos—. Están usando velos para esconderse... y tienen bastante talento.

—Molly —dije.

—Voy a ello, jefe —respondió.

—Nuestra distracción era una ilusión. No nos ha costado ninguna vida —señaló Murphy.

—Ni a ellos, desde su perspectiva, sargento —dijo Martin—. Las criaturas que no tienen control sobre sí mismas no le sirven para nada al Rey Rojo, después de todo. Sus muertes tan solo reducen el número de bocas inútiles y parasitarias que tiene que alimentar. Puede que piense que los humanos son una mercancía, pero prefiere no tirar esa riqueza.

—¿Harry? —preguntó Murphy—. ¿Puedes volver a hacer esa cosa del yunque?

—Demonios. Estoy sorprendido de que lo haya conseguido a la primera. Nunca he hecho nada de tanto voltaje. —Cerré los ojos un segundo y empecé a alargar el brazo de nuevo hacia la línea ley... y mi cerebro se contorsionó. Mis pensamientos se convirtieron en una áspera explosión de imágenes y recuerdos que sentí como si

fueran una gran herida dentro de la cabeza, e incluso después de haber apartado la mente de aquellas imágenes, tardé varios segundos en poder abrir los ojos de nuevo —. No —grazné—. No, eso no es una opción. Aunque me dieran el tiempo suficiente para llevarlo a cabo.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Thomas. Sujetaba una pistola grande en la mano izquierda, la falcata en la derecha, y estaba a mi espalda, frente a la oscuridad que había detrás de nosotros—. ¿Quedarnos aquí hasta que nos rodeen?

—Vamos a enseñarles cuánto les va a costar derrotarnos —dije—. ¿Qué tal, padawan?

Molly soltó un suspiro lento y pensativo. Luego levantó una mano pálida, la giró y extendió un dedo mostrándonoslo en círculo y murmuró:

—*Hireki*.

Sentí la sutil ola de su voluntad salir y acercarse a mí al hacerlo. La palabra que había susurrado mi aprendiz parecía fluir de ella en un círculo enorme, dejando señales visibles a su paso. Agitó hojas y briznas de hierba, movió piedras pequeñas y, al continuar, apartó varias formas de la noche que ondearon y se convirtieron en contornos negros sólidos donde antes solo había oscuridad y sombras indiferenciables.

—No tienen tanto talento —dijo Molly, jadeando, con satisfacción en la voz.

—¡Fuego! —rugí, y lancé un pequeño cometa de fuego con la mano derecha. Salió disparado con un silbido aullador de aire supercaliente y se estrelló contra una de las formas sombrías, que se encontraba a menos de diez metros. Se prendió fuego de golpe y un vampiro gritó de rabia y dolor y empezó a retirarse hacia los árboles.

—¡*Infriga!* —ladré, e hice un gesto de arrancar algo con la mano izquierda. Arranqué el fuego del vampiro al que había alcanzado... e incluso algo más. Lancé la bola de fuego resultante saltando a la siguiente forma y dejé al primer objetivo como un bloque de hielo al que el aire húmedo de la jungla le hubiera descargado toda su agua sobre el cuerpo del vampiro y lo hubiera dejado anclado al sitio, rígido y ligeramente iluminado por el residuo de la energía fría que yo sentía en mí: el regalo de la Reina Mab. El cual funcionó igual de bien: había una docena de atacantes acercándose solo en mi campo de visión inmediato, lo cual significaba que había otros cincuenta o sesenta si nos estaba rodeando a todos, más los que no podía ver, que podían haber empleado técnicas más mundanas de sigilo para evitar ser vistos.

Quería que vieran lo que podía hacer.

El segundo vampiro cayó con la misma facilidad que el primero, igual que el tercero, y solo entonces dije en voz baja:

—Una bala por pieza, Martin.

La pistola silenciada de Martin tosió tres veces y las formas ligeramente brillantes de los vampiros encerrados en hielo estallaron cada una en varias docenas de trozos y cayeron al suelo, junto con la carne llena de hielo, donde la energía luminosa de Invierno empezaba a diluirse.

Pillaron la idea. Los vampiros dejaron de avanzar. La jungla se quedó quieta.

—Fuego y hielo —murmuró la Leanansidhe—. Excelente, ahijado. Cualquiera puede jugar con un elemento. Pocos pueden manipular los opuestos con tanta facilidad.

—Es más o menos la idea —dije—. Respáldame.

—Por supuesto —dijo Lea.

Di un paso al frente y me aparté ligeramente del resto y levanté las manos.

—¡Arianna! —grité, y mi voz retumbó como si hubiera estado sujetando un micrófono y usando altavoces del tamaño de neveras. Fue una sorpresa y miré por encima del hombro para ver a mi madrina sonriendo tranquilamente.

—¡Arianna! —volví a gritar—. ¡Fuiste demasiado cobarde para aceptar mi desafío cuando te lo lancé en Edimburgo! Ahora estoy aquí, ¡en el corazón del poder del Rey Rojo! ¿Todavía tienes miedo de enfrentarte a mí, cobarde?

—¿Qué? —farfulló Thomas.

—Esto no es un asalto —añadió Sanya, con desaprobación en la voz.

Los ignoré. Yo era el que tenía la voz cantante.

—¿Has visto lo que le he hecho a tu plebe? —grité—. ¿Cuántos más tienen que morir antes de que dejes de esconderte tras ellos, duquesa? ¡He venido a matarte y a reclamar a mi hija! Sal, o te juro, por el poder de mi cuerpo y mi mente, que destrozaré tu fuerte. Antes de morir, haré que pagues el precio de cada gota de sangre, y cuando muera, ¡mi maldición de muerte lanzará por los aires el poder de este lugar!

»¡Arianna! —bramé, y no pude evitar que el odio hiciera que mi voz estuviera afilada con desprecio y rencor—. ¿Cuántos sirvientes leales del Rey Rojo deben morir esta noche? ¿Cuántos Señores de la Noche saborearán la mortalidad antes de que salga el sol? Solo has empezado a conocer el poder que traigo conmigo esta noche. Porque aunque muera, juro esto: no voy a caer solo.

Me permití un poco más de melodrama en ese punto: convoqué fuego del alma, el suficiente para bañar mi cuerpo en una luz plateada, mientras mi juramento recorría la tierra, pasaba por las ruinas y rebotaba de árbol en árbol. Lancé una penetrante luz ante la que los vampiros supervivientes se encogieron.

Durante un momento largo, no hubo ningún sonido.

Luego los tambores y el ocasional choque del gong se detuvieron.

Sonó una caracola, el sonido era inconfundible, que tocó tres notas altas y dulces.

El efecto fue inmediato. Todos los vampiros que nos rodeaban se retiraron hasta quedar fuera del alcance de la vista. Luego empezó de nuevo un latido, esta vez de un solo tambor.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

—Los agentes del Rey Rojo se han pasado los últimos días intentando matarme o asegurándose de que solo me presentaba aquí como vampiro —dije en voz baja—. Estoy bastante seguro de que es porque el rey no quería que la duquesa lanzara la

maldición de linaje contra mí. Lo cual significa que hay una lucha de poder dentro de la Corte Roja.

—Tu explicación no es tal —respondió Thomas.

—Ahora que estoy aquí —dije—, apuesto a que el Rey Rojo estará dispuesto a intentar otros modos de debilitar a la duquesa.

—Ni siquiera sabes si el rey está aquí.

—Por supuesto que lo está —dije—. Aquí hay una fuerza considerable, más grande que cualquiera de las que hemos visto en el campo de batalla durante la guerra.

—¿Y qué pasa si no es su ejército? ¿Qué pasa si no está aquí para dirigirlo? —preguntó Thomas.

—La historia sugiere que los reyes que no ejercen control directo sobre sus ejércitos no tienden a seguir siendo reyes durante mucho tiempo. Lo que debe de ser, en última instancia, de lo que va todo esto: reducir el poder de Arianna.

—¿Y quién te dice que así es cómo lo va a hacer?

—El *Code Duello* —dije—. La Corte Roja firmó los Acuerdos. Por lo que ha hecho Arianna, tengo el derecho a desafiarla. Si la mato, le quito de encima al Rey Rojo su problema.

—Supón que no está interesado en hablar —dijo Thomas—. Supón que se están retirando porque ha convencido a alguien de que lance un misil teledirigido sobre nosotros.

—Entonces estallaremos —dije—. Lo cual es mejor que si tuviéramos que liarnos a golpes con ellos aquí y ahora, espero.

—Vale —dijo Thomas—. Entonces eso lo tenemos claro.

—Mariposón —se burló Murphy.

Thomas la miró con lascivia.

—Haces que mi estambre se estremezca cuando hablas así, sargento.

—Callaos —murmuró Sanya—. Algo se acerca.

Una linterna tenue llevada por una figura esbelta con un vestido blanco vino hacia nosotros por la larga hilera de columnas.

Resultó ser una mujer vestida con un traje casi exactamente como el de Susan. Era alta, joven y encantadora, con la oscura piel marrón rojizo de los mayas nativos, con rasgos alargados y ojos oscuros. La acompañaban otras tres personas: hombres, obviamente todos eran guerreros, llevaban pieles de jaguares sobre los hombros y por lo demás solo llevaban taparrabos y muchos tatuajes. Dos de ellos llevaban espadas de madera y picas de obsidiana afiladas. El otro llevaba un tambor que tocaba un latido constante.

Pensé que los rasgos de los tres hombres me resultaban un tanto familiares, pero luego me di cuenta de que no me eran personalmente familiares. Había una sutil tensión en sus cuerpos, los indicios de poder se cernían sobre ellos como un perfume muy leve.

Me recordaban muchísimo a Susan y a Martin. Semivampiros. Supuestamente tan peligrosos como Susan y Martin, si no más.

Los guerreros jaguar se detuvieron a unos seis metros de nosotros, pero el tambor siguió sonando y la chica siguió caminando, un paso con cada latido. Cuando me alcanzó, se desabrochó la capa y dejó que cayera al suelo. Luego, al retorcer un trozo de cuero en cada hombro, el vestido se deslizó por su cuerpo hacia abajo en un charco de blanco suave alrededor de sus pies. Debajo no llevaba nada, salvo una tira de cuero alrededor de las caderas, de la que colgaba un cuchillo de obsidiana. Se arrodilló con un movimiento lento y lleno de gracia, un retrato de la súplica, luego cogió el cuchillo y me ofreció su empuñadura.

—Soy la sacerdotisa Alamaya, sirvienta del Gran Señor Kukulcan —murmuró, con voz acaramelada, con expresión serena—. Os invita a usted y a su comitiva a sed bienvenidos a esta, la casa solariega de mi señor, Mago Dresden, y le ofrece la sangre de mi vida como prueba de su bienvenida y su cumplimiento de los Acuerdos. —Bajó los ojos y giró la cabeza a la derecha para mostrar su garganta, la arteria carótida, mientras todavía sujetaba el cuchillo—. Hágame lo que sea su voluntad. Soy un regalo para usted del Gran Señor.

—Oh, qué considerado —murmuró Leanansidhe—. Es difícil encontrarse con alguien tan educado últimamente. ¿Puedo?

—No —dije, e intenté mantener alejado de mi voz el toque de irritación. Tomé el cuchillo de las manos de la chica y lo deslicé en mi cinto y dejé que descansara junto a un saco de tela que había hecho con una camiseta de los Rolling Stones anudada. La camiseta llevaba en mi bolsa de deporte de contrabando desde que había sido una bolsa de deporte con ropa limpia cuando iba al gimnasio. Le di un uso cuando me di cuenta de la otra cosa que no podía pasar sin hacer durante aquella confrontación. La llevaba atada a mi cinto gris.

Luego cogí a la joven del brazo e hice que se pusiera en pie, sin sentir ningún aura de poder a su alrededor. Era mortal, evidentemente una sirvienta de los vampiros.

Inhaló un breve suspiro al sentir mi mano alrededor de su cintura y la puse en pie rápidamente, para no gastar ningún esfuerzo en levantarla.

—Si desea deshonrarme de ese modo, señor, también se encuentra entre sus derechos como invitado. —Sus ojos oscuros eran muy directos, muy dispuestos—. Mi cuerpo es suyo, al igual que mi sangre.

—Más de un siglo —musitó Murphy— y hemos pasado de «igual que un pez necesita una bicicleta» a esto.

Me aclaré la garganta y le lancé una mirada a Murphy. Luego me giré hacia la chica y dije:

—No tengo ninguna duda sobre la integridad de tu señor, sacerdotisa Alamaya. Por favor, condúcenos hasta su trono, para que pueda hablar con él.

Con mis palabras, la chica cayó de rodillas y me barrió los pies con su largo y oscuro pelo.

—Gracias por mi vida, mago, para que pueda continuar sirviendo a mi señor —dijo.

Luego se levantó y le hizo un gesto imperioso a uno de los guerreros jaguar. El hombre recuperó su ropa de inmediato y la ayudó a vestirse de nuevo. La capa de plumas se asentó sobre sus hombros una vez más, y aunque yo sabía que aquello tenía que pesar, ella la llevaba sin esfuerzo.

—Por aquí, señor, si gustáis.

—Me encanta este trabajo —murmuró Sanya—. Simplemente me encanta.

—Tengo que desafiar a más gente a duelos —estuvo de acuerdo Thomas.

—Los tíos son unos cerdos —dijo Murphy.

—Amén —contestó Molly.

Lea me lanzó una mirada remilgada y dijo:

—Hace años que no sacrifico a una virgen santa.

—No es nada profesional —musitó Martin.

*Ixnay —dije en voz baja, apoyando una mano en los hombros de Ratón—. Todos vosotros. Seguidme. Y no parezcáis comestibles.*

Y, siguiendo a la sacerdotisa con su lámpara, entramos en la ciudad de Chichén Itzá.



Chichén Itzá olía a sangre.

Jamás se confunde el olor de la sangre con otra cosa, incluso si no la has olido antes. Todos la hemos probado: si no fue en otro momento, fue cuando perdimos los dientes de leche. Todos conocemos su sabor, y como consecuencia, todos conocemos su olor.

La pirámide principal es conocida por la mayoría de la gente que va allí como «El Castillo», en español. Mientras subíamos por la galería de columnas, la pirámide se cernía amenazadora sobre nosotros, un enorme montículo de piedra cortada, tan grande e imponente como las fortificaciones europeas que le daban nombre. Era una pirámide de estilo zigurat, construida completamente con bloques cuadrados. Los niveles se apilaban los unos encima de los otros conforme se ascendía hacia el templo en su cumbre y cada nivel de la pirámide estaba rodeado por un tipo diferente de guardia.

En la base de la pirámide, y por tanto los más numerosos, se encontraban los guerreros jaguares que ya habíamos visto. Todos eran hombres, todos atractivos, todos con unos esbeltos y rápidos músculos de pantera. Todos llevaban pieles de jaguar. Muchos de ellos llevaban armas tradicionales. Muchos más llevaban espadas, algunos de fabricación moderna, de las cuales las mejores eran superiores, en todos los niveles físicos, a las armas fabricadas en el pasado. Muchos también llevaban un AK-47; también se trataba de las versiones más modernas de las armas, fabricadas en acero y polímero, bastante superiores a las armas manufacturadas con anterioridad.

En el siguiente nivel solo había mujeres, vestidas con la ropa ritual que llevaba Alamaya, pero cubiertas con tatuajes, como los guerreros jaguares. Ellas también tenían esa sutil perspicacia que sugería que tenían una capacidad superior a la mortal.

Campanas infernales. Si había el mismo número de gente en todos los lados de la pirámide, y no tenía ninguna razón para creer que no era así, estaba mirando a casi mil guerreros jaguar y sacerdotisas. Soy un hombre peligroso, pero ningún hombre es tan peligroso. De repente me alegré de que no hubiéramos intentado un *rope-a-dope* o una carga frontal. Nos habrían superado en número, casi a pesar del plan.

Los números importan.



Sí, es una mierda, pero eso no hace que sea menos cierto. No importa lo justa que sea tu causa, si estás superado en número dos contra uno por una fuerza comparable, vas a tener que ser muy creativo para conseguir la victoria. Pregúntales a los alemanes que lucharon en cualquier frente de la Segunda Guerra Mundial. Los tanquistas alemanes se quejaban a menudo de que podían acabar con diez tanques aliados por cada tanque que ellos mismos perdieran, pero los aliados siempre parecían tener once tanques preparados.

Estaba ante una desventaja numérica imposible y no me gustó la sensación que sentí al darme cuenta de aquella verdad.

Y solo estaba en el segundo tercio de la pirámide.

Los siguientes niveles estaban ocupados por vampiros. Ninguno de ellos estaba en su forma monstruosa, pero no lo necesitaban. No iban a salir todos con su disfraz y la coloración negra de sus ojos proclamaba su falta de humanidad con elocuencia. Entre los vampiros, el género no parecía tener ningún reconocimiento en particular. Dos niveles más estaban llenos de guerreros jaguar vampiros en su totalidad, tanto hombres como mujeres, y los dos siguientes con sacerdotes y sacerdotisas vampiros. Sobre ellos se encontraba lo que supuse que era la versión de la nobleza de la Corte Roja: vampiros individuales, hombres y mujeres, que claramente estaban ahí de pie con sus propias comitivas. Solían tener más y más oro y tenían menos y menos tatuajes conforme subían más en la pirámide.

Antes del último nivel había trece figuras solitarias, y por lo que pude ver, eran más altas que la mayoría de los mortales, de dos metros o más de altura. Cada una estaba vestida con un traje tradicional diferente y cada una tenía su propia máscara distintiva. Mi mitología maya estaba un poco oxidada, pero los informes de inteligencia del Consejo Blanco decían que los Señores de la Noche habían sido como dioses para los antiguos mayas, cada uno con su propia identidad diferenciada. Lo que no decían es que o habían sido mucho más que eso o que coleccionar veneradores había hecho que fueran algo más que meros vampiros antiguos.

Los vi y me temblaron las piernas. No pude evitarlo.

Y una luz brilló en el templo, en lo alto de la pirámide.

El olor a sangre provenía del templo.

No era difícil averiguarlo. Bajaba por los escalones que conducían a la pirámide, formando un arroyo rojo que bañaba los escalones del templo y la tierra que se encontraba bajo este, que estaba rasgada como si alguien hubiera pasado por ella con un tractor y la hubiera triturado. Los esclavos de sangre, estaba dispuesto a apostar. Mi imaginación me ofreció una imagen de aquella turba loca apartando la tierra, tragando trozos ensangrentados, peleándose entre sí por el barro más fresco... hasta que apareciera su humilde servidor y fastidiara la fiesta.

Miré de derecha a izquierda mientras caminábamos por el patio abierto. El camión de ganado del que Susan nos había hablado todavía estaba custodiado por un contingente de hombres vestidos de caqui con chalecos antibalas: era una empresa de

seguridad privada de algún tipo. Mercenarios. Había un montón de imbéciles de seguridad, varios cientos al menos, estacionados por aquí y por allá en bloques soldadescos de cincuenta hombres.

Sin detenerse, Alamaya caminó por el patio y empezó a subir los escalones, moviéndose con pasos deliberados y reverentes. Yo la seguí y todos los presentes vinieron conmigo. Recibí miradas hostiles durante todo el camino de subida, de ambos lados. Las ignoré, como si no merecieran la pena que me percatara de ellas. En cualquier caso, las pantorrillas de Alamaya eran mucho más interesantes.

Llegamos al nivel que se encontraba por debajo del templo y Alamaya se giró hacia mí.

—Mi señor solo hablará con uno, Mago Dresden. Por favor, pídale a su comitiva que espere aquí.

Aquí. Justo al lado de los Señores de la Noche, diosillos caducos. Si cometía un error, y si aquello salía mal, iba a pasar algo muy malo, y muy rápido. La gente que había estado dispuesta a arriesgarlo todo por ayudarme sería la primera en sufrir por mí. Por un momento pensé en hacer un trato. Enviarlos lejos. Que me dejaran enfrentarme al Rey Rojo solo. Ya tenía suficientes vidas en mi consciencia.

Pero entonces escuché un sonido muy muy bajo que provenía del nivel superior: una niña que lloraba.

Maggie.

Era un sonido demasiado triste e inocente para ser la sentencia de muerte de mis amigos... pero puede que fuera exactamente eso.

—Quedaos aquí —dije en voz baja—. No creo que esto se vaya a convertir en una película de John Woo durante un par de minutos, al menos. Murph, toma el mando hasta que vuelva. Sanya, ayúdala.

Murph levantó una ceja, pero asintió. Sanya se movió unos cuantos centímetros para quedarse un poco por detrás de ella a su derecha.

Subí lentamente los últimos escalones hasta el templo.

Era algo simple y elegante: un edificio con forma casi de cubo en lo alto de la pirámide, con una única apertura del tamaño de una puerta bastante normal en cada lado. Alamaya entró primero, con la mirada gacha. En el momento en que estuvo en la puerta, dio un paso hacia un lado y se arrodilló, con los ojos en el suelo, como si no fuera digna de moverse más.

Respiré lentamente y la dejé atrás, para enfrentarme al rey de la Corte Roja.

Era un tanto retaco.

Estaba de pie, dándome la espalda, con las manos por encima de la cabeza, murmurando en lo que supuse que era maya antiguo o algo. Medía como un metro sesenta, era muy musculoso, pero en realidad no era nada imponente. Estaba vestido con una especie de *kilt*, desnudo de cintura para arriba y de rodillas para abajo. Su pelo era negro y largo y le llegaba hasta los hombros. Sujetaba en la mano un cuchillo ensangrentado y lo bajó lentamente, con delicadeza.

Solo entonces vi a la mujer que se encontraba en el altar, atada de pies y manos, con los ojos abiertos y desesperados, fijados en aquel cuchillo negro como si no pudiera apartar la mirada.

Apreté los puños. No estaba allí para luchar, me recordé a mí mismo. No estaba allí para luchar.

Pero tampoco estaba allí para quedarme parado y dejar que pasara algo así. Nunca he tenido la cabeza despejada cuando se trata de proteger mujeres. Murphy dice que eso me convierte en un neandertal.

Puede que tenga razón, pero no agarré un hueso y salté sobre el tipo. Solo me aclaré la garganta de una forma muy muy obvia y dije:

—Ey.

El cuchillo se detuvo.

Entonces el Rey Rojo lo bajó y se dio la vuelta para mirarme. Y me acordé forzosamente de que las cabezas nucleares vienen en paquetes relativamente pequeños. No hizo ningún gesto amenazador. Ni siquiera miró fijamente.

No necesitaba hacerlo.

La presión de sus ojos no se parecía a nada que hubiera sentido antes: una oscuridad vacía que me golpeó como un golpe físico, que me hizo sentir como si tuviera que apartarme físicamente de él para evitar que me arrastrara a ese vacío y me perdiera. De repente me acordé de que estaba solo, de que no tenía ninguna de mis herramientas, de que estaba implicado en asuntos que iban más allá de mi comprensión y de que mi atuendo era ridículo.

Y todo aquello era simplemente su presencia física. Era demasiado enorme para el cuerpecillo en el que se encontraba, demasiado grande para estar contenido por la piedra de aquel templo, una especie de calor corporal físico que se cernía a tan gran escala que solo un loco no se hubiera dado cuenta inmediatamente de lo insignificante que era en términos generales dentro del gran esquema del universo. Sentí que mi resolución se erosionaba, incluso mientras permanecía ahí, y apreté los dientes y aparté la mirada.

El Rey Rojo se rio entre dientes. Dijo algo. Alamaya le respondió, luego se levantó y se arrodilló a los pies del monarca, frente a mí.

La esclava del altar permaneció en su lugar, llorando en silencio.

Pude escuchar otra voz más pequeña que provenía de detrás del altar. Mierda. No podía haberme acercado mucho más. Si me centraba en la voz de mi hija por un momento, pequeña y dulce... Y de repente no me sentí tan pequeño. Me sentí enfadado.

El Rey Rojo habló.

Alamaya escuchó y dijo:

—No habláis la verdadera lengua de los años, mago, así que mi señor usará a esta esclava para asegurarse de que existe entendimiento entre nosotros.

—Radical —dije—. Molón y malvado.

Alamaya me miró un momento. Luego le dijo algo al Rey Rojo, aparentemente respecto al hecho de que yo había usado de una forma indecente una frase que era difícil de traducir.

Él entrecerró los ojos.

Yo imité su expresión. No sé si lo pilló, pero seguro que no le gustó.

Dijo algo en un tono corto y cortante.

—Mi señor exige saber por qué está usted aquí —dijo la sacerdotisa.

—Dile que sabe por qué cojones estoy aquí —respondí.

Me miró fijamente conmocionada. Tartamudeó varias veces mientras me traducía. No sé si el maya antiguo recogía una palabra para «¡piiii!» o si la usó.

El Rey Rojo escuchó, su expresión pasó del desagrado a la cuidadosa neutralidad. Me miró varios segundos antes de volver a hablar.

—«Me fue dado un regalo por aquella que tú conoces como duquesa Arianna — tradujo la chica—. ¿Quieres decir que el regalo fue obtenido por medios ilícitos?».

—Sí —dije, sin apartar la mirada de él—. Y lo sabes. —Sacudí la cabeza—. Estoy harto de bailar. Dile que mataré a Arianna por él, me llevaré a mi hija y lo dejaré en paz. Dile que si lo hace, dejará de ser algo personal. Si no, estoy preparado para luchar.

La chica tradujo, con el rostro aún más lleno de temor. Cuando terminó, el Rey Rojo se echó a reír. Se echó hacia atrás contra el altar, con la boca abierta en una sonrisa, sus ojos negros eran completamente perturbadores. Dijo un par de frases bruscas.

—Mi señor dice que arrojará cada uno de tus miembros por una puerta si levantas tu mano contra él.

Reí por la nariz.

—Sí. Pero ni siquiera voy a intentar matarlo. —Me incliné hacia delante, hablándole al Rey Rojo, no a la chica, y enseñándole los dientes—. Intentaré lisiarlo. Herirlo. Debilitarlo. Pregúntale si cree que la maldición de muerte de un mago del Consejo Blanco puede herirlo. Pregúntale cuánto confía en la gente que hay en los niveles más cercanos de la pirámide. Pregúntale si piensa que lo visitarán y le enviarán regalos cuando se den cuenta de que ha sido dañado.

Alamaya susurró temerosa, granjeándose una afilada palabra de reprobación y una orden del Rey Rojo. Supuse que fue algo así:

—No quiero traduciros esto, señor.

—Esclava estúpida, traduce como te he dicho de una puta vez o romperé mi pie en tu culo.

Vale. A lo mejor esa última parte no.

Alamaya tenía un trabajo desagradable y las palabras hicieron que el Rey Rojo entrara en cólera. Apretó los dientes y... cosas se agitaron bajo su piel, moviéndose y girando allá donde no debería existir nada que pudiera moverse y girar.

Lo miré fijamente con una ceja levantada y con la misma sonrisa lobuna en el rostro, esperando su reacción. Hacía mucho tiempo que no le hablaban así, si es que alguna vez lo habían hecho. Podría no tener un mecanismo para enfrentarse a ello. Si no lo tenía, yo iba a morir de una forma realmente horrible.

Lo tenía. Se controló, pero creo que estuvo cerca... y le costó la vida a la mujer que había en el altar.

Se giró y le clavó el cuchillo de obsidiana en el ojo derecho con tal fuerza que la hoja se rompió. Ella arqueó el cuerpo hacia arriba todo lo que le permitieron las ataduras y lanzó un grito corto y entrecortado de agonía, mientras movía la cabeza de izquierda a derecha... y luego se relajó lentamente sumiéndose en la muerte. Una pierna siguió retorciéndose y moviéndose.

El Rey Rojo recorrió con los dedos la sangre que surgía del orificio de ojo. Se metió los dedos en la boca y se estremeció. Luego se giró para mirarme de frente, completamente recompuesto.

Había visto comportamientos como aquel antes. Era la marca de un adicto recibiendo una dosis y alegre por tener el cuerpo lleno de alcohol, de drogas o de lo que fuera, y por lo tanto la ilusión de que podía tener mayor capacidad para poder encargarse de temas emocionales.

Aquello... explicaba muchas cosas sobre cómo se había comportado la Corte Roja durante la guerra. Campanas infernales, su rey era un yonqui. No había que preguntarse por qué habían actuado de una forma tan poco consistente: brillante y agresivo un momento, capaz de cometer errores locos e idiotas al siguiente. También explicaba por qué había un conflicto dentro de la Corte. Si la marca de poder se encontraba bajo el control de alguien sediento de sangre, que se satisfacía solo cuando y donde elegía él, y no con cualquier impulso aleatorio, cualquiera que conociera el estado del Rey Rojo sabría que era débil, inconsistente e irracional.

Campanas infernales. Aquel tío no solo era un monstruo. También era un paranoico. Tenía que serlo, porque sabía que su lujuria por la sangre sería vista como un signo de que debía ser derrocado. Si aquello llevaba mucho tiempo sucediendo, lo habría vuelto loco. Incluso para ser de la Corte Roja, quiero decir.

Y aquello debía de ser lo que había pasado. Arianna de algún modo había encontrado la debilidad del Rey Rojo y estaba construyendo una base de poder pensada para derrocarlo. Ella había construido su propio poder, personal, político y social, si tenemos en cuenta que los vampiros tienen una versión de la sociedad psicótica, derramadora de sangre y asesina. Encargarse apropiadamente del enemigo de uno era crítico para mantener el estatus en cualquier sociedad; y para la Corte Roja, los únicos dos enemigos eran aquellos con los que se había lidiado de manera adecuada y los que aún estaban vivos. Si quería tener éxito, ella no tenía otra opción que derrotarme. Y un Pearl Harbor para el Consejo Blanco no la hubiera dañado en ningún caso, si lo sacaba adelante.

Oh, tenía que asegurarme de que aquel pequeño lunático siguiera siendo el rey. Mientras lo fuera, el Consejo nunca se enfrentaría a una Corte Roja unida y competente.

El Rey Rojo habló un rato después y se limpió los dedos en el pelo de Alamaya mientras lo hacía.

—Mi señor acepta vuestra petición de desafiar a la duquesa. Esta esclava será enviada a traerla mientras esperáis.

—No tan rápido —dije, mientras Alamaya empezaba a levantarse—. Dile que quiero ver a la niña.

Se quedó helada entre los dos, con los ojos como platos.

El rey movió una mano con un gesto permisivo. Ella le habló en voz baja.

Los labios del rey se despegaron de los dientes un par de veces. Pero hizo un movimiento de cabeza rápido y señaló hacia el altar. Luego se apartó hacia un lado y me miró.

Lo seguí mirando por el rabillo del ojo mientras me acercaba al altar.

Maggie, que tenía puestos unos pequeños grilletes de metal que, puf, habían sido creados para un niño, estaba acurrucada en el lado opuesto del altar. Del altar había caído sangre y ella se había apartado de él hasta quedar pegada a la pared, en un intento por que sus zapatitos y su vestidito, ambos sucios ya, no se mancharan de sangre. Tenía el pelo enmarañado. Sus ojos oscuros eran grandes y los tenía irritados. Estaba temblando. Aquella noche no hacía un frío terrible... pero era suficiente frío como para atormentar a una niña simplemente vestida con un traje de algodón.

Quise ir hacia ella. Quitarle aquellos grilletes. Envolverla en mi ridícula capa y darle algo de comer y chocolate caliente y un baño y darle un peine para desenredarle el pelo y peinarla y un osito de peluche y una cama y...

Me vio y se encogió con un gemido.

Oh, Dios.

Me dolió, verla ahí, aterrada y miserable y sola. Sé cómo manejar el dolor cuando yo soy el que lo sufre. Pero el dolor que sentí al ver a mi hija, mi sangre, sufriendo ahí delante de mis ojos... Era un nivel completamente nuevo y no tenía ni idea de cómo enfrentarme a él.

Pero pensé que probablemente empezaría destrozando a más vampiros hasta convertirlos en jirones ensangrentados.

Tomé aquel dolor y lo alimenté con la tormenta que había en mi interior, la que se había estado enfureciendo durante interminables horas y que se avivaba de nuevo iracunda. Esperé hasta que mi rabia fue lo suficientemente ardiente para secarme las lágrimas de los ojos. Luego me giré hacia el Rey Rojo y asentí.

—De acuerdo —dije—. Ve a por la duquesa. Voy a sacarte la basura.



Alamaya salió del templo en silencio. En un minuto estaba de vuelta. Se inclinó hacia el Rey Rojo —de rodillas completamente, además— y dijo algo en voz baja.

El Rey Rojo entrecerró los ojos. Le murmuró algo a la chica y comenzó a caminar. Sonaron cuernos de caracola y los tambores volvieron a repiquetear mientras salía al exterior.

Alamaya tuvo que levantar ligeramente la voz para que la escuchara:

—Mi señor desea que sepáis que este lugar está vigilado y protegido. Si intentáis marcharos con la niña, seréis destruido, y ella con vos.

—Lo entiendo —dijo con calma.

Alamaya hizo una inclinación hacia mí más convencional y corrió tras el Rey Rojo.

Cuando se marchó, di dos pasos hacia el altar y hacia la mujer que yacía muerta sobre él. Luego dije:

—Muy bien. Dime qué estoy viendo.

Desde el improvisado saco-camiseta de los Rolling Stones atado a mi fajín, Bob la Calavera dijo, con su voz más sarcástica:

—El dibujo de unos labios gigantes.

Murmuré una maldición y hurgué en la camiseta hasta que una de las brillantes cavidades oculares naranjas de la calavera fue visible.

—¡Un frikazo ridículo!

Le gruñí y apunté su ojo al altar.

—Oh —dijo Bob—. Oh, dios.

—¿Qué es? —pregunté.

—La maldición ritual que están poniendo en marcha —dijo Bob—, es de las grandes.

—¿Cómo funciona? En diez segundos o menos.

—Diez se... Argh —dijo Bob—. Ok. Imagina una ballesta. Todos los sacrificios humanos son el esfuerzo que necesitas para echar hacia atrás la cuerda y almacenar la energía. Esta ballesta tiene la cuerda echada hacia atrás todo lo que se puede y está lista para disparar. Solo necesita una saeta.

—¿Qué quieres decir con una saeta?

—Como la niña que hay escondida ahí detrás —dijo Bob—. Su sangre llevará la energía almacenada hacia el mundo y la conducirá al objetivo. En este caso, sus parientes de sangre.

Fruncí el ceño por un segundo. Luego pregunté:

—¿Tiene que ser Maggie, específicamente?

—Nah. Una saeta se parece mucho a otra. Siempre y cuando uses un cuchillo compatible para derramar la sangre, debería funcionar.

Asentí.

—Entonces... ¿Qué pasa si usamos una saeta diferente?

—Pasaría lo mismo —dijo Bob—, la única diferencia sería quién será el extremo receptor.

—Es un arma cargada —dije en voz baja. Fruncí el ceño—. ¿Entonces por qué me dejan a solas?

—¿A quién vas a matar para dispararla? —preguntó Bob—. ¿A tu hijita? ¿A ti mismo? Vamos, jefe.

—¿Entonces podemos desarmarla? ¿Desbaratarla?

—Por supuesto. Lanzaría por los aires la mitad del templo, pero podrías hacerlo.

Apreté los dientes.

—Si funciona como se supone que debería funcionar, ¿mataría a Thomas?

—La niña es humana —dijo Bob—, así que solo los trocitos humanos. Como su cuerpo, su mente. Supongo que si tuviera suerte, podría acabar siendo un vegetal en el que su demonio de Ansia esté atrapado, pero no se extendería más por la Corte Blanca.

—Maldición —dije. Empecé a decir algo más, pero percibí movimiento por el rabillo del ojo. Volví a tapar a Bob con el saco, mientras le regañaba para que se callara, y al darme la vuelta me encontré a Alamaya entrando en el templo con una docena de guerreros jaguar vampiros tras ella.

—Si me seguís, señor mago —dijo la chica—. Os conduciré a aquella que os ha perjudicado. Mi señor desea que sepáis que os da su palabra de que vuestra hija será perdonada de cualquier daño hasta que el duelo concluya.

—Gracias —dije. Me giré para ver a la niña una vez más. Estaba pegada a la pared, con los ojos abiertos pero no fijos en nada, como si intentara ver todo lo que la rodeaba de una vez.

Me acerqué a la niña y volvió a encogerse. Me arrodillé delante de ella. No intenté tocarla. Pensé que no podría mantenerme frío si la veía apartarse de mi mano.

—Maggie —dije en voz baja.

Sus ojos corrieron hacia mí, había en ellos una sorpresa evidente.

—Voy a rescatarte de la gente mala —dije, manteniendo la voz todo lo suave y amable que sabía. Ni siquiera sabía si entendía inglés—. ¿Vale? Voy a sacarte de aquí.



Su labio tembló. Apartó la mirada.

Luego me puse en pie y seguí a la sacerdotisa del dios yonqui para enfrentarme a mi enemiga.

Fuera, las cosas habían cambiado. La Corte Roja descendía en fila india de la pirámide y estaba en movimiento, caminando en una procesión ordenada y tranquila hacia otra parte de las ruinas. Mis compañeros esperaban en lo alto de las escaleras.

—Bien —dije, una vez llegué a ellos—. Hora del duelo.

Sanya sacudió la cabeza.

—Recuerda mis palabras. Esto no va a solucionarse en un círculo de duelo. Estas cosas siempre se van a la mierda.

—Los Acuerdos son serios —dije—. El rey jugará limpio. Si gano, cojo a la niña y nos vamos.

Martin sacudió la cabeza.

—¿Qué? —le pregunté.

—Los conozco —dijo guardando la compostura—. Ninguno vamos a marcharnos de aquí vivos.

Sus palabras tuvieron un efecto instantáneo en todos. A la que más afectaron fue a Molly. Ya estaba pálida. La vi tragar saliva con nerviosismo.

—Quizás tú conozcas a los monstruos, Martin —dijo Murphy en voz baja—, pero yo conozco al tipo que los detiene. Y si no volvemos con la niña, haremos que lo lamenten. —Me hizo un gesto con la cabeza y dijo—: Vamos. Podemos ver cómo Dresden mata a la zorra.

Me encontré a mí mismo sonriendo. Murphy era buena gente.

En cuanto se marchó el último guerrero jaguar medio humano, nos pusimos detrás de ellos y los seguimos hasta lo que parecía otro templo, en el extremo norte de las ruinas.

Sin embargo, cuando cruzamos el umbral del templo, nos encontramos en un espacio abierto: una extensión de hierba verde de al menos 140 metros de largo y 65 o 70 de ancho. Muros de piedra de nueve metros de altura limitaban los lados largos del rectángulo, mientras que en el lado contrario se encontraba un templo como en el que acabábamos de entrar.

—Es un estadio —murmuré, recorriendo con la mirada el lugar.

—Puf —dijo Molly—. Hay bastantes historias de terror sobre los espectadores de los deportes de los mayas, jefe.

—Por supuesto —suspiró Lea felizmente—. Sabían muy bien cómo motivar a sus atletas.

Alamaya se giró hacia mí y dijo:

—Señor, su comitiva puede esperar aquí. Por favor, venid conmigo.

—Mantened los ojos abiertos, gente —dije.

Luego le hice un gesto de asentimiento a Alamaya y la seguí al campo. Al mismo tiempo que yo entré, una mujer empezó caminar hacia mí desde el lado opuesto.

Mientras se acercaba, vi que Arianna tenía los mismos rasgos faciales, más o menos, pero había cambiado su piel pálida por la marrón rojiza y sus ojos heladores por los negros de vampiro, y era quince centímetros más baja. Llevaba un vestido recto de ante y más joyas de oro que una convención de disfraces de M. A. Su nariz era un poco más afilada, un poco más larga, pero cuando nos detuvimos y nos miramos el uno al otro desde una distancia de tres metros, pude ver el odio ardiendo tras sus ojos. No tuve ninguna duda de que aquella era la duquesa.

Le sonreí y dije:

—Ahora te tengo.

—Sí —respondió Arianna. Sus ojos se movieron rápidamente en círculo, recorriendo los miles de miembros de la Corte Roja y sus comitivas—. Puede que me desmaye de miedo.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué metiste a la niña en esto? ¿Por qué no viniste directamente a por mí?

—¿Importa llegados a este punto?

Me encogí de hombros.

—En realidad no. Tengo curiosidad.

Me miró fijamente por un momento y luego sonrió.

—No lo sabes.

La miré con cautela.

—¿No sé el qué?

—Querido niño —dijo—, esto nunca trató sobre ti.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

—Obviamente —dijo Arianna, y me lanzó una sonrisa deslumbrante—. Muere confundido.

Sonó un cuerno concha y Alamaya se giró para inclinarse hacia el templo del que yo acaba de salir. Pude ver al Rey Rojo sentado sobre un trono de madera oscura, ricamente pulida, decorado con filigranas y dibujos de oro.

Alamaya se levantó y se giró hacia nosotros.

—Señor y señora, estos son los límites dentro de los cuales debéis combatir. En primer lugar...

Fruncí el ceño.

—Ey. Esto es un asunto de los Acuerdos. Nos atenemos al *Code Duello*.

El Rey Rojo habló, y aunque estaba a más de sesenta metros de distancia, lo escuché claramente. Alamaya escuchó y se inclinó.

—Mi señor responde que esta es una hora y un suelo sagrados para nuestra gente, y lo ha sido desde un tiempo inmemorial. Si no deseáis respetar las tradiciones de nuestra gente, os invita a regresar mañana por la noche. Por desgracia, no puede hacer ninguna promesa sobre el destino de su última adquisición si deseáis hacerlo de ese modo.

Miré al Rey Rojo. Luego resoplé.

—Está bien —dije.

Alamaya asintió y continuó.

—En primer lugar —dijo—, ya que ambos sois portadores de Poder, os batiréis en duelo con Poder y solo con Poder. El contacto físico de cualquier tipo está prohibido.

Arianna entrecerró los ojos.

Yo también lo hice. Sabía que la Corte Roja era aficionada a la magia. Qué demonios, el primer vampiro de la Corte Roja con el que me había encontrado era una hechicera hecha y derecha cuando la ascendieron a la nobleza de la Corte Roja. A juzgar por las joyas de Arianna, su lugar adecuado en la pirámide había estado en la undécima grada de la pirámide: la que se encontraba directamente por debajo de los mismísimos Señores de la Noche. Tenía sentido que incluso un aficionado hubiera acumulado muchísima más experiencia y pericia a lo largo de los milenios.

—En segundo lugar —dijo la sacerdotisa mortal—, vuestras personas y cualquier poder que uséis debe estar contenido dentro de los muros de este patio. Si alguno de vosotros violase tal proscripción, seréis asesinados sin pensarlo por la voluntad de mi señor y de los Señores de la Noche.

—Tengo un problema con los edificios —dije—. ¿No os habéis dado cuenta de lo de las columnas del otro lado...?

Alamaya me lanzó una mirada incierta.

Suspiré. Supongo que nadie aprecia la frivolidad cuando se encuentra en medio de sus monsergas tradicionales.

—Nada. No importa.

—En tercer lugar —dijo Alamaya—. El duelo empezará en el siguiente toque de la concha. Solo terminará cuando uno de vosotros ya no sea. ¿Entendéis las reglas tal y como os han sido transmitidas?

—Sí —dije.

—Sí —dijo Arianna.

—¿Tenéis algo más que decir?

—Siempre —dije—, pero puede esperar.

Arianna me sonrió ligeramente.

—Dale a mi padre las gracias y dile que me reuniré con él en el templo en cuestión de segundos.

Alamaya se inclinó hacia los dos. Luego se retiró del campo y volvió con su jefe.

La noche se quedó en silencio. En el estadio ni siquiera se escuchaba el sonido del viento. El silencio me carcomía, aunque Arianna parecía relajada.

—Entonces —dije—, tu papá es el Rey Rojo.

—Por supuesto. Él me creó, igual que creó a los Trece y a la mejor parte de nuestra nobleza.

—Una gran tribu de Brady chupasangres, ¿eh? Pero apuesto a que no fue a ninguna reunión de la AMPA.

La duquesa me estudió y sacudió la cabeza.

—No entiendo por qué nadie te ha matado antes.

—No ha sido por falta de intentos —dije—. Eh, ¿por qué crees que ha establecido las reglas como lo ha hecho? Si nos hubiéramos ceñido al *Code Duello*, habría una oportunidad de que se hubiera podido limitar a una confrontación física. En realidad parece que te está quitando la mayoría de las ventajas que tienes, ¿no?

Sonrió.

—Una persona hastiada podría considerarlo un signo de su debilidad.

—Buena respuesta. Sin embargo, por pura curiosidad: cuando me mates, ¿qué pasa después?

Levantó los hombros y los encogió.

—Seguiré sirviendo a la Corte Roja lo mejor que pueda.

Le mostré los dientes.

—Lo cual significa que vas a tirar de la silla al Gran Rojo, ¿verdad?

—Eso es más ambicioso que razonable —dijo—. Uno de los Trece, creo yo, ascendería para convertirse en Kukulcan.

—Lo cual crearía una vacante en los Señores de la Noche —dije, entendiéndolo—. Asesinas a tu padre para conseguir un ascenso. Qué elegante eres.

—No es posible que el ganado lo entienda.

—¿No puede entender que a papi se le está yendo la olla? —pregunté—. ¿Que se está convirtiendo en uno de vuestros esclavos de sangre?

Su boca se torció, como si estuviera evitando que se convirtiera en un rugido.

—Sucede, de vez en cuando, cuando uno envejece —dijo Arianna—. Amo y venero a mi padre. Pero su tiempo se ha acabado.

—A menos que pierdas —dije.

—Lo encuentro improbable. —Me miró de arriba abajo—. Qué atuendo tan... novedoso.

—Me lo he puesto especialmente para ti —dije, y batí las pestañas mirándola.

No parecía divertida.

—La mayoría de lo que hago son negocios. Impersonal. Pero voy a disfrutar esto. Dejé a un lado la actitud sabionda. La fuerza creciente de mi rabia ardía.

—Llevarte a mi hija no es impersonal —dije—. Es un grito de ayuda muy kevorkiano.

—Qué indignación tan moral. Tú eres tan culpable como yo. ¿No mataste a la hija de Paolo, Bianca?

—Por aquel entonces Bianca intentaba matarme —dije—. Maggie es inocente. No podía dañarte.

—Entonces debiste de haberlo considerado antes de insultarme asesinando a mi nieta —siseó, de repente su voz era tensa y fría—. Soy paciente, mago. Más paciente

de lo que podrías imaginar. Y he estado esperando este día, en el que las consecuencias de tu arrogancia caerán sobre ti y sobre todo lo que amas.

La amenaza encendió un fuego en mi cerebro y pensé que la rabia iba a salirseme del pecho y a ir a por ella sin mí.

—Zorra —escupí—. Ven a que te dé lo tuyo.

El cuerno sonó.



Ambos habíamos estado reuniendo nuestra voluntad durante la charleta y el primer instante del duelo casi nos mata a los dos.

Convoqué fuerza y fuego, ambos vinculados al fuego del alma que ayudaría a reforzar su realidad, lo que haría que el ataque fuera más difícil de negar o de soportar. Adoptó la forma de una esfera de fuego de color blanco azulado del tamaño de una pelota de pilates.

Mientras tanto, Arianna agitó las manos en un movimiento extraño y serpenteante y un géiser de agua surgió del suelo con una fuerza devastadora.

Ambos ataques se encontraron a mitad de camino entre nosotros, con resultados que ninguno de los dos pudimos prever. El fuego y el agua se convirtieron en vapor ardiente en una detonación que instantáneamente nos tiró hacia atrás a los dos. Mi escudo brazaletes estaba listo para entrar en escena, y una situación que se parecía mucho a esta y que había convertido mi mano izquierda en un atrezo de película de terror me había inspirado para asegurarme de que podía protegerme de ese tipo de calor en el futuro.

Salté hacia atrás y aterricé agachado, levantando el escudo en una cúpula completa que me rodeaba mientras la nube de vapor se extendía y mientras su calor quemaba la hierba a su paso. Se quedó ahí varios segundos antes de empezar a dispersarse, y cuando finalmente lo hizo, no pude ver a Arianna en ningún lugar del campo.

Mantuve el escudo envolvente por un momento y rápidamente me centré en un punto un poco por encima y a medio camino entre mis cejas. Convoqué mi Visión y barrí el estadio con la mirada para ver a Arianna, a treinta y cinco metros de distancia, corriendo para colocarse en posición y atacarme por la espalda. Una capa de magia negra grasienta parecía infestar el aire que la rodeaba: el velo que mis ojos físicos no habían sido capaces de ver. Para mi Visión, era una vampira de la Corte Roja en su verdadera forma, quizás más fofa y grasienta que un vampiro normal, una criatura antigua en poder y oscuridad.

Intenté no ver nada más, pero había tanto que podía ver. Pude ver las muertes que se habían amontonado en aquel campo a lo largo de los siglos, representadas en una

capa de huesos translúcidos que cubría el suelo hasta una profundidad de más de un metro. En los extremos de mi visión pude ver las cosas grotescas que eran la verdadera apariencia de la Corte Roja, cada uno de ellos era un monstruo único y horrible, acorde con su locura particular. No me atreví a mirar directamente a los espectadores, en especial a aquellos que estaban reunidos en la segunda planta del pequeño templo que se encontraba al fondo del estadio. No quería mirar al Rey Rojo y a sus Señores sin velo.

Seguí moviendo la mirada, como si no hubiera visto a Arianna merodeando, y seguí girando en un círculo, calculando cuándo iba a quedar expuesta mi espalda antes de dejar caer el escudo y levantarme, jadeando, como si no pudiera sostenerlo durante más tiempo. Seguí girando, y un instante antes de que hubiera liberado el conjuro, me giré bruscamente hacia ella, mientras la apuntaba con un dedo, y rugí:

—*¡Forzare!*

Una voluntad bruta se liberó y explotó contra su pecho antes de que los destellos de electricidad que ella había reunido pudieran cuajarse en un verdadero impacto de rayo. La tiré seis metros hacia atrás e hice que se golpeará contra la antigua pared de roca del lateral del campo.

Antes de que pudiera caer, levanté la vista hacia lo alto del muro, agarré una gran sección de piedras con unos dedos invisibles de voluntad y las arranqué del lugar en que descansaban para que cayeran nueve metros hacia Arianna.

Su rapidez era sobrenatural, por supuesto. Cualquiera mortal hubiera quedado aplastado. Apartó con solo un golpe de refilón una de las piedras más pequeñas y corrió hacia un lado, girando una esfera de una luz de color rojo chillón que se convirtió en una pelota en sus manos mientras avanzaba.

Yo no quería ser el receptor de aquello, fuera lo que fuera. Así que seguí rastrillando la pared, una y otra vez, derrumbando docenas de piedras y obligando a la vampira a moverse, mientras yo corría paralelo a ella y hacía que la distancia que nos separaba fuera estática.

Ambos lanzábamos magia al movernos, pero ella tenía más experiencia que yo en un uno contra uno. Igual que un pistolero veterano del Salvaje Oeste, se tomó su tiempo para alinear el disparo mientras yo le lanzaba acciones precipitadas que tenían pocas oportunidades de tener éxito. En total debí de haberle lanzado varias docenas de toneladas de roca mientras corría, sin infligirle nada peor que un par de abrasiones y moratones importantes.

Me lanzó el rayo de repente.

El mundo se volvió blanco rojizo y algo duro me golpeó en la espalda. Mis piernas se tambalearon y me quedé sentado durante una hora subjetiva, aturdido, y luego me di cuenta de que fuera lo que fuera lo que le había metido a su rayo, había sido suficiente para tirarme dos veces mientras mi poderoso puñetazo la había tirado a ella. Reboté en la pared opuesta. Bajé la vista para mirarme, esperando ver un enorme agujero con el contorno ardiendo... y en lugar de eso me encontré una

mancha negra en mi excesiva coraza y un par de defectos en la filigrana de oro donde el metal se había fundido parcialmente.

Estaba vivo.

Mi cabeza se recompuso rápidamente y supe lo que estaba por venir. Levanté el escudo, sin darle la forma de una semiesfera como hacía normalmente, sino de un triángulo extenso en forma de tienda de campaña. Me agaché detrás de él y en cuanto lo hice las piedras de la pared que había por encima de mí, liberadas por la voluntad de Arianna, empezaron a golpear el escudo. Me quedé ahí agazapado mientras la piedra gris me enterraba con premura e intenté desesperadamente que mi cerebro aturdido por el impacto pensase un plan.

Lo mejor que se me ocurrió, dadas las circunstancias, fue esto: «¿Qué haría Yoda?».

En un momento minúsculo entre que cayó una roca y la siguiente, levanté el escudo. Cuando la siguiente roca empezó a caer, estiré mi mano y mi voluntad y la agarré antes de que la gravedad pudiera darle mucha velocidad. Una vez más grité: «¡Forzare!» y con un esfuerzo enorme de voluntad alteré el curso de la caída de la piedra y se la lancé a Arianna con toda la fuerza que pude, inducida por la gravedad y los restos de su propia magia.

Lo vio venir, pero no hasta que fue demasiado tarde. Levantó las manos, con los dedos haciendo gestos de protección mientras reunía su magia defensiva. La piedra aplastó la magia en un destello de luz rojiza y luego golpeó a Arianna en la cadera, lo que le hizo girar salvajemente y la envió al suelo.

—¡Harry Dresden, catapulta humana! —grité como un borracho.

Arianna volvió a ponerse en pie en un instante: su escudo había absorbido energía suficiente de la piedra para evitar que la aplastara con una fuerza letal, pero me había dado tiempo suficiente para salir del montón de rocas que me rodeaba y apartarme del muro del estadio. Le lancé más fuego, pero paró todos los rayos con destreza, congelando el agua del aire hasta convertirla en esferas temblorosas que interceptaron las ráfagas de llamas y explotaron en una capa de vapor. Hacia el rayo quince o dieciséis ya no podía verla con mis ojos físicos, pero sí veía sus energías en movimiento detrás del vapor mientras se ponía alrededor otro velo de energía negro y la vi correr cambiando a una forma animal mientras volvía a rodearme para atacarme por la espalda.

No. No podía estar intentando lo mismo otra vez.

Los duelos entre magos son algo más que darse bofetones el uno al otro con varias formas de energía, al igual que el boxeo es algo más que dar puñetazos fuertes. Tienen un arte, una ciencia, donde uno intenta predecir el ataque del otro y responder de manera efectiva. Tienes que imaginar una respuesta a lo que podría hacer el oponente y tenerla lista para lanzarla de inmediato. Del mismo modo, tienes que imaginar cómo librarte de la fuerza de sus defensas. Un duelo de magia se determina casi puramente mediante las imaginaciones y los poderes brutos de los implicados.



Arianna obviamente se había preparado contra mi arma favorita, el fuego, lo cual era inteligente. Pero ya había intentado aquella treta de la puñalada por la espalda antes y casi salió ardiendo al hacerlo. Un mago de cualquier experiencia te diría que nunca lo volvería a intentar por miedo a que el enemigo lo explotara aún más.

Arianna era una asesina con experiencia, pero no había realizado muchos duelos basándose solo en la magia. Siempre había tenido el colchón de su fuerza y su velocidad extraordinarias para respaldarse. Demonios, habría sido el modo inteligente de matarme: acercarse directamente, repeler los ataques y quizás recibir algún golpe para acercarse lo suficiente y terminarlo definitivamente.

Salvo que aquí, no podía hacerlo. Y no se estaba ajustando bien al impedimento. La flexibilidad de pensamiento casi nunca es un punto fuerte en los verdaderos monstruos antiguos del mundo.

En lugar de complacerla quedándome en el sitio, como había hecho la última vez que intentó rodearme, corrí hacia delante, hacia los límites de la capa de vapor. Me quemé y lo acepté como el precio de dedicarme a esto. Apreté los dientes, centrándome en que pasara el dolor, y seguí el rastro de la energía de Arianna con mi Visión, a la espera para dar mi golpe y esperando también que ella no tuviera la Visión.

Al parecer no la tenía, o no se molestaba en usarla y confiaba en sus sentidos superiores. Se puso en posición y pareció darse cuenta de que me había metido en la nube de vapor. Empezó a avanzar con cautela, reuniendo más rayos en sus manos ahuecadas. Vi el instante en que ella empezó a divisar mi perfil, por cómo tomó aliento para pronunciar la palabra que liberaba los rayos sobre mí.

—*Infriga*—siseé, y llevé hacia delante ambas manos—. *¡Infriga forzare!*

Y toda la nube de vapor que se encontraba en el aire que me rodeaba se congeló formando lanzas de hielo puntiagudas como agujas que se abalanzaron sobre ella como si las hubiera disparado una pistola.

La alcanzaron justo cuando liberó su ráfaga de rayos, que hizo añicos una de las lanzas y cavó un surco de medio metro en la tierra a seis metros de mí.

Arianna se quedó quieta por un momento, con los ojos negros abiertos como platos por la incredibilidad, mirando fijamente las lanzas y las esquirlas de hielo que se le habían clavado en la carne. Levantó la mirada hacia mí por un segundo y abrió la boca.

Un goterón de sangre negra surgió de ella y le cayó por la barbilla. Luego se sacudió y cayó, simplemente sin fuerzas, al suelo.

Desde el lado opuesto del patio, escuché a mi madrina echar la cabeza para atrás y soltar un escalofriante aullido de emoción y triunfo, que burbujeó con la risa y el desdén.

Miré a Arianna retorcerse sobre las lanzas de hielo. Le habían perforado en docenas de lugares. El peor golpe se lo había dado un carámbano, tan grueso como mi antebrazo, que la había empalado por el estómago y le salía por la espalda, y había

hecho que la reserva de sangre de la criatura explotara por debajo de la máscara de carne de Arianna. El hielo puro y cristalino mostraba un destello de su interior, como si se viera a través de un prisma.

Jadeó una palabra que no reconocí, una y otra vez. No sabía qué idioma era, pero sabía lo que significaba: «No, no, no, no».

Me quedé de pie observándola un momento. Se esforzaba por convocar otro tipo de magia que lanzar contra mí, pero el cruel tormento de aquellas lanzas heladas era un dolor que nunca había experimentado y que no sabía cómo combatir. Miré fijamente a la criatura que se había llevado a mi hija y sentí...

Sentí una satisfacción fría y calmada, que giraba como una ventisca de nieve y que caía sobre la tormenta de mi ira.

Ella me miró con los ojos llenos de incomprensión, con la sangre negra manchándole la boca.

—Ganado. Eres ga... ganado.

—Mu —respondí. Y levanté la mano derecha.

Sus ojos se abrieron aún más. Jadeó una palabra que no conocí.

Por el rabillo del ojo vi al Rey Rojo levantarse de su lejano trono.

Reuní toda la furia que me quedaba en la mano y rugí:

—Nadie toca a mi hija.

La explosión de fuerza y fuego abrió un cráter en el suelo de dos metros de diámetro y un metro de profundidad.

El cuerpo roto y decapitado de Arianna yacía desparramado dentro de él.

El silencio cayó sobre la ciudad en ruinas.

Me giré hacia el Rey Rojo y empecé a caminar hacia él. Me detuve en lo que sería una línea de nueve metros en un estadio de fútbol americano y lo miré de frente.

—Ahora dame a mi hija —dije.

Me miró fijamente, sombrío y remoto como una montaña lejana. Y luego sonrió y dijo, en un perfecto inglés:

—Creo que no.

Apreté los dientes.

—Hicimos un trato.

Me miró con unos ojos indiferentes y dijo:

—Nunca te dije ni una sola palabra. Un dios no conversa ni hace trueques con el ganado. Lo usa y lo despacha como considera oportuno. Has cumplido tu propósito y no tengo más usos para ti... o para la niña llorica.

Rugí.

—Prometiste que no recibiría ningún daño.

—Hasta después del duelo —dijo, y unas risillas adulatorias corrieron entre los vampiros que me rodeaban—. Ya es después del duelo. —Giró la cabeza a un lado y le dijo a uno de los guerreros jaguar vampiro de su comitiva—: Ve. Mata a la niña.

Casi le doy al Rey Rojo mientras tenía la cabeza girada, pero algún instinto pareció advertirlo en el último momento y se agachó. La ráfaga de llamas que le lancé le arrancó la mandíbula de la cabeza al guerrero jaguar vampiro y le prendió fuego. Cayó de espaldas, tartamudeaba y gritaba mientras su monstruosa forma se liberaba de su máscara de carne.

El Rey Rojo se giró hacia mí con furia y sus ojos negros hicieron presión sobre mí con el peso aplastante de los años. Una manta de pura voluntad me puso de rodillas... y no era solo voluntad, sino un horrible dolor, dolor que no se originaba en mi cuerpo, sino en los propios nervios... Un dolor que era inútil resistir.

Escuché a alguien gritar «¡Harry!» y vi que las figuras enmascaradas que había sobre el templo junto al Rey Rojo daban un paso al frente. Se disparó una pistola y alguien gritó. Escuché un rugido y levanté la vista para ver a mis amigos y a mi madrina enfrentarse a los enmascarados Señores de la Noche. Sanya estaba de pie pero inmóvil, agarrando sombríamente a Esperacchius con ambas manos. Murphy estaba sobre una rodilla y había tirado su P-90. Una mano se movía lentamente y con determinación hacia la espada que llevaba a la espalda. Martin estaba en el suelo.

No pude ver al resto. No pude girar la cabeza lo suficiente. Pero no había nadie en pie para luchar. Ninguno podía moverse bajo la horrible presión de la voluntad del Rey Rojo y de los Señores de la Noche.

—Bestia insolente —rugió el Rey Rojo—. Muere de agonía. —Agarró a otro guardia por la piel de jaguar y tiró de él hacia sí, como si el musculoso vampiro hubiera sido un niño—. ¿Tengo que repetirlo? —dijo, furioso, y empujó el cuchillo ritual manchado de sangre en las manos del vampiro—. Pon a esa niña en el altar y máatala.



Los tipos como el Rey Rojo no saben cuándo callarse.

Luché para levantar la mano y me supuso mayor esfuerzo que cualquier cosa que hubiera hecho aquella noche. Mi mano se sacudió y se sacudió más fuerte, pero finalmente se movió quince centímetros, para tocar la superficie de la calavera en la bolsa de tela de mi cadera.

—¡Bob! —grité, solamente en mi cabeza, como si estuviera utilizando la piedra de comunicación de Ebenezer.

—Campanas infernales —respondió—. No tienes que gritar. Estoy aquí mismo.

—Necesito un escudo. Algo para repeler su voluntad. Me imagino que es un ataque espiritual. Un espíritu debería ser capaz de contrarrestarlo.

—Oh, por supuesto. Pero no puedo hacerlo desde aquí, jefe —dijo Bob.

—¡Tienes mi permiso para salir de la calavera con este propósito! —pensé, desesperado.

Las cuencas de los ojos de la calavera parpadearon con una luz de color rojo anaranjado y luego una nube de energía brillante surgió de sus ojos y se alzó, juntándose por encima de mi cabeza y lanzando una luz cálida a mi alrededor.

Segundos después, escuché a Bob pensar:

—¡Chúpate esa, retaco!

Y de repente la voluntad del Rey Rojo no fue suficiente para retenerme. El dolor reculó, atenuado y entumecido por un frío estimulante y helador que hizo que mis nervios sintieran un cosquilleo de energía. Apreté los dientes, liberado de la carga del dolor, y lancé mi propia voluntad contra él. Yo era un brazo de niño peleando con un levantador de pesas, pero el último comentario de Bob me dio una dosis adicional de fuerza y de repente me puse en pie.

El Rey Rojo se giró para mirarme de frente completamente otra vez y alargó ambas manos hacia mí, con la cara retorciéndose de rabia y desprecio. La horrible presión empezó a aumentar y a duplicarse. Escuché su voz con bastante claridad cuando dijo:

—Arrodíllate. Mortal.

Di un paso a rastras hacia mis amigos. Luego otro. Y otro. Y otro, moviéndome a un ritmo creciente. Luego rugí entre los dientes apretados y dije:

—Bésame. El. Culo. Cabrón.

Y puse la mano sobre el brazo izquierdo de Murphy.

Ella ya tenía la mano a medio camino de la espada. Al tocarla, toqué nuestras auras, con lo que expandí mis propias defensas sobre las suyas y sentí la fuerza directa y violenta de su propia voluntad desafiar el poder inmortal que se cernía sobre nosotros. Su mano corrió hacia la empuñadura de Fidelacchius y sacó la *katana* de su funda plana.

Una luz blanca como nunca había visto aquel estadio antiguo surgió de la hoja de la espada, una agonía brillante que me recordó intensamente a la llanura cristalina. Aullidos de dolor se alzaron a nuestro alrededor, pero quedaron ahogados por el repentino y plateado grito de Murphy, su voz se expandió por el estadio y resonó en las cúpulas del cielo:

—¡Dioses falsos! —gritó, sus ojos azules ardían mientras miraba al Rey Rojo y a los Señores de la Noche—. ¡Impostores! ¡Usurpadores de la verdad! ¡Destruyores de la fe, de familias, de vidas, de niños! ¡Por vuestros crímenes contra los mayas, contra las gentes del mundo, ahora responderéis! ¡Ha llegado vuestra hora! ¡Enfrentaos al juicio del Todopoderoso!

Creo que yo era el único que estaba lo suficientemente cerca para ver la sorpresa en sus ojos y me di cuenta de que no era Murphy quien decía las palabras, sino alguien que hablaba a través de ella.

Luego dibujó un arco con la espada, cortando el mismísimo aire que había delante de nosotros con un único golpe silbante.

Y la voluntad del Rey Rojo se desvaneció. No estaba.

El Rey Rojo chilló y manoteó para taparse los ojos. Gritó algo, señalando a Murphy, y en ese mismo instante el resto de mis amigos dieron una bocanada y se movieron en el sitio, liberados de repente.

Todas las máscaras de oro se giraron hacia mi amiga.

—¡Bob! —grité—. ¡Ve con ella! ¡Evita que la cojan!

—¡Tomaaaa! —dijo la calavera, y una luz de color naranja dorado pasó de mi cabeza hacia Murphy y se aglomeró en su pelo rubio al mismo tiempo que las voluntades unidas de los Señores de la Noche caían sobre ella, tan densas y pesadas que me apartaron de su lado como si lo hubiera hecho un fuerza física. El propio aire que la rodeaba se deformó con su intensidad.

La luz blanca de la espada fluyó hacia ella y la envolvió, sus ropas se transformaron, como si aquella luz hubiera fluido dentro de estas, convirtiéndose en una parte de ellas, transformando la noche en día, el negro en blanco. Se tambaleó sobre una rodilla y levantó la mirada, tenía la mandíbula apretada con una determinación tenaz, los dientes al descubierto, sus ojos azules, a través de la distorsión, ardían como el fuego desafiando a trece dioses oscuros... y uno de los

espíritus más poderosos que jamás he conocido se encontraba alrededor de su cabeza como un halo dorado.

Murphy se puso en pie con un aullido y un golpe suave de la espada. Los Señores de la Noche reaccionaron, echándose hacia atrás como si les hubieran golpeado en la cara. Varias máscaras de oro se cayeron de sus rostros, como si el golpe los hubiera tocado físicamente... y la presencia fundida de sus voluntades unidas se desvaneció de repente.

Con un grito, los guerreros jaguar, tanto mestizos como vampiros, se precipitaron hacia Murphy.

Esta esquivó el movimiento de una *katana* moderna, hizo añicos una espada de obsidiana tradicional con un movimiento despectivo de Fidelacchius y derribó al guerrero que la esgrimía con un corte horizontal preciso.

Pero estaba superada en número. No por docenas o veintenas, sino por centenas, y los guerreros jaguar se dispersaron inmediatamente para ir a por ella desde varias direcciones. Sabían trabajar en equipo.

Pero Sanya y yo también.

Sanya se adelantó con Esperacchius, y mientras se unía al combate, esta también se encendió con la ardiente luz blanca que parecía mermar a los vampiros, lo que les obligaba a agacharse, a golpear los pequeños destellos blancos que bailaban ante sus ojos. Sus botas le dieron a uno de los guerreros jaguar en las lumbares, y el poder bruto de la patada hizo que el guerrero echara la cabeza para atrás con la fuerza suficiente para romperse el cuello.

Yo seguí a Sanya y liberé una ráfaga de viento helador que tiró al suelo a dos guerreros cuando intentaron flanquear a Murphy desde el otro lado.

Sanya y ella se pusieron espalda contra espalda, liquidando a los guerreros jaguar con una eficiencia metódica durante varios segundos mientras cada vez más y más enemigos se movían en manada hacia ellos. Seguí apartándolos a porrazos: no era capaz de hacerles ningún daño real, pero evitaba que se centraran en números abrumadores sobre Murphy y Sanya... aunque podía sentir que empezaba a fatigarme. No podía mantener el ritmo por siempre.

Hubo unos pasos rápidos a mi lado y luego Molly pegó su espalda a la mía.

—¡Encárgate de ese lado! —dijo—. ¡Yo me encargo de este!

DJ Molly C levantó sus dos varitas y aumentó el caos de la batalla al máximo.

Color y luz y ruido de gritos surgieron de aquellas pequeñas varitas. Franjas de luz y oscuridad fluyeron alrededor y por encima de los guerreros jaguar que se acercaban, imágenes ondeantes de un sol brillante se entrelazaban con otras imágenes de amplios hoyos que de repente se abrían ante los pies de los atacantes. Estallidos de sonido, chillidos y golpes y explosiones, y ruidos agudos como si se escucharan en estéreo sobrecargaban los sentidos hiperagudos de los vampiros, lo que los obligaba literalmente a caer sobre las armas de aquellos que venían detrás.

Los vampiros se tambalearon ante el trabajo de su *rave* unipersonal femenina, que no los detuvo pero los ralentizó, y quedaron aturridos por el increíble campo de sonido y luz.

—Me encanta una buena fiesta —gritó Thomas felizmente, y empezó a bailar en los límites de la pista de baile de Molly, fustigando con la falcata brazos, piernas y cuellos de los guerreros jaguar mientras se tambaleaban y se caían antes de poder recuperarse. Yo no creía que nadie pudiera moverse lo suficientemente rápido para atraparlos, pero evidentemente mi hermano no estaba de acuerdo. Derrotó al enemigo cuando venía a por nosotros y dio un par de pasos de baile mientras tanto. El paso que tomó prestado del *break dance*, en el que una ola pasa de un brazo a otro, fue particularmente efectivo, en lo que a estética se refiere, cuando por un lado su falcata decapitaba a un vampiro y automáticamente le arrancaba el cráneo a otro.

La presión de los números disminuyó y Thomas empezó a moverse más deprisa, con más urgencia... hasta que Ratón saltó a ayudar para ponerle fin a la enorme confusión que mantenía a raya a todo el poder de la Corte Roja.

Yo tenía mi propia porción de la que preocuparme. De nuevo toqué el pozo de poder frío y listo, y con una palabra cubrí el campo que se extendía ante mí con un hielo liso y resbaladizo. Un viento aullador se levantó para darle la bienvenida a cualquier enemigo que diera un paso en el hielo, lo que le obligaba a rodear la máquina de matar que eran Sanya y Murphy o dar una vuelta para intentar acercarse por el mortal espectáculo de luz y sonido de Molly.

Alguien me tocó el brazo y casi lo achicharro sin mirar.

Martin se retiró, como si hubiera tenido una esquivista lista por si yo tenía algo para él.

—¡Dresden! —gritó—. ¡Mira!

Miré. En lo alto del pequeño templo que se encontraba al final del patio, los Señores de la Noche y el Rey Rojo estaban de pie en un círculo y todos estaban reuniendo poder mágico, probablemente de una de las malditas líneas ley, para lanzarlo. Fuera lo que fuese aquello, tenía el mal presentimiento de que estaba llegando al fondo de mi saco de trucos.

Escuché unos pasos de botas y vi a los guardias de seguridad mortales alinearse en los laterales del estadio, con los rifles listos. Cuando estuvieran en posición abrirían fuego, y el simple hecho era que si nos metían suficientes balas, caeríamos.

¿A quién estaba engañando?

No podía mantener el campo de hielo y viento durante mucho tiempo. Y sabía que Molly tampoco podía mantener su *rave* con tanta intensidad durante mucho tiempo. Docenas de guerreros jaguar habían caído, pero aquello significaba poco. Su número no se había reducido en ninguna cantidad importante.

Podíamos luchar cuanto quisiéramos, pero a pesar de todo, al final iba a ser inútil. Nunca íbamos a salir de aquel estadio.

Pero teníamos que intentarlo.

—¡Lea! —grité.

—¿Sí, niño? —preguntó, con un tono agradable y conversacional. Podía escucharla con una claridad perfecta. Buen truco.

—El rey y sus bufones están a punto de lanzarnos algo grande.

—Oh, no, es verdad —dijo Leanansidhe, mirando hacia el cielo distraídamente.

—¡Haz algo! —le aullé.

—Lo estoy haciendo —me aseguró.

Se quitó una pequeña esmeralda de un bolsillo de su vestido y la lanzó al cielo. Centelleó chispas y destelló, se alejó de la luz de las antorchas y las espadas y se desvaneció en la noche. Unos segundos después, explotó en una nube de alegres chispas verdes.

—Ahí tienes. Eso servirá —dijo, dando palmas y saltando—. Ahora deberíamos presenciar un verdadero baile.

Rayos verdes cortaron el cielo, surgiendo con tantos truenos que el suelo se sacudió. En lugar de disiparse, sin embargo, el trueno se hizo más fuerte mientras más y más rayos resplandecían desde el área del cielo en la que la gema de Lea había explotado.

Luego una capa de una docena de rayos separados cayó al mismo tiempo sobre el suelo del patio a veinte metros de distancia, creando cráteres humeantes en el suelo.

Mis ojos deslumbrados tardaron diez segundos en recuperarse y cuando lo hicieron, casi se me para el corazón.

En el patio había doce figuras de pie.

Doce personas con túnicas grises sin forma. Capas grises. Capuchas grises.

Y cada uno de ellos sujetaba un bastón de mago en una mano.

El Consejo Gris.

¡El Consejo Gris!

La figura más cercana era considerablemente más baja que yo y robusta, pero estaba en pie como si pretendiera mover el mundo. Levantó su bastón, golpeó el suelo con él y bramó: «¡Recuerda Arcángel!». Dijo una única palabra que retumbó mientras apuntaba al Rey Rojo y a los Señores de la Noche.

La segunda planta del templo en la que se encontraban... simplemente explotó. Una fuerza golpeó la antigua estructura como una enorme excavadora que se precipitaba a Mach 2. Se estrelló contra el templo. La piedra gritó. El Rey Rojo, los Señores de la Noche y varios miles de toneladas de la estructura del templo salieron volando por los aires con la suficiente energía violenta para enviar una onda sísmica que rebotaba desde el punto de impacto.

La enorme exhibición de fuerza trajo consigo un segundo de silencio pasmado al campo... y yo estaba tan sorprendido como cualquiera.

Luego eché para atrás la cabeza y solté un aullido primario de triunfo y alegría. El Consejo Gris había venido.

No estábamos solos.



El eco de mi grito pareció ser una señal que hizo que el resto de mis amigos lucharan por nuestras vidas. Hice estallar un par de vampiros para apartarlos de mis amigos y luego sentí una avalancha de energía sobrenatural que venía hacia mí. Me giré y vi un aluvión del ruinoso poder Rojo sobre mi escudo, y le lancé una ráfaga de llamas a un noble de la Corte Roja que llevaba una cantidad excesiva de joyas. Otros empezaron a atacar al recién llegado Consejo Gris, que respondió del mismo modo, y el aire se llenó de un intercambio salvaje de energías.

La figura baja y fornida de gris caminó hacia mí y dijo, como por casualidad:

—¿Qué tal, Hoss?

Sentí que mi cara se estiraba en una sonrisa fiera, pero le respondí con la misma actitud.

—Desearía haberme traído el bastón. Por lo demás... No puedo quejarme.

Desde el interior de su capucha, Ebenezer gruñó:

—Bonito atuendo.

—Gracias —dije—. Me ha gustado tu medio de transporte. ¿Consume poco?

—Siempre y cuando haya un felpudo en el que sacudirte los pies —dijo, y me lanzó su bastón—. Ten.

Sentí las energías moverse por el instrumento. Era un bastón de mejor factura que el mío, pero Ebenezer fue quien me enseñó cómo se hacían, y los dos que he usado a lo largo de los años fueron tallados de las ramas del roble partido por un rayo que había en su jardín delantero de la pequeña granja de los Ozarks. Podía usar este bastón casi tan bien como si fuera el mío.

—¿Y tú qué? —le pregunté—. ¿No lo quieres?

Golpeó un hacha que habían lanzado con precisión al aire con un movimiento de la mano y una palabra de poder y dijo, arrastrando las palabras:

—Tengo otro.

Ebenezer McCoy extendió su mano izquierda y dijo otra palabra, y la oscuridad se arremolinó de entre las sombras y se condensó en un bastón de madera oscura y retorcida, sin ninguna marca tallada ni nada.

El Cayado Negro.

—¡Fuego! —gritó en español alguien desde los muros... y por un segundo me sentí un tanto insultado. Alguien estaba gritando «fuego» y no era yo.

Mientras sentía aquel pique irracional, las armas de fuego empezaron a ladrar, y me apuntaron a mí primero. Las balas sonaron bruscamente al golpearme la armadura, rebotando en ella sin apenas dejar marca. Era como que te golpearan con piedras pequeñas: era incómodo pero en realidad no era peligroso... a menos que una de ellas consiguiera darte en la cabeza.

Ebenezer se giró hacia los muros desde los que estaban disparando los soldados. Los disparos golpeaban sus ropas, pero parecían hacer poco más que revolver la tela y caer a sus pies. El viejo dijo, principalmente para sí mismo:

—Aceptasteis el contrato equivocado, chicos.

Luego movió el Cayado Negro de izquierda a derecha, murmuró una palabra, y le arrancó la vida a unos cien hombres.

Simplemente... murieron.

No había absolutamente nada que marcara sus muertes. Ningún signo de dolor. Ninguna lucha. Ninguna convulsión de los músculos. Ninguna reacción en absoluto. Un momento estaban disparándonos salvajemente... y al siguiente, simplemente...

Cayeron.

Muertos.

El anciano se giró hacia el otro muro y vi dos o tres de los soldados más inteligentes tirar las armas y correr. No sé si lo consiguieron, pero el anciano volvió a mover el Cayado Negro por el aire y los hombres armados de aquel lado del campo cayeron muertos en el sitio.

Mi madrina vio cómo sucedía y siguió dando más saltos y más palmas, tan contenta como una niña en el circo.

Me quedé mirando fijamente, conmocionado. Ebenezer acababa de saltarse la Primera Ley de la Magia: «Nunca quitarás una vida». Había usado la magia para acabar directamente con la vida de otro ser humano... casi unas doscientas veces. Es decir, sí, yo tenía que saber que su trabajo le permitía hacerlo... Pero había una gran diferencia entre apreciar un hecho y ver aquella terrible verdad en movimiento.

El propio Cayado Negro latió y brilló con un poder sombrío y tuve la repentina sensación de que aquella cosa estaba viva, que conocía su propósito y que solo quería que la usaran, tanto y con toda la espectacularidad como fuera posible.

También vi unas venas negras venenosas que empezaban a supurar hacia la mano del anciano, recorriéndola lentamente, extendiéndose a su muñeca. Hizo una mueca y se sujetó el antebrazo izquierdo con la mano derecha por un momento, luego miró por encima del hombro y dijo:

—¡Muy bien!

La figura gris más lejana, alta y delgada, levantó su bastón. Vi un destello de metal resplandecer en un extremo del bastón y luego unos rayos verdes envolvieron al bastón en toda su longitud mientras apuntaba con el extremo de metal al suelo. Retiró el bastón, pero los rayos verdes retorciéndose permanecieron. Llevó el bastón hacia atrás a unos dos metros de distancia y de nuevo se envolvió con rayos verdes. Quitó el bastón, giró la mano con la que lo sujetaba y con un movimiento del brazo creó otra vara de rayos entre la parte superior de las dos columnas de electricidad, creando un puente.

Estaba abriendo un Camino.

Hubo un destello de luz y el espacio que se encontraba entre los rayos se deformó y se oscureció, luego explotó en figuras negras que llevaban espadas. Al principio pensé que llevaban trajes extraños, o quizás una armadura rara. Sus rostros tenían una forma un tanto similar a la de un cuervo, completada con un largo pico amarillo. Llevaban ropas que parecían estar hechas de plumas... y entonces lo entendí.

En realidad eran criaturas con picos en el rostro, cubiertas por suaves plumas negras y que llevaban espadas, todas y cada una de ellas eran una *katana* de estilo japonés. Salieron por el portal de veinte en veinte, de cien en cien, y empezaron a saltar hacia delante con unos saltos antinaturalmente largos que solo se diferenciaban de volar por la técnica. Tenían un aspecto mortífero y hermoso, eran todo gracia, velocidad y perfección en movimiento. La luz salvaje de la *rave*-mujer brilló en sus espadas y en sus negros ojos cristalinos.

—Los *kenku* me debían un favor —dijo Ebenezar, arrastrando las palabras—. Me pareció un buen momento para llamarlos.

Con silbidos afilados y gemidos de furia, las extrañas criaturas saltaron desde el patio y empezaron a enfrentarse a la Corte Roja en grandes números.

Era demasiado para asimilarlo. La hechicería volaba junto a las balas a mayor escala que cualquier cosa que hubiera visto. Armas de piedra se estrellaban contra el metal. La sangre corrió: la negra de los vampiros, la azul de los *kenku* y, principalmente, destellos de la escarlata mortal. Había demasiado terror y una belleza incongruente en ello, y creo que mi cabeza reaccionó desconectándose de todo lo que no amenazara mi vida o que estuviera a más de unos pocos centímetros.

—Maggie —dije. Le agarré el hombro al anciano—. Tengo que ir a por ella.

Hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—¿Dónde?

—El templo grande —dije, señalando a la pirámide—. Y a unos cuatrocientos metros al norte del templo hay un camión de ganado —dije—. Estaba custodiado la última vez que miré. Todavía hay prisioneros humanos en él.

Ebenezar gruñó y asintió.

—Ve a por la niña. Nosotros nos ocuparemos de la Corte Roja y de sus Señores de la Noche. —El viejo escupió en el suelo, con los ojos encendidos de la excitación—. Veremos cuánto les gusta a esos bastardos limosos lo que les he estado cocinando.

Le apreté la mano, con fuerza, luego puse la otra en su hombro y dije:

—Gracias.

Se le llenaron los ojos de lágrimas por un instante, pero solo soltó aire por la nariz y me apretó la mano a su vez.

—Ve a por la niña, Hoss.

El viejo me guiñó un ojo. Yo parpadeé un par de veces y me giré.

El tiempo volaba... para Maggie y para mí.



—¡Madrina! —grité, girándome hacia la pirámide.

Lea apareció a mi lado, con las manos llenas de una luz de color esmeralda y amatista: su propia hechicería mortal.

—¿Debemos perseguir nuestra misión ahora?

—Sí. Quédate cerca. Reuniremos al grupo y nos pondremos en marcha.

Molly era la que estaba más cerca. Fui hacia mi aprendiz y le grité en el oído:

—¡Vamos! ¡Deja que los hombres pájaros se encarguen! Tenemos que movernos.

Molly asintió vagamente con la cabeza y finalmente bajó las varitas mientras los *kenku* se encargaban de estrellarse contra la Corte Roja y quitar la presión de nuestros flancos. Las puntas de sus varitas, ambas fabricadas en marfil, estaban rotas y cuarteadas. Sus brazos colgaban sin energía y los balanceaba a los lados, y ahora parecía más pálida que al principio. Se giró hacia mí, me brindó una sonrisa temblorosa y de repente se cayó al suelo, con los ojos en blanco.

La miré aturdido por un segundo y luego me puse de rodillas junto a ella, mi amuleto brillaba porque usaba su luz para comprobar si tenía heridas. En el caos no había visto que en una de sus piernas, hacia la mitad, había un cúmulo de sangre. Uno de los disparos a ciegas de los matones de seguridad la había alcanzado por debajo del chaleco antibalas. Se estaba desangrando. Se estaba muriendo.

Thomas cayó al suelo junto a mí. Se quitó el cinturón y se lo anudó alrededor de la pierna como un torniquete.

—¡Yo me ocupo de esto! —dijo, mirándome, su expresión era remota, tranquila—. ¡Vete, vete!

Lo miré fijamente por un segundo, inseguro. Molly era mi aprendiz, mi responsabilidad.

Me miró y su máscara de tranquilidad se quebró por un segundo, mostrándome su tensión, el miedo que estaba conteniendo debido a la escala del conflicto que nos rodeaba.

—Harry —dijo—. La protegeré con mi vida. Lo juro.

Asentí y luego apreté un puño, mirando a mi alrededor. Tanta sangre derramada empezaría a atraer a los vampiros hacia la chica herida igual que las abejas a las

flores. Thomas no podría ocuparse de ella y luchar.

—¡Ratón —grité—, quédate con ellos!

El perro corrió hacia Molly y se quedó junto a su cabeza, con los ojos y los oídos en todas partes, un guardián determinado a no fallar.

Luego corrí hacia Murphy y Sanya. Ambos tenían pequeños cortes y abrasiones y ambos parecían estar a punto de cargar hacia la parte más cercana de la refriega. Martin caminó pegado a mí, aparentemente calmado y, por lo que parecía, ajeno a que se encontraba en medio de una batalla. A pesar de lo que he dicho de Martin, lo insípido que era, su conducta aburrida y su lenguaje corporal no combativo eran una verdadera armadura en aquella situación. Simplemente no parecía un objetivo importante o amenazador, y no tenía ni un rasguño.

Miré alrededor de mis amigos y cogí una espada que había tirado uno de los guerreros que habían matado, una espada china recta y sencilla conocida como *jian*. Era ligera, afilada en ambos extremos, y me encajaba a la perfección.

—Vamos a la pirámide —les grité a Murphy y a Sanya. Un grupo de treinta o cuarenta *kenku* vino hacia nosotros, sombras encantadas contra la luna creciente, y entraron en la refriega contra los guerreros jaguar que todavía se interponían entre nosotros y una salida del patio.

—¡Aquí! —dije—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Induje acción a mis palabras y me zambullí hacia la salida que los aliados de Ebenezar nos estaban abriendo. Hubo un estallido de magia y un destello de movimiento delante de nosotros mientras otro vampiro noble me lanzaba otra ráfaga de poder. Atrapé un pequeño rayo en el bastón de mi mentor (era más corto, más grueso y más pesado que el mío) conduciendo el ataque por mi brazo, el hombro y hasta la punta de mi espada recién adquirida. El rayo abrió un agujero en el estómago del noble de la Corte Roja. Se tambaleó mientras me acercaba a él. Puse el bastón en horizontal y le di en la nariz al pasar, tirándolo al suelo.

Pasamos por los restos del templo y salimos por el espacio abierto que se encontraba entre los edificios. Ahí fuera era el caos. Había guerreros guardianes y sacerdotes por todas partes, y la mayoría de ellos estaban armados. Los tipos mortales de seguridad estaban formando equipos y corrían hacia el patio para reforzar a la Corte Roja. Me di cuenta de que en algún momento Murphy, con su ropa brillando con una luz blanca, con su halo ardiente de oro fundido, había empezado a correr a mi lado derecho, con Sanya a mi izquierda. La luz brillante de las dos Espadas era un terror tanto para los vampiros como para los semivampiros, y reculaban ante aquella aura de poder y miedo... pero no era lo mismo que retirarse. Simplemente se apartaban, a la vez que otras criaturas cerraban un círculo más grande a nuestro alrededor, estrechándolo lentamente mientras avanzábamos hacia la pirámide.

—No vamos a conseguirlo —dijo Murphy—. Se están preparando para lanzarse hacia nosotros desde todos los lados.

—Siempre hacen eso —dijo Sanya, jadeando, su voz alegre estaba un tanto aburrida—. No es nada nuevo.

Tenían razón. Pude sentir el cambio en el movimiento de los villanos que nos rodeaban, cómo se retiraban más despacio delante de nosotros, presionando desde más cerca por detrás.

Mis ojos se sintieron atraídos hacia la pirámide que se encontraba delante... y ahí, de pie en el quinto nivel de la pirámide, mirando hacia abajo, se encontraba una figura con una máscara de oro. Evidentemente, uno de los Señores de la Noche que había sido lanzado hacia la pirámide con la entrada de Ebenezer. Y pude sentir su voluntad actuando sobre los enemigos que nos rodeaban: ahora no la usaba para superar al enemigo con la inmovilidad, sino para infundir en sus tropas confianza y agresión.

—Ese tipo —dije, señalándolo con la cabeza—. Máscara dorada. Si lo derribamos, llegamos.

Murphy escaneó la pirámide hasta que lo divisó. Luego sus ojos bajaron hasta la base de las escaleras y asintió rápidamente con la cabeza.

—Vale —dijo.

Y alzó Fidelacchius, soltó un grito que sobresaltó a muchísimos hombres grandes que trabajan en su magia y se zambulló hacia los guerreros de la Corte Roja como una nadadora contra una ola.

Sanya parpadeó.

Cielos santos, yo no pretendía que hiciera eso.

—Pequeña —dijo Sanya, riéndose con el estómago mientras empezaba a moverse —, ¡pero matona!

—¡Estáis todos locos! —grité, y me lancé con ellos, mientras Martin se echaba hacia atrás e intentaba seguirnos el ritmo a la vez que mantenía a raya a los vampiros que se acercaban por detrás.

Murphy hizo lo que ningún mortal hubiera sido capaz de hacer: se abrió camino entre una turba de vampiros guerreros. Los atravesó como si no hubieran sido más que una nube de humo. Fidelacchius resplandeció, y ninguna de las armas que se alzaron contra la Espada de la Fe, ni el acero moderno ni ninguna reliquia viviente, pudieron soportar su filo.

Murphy no parecía para nada atacar a nadie de verdad. Simplemente se movía hacia delante, y cuando los ataques venían hacia ella, le pasaban cosas malas a quien fuera que intentara darle. Los empujones de la espada los iban deslizando poco a poco hacia los lados mientras ella continuaba hacia delante, su propia espada parecía dibujar de manera natural e independiente un corte con forma de S en el cuerpo del enemigo a su paso, infligiendo un daño terrible con una velocidad exquisita. Los guerreros que se arrojaron hacia ella hallaron sus manos sujetando la nada, pues sus cuerpos habían sido lanzados al aire... y aquella horrible Espada de luz dejó heridas con bordes negros y chisporroteantes en todos y cada uno de sus oponentes.

Iban hacia ella de dos en dos, y una vez, tres guerreros jaguar consiguieron coordinar un ataque. No les hizo ningún bien. Murphy se había enfrentado a oponentes que eran más grandes y más fuertes y más rápidos que ella, en situaciones de verdadero peligro, desde que era una poli novata. Los vampiros y los semivampiros, con lo rápidos y fuertes que eran, no parecían más capaces de derrotarla de lo que lo habían sido aquellos matones y criminales. Por muy fuertes que fueran sus enemigos, la abrasadora luz de la Espada parecía ralentizarlos, debilitar su fuerza... No mucho, pero lo suficiente para marcar la diferencia. Murphy esquivó e hizo fintas y golpeó a guerreros entre sí, usando su propia fuerza contra ellos. El tres contra uno al que se enfrentó casi parecía injusto. Uno de los guerreros jaguar, armado con una enorme maza, acabó aplastando a sus dos compatriotas, cortesía del Caballero en prácticas, y se encontró su maza rebanada en tres rodajas que acabaron en el suelo junto a su propia pierna cortada.

Karrin Murphy lideró la carga y Sanya y yo intentamos seguirla. Atravesó aquel mar de enemigos como una pequeña lancha motora, sus enemigos giraron y se lanzaron y se dieron la vuelta y se desorientaron tras su estela. Sanya y yo nos abrimos camino a porrazos entre enemigos aturcidos, empujándolos y decapitándolos con una brutalidad nada sofisticada... y aquel enorme lunático ruso no dejó de reírse en ningún momento.

Llegamos a las escaleras y la resistencia se había debilitado muchísimo. Murphy aceleró y el Señor de la Noche alzó una mano llena de joyas contra ella, su simple voluntad provocaba que el aire formara ondas y se volviera más denso. Sanya y yo lo golpeamos como si fuera una pared de ladrillo y nos paramos de repente, pero parecía que Murphy pasaba a través de él, como los demás ataques dirigidos hacia ella; mientras, su halo seguía ardiendo con fuerza. Asustado, el enemigo levantó una mano y lanzó tres rayos de su poder hechicero que aullaron mientras se dirigían a ella, uno justo después de otro. Los pies de Murphy, seguros y rápidos en las escaleras, imitaban el balanceo de un boxeador, y cada rayo pasó de largo ardiendo inútilmente.

Sanya aulló y se cayó, esquivando el rayo que casi lo machaca. Yo bloqueé uno con mi escudo y otro me dio en la espinilla. La armadura de mi madrina protegió la carne, pero el golpe dejó bastante maltrechas las escaleras de la pirámide.

Alcé la mirada a tiempo para ver a Murphy correr hacia el Señor de la Noche y pasar rápidamente a su lado, mientras su espada realizaba un único corte, hacia arriba, en vertical.

La máscara de oro se cayó de la cabeza del vampiro, junto con la mitad de su cráneo. Un fuego plateado ardía en los limosos y retorcidos lóbulos del cerebro del vampiro, ahora al descubierto, y su sangre brotó y tocó aquel fuego, alzándose en una repentina pira de llamas de color blanco plateado. De algún modo, el Señor de la Noche consiguió gritar mientras el fuego lo consumía y lanzó más ráfagas de magia a ciegas y en todas direcciones durante unos cuantos segundos más, hasta que

finalmente acabó siendo unas cenizas ennegrecidas y unas manchas feas sobre la piedra.

Solo entonces se desvaneció la barrera de su voluntad y Sanya, Martin y yo subimos las escaleras corriendo hacia el templo.

El enemigo todavía nos perseguía (¡había tantos de esos condenados!) y, cuanto más altura ganaba yo, más capaz era de mirar atrás y ver que la Corte Roja había empezado a contener la incursión *kenku*. La batalla seguía con furia abajo en el campo, y aunque un guerrero con plumas era el equivalente a dos o tres vampiros o semivampiros, el enemigo tenía números de sobra. Yo solo podía agradecer que hubiera tantos de sus tiraconjuros dándose de puñetazos con el Consejo Gris en lugar de interponerse en nuestro camino.

—Maldita sea —dije, mirando los escalones que conducían al templo de su cumbre. Unas sombras se movían dentro—. ¡Maldita sea! —Miré a mi alrededor y de repente sentí una mano que agarraba la mía, donde tenía sujeto el bastón.

Murphy me sacudió la mano hasta que la miré.

—Sanya y yo nos quedaremos aquí —dijo, jadeando—. Los retendremos hasta que cojas a Maggie.

Bajé la mirada hacia la ladera de la pirámide. Cientos de miembros de la Corte Roja subían y ahora se estaban liberando de sus máscaras de carne, descubriendo los monstruos que había debajo. ¿Retenerlos? Sería un suicidio. Las Espadas le daban a sus portadores un poder inmenso contra cosas surgidas de las pesadillas, pero no los hacían superhumanos. Murphy y Sanya llevaban luchando veinte minutos... y no existe ningún ejercicio aeróbico que se compare con las exigencias físicas de un combate. Ambos respiraban con dificultad, se estaban cansando.

Suicidio.

Pero yo necesitaba llegar ahí arriba.

—¡Dresden! —gritó Martin—. ¡Vamos!

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tirando de mí, intentaba hacerme subir las escaleras.

Supongo que yo también me estaba cansando bastante.

Limité mi atención a Martin, hacia las escaleras, e intenté ignorar el ardor de mis brazos, mis piernas y mi pecho. Respiré profundamente y fue como inhalar de repente un viento frío y claro. Creí escuchar que alguien me susurraba algo, algo en una lengua que no entendí... pero reconocí la voz de mi reina. Me di cuenta de que una nube de niebla blanca y vapor se estaba reuniendo a mi alrededor mientras yo continuaba, un poco más rápido. El húmedo aire del Yucatán hervía alrededor del hielo que se había formado en mi armadura.

Luego el frío se llevó el calor de la fatiga y sentí que el hielo fluía dentro de mí, implacable, despiadado, incansable. Mis piernas empezaron a batir como los pistones de un motor. De repente un paso por escalón sencillamente no era suficiente, y empecé a subirlos de dos en dos, dejando atrás a Martin rápidamente.



Llegué a la cima y un guerrero jaguar semivampiro se lanzó hacia mí. Rugí, golpeé su espada a un lado con la mía y atacé con un pie, dándole una patada fuerte en medio del pecho.

Se escuchó cómo se le rompía el esternón y cayó hacia atrás como si lo hubiera atropellado un camión. Golpeó la pared de piedra que había a su espalda con la fuerza suficiente para hacer que cayera polvo del techo de encima y se desplomó como un juguete roto. Que era exactamente el tipo de poder que se suponía que tenía el Caballero del Invierno, y mientras veía al pobre idiota caer, solo pude sentir satisfacción.

El templo cuadrado tenía cuatro entradas, una a cada lado, y en la que estaba inmediatamente a mi derecha apareció un vampiro libre de su máscara de carne, con una piel de jaguar todavía sobre los hombros. Llevaba en la mano un cuchillo de obsidiana: la daga del Rey Rojo. Era el vampiro que había enviado a matar a Maggie.

—Niebla de guerra, ¿eh? —le pregunté, y me sentí sonreír—. Colega, ¿alguna vez has salido por la puerta equivocada en el momento equivocado?

Sus ojos bajaron un instante al suelo a mi izquierda, y yo también miré. Maggie estaba ahí agazapada, directamente entre el altar y la puerta que había a mi izquierda, encadenada y temblando, apiñándose contra el suelo como si esperara que no la vieran.

—Venga —dije, volviendo a mirar al vampiro. Hice botar un poco la espada que llevaba en la mano derecha. Una niebla blanca surgió del filo. Y unos pocos copos de nieve—. Ve a hacerlo, tío duro. Da un paso hacia esa niña y verás lo que pasa.

La puerta que había en el lado opuesto al mío se oscureció.

El Rey Rojo y nada más y nada menos que cuatro de sus Señores estaban ahí de pie. Sus máscaras de oro brillaban, lanzando unos reflejos extraños por el conjunto de luces y fuegos que resplandecían en la oscuridad del exterior.

Su rostro estaba retorcido de rabia y su voluntad y las voluntades de los Señores que tenía detrás cayeron sobre mí como golpetazos de varias almádenas. Me tambaleé, planté el bastón de mi mentor con firmeza en el suelo de tierra y evite a duras penas caerme al suelo.

—Ahora —dijo el Rey Rojo, su voz estaba ahogada por la furia—. Poned a esa zorrilla en el altar.

Uno de los Señores dio un paso al frente y se agachó para coger a la niña por el pelo. Maggie gritó.

—¡No! —grité.

El Rey Rojo fue hacia el altar y quitó el cuerpo de la mujer muerta de una patada.

—Mortal —escupió—. Aún está tan seguro de que su voluntad importa. Pero no eres nada. Una brizna. Una sombra. Estás aquí y luego ya no. Olvidado. Es el destino. Así es el universo.

Agarró el cuchillo ritual de las manos del guerrero y me miró, su verdadera naturaleza se retorcía y se agitaba bajo su piel. El Señor arrastró a la niña encadenada,

mientras gritaba, al altar, y los ojos negros del Rey Rojo brillaron.

—Este es tu único papel, mortal —dijo—, tu única gracia, lo único que verdaderamente estás destinada a hacer. —Miró fijamente a Maggie y enseñó los dientes, todos eran colmillos largos, las babas le caían por la boca hasta la barbilla—. Muere.



El Rey Rojo levantó el cuchillo sobre mi hija y ella soltó un gritito con voz temblorosa, un llanto desamparado e indefenso de terror y desesperación... Y por mucho que luché con la nueva fuerza que me había dado la reina Mab, con la protección que me concedía la armadura de mi madrina, no pude hacer absolutamente nada al respecto.

No tenía que hacerlo.

Una luz blanca surgió sobre el altar de ninguna fuente visible y el Rey Rojo gritó. Los grilletes de su voluntad se desvanecieron, al igual que su mano derecha, la que sujetaba el cuchillo de piedra, que se desprendió de su brazo y giró en el aire. Cayó al suelo de piedra, sujetando todavía con fuerza la empuñadura del cuchillo envuelta en cuero, y la hoja de obsidiana se hizo añicos como un plato.

Grité al sentir que la voluntad del Rey Rojo me soltaba. La de los otros todavía me sujetaba, pero de repente supe que me podía mover, supe que podía luchar. Mientras el Rey Rojo se tambaleaba hacia atrás, levanté una mano, rugí «¡Fuego!» y lancé una ola de fuego hacia mi derecha, que se tragó al guerrero jaguar que todavía estaba a medio metro de la puerta. Intentó huir y lo único que hizo fue acabar gritando y cayendo mortalmente por los empinados escalones de la pirámide mientras el fuego del alma vinculado a mi conjuro se encontraba con su carne y le prendía fuego.

Me giré de nuevo hacia los Señores que se encontraban delante de mí en el lado opuesto del altar. No podía arriesgarme a lanzarles energía destructiva con mi hija tumbada sobre el altar que se interponía entre nosotros, y no tuve otra elección que apartar la amenaza inmediata del guerrero para poder centrarme en los Señores y en el Rey Rojo. Si no, le hubiera resultado relativamente sencillo acercarse a mí y cortarme la garganta mientras yo me peleaba con la élite vampírica.

Pero a ese juego también podía jugar yo... y mi resistencia física era muchísimo mejor que la de ellos.

Reuní mi voluntad y levanté el bastón prestado... Y, al hacerlo, cuatro seres más con máscaras de oro entraron en el templo.

¿De dónde venían todos esos yoyós?

—¡Retened al mago! —rugió el Rey Rojo, y la presión de mentes hostiles sobre mí se duplicó de repente. Sentí que mi brazo izquierdo se sacudía y que el bastón que sujetaba se hundía lentamente. Mi brazo derecho se quedó sin combustible, pues sus músculos estaban completamente agotados, y la punta de la espada resonó al tocar el suelo de piedra.

El Rey Rojo se alzó y miró fijamente por un momento al altar y a la columna de luz brillante que había sobre él. Al hacerlo, su espantosa mano empezó a retorcerse en el suelo como una araña; un segundo después, se dio la vuelta y empezó a arrastrarse hacia él. El rey se quedó ahí de pie, mirando fijamente la luz. Intenté librarme de la masa de voluntad oscura que se dirigía sobre mí. La luz solo podía ser Susan, cubierta por un velo obra de la Leanansidhe y esgrimiendo a Amorracchius. Es decir, ¿cuántas fuentes invisibles de luz sagrada interesadas en proteger a mi hija podían estar pululando por Chichén Itzá? Ella todavía no había atacado, sino que se encontraba sobre Maggie. Quería gritarle que se la llevara, que era su única oportunidad. Si no lo hacía, el Rey Rojo y sus Señores se harían con ella casi con la misma facilidad y rapidez que yo me había encargado del guerrero jaguar.

Pero el rey no lo hizo... y en un atisbo de lucidez, entendí por qué.

No sabía lo que era la luz.

Solo sabía que le había hecho daño cuando había intentado asesinar a la niña. Desde su perspectiva, podría haber sido casi cualquier cosa: un arcángel montando guardia o un espíritu de luz tan terrible como tonto había sido el Ick. Pensé en la voz que surgió de la boca de Murphy, el juicio que pronunció sobre la Corte Roja, y de repente entendí qué estaba haciendo que el Rey Rojo dudara, qué estaba pensado realmente: que la entidad que había sobre el altar podría ser algo que él creía que no existía en realidad... Como, tal vez, el verdadero Kukulcan.

Y tenía miedo.

Susan no podía hacer nada. Si actuaba, si revelaba quién era, la duda del enemigo se desvanecería y el conflicto se iniciaría de nuevo al instante. Superados tanto en número, ella no tendría ninguna oportunidad.

Pero ella sabía lo que tenía, en forma de incertidumbre y miedo, y no se movió ni hizo ningún sonido. Era un arma tan potente como las voluntades de los mismísimos semidioses; había, después de todo, paralizado al Rey Rojo. Pero era un arma frágil, una espada hecha de cristal, y sentí que mis ojos se dirigían hacia los trozos rotos de obsidiana en el suelo.

No podía moverme... y el tiempo no era nuestro aliado. Con cada segundo que pasaba, el enemigo, más numeroso, se organizaría más, se recuperaría más de la conmoción por la repentina invasión de un pequeño ejército justo en medio de la celebración de sus fiestas. Necesitaba una oportunidad, un momento, si quería sacar a Maggie de todo aquel desastre. Y lo necesitaba pronto.

Luché contra las voluntades de los Señores de la Noche, incapaz de moverme... y mantuve su atención centrada sobre mí. Una por una, mi mirada viajó por todas las

máscaras de oro. Y me centré en la última por un momento, luego volví a empezar con la primera, intentaba probar la voluntad individual de cada uno para averiguar cuál sería el punto más débil de atacar cuando llegara el momento.

Justo entonces, Martin entró sigilosamente en el templo por la cuarta puerta, no hizo ni un solo ruido, y me pareció que había llegado el puto momento. Todos los Señores presentes estaban centrados en mí. El Rey Rojo estaba de pie completamente distraído por el espectáculo de luz de Susan, mientras su mano cortada trepaba por su pierna y saltaba a su brazo herido, donde unos tendones gomosos de un líquido oscuro se extrudían de inmediato por la carne sana y herida por igual y empezaban a entrelazarse.

Martin había entrado en lo que tenía que ser un sueño húmedo para un operativo de la Hermandad: el Rey Rojo con la espalda desprotegida y sin nadie que le impidiera practicar el medieval con el líder de la vil estructura de poder y terror que era la Corte Roja.

Sacó el machete de la vaina sin que ni siquiera silbara el acero sobre el nailon y se echó para atrás, preparándose para golpear. Había una intensa concentración en su rostro que yo nunca había visto antes.

Se acercó los últimos dos pasos en un borrón superrápido, giró, y yo me estaba preparando para animarlo...

... cuando sus pies se alzaron para golpear salvajemente el aire que se encontraba en la brillante luz blanca.

Escuché a Susan gritar mientras caía, sorprendida por el golpe. Martin, moviéndose con los ojos cerrados, se acercó a ella con los brazos extendidos y cogió algo que había entre ellos. Moviéndose con fuerza el brazo izquierdo, girando el machete hacia arriba con el derecho al hacerlo... y de repente Susan fue completamente visible, estaba doblada en un arco doloroso en la presa que le hacía Martin. Se le había caído la capa de plumas y el filo del machete de Martin descansaba en su garganta.

Grité de rabia. Me salió una especie de bufido vocalizado.

El Rey Rojo había dado un rápido paso hacia atrás mientras Martin atacaba, con sus ojos muy atentos. Luego, cuando Susan apareció, ladeó la cabeza mientras asumía lo que estaba viendo.

—Le ruego me excuse, mi señor —murmuró Martin, inclinándose ligeramente la cabeza hacia el Rey Rojo—. Tírala —le dijo a Susan con una voz firme. Torció más su cuerpo, haciendo que ella se doblara de dolor, y presionó el filo del machete contra su garganta aún más, hasta que los dedos de Susan se abrieron y Amorcchius cayó al suelo mientras su luz se apagaba lentamente.

—Un truco —dijo el Rey Rojo. La rabia empezó a supurar de él—. Un truco de charlatán. —Su mirada pasó de Susan a Martin—. Y tú te has revelado.

—Le ruego su perdón, mi señor —dijo Martin—. Me pareció el momento adecuado. Por iniciativa propia, los equipos de ataque empezaron a eliminar personal

de la Hermandad y pisos francos hace dos horas. Mañana a estas horas no quedará ningún operativo vivo al sur de los Estados Unidos. Y nuestra división financiera se habrá hecho o habrá destruido casi el noventa por ciento de sus cuentas.

—Hijo de puta —dijo Susan, con la voz rebosante de dolor—. Puto traidor.

La expresión de Martin cambió con sus palabras. Pero no apartó los ojos en ningún momento del Rey Rojo.

—Os entrego la Hermandad de San Gil, mi señor —dijo—, y os ruego que me concedáis mi recompensa.

—Recompensa —dijo Susan, cargando más desprecio y odio en sus palabras de lo que debería haber sido posible—. ¿Qué podrían darte, Martin, para hacer que valga la pena lo que has hecho?

El Rey Rojo miró a Susan y dijo:

—Explícaselo.

—Lo has malinterpretado —dijo Martin con calma—. No he traicionado a la Hermandad, Susan. Este era el plan desde el momento en que me uní a ella. Piensa. Hace menos de una década que me conoces y has visto lo cerca que hemos estado en algunos de nuestros aprietos. ¿De verdad creías que he sobrevivido ciento cincuenta años batallando contra la Corte Roja y que sobreviví a todos los demás operativos para servir a la Hermandad por mis propios méritos? —Sacudió la cabeza—. No. Se me ofrecieron vías de escape. Al igual que objetivos. Tardé cincuenta años y tuve que matar personalmente a dos de mis compañeros y amigos, que habían trabajado tanto como yo, para ganarme la confianza de la Hermandad. Cuando me admitieron en el círculo interno, llegó su hora. La confianza es un veneno, Susan. Tardé otro siglo en averiguar sus secretos, pero al final se hizo. Nuestra gente terminará de eliminar a la Hermandad, en todos los sentidos posibles, mañana. Se acabó.

Los ojos de Susan se movieron hacia mí y Maggie siguió llorando en silencio, hecha un ovillo. El rostro de Susan estaba retorcido de dolor. Había lágrimas de furia en sus ojos mientras me miraba.

Y yo ni siquiera podía hablar con ella.

—¿Y qué es lo que obtienes a cambio? —preguntó Susan, con voz temblorosa.

—Ascender —dijo el Rey Rojo—. No tengo ningún interés en admitir lunáticos sedientos de sangre en la nobleza de mi Corte. Martin ha demostrado, a lo largo de décadas, ser digno gracias a su dedicación, su autocontrol y, lo más importante, su competencia. Fue sacerdote durante cincuenta años antes de que se le permitiera intentar esta misión.

—Sinceramente, Susan —dijo Martin—. Te dije muchas veces que nunca podías dejar que tus emociones interfirieran en tus deberes. Si me hubieras escuchado, estoy seguro de que lo habrías pillado. Me hubiera visto obligado a matarte, como hice con muchos otros que se pasaron de listos, pero lo habrías sabido.

Susan cerró los ojos. Estaba temblando.

—Por supuesto. Podías contactar con ellos las veces que hubieras querido. Cada vez que yo visitaba a Maggie.

—Correcto —dijo en voz baja. Se giró de nuevo hacia el Rey Rojo—. Mi señor, os ruego vuestro perdón. Pretendía daros solo lo que deseabais y el momento hizo necesario que actuara, si no, vería cómo se nos iba esta oportunidad.

—Dadas las circunstancias, creo que no objetaré nada, sacerdote —dijo el Rey Rojo—. Si los equipos de asalto tienen tanto éxito como predices, tendrás tu recompensa y mi gratitud.

Martin inclinó la cabeza hacia el Rey Rojo y luego levantó la mirada hacia mí. Estudió mi rostro un momento antes de decir:

—El mago tiene la daga de Alamaya en su cinto, mi señor, si deseáis completar el ritual.

El Rey Rojo respiró profundamente, cogió aire y lo soltó, su expresión se volvió más benevolente.

—Martin, Martin, la voz del pragmatismo. Estaría perdido sin ti.

—Mi señor es demasiado amable —dijo Martin—. Por favor, aceptad mis condolencias por la pérdida de Arianna, mi señor. Era una mujer extraordinaria.

—Extraordinariamente ambiciosa —dijo el Rey Rojo—. Determinada a anclarse en el pasado, en lugar de explorar nuevas oportunidades. Ella y toda su camarilla, determinados a debilitarme. Si ella hubiera destruido a este animal y hubiera cumplido su promesa de ponerle fin al maldito Consejo Blanco, hubiera sido una verdadera amenaza a mi poder. No me agrada pensar en ello, pero su muerte estaba destinada.

—Como digáis, mi señor —dijo Martin.

El Rey Rojo se acercó a mí, sonriendo, y alargó el brazo hacia la daga de mi cinto.

Susan enseñó los dientes, todavía forcejeando, pero Martin era más que su igual, al parecer.

No había nada que pudiera hacer. Habían amañado tanto la baraja en mi contra que incluso con Martin de nuestro lado, las cosas parecían desalentadoras. Su traición había llegado en el momento ideal, maldita sea. Malditos sean todos. No había nada que yo pudiera hacer...

Hace mucho tiempo, cuando yo era poco más que un niño, mi primer amor y yo habíamos diseñado un conjuro para poder hablar en silencio entre nosotros durante las clases. Era una magia que se parecía mucho a la piedra de hablar que había creado Ebenezar, pero más simple, con un alcance mucho más corto. Nunca lo había utilizado para comunicarme con una persona que no fuera Elaine, pero Susan había sido íntima mía... y pensé que en aquel momento lo único que teníamos los dos en mente era Maggie.

Podría ser suficiente para establecer el vínculo, aunque solo fuera en un sentido.

Intenté atrapar la magia menor, luchando por unirla a través de las resistentes cadenas de las voluntades de los Señores de la Noche y lanzar mi pensamiento hacia Susan con toda la claridad que pudiera.

«No lo sabe todo», le envié desesperadamente. «No sabe nada del encantamiento que protege tu piel. Él solo sabe lo de la capa porque te vio usarla cuando llegamos aquí».

Los ojos de Susan se abrieron como platos por un segundo. Me había escuchado.

«El altar», pensé. «El ritual pensado para matarnos se puede volver contra ellos. Si uno de ellos muere por ese cuchillo, la maldición irá tras su línea de sangre, no la nuestra».

Sus ojos se abrieron aún más. La vi pensar con furia.

—Martin —preguntó Susan en voz baja—. ¿Por qué Arianna cogió a mi hija?

Martin bajó la mirada hacia Susan, después hacia Maggie, y luego la apartó.

—Porque el padre de la niña es el hijo de Margaret LeFay, la hija del hombre que mató a su marido. Al matarla, de ese modo podía vengarse de todos vosotros.

Si no hubiera estado más o menos inmóvil, me habría quedado helado en el sitio.

Margaret LeFay. La hija del hombre que había matado al marido (y chico vampiro) de Arianna, Paolo Ortega.

El duque Ortega. El que había sido destruido por el Cayado Negro.

Ebenazar McCoy.

Uno de los magos más poderosos del mundo. Un hombre con tanto poder personal y político que Arianna nunca hubiera sido capaz de matarlo directamente. Así que había decidido atacarlo mediante su linaje. De él a mi madre. De ella a mí. De mí a Maggie. Matar a la niña y matarnos a todos.

A eso se refería Arianna cuando había dicho que no se trataba de mí.

Se trataba de mi abuelo.

De repente tenía sentido que el viejo hubiera puesto su vida en juego al declararse mi mentor cuando el Consejo me habría matado por asesinar a Justin DuMorne. De repente tenía sentido por qué había sido tan paciente conmigo, tan considerado, tan amable. No había sido un acto de amabilidad aleatoria.

Y de repente tenía sentido por qué apenas hablaba de su aprendiz, Margaret LeFay, un nombre que ella se había puesto para sí misma cuando su certificado de nacimiento debía de rezar «Margaret McCoy». Demonios, por eso mismo probablemente nunca le dijo al Consejo que Margaret era su hija. Estaba segurísimo de que, si conseguía sacar a Maggie de aquel lío, él no iba a tener ninguna intención de permitir que supieran algo de ella.

Mi madre había sido asesinada finalmente por los enemigos que había hecho... y Ebenazar, su padre, el hombre más peligroso del Consejo Blanco, no había estado ahí para salvarla. Las circunstancias no importaban. No importaba lo que él había conseguido, sabía que el viejo nunca se perdonaría el no salvar la vida de su hija, igual que yo mismo tampoco podría si le fallaba a Maggie. Por eso él había dejado las



cosas claras, una demostración de lo que podría pasarles a aquellos que vinieran hacia mí con una venganza personal: estaba intentando, preventivamente, salvar a su nieto.

Y eso explicaba por qué había cambiado el foco de atención del Consejo Gris y lo había conducido hasta aquí. Tenía que salvarme... y yo tenía que salvar a mi hija.

Y, añadió una parte cínica de mí, a sí mismo. Aunque yo no estaba seguro de si aquello había sido un pensamiento consciente por su parte, debajo de la montaña de problemas que había acumulado.

No había duda de por qué Arianna se había empeñado y molestado tanto en usar la maldición de linaje, empezando con Maggie. Se vengaba de mí, que no estaba dispuesto a morir en un duelo, y de Ebenezar, que simplemente había matado a Ortega como se mata a un animal peligroso, un asesinato ordinario realizado por conveniencia propia y que llamó mucho la atención. Arianna tenía que haber perdido muchísimo prestigio tras aquello... y mis hazañas continuas contra los Rojos y su aliados solo habrían hecho que estuviera más determinada a darme mi merecido. Con una sola maldición, mataría a la vez a un miembro del Consejo de Ancianos y al Cayado Negro. Mi muerte también sería algo de lo que jactarse, dado que, como la propia Arianna había remarcado, nadie había conseguido hacerlo aún, y sentí que, tras la muerte de Donald Morgan, yo podía reclamar con seguridad el título del Guardián Más Infame del Consejo.

Menudo golpe para Arianna. Y después de eso, supuestamente... un golpe de estado.

Por supuesto, si el Rey Rojo sujetaba el cuchillo, se llevaba lo mejor de cada casa. Enemigos muertos, más prestigio y un trono más seguro. Pan comido.

El Rey Rojo me quitó el cuchillo del cinturón, sonriendo, y se volvió hacia el altar... y a mi hija.

«Dios santo —pensé—. Piensa, Dresden. ¡Piensa!».

Espero que un día Dios me perdone por haber tenido aquella idea.

Porque yo nunca lo haré.

Sabía lo enfadada que estaba Susan. Sabía el miedo que tenía. Su hija estaba a punto de morir a solo unos centímetros de ella y lo que le hice era como un asesinato.

Centré mis pensamientos y se los envié a Susan.

«¡Susan! ¡Piensa! ¿Quién sabía quién era el padre del bebé? ¿Quién se lo pudo decir?».

Apartó los labios de los dientes.

«Ese cuchillo no puede hacerte daño», pensé, aunque sabía perfectamente bien que ninguna magia feérica podía ignorar alegremente el toque del acero.

—Martin —dijo Susan, en voz baja y muy despacio—. ¿Les contaste lo de Maggie?

Él cerró los ojos, pero su voz era firme.

—Sí.

Susan Rodriguez perdió la cabeza.

Un instante era una prisionera y al siguiente se había retorcido como una anguila, demasiado rápida para verla con facilidad. El machete de Martin abrió un largo corte en su garganta, pero le prestó tan poca atención como al rasguño de una espina mientras haces senderismo.

Martin levantó una mano para bloquear el golpe que creía que iba a llegarle... y fue inútil, porque Susan no se giró hacia él.

En vez de eso, sus ojos se llenaron de oscuridad y rabia, su boca se abrió con un grito que mostró sus colmillos extendidos y fue a por su garganta.

Los ojos de Martin estuvieron sobre los míos durante una fracción de segundo. No más. Pero sentí que empezaba la visión del alma. Sentí su agonía, el dolor de la vida mortal que había perdido. Vi sus años de servicio, su devoción genuina, como una estatua de mármol del Rey Rojo que se mantenía pulida y se cuidaba amorosamente. Y vi que su alma cambiaba. Vi que esa imagen de veneración se manchaba mientras pasaba años y años entre aquellos que luchaban contra el Rey Rojo y su imperio de terror y miseria. Y vi que cuando había entrado en el templo, él sabía perfectamente bien que no iba a sobrevivir. Y que estaba conforme con ello.

No había nada que yo pudiera hacer a tiempo para evitar lo que estaba a punto de suceder, y no estaba seguro de si quería hacerlo. Martin dijo que había tardados años y años en engañar a la Hermandad de San Gil. Pero había tardado más de dos siglos en engañar al Rey Rojo. Como antiguo sacerdote, Martin debía de haber conocido la maldición de linaje y su potencial de destrucción. Debía de haber sabido que el amenazar a Maggie y la revelación de su traición seguramente harían que Susan perdiera el control.

Él ya me había dicho, prácticamente en el momento en que llegó a Chicago, que haría cualquier cosa si eso significaba dañar a la Corte Roja. Me habría disparado por la espalda. Habría traicionado la propia existencia de Maggie, prácticamente se la había entregado a los bastardos asesinos. Habría traicionado a la Hermandad ante sus enemigos.

Habría destruido a Susan.

Y él mismo habría muerto.

Todo lo que había hecho, me di cuenta, lo había hecho por una sola razón: para asegurarse de que yo estaba ahí cuando sucediera. Para darme una oportunidad de cambiarlo todo.

Susan lo tiró al suelo de piedra, era una berserker con terror y rabia, y le arrancó la garganta, desgarrando bocado tras bocado la carne de su cuello con una velocidad sobrenatural.

Martin murió.

Susan empezó a convertirse.

Y aquel era mi momento.

Me lancé contra las voluntades de los Señores de la Noche con todo lo que había en mi cuerpo, mi corazón, mi mente. Arrojé mi miedo y mi soledad, mi amor y mi

respeto, mi rabia y mi dolor. Hice que mis pensamientos fueran un martillo, lo imbuí con los fuegos de la creación y lo forjé en el poder gélido del guardián más oscuro que jamás había conocido la Tierra. Levanté los brazos con un grito de desafío y puse todas las barreras que pude entre sus mentes y la mía, y por un segundo fugaz deseé haber llevado el estúpido sombrero.

Y se lo lancé todo al segundo Señor desde la izquierda, aquel cuya voluntad parecía menos fuerte. Se tambaleó e hizo un sonido que una vez le escuché a un boxeador al que le habían dado un gancho en las pelotas.

Con eso, el último Señor de la Noche que entró en el templo —el que llevaba la máscara que había visto antes, cuando Murphy se la había rebanado de su propia cabeza— levantó las manos y lanzó franjas de poder de color verde y amatista que rajaron como una guadaña a sus supuestos compatriotas.

La ráfaga mató a dos inmediatamente con una violencia espectacular, cortando sus cuerpos en tiras horribles y salpicando el interior del templo con sangre negra. El resto de Señores se quedaron pasmados, gritando de sorpresa y dolor, mientras sus verdaderas formas empezaban a rasgar con sus garras la piel que los contenía para liberarse de ella.

Mi madrina también se deshizo de su disfraz y le arrojó la máscara de oro al Señor más cercano mientras permitía que la ilusión que ocultaba su verdadera forma se disipara, llevándose consigo las ropas y los adornos que le habían permitido introducirse entre el enemigo. Le brillaban los ojos, tenía las mejillas rojas. La sed de sangre y un deseo entusiasta y casi sexual de destruir irradiaba de ella como el calor de un fuego. Trasmitió su felicidad en un aullido y empezó a lanzar rayos y relámpagos y telarañas de energía que aturdieron a los Señores de Noche, que intentaban esquivar el poder que surgía de sus dedos temblorosos mientras reunían la fuerza de sus voluntades y su propia hechicería para arrojarse sobre ella.

Ninguno de los Señores de la Noche se acordó de retenerme.

De repente, estuve libre.

Me lancé hacia la espalda del Rey Rojo con un grito y lo vi darse la vuelta para enfrentarse a mí, cuchillo en mano. Sus oscuros ojos se abrieron de repente y el horrible poder de su voluntad descendió sobre mí como una docena de mantas de plomo.

Me tambaleé, pero no me detuve. Estaba histérico. No estaba bien. Era invencible. Mi armadura y el bastón de mi abuelo y la visión de mi hija aterrada y el frío poder que fluía por mis brazos y piernas me permitió empujar un paso más, y otro, y otro, hasta que me quedé casi cara a cara con él.

La mano derecha restaurada del Rey Rojo se lanzó hacia delante para clavarme el cuchillo de obsidiana en la garganta.

Mi mano izquierda bajó el bastón e interceptó su muñeca. Detuve el cuchillo a tres centímetros de mi garganta, y sus ojos se abrieron cuando sintió mi fuerza.

Su mano izquierda se movió rápidamente para agarrarme la garganta con un poder aplastante.

Dibujé una C con el pulgar y el dedo índice de mi mano derecha, el hielo crujía mientras se expandía por ellos, rígido y claro como el cristal.

Sumergí los dos dedos en sus oscuros, oscuros ojos.

Y luego envié a mi voluntad para que descendiera por mi brazo, junto con todo el fuego del alma que puede encontrar, mientras gritaba:

—¡Fuego!

El fuego ardió y se derramó y bulló y echó humo, y el rey de la Corte Roja, el vampiro más antiguo de su especie, el padre y creador de su raza, gritó de angustia. El sonido era tan fuerte que me estalló el tímpano izquierdo, una novedosa y nueva agonía para mi colección.

Y cuando el Rey Rojo gritó, todos y cada uno de los miembros de su Corte gritaron con él.

Estaba tan cerca de él que casi podía sentirlo, sentir el poder de su voluntad llamándolos, atrayendo a los vampiros hacia él con un llamamiento que estaba más allá del egoísmo, más allá de la razón. Pero incluso si yo no hubiera estado ahí tocándolo, la repentina tormenta de gritos del exterior me hubiera dicho lo mismo.

Los vampiros venían hacia nosotros como un enjambre, una tormenta, y nada en la Tierra impediría que acudieran a ayudar a su rey. La presa que tenía sobre mi garganta flaqueó, se tambaleó hacia atrás y se apartó de mí. Mis dedos salieron de su cabeza y le agarré la mano del cuchillo por la muñeca con ambas manos. Luego, gritando de rabia, cubriéndole el brazo de hielo, le partí el antebrazo por la mitad... y atrapé la daga antes de que se cayera al suelo.

Liberado, el Rey Rojo se apartó tambaleándose, pero incluso cegado y con un dolor destructor de cordura, era peligroso. Su voluntad, liberada al azar, hizo agujeros en las paredes de piedra. La hechicería atacó, el rayo escarlata, que parecía ser el tema central en aquel lugar, se precipitó sobre uno de sus propios Señores y partió al vampiro que luchaba por la mitad.

El vampiro más antiguo de la Corte Roja gritó de agonía mientras una marea de sus criaturas venía a destruirnos.

Y el vampiro más joven de la Corte Roja se arrodilló en el suelo sobre Martin, mirándose las manos.

Lo miré por un segundo mientras la piel de sus dedos parecía quemada en las puntas. Luego vi que sus dedos empezaron a alargarse, las uñas se convertían en garras, el tejido muscular se liberaba de la carne con un tormento obvio y audible. Susan los miró fijamente con los ojos completamente negros, sacudiendo la cabeza, su rostro era una máscara de sangre. Estaba gimiendo, temblando.

—Susan —dije, arrodillándome delante de ella. El aullido de las energías de la hechicería llenaba el templo con una sinfonía de destrucción. Cogí su rostro entre mis manos.

Levantó la mirada hacia mí, aterrada y torturada, con la desesperación escrita en la cara.

—Vienen hacia aquí —dijo con la voz ronca—. Puedo sentirlos. Dentro. Fuera. Vienen. Oh, Dios.

—¡Susan! —grité—. ¡Acuérdate de Maggie!

Sus ojos parecieron centrarse en mí.

—Querían a Maggie porque era la más joven —dije, con la voz fría—. Porque su muerte nos hubiera llevado a todos con ella.

Se contorsionó en su estómago, que se retorció y se flexionaba y crecía obscenamente, pero mantuvo los ojos en mi rostro.

—¡Ahora tú eres la más joven! —siseé, con fiereza en la voz—. La vampira más joven de toda la puta Corte. Puedes matarlos a todos.

Se encogió de hombros y gimió, y vi los deseos conflictivos que libraban una guerra en su interior. Pero sus ojos se volvieron hacia Maggie y apretó la mandíbula.

—Yo... no creo que pueda hacerlo. No siento las manos.

—¡Harry! —gritó Murphy desesperadamente desde algún lugar cercano—. ¡Vienen hacia aquí!

Un rayo partió el aire en el exterior con un trueno que se registraría en la escala Richter.

Hubo un momento de calma repentino y aleatorio en la cacofonía de la guerra de hechicería, no duró más de un par de segundos.

Susan volvió a mirarme, sus ojos arrojaban sus últimas lágrimas.

—Harry, ayúdame —susurró—. Sálvala. Por favor.

Todo mi ser gritó no. Que aquello no era justo. Que no debería haber hecho aquello. Que nadie nunca debería hacer aquello.

Pero... no tenía elección.

Me encontré a mí mismo levantando a Susan con una mano. La niña estaba hecha un ovillo con los ojos cerrados y no había tiempo. La empujé del altar con toda la suavidad que pude y dejé que cayera al suelo, donde podría estar un poco más a salvo de las energías salvajes que explotaban en el templo.

Puse a Susan en el altar y dije:

—Estará a salvo. Te lo prometo.

Asintió con la cabeza mientras su cuerpo se doblaba y se retorció con convulsiones, obligando a sus labios a que gimieran de dolor. Parecía aterrada, pero asintió.

Le tapé los ojos con la mano izquierda.

Presioné mi boca contra la suya, rápidamente, con suavidad, saboreando la sangre, y sus lágrimas, y las mías.

Vi que sus labios formaban la palabra: «Maggie...».

Y yo...

Yo usé el cuchillo.

Salvé a una niña.  
Gané una guerra.  
Que Dios me perdone.



Todo cambió la noche en que murió la Corte Roja. Cambiaron los libros de historia.

En primer lugar, por la inexplicable destrucción de varias estructuras de Chichén Itzá. Miles de años de jungla no habían conseguido derribar el lugar, pero media hora de porrazos entre practicantes que no saben lo que están haciendo puede dejar en ruinas los edificios de una ciudad. Más adelante se atribuyó a un poderoso terremoto extremadamente localizado. Nadie pudo explicar todos los cadáveres: algunos de ellos tenían tratamientos dentales con técnicas que se utilizaban cien años atrás, a otros el corazón se les había salido del pecho violentamente y otros cuerpos habían sido afectados por una especie de mutación que había hecho que sus huesos fueran casi irreconocibles como humanos. Menos del cinco por ciento se identificaron, y todos ellos eran de gente que había desaparecido abruptamente en los últimos diez o quince años. Nunca se ofreció ninguna explicación para tal confluencia de personas desaparecidas, aunque abundaron las teorías, ninguna de las cuales era cierta.

Yo podría haber gritado la verdad desde las cumbres de las montañas y que se mezclara directamente con el resto de idas de pinza. Todo el mundo sabe que los vampiros no son reales.

En segundo lugar, cambió la historia debido a todas las desapariciones o aparentes asesinatos de oficiales importantes, hombres de negocios e inversores de las ciudades y gobiernos de Latinoamérica. Los cárteles de droga cargaron con la culpa, incluso en las naciones en las que no eran lo suficientemente fuertes para llevar a cabo tales tácticas. La ley marcial se declaró prácticamente en todo el sur de Texas y se levantaron una docena de revoluciones en ocho o diez países diferentes, aparentemente en la misma noche.

He oído decir que la naturaleza aborrece el vacío, aunque si eso es cierto, no puedo imaginarme por qué el noventa y nueve por ciento de la creación es vacío. Pero sé que los gobiernos lo odian y siempre corren para llenarlo. Al igual que los criminales. Lo cual probablemente te diga más sobre los seres humanos que sobre la naturaleza. La mayoría de las naciones de Sudamérica mantuvieron el equilibrio. América central se convirtió en una zona de guerra, pues varios intereses

se pusieron a pelear para reclamar el territorio que los vampiros habían dejado tras de sí.

Por último, llegó a los libros de historia de la comunidad sobrenatural como la noche de los malos sueños. Antes del siguiente amanecer, la Paranet bullía de actividad, con hombres y mujeres repartidos por medio mundo que informaban sobre los sueños vívidos e inquietantes que habían tenido. Las mujeres embarazadas y las que habían dado a luz recientemente fueron las más afectadas. Varias tuvieron que ser hospitalizadas y sedadas. Pero todo el mundo que tenía un poquito de talento y que estaba durmiendo en aquel momento se alteró debido a los sueños. El tema general siempre era el mismo: niños muertos. El mundo en llamas. Terror y muerte expandiéndose por el planeta en una ola imparable, destruyendo todo lo que se pareciera al orden o a la civilización.

No recuerdo lo que pasó cuando se activó el ritual. Hay una laguna en mi cabeza de unos dos minutos. No tengo ningún deseo de averiguar lo que estaba ahí.

Lo siguiente que recuerdo es estar fuera del templo con Maggie en brazos, envuelta en la pesada capa de plumas que su madre había dejado atrás. Todavía temblaba y lloraba en silencio, pero ahora solo como pura reacción y cansancio, en lugar de terror. Los grilletes estaban rotos en el suelo detrás de mí. No recuerdo cómo se los quité sin hacerle daño. Estaba apoyada contra mí, usando un dobladillo de la capa como almohada, y yo estaba sentado en el último escalón, sujetándola en brazos, para ver cuál había sido el precio de aquello.

La Corte Roja estaba muerta. Extinguida. Todos y cada uno de ellos. La mayoría de los restos eran poco más que fango negro. Aquello, pensé, marcaba los vampiros muertos. Sin embargo, los semivampiros solo habían perdido la parte vampírica de su naturaleza. La maldición los había curado.

Por supuesto, había sido el vampiro de su interior lo que los había mantenido jóvenes y hermosos.

Vi cientos de personas en el suelo envejeciendo un año por cada una de mis respiraciones. A la mayoría los vi marchitarse hasta la nada. Parecía que había dos tipos de semivampiros: aquellos que habían conseguido disciplinar su sed de sangre, y por ello habían aguantado durante siglos, y aquellos que no habían sido semivampiros durante mucho tiempo. Muy pocos de los últimos habían ascendido en la Corte del Rey Rojo. Resultó que la mayoría de los semivampiros jóvenes habían trabajado para la Hermandad y muchos ya habían sido asesinados por los Rojos, pero después escuché que más de doscientos se habían liberado de su maldición.

Pero para mí, no importaba cuántos había liberado en ese momento de elección. No importaba lo grande que fuera el número, necesitaría ser uno más para que cuadrara en mi cuenta.

Inevitablemente, la Corte Roja tenía unos cuantos novatos, y después de que el ritual se activara, volvieron a ser meros humanos. Ellos, y el resto de humanos demasiado débiles para correr antes, no duraron mucho una vez que el Consejo Gris



abrió el camión de ganado y liberó a los prisioneros. El terror que los Rojos habían infligido en sus víctimas se convirtió en rabia y las muertes que sufrieron los Rojos y sus acompañantes como resultado no fueron bonitas. Vi a una mujer mayor que golpeó ella sola a Alamaya con una roca hasta la muerte.

Yo no me impliqué, había tenido suficiente por un día.

Me senté y mecí a mi hija hasta que se quedó dormida apoyada contra mí. Mi madrina vino a sentarse a mi lado, tenía el vestido chamuscado y salpicado de sangre y una sonrisa de satisfacción en el rostro. La gente me habló. Los ignoré. No lo intentaron más. Creo que Lea se lo desaconsejó.

Ebenazar, todavía con el Cayado Negro en su mano izquierda, se me acercó un tiempo después. Miró a la Leanansidhe y dijo:

—Asuntos familiares. Por favor, discúlpanos.

Ella le sonrió con superioridad e inclinó la cabeza. Luego se levantó y se alejó.

Ebenazar se sentó junto a mí en los escalones orientales del templo de Kukulcan y miró fijamente hacia la jungla que nos rodeaba, debajo de nosotros.

—Está a punto de amanecer —dijo.

Miré. Tenía razón.

—La gente de aquí se queda escondida en su casa hasta el amanecer. La Corte Roja se reunía aquí algunas veces. Para reclutar a nuevos nobles y tal. Rasgo de supervivencia.

—Sí —dije. Aquello sucedía mucho, especialmente en las naciones que no tenían toneladas de respeto internacional. Algo raro pasaba en México; veinte millones de personas contaban lo que habían visto y a nadie le importaba.

—Cuando salga el sol, saldrán. Llamarán a las autoridades. La gente hará preguntas.

Escuché estas afirmaciones y no estuve en desacuerdo con ninguna de ellas. Después de un momento, me di cuenta de que esas frases estaban conectados por un hilo común y dije:

—Es hora de irse.

—Ajá, pronto —dijo Ebenazar.

—Nunca me lo dijiste, señor —dije.

Se quedó callado un buen rato. Luego dijo:

—He hecho cosas en mi vida, Hoss. Cosas malas. He hecho enemigos. No quería que tú también los tuvieras —suspiró—. Al menos... no hasta que estuvieras listo. —Recorrió con la mirada los restos de la Corte Roja—. Creo que más o menos ya lo estás.

Pensé en ello mientras el cielo se volvía más claro. Luego dije:

—¿Cómo lo sabía Arianna?

Ebenazar sacudió la cabeza.

—Una cena. Maggie, mi Maggie, me pidió que fuera a una cena. Ella acababa de empezar a salir con ese bastardo de Raith. Arianna estaba allí. Maggie no me lo

advirtió. Tenía algún plan que yo quería que apoyara. Los vampiros en aquella época pensaban que yo solo era el mentor de Maggie —suspiró—. Yo no quería tener nada que ver con aquello. Dije que ella tampoco debería quererlo. Y nos peleamos.

Gruñí.

—Os peleasteis como familia.

—Sí —dijo—. Raith no se dio cuenta. Nunca tuvo una familia que estuviera cuerda. Arianna lo vio. Lo archivó para una futura referencia.

—¿Todo está al descubierto ahora? —pregunté.

—Nunca está todo al descubierto, hijo —respondió—. Hay cosas que nos escondemos el uno al otro. Cosas que nos escondemos a nosotros mismos. Cosas que nos esconden a nosotros. Y cosas que nadie sabe. Siempre te enteras de las cosas más sorprendentes en el peor momento posible. O esa ha sido mi experiencia.

Asentí.

—La sargento Murphy me contó lo que sucedió.

Sentí que se me tensaba el cuello.

—¿Lo vio?

Asintió.

—Creo que sí. Es algo muy difícil de hacer.

—No fue difícil —dije en voz baja—. Solo frío.

—Oh, Hoss —dijo. Había más compasión en aquellas palabras de la que pensarías que podrían contener.

Unas figuras vestidas de gris se reunieron al final de las escaleras. Ebenezer las miró con el ceño fruncido.

—Parece que es hora de que me vaya.

Animé a mi cerebro y los miré.

—Los has traído aquí. Por mí.

—No te creas —dijo. Señaló con la cabeza a la niña que dormía—. Por ella.

—¿Qué pasa con el Consejo Blanco?

—Solucionarán las cosas pronto —dijo—. Es increíble cómo las cosas se desmoronan solo el tiempo justo para que ellos las solucionen.

—Con Cristos al mando.

—Ajá.

—Él es el Consejo Negro —dije.

—O quizás estúpido —replicó Ebenezer.

Pensé en ello.

—No estoy seguro de qué es lo que da más miedo.

Ebenezer me miró parpadeando, luego resopló por la nariz.

—La estupidez, Hoss. Todas las veces. Tantos villanos con el corazón negro en el mundo, y solo se vuelven engreídos en una ocasión. La estupidez está en todas partes, todos los días.

—¿Cómo arregló Lea una señal contigo? —pregunté.

—Eso —dijo Ebenezer con desagrado—. Respecto a eso, Hoss, creo que tus antepasados nos han ganado la partida.

—¿Antepasados?

Señaló con la cabeza hacia el pie de las escaleras, donde la figura alta con el bastón con la punta de metal había empezado a crear otro portal de rayos verdes. Una vez estuvo formado, el espacio que se encontraba dentro del arco resplandeció y todas las figuras encapuchadas que había al pie de la escalera levantaron la vista hacia nosotros.

Fruncí el ceño y me fijé más. Entonces me di cuenta de que la cabeza de metal del bastón era una hoja y que el hombre alto sujetaba una lanza. Dentro de la capucha vi un parche negro, una barba canosa y una breve sonrisa ceñuda. Levantó la lanza hacia mí en un movimiento que me recordó, en cierto modo, al saludo de un esgrimista. Luego se giró y desapareció por el portal. Una a una, el resto de figuras grises empezaron a seguirlo.

—Vadderung —dije.

Ebenezer gruñó.

—Ese es su nombre esta vez. No se implica a menudo. Cuando lo hace, va al paredón. Y en mi experiencia, eso significa que las cosas están a punto de ponerse feas. —Apretó los labios—. Él no otorga un reconocimiento como ese a la ligera, Hoss.

—Hablé con él hace un par de días —dije—. Me contó lo de la maldición. Me puso la pistola en la mano y me enseñó dónde disparar.

Ebenezer asintió.

—Enseñó a Merlín, sabes. Al Merlín original.

—¿Cómo se las arregló Merlín? —pregunté.

—Nadie está seguro —dijo Ebenezer—. Pero según sus diarios... no era el tipo de persona con la que uno se va a dormir.

Resoplé.

El viejo se puso en pie y usó la mano derecha para cubrirse el rostro con la capucha. Se detuvo y luego me miró.

—No voy a darte una charla sobre Mab, chico. Yo también he hecho tratos, algunas veces. —Giró la mano izquierda, que todavía estaba cubierta de venas negras, aunque no tenía tantas como unas horas antes—. Hacemos lo que creemos que debemos hacer para proteger a quien podemos.

—Sí —dije.

—Puede que ella te presione muchísimo. Que intente ponerte en una caja en la que no quieres estar. Pero no le dejes que lo haga. No puede quitarte la voluntad. Aunque pueda hacer que parezca que sí puede. —Volvió a suspirar, pero había un lecho de roca en su voz—. Es lo único que esos seres y poderes oscuros no pueden hacer. Quitarte tu capacidad de elección. Pueden matarte. Pueden hacer que hagas

cosas, pero no pueden obligarte a que elijas hacerlas. Casi siempre intentan mentirte sobre eso. No te lo creas.

—No lo haré —dije. Levanté la mirada hacia él y dije—. Gracias, abuelo.

Arrugó la nariz.

—Ay. No queda bien.

—Yayo —dije—. Abu.

Se puso la mano en el pecho.

Sonreí un poco.

—Señor.

Señaló con la cabeza a la niña.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Lo que considere mejor —dije, pero con amabilidad—. Quizás es mejor que no lo sepas.

Dolor y una ligera resignación divertida aparecieron en su rostro.

—Quizás lo sea. Hasta luego, Hoss.

Estaba a mitad de las escaleras cuando dije:

—¿Señor? ¿Quieres tu bastón?

Me señaló con la cabeza.

—Quédatelo, hasta que pueda conseguirte una nueva rama para que la talles.

Asentí con la cabeza. Luego dije:

—No sé qué decir.

Sus ojos se arrugaron un poco más en las esquinas.

—Demonios, Hoss. No digas nada. —Se giró y gritó por encima del hombro—: ¡Callado te metes en menos problemas!

Mi abuelo siguió bajando las escaleras, caminado con pasos rápidos y decididos. Desapareció por el portal de rayos.

Oí pasos detrás de mí y al girarme me encontré a Murphy en la entrada del templo. Tenía colgada a Fidelacchius sobre un hombro y su P-90 sobre el otro. Parecía cansada. Se le había salido todo el pelo de la coleta, los pelos le colgaban por aquí y por allá. Estudió mi rostro, sonrió ligeramente y bajó adonde yo estaba sentado.

—Ey —dijo, su voz era un susurro—. ¿Has vuelto?

—Supongo que sí.

—Sanya estaba preocupado —dijo, poniendo los ojos un poco en blanco.

—Oh —dije—. Bueno. Dile que no se preocupe. Todavía estoy aquí.

Asintió con la cabeza y se acercó más.

—¿Así que es ella?

Asentí y bajé la mirada a la niña que dormía. Tenía las mejillas rosas. No pude hablar.

—Es muy guapa —dijo Murphy—. Como su madre.

Asentí y giré un hombro cansado que se quejó.

—Lo es.

—¿Quieres que alguien más la coja un minuto?

Mis brazos se apretaron más contra la niña y sentí que me alejaba un poco de ella.

—Ok —dijo Murphy amablemente, levantando las manos—. Ok.

Tragué saliva y me di cuenta de que estaba sediento. Hambriento. Y más que nada, agotado. Desesperadamente, desconsoladamente cansado. Y la perspectiva de dormir era aterradora. Me giré para mirar a Murphy y vi el dolor en su rostro mientras me miraba.

—Karrin —dije—. Estoy cansado.

Bajé la mirada hacia la niña, una pequeña presencia dormida y cálida que simplemente había aceptado el escaso cobijo y confort que yo había sido capaz de ofrecerle. Y pensé que se me iba a romper el corazón. Romper más. Porque sabía que yo no podía ser lo que ella necesitaba. Que yo nunca podría darle lo que debía tener para disfrutar de la posibilidad de crecer fuerte y cuerda y feliz.

Porque yo había hecho un trato. Y si no lo hubiera hecho, estaría muerta... pero porque lo había hecho, yo no podía ser lo que ella se merecía tener.

Sin apartar en ningún momento la mirada del rostro de la niña, susurré:

—¿Me harías un favor?

—Sí —dijo Karrin. Una palabra tan simple, para tener un peso tan tranquilizador.

La garganta se me endureció y mi visión se emborronó. Necesité dos intentos para hablar.

—Por favor, llévala con el padre Forthill, cuando vo... volvamos —dije—. Di... dile que ella necesita desaparecer. El lugar más seguro que tenga. Que yo... —Me falló la voz. Respiré profundamente un par de veces y dije—: Y yo no tengo que saber dónde. Di... dile eso de mi parte.

Me giré hacia Murphy y dije:

—¿Por favor?

Me miró como si se le estuviera rompiendo el corazón. Pero tenía un alma de acero, de fortaleza, y sus ojos eran firmes y directos.

—Sí.

Me mordí el labio.

Y, con muchísimo cuidado, le puse en brazos a mi niña. Murphy la cogió y no hizo ningún comentario sobre el peso. Pero al fin y al cabo, no iba a hacerlo.

—Dios —dije, antes de que pasaran dos segundos—. Molly. ¿Dónde está?

Murphy me miró mientras se acomodaba para sujetar a la niña. Esta murmuró una queja somnolienta y Murphy la meció con suavidad para que se volviera a dormir.

—Guau. Estabas completamente ido. ¿No viste el helicóptero?

Rebusqué en mis recuerdos de la noche.

—Mmm. No.

—Después... —Me miró y luego apartó la mirada—. Después —dijo con más firmeza—, Thomas encontró un teléfono e hizo una llamada. Un helicóptero del

ejército aterrizó justo ahí en la hierba en menos de una hora. Despegó con él, con Molly y con Ratón.

—¿Ratón?

Murphy resopló suavemente.

—Nadie estaba dispuesto a decirle que no podía ir con Molly.

—Se toma su trabajo muy en serio —dije.

—Eso parece.

—¿Sabemos algo? —pregunté.

—Todavía no —dijo Murphy—. Sanya se está encargando del teléfono en el centro de visitantes. Le dimos a Thomas el número antes de que se marchara.

—Siendo honestos, sargento Murphy —dijo la Leanansidhe en voz baja mientras venía planeando hacia mí—, le diste el teléfono al perro.

Murphy la miró, luego me miró a mí y dijo a la defensiva:

—Thomas parecía tener ya suficiente en la cabeza.

Fruncí el ceño.

—Así no —dijo Murphy con dureza—. Ag. No le hubiera dejado ir con ella si hubiera parecido... completamente raro.

—Sí —dije—. Sí. Ratón tampoco le hubiera dejado, ¿verdad?

—No corría el riesgo de perder el control —dijo mi madrina con tranquilidad—. Yo nunca hubiera dejado que una perspectiva tan prometedora fuera devorada por accidente.

Sanya apareció, corriendo alrededor del pie de la pirámide desde el lado más alejado. De su cadera colgaba Esperacchius... Y Amorcchius, todavía en su vaina en el cinturón de cuero blanco de Susan, colgaba de su hombro.

Miré fijamente el cinturón por un momento.

Dolía.

Sanya subió corriendo por las escaleras, se movía con ligereza para ser un tipo con tantos músculos. Le lanzó a mi madrina una sonrisa amable mientras con una mano se aseguraba de que todavía llevaba Amorcchius al hombro.

—La próxima vez —murmuró Lea.

—Creo que no —dijo Sanya, sonriendo. Se giró hacia mí—. Ha llamado Thomas. Parecía sorprendido de que respondiera yo. Molly está en un barco de la Marina que está de maniobras en el Golfo de México. Estará bien.

Silbé.

—¿Cómo...? —entorné los ojos.

—¿Lara? —preguntó Murphy en voz baja.

—Tenía que ser —respondí.

—¿Lara tiene suficiente influencia para hacer que envíen un helicóptero del ejército al espacio aéreo de otro país para una extracción? —Murphy seguía meciendo a Maggie mientras hablaba, aparentemente sin darse cuenta de que todavía lo estaba haciendo—. Qué... miedo.

—Sí —dije—. Quizás cantó «*Happy Birthday, Mister President*».

—No quiero ser borde —dijo Sanya—, pero he visto a gente venir por la carretera en coche y conducir muy rápido. Ahora sería un buen momento para... —Miró por encima del hombro y frunció el ceño—. ¿Quién ha dejado ahí esa puerta de rayos?

—Yo me encargué de eso —dijo Lea rápidamente—. Os llevará directamente a Chicago.

—¿Cómo lo conseguiste? —pregunté.

La Leanansidhe se alisó el vestido, con una sonrisilla hambrienta en los labios, y juntó las manos delicadamente sobre su regazo.

—Yo... lo negocié con su creador. Agresivamente.

Casi me atraganto.

—Después de todo, tu misión debe ser completada, mi niño —dijo mi madrina—. Maggie debe estar a salvo. Y aunque creo que la natación es tonificante, pensé que podría no ser segura para ella. Se me ha dado a entender que los pequeños son un tanto frágiles.

—Vale —dije—, pero yo... —Miré hacia el templo—. No puedo dejarla ahí.

—¿Te la vas a llevar a Chicago, niño? —preguntó mi madrina—. ¿A permitir que la policía haga muchas preguntas? ¿A lo mejor la vas a poner en tu propia tumba del cementerio de Graceland y a cubrirla de tierra?

—No puedo dejarla —dije.

La Leanansidhe me miró y sacudió la cabeza. Su expresión era... menos depredadora de lo que podría haber sido, pero no era precisamente amable.

—Vete. Yo me encargaré de la madre de la niña. —Levantó la mano para anticiparse a mi respuesta escéptica—. Con todo el honor y el respeto que hubieras deseado otorgarle, ahijado mío. Y te llevaré a visitarla cuando desees. Tienes mi palabra.

Una promesa directa de una sidhe es algo raro. Una amable es aún más raro.

Pero quizás no debería haberme sorprendido: incluso en Invierno, el frío no siempre es glacial, y no todos los días son crueles.

Sanya, Murphy y yo bajamos las escaleras y cruzamos el portal de rayos. Murphy rechazó con educación la oferta de Sanya de llevar a Maggie. No sabía cómo tratarla adecuadamente para conseguir que aceptase ayuda.

Yo me ofrecí a llevarle el equipo.

Me entregó la Espada y las pistolas voluntariamente y me retrasé un par de pasos mientras me ponía las correas y las armas sobre mí. Me colgué la P-90, el único objeto que Murphy llevaba con el espacio libre suficiente para esconder a un espíritu itinerante, así que cuando se golpeó contra la calavera que llevaba en el saco improvisado de mi cinturón murmuré, muy bajo:

—Fuera de la pistola.

—Ya era hora —susurró Bob—. Ya casi ha amanecido. ¿Intentabas cocinarme?

Una luz naranja salió flotando con poca energía de los orificios de la P-90 y entró en la seguridad de la calavera. Las luces de las cuencas oculares parpadearon débilmente y el espíritu susurró con dificultad:

—No me mandes trabajo durante una semana. Al menos.

Luego se apagaron.

Me aseguré de que la camiseta seguía atada con firmeza y de que la pistola no iba a aplastar a la calavera. Luego alcancé a los otros y fui el primero en cruzar el portal.

Fue como entrar por una cortina de luz a otra habitación. Un paso, una única zancada, me llevó de Chichén Itzá a Chicago. Específicamente, salimos en el trastero/refugio del padre Forthill, y el portal de rayos se cerró detrás de nosotros con un golpe de descarga estática.

—Vuelo directo —dijo Sanya con sorpresa y aprobación, mirando a su alrededor—. Mola.

Murphy asintió.

—¿Sin paradas? ¿Sin lugares raros? ¿Cómo funciona?

No tenía ni idea. Así que solo sonreí, me encogí de hombros y dije:

—Magia.

—Me vale —dijo Murphy con un suspiro y enseguida puso a Maggie en uno de los catres. La niña empezó a llorar de nuevo, pero Murphy la hizo callar y la cubrió con las mantas y le puso una almohada debajo de la cabeza, y la niña se durmió en segundos.

Miré a Maggie sin implicarme.

Tenía las manos cubiertas con la sangre de su madre. Literalmente.

Sanya dio un paso hacia mí y me puso la mano en el hombro. Señaló con la cabeza el pasillo y dijo:

—Tenemos que hablar.

—Ve —dijo Murphy—, yo me quedo con ella.

Asentí con la cabeza para darle las gracias y salí al pasillo con Sanya.

Sin decir nada, me ofreció Amorcchius. Miré la espada fijamente por un momento.

—No estoy seguro de si debería tenerla —dije.

—Si lo estuvieras —dijo—, no querría que la tuvieras. Uriel la colocó bajo tu cuidado. Si quisiera moverla, debería decirlo.

Después de un rato, cogí la espada y me colgué el cinturón del mismo hombro que Fidelacchius. Las Espadas pesaban mucho.

Sanya asintió.

—Antes de irse, Thomas dijo que te diera esto. Que sabrías lo que era.

Me pasó una llave.

La reconocí por el sello que tenía, que rezaba «EA». Venía del nombre de Escarabajo Acuático, el desvencijado barco de recreo de Thomas. Tenía un baño, una



ducha, una cocina pequeña, algunos catres. Y yo tenía un par de mudas ahí, de los viajes nocturnos a una de las islas del lago Michigan.

Mi hermano me estaba ofreciendo un lugar en el que quedarme.

Tuve que parpadear un par de veces mientras cogía las llaves.

—Gracias —le dije a Sanya.

Estudió mi rostro por un segundo, pensativo. Luego dijo:

—Te vas ahora, ¿verdad?

Miré hacia el pequeño y tranquilo paraíso de Forthill.

—Sí.

Asintió.

—¿Cuándo vendrá Mab a por ti?

—No lo sé —dije en voz baja—. Pronto, supongo.

—Hablaré con Michael por ti —dijo—. Le contaré lo de su hija.

—Te lo agradezco —dije—. Solo para que lo sepas... Murphy conoce mis deseos respecto a Maggie. Hablará por mí.

—*Da* —dijo. Luego se metió la mano en el bolsillo y se sacó un frasco de metal. Le dio un trago y me lo ofreció—. Ten.

—¿Vodka?

—Por supuesto.

—En un estómago vacío —dije, pero cogí el frasco, lo incliné hacia él en un pequeño saludo y le di un gran trago. Me quemó la garganta al bajar, pero no necesariamente en un mal sentido.

—Me alegro de que lucháramos juntos —dijo, mientras le devolvía el frasco—. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a que tu hija esté a salvo hasta que puedas regresar.

Levanté las cejas.

—Regresar... en realidad no está en las cartas, tío.

—Yo no juego a las cartas —dijo—. Juego al ajedrez. Y en mi opinión, este no es el fin de tu partida. Aún no.

—Ser el Caballero del Invierno no es el tipo de trabajo que dejas.

—Tampoco lo es ser Caballero de la Cruz —dijo—, pero Michael está con su familia ahora.

—El jefe de Michael era muchísimo más majo que mi jefa.

Sanya soltó una carcajada y le dio otro trago al frasco antes de volvérselo a guardar en el bolsillo.

—Lo tenga que ser, será. —Me ofreció su mano—. Buena suerte.

Se la estreché.

—Tú también.

—Vamos —dijo el ruso—, te llamaré un taxi.

Bajé al Escarabajo Acuático. Me quité la armadura. Escondí las espadas en los compartimentos ocultos que Thomas había construido en el barco para una ocasión

como esta, junto con la calavera de Bob. Y me di una ducha muy muy larga. El calentador de agua de la ducha no era de lo mejor, pero yo estaba acostumbrado a no tener agua caliente. Ser el Caballero del Invierno no ayudaba cuando se trataba de agua fría, lo que me pareció una completa estafa. En otras palabras, típico. Me froté y me froté, especialmente las manos. No podía decidir si la sangre de Susan se me iba de la piel o se metía en ella.

Me moví mecánicamente después de aquello, con la rutina de un soltero longevo. Había sopa de pollo y chili en la cocina, perdón, galería. Odiaba ambos y me los comí. Podía elegir entre vino blanco, zumo de naranja y coca cola caliente para acompañarlo. El zumo de naranja estaba a punto de ponerse malo, así que ganó la decisión. Las sopas calientes y los zumos fríos se llevan mejor de lo que había pensado, y me tumbé en un camastro. Pensé que me dormiría.

No pude.

Me quedé ahí tumbado sintiendo el suave movimiento del gran lago meciendo el barco. El agua daba suaves golpes y gorgoteaba contra el casco. La luz del sol caldeaba la cabina. Yo estaba limpio y vestido con una sudadera vieja y estaba tumbado en una cama que sorprendentemente era cómoda... Pero no podía dormir.

El viejo reloj de la pared (perdón, del mamparo) sonaba con un ritmo constante y relajante.

Pero yo no podía dormir.

Sopa de pollo y chili. Era una última cena horrible.

Quizás debería haber hecho que el taxi parara en el Burger King.

Antes de mediodía, me senté y miré la armadura de mi madrina, que había detenido balas y rayos y quizás algo peor. Encontré varias marcas en la espalda y en los lados, pero no encontré ningún recuerdo correspondiente que encajara con los ataques de los que tenía constancia. Evidentemente, se había encargado de varios golpes que yo no había percibido y sabía que, sin aquel ridículo ornamento, estaría muerto.

El pequeño reloj sonó doce veces a mediodía y con la duodécima campanada la armadura cambió... Simplemente se convirtió de nuevo en mi guardapolvo de cuero. El que Susan me había regalado antes de una batalla hacía muchísimo tiempo.

Cogí el abrigo. Había agujeros. Cortes. Trozos quemados. Agujeros de bala claramente visibles. Había más agujeros que abrigo, en realidad, e incluso el cuero que había sobrevivido estaba cuarteado, seco, rígido y descascarillado. Empezó a romperse mientras lo examinaba.

Supongo que nadie hizo una tarta con la calabaza de Cenicienta después de que fuera una carroza. Aunque en algunas versiones del cuento, supongo que había sido una cebolla. A lo mejor podrían haber hecho sopa.

Tiré el abrigo al lago y miré cómo se hundía. Me lavé la cara en el baño y me miré en el pequeño espejo. El amuleto y la gema de mi madre brillaban sobre mi pecho desnudo.

Tres días antes, mi vida había sido normal. Ahora ese trocito de plata y esa piedra eran casi lo único que me quedaba. Ni mi oficina. Ni mi casa. Ni mi coche. Ni mi perro... ni mi gato. Dios, ¿dónde había ido Míster después del incendio? Ni mi integridad. Ni mi libertad. Ni mis amigos... No después de que Mab terminara conmigo.

¿Qué quedaba?

Un trocito de plata y una roca diminuta.

Y Maggie.

Me senté y esperé a ver qué pasaba.

Unos pasos pasaron por el muelle y bajaron al barco. Un momento después, Murphy llamó a la puerta y entró en el camarote.

Parecía que había venido directamente desde la iglesia, dado que todavía llevaba la ropa de batalla blanqueada y, por su expresión, no había dormido. Soltó aire lentamente y asintió con la cabeza.

—Eso me imaginaba.

—Murph —dije—. Quizás no deberías estar aquí.

—Tenía que verte —dije—. Te... te marchaste sin más.

—¿Querías decir adiós? —pregunté.

—No seas estúpido —dijo—. No quiero decirlo. —Tragó saliva—. Harry... es solo que... estaba preocupada por ti. Nunca antes te he visto así.

—Nunca antes había matado a la madre de mi hija —dije con un tono monótono—. Eso va a requerir un pequeño ajuste.

Se estremeció y apartó la mirada.

—Solo... Solo he venido a asegurarme de que no hacías esto para castigarte. De que no ibas a... hacer nada dramático.

—Por supuesto —dije—. Nada dramático. Ese soy yo.

—Maldita sea, Dresden.

Extendí las manos.

—¿Qué quieres de mí, Murphy? No queda nada.

Se acercó y se sentó a mi lado, con los ojos en mi rostro, en mi pecho y en mis hombros, mirando todas las cicatrices.

—Sé cómo te sientes —dijo—. Después de acomodar a Maggie, llamé a la oficina. Han... hecho otra investigación. Ese tarado de Rudolph. —Tragó saliva y prácticamente pude oler su dolor—. La partida está amañada. Stallings cree que puede conseguirme una jubilación anticipada. Media pensión.

—Dios, Murphy —dije, en voz baja.

—Soy poli, Harry —susurró—. Pero después de esto... —Extendió las manos, para mostrarme que no había nada en ellas.

—Lo siento —dije—. Yo te metí en esto.

—Joder. Lo. Hice. Yo. —Giró hacia mí sus ojos azules enfadados—. No intentes esa mierda conmigo. Yo me arriesgué. Yo pagué por ello. Y seguiré haciéndolo

mientras pueda, joder. No intentes quitarme eso.

Aparté la mirada de ella y me sentí un poco avergonzado. Probablemente tuviera razón. Podría haberse apartado de mí hacía mucho tiempo. Ella había elegido ser mi amiga, a pesar de que conocía el peligro. No es que me hiciera sentir mejor, pero me hizo respetarla un poco más.

¿Está mal que admire a una mujer que puede recibir un golpe? ¿Qué se lo tome con más fortaleza que cualquier persona viva y que otra vez se vuelva a poner en pie con el fuego en los ojos?

Si lo es, supongo que puedo culpar a una infancia arruinada.

—¿Quieres la Espada? —pregunté.

Soltó un gemido muy bajito.

—Hablas igual que Sanya. Eso fue lo primero que dijo. —Torció el rostro para poner una cara severa con una gran sonrisa e imitó su acento—: «¡Esto es excelente! ¡He estado trabajando demasiado!».

Casi me reí.

—Bueno. Tengo que decirlo. Te queda bien.

—Se sentía bien —dijo—. Salvo por lo del pronunciamiento-de-la-condena. Es como si alguien me estuviera utilizando como una de esas marionetas de calcetín. —Se estremeció—. Ag.

—Sí, los arcángeles pueden ser molestos. —Señalé con la cabeza el compartimento escondido—. Hay un hueco detrás de ese panel. Si alguna vez quieres la Espada, mira ahí.

—No voy a precipitarme a nada. He tenido novios por despecho. No estoy interesada en una carrera por despecho.

Gruñí.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No quiero pensar en ello. No quiero tomar más decisiones. Así que... creo que me voy a emborrachar muchísimo. Y luego a acostarme sin pensarlo con el primer hombre razonablemente sano que se me cruce. Luego tendré una resaca verdaderamente incómoda. Y después de eso, ya veremos.

—Parece un buen plan —dije. Y mi boca siguió hablando sin verificarlo con el resto de mí. Otra vez—. ¿Quieres compañía?

Hubo un silencio afilado y pesado. Murphy en realidad dejó de respirar. El ritmo de mi corazón se aceleró un poco.

Quería maldecir a mi boca por ser estúpida, pero...

Qué demonios, ¿por qué no?

El momento inoportuno es para la gente que tiene tiempo.

—Yo... —Tragó saliva y pude ver cómo se obligaba a hablar como por casualidad—. Supongo que haces ejercicio. Haría que las cosas fueran más simples.

—Simple —dije—. Ese soy yo.

Su mano se dirigió al pelo y se lo echó para atrás.

—Quiero... —Respiró—. ¿Te recojo en una hora?

—Claro —dije.

Se puso en pie, con las mejillas rosas. Campanas infernales, estaba adorable.

—Una hora, entonces —dijo.

Antes de que pudiera irse, le cogí la mano. Sus manos eran pequeñas y fuertes y un poco duras. Tenía vendas sobre un par de ampollas que le había provocado la espada después de media hora o así de duro trabajo. Me incliné sobre ella y le besé los dedos, un beso en cada uno. La dejé marchar a regañadientes y dije, mientras los músculos de mi estómago se retorcían con mariposas:

—Una hora.

Se marchó y la vi caminar muy deprisa hacia su coche. Su maltrecha cola de caballo saltó de izquierda a derecha con sus pasos.

Lo único seguro de la vida es el cambio. La mayoría de mis cambios, últimamente, no habían sido buenos.

Quizás este tampoco fuera bueno... pero no me daba esa sensación.

Tardé cuarenta minutos en afeitarme y ponerme mi mejor ropa, que se reducía a unos vaqueros y una camiseta y mi vieja cazadora vaquera con forro polar. No tenía ninguna colonia, así que el desodorante y el jabón tendrían que hacer su trabajo. No me permití pensar en lo que estaba haciendo. En un sueño, si empiezas a darte cuenta de que es un sueño, pum, se va.

Y no quería que eso sucediera.

Después de eso me pasé un par de minutos... simplemente respirando. Escuchando el agua que me rodeaba. El tic tac del reloj. El tranquilo silencio. Empapándome de la agradable sensación de soledad que me rodeaba.

Luego dije en voz alta:

—Que le den a esta mierda zen. A lo mejor llega pronto.

Y me levanté para marcharme.

Salí del camarote al sol de primera hora de la tarde, estremeciéndome con una tensión agradable y cansado y acosado... y esperanzado. Me cubrí los ojos del sol y estudié el perfil de la ciudad.

El pie se me resbaló un poco y casi pierdo el equilibrio mientras algo se estrellaba en la pared del camarote que había detrás de mí, un sonido fuerte y abrupto, como una piedra que se tira contra una valla de madera. Me giré y sentí que lo hacía despacio por alguna razón. Miré la pared, el mamparo, lo que sea, del camarote del Escarabajo Acuático y pensé: «¿Quién ha tirado pintura roja a mi barco?».

Y luego mi pierna izquierda empezó a doblarse sola.

Bajé la mirada a un agujero que había en mi camiseta, a la izquierda de mi esternón.

Pensé: «¿Por qué me he puesto la camiseta que tiene un agujero de bala?».

Luego me caí por la parte trasera del barco al agua fría del lago Michigan.

Me dolió, pero solo un segundo. Y después de eso, sentí todo mi cuerpo deliciosamente cálido, monstruosamente cansado, y el sueño que me había evadido pareció, finalmente, estar al alcance de mi mano.

Se volvió oscuro.

Se volvió silencioso.

Y me di cuenta de que estaba completamente solo.

—Muere solo —susurró la voz amarga y llena de odio de un anciano.

—Shhh, ahora —susurró una voz de mujer. Me resultó familiar.

No me moví en ningún momento, pero vi una luz delante de mí. Con la luz, vi que me estaba moviendo por un túnel, directamente por él. O quizás él se movía hacia mí. La luz parecía algo cálido y maravilloso y empecé a moverme hacia ella.

Hasta que escuché un sonido.

Típico, pensé. Hasta cuando estás muerto, las cosas no son más fáciles.

La luz se acercó rápidamente y escuché sin ninguna duda la bocina y el motor de un tren que se acercaba.

# Notas

[1] N. de la T.: Expresión rusa equivalente a «Oh, Dios mío». <<